EL OTRO MÉTODO

UN LIBRO INCÓMODO SOBRE LAS RELACIONES DE PAREJA



Neil Strauss

«El donjuán que escribió *El método* y practicó «el método» sale en busca del amor y descubre que la tarea es muy ardua... y divertidísima.»

JOEL STEIN, *TIME*

Si *El método* nos enseñó la receta de la seducción infalible, ahora aprenderemos a cultivar las relaciones de pareja.

¿Es la fidelidad una quimera? ¿Son las alternativas a la monogamia el camino para conseguir mejores relaciones y alcanzar la felicidad? ¿Qué nos atrae en nuestros compañeros de aventuras y desventuras? ¿Podemos evitar que el deseo y la pasión se desvanezcan con el paso del tiempo?

Neil Strauss exploró estos enigmas tras sufrir una crisis existencial provocada por su adicción al sexo y el empleo sistemático (o más bien obsesivo) de los procedimientos que él mismo recomendaba. Se enamoró, y ese pequeño factor alteró completamente el paisaje. Un día decidió abdicar la corona de la seducción, cambió de bando y afrontó el mayor de los desafíos: la búsqueda del amor verdadero y, una vez hallado, de la estabilidad en la pareja. Una búsqueda que resultó ser extraordinariamente ardua e inesperadamente divertida.

Neil Strauss

El otro método

ePub r1.0

Titivillus 16.05.2019

A mi madre y a mi padre.

Dicen que el amor de los padres es incondicional.

Esperemos que siga siéndolo después de leer este libro.

LAS PERSONAS SON ASÍ,

SE NECESITAN MUTUAMENTE,

SOLO QUE NO HAN APRENDIDO A CONVIVIR.

—RAINER WERNER FASSBINDER

Las lágrimas amargas de Petra von Kant

Ingrid: Si eres tú, en serio, no leas esto.

¿Por qué no vas a mirar si tienes correo o algo así?

¿Has visto el vídeo del gato ese que actúa como una persona? Es para partirse de risa, quizá deberías irte a verlo. De todas formas, este libro tampoco es muy bueno. He escrito otros mucho mejores. Ve a leer uno de esos.

Hablo en serio, deja de leer ahora mismo.

ES TU ÚLTIMA OPORTUNIDAD.

Todas las familias tienen un muerto en el armario.

Puede que sepas quién es el muerto de tu familia. Puede que ese muerto seas tú mismo. O puede que creas que tu familia es diferente, que es la excepción que confirma la regla, que seas uno de esos seres afortunados con unos padres perfectos y sin secretos truculentos. Si es así, es porque todavía no has dado con la puerta del armario que tienes que abrir.

Durante la mayor parte de mi vida yo también creí ser de los normales. Pero entonces di con la puerta del armario que tenía que abrir.

Estaba en el dormitorio de mi padre. La puerta era blanca, con la pintura un poco descascarillada por los bordes y un pomo dorado, desgastado por la mano grande de mi padre. Giré el pomo, seducido por la expectativa de encontrar pornografía; mi mano sobre la marca de la de mi padre.

Yo era un adolescente virgen, ya mayor, mis padres habían salido y suspiraba desesperadamente por la piel femenina, cuyo acceso en la vida real me estaba vetado. Ya antes había encontrado un *Playboy* y un *Penthouse* entre las pilas de revistas de mi padre, por lo que entraba dentro de lo razonable que en algún lugar recóndito de su cuarto existiera alguna forma superior de pornografía: de la que se mueve. Porno de verdad.

En el fondo del armario, detrás de las hileras de camisas de vestir azules, de algodón y poliéster, casi blancas de tantos años de lavados, y con los bolsillos marcados con sus iniciales, di con tres bolsas marrones de la compra llenas de cintas de vídeo. Me senté en el suelo y fui inspeccionándolas meticulosamente una a una, cuidando de devolverlas a su sitio, en el orden inverso al que las había ido sacando.

No había ningún vídeo etiquetado como porno, pero sabía que mi padre no sería tan idiota como para hacer algo así con mi madre rondando por allí. Así que aparté las cintas que no estaban marcadas. Como nunca me habían dejado tener mi propio televisor, me llevé las cintas a la sala de estar, donde había una tele y un reproductor de vídeo, viejos obsequios de un tío viejo.

Me sentía como si estuviera a punto de explotar.

Puse el primer vídeo y me quedé planchado al ver un concierto de *jazz* de Dizzy Gillespie grabado de la televisión pública. Pulsé el botón de avanzar, con la esperanza de que fuera solo el camuflaje de una escena entre dos rubias núbiles. Pero lo que vino después era un capítulo de la serie *Newhart*, seguido de una obra

de teatro. Era tan poco masturbatorio que tiraba de espaldas.

La siguiente cinta era una grabación de *Historias de Filadelfia*, seguida de un partido de tenis, y luego nada más que nieve.

Coloqué la tercera cinta en la ranura del reproductor y la vi hundirse lentamente en el aparato. Le di al *play* y, en cuanto vi lo que había en la cinta, toda mi excitación se apagó instantáneamente, se me puso la piel fría y la imagen que tenía de mi padre, la de un hombre de negocios pasivo y sumiso, cambió para siempre.

Vi imágenes de cosas que ni siquiera sabía que existían.

Y de pronto, como si hubiera abierto por accidente el telón de un teatro para desvelar la tramoya, me di cuenta de que la realidad de mi familia era muy distinta a su fachada.

—Prométeme que no se lo vas a contar a nadie, ni siquiera a tu hermano ni a tu padre —me ordenó mi madre cuando le pregunté por lo que había encontrado.

—Lo prometo —la tranquilicé.

Y nunca le conté a nadie lo que había descubierto aquel día acerca de la vida secreta de mi padre.

Nunca, claro está, hasta que aquel secreto se convirtió en un ácido que corroía todas mis relaciones. Hasta que fundió hasta el tuétano mi sentido del bien y del mal, dejándome solo y desahuciado. Hasta que me hizo aterrizar en un hospital psiquiátrico, donde me dijeron que, por mi propia salud mental, libertad y felicidad, tenía que romper mi promesa y revelar el contenido de aquella cinta.

Y entonces me enfrenté a una decisión: ¿hasta dónde llegaría para proteger a mis padres? ¿Es mejor traicionar a aquellas personas que son responsables de mi existencia o traicionar la propia existencia?

Es una decisión que todo el mundo tiene que tomar en un determinado momento de su vida.

La mayoría toma la decisión equivocada.

Puede que tu padre lleve una doble vida. Puede que sea tu madre quien la

lleve. Puede que uno de ellos sea gay o travesti a escondidas o que tenga un lío con alguien o que se vaya de putas o frecuente locales de *striptease* o vea porno en internet o simplemente no esté enamorado. Puede que sean los dos. Puede que no sean tus padres, sino tú o la persona a la que amas. Pero en alguna parte hay un muerto. Y ese muerto tiene pene. Y te joderá la vida.

FASE I

■ El niño herido ■

LO QUE IGNORAMOS

NOS DOMINA.

—JAMES HOLLIS

Under Saturn's Shadow



1

Al otro lado del pasillo del avión en el que viajo hay una chica delgada de pelo negro. Podría tener entre diecisiete y veintitrés años. Y tiene lo que hay que tener: lápiz de ojos oscuro, pestañas postizas, un pequeño tatuaje redondo en la base de la espalda, auriculares rosas y el gesto torcido de quien se ha enfadado con papá, pero que se tirará a cualquier gilipollas insensible que le recuerde a él.

A mi lado hay una mujer de mediana edad, con unas gafas de sol grandes de imitación, y un vestido de verano que deja al descubierto un escote blanco como la leche. En no más de veinte minutos de conversación y mediante la ingeniosa disposición de una manta de cortesía de la compañía aérea, tal vez conseguiría meter la mano ahí dentro.

Delante de mí va una pelirroja delgada con el rostro desfigurado.

Probablemente sea alcohólica. No es mi tipo, pero me valdría.

Dentro de la cabeza llevo un mapa. Y en ese mapa hay una pequeña bombilla LED que señala a todas y cada una de las féminas razonablemente atractivas o con un mínimo de aliciente sexual. Antes de que el avión alcance la altitud de crucero ya he ideado distintas formas de abordar a cada una de ellas, las he desnudado, he imaginado su técnica de mamada y me las he tirado en el servicio o en el coche de alquiler o en su habitación esa misma noche.

Se acabó: es la última vez que se me permite dejarme llevar por la lujuria, la última vez que se me permite siquiera considerar la opción de acostarme con una mujer nueva. Y me explota la cabeza. Me siento atraído por todas. No es que antes no me pasara, pero esta vez me hiere en lo más hondo, en el centro mismo de quien soy, de mi identidad, de mi razón de vivir.

No llevo nada encima: ni ordenador, ni móvil, nada de tecnología. Está prohibida en el lugar al que voy. Resulta liberador estar a solas con mis pensamientos, la mayor parte de los cuales consiste en debatirme entre iniciar una conversación con la más arriba mencionada posible lolita que viaja a mi derecha o con la pelirroja de la cara picada que va delante.

Cuando el avión se detiene suavemente en la puerta de embarque, un hombre con gafas se levanta y se dirige hacia el pasillo. Mira a la chica morena de arriba abajo. No va a por ella, la ha mirado demasiado rato. Está registrando la imagen, guardándola en su memoria para más tarde, para cuando pueda usarla.

¿Por qué me someto a esta prueba?, me pregunto. Es un comportamiento masculino normal. Seguramente ese tipo es peor que yo.

Mientras cruzo la terminal me saco del bolsillo un papel doblado: «Su chófer lo espera a la salida del control de seguridad. Llevará un distintivo con una D para que no se pueda saber adónde va».

De repente un veinteañero (por lo menos un metro ochenta de altura, musculoso, mandíbula cuadrada; básicamente lo contrario de lo que veo cuando me miro en el espejo) se queda clavado delante de mí. Abre la boca de par en par como si hubiera visto un fantasma. Sé lo que está a punto de pasar y quiero deshacerme de él. No es mi chófer.

—¡Oh, Dios mío! Tú eres…

Por algún motivo no consigue sacar de la boca las siguientes palabras. Espero a que lo escupa, pero no sucede nada.

—Sí —le digo.

Silencio.

—Bueno, encantado de conocerte. Tengo que ir a buscar a un amigo.

Mierda, eso es mentira. Juré que dejaría de mentir. Pero es que a veces la mentira asoma con mucha más facilidad que la verdad.

—He leído tu libro —dice.

—¿Hace poco? —le pregunto, no sé muy bien por qué.

Alejarme de la gente que muestra interés por mí no es mi fuerte. Por eso estoy aquí. Además de por mentir.

—No, hace tres años.

—Estupendo.

No parece de la clase de tío que haya necesitado nunca mis consejos.

—Conocí a mi mujer gracias a ti. Te lo debo todo.

—Estupendo —repito.

Pienso en la perspectiva de casarme con alguien, de pasar el resto de mi vida con ella, de no tener permiso para follar con nadie más; pienso en ella envejeciendo y perdiendo el interés por el sexo, mientras yo sigo sin tener permiso para follar con nadie más; y las siguientes palabras me salen solas.

—¿Eres feliz?

—Ah, sí. Desde luego —dice—. En serio. Leí *El método* estando en el ejército, en Irak, y me ayudó mucho.

—¿Queréis tener hijos?

No sé muy bien qué estoy haciendo. Creo que estoy intentando asustarlo.

Quiero que muestre un poco de miedo o indecisión o dudas, solo para probar que no estoy loco.

—La verdad es que mi mujer está a punto de dar a luz a nuestro hijo —dice—. Cojo un vuelo para ir a casa a verla.

Su respuesta me da justo donde más duele: en la autoestima. Aquí estoy, incapaz de mantener una relación y fundar una familia, y este tío se lee un libro que escribí sobre cómo ligar y tres años después tiene toda su vida resuelta.

Me disculpo y lo dejo allí plantado, y sin duda se queda pensando: «Es más bajito de lo que creía».

Al otro lado del control veo a un hombre con un anillo de pelo gris alrededor de la cabeza y un distintivo con una D. Debe de ver a todo tipo de gente salir rodando del avión, medio muerta o borracha o fingiendo ser adultos normales, que es mi caso, me parece.

Me siento un impostor. Hay gente que necesita entrar en este hospital psiquiátrico de nivel 1 porque, si no, se morirán. Van a beber o a esnifar o a inyectarse algo hasta morir.

Lo único que he hecho yo ha sido engañar a mi novia.

2

Los Ángeles, seis meses antes

Dicen que cuando conoces a alguien y sientes que es amor a primera vista hay que salir corriendo en dirección opuesta. Lo único que ha sucedido es que tu disfunción se ha enredado con su disfunción. El niño herido que llevas dentro ha reconocido a la niña herida que ella lleva dentro y ambos albergan la esperanza de que el mismo fuego que los consume acabe curándolos.

En los cuentos de hadas el amor golpea como un rayo. En la vida real el rayo quema. Incluso podría matarte.

Mi novia está sentada en el suelo de la casita donde vivimos haciendo las maletas para venirse hoy conmigo a Chicago. Es su cumpleaños. Va a conocer a mi familia.

La miro y me siento agradecido por cada centímetro de su ser, por dentro y por fuera.

—Cariño, ¡qué nerviosa estoy! —me dice Ingrid.

Es pura alegría y cada mañana me saca de mi mundo oscuro y solipsista. Nació en México, pero su padre es alemán; acabó viviendo en Estados Unidos y teniendo el aspecto de una rubita rusa. Y por eso personifica todos los elementos: la intensidad del fuego, la fuerza de la tierra, el alborozo del agua, la delicadeza del aire.

—Ya lo sé. Yo también.

Procuro desterrar de mi mente la noche anterior. No hay pruebas de ella por ninguna parte; ya me he asegurado. Me he duchado. He registrado el coche por dentro, he inspeccionado una a una mis prendas de ropa en busca de pelos sueltos. Lo único que no puedo limpiar es mi conciencia.

—¿Me llevo estos zapatos?

—Solo son cinco días. ¿Cuántos pares necesitas?

Algunas veces me molesta lo mucho que tarda en prepararse, la cantidad de ropa que necesita meter en la maleta, aunque el viaje sea muy corto, el hecho de que los tacones altos de sus zapatos nos impidan ir andando a más de cinco manzanas cuando salimos. Pero en el fondo me encanta su feminidad. Yo soy un vago y ella me aporta elegancia. Anoche, cuando le dije que tenía que ir a ver a Marilyn Manson, un músico con el que escribí un libro, para hablar de un proyecto nuevo, miré esos ojos verde avellana que tiene y vi amor, felicidad, inocencia, paz.

Y aun así seguí adelante con mis planes.

—¿Qué tal fue anoche? —me pregunta mientras hace fuerza para cerrar la cremallera lateral de la maleta.

—Un poco frustrante. No avanzamos mucho.

Eso desde luego. Mientras empuja con su pequeña mano confiada la parte de arriba de la maleta para unir las dos hileras de dientes de la cremallera, no puedo evitar pensar en dos vidas separadas que se ven forzadas a seguir juntas y en que, si tan solo un elemento se sale de sitio, todo empieza a descomponerse.

—Bueno, cariño, en el avión puedes echarte a dormir en mi regazo si quieres.

Está reproduciendo la relación de su madre con su padre infiel. Yo estoy reproduciendo la vida sexual secreta de mi padre. Estamos repitiendo un patrón que se transmite de generación en generación, de capullos mentirosos e infieles y de las pobres bobas que confían en ellos.

—Gracias —le digo—. Te quiero.

Por lo menos creo que la quiero. Aunque ¿se puede querer a alguien a una de cuyas amigas te acabas de tirar en la zona de aparcamiento de una iglesia, y a quien seis horas más tarde le mientes al respecto? La culpa me nubla tanto la mente que ya no lo sé. No sé por qué, lo dudo.

En la vida de un hombre llega un momento en que mira a su alrededor y se da cuenta de que lo ha fastidiado todo. Ha cavado un hoyo para sí mismo tan profundo que no solo no puede salir, sino que ni siquiera sabe dónde está la salida.

Y para mí ese hoyo es, y siempre ha sido, las relaciones personales. No solo porque haya engañado a Ingrid, sino también porque, una vez más, un cuento de hadas está a punto de acabar mal.

El último cuento de hadas concluyó con mi ex encerrándose en su apartamento con una pistola y gritando que iba a desparramar sus sesos por toda la pared y que yo no debería asistir a su funeral.

Pero este es distinto. Ingrid no está loca, no es celosa ni controladora, nunca me ha puesto lo cuernos y tiene talento e independencia; por el día trabaja en una inmobiliaria y por la noche diseña trajes de baño. Esto lo estoy hundiendo yo solito.

Y es porque soy el rey de la ambivalencia.

Cuando estoy soltero, quiero tener una relación. Cuando tengo una relación, echo de menos la soltería. Y lo peor de todo es que, cuando la relación acaba y por

fin mi amante-captora sigue su propio camino, me arrepiento de todo y ya no sé lo que quiero.

He pasado por ese círculo un número de veces suficiente como para darme cuenta de que, a este ritmo, voy a envejecer solo: sin esposa, sin hijos, sin familia. Me moriré y pasarán semanas antes de que el olor sea lo bastante fuerte como para que alguien me encuentre. Y toda la mierda que haya ido acumulando a lo largo de mi vida acabará en la basura para que alguien pueda ocupar el lugar que yo he desperdiciado. No tendré nada que dejar, ni siquiera deudas.

Pero ¿qué alternativa hay?

La mayoría de los casados que conozco no tienen pinta de ser más felices. Un día, Orlando Bloom, un actor sobre el cual había escrito un perfil para *Rolling Stone*, vino de visita. En aquel momento estaba casado con una de las mujeres más hermosas y de más éxito del mundo, la supermodelo de Victoria's Secret Miranda Kerr, cosa que lo convertía en uno de los hombres más envidiados del planeta. ¿Y qué fue lo primero que salió de su boca?: «No sé si el matrimonio merece la pena. No sé por qué la gente lo hace. Quiero decir, me interesa la parte romántica y quiero estar con alguien, pero es que me parece que no funciona».

Los otros amigos casados que tengo no han salido mucho mejor parados. Algunos parecen incluso satisfechos, pero tras sondearlos un poco admiten su frustración. Algunos aguantan a base de infidelidades, otros apechugan con la situación, muchos se abandonan a su destino y unos pocos sencillamente se niegan a admitirlo. Incluso los pocos amigos que siguen felices con su matrimonio, si les presionas un poco, reconocen haber sido infieles al menos una vez.

Tenemos la ilusión de que el amor dure para siempre. Y, sin embargo, el cincuenta por ciento de los matrimonios y más del sesenta por ciento de las segundas nupcias acaban en divorcio. Entre los que están casados en realidad solo el treinta y ocho por ciento se definen como felices en ese estado. Y el noventa por ciento de las parejas denuncian un descenso de la satisfacción marital después de tener el primer hijo. Y ya que hablamos del tema, más del tres por ciento de los niños no son hijos del progenitor masculino que cree ser su padre[1].

Por desgracia la cosa va a peor. Gracias a las tecnologías, ahora disponemos de más opciones para conocer gente y para ligar que en ningún otro momento de la historia de la humanidad, con infinidad de hombres y mujeres separados por un simple clic o un movimiento de tarjeta, lo que convierte a la fidelidad o incluso a

cualquier compromiso inicial en un reto aún mayor. Según un reciente estudio del Pew Research, cuatro de cada diez personas creían que el matrimonio era una institución obsoleta.

Tal vez, pues, el problema no sea solo yo. Puede que haya estado intentando acoplarme a una norma social desfasada y artificial que en verdad no se ajusta, y nunca se ha ajustado, ni a las necesidades de los hombres ni a las de las mujeres.

De manera que aquí estoy, haciendo la maleta para ir a Chicago, atravesado por la culpa y la confusión, con un pie en la mejor relación que he tenido y con el otro fuera de ella, preguntándome: ¿acaso es natural ser fiel a una persona para toda la vida? Y si lo es, ¿cómo tengo que hacer para evitar que el amor y la pasión se vayan marchitando con el tiempo? ¿O hay alternativas a la monogamia que darían pie a relaciones mejores y a un mayor grado de felicidad?

Hace algunos años escribí un libro, que titulé *El método*, acerca de una comunidad clandestina de maestros del ligue a la que me uní para buscar una respuesta a la pregunta más importante, la que atormentaba la solitaria vida que llevaba en aquel momento: ¿por qué no gusto a las mujeres que me gustan a mí?

En las páginas que siguen procuro resolver un dilema vital mucho más difícil: ¿qué debo hacer cuando yo también le gusto a ella?

Al igual que el propio amor, el camino que conduce a la respuesta a esta pregunta es cualquier cosa menos lógico. Las consecuencias involuntarias de mi infidelidad me llevarán en último término a comunas de amor libre, harenes modernos y científicos, ambientes liberales, anoréxicas sexuales, sacerdotisas, familias del cuero, exactores infantiles, curanderos milagrosos, asesinos y, lo más aterrador de todo, a mi madre. Desafiarán y finalmente revolucionarán todas mis creencias acerca de las relaciones personales… y de mí mismo.

Si estás interesado en sacar algo de provecho de esta odisea, fíjate en los conceptos que más te excitan o repelan. Cada reacción visceral te cuenta una historia. Es la historia de quién eres y de lo que crees. Porque, con demasiada frecuencia, las cosas a las que más nos resistimos son precisamente las que más necesitamos. Y las cosas de las que más nos asusta desligarnos son exactamente aquellas a las que más necesitamos renunciar.

Por lo menos así será en mi caso.

Esta es la historia de cómo descubrí que todas las verdades a las que me he

aferrado desesperadamente, por las que he luchado, por las que he follado e incluso a las que he amado son mentira.

Resulta muy oportuno que empiece en un manicomio moderno, poco antes de huir de allí en contra del criterio médico…



3

Un hombre peludo vestido con un uniforme verde de enfermero coge mi equipaje, enfunda un par de guantes de látex en sus manazas y empieza a registrarlo a la caza de contrabando.

—Aquí no dejamos meter libros.

El otro lugar en el que he estado donde se confiscan libros es en Corea del Norte. Confiscar libros es una táctica propia de dictadores y de aquellos que prefieren que la gente no tenga ideas originales. Hasta en la cárcel está permitido que los presos tengan libros.

Pero este es mi castigo, me digo, estoy aquí para ser reconvertido, para aprender a ser un ser humano decente. He lastimado a alguien. Me merezco estar metido en este hospital, esta cárcel, este manicomio, este hogar de convalecencia para hombres débiles y mujeres que no saben decir no.

Aquí tratan todas las adicciones: el alcohol, las drogas, el sexo, la comida, incluso el ejercicio.

Cualquier cosa en exceso puede ser mala. También el amor.

Su especialidad es la adicción al amor.

Yo no soy un adicto al amor. Ojalá lo fuera. Socialmente suena mucho más aceptable. Probablemente haya un lugar en el cielo reservado para los adictos al

amor, junto con todos los demás mártires.

El celador introduce en un sobre de manila el cortaúñas, las pinzas, la maquinilla y las hojillas de afeitar.

—También voy a tener que quedarme con esto.

—¿Puedo afeitarme primero? Esta mañana no me ha dado tiempo.

—Los nuevos ingresos no pueden usar cuchillas durante los tres días que están en vigilancia, por riesgo de suicidio. Después necesitará el permiso de su psiquiatra.

—Pero ¿cómo puede uno suicidarse con un cortaúñas? —no se me dan bien las normas; es otro de los motivos por los que estoy aquí—. El mío ni siquiera lleva lima.

Se queda callado.

No todos los problemas se arreglan con normas, igual que tampoco se arreglan con leyes. Son demasiado inflexibles. Se rompen. El sentido común es flexible. Y yo me encuentro sin duda en un lugar desprovisto de él.

—Si quisiera matarme, usaría el cinturón. Y no me lo ha quitado.

Lo digo con una sonrisa, para demostrarle que no estoy molesto. Solo quiero hacerle ver que este sistema no funciona. Él me mira de arriba abajo, no dice nada y a continuación escribe algo en mi ficha. Nunca recuperaré esa maquinilla.

—Acompáñeme —insiste una mujer flaca y fibrosa, de bata verde, con el pelo rubio desaliñado y la piel quemada por el sol.

Se presenta como técnico sanitario y me lleva a una sala privada. Me coloca en el brazo el brazalete de un tensiómetro.

—Debemos controlar sus constantes vitales cuatro veces al día durante los próximos tres —dice.

Tiene cara de aburrimiento; sus palabras suenan mecánicas. Esto es lo que hace durante todo el día, cada día.

—¿Y eso por qué? —pregunto.

Demasiadas preguntas. Se ve que aquí no les gustan mucho. Pero solo intento comprender. No suponía que la cosa iba a ser así. Cuando fui a una clínica de desintoxicación a visitar a un guitarrista de *rock* con el que estaba escribiendo un libro, me pareció un cruce entre un club de campo y unas vacaciones en la montaña.

—Hay mucha gente que se retracta, solo queremos asegurarnos de que van a estar bien —me explica.

Me ausculta y me comunica que tengo la tensión alta. ¡Cómo coño no la voy a tener alta!, quisiera decirle. Nunca en mi vida me había sentido tan violento. Te estás quedando con todas mis cosas y me tratas como si me fuera a morir. Retractarme del sexo no me va a matar. Pero me quedo callado. Y me someto. Como buen embustero que soy.

Me da un busca que se supone que tengo que llevar encima en todo momento, por si me necesitan en control de enfermería. Entonces empieza a sacar un formulario tras otro y me los va plantando delante: derechos del paciente, privacidad, responsabilidad y las normas. Más putas normas. Un párrafo me prohíbe tener relaciones sexuales con ningún otro paciente, enfermera o trabajador. El siguiente dice que los pacientes no pueden vestir biquinis, camisetas de tirantes ni pantalones cortos; y deberán llevar sujetador en todo momento.

—Entonces, ¿tengo que ponerme sujetador? —bromeo, intentando demostrar una vez más, en vano, lo estúpidas que son las normas.

—Parece una tontería —admite la enfermera—, pero aquí tenemos adictos al sexo.

Las palabras se le escapan de la boca con cierto desdén y desasosiego, como si los adictos al sexo no fueran pacientes normales, sino depredadores monstruosos con los que hay que andarse con cuidado. Y de repente caigo en la cuenta de que los alcohólicos y los yonquis no tienen nada contra mí: ellos solo destruyen sus propios cuerpos. A mí me interesan los cuerpos de los demás. Soy lo peor de lo peor. Otros adictos no encuentran drogas en sus centros de rehabilitación, pero mi tentación está aquí. Está en todas partes. Y cualquiera que se encuentre a tiro de flirteo debe permanecer alerta, no vaya a echarle el lazo.

—¿Tiene pensamientos suicidas? —pregunta.

—No.

Clica sobre una ventana en el ordenador y aparece un formulario titulado «Promesa de no cometer suicidio».

Me acerca una tableta pequeña y un bolígrafo digital y me pide que firme el formulario.

—¿Qué van a hacer si me mato? ¿Echarme por mentir?

Ella no dice nada, pero noto que hunde la uña del dedo índice en el pulgar. Me parece que la estoy importunando. Son las preguntas. Las putas preguntas. Aquí no les gustan. Es porque las preguntas son poderosas: la pregunta adecuada puede delatar los fallos del sistema.

Pero firmo y envío, como buen embustero que soy.

Consulta mi archivo en el ordenador, ve algo que la sorprende manifiestamente; entonces, gira el monitor para que yo no pueda verlo y teclea unas palabras rápidas. Llevo aquí solo veinte minutos y con un comportamiento relativamente bueno, teniendo en cuenta las circunstancias, y ya me han castigado. Y a mí ya me va bien, porque de momento odio todo este proceso. No se trata de hacerme mejor persona. Se trata de que ellos se cubran las espaldas frente a posibles pleitos, para que puedan decirle a la familia de la víctima: «Bueno, él nos prometió que no se colgaría. Mire, tenemos su firma aquí mismo, así que no es culpa nuestra si nos mintió».

—¿Tiene pensamientos homicidas? —pregunta.

—No.

Y en ese mismo instante se me ocurre un pensamiento homicida. Es como decir «no piense en un elefante rosa». Pasa a la siguiente pregunta.

—¿Por qué está aquí?

—Por ser infiel.

No dice nada. Pienso en la palabra. Suena patética. Estoy en un puto manicomio porque no supe decir que no a una nueva compañera sexual. Así que añado la otra razón por la que estoy aquí:

—Y supongo que para aprender a tener una relación sana.

Pienso en Ingrid, a la que he roto el corazón, cuyos amigos amenazaron con matarme y que nunca hizo nada mal, salvo amarme.

La enfermera levanta los ojos para mirarme. Es la primera vez que establece contacto visual. Veo como algo se ablanda en ella. Ya no soy un pervertido. He pronunciado la palabra mágica que empieza por erre: relación.

Separa los labios y los humedece; ahora su actitud es completamente distinta. En realidad, quiere ayudarme.

—Por supuesto —dice— el primer requisito para ello es encontrar a alguien sano con quien estar.

—Ya he encontrado a esa persona —suspiro—. Es completamente sana. Eso fue lo que me hizo darme cuenta de que el problema lo tengo yo.

Sonríe compasiva y sigue revisando mi formulario de admisión. Le pregunto si de verdad cree que soy un adicto.

—No soy especialista en adicciones —dice—. Pero, si engaña en su relación, si visita páginas porno o si se masturba, eso es adicción al sexo.

Abre un cajón, saca un papel rojo cuadrado y escribe con un rotulador negro mi nombre de pila y la inicial del apellido. Seguidamente, lo mete en una funda pequeña de plástico y le pasa por dentro un trozo largo de cordel blanco. Es el collar más feo que he visto en mi vida.

—Está en rojo dos —dice—. Es necesario que lleve el distintivo en todo momento.

—¿Qué significa «rojo dos»?

—Las tarjetas tienen un código de color. El rojo es para los adictos al sexo. Y el grupo rojo dos está en terapia con… —hace una pausa y deja escapar una breve sonrisa incómoda— Joan.

No sabría decir si su expresión es de inquietud o de lástima, pero por alguna razón el nombre me llena de un miedo cerval.

Entonces, levanta del suelo un cartel grande y lo coloca encima de su escritorio, frente a mí. En él hay escritas ocho palabras enormes:

ALEGRÍA

DOLOR

AMOR

IRA

PASIÓN

MIEDO

CULPA

VERGÜENZA

—Esto se llama *registro emocional* —dice—. Tendrá que venir cuatro veces al día e informar de cuáles son las emociones que siente. ¿Cuáles está experimentando ahora mismo?

Busco en el panel «miedo cerval», «inutilidad total», «confusión absoluta», «arrepentimiento intenso», «frustración normafóbica», «impulso de salir huyendo, cambiarme el nombre por el de Rex y mudarme a Nueva Zelanda para siempre».

—No encuentro mis emociones en la lista.

—Estas son las ocho emociones básicas —me explica con experimentada paciencia—. Todas las emociones pertenecen a alguna de estas categorías. Así que seleccione las que siente con más intensidad en este momento.

No lo pillo. Me siento como si alguien se acabara de inventar esta mierda. Es completamente arbitraria. Siento…

—Ira.

Teclea algo en mi historial. Ya estoy oficialmente internado. Noto cómo surge en mí otra emoción.

—¿Qué diferencia hay entre la culpa y la vergüenza? —pregunto.

—La culpa solo tiene que ver con su comportamiento. La vergüenza, con su persona.

—Y vergüenza.

Mucha vergüenza.

Me lleva de vuelta al mostrador de recepción, donde veo a una mujer con el brazo envuelto en fibra de vidrio azul que sale de la unidad de enfermería acompañada: otra recién llegada. Tiene la piel pálida, el pelo negro azulado, un montón de *piercings* y la mirada de una vampiresa que seduce a los hombres hasta la perdición. Y me siento instantáneamente atraído por ella.

Desde el otro lado, una mujer todavía más seductora, con el pelo largo y rubio asomándole por debajo de una gorra rosa de béisbol, se acerca tranquilamente hasta el mostrador. Lleva una camiseta negra ajustada que resalta hasta la última curva de su cuerpo. Y me pongo a pensar lo que pienso siempre, lo que todo hombre piensa siempre. ¿Para qué está la pubertad si no es para tener estos pensamientos? ¿Para qué sirve la testosterona si no es para sentir una descarga de sustancias químicas que estimulen los neurorreceptores del área peróptica medial del cerebro en este mismo momento, impulsándome a pasar a la acción?

—¿Por qué está aquí? —le pregunto a la rubia; tiene la etiqueta azul.

—Adicción al amor —responde.

Perfecto. Le pregunto si quiere que cenemos juntos.

Registro emocional: culpa.

Y pasión.



4

Mi compañero de habitación también lleva una etiqueta roja al cuello. Nada más entrar yo por la puerta me mira de arriba abajo e inmediatamente me asalta una ráfaga de sentimiento de inferioridad. Es moreno y musculoso; yo, no. Tiene facciones marcadas; las mías son suaves y blandas. A juzgar por la camiseta que lleva puesta, fue el jugador más valioso de un torneo de fútbol; a mí en la escuela siempre me elegían el último cuando había que formar equipos para practicar un deporte.

—Soy Adam —dice, y me estruja la mano.

Habla con confianza; mi voz suena nerviosa y apresurada.

—Neil —rescato mi mano—. ¿Por qué estás aquí? —pregunto con naturalidad forzada.

Si yo tuviera el aspecto de Adam, habría tenido novias o al menos alguna clase de contacto sexual en el instituto, y probablemente no sentiría deseo por todas y cada una de las mujeres que me cruzo por la calle, en el avión, en rehabilitación, a un radio de cincuenta metros del lugar en el que esté. Habría tenido un poco de amor propio, ¡joder!

—Te lo voy a contar, Neil —se sienta en la cama y suspira—. Estoy aquí por la misma razón que tú, por la misma razón que todos los tíos: me han pillado.

O quizá tampoco tendría amor propio.

De repente me cae bien. Habla el mismo lenguaje que yo.

La habitación es espaciosa: tres catres pequeños, tres armarios con llave y tres despertadores baratos de plástico. Tomo posesión de una cama y un armario mientras Adam me cuenta su historia. La cama es tan baja que las rodillas casi le dan en el pecho.

Adam es trabajador, temeroso de Dios, un patriota americano sacado directamente de un anuncio de loción de afeitado de una revista de los años cincuenta. Casado con su amorcito de la universidad, se compró una casita en Pasadena, vende seguros, tiene dos hijos y un perro y va a la iglesia los domingos.

—Pero mi mujer —me sigue contando— no se cuida mucho. Se pasa el día

deambulando por casa y no hace nada. Cuando llego del trabajo, ella se queda ahí leyendo una revista. Le pregunto que si quiere oír la versión resumida de cómo me ha ido el día y ella me dice: «No, gracias». Ni siquiera les ha preparado la cena a los niños.

Hunde la barbilla entre las manos y llena sus pulmones de atleta con una profunda inhalación.

—No es que yo quiera que sea ama de casa ni nada, pero estoy agotado. Así que hago la cena para todos y ella ni siquiera recoge. Ya sabes, Neil, la llamo cada tarde para decirle que la quiero. Le mando flores. Hago todo lo posible para demostrarle que me importa.

—Pero ¿te importa de verdad o lo haces solo porque toca?

—Ahí está el tema —le da vueltas ansiosamente a su alianza—. Juego al fútbol y colaboro en la organización de las ligas locales; una mujer se puso a entrenar a uno de los equipos y surgió algo entre los dos. Eso fue como siete meses antes de que pasara nada, pero, cuando pasó, te lo digo de verdad, Neil, no es broma, fue el mejor sexo de mi vida. Verdadera pasión, y se transformó en verdadero amor. Pero entonces mi mujer contrató a un detective privado y ahí se acabó todo.

Tal vez el matrimonio sea como comprarse una casa: la intención es pasar el resto de tu vida en ella, pero a veces te entran ganas de mudarte o, por lo menos, de pasar una noche en un hotel.

—Y si eras feliz con esa otra mujer y tan infeliz con la tuya, ¿por qué no te divorciaste y listo?

—No es tan fácil. Con mi mujer tengo una relación madura y estable. Y tenemos hijos y hay que pensar en ellos —se levanta de la cama dándose impulso y se queda de pie—. ¿Quieres seguir hablando mientras salimos a correr?

Le miro las piernas, hechas de algún material supergenético y probablemente moldeadas por un padre que solo lo amaba cuando marcaba goles. Me harían falta cuatro zancadas de las mías por cada una de las suyas.

—No, déjalo. Tengo planes para cenar.

—Pues nos vemos —hace ademán de salir de la habitación y luego da media vuelta—. ¿Ya te han prevenido acerca de Joan?

—¿Joan? —entonces me acuerdo.

—Lleva nuestro grupo. Es una tocahuevos de campeonato. Ya lo verás.

Allá va Adam: fuerte, sano y jodido.

En la cafetería no hay azúcar ni cafeína, solo comida que no estimularía ni al gato. En una mesa del rincón hay siete mujeres con desórdenes alimentarios, acompañadas de una consejera del hospital que se asegura de que ingieran las calorías que les corresponden y de que no las purguen en el baño.

Por ahora no he visto a ninguna mujer con etiqueta roja. Está claro que las mujeres sufren desórdenes alimentarios y los hombres, adicción al sexo. Supongo que ambos comparten la misma obsesión: el cuerpo femenino.

Me siento al lado de la adicta al amor, que está con la vampiresa del brazo roto de recepción. Resulta que comparten habitación. La adicta al amor se presenta como Carrie; la vampiresa, como Dawn, alcohólica y amiga indiscriminada de cualquier droga. Siempre que Dawn quiere más postre sin azúcar o más café sin cafeína, Carrie se lo trae, hasta que la consejera de la mesa del comedor se acerca.

—Deja de ir a buscar comida para los demás —la reprende—. Es codependencia y va en contra de las normas. ¡Basta de cuidados! ¿Me has entendido?

Cuando se va, Carrie me mira desesperada.

—¡Pero se ha roto el brazo! ¿Qué se supone que tengo que hacer?

—Estás fomentando mi adicción a las vendas —bromea Dawn.

Y nos reímos como si todo fuera tan normal. Sin embargo, en ese instante bajo la mirada y veo la etiqueta roja que me cuelga por encima del plexo solar como una letra escarlata. Y empiezo a titubear, a ponerme nervioso, a preguntarme si se habrán dado cuenta de que, de entre toda la gente que hay aquí, he ido a escogerlas a ellas, a las más jóvenes, las más atractivas, las únicas dos con las que no tendría que haberme sentado.

Si todavía no saben lo que significa esta insignia roja, pronto lo sabrán: mantente alejada. Este hombre es un pervertido.



5

En un tablón de anuncios que queda justo a la entrada de la zona de recepción hay un listado de las reuniones de los doce pasos que se celebran esa noche: Alcohólicos Anónimos, Narcóticos Anónimos, Adictos al Amor y al Sexo Anónimos, Comedores Compulsivos Anónimos, Jugadores Anónimos, Adictos a la Metanfetamina Anónimos, Codependientes Anónimos. Todo un menú de disfunciones para elegir.

Nunca he asistido a una de estas reuniones, así que elijo la más pertinente: Adictos al Amor y al Sexo Anónimos. Es en la sala para los pacientes, que fundamentalmente hace las veces de biblioteca de rompecabezas, para mantener ocupados a los pacientes obsesivo-compulsivos echando a perder su vida. En un corro de sillones y sillas al fondo de la sala hay un grupo de tres hombres y tres mujeres, incluyendo a Carrie, dirigido por un hombre de pelo gris, tristón pero solemne, con una carpeta abierta delante. Parece un presentador de noticias en horas bajas.

—Me llamo Charles y soy adicto al sexo, codependiente y depresivo con TEPT y TOC —le dice al grupo.

—Hola, Charles.

—Recibí tratamiento por adicción al sexo hace diez años y recaí hace dos meses. Como no quería criar a mis hijos en torno a mi adicción, dejé pasar la ocasión de tener hijos con mi mujer. Ahora ya somos los dos demasiado viejos y me arrepiento mucho de ello. Y me da miedo que ella venga a la semana familiar porque no quiero perderla.

Cuando acaba, mira a Carrie. Se ha cambiado y lleva puesta otra camiseta ajustada. En esta pone MERCANCÍA DAÑADA.

—Me llamo Carrie y soy adicta al amor y superviviente de un trauma.

—Hola, Carrie.

—Acabo de llegar hoy. Me he pasado los dos últimos años persiguiendo a un maltratador al que yo ni siquiera le interesaba. Si un tío me presta la más mínima atención, me obsesiono. No me siento guapa y lo veo como un reto. Y como siento un deseo tan fuerte de que me acepten y me quieran, acabo teniendo relaciones sexuales antes de lo que debería y, muchas veces, cuando ni siquiera debería tenerlas.

La idea se me ocurre antes de que pueda detenerla: estos grupos son un sitio ideal para conocer mujeres. Carrie está ahí mismo, divulgando la estrategia exacta mediante la cual puede ser seducida. No hay nada que a un hombre con baja autoestima le guste más que una mujer preciosa que no sabe que lo es. Tengo que controlar mi mente. Se supone que estoy aquí para eso.

El siguiente que se levanta es un hombre que andará cerca de los cincuenta: pelo gris, barba gris, un poco de barriguita, mejillas enrojecidas, como un Papá Noel, pero más flaco y adicto al sexo. Se mira el estómago y muy despacio, a regañadientes, cuenta su historia.

—Empecé yendo a clubes de *striptease*, pero entonces fui a Tijuana, visité un burdel y empecé a ir allí todo el rato.

Toma una larga bocanada de aire, como si fuera el humo de un cigarrillo, y suelta el suspiro más triste que haya oído en mi vida.

—Y pillé una ITS —se calla, como si estuviera valorando la idoneidad de compartir el resto del relato; entonces cierra los ojos con fuerza durante un instante y mueve la cabeza de un lado a otro—. Todavía no se lo he contado a mi mujer.

Espera alguna reacción, pero el silencio es tal que se podría oír una jeringuilla caer al suelo.

—Va a venir para la semana familiar y supongo que se lo contaré entonces. Veinticinco años de matrimonio y el castillo de naipes entero está a punto de venirse abajo.

Parece como si tuviera el cuello en una guillotina y estuviera esperando a que cayera la hoja. Aquí a nadie parece preocuparle el hecho de haber sido infiel, tan solo le importa que le pillen. Más de uno se ha pegado un tiro en la cabeza antes que afrontar las consecuencias de lo que haya hecho en su vida secreta.

Con todo, las consecuencias rara vez son la muerte, la violencia o la cárcel. Las consecuencias son que otras personas van a enterarse, y esas personas tienen sentimientos y emociones al respecto que uno no puede controlar. La mujer de Papá Noel no va a matarlo. Sencillamente acabará muy, pero que muy cabreada. La mentira consiste en controlar la realidad de otra persona, con la esperanza de que lo que esa persona no sepa no te haga daño.

De pronto noto que todos me miran.

—Me llamo Neil.

—Hola, Neil —corean en un tonillo monótono.

Y entonces vacilo. Si me identifico como un adicto al sexo, podría echar por tierra mis posibilidades con Carrie.

Aunque estoy aquí para echar por tierra mis posibilidades con Carrie. Estoy aquí para echar por tierra mis posibilidades con todo el mundo. Si me pongo a tener líos en la rehabilitación, entonces estoy perdido.

Pero, dejando de lado a Carrie, ¿de verdad soy adicto al sexo? Soy un tío, joder; a los tíos nos gusta el sexo. Es lo que hacemos. Mete en un bar a una mujer bonita con un vestido ajustado un sábado por la noche y es como echar carne cruda a una manada de lobos.

Solo que yo me comí la carne mientras estaba metido en una relación. Y mentí y le hice daño a alguien que me quiere, o que me quería (ya no sé cómo queda la cosa). Supongo que eso es lo que hacen los adictos: desean algo tan desesperadamente que están dispuestos a hacer daño a los demás para poder conseguirlo.

—Y soy adicto al amor y al sexo.

Vale, lo he suavizado un poco.

Todos están escuchando, nadie juzga. Cada uno tiene sus propios problemas.

—Nunca pensé que estaría en un sitio como este. Pero he tomado algunas malas decisiones y he engañado a la mujer que amo. Así que supongo que estoy aquí para averiguar por qué he hecho algo semejante y por qué le he hecho tanto daño. Y porque quiero estar lo suficientemente sano como para tener una relación de

compromiso, y con ella, esperemos. No quiero acabar por destruir un matrimonio y dejar traumatizados a mis hijos por el hecho de haber sido infiel.

Papá Noel niega con la cabeza y sus ojos se llenan de lágrimas. En ese punto me callo. He decidido no mencionar la otra opción que tengo en mente: decir, sin más, «a la mierda, es mi naturaleza» y no meterme nunca más en una relación monógama para ser libre de salir con quien yo quiera y cuando yo quiera.

Desde la adolescencia se nos inculca (los amigos, la cultura, la biología) que, como hombres que somos, deseamos a las mujeres. Resulta un poco irracional esperar que cerremos el grifo de golpe y para siempre en cuanto nos casamos. Las piernas son largas, los pechos son suaves y «siempre» es mucho tiempo.

Cuando ya todo el mundo ha compartido su historia, Charles pregunta si hay alguien para quien esta sea su primera reunión. Levanto la mano y él me hace llegar, haciéndola pasar de mano en mano, una moneda. He visto a amigos míos yonquis que han conseguido estas monedas a cambio de su sobriedad y las tratan como si fueran medallas de oro olímpicas. Ahora me han dado una a mí. La miro. No me dice nada, solo que hoy me he convertido en uno de ellos. Un día sobrio.

Nunca en mi vida pensé que sería un paciente de un sitio como este. De hecho, siempre creí ser alguien normal, con la suerte de tener unos padres que no se habían separado y que nunca me pegaban, que el secreto de mi padre no tenía nada que ver conmigo, que no tenía tiempo para psicoterapeutas ni me hacían falta, que era un periodista que escribía sobre los problemas de los demás. No estoy seguro de qué fue lo que me hizo caer por fin en la cuenta de que el que estaba loco era yo.

Puede que fuera Rick Rubin.

6

Océano Pacífico, cinco meses antes

A ver si lo he entendido: ¿amas a tu novia pero vas y te acuestas con otra?

Sí.

¿Y sabías que eso la haría sufrir, así que vas y le mientes?

Sí.

Bueno, míralo por el lado bueno: si se entera y corta contigo, así dejarás de tener una relación. Con todas esas mentiras, al final has estado todo el rato metido en tu mundo.

Rick y yo estamos haciendo paddle surf en el Pacífico. Es uno de los mejores productores musicales del mundo y, por la razón que sea, me ha tomado bajo su protección. Al principio creí que había entablado amistad conmigo para que escribiera sobre él en Rolling Stone, pero no tardé en darme cuenta de que nada había más lejos de la realidad. No le gusta que se escriba sobre él ni ir a fiestas ni encontrarse en ninguna situación que se salga de su zona de confort. Y al mismo tiempo no tiene ningún problema en decirles a grupos como U2 que alguna canción nueva que han sacado al mercado es una mierda.

Entonces, ¿crees que debería contarle lo que pasó?

Pues claro. Si te hubieras comprometido desde un principio a contarle siempre la verdad, te lo habrías pensado dos veces antes de engañarla. Pues empieza ahora, a lo mejor aún no es demasiado tarde para incluirla en tu relación.

No creo que pueda hacerlo. ¡Le dolería tanto!

Bueno, ¿mereció la pena?

Decididamente, no.

Desde hace cosa de un año Rick y yo salimos juntos a remar en días alternos, desde Paradise Cove hasta Point Dume, y nos contamos nuestra vida. Él es mayor que yo, pero es más rápido, siempre me saca unas cuantas paladas de ventaja. Sin camiseta y con una larga barba gris, parece una especie de místico acuático guiando a un joven acólito.

Nuestras salidas a remar tienen poco que ver con las conversaciones que tuve con Rick hace unos años. En aquel entonces pesaba setenta kilos más y rara vez se levantaba del sillón. Cada movimiento le costaba una barbaridad. Ahora todos los días sale a correr o a remar o está probando alguna rutina deportiva nueva. Nunca he visto a nadie experimentar una

transformación tan rápida. Y supongo que hoy está intentado ayudarme a hacer lo mismo.

¿Sabes quiénes son los que no saben controlar su comportamiento ni siquiera cuando han dejado de disfrutar de ese comportamiento?

¿Los débiles?

Los adictos.

No creo que sea un adicto. Solo soy un tío. Tampoco es que lo haga a todas horas.

Acabas de hablar como un toxicómano. ¿No acabas de decirme que mientes a personas a las que amas para meterte un chute, que hacerlo ya ni siquiera te coloca y que aun así sigues haciéndolo?

Sí. Pero ¿y si la cuestión es que Ingrid no es la persona idónea para mí? Si lo fuera, a lo mejor no la engañaría. A veces me pone de los nervios y puede llegar a ser muy cabezota.

Te quejabas exactamente igual de tu última novia. Cuando la cosa se pone fea empiezas a culpabilizar a la persona con la que estás. Nada de esto tiene que ver con ella. Solo contigo. ¿Es que no lo ves?

No sé.

Se desespera.

A veces me siento como si fuera un experimento de Rick, a quien le pirra convencer a la gente de que haga exactamente lo contrario de lo que más le gusta; me da la sensación de que esto no es más que un sádico intento por ver si es capaz de conseguir que el tío que escribió *El método* dé la partida por acabada.

Me atrevería a decir que probablemente nunca hayas llegado a sentir una verdadera conexión con nadie, ni sexual ni de cualquier otro tipo. A lo mejor la rehabilitación es exactamente lo que necesitas para curar el miedo.

¿Qué miedo?

El miedo a sentir en una relación monógama que no eres suficiente para la persona con la que estás.

O eso o de verdad intenta ayudarme.

Voy a tener que pensármelo.

No tienes tiempo para pensar. Si de verdad quieres llegar a ser feliz en esta vida, tienes que reconocer que estás utilizando el sexo a modo de droga para rellenar un agujero. Y ese agujero es tu autoestima. En el fondo sientes que no te mereces ser amado. De forma que intentas escapar de ese sentimiento conquistando a mujeres nuevas. Y al final, cuando vas demasiado lejos y le haces daño a Ingrid, lo único que consigues es que eso refuerce tu convencimiento inicial de que no eres digno de amor.

Hablando así Rick parece casi mesiánico. Tiene la mirada ardiente y es como si la verdad le llegara desde un lugar supremo, un lugar en el que no he estado nunca. Lo he visto ponerse así en otras ocasiones y después, cuando le pido que me repita lo que ha dicho, normalmente no se acuerda.

Entiendo lo que dices. Pero es que también me gusta probar cosas nuevas. Me encanta viajar, comer en distintos restaurantes y conocer a gente. Con el sexo es igual: me gusta conocer a mujeres distintas, probar cómo son en la cama, conocer a sus amigos y a su familia, y guardar las experiencias y los recuerdos.

Rellena el agujero y recupera la actividad sexual cuando estés entero, y entonces ya ves cómo te sienta.

Puede que tengas razón. No pierdo nada por intentarlo.

Conozco un sitio al que puedes ir para la adicción al sexo. Es un programa de un mes. Si vas ahora y le escribes a Ingrid desde rehabilitación para contarle la verdad, y le explicas que estás intentando poner solución al problema, creo que te perdonará.

Ahora no puedo ir. Me vencen un par de plazos muy gordos dentro de poco.

Si hoy te atropellara un coche y te pasaras un mes en el hospital, no te perderías nada por no poder escribir durante ese tiempo. Con esa excusa no haces más que dar rienda suelta a la enfermedad. Nada va a cambiar mientras no adquieras un compromiso y actúes conscientemente para que cambie.

Me prometo a mí mismo que a partir de ahora seré fiel a Ingrid, que me aseguraré de que nunca descubra lo que hice y que le demostraré a Rick que no soy un adicto. Aunque, al

mismo tiempo, una voz en mi interior me dice que ahí fuera, en alguna parte, igual que Bigfoot o el monstruo del lago Ness, existen mujeres listas, inteligentes y equilibradas que están dispuestas a comprometerse sin reclamar exclusividad sexual.

Escucha, buena parte de lo que dices es cierto. Y voy a pensarlo y a intentar hacer las cosas bien. Pero de verdad que no creo que sea un adicto al sexo. No es como si me estuviera fundiendo toda la pasta en putas o metiéndole mano al monaguillo de turno.

A lo mejor todavía no estás preparado. Igual que un yonqui, primero necesitas tocar fondo.

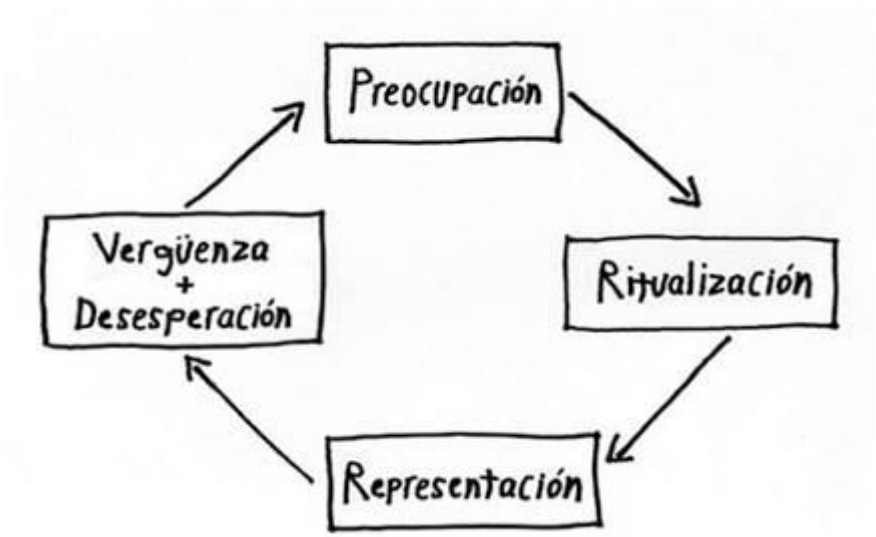


7

Hay diez sillas pegadas a las paredes lateral y del fondo de la sala, cada una ocupada por un hombre deshecho, incluido mi compañero de cuarto, Adam. Charles, que dirigió la reunión de los doce pasos la tarde anterior, está aquí. También está Papá Noel, desplomado en la silla, con la tensión reflejada en la frente arrugada, los ojos cerrados a cal y canto. Solamente está presente su cuerpo. La mente la tiene en otra parte, sufriendo. Junto a la pared de enfrente hay una silla giratoria, un escritorio, un archivador repleto de pecados de innumerables adictos al sexo.

En la pared hay un gráfico enorme titulado «El ciclo de la adicción», con cuatro términos —preocupación, ritualización, representación y desesperación— dispuestos en círculo.

Unas flechas apuntan a cada palabra, con su origen en la anterior, formando un bucle infinito.



Mientras lo observo, se abre la puerta y entra una mujer alta, con la silueta en forma de pera. Tiene el pelo castaño y sin lavar, recogido en un moño tirante. Viste una amplia blusa de flores, pantalones marrones y zapatos planos. Las comisuras de los labios apuntan ligeramente hacia abajo en un gesto de disgusto permanente. Echa un vistazo al grupo, cuidándose de no establecer contacto visual con nadie o de reconocer su individualidad. Sea lo que sea lo opuesto al sexo, ella lo encarna.

Se deja caer de golpe en la silla giratoria. Revolviendo entre una pila de carpetas marrones, no muestra ni una pizca de ternura ni de humanidad ni de humor. Es nuestra doctora y juez, la madre estricta de la que hemos estado intentando huir a base de tirarnos a mujeres y la esposa amargada que nos ha pillado in fraganti.

Se llama Joan. Y su mera presencia desata un violento escalofrío en las carnes de todos y cada uno de los hombres que hay presentes en la sala.

—¿Has hecho la tarea? —le pregunta a un hombre de unos treinta y cinco años.

Es delgado y rubio, y tiene un hermoso rostro infantil, mejillas sonrosadas y una incipiente barriguita que resulta extrañamente incongruente.

—Sí —dice él nervioso—. ¿Lo leo?

Su etiqueta roja lo identifica como Calvin.

—Por favor.

En su voz no cabe ningún tipo de calidez ni de interés, solo autoridad y un punto de condescendencia. A decir verdad, todo lo que hace y dice está tan medido que su personalidad resulta artificial, como una máscara que se pone antes de entrar en una sala para enfrentarse a diez hombres adictos al sexo. Y teme que, si la deja caer, si cede siquiera un poco de terreno, perderá el control de esos animales depredadores a los que ella tiene que amansar y civilizar.

—Estos son los aspectos de mi vida que se han visto perjudicados por la adicción al sexo —empieza Calvin—. Perdí mi casa y a mi hermano. Contraté con él un viaje alrededor del mundo y en casi todas las ciudades me escabullía para ir a buscar chicas de compañía. Me he gastado un total de ciento veinte mil dólares a lo largo de mi vida en chicas de compañía.

—¿Llevas el recuento de todo lo que te has gastado?

—Creo que sí —adopta una posición de defensa, como esperando el ataque.

—¿Has incluido la factura de internet?

—No.

—¿Utilizas internet para buscar chicas?

—Sí.

—Entonces incluye las facturas de internet. Y la del teléfono, si es que has llamado a alguna de esas mujeres a las que has deshumanizado —suelta esa última palabra como si fuera un predicador condenándolo al infierno—. Incluye el dinero que te has gastado en taxis para ir a ver a esas mujeres y el dinero que te has gastado en condones y el coste total de cualquier viaje en el que las hayas frecuentado.

—Vale, entonces puede que sean doscientos cincuenta mil.

Un cuarto de millón de dólares sigue siendo insuficiente para Joan. Mientras le presiona para que le sume hasta el último penique que tenga la más mínima relación con su afán por el sexo, me pongo a pensar en que yo me gano la vida gracias a mi mal llamada adicción al sexo. La adicción al sexo me paga el teléfono, el alquiler y el seguro médico. Me paga el desayuno, la comida y la cena; me paga el cine, los libros y el ordenador en el que escribo; me paga los calcetines, la ropa interior y los zapatos. Ni siquiera podría pagarme la estancia para seguir este puto tratamiento de no ser por la adicción al sexo.

Cuando echo la vista atrás, a mi niñez, veo a un empollón malnutrido con gafas negras de pasta baratas, demasiado grandes para mi pequeño rostro, aunque demasiado pequeñas para mis enormes orejas. Y veo un pelo castaño grasiento cortado muy corto y de mala manera, a petición mía. Odiaba los rizos que me salían. Todo el mundo tenía el pelo liso y yo quería ser uno más. Hasta mi madre me llamaba parásito.

Mi racha de mala suerte no se acabó con el instituto (donde la chica que me acompañó al baile de graduación se fue de la fiesta con otro tío y mi interacción más duradera con alguna mujer atractiva se daba mientras me cortaba el pelo), sino que se alargó durante la universidad y buena parte de los años subsiguientes. Me quedaba en la barrera, mirando cómo los demás se divertían. Al final hice de ello un trabajo a tiempo completo y empecé a ganarme la vida escribiendo perfiles de músicos. Cuando la soledad se acentuaba durante las largas sequías que mediaban entre una novia y otra y anhelaba el contacto femenino, me iba a un salón de masajes asiático. Incluso allí tenía la sensación de que se burlaban de mi torpeza a mis espaldas.

Pero un día todo cambió. Me mezclé con los hombres que se autoproclamaban los más mujeriegos del mundo con la esperanza de darle la vuelta a mi racha de mala suerte. Después de vivir y viajar con ellos por todo el mundo durante dos años, por fin desarrollé la confianza necesaria para hablar con las mujeres que me atraían y, por primera vez en mi vida, la habilidad para atraerlas. El libro que escribí acerca de mi educación a manos de estos insólitos donjuanes se hizo tan tristemente célebre que eclipsó todo lo que había hecho con anterioridad. De forma que mi afán por el sexo no me destruyó la vida, sino que se convirtió en mi profesión.

Por lo tanto, resulta frustrante que cinco años después me encuentre en rehabilitación, tratando de desaprender todo lo que me ha costado tanto tiempo y esfuerzo aprender.

—¿Eres consciente de que cuando utilizas los cuerpos de esas mujeres para masturbarte las estás hiriendo? —dice Joan para amonestar a Calvin; advierte que el chico está al borde de las lágrimas y entonces intenta llevarlo hasta el límite—. A ellas no les importas. Son mujeres que sufren y de quienes se abusa. Y tú estás recreando su trauma infantil. Eres su padre, su primer novio, el depredador que las violó arrebatándoles la inocencia.

Y listo. Calvin ya tiene lo suyo. Deja caer la cabeza y se tapa los ojos con las palmas de las manos vertiendo lágrimas. Victoriosa, Joan hace un repaso verbal por

la sala, les va pidiendo a varios pacientes que expliquen lo que les ha costado su adicción sexual, derribando todas las defensas, despojándolos de las últimas reservas de ego y orgullo que puedan haber cosechado de cada lío, aventura o transacción.

Cuando un paciente de espeso pelo negro y la cara picada menciona con actitud despreocupada a una chica con la que tuvo un lío, Joan da marcha atrás y se pasa diez minutos sermoneándole acerca del uso de la palabra en cuestión.

—Como psicóloga, cuando oigo la palabra *chica*, automáticamente tengo que entender que habláis de una menor. Y eso estoy obligada a denunciarlo.

El ambiente se enrarece por la confusión y la incomodidad. Al final, el acusado responde:

—Yo también soy psicólogo y trato la adicción al sexo. Llevo quince años ejerciendo. Y nunca en toda mi vida había oído esa interpretación de la palabra *chica*.

Joan levanta la cabeza como una cobra a punto de atacar.

—Si vuelvo a oírte pronunciar esa palabra, te denunciaré. Y no llegarás a tu decimosexto año como CSAT.

Eso lo deja mudo. Otro que cae.

Un *Certified Sex Addiction Therapist* es un psicólogo titulado en la especialidad de adicción sexual, un término que inventó Patrick Carnes, el pionero de la adicción al sexo. En los setenta, trabajando con agresores sexuales, empezó a ver el sexo desde el punto de vista de la adicción, como el alcohol, y pensó que se podría tratar aplicando el mismo programa de los doce pasos. De modo que en las décadas siguientes empezó a dar conferencias, escribir libros e instaurar centros de tratamiento en los que estudió a miles de maníacos sexuales y a sus familias, iniciando una cruzada para lograr que los psiquiatras reconocieran la adicción al sexo como un trastorno mental.

En la pared que queda en el lado del escritorio de Joan hay una fotito enmarcada de san Carnes en persona vestido con un imponente traje oscuro y una corbata a rayas, de frente brillante y despejada, con el pelo formando un halo como el de un ángel y la mano izquierda consagrada con una alianza en primer plano. Tiene una sonrisa retorcida y proyecta una mirada beatífica sobre la sala en la que los adictos sexuales se postran ante él.

A excepción de Calvin, que nunca ha tenido novia formal y está aquí por haber dejado embarazada a una prostituta brasileña, todos los demás pecadores parecen haber venido por haber engañado; algunos de forma reiterada durante años, otros una o dos veces. Y entonces vienen aquí para intentar expiar los pecados de la carne, con la esperanza de que san Carnes obre el milagro y salve a su familia, que es al mismo tiempo su mayor logro y su carga más pesada.

Al ver a Adam castigado, a Papá Noel asustado y a Charles haciendo penitencia, pienso: tengo que solucionar este problema ya mismo. Porque, si no, después de casarme, voy a volver aquí exactamente igual que ellos, a luchar por mantener unida a la familia. Cuando Joan nos suelta, me levanto para ir a la cafetería, pero ella me retiene.

—Tienes que quedarte para firmar unos papeles.

Lo dice sin mirarme a los ojos. En lugar de eso se vuelve hacia el ordenador, abre mi historial y lo revisa.

—¿Cuánto tiempo llevas tomando sertralina? —pregunta.

—Nunca he tomado sertralina.

—Aquí en tu historial dice que sí.

—Pues será un error. No he tomado medicación psiquiátrica en mi vida.

—Entonces, ¿no tomas sertralina?

Arquea las cejas incrédula y apunta en mi historial «niega estar tomando sertralina». Es interesante hasta qué punto se da esta tendencia a creer más en lo que figura en un documento que en lo que dice un ser humano, y eso que las palabras no llegan solas al documento. Durante el resto de mi vida, incluso después, siempre que alguien indague en mis archivos pensará que padezco un desequilibrio emocional químico por culpa de esta intervención.

Cierra mi historial y a continuación abre otro documento. Miro por encima de su hombro. La letra en negrita que queda en la parte de arriba de la pantalla me hiela la sangre: «CONTRATO DE CELIBATO/ABSTINENCIA».

Está claro que estoy a punto de hacerme cura.

Lo lee muy seria.

ME ABSTENGO DE LO SIGUIENTE:

Masturbación.

Material pornográfico implícito o explícito.

Comportamiento o comentarios sugerentes, románticos, seductores o insinuantes.

Atuendos seductores.

Contacto sexual manifiesto o encubierto con cualquier otra persona o conmigo mismo.

Fantaseo sexual reservado: denunciaré objetivación, fantasías u obsesiones a los miembros del personal apropiados.

Travestismo.

—Este contrato tiene vigencia para un período de doce semanas —me informa.

—Pero se supone que solo voy a estar aquí cuatro.

Me mira fijamente. Tiene las pupilas marrones y glaciales, con la empatía de una concha de caracol.

—Es por tu propio bien. Tu cerebro tardará tres meses en recuperar la normalidad tras todos los desequilibrios derivados del estado de constante euforia que causa el sexo.

—¿Entonces tampoco podré tener relaciones cuando vuelva a casa?

—No, si quieres curarte.

Como buen embustero que soy, firmo el contrato

—Gracias —dice secamente indicándome la salida.

Registro emocional: la sensación que tienes en las pelotas cuando te zambulles

en un lago helado.

8

San Francisco, un mes antes

Estoy en la zona de recogida de equipajes, en San Francisco, cuando entra la llamada. Acabo de coger mi maleta de ruedas de la cinta.

—Tengo un mensaje de Juliet —dice Ingrid.

Me pongo pálido y empiezan a temblarme las rodillas. Algo se ha roto en mi interior. Es miedo. Es pánico. Es tristeza. Es culpa. Es sufrimiento. Son todos los sentimientos negativos a la vez. Soy ligero como el algodón y, sin embargo, no tengo fuerzas para moverme.

—¿Tienes algo que contarme? —pregunta.

Noto el dolor en su voz, el desconcierto, la incredulidad. Todas las costuras de su mundo se acaban de deshacer. Lo que ella creía que era hilo de oro ha resultado ser poliéster. Necesita que le diga que no es verdad. Y, por encima de todo, yo quiero ofrecerle otra mentira, una que la calme, para mantener cosida la tela de nuestra realidad. Abro la boca para hablar y no sale nada. No puedo hurgar en la herida con otra decepción. Pero tampoco consigo obligarme a admitir la verdad. Solo me queda otra opción.

—¿Te llamo luego? —si la verdad no está de mi parte, al menos el tiempo sí puede estarlo—. Me han retrasado el vuelo y ya llego tarde a la charla.

Voy a dar una conferencia sobre mis libros en una gran empresa tecnológica. Y en este momento me parece tan trivial toda esta mierda de escribir, todo el tiempo que me paso con la espalda doblada delante de una pantalla luminosa, toda esta historia de querer convencerme de que merece la pena. Es la gente la que importa,

no las cosas.

Y he destruido a la persona que más me importa.

Justo la noche anterior, Ingrid me había enviado un mensaje con una fotografía. Estaba en el escenario de un bar, con un trofeo gigantesco en las manos y una ridícula sonrisa enorme, mientras la gente la aplaudía. No sé cómo, pero había ganado el campeonato anual de piedra, papel o tijera frente a un centenar de personas, y eso que antes de eso apenas había jugado. Al ver esa imagen me emocioné tanto como si hubiera ganado un Óscar. Esa es mi chica. Una campeona. Pilla al vuelo cualquier cosa y la machaca.

Pues ahora me ha pillado a mí.

En el coche, de camino a la conferencia, con el corazón desbocado y la mente acelerada, Ingrid me reenvía el mensaje que ha recibido de Juliet. Le echo un vistazo y leo «lo hicimos en su coche, en mi cama y en la ducha» y ya no puedo leer más. Lo único que puedo hacer es imaginarme cómo se ha sentido Ingrid leyendo esas palabras.

Esta pausa, esta forma de posponer lo inevitable, es como la mecha de una bomba. Veo cómo se va quemando y me afano por intentar apagarla antes de que alcance el detonador. Pero Juliet dispone de demasiadas pruebas que ofrecer: fechas, horas, mensajes, técnicas. No sé qué me hizo creer que lograría encontrar la manera de salir indemne, ni por qué razón siquiera nos he puesto a Ingrid y a mí en esta tesitura. La primera vez que lo hice fue por un arrebato. La segunda, por un sentimiento de culpa. La tercera, lo hice por miedo: me había amenazado con contárselo a Ingrid. La cuarta vez ya no lo hice.

Y ahí fue cuando se abrieron las puertas del infierno.

En un edificio de oficinas de lo más corriente, un hombre corriente con una camisa corriente me acompaña a una sala corriente llena de más de cien empleados corrientes. Cojo aire y me paso la siguiente hora diciéndoles que vivan la vida y se comporten lo mejor que sepan, mientras dentro de mi pecho siento que mi vida se derrumba. Cuando llego a la habitación del hotel, enchufo a la pared el teléfono móvil, que está agonizando. El cable es corto, por lo que me veo obligado a tumbarme en el suelo, junto al escritorio.

—Acabo de colgarle el teléfono a Juliet —dice Ingrid cuando contesta—. Me ha hablado de tu marca de nacimiento.

Mi marca de nacimiento es un grupo de manchas rojas, como el seis de un dado, que tengo en el lado izquierdo del culo. Cuando tenía trece años leí *La profecía* y me convencí de que mi marca de nacimiento era la señal del anticristo. Ingrid tenía una interpretación más positiva: una vez cogió un rotulador negro fino y conectó los bultos como si fueran islas en un mapa del tesoro pirata con una equis al final.

—También he hablado con Luke —dice; Luke es un amigo nuestro, Juliet es su exnovia—. Está muy afectado.

—Ya lo sé, ya lo sé, puedo explicarlo —protesto levemente.

—Neil, estoy dolida y atónita. Me voy. Y no quiero volver a verte. No quiero volver a hablar contigo. Se acabó.

Entonces cuelga y yo me derrumbo en el suelo a llorar. Sollozando a pleno pulmón. Me chorrean las lágrimas y el vientre me tiembla sin control. La he cagado hasta el fondo. La he cagado. La he cagado.

Y empiezan a entrar mensajes: Luke dice que cuando vuelva a casa me va a partir la cara. Las amigas de Ingrid me quieren muerto. Y me da miedo que sus hermanastros vengan a darme una paliza de muerte.

No es que no me merezca que me desfiguren. Así al menos se verá por fuera cómo me siento por dentro. No es solo el pesar por perder a Ingrid, es el pesar por saber que le he hecho daño. En esta vida no llegamos a conocer a muchas personas que nos amen de corazón, que nos acepten simplemente por quiénes somos, que nos antepongan a sí mismos. Como mucho un progenitor o dos, si hay suerte, o tal vez un par de ex. De manera que ¿qué clase de persona recompensa a alguien a quien ama con mentiras, traiciones y sufrimiento?

Una persona egoísta. Una persona insensible. Una persona desconsiderada. Un capullo. Un mentiroso. Un embustero. Un tío que piensa con la polla. Yo. En cuanto recupere cierta apariencia de control sobre mis funciones motoras, la siguiente llamada que voy a hacer será a Rick, para preguntarle por el nombre del programa que mencionó.



9

Mientras avanzo por el pasillo, de un amarillo apagado, que conduce a la cafetería, noto un dolor en la ingle, un dolor de origen psicológico. He firmado la entrega de mi alma a Joan, convirtiendo mi polla en un apéndice condenado a colgarme desoladamente entre las piernas y a mear de vez en cuando.

—¿Te puedo preguntar una cosa? —le pregunto a Charles dándole un codazo mientras me sitúo a su lado en la fila del comedor—. ¿Tú crees que es la naturaleza masculina lo que nos hace querer acostarnos con otras o de verdad es una adicción?

—Es una adicción, desde luego —dice Charles con autoridad—. Y el día en que por fin admití que era incapaz de hacer nada al respecto fue el más feliz de mi vida. De pronto había dejado de ser mi responsabilidad. Si veía a una mujer guapa por la calle, me sentía atraído, sabía que no era culpa mía. Apartaba la vista y decía: «Es una enfermedad y no puedo hacer nada al respecto».

En una mesa cercana a la máquina de café descafeinado diviso a una morena vestida a la moda con una etiqueta roja. Es la primera mujer adicta al sexo que veo. Así que me siento a su lado, por supuesto. Es alta y elegante, como un gato siamés, pero con la frente grande y brillante como la luna delantera de un coche. Según la etiqueta, se llama Naomi.

Está sentada junto a una mujer corpulenta de pelo corto y negro, que viste una sudadera abultada, con varios pliegues en la papada y pelos en la cara. Charles se niega a sentarse con nosotros.

—Hemos firmado un contrato —me reprende Charles.

—No vamos a tirarles los tejos. Solo vamos a comer con ellas.

—Se supone que no podemos hablar con pacientes femeninas.

—¿Quién lo ha dicho? Ni siquiera está en el contrato.

—Estás poniendo en peligro mi sobriedad —me advierte.

Naomi se echa a reír viendo a Charles alejarse indignado. Es la primera vez que oigo música desde que ingresé. La risa de una mujer es un clímax en sí mismo. Durante la comida le pregunto a Naomi por su historia. Dice que engañó a su marido diecisiete veces.

—Recuerdo la primera vez que me acosté con otro. En el trabajo había conseguido a mi primer cliente yo sola y mi jefe me invitó a tomar algo para felicitarme. Empezamos a beber y él se acercó y se enrolló conmigo. Para mí esa aceptación fue un éxtasis. La cabeza me daba vueltas. Desde entonces seguí mintiendo, queriendo sentir otra vez esa euforia, y siempre es la misma situación: buscar aceptación por parte de hombres con poder.

Mientras ella habla, pienso en lo fácil que sería tirármela. Tiene un cuerpo bonito y un lado salvaje, por lo que se ve.

Mierda, ahora sí que he incumplido el contrato. Puede que Charles tuviera razón. Un escalofrío de remordimiento me atraviesa: ¿por qué intento poner parches con Ingrid cuando está claro que sigo sin ser capaz de ofrecerle el compromiso que espera de mí? Aunque supongo que para eso estoy aquí: para llegar a ser capaz.

Registro emocional: vergüenza.

La culpa tiene que ver con romper las normas. La vergüenza tiene que ver con estar roto.

—Hoy la psicóloga me ha dado una perspectiva radicalmente nueva —está diciendo la persona con la que acabo de fantasear accidentalmente—. Siempre dedico mucho tiempo y esmero a elegir la ropa que me pongo. Pero me ha dicho que vestirme para captar la atención de los demás es una forma de sobreactuación y que es parte de mi enfermedad.

Hay que parar a estos psicoterapeutas. Si se salen con la suya presionando a las mujeres para que dejen de ponerse guapas, más valdría que nos fuéramos todos a vivir a Irán.

—Me ha explicado que la adicción al sexo es distinta en las mujeres —continúa Naomi—. La adicción sexual femenina suele estar relacionada con la búsqueda del amor.

Me cuenta que prácticamente el noventa por ciento de los adictos al sexo que se someten a tratamiento son hombres porque los tíos tienden a actuar de puertas afuera, mientras que prácticamente el noventa por ciento de las personas que padecen trastornos alimentarios son mujeres porque tienden a actuar de puertas adentro.

La mujer que está sentada a su lado, Liz, lleva una etiqueta lila, que, según afirma, corresponde a un trastorno de estrés postraumático. Dado que Naomi es la única mujer con adicción al sexo que hay aquí, están en el mismo grupo.

—Me diagnosticaron como anoréxica sexual —dice Liz.

Nunca había oído ese término, así que Liz me explica que significa que evita el sexo. Nos cuenta que creció en una secta y sufrió violaciones grupales en repetidas ocasiones. Al final se escapó. Y desde entonces ha comido mucho y de forma compulsiva, se ha descuidado y se viste con ropa amplia para mantener alejados a los hombres. Todas esas papadas pueden parecer blandas desde fuera, pero en realidad funcionan como una impenetrable coraza que mantiene su cuerpo a salvo.

Después de comer, mientras paseo por el sendero que conduce a los dormitorios, el especialista en adicción sexual adicto al sexo del grupo de Joan me ve y me indica con el dedo que me acerque.

—Te llamas Strauss de apellido, ¿no? —me pregunta cuando me reúno con él en el parque. Su etiqueta reza «Troy».

—Pues… sí.

—He leído tu libro.

—Hazme un favor y no le cuentes a nadie quién soy —le suplico—. Es demasiado irónico.

—Entonces, ¿por qué estás aquí, tío? Pensaba que estarías por ahí viviendo la vida.

—Eso hacía. Aprendí todas esas cosas y fue divertido. Pero, en un momento dado, quiero casarme y tener una familia, así que, si quiero hacerlo, tengo que parar.

—Te voy a decir una cosa —susurra Troy en tono conspirativo—. Como psicólogo sexual, he oído todas las historias que corren por ahí fuera.

Hace un amplio gesto con el brazo. No importa en qué dirección señale: todos los caminos llevan al exterior, al mundo real.

—Y después de quince años trabajando en esto no sé si creo en la monogamia.

Le doy una palmada en el hombro y suspiro aliviado.

—Vamos a hablar un poco más sobre el tema —le digo.

He dado aquí dentro o con un aliado para la verdad o con un socio para el crimen.



10

Ya llevo tres días seguidos sentándome en esta sala con Joan y apenas he abierto la boca ni he aprendido nada. Hoy Calvin vuelve a tener problemas. Mientras tanto, se ha sumado a nosotros un paciente nuevo: un gay de Las Vegas adicto a las anfetaminas que se llama Paul. Se sienta en la silla sin afeitar, rascándose el pelo castaño corto, preguntándose, seguramente, por qué está aquí, mientras Calvin le cuenta a Joan:

—Estaba en terapia equina y allí había una chica —Joan lo atraviesa con la mirada y él se corrige—. Una mujer, quería decir. Carrie.

—¡Jo, tío! Ahí está mi pauta de excitación —murmura Troy dándose golpecitos en el pecho.

De repente a Joan se le pone el cuello rojo.

—¿Eres consciente de que desnudar a alguien con la mirada es una forma encubierta de violencia sexual?

No grita, eso indicaría pérdida de control. Su arma es la severidad. Sabe

exactamente cómo reducir a un hombre a su estado infantil: convertirse en su madre en su peor día.

—Lo siento, soy consciente de ello —dice Troy obediente.

Yo, sin embargo, no soy consciente de ello. Querría preguntarle: ¿desde cuándo pensar es un acto de violencia? Si ves a una cajera del banco contando un fajo enorme de billetes y te imaginas llevándotelo cuando no mire, ¿eso es un atraco encubierto al banco? ¿Y de qué se te acusa?

—Continúa, Calvin —dice gélidamente—, cuéntanos a todos cómo pornificaste a Carrie.

—No lo sé. Solo vi que llevaba botas de montar y hablaba de lo mucho que le gustaban los caballos, y a mí también me gustan. Así que me puse a fantasear con que nos íbamos los dos montados en un caballo y que nos casábamos.

Siempre pensé que los adictos al sexo eran unos criminales lujuriosos, no niños grandes que fantasean con casarse con mujeres que comparten sus intereses. La primera vez que oí hablar de la adicción al sexo fue de adolescente, viendo un reportaje de periodismo amarillo de investigación. Iban persiguiendo a un adicto al sexo que iba por la ciudad en una furgoneta con un colchón en la parte trasera y convencía a las mujeres para que se metieran allí dentro con él a echar un polvo. Era un hombre de aspecto muy corriente y vestía con sencillez, y me daba envidia que esa absoluta resolución a la hora de conseguir sexo pudiera realmente dar resultado, cuando mi deseo no me llevaba a ninguna parte con las mujeres.

Supongo que la moraleja es la siguiente: cuidado con lo que deseas.

Cuando vuelvo a sintonizar con la sala, Charles y Troy están discutiendo sobre pronombres. Joan les pide que se sienten en dos sillas enfrentadas y que hablen utilizando lo que ella llama *los límites de la comunicación*. Alza un cartel que dice:

Cuando vi/oí

El relato que me hice de aquello fue

Y me siento

Por lo que pediría que

Charles lo intenta.

—Cuando te oí decir que «no estamos programados para ser monógamos», el relato que me hice de aquello fue que en mi caso no era cierto. Estoy aquí para mejorar. Y siento ira. Por lo que pediría que, en el futuro, para referirte a ti mismo, hables en singular en vez de en plural.

—Muy bien —dice Joan; después se vuelve hacia Troy con voz empalagosa—: Ahora tienes que contestar utilizando el límite de la comunicación.

Echo un vistazo a los demás y veo que Calvin está divagando otra vez, fantaseando, sin duda, con Carrie. A su lado veo a Adam, seguramente pensando en cómo convencer a su mujer de que está curado. Y veo a Papá Noel replegándose todavía más en su infierno mental, desesperado por que le presten atención y consejo. No se están tratando los problemas de nadie. Van a salir de la rehabilitación igual que han entrado, solo que con un sentimiento de culpa más aguzado y comunicándose de una forma más farragosa. No lo aguanto más.

Mi voz irrumpe en cuanto abro la boca para hablar por primera vez, y la pregunta surge con torpeza.

—¿De qué forma nos ayuda todo eso?

—La forma en que nos comunicamos aquí es la forma en que la gente debería comunicarse con su cónyuge —responde Joan con frialdad.

—¿Y eso va a evitar que se acuesten con otras mujeres?

Es una pregunta seria, aunque todos se ríen. El rostro de Joan se estremece un instante, como si temiera estar a punto de perder el control de la sala. Pero entonces recupera la compostura y responde.

—Aprendéis a amaros a vosotros mismos aprendiendo a ser relacionales entre vosotros.

Enfatiza la palabra «relacional» como si fuera un bálsamo curativo mágico.

No comprendo su respuesta del todo, pero suena a concepto importante.

—No sé si entiendo muy bien lo que quieres decir con «relacional».

—Ser relacional es ser en el momento, en el aquí y el ahora, respecto a otra persona. Hay una herramienta que podéis emplear: vuestra mente solo puede hacer dos cosas al mismo tiempo. De modo que, si podéis sentaros a percibir el aire que entra y sale de vuestro cuerpo mientras escucháis a alguien, estáis en el momento, en acción. Y cuando no estáis en acción, no sois relacionales: estáis en reacción.

Parece que por fin nos está enseñando algo relevante.

—¿Entonces quieres decir que, si somos relacionales con la gente, no querremos engañar?

Se me queda mirando un segundo, tratando de decidir si supongo una amenaza o no. Es la primera vez que me mira a los ojos.

—Lo que digo es que si la intimidad que tienes con tu pareja es verdadera, no vas a tener necesitad de buscar sexo fuera de la relación.

Me aguanta la mirada un rato más; después hace un lento barrido por la sala.

—Esa es la razón por la que todos habéis acabado aquí. Si eres adicto al sexo, lo más probable es que seas coadicto a alguna otra cosa, como las drogas, el trabajo o el ejercicio, y esto se debe a que tenéis miedo de vuestros sentimientos.

Estoy intentando sacar algo en claro de todo esto. Pero las acusaciones y los diagnósticos pasan ante mí a tal velocidad que cuesta aceptarlos solo a base de fe ciega. Entras como alcohólico o adicto al sexo y sales como adicto al sexo, alcohólico, codependiente que rehúye el amor, con TEPT, TOC y TDAH. Todos sufrimos de baja autoestima, así que no veo de qué forma nos puede ayudar convertirnos en DSM andantes.

Joan escribe las palabras «S. A. F. E. SEX» (sexo seguro) en la pizarra. El acrónimo lo acuñó Patrick Carnes, nos explica, y significa que el sexo nunca debe ser «secreto (*secretive*), abusivo (*abusive*), una forma de alterar los sentimientos (*feelings*) ni vacío (*empty*) de intimidad comprometida».

Antes de que me dé tiempo a preguntar qué tienen de malo las relaciones sexuales esporádicas consentidas, Joan anuncia que después del almuerzo una consejera llamada Lorraine vendrá a hablarnos acerca de una cosa que se conoce como *erotización de la ira*. Luego nos despide secamente y nos manda a comer.

—Esto no lo he contado, pero en mi fantasía había algo más —me susurra

Calvin cuando nos levantamos para irnos.

—¿Y qué es? —le pregunto.

—Me alegro de no haberle contado lo del pícnic.

En el pasillo, Adam y Troy me están esperando.

—Eh, oye, me ha gustado cómo le has plantado cara a Joan —dice Troy por lo bajo—. Todos nos hacemos esas preguntas y está guay que tú se las hagas.

—Gracias.

Por el rabillo del ojo noto que Charles está hablando con Joan en la sala de terapia. Estoy casi seguro de que la está previniendo sobre mí. Los hay que viven para decir «ya te lo advertí».

—No te dejes amedrentar —me anima Troy de camino a la cafetería—. Intentará desarmarte para que acabes como Charles. Pero tienes que aguantar por nosotros.

—¿Y por qué no decís vosotros lo que pensáis?

—Ya sabes, lo que nos interesa es llegar al final del programa.

Adam y él cruzan una mirada. Troy está aquí porque su mujer se ha enterado de que tenía una aventura con una modelo de productos de importación que conoció en una página web para mujeres que buscan un señor que las mantenga.

—Joan no se olvida. Y no nos hace ninguna falta que nos ponga las cosas más difíciles cuando nuestra mujer venga para la semana familiar, ya sabes a qué me refiero.

Ya he oído por aquí a otros tipos que hacen mención a la semana familiar como si fuera el equivalente a una inspección fiscal, así que les pregunto por ello. Me explican que aquí el programa se divide por semanas. La primera semana se hace el cronograma; la segunda semana, te someten a un viaje psicológico que se conoce como *la técnica de la silla vacía*; la tercera semana, los padres y las esposas vienen de visita para que el psicoterapeuta pueda ayudarte a curar el sistema familiar, y la última semana, diseñas un plan de recuperación para cuando te marches.

En el caso de los adictos al sexo, el proceso de la semana familiar incluye una cosa que se llama *revelación*, que implica una confesión frente al compañero acerca de las transgresiones y aventuras que hayan tenido lugar en el pasado. Lo ideal es que, cuando estas heridas finales se curen, la pareja pueda construir una relación nueva que parta de una base fundamentada en la verdad y en la intimidad. Sin embargo, con un psicoterapeuta sin tacto alguno o con uno que tenga una agenda oculta, la revelación puede convertirse muy fácilmente en un desastre, y la próxima vez que el adicto se encuentre con su mujer será en el juzgado.

11

Los Ángeles, dos semanas antes

No he sido capaz de llorar desde que todo sucedió. No dejo de intentarlo. Mis amigos han llorado por mí, pero yo no puedo. A él le he dado todo mi corazón y mi alma y… todo…

Es la primera vez que veo a Ingrid desde que me dijo que no quería volver a verme nunca más. Me ha costado infinidad de correos electrónicos, de flores y de intentos por parte de amigos comunes para convencerla de que vaya a terapia de pareja. Y ahora que está aquí soy consciente de lo que he hecho. Está pálida y demacrada. Sus ojos miran al frente, al vacío, y su piel parece desprovista de terminaciones nerviosas, como un veterano de guerra con trastorno de estrés postraumático.

¿Crees que podrás volver a confiar en él?

No confío en él. Y ya está. Estoy desolada.

Y me desgarra por dentro saber que el trauma soy yo.

¿Confiabas en él antes de que sucediera todo esto?

Sí, claro, antes confiaba en él al ciento cincuenta por ciento. Creía que nuestra

relación era lo mejor que me había pasado en la vida. Era como estar en éxtasis cada día. Como flotar en una nube.

¿Y tú cómo te sentías, Neil?

Me sentía igual.

Ingrid niega con un lento movimiento de cabeza y contesta con una voz muy lejana que le sale de dentro.

No puede ser. Para hacer lo que hiciste tenía que haber algo que no funcionase.

No había nada, te lo juro. No tuvo nada que ver contigo. Es que fui… débil.

Ingrid, ¿qué necesitarías para poder considerar la posibilidad de volver a esta relación?

Solo necesito tres cosas.

¿Cuáles son?

Sinceridad, confianza y lealtad.

La psicóloga se vuelve hacia mí. Sé lo que está a punto de preguntarme. La única pregunta que no quiero responder.

¿Crees que estás en condiciones de ofrecérselas?

Se acabó: tengo que tomar una decisión. La verdad o la mentira. Solo una palabra para cada opción. Si escojo la verdad, me arriesgo a perderla para siempre. Si escojo la mentira, conseguiré quedarme con ella, pero seguiré viviendo una farsa y me arriesgo a volver a hacerla sufrir.

Empiezo a hablar. Me cuesta que me salgan las palabras. Me cuesta porque he optado por la verdad.

No puedo decir con seguridad que sea lo suficientemente fuerte como para resistir todas las tentaciones que hay ahí fuera. Por eso voy a ir a rehabilitación. Para poder trabajar en mí mismo y asegurarme de que esto no vuelva a suceder nunca más. Necesito entender cómo pude hacerle esto a alguien a quien quiero tanto.

De repente, Ingrid me rodea con sus brazos y nos quedamos así, muy apretados, rebosantes tanto de dolor como de pasión. A ambos se nos saltan las lágrimas, que forman surcos en las mejillas del otro. Las primeras lágrimas son de tristeza. Las segundas son de alivio. Y las terceras son las más peligrosas de todas: son de esperanza.



12

Lorraine es una mujer con cara de pájaro, de unos cincuenta años, de larga melena greñuda y gris, labios apretados, una buena napia y que viste unas incongruentes botas negras que le llegan hasta los muslos. Las heridas de guerra, sea cual sea la que haya librado, siguen manifestándose en las arrugas de su rostro.

—Estoy aquí para deciros que la adicción al sexo se cura —nos anuncia—. La compulsión desaparece. No es como el alcohol. Eso no se supera. Si os esforzáis, la recuperación os llevará entre tres y cinco años.

Al principio sus palabras suenan reconfortantes. Pero luego me doy cuenta de que, con el esfuerzo suficiente, casi cualquier hábito se puede cambiar en un período de entre tres y cinco años. Supongo que a la recuperación también se la podría llamar «modificación de la conducta». Podría haber programas de veinte pasos para dejar de morderte las uñas, hurgarte la nariz, decir «lo siento» cuando en realidad no lo sientes o, algo quizá más peligroso aún que engañar a tu esposa, enviar mensajes de texto mientras conduces.

Lorraine nos explica, del modo como debe de haberle explicado a todo adicto que haya pasado por aquí en la última década, que, cuando tenía tres años, su padre alcohólico solía encerrarla en un armario durante horas, que cuando tenía doce fue objeto de acoso por parte de un cura y que se había pasado buena parte de su vida adulta siendo codependiente, atrapada en un matrimonio con un marido alcohólico y maltratador. Era una de esas mujeres que no podía abandonar al hombre que la pegaba, hasta que él se mató a beber.

Cuando Lorraine estuvo aquí, hace veinte años, la etiqueta que llevaba era azul.

—Lo que os acabo de presentar era mi cronograma —explica—. Y esta semana todos vosotros vais a elaborar vuestro propio cronograma. ¿Quién de vosotros tiene algún trauma infantil?

Todos levantan la mano menos Adam, Papá Noel y yo. El segundo probablemente no haya oído la pregunta.

Lorraine nos mira incrédula.

—El trauma procede de cualquier abuso, negligencia o abandono. Pensadlo de esta forma: cada vez que un niño tiene una necesidad y no se le atiende adecuadamente, esto causa lo que definimos como *trauma*.

—Pero, según esa definición, ¿hay alguien en el mundo que no tenga un trauma? —le pregunto.

—Seguramente no —responde enseguida—. Relacionamos y almacenamos cualquier experiencia que nos provoque miedo o sufrimiento porque necesitamos retener esa información para sobrevivir. Solo hay que tocar un horno caliente una vez y, si te encuentras con algo parecido en la edad adulta, se activará la respuesta de supervivencia que has aprendido. Con esto tenemos un dicho: si es histérico, es histórico.

Miro en torno a la sala. Parece que todos se lo están tragando. Supongo que, de una forma u otra, todos tenemos alguna fractura, tanto si elegimos reconocerlo ante los demás —o ante nosotros mismos— como si no.

—La mayoría de la gente piensa en el trauma como en el resultado de una agresión grave, un desastre o una tragedia —prosigue Lorraine—. Pero un pequeño trauma, como que un padre te critique un día tras otro, puede resultar igual de dañino, porque se da de forma habitual. Pensadlo de esta manera: si en una escala del uno al diez un Trauma con te mayúscula es un diez y un trauma con te minúscula es un uno, entonces diez traumas con te minúscula es igual de poderoso que un Trauma con te mayúscula.

Lorraine es directa y severa, puede que incluso más que Joan, pero hay algo en su forma de hablar que me inspira confianza. No da la impresión de tener una espina clavada ni de ser miembro de la «mayoría moral». Y por lo menos estoy

aprendiendo algo, aunque aún no estoy seguro de en qué medida me va a ayudar a serle fiel a Ingrid.

—Cuando los niños pasan por una experiencia traumática tienden a absorber los sentimientos de sus maltratadores y los almacenan en un compartimento de su psique que llamamos *el núcleo de la vergüenza*. Contiene las creencias «no sirvo para nada», «no soy digno de ser amado», «no me merezco nada». Siempre que uno se siente por debajo o inferior a alguien, o se siente por encima o superior, es el resultado de falsas creencias que genera su núcleo de la vergüenza. Porque en realidad en este mundo todos valemos y merecemos lo mismo.

Charles la interrumpe.

—Pero yo pienso que tú vales más que yo porque eres experta en este tema y sabes mucho más que yo. Entonces, ¿qué tengo que hacer?

—¿Y qué sentimientos tienes al respecto? —pregunta Lorraine—. Yo estoy aquí, soy una viuda de mediana edad que viene a decirte cómo tienes que vivir tu vida. Te digo que sé más que tú y que estoy por encima de ti.

—Siento ira —dice Charles.

—Exacto. Para sobrevivir a creencias y sentimientos dolorosos a menudo los disfrazamos de ira. De ese modo, no tenemos que sentir la vergüenza que se esconde detrás.

Miro a Joan. Está mirando a Lorraine con el ceño fruncido, golpeteándose los nudillos con el lápiz.

—La recompensa de la ira es el dominio, el control o el poder —continúa Lorraine—. De modo que la ira te hace sentir mejor y superior. Y cuando utilizas el sexo del mismo modo, para restaurar el poder o sentirte mejor contigo mismo, esto es lo que se conoce como *erotización de la ira*.

El ochenta por ciento de los adictos al sexo, nos cuenta, proceden de familias emocionalmente desestructuradas. El setenta y siete por ciento vienen de familias rígidas o estrictas. Y el sesenta y ocho por ciento dicen que sus familias son al mismo tiempo desestructuradas y estrictas.

—Un control excesivo en la infancia te aboca a la mentira en la edad adulta —concluye—. De modo que la teoría de la adicción al sexo es que cuando sientes que

estás descontrolado o has perdido poder, te escabulles y representas un teatro sexual para restablecer el control y recuperar la sensación de ser tú mismo.

Ahí es donde me bajo del carro.

—¿Podrías ponerme un ejemplo más concreto? —le pregunto.

—Bueno —me contesta con lo que suena a un punto de condescendencia—, ¿cuál es tu historia?

O puede que no sea condescendencia, sino interés, y mi núcleo de la vergüenza está echando humo.

—Engañé a mi novia.

—¿Una madre estricta?

—Sí.

—Mamá no estaba disponible emocionalmente, así que te sacas la polla y la usas para buscar el amor. Y el sexo está curando la ira que sientes hacia mamá por no estar disponible.

Habla rápido y con confianza, pues mi historia es exactamente la que ella sabía que era.

—¿Entonces me tiro a otras mujeres para volver a mi madre?

—Y para tener un modo seguro, a nivel emocional, de obtener el afecto, la aceptación y el confort que mamá nunca te dio.

—No sé. Tenía la sensación de que mi madre siempre estuvo allí cuando la necesité.

Se mesa la melena, que es tan espesa y prodigiosa como la barba de Rick Rubin, y me hace la pregunta que va a alterar toda mi forma de entender mi niñez.

—¿Ella estaba allí cuando la necesitabas… o tú estabas allí cuando ella te necesitaba?

FASE II

■ Adolescente adaptado ■

PERO VEO OTRA LEY

EN MIS MIEMBROS QUE LUCHA CONTRA

LA LEY DE MI RAZÓN Y ME ATA A LA LEY

DEL PECADO, QUE ESTÁ EN MIS MIEMBROS.

¡AY DE MÍ!

—SAN PABLO

Epístola a los Romanos 7:23-24



13

Chicago, treinta años antes

Os sabéis las instrucciones, ¿verdad?

Sí, mamá.

Entonces vamos a repasarlo otra vez.

Mi hermano pequeño y yo estamos sentados a la mesa de la cocina comiendo cereales. Mi madre está en una silla apoyada contra la pared, con las piernas asimétricas asomando por debajo de la bata de andar por casa, a desigual distancia del suelo. Nos observa atentamente mientras hablamos, tratando de dilucidar si somos de fiar.

Si te mueres, no podemos contárselo a nadie.

¿Qué tenéis que hacer si llama el tío Jerry?

No le decimos nada hasta después.

Eso es.

Entonces te hacemos incinerar.

¿Y si papá os dice que me tenéis que enterrar? Eso es lo que él quiere, ¿sabéis? A él le da igual.

No le hacemos caso. Nos aseguramos de que te incineren. Luego metemos las cenizas en una caja del centro comercial Marshall Field's.

¿Y luego?

Nos llevamos la caja al parque Lincoln para esparcir las cenizas.

Bien. Y nada de funeral. Ni obituario. Ni tumba. Nada. No le digáis a nadie que he muerto hasta que esté todo hecho, no vayan a intentar impedíroslo.

¿Podemos quedarnos con la caja?

Sí, podéis quedaros con la caja.

Y después vamos a verte a la librería, ¿no?

Nos encontraremos en Kroch's & Brentano's, en Water Tower. En el pasillo de las revistas.

¿En el de las revistas para chicos o las de para chicas?

En cualquiera de los dos.

Estaré mirando las revistas de música, ¿vale? Os estaré esperando todo el día.

Por si llegáis tarde.

Quizá no sepáis que estoy allí, pero estaré. Intentaré dar con la forma de que lo sepáis.

Me la imagino como un fantasma, en otra dimensión desde la que ella pueda verme, pero yo a ella no. Y espero que, si estoy atento, podrá manifestar su presencia mediante una ráfaga de aire frío o un crujido en las páginas de una revista o…

Podrías susurrarme algo al oído.

Intentaré hacer eso. Ahora daos prisa y fregad los platos. El autobús escolar estará aquí en diez minutos y siempre llegáis tarde.

Sí, mamá.

No olvidéis nunca lo que os he dicho hoy.



14

Cuando Lorraine acaba la charla, los labios de Joan esbozan con una curva algo parecido a una sonrisa. Se sitúa en la parte delantera de la sala y nos deja regodearnos un rato, ya conscientes de que no somos solo adictos al sexo, sino también adictos a la ira. Follamos con mujeres porque odiamos a nuestra madre.

Pese a estar contenta con el efecto red de la charla, parece como si Joan también estuviera resentida por la facilidad con la que Lorraine ha dominado nuestra mente. Invita a Lorraine a salir con un brusco ademán, luego se vuelve hacia nosotros y nos habla.

—Otra de las psicoterapeutas me ha contado que los adictos al sexo masculinos han estado hablando con su adicta al sexo. Le he dicho que no podían haber sido los míos, que habría sido su paciente. Pero ayer —arquea las cejas y finge

sorpresa— un miembro de este grupo me contó exactamente lo que había sucedido y quién era el responsable.

Miro a Charles con cara de matona y al apartar la vista me topo con los ojos de Joan clavados en mí.

—¿Ves a las mujeres como a seres humanos o las ves como si fueran una colección de piezas corporales? —pregunta.

La pregunta es tan capciosa que se me quitan las ganas de responder. Me quedo callado para ver si me puedo librar fingiendo creer que es retórica, pero ella se limita a repetirla. Así que le digo:

—Las veo como a seres humanos. No soy un asesino en serie.

—Siento tener que discrepar —responde, como si creyera en serio que follarse a alguien con la mirada debiera ser castigado con una inyección letal.

Quiero mejorar como persona. Quiero tener una relación sana. No quiero engañar ni mentir ni causar sufrimiento. Pero, a excepción de la charla de Lorraine, la curación salvavidas y las lecciones de intimidad que Rick me dijo que aprendería aquí brillan por su ausencia. Estoy intentando mantener la mente abierta, pero Joan no para de llenarla de basura.

—A raíz de tu comportamiento —prosigue Joan—, voy a tener que tomar medidas más extremas con todos vosotros.

Tiene en la mano varias tiras de papel, cada una de las cuales lleva escritas las palabras «SOLO HOMBRES».

—Os voy a pedir que llevéis esto en el distintivo, bien visible en todo momento. A partir de ahora, no está permitido ni tan siquiera saludar a una mujer.

¿Y si ella saluda primero? Me pregunto. Pero Joan ya ha cerrado las trampillas, con una excepción: Paul, el único miembro gay del grupo, también lleva colgado un distintivo que reza «SOLO HOMBRES».

—Si os dicen algo, os limitáis a señalar la insignia —estampa el lápiz en la mesa—. Si alguien os ve hablando con una mujer, me voy a enterar.

Ahora no solo lucimos la letra escarlata, además nos han puesto un bozal. Con

esto no sé si nos están curando el núcleo de la vergüenza o lo están empeorando.

—¿Y qué hay de ti? —pregunta Charles—. Tú eres una mujer. ¿Tenemos permiso para hablar contigo?

Y para mí eso ya es el colmo. Yo no soy como Charles. Yo no puedo obedecer ciegamente. Necesito que el asunto tenga algún sentido. Es como ir a una iglesia porque quieres ser mejor persona y que te digan que la única manera de hacerlo es adorar a un dios en el que no crees. Tal vez no haya acudido al lugar adecuado para aprender a intimar y decidir si me conviene una relación sexual exclusiva. De momento este programa es tan efectivo enseñando monogamia como una cárcel enseñando moralidad.

—¿El principio que subyace en todo esto es la idea de que si en nuestra relación hubiera una intimidad verdadera, no buscaríamos sexo fuera de ella? —le pregunto a Joan.

—Sí —dice mostrando cierta satisfacción al comprobar que, por lo visto, lo voy captando.

Vuelvo a preguntárselo, para asegurarme de que todos los que están en la sala hayan oído exactamente lo que ha dicho. El consejo que me ha dado Troy antes resuena en mi cabeza: no pienso dejar que acabe conmigo. Voy a ser la voz de la cordura. De la realidad.

—Si en vuestra relación hubiera verdadera intimidad —repite—, no estaríais buscando sexo fuera de esa relación.

—Hay una cosa a la que llevo todo el día dándole vueltas. ¿Te parece bien que te lo pregunte?

—Por favor —deja caer las palabras con desdén.

—¿Puedo usar la pizarra?

No conozco ninguna otra forma de explicarlo. Se pone tensa. Está notando que algo impredecible puede estar a punto de acontecer. Me lanza una mirada severa, tratando de derretir mi resolución a medida que me acerco a la pizarra. Al coger una tiza empieza a temblarme la mano. Escribo sus palabras en la superficie.

«Con intimidad verdadera, no hay sexo fuera».

—Esta es tu teoría —empiezo—. Si la reduces a la idea básica que hay detrás, lo que obtienes es esto…

«Con X verdadero, no hay Y fuera».

—Y el problema es que esta ecuación no es verdad —cuando estaba en la escuela nunca pensé que tendría que usar el álgebra en la vida real: estaba equivocado—. Ni siquiera funcionaría si X e Y fueran exactamente la misma variable.

Sigo escribiendo:

«Con X verdadero en la relación, no hay X fuera de la relación».

—Pongamos por caso que tu mujer es la mejor cocinera del mundo. Siendo así, según lo que dices tú, nunca querrás comer en otro sitio.

Joan sigue mirándome en silencio dejándome escribir en su pizarra, desconcertándome con su nula reacción.

«Con cocina verdadera en la relación, no hay cocina fuera de la relación».

—Pero no es cierto. Algunas veces quieres ir a un restaurante, para variar.

Los chicos me miran fijamente. Calvin está en el borde de la silla. Troy esboza una gran sonrisa. Charles tiene el ceño apretadísimo. Ya está. Este es el momento en que refuto toda la mierda que Joan nos está endilgando. Ya se tomará ella su revancha, sea la que sea.

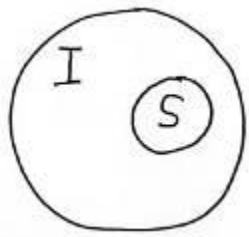
—Volvamos ahora a tu premisa original. Y la vamos a reforzar todavía más.

«Con intimidad verdadera, no hay intimidad fuera».

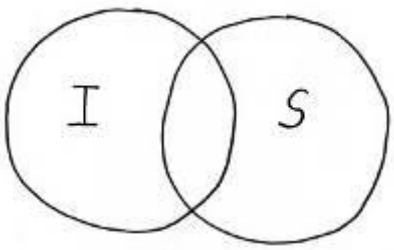
—Ni siquiera esta afirmación es cierta. Buscas intimidad con tus padres, con tus hermanos y con tus amigos. Lo mires por donde lo mires, lo que nos estás diciendo no cuadra.

Sigue sin decir nada. Yo sigo.

—El otro tema es que nos estás diciendo que la intimidad y el sexo están relacionados de esta manera…



—Pero para los hombres, y no solo para los que están aquí, sino para todos los que conozco, es así…



—Entonces, ¿qué se supone que tenemos que hacer con el resto de nuestras necesidades sexuales?

Ahora los chicos me miran boquiabiertos, con una sonrisa tontorrona en la cara; todos menos Charles, que está mirando a Joan implorante. Debo de estar interfiriendo otra vez en su recuperación.

—He aquí lo que estoy empezando a pensar —continúo—. La gente está sometida a la lógica falacia de que, cuando su pareja quiere sexo fuera de la relación, esto perjudica su intimidad como pareja. Todos estamos aquí porque no creemos que sea así, más bien creemos que la mentira y la decepción perjudican a la intimidad. De forma que en lugar de reprimirnos para aceptar una relación según las condiciones que impone nuestra pareja, con la misma facilidad podemos nosotros hacer que sean ellos los que se repriman para aceptar una relación según nuestras condiciones.

Troy se atreve a aplaudir. Calvin lanza el puño al aire en señal de solidaridad. La expresión de Joan no cambia. Es un témpano de hielo.

—Tacha «con intimidad, no hay intimidad fuera» —me ordena—. Ahora vuelve a tu sitio.

Lo hago.

Se queda mirando la pizarra.

—Estoy procesando —dice.

La sala está completamente en silencio. Es como una partida de ajedrez. Y todo el mundo se pregunta si es jaque mate.

Por fin Joan se vuelve hacia mí.

—Tienes que definir *intimidad*.

—¿Quieres que lo haga ahora?

—Puedes hacerlo en tu tiempo libre.

Estoy decepcionado, porque conozco la respuesta. La he oído hace poco en el salón de pacientes, donde alguien estaba citando a Pia Mellody, que es la Patrick Carnes de la codependencia: «La intimidad es compartir tu realidad con otra persona y saber que estás a salvo, y que el otro pueda compartir su realidad contigo y estar a salvo a su vez».

—De todas formas, la definición no tiene nada que ver con lo que he dicho —le contesto.

—Creo que estás intelectualizando para poder controlar la adicción en su totalidad —responde.

¿Eso es lo único que me ofrece? ¿Decirme que deje de usar el cerebro?

—Eso es lo que dicen dictadores como Pol Pot, Hitler y Stalin. Queman libros y matan a intelectuales para que nadie pueda cuestionarlos.

La respuesta suena más desafiante de lo que pretendía. No estoy intentando rebelarme. Todas mis relaciones han sido un desastre y está claro que algo tiene que cambiar.

—Pues ayúdame —añado en tono suplicante—. Quiero estar equivocado. Quiero recuperarme. Pero necesito reconciliar esta contradicción. Tengo que encontrarle un sentido a lo que nos estás enseñando.

—Es el adicto que llevas dentro, que lucha contra la recuperación y no se

libera —dice con aspereza; mira el reloj y se pone de pie—. Llegáis tarde a comer.

Se dirige al escritorio y empieza a recoger papeles. Mantiene la cabeza alta, como si hubiera salido vencedora. Aunque todos, puede que incluso Charles, se han dado cuenta no solo de que ha fracasado a la hora de defender su tesis, sino de que probablemente no pueda hacerlo.

—Neil —resuena su voz cuando ya estoy saliendo, lo bastante fuerte como para que todos la oigan—, ¿por qué no presentas tu cronograma al grupo mañana?



15

A la hora de la cena nos sentamos todos juntos, los demonios rojos de la mesa redonda. Ahora nos unen lazos de hermandad, de celibato, de vergüenza, de enfermedad, de castigo, de victoria, y por el hecho de que todos llevamos colgado del cuello un cartelito que reza «SOLO HOMBRES».

Veo que cerca de nosotros están las anoréxicas, vestidas con ropa deportiva, Carrie, la adicta al amor, Dawn, la alcohólica, y Naomi, la adicta al sexo. Y se me representan fantasmales, criaturas de una dimensión alternativa con las que no me puedo comunicar.

En nuestra mesa masculina el ambiente es jovial y conspirativo. Si pudieran, los chicos me llevarían a hombros. Soy su caballero blanco, su chivo expiatorio, su polla enfundada en látex reluciente. Entre tanto, desde mi punto de vista, algo ha cambiado. Toda esta noción de la adicción al sexo me resulta indescifrable. Y es bastante probable que a todos los demás les ocurra lo mismo. Cuando vine, Rick me había infundido grandes esperanzas, pero de momento lo único que ha conseguido la rehabilitación ha sido volverme todavía más ambivalente respecto a las relaciones personales y a la monogamia.

—¿Sabéis? He estado pensando en esto de que Joan me haga sumar todo el

dinero que me he gastado —dice Calvin; en el mundo exterior es agente comercial y escribe sobre teorías conspirativas en internet—. Y la mayor parte mereció la pena. Una vez estuve con una actriz porno serbia. Estaba de aúpa. Me costó mil dólares, y me dio una buena paliza. Fue la mejor experiencia de mi vida. No lo cambiaría por nada del mundo —se interrumpe para reflexionar—. Seguramente me habré gastado más dinero en comida basura.

—Y en malas citas —añade Troy, el psicoterapeuta sexual.

Rasga tres sobres de sustitutivo de azúcar y los vacía en su sustitutivo de café.

—Vale, la duda principal que tengo sobre este sitio es la siguiente —empiezo—: creo que ayudarnos a entender nuestra infancia y curar heridas… eso nos ayudará en nuestra relación. Pero no sé si me trago eso de que querer acostarte con otras sea una respuesta enfermiza a ese trauma. Es decir, cuando ingresé me dijeron que si me masturbo es que soy adicto al sexo.

—Te voy a decir una cosa, Neil, puedes alegrarte de no estar en los programas de adictos al sexo de la iglesia —dice Adam—. Mi mujer me obligó a ir a uno de esos antes de venir aquí. Te consideran adicto al sexo si tienes relaciones sexuales prematrimoniales.

Troy esbozó una gran sonrisa.

—Somos tíos. Nos gusta el sexo. Adonde quiera que mires, verás fotos de mujeres preciosas con pinta de querer saciar todos tus deseos. ¿Y entonces qué? Si se te ocurre querer acostarte con ellas, ¿de repente te conviertes en un enfermo y un depravado?

Adam asiente.

—¿Sabéis qué? No creo que haya muchos tíos que estando solos en un hotel rechazaran a una mujer preciosa que se ofreciera a acostarse con ellos.

De repente Charles da un manotazo encima de la mesa, como si intentara sacarnos de golpe de un estado de trance.

—Es la enfermedad la que habla por vosotros, chicos. No podéis confiar en vuestros pensamientos. La adicción os dirá cualquier cosa para seguir controlándoos.

—¿Cuántos años tiene tu mujer, Charles? —pregunta Troy.

—Cuarenta y ocho.

—¿Y la encuentras atractiva?

—No lo sé. Es una bellísima persona.

—¿Y cuándo fue la última vez que te acostaste con ella?

—Hace ocho años. Pero eso me lo he ganado a pulso.

—¿Y tú, Adam? —pregunta Troy.

—Al principio iba bien —dice Adam—. Pero todo cambió cuando tuvimos hijos. Ella se abandonó mucho. Intentamos reservarnos una noche para nosotros una vez al mes, pero ella estaba todo el rato pendiente de los niños. Así que eso también se acabó. Y… —titubea— si queréis que os diga la verdad, me gusta que el sexo sea excitante, ya sabéis, y a veces un poco bestia. Y ella se limita a quedarse allí tumbada, una vez cada tres meses o así, y básicamente se deja hacer.

Y yo me pregunto: ¿esta es la realidad para la que me están instruyendo aquí? ¿Para cortarme el pito en el contexto de un matrimonio sin sexo y luego diagnosticarme una adicción al sexo si una noche flaqueo y me acuesto con alguna de la oficina o con una ex o con una puta, si estoy de viaje, para volver a recordar qué se siente cuando te la chupan?

—¿Y eso es lo que pretenden que hagamos? —la exasperación empuja las palabras a mi boca con una vehemencia inesperada—. No es más que sentido común. Si tu pareja no se ha acostado contigo en un año, tendrías que poder ir a buscarlo a otro sitio sin tener que dar al traste con toda la relación.

—El sexo no es algo a lo que se tenga derecho solo porque lo quieras —me recrimina Charles—. Disfrazarlo de sentido común y simular que es algo natural es una forma de negación. Si tenéis alguna esperanza de superarlo, tenéis que reconocerlo e intervenir en vuestra concepción distorsionada de las cosas. Cuando veo a una mujer, por ejemplo, me digo «manzana roja, huerto equivocado».

Mientras los chicos se ríen del huerto de Charles, a mí me invade una aplastante oleada de ansiedad. Antes de que pueda evitarlo, se forma una visión en mi mente. Cojo mi libreta y hago un esbozo para los chicos. Hacen un corro a mi

alrededor para mirar.

EL DILEMA MASCULINO

El sexo es genial.

Las relaciones son geniales.

Las relaciones se consolidan con el tiempo.

El sexo envejece con el tiempo.

Ella también.

He aquí el problema.

Es horrible escribir algo así o pensarlo siquiera. Nadie podría decirlo jamás en un entorno social normal. Quedaría destruido. Pero parece ser la razón por la que están aquí la mayoría de estos hombres/padres de mediana edad.

—Esto viene a resumirlo —dice Adam con tristeza.

Troy niega firmemente con la cabeza.

—¿Quieres oír algo trágico? Yo seguía acostándome con mi mujer cuatro veces a la semana cuando empezó mi aventura.

—Y ese es el problema con lo que Joan nos ha estado diciendo —Calvin esboza una gran sonrisa culpable—. El sexo no siempre tiene que ver con la intimidad. A veces es que apetece un poco de sexo sucio.

Charles se levanta de la silla de pronto y anuncia:

—Esto no es bueno para mi recuperación.

Agarra su bandeja y se aleja en busca de otra mesa sin mujeres.

La consejera que supervisa a las anoréxicas se vuelve y nos mira ceñuda, así que bajamos el tono de voz. Somos insurgentes de la rehabilitación conspirando para emprender una revolución.

—Es natural querer un poco de variedad —dice Troy en un susurro mientras

los chicos se acercan un poco más—. ¿Qué pasa con el porno? Los tíos no están siempre viendo a la misma chica.

Pienso en uno de los libros que me confiscó el celador cuando ingresé: *Ulises*, de James Joyce. El protagonista es un agente de publicidad cuya guapísima esposa lo espera en casa. Y él se pasea por Dublín preocupado por si ella lo engaña mientras mira pasmado a las mujeres de todas las edades, formas y tamaños fantaseando con ellas. En un momento dado empieza a pensar en cuál es su problema, hasta que llega a una conclusión muy simple: «Lo nuevo deseo».

Papá Noel levanta la vista del plato y habla por primera vez en todo el día, para reconocer malhumorado:

—Por eso iba yo a Tijuana una y otra vez. Puedes ir a un club donde hay sesenta mujeres y escoger a cualquiera de ellas. Y las cosas que hacían…

Vuelve a agachar la cabeza.

—¿Sabéis quién sería la mejor novia? —interviene Calvin con un brillo en la mirada, como si acabara de comerse el pícnic perfecto—. Esa mutante de *X-Men* que puede convertirse en quien quiera. ¡De ella no me aburriría nunca! Una noche podrías irte a la cama con Megan Fox y a la siguiente, con Hillary Clinton.

—¡¿Hillary Clinton?! —pregunta Troy en nombre de todos.

—¿Por qué no? Solo por curiosidad —dice Calvin—. No me digáis que no se os ha ocurrido nunca.

A ninguno de nosotros se le ha ocurrido nunca.

Me intoxica esta conversación. Pero en el fondo de mi mente me pregunto: ¿somos una panda de yonquis de la negación, adictos unidos por su droga favorita, o esto no es más que el resultado natural de tener elevados índices de testosterona? En un libro sobre la evolución que leí una vez, el autor citaba un estudio que afirmaba que las mujeres homosexuales tienen de media, a lo largo de su vida, menos de diez parejas, mientras que los hombres homosexuales tienen más de cien. De modo que le pregunto a Paul al respecto.

—Yo he estado con más de mil tíos —me confirma; tiene la voz ronca y áspera, y siempre ofrece la imagen de alguien que se ha pasado toda la noche de fiesta—. Pero en nuestro ambiente es distinto porque todo el mundo busca un polvo de una

noche. Así que, literalmente, había tíos que venían a mi casa y en lugar de enrollarse conmigo se metían en internet para invitar a más gente. Algunas veces acababa con una docena de tíos follando en el salón de casa.

—Una vez entrevisté a una mujer que se estaba sometiendo a un cambio de sexo para transformarse en un hombre —le cuento—. Y me dijo que en cuanto empezó con la terapia de testosterona de repente comprendió a los hombres, porque le entraron ganas de tirarse a todo lo que se meneaba.

—¿Os imagináis que las mujeres estuvieran cortadas por el mismo patrón que los hombres? —dice Calvin obnubilado—. Sería un pandemonio sexual.

Troy responde con una sonrisa de oreja a oreja. Les planteo la pregunta definitiva:

—Entonces, si vuestra mujer os diera permiso para acostaros con otras mujeres, ¿le daríais permiso a ella para acostarse con otros hombres?

Y compruebo bastante sorprendido que, a excepción de Adam, todos dicen que sí.

—No me gustaría, pero supongo que tendría que tragar —dice Troy.

Adam parece molesto. Puede que hayamos ido demasiado lejos para él. A diferencia del resto de nosotros, él no busca promiscuidad ni variedad en el sexo, él solo ansía el amor y la pasión de los que carece su matrimonio.

—Es lo que os falta a todos —dice apoyando sus enormes manos encima de la mesa—. No estamos aquí porque nos hayamos acostado con alguien. Estamos aquí porque hemos mentido, porque nuestra sed de sexo era tan grande que hemos violado nuestros propios valores morales.

Es un argumento insuperable. En realidad, nadie está aquí por culpa de la promiscuidad. La única razón de que estemos aquí es que hemos engañado. Salvo Calvin, por supuesto, y Paul, que vino para desengancharse de la metanfetamina, pero acabó en nuestro grupo cuando mencionó las fiestas sexuales en su entrevista de ingreso.

—Tienes razón —le digo a Adam—. Si fuéramos solteros y actuásemos exactamente igual, no estaríamos aquí. No se consideraría una adicción. Si la norma fuese que no se te permite comer *sushi* después de casarte, todos estaríamos aquí por

ser adictos al *sushi*.

—Entonces tal vez la respuesta a tu dilema masculino es que te sacrificas —responde Adam—. Aguantas el tipo y te quedas al lado de tu mujer, para bien o para mal; es la decisión a la que te lleva la fe que tienes en tu familia y en Dios.

—Pero ¿por qué hay que hacer ese sacrificio? —pregunto—. En una relación debería contar lo que quieren los dos, no lo que ninguno de los dos quiere que tenga el otro. Tiene que haber algún modo de que los dos tengamos libertad y nuestras parejas, seguridad; o que todos podamos tener tanto libertad como seguridad.

Troy me señala con uno de sus largos dedos.

—Pues mira, esa es la clase de reflexión que tratan de eliminar aquí —extiende el brazo sobre el respaldo de la silla vacía de Charles—. El problema que tiene la terapia es que intenta normalizar a todo el mundo para que no se salgan del camino trazado. Pero, si le haces eso a la sociedad, no hay innovación. No se crea nada nuevo. Hace falta aquel cavernícola que dijo: «No podemos sentarnos a esperar a que caiga un rayo cada vez que necesitamos fuego. El fuego tenemos que hacerlo nosotros». Cuando lo vieron frotar piedras contra palos, seguramente pensaron que estaba chiflado. Hoy en día lo habrían diagnosticado como obsesivo compulsivo. Pero entonces él les dio el fuego y, de repente, todo el mundo empezó a hacer lo mismo. Como civilización no se llega a ninguna parte prescindiendo de esa clase de pensamiento y de perspectiva original. Es la gente con conductas compulsivas la que cambia el mundo.

Mientras Calvin y Troy entrechocan los nudillos, yo me pregunto si la vida me habrá traído hasta aquí no para curarme de mi supuesta adicción al sexo, sino para emprender una misión que perfeccione al sexo masculino y al mundo: rediseñar las relaciones personales para satisfacer las necesidades de ambos sexos. Porque, tal y como son ahora, no parecen estar funcionando.

Chicago, veintiocho años antes

Suspiro.

Por aquí eres el único con quien puedo hablar.

¿Y tus amigas?

No puedo confiar en ellas.

¿Ni siquiera en Denise?

Esa es la peor de todas. Nunca le cuento nada. Es incapaz de tener la boca cerrada.

Vale.

Estoy en la cama con el pijama de La guerra de las galaxias puesto, un cómic y la linterna por debajo de la colcha. Mi madre está en una silla de escritorio pequeña arrimada a mi cama. Algunas veces, cuando está muy disgustada con mi padre y no tiene a nadie con quien hablar, recurre a mí. Esta es una de esas ocasiones.

Estoy hasta el moño de tu padre.

¿Por eso os estabais peleando?

¿No oyes cómo me insulta, delante de ti y de tu hermano? Es un monstruo. Me parece que no tiene sentimientos.

Seguro que tiene sentimientos.

No tiene. Es como una piedra. Me acuerdo que, cuando volví de la luna de miel, le pregunté a mi madre si podía divorciarme. Y ella me dijo que, si lo hacía, no me dejaría volver a casa. Así que me quedé con él, el muy cabrón egoísta.

Pero ahora no tienes por qué quedarte con él, mamá. Eres adulta.

¿Y adónde voy a ir? ¿Quién va a cuidarme?

Yo te cuidaré.

No eres lo bastante mayor. ¿De dónde vas a sacar el dinero?

No lo sé. A lo mejor puedes encontrar a otro con más dinero que papá. Entonces podrás ser feliz.

Tal vez cuando era más joven. Entonces era muy segura. Hasta me clasifiqué para un concurso de belleza. Había muchos hombres que querían salir conmigo, ¿te lo imaginas? Pero tu padre me ha arruinado la vida. Sabrás que solo se le ha levantado dos veces: una para ti y otra para tu hermano.

¿En serio?

En serio. Escúchame bien, Neil: hagas lo que hagas, cuando seas mayor, nunca hagas a nadie tan desdichado como tu padre me hace a mí.



17

Después de cenar, cruzo los jardines para ir al aula de manualidades, a trabajar en mi cronograma. Se supone que tengo que presentar la historia de mi vida desde que nací hasta los dieciocho años, algo que, sin duda, Joan pretende utilizar para demostrar mi patología como adicto al sexo y alborotador. Y si es verdad, que así sea. Le daré todo lo que necesite.

Cojo una hoja alargada de papel de estraza y un rotulador negro. Después leo un folleto con las instrucciones. Se supone que tengo que escribir el lema familiar en la parte de arriba del folio, palabras que describan a los distintos miembros de la familia en columnas a los lados y en la parte de abajo, un listado de las normas de la familia, mi sentimiento predominante en la época de desarrollo y mi función en el sistema familiar.

A continuación, tengo que trazar una línea horizontal de un lado al otro del papel y escribir recuerdos positivos por encima de la línea y negativos por debajo, en orden cronológico.

Carrie está dos sillas más allá, trabajando también en su cronograma, con los pezones a punto de perforar la camiseta.

—¿Qué tal se te da, Neilito? —pregunta, sonriendo amistosamente.

Le señalo la tira de papel que llevo en la insignia y me llevo el dedo al ojo, marcando el surco de una lágrima de pega. Ella hace el gesto de querer cogerla y metérsela en el bolsillo. Esto se parece mucho a un flirteo. Me doy la vuelta automáticamente, ejerciendo un autocontrol demasiado leve, demasiado tarde. A mi lado hay un hombre de mandíbula prominente y cara ancha, con una camiseta blanca y vaqueros, trabajando febrilmente con carboncillo. Tiene pinta de actor de película romántica de Hollywood, salvo por la frente y la postura. En la primera tiene profundos surcos, se diría que le duele el cerebro; la otra es rígida, casi punzante, como si el más mínimo contacto pudiera desencadenar un ataque de llanto o de violencia o ambos.

Observo su dibujo. Es una interpretación muy detallada de un rostro infantil, demoníaco, entre rejas. Y está muy bien ejecutado, lo suficiente como para vendérselo a cualquier gótico. Se percata de que me ha llamado la atención y aparto la mirada. Demasiado tarde.

—¿Sabes la historia del niño que se adentra en el bosque y una bruja lo captura? —pregunta con voz monótona.

—¿Hansel y Gretel?

—No, a este lo ataron con una cuerda de oro. Y cuando se liberó y se lo contó a la gente, nadie lo creía.

—Creo que no la conozco, pero…

—Ese soy yo —dice, lacónico, señalando el espeluznante rostro infantil—. Los barrotes son lo que me separa de todos los demás. Y nadie es capaz de ver, a través de ellos, al monstruo que llevo dentro.

La etiqueta es lila, para trastorno de estrés postraumático. Se llama Henry. Está claro que alguien le hizo algo terrible a Henry, seguramente de forma reiterada, y nadie lo creyó cuando acudió en busca de ayuda.

Henry dice que dirige una empresa que fabrica muebles. Mientras nos contamos la vida reparo en que Carrie está oyendo todo lo que decimos. Y aunque

esté hablando con Henry, también le estoy hablando a ella. Estoy cumpliendo las reglas, pero me estoy saltando el objetivo.

—Quienes se pegan un tiro no lo hacen en el corazón —me está diciendo Henry—. Se lo pegan en la cabeza porque intentan acallar al cerebro.

Procuro concentrarme en el cronograma. Escribo unas cuantas palabras que describan cómo veía a mi madre cuando era niño, y luego unas cuantas palabras sobre mi padre.

MADRE

castigadora

estricta

secretista

quejica

sufridora

PADRE

distante

insensible

egoísta

temperamental

solitario

Al revisar la lista caigo en la cuenta de que mi familia encaja perfectamente en el molde del adicto al sexo que Lorraine nos ha esbozado: la madre es estricta y castigadora (es decir, rígida) y el padre es distante y frío (es decir, desapegado). Sigo avanzando, escribiendo el sentimiento predominante en la época de crecimiento («incomprendido») y mi función en la familia («la oveja negra»). Luego se supone que tengo que hacer una lista de las normas de la familia.

Y ahí es cuando me atasco. No porque no consiga acordarme de ninguna norma, sino porque eran un montón. Demasiadas normas como para acordarme de ellas ahora mismo. Noto un arrebato de ansiedad y decido posponer esta parte de la tarea. Mientras tanto me pongo a rellenar el cronograma con recuerdos de la infancia que tuvieran un gran impacto o me dejaran huella. Hasta el momento en que exploré el armario de mi padre, nunca he considerado que tuviera una infancia especialmente mala o atípica. Mis padres estaban juntos. Y aunque algunas veces fueran estrictos y excéntricos, me querían y me mantenían. Pero, en cuanto empecé a desempolvar recuerdos, una pequeña nube negra fue a posarse en mitad del paisaje idílico.

Recuerdo que algunos días mi madre me decía que no me convirtiera en alguien como mi padre; pero otras veces, cuando se enfadaba conmigo, me decía que era igual que él. Y hablamos de un hombre al que ella, aparentemente, detestaba. Se quejaba de su olor, de su postura encorvada, de su forma de masticar, incluso de cómo se metía las manos en los bolsillos. Lo calificaba de caprichoso, egoísta, incompetente, bochornoso y perdedor sin amigos.

De pronto me percato no solo de que la constancia con la que mi madre me reprocha que soy igual que mi padre constituye la raíz de mis problemas de autoestima, sino de que todas y cada una de las palabras que he empleado en el cronograma para describirlo a él son las mismas que utilicé para describir mis cualidades negativas: distante, insensible, egoísta, temperamental, solitario.

Por un instante la sala se sume en un silencio absoluto y noto cómo se me empieza a abrir una vieja herida. Me sacudo de encima la sensación y procuro concentrar la atención en otra parte, como en Carrie.

—Esta noche voy a dirigir una reunión para supervivientes de incesto y violación. ¿Te apuntas? —me dice al oído una voz monótona; es Henry, y de pronto mi minúscula nube negra parece una leve voluta blanca en comparación con el Trauma con te mayúscula.

—Vale.

Cualquier cosa con tal de no tener que pensar en eso.

Mientras recojo mis bártulos y me preparo para salir con Henry, Carrie escribe algo en un trozo de papel y me lo pasa.

Lo leo inmediatamente: «Cuando vaya a L. A. tenemos que quedar».

Asiento con la cabeza: si no puedo controlarme cuando estoy cerca de ella, entonces puede que sea verdad que tengo una adicción. Esta es mi oportunidad de demostrar que no estoy indefenso. Decido no darle mi número a Carrie y resistirme a hacer nada que viole el contrato de celibato durante lo que me queda de estancia aquí.

Salgo del aula de manualidades a toda prisa con Henry, como Lot escapando de Sodoma. Si miro atrás, me convertiré en una columna de adicto.

Cuando llegamos a la reunión ya hay allí dos mujeres: Dawn y mi otra tentación, una morena de cuarenta y pocos años, de aspecto enfermizo y salpicada de pecas. Henry nos coloca en forma de cuadrado, en cuatro sillas. Coge una carpeta con instrucciones y textos para las reuniones de los doce pasos y más tarde la aparta a un lado.

—Vamos a dejar esto —dice, hablando despacio, como si pronunciar cada palabra le exigiera un gran esfuerzo—. Hablemos sin más. Puedo empezar yo.

Guarda silencio durante cinco largos segundos, con un temblor en las comisuras de los labios. Después prosigue:

—Anoche salí a la calle a escondidas. Me quedé allí a oscuras mirando pasar los coches. Y pensé en arrojarme delante de alguno. Estuve allí una hora. Tenía tantas ganas de que todo acabara… No me habría costado demasiado. Solo un poco de coraje para dar ese salto.

No solo estuvo a punto de suicidarse, pienso, estuvo a punto de ganarse una demanda por violar la «Promesa de No Cometer Suicidio» del formulario que ha firmado.

—Uno no teme perder la vida cuando carece de ella, cuando se la han quitado —continúa; vuelve a quedarse callado durante unos segundos arrugando y desarrugando la frente—. Recuerdo la primera vez que mi hermano me violó. Yo estaba en mi cuarto y él entró y me inmovilizó. Me estranguló mientras lo hacía y me dijo que me mataría si hacía algún ruido o si se lo contaba a alguien.

Henry sigue hablando acerca de una tarde, años después, cuando su padre lo sorprendió abusando de un caballo en el establo y le pegó.

—Me pasé mucho tiempo recurriendo a la prostitución, buscaba sobre todo a hombres que me azotaran y me pegaran —continúa—. Me enredé en algunas

situaciones peligrosas. Mi mujer no sabe nada de todo esto. Ni siquiera lo de mi hermano. Cuando le dije que iba a ir a rehabilitación por trastorno de estrés postraumático, se limitó a mirarme y me dijo: «Eso lo explica todo». Me dolió muchísimo.

Después es Dawn la que se ofrece a hablar. También su historia es aterradora. Nos cuenta dos recuerdos de su padre metiéndole mano. Una década después fue arrestado por abusar sexualmente de otras menores. Ella testificó en su contra y ahora está cumpliendo condena en la cárcel. La mujer pecosa nos cuenta luego que su padre adoptivo solía llegar a casa borracho, entraba en su habitación dando tumbos y abusaba de ella.

—Lo llamé anoche por teléfono para pedirle que venga a la semana familiar y que me ayude a curarme —dice mientras se le inundan los ojos y la nariz de lágrimas y mocos—. Y la verdad es que está de acuerdo.

En nuestra cultura se consumen de forma voraz películas de vampiros, fantasmas, zombis y otras criaturas sobrenaturales. Sin embargo, las personas son mucho más aterradoras que cualquier monstruo que nos podamos imaginar. No son solo los actos atroces que perpetran unos contra otros, sino que cuando ya le han arrebatado la vida a alguien, aún vienen a por su alma, a por su espíritu, a por su felicidad. Estos ultrajadores son la clase de persona en la que pensaba cuando alguien mencionaba a los adictos al sexo, no en tipos como Adam y Calvin.

—Solo quiero volver a ser yo —está diciendo Henry—. Quiero saber quién soy.

Entonces me mira y se queda esperando. Soy el único que no ha hablado. Y no he sido víctima de incesto ni de violación. Pero entonces me acuerdo: un día, cuando estaba en séptimo, el abusón del cole me estuvo magreando y después intentó sodomizarme. Al día siguiente, él y sus amigos iniciaron una campaña despiadada de acoso contra mí. Viví lo que quedaba de curso en un estado de pavor.

—Se supone que no puedo hablar con chicas —le digo al grupo—. Pero supongo que aquí no pasa nada.

Entonces comparto mi historia, que no le había contado a nadie en toda mi vida. Fue mi primera experiencia sexual, concluyo, y tal vez la obsesión con la seducción que me acució posteriormente fuera una forma de compensarla y de demostrarme a mí mismo con creces que era hetero.

El apoyo que recibo por su parte como respuesta me hace sentir como un impostor: mi trauma es una piltrafa en comparación con el suyo.

Ni siquiera aquí, en un hospital para inadaptados, soy capaz de adaptarme.

18

Chicago, veintiséis años antes

Quítate los zapatos.

Ya lo sé, mamá.

Y ponlos en el felpudo, no en la alfombra como la última vez.

Sí, mamá.

Ahora ve a lavarte las manos antes de tocar nada. Me cuesta mucho tener que estar limpiando tus huellas sucias de las paredes.

Vale, jolín.

Y no te olvides: la cena es a las seis en punto clavadas. No llegues tarde o te quedarás sin postre.

Me voy a mi cuarto a lavarme las manos. Allí no hay televisor ni teléfono, nada de tecnología aparte del pequeño equipo de música. Antes era la música de los Beatles la que me tranquilizaba, pero ahora que soy un poco más mayor y está empezando a cambiarme la voz, parece que el hardcore encaja mejor con mi carácter.

Tengo ganas de oír Smash It Up de los Damned, pero me cargué el disco en un arrebato de ira que me dio cuando me castigaron un fin de semana sin salir por poner los pies en la encimera de la cocina. Así que enchufo a Suicidal Tendencies lo más fuerte que se puede sin meterme en un lío: «No paran de fastidiarme y no paran de fastidiarme y por dentro va

creciendo».

Y me lavo las manos, como el buen hijo que soy.

Pocos minutos antes de las seis, oigo la voz de mi madre:

A cenar.

Entro en la cocina y la veo sentada en el lado opuesto de la mesa, con mi padre a su izquierda y mi hermano en el extremo que me queda más cerca. Soy el último en llegar, como siempre. La oveja negra. Me siento en el lugar que se me ha asignado.

Neil, no se apoyan los codos en la mesa. ¡Iván, tú tampoco!

La voz de mi madre suena amable conmigo, pero severa con mi padre. Él es la oveja negra. Me sabe mal por él. Pero mamá no deja de decirme «eres el favorito de tu padre» como si fuera algo malo, así que procuro no mostrar simpatía por él.

No os podéis ni imaginar lo que me ha hecho vuestro padre esta vez. Le ha dicho a Robin, el de la oficina, que nos vamos a Sarasota de vacaciones. Me entran ganas de coger y cancelar el viaje. Vosotros dos no se lo habréis contado a nadie, ¿verdad?

No, mamá. Claro que no. Pero no es…

En el cole, cuando todo el mundo farda de adónde se va de viaje por Navidad, resulta difícil no contarles adónde me voy yo. Pero mi madre nos lo tiene prohibido. Le preocupa que mientras estemos fuera alguien entre en casa a robar. Antes de cada viaje, programa el encendido de todas las luces para engañar a todos los criminales que se figura andan sueltos por ahí. Entonces mi padre y yo salimos de casa y fingimos despedirnos de mi madre y de mi hermano. Después, ellos esperan hasta que no haya moros en la costa, y entonces se meten en un taxi para venir detrás de nosotros. A pesar de mi corta edad, ya sé que tenemos muy pocas cosas de valor en casa: solamente dos televisores, dos equipos de música y un reproductor de vídeo.

Tampoco estoy autorizado a saber la edad de mi madre, ni a qué escuela asistió, cuáles han sido sus trabajos anteriores ni por qué tiene la pierna deformada. Y no se me permite tener llaves de casa —y nunca las tendré—, porque le da miedo que las pierda. En cambio, a mi hermano se le confían las llaves de casa en algunas ocasiones. No parece muy… justo

Sam se va a Jamaica y puede contárselo a todo el mundo.

Siempre he estado celoso de Sam. Sus padres están divorciados y es uno de esos niños «con llave», lo que significa que tiene llaves de casa porque su madre trabaja. Además, tiene permiso para quedarse despierto hasta la hora que quiera. Yo, hasta hace bien poco, tenía que estar en la cama a las siete y media.

Bueno, a los padres de Sam les importa un comino lo que le pueda pasar. Y él es igualito que sus padres. No quiero que te juntes con Sam, Neil. Es un bocazas. El vecindario entero se va a enterar de cualquier cosa que le cuentes. ¿Me has entendido?

Sí, mamá.

De todas formas, en realidad tampoco es amigo tuyo. ¿Y qué te he dicho de cambiarte de mano el tenedor después de cortar la carne?

…

Así está mejor. ¿Quién es tu madre que tanto te quiere?

Eres tú.

Escribiendo las normas de la familia en el cronograma, de pronto caigo en la cuenta: no me extraña que odie la monogamia. No es más que otra regla irracional que tengo que soportar.



19

A la mañana siguiente, en el aula de manualidades, termino a toda prisa la última regla («no confíes en los demás: están ahí para hacerte daño») y me voy corriendo a reunirme con los chicos para la terapia de grupo. Joan entra como una exhalación pasados unos minutos, con una hoja impresa y grapada. En ella aparece una foto mía. Me mira y me suelta:

—¿Has venido a investigar?

—¿A investigar?

—Te he buscado en internet. Sé quién eres.

Antes parecía no caerle muy bien, pero ahora es posible que me odie a muerte. Sabe lo que he escrito: artículos y libros acerca de estrellas del *rock* y músicos raros obsesionados con el sexo. La obra de un adicto al sexo. Y salta a la vista que piensa que mi única intención al venir aquí es desacreditarla a ella.

—Solo estoy aquí por mí —le digo honestamente.

Lo que no le digo es que, si viniera de incógnito para escribir sobre la adicción al sexo, no me habría metido en este campo de detención genital. Estaría con los adictos al sexo del mundo real, divirtiéndome en los bares de gogos tailandesas, en las termas brasileñas y en los clubs FKK alemanes.

—La verdad es que esta es mi última oportunidad para tener una relación normal —continúo—. Si no me convenzo de que la monogamia es algo natural y sano, y de que desear estar con distintas mujeres es un síntoma de disfunción y de trauma, no creo que llegue a querer nunca un matrimonio normal.

Joan está cruzada de brazos. Estudia con detenimiento hasta la más mínima microexpresión de mi rostro, esperando a ver si sonrío o interrumpo el contacto visual o delato cualquier señal de estar mintiendo.

—¿Te das cuenta de que cualquier hombre que corteja a una mujer con el único objetivo de tener un contacto sexual es un adicto?

Le digo que no lo sabía y ella empieza a explicarme que, antes de iniciar cualquier contacto físico, las parejas deberían tener diecisiete citas y conocerse muy bien.

Pero el sexo, creo yo, forma parte de ese proceso de conocer a alguien. ¿Y si te implicas completamente en una relación y luego resulta que ella es horrible en la cama, huele a vinagre balsámico y se niega en redondo a hacerte una mamada?

Se queda esperando a que la desafíe, pero esta vez me guardo lo que pienso. Entonces descruza los brazos y asiente.

—Adelante, presenta tu cronograma.

Desenrollo el papel de estraza —tiene la altura que tenía yo con diez años— y me siento en el suelo, al lado. Le cuento lo de las normas, la paranoia, los castigos y la niñera estricta pero compasiva que se vino a vivir con nosotros cuando yo tenía dos años y se convirtió en una segunda madre para mí. Cuando llego al momento en que mi madre nos expresó a mi hermano y a mí su deseo de que la incineráramos y que no dejáramos nada en su memoria, se me hincha la cara y noto que las lágrimas acechan.

Joan reacciona a la posibilidad del llanto en la sala igual que un tiburón al olor de la sangre en el agua.

—¿Qué sientes? —pregunta como invitándome a llorar.

Me tiene justo donde ella quiere: sumiso, vulnerable, abierto.

—Pesar —le digo—. Porque al decir eso me doy cuenta de lo triste que debe de estar por dentro, de lo sola y vacía que debe de sentirse para querer desaparecer de este mundo sin dejar ni rastro de su existencia.

Tomo aire, reprimo mis sentimientos y trato de reabsorber las lágrimas por los extremos de los ojos. Le voy a dar a Joan el relato, pero no pienso regalarle mi alma. No me fío de lo que pueda hacer con ella.

Cuando avanzamos hasta mi adolescencia, le cuento que mis padres nunca me confiaban las llaves de casa, que no me permitieron asistir a mi primera cita, que me castigaron sin salir de casa durante la mayor parte de los años de instituto y que, más tarde, cortaron toda comunicación conmigo cuando decidí irme a vivir con una chica en contra de su criterio.

Y entonces, de pronto, interrumpo la presentación del cronograma. He llegado a la parte que más me temía.

—Tengo un muerto en el armario —explico—. Pero le prometí a mi madre que nunca se lo contaría a nadie. Así que no sé qué hacer. No quiero mentir ni romper esa promesa.

—Se trata de tu recuperación —responde Joan—. Y tu enfermedad es tan grande como tus secretos. No puedes mantener viejas promesas si son perjudiciales para ti.

—Sí, pero tengo mi propio sistema de valores. Del mismo modo que aquí dentro hemos adquirido un compromiso de anonimato, yo adquirí un compromiso de silencio con mi madre.

—Entonces todos nosotros adquiriremos un compromiso de silencio contigo —dice ella, y todos lo prometen.

—Otra cosa —añado.

—Di —me suelta molesta.

Le hago algunas preguntas más, para ganar tiempo mientras decido qué es lo más acertado. Estoy ansioso por liberarme, pero detesto la traición. Y entonces, mirando las caras de los otros chicos que han compartido sus secretos en esa sala, decido que, después de dos décadas, necesito soltarlo. Quizá todo eso me ha estado reteniendo, me ha tenido anclado al pasado y me ha acribillado a confusión. Así que comparto con ellos lo que nunca había compartido con nadie, ni siquiera con Ingrid, ni siquiera con mi hermano.

—Vale. Pues un día estaba en el armario de mi padre buscando porno —las palabras empiezan a salir despacio, como si despertaran de un profundo sopor— y encontré una cinta de vídeo. Lo primero que había grabado era un partido de tenis en silla de ruedas. Luego, había un corte de una película en el que salía una mujer en una silla de ruedas mendigando por la calle. Después, una carrera de natación, de nadadores sin brazos o sin piernas revolviéndose en el agua. Y al final había unos cortes de películas antiguas de… —me cuesta continuar, todos guardan silencio— amputadas. Todas esas modelos en traje de baño con piernas cortadas y mierdas así. Entonces me di cuenta… —de nuevo la garganta quiere obligarme a que me trague las palabras— de que mi padre tenía debilidad por los minusválidos.

Las palabras salen entre lágrimas y baba.

—Y mi madre es coja, joder. Cuando se casó con él no sabía que tenía esa obsesión. Por eso lo odia tanto. Se siente como un trofeo más de la colección.

Le cuento al grupo que cuando encontré el vídeo le pregunté a mi madre por él. Pareció aliviada de tener a alguien con quien hablar del tema y me contó lo que ella ya sabía sobre su obsesión, como las fotos que había encontrado de mi padre de joven, con los brazos doblados a la espalda para que diera la impresión de que los tenía amputados. Con el tiempo empezamos a investigarlo los dos y encontramos inventarios detallados que había elaborado para su colección de fotografías de

hombres y mujeres con distintas amputaciones y defectos congénitos.

En la sala todo el mundo está callado, incluso Joan. Sigo hablando, contándoles que mi madre nunca le ha dicho a mi padre que lo sabía, que me hizo prometer que nunca le diría nada a nadie, que me llama constantemente para hablarme de nuevas pruebas que se ha ido encontrando, que tiene la paranoia de que él tiene cámaras escondidas por casa para grabarla, que cree que se reúne habitualmente con un club secreto de hombres que comparten su fijación, que cree que les lleva fotos de ella y de otros minusválidos a los que fotografía por la calle, que siente una vergüenza tan aplastante que no permite que nadie le tome fotos y piensa que cualquiera que la mire debe de tener esa misma manía por su pierna mala.

—Llegó a encontrar una grabación de su luna de miel que él había montado de manera que solo contenía imágenes de su cojera —hablo y hablo y hablo sin parar—. Intento decirle a mi madre que si fuera una rubia de tetas grandes, la gente la miraría y le haría fotos y ella no se acomplejaría por eso, así que tiene que considerarlo como un rasgo atractivo.

Y por fin, cuando la historia está tan agotada como yo, freno con un derrape y regreso a mi cuerpo.

—¿Tan duro fue? —pregunta Joan.

Quiero responder: sí, tan duro fue. No siento ningún alivio. Sigo cargando con el secreto; la única diferencia es que ahora también lo saben nueve mentirosos de manual. Me siento vulnerable y tengo ganas de vomitar.

—¿Sabías que la adicción al sexo tiene un componente genético? —continúa.

—No.

Me gustaría no habérselo contado. Ya lo está usando en mi contra. Como me advirtió mi madre que haría todo el mundo.

—Lo sé —dice con firmeza, como si se hubiera demostrado una premisa—. Aunque aquí hay un tema que es aún más importante que la adicción de tu padre y la forma en que fue filtrando esa energía por toda la casa.

—¿Qué quieres decir? —tengo la cara roja de miedo, de culpa, de tensión, de cansancio.

—Es el vínculo que tienes con tu madre, la manera como le guardas los secretos, el modo como los dos investigabais juntos —percibo la leve silueta de algo grande en el horizonte de sus palabras, pero no consigo identificarlo—. Si juntas lo que nos acabas de contar con todas las demás piezas de tu infancia, se dibuja un patrón muy claro.

—¿Y cuál es?

Empieza a hablar y luego se calla.

—No sé cómo te lo vas a tomar.

—Tú dilo —le suelto imitándola, solo por ser borde.

Eso la termina de convencer. Toma una buena bocanada de aire y luego la exhala.

—Vale, lo diré sin más —la pausa es larga, la sala está en silencio, el corazón me late con fuerza y ella lo dice—. Tu madre quiere tener una relación contigo.

Me golpea como una tonelada de ladrillos. Me quedo allí pasmado y un viento frío me azota por dentro. En esa corriente flotan imágenes de mi vida, cada una de las cuales es una inquietante prueba. ¿Por qué si no iba a entrar mi madre en mi habitación por las noches a contarme sus problemas? ¿Por qué si no iba a impedirme acudir a mi primera cita? ¿Por qué si no me iba a enclaustrar en casa a todas horas y a decirme que mis compañeros de clase no eran verdaderos amigos? ¿Por qué si no iba a prohibirme tener las llaves de casa, cuando mi hermano sí que las tenía? ¿Por qué si no iba a negarme todo apoyo y contacto cuando me fui a vivir con mi primera novia, a pesar de que ya tenía más de veinte años? ¿Y quién era yo en toda esa investigación sobre mi padre sino su compinche?

Ahora las lágrimas acuden raudas. La afirmación parece tan descabellada, y, sin embargo, hay algo en mi cuerpo que reconoce la verdad que oculta. Joan me ha cazado. Ha ganado. El orgullo, el ego, las defensas, las ecuaciones, todo se ha esfumado. Estoy a su merced. Y entonces es cuando golpea una vez más la estaca que acaba de clavarme:

—Por eso no eres capaz de tener una relación sana.

—Ahora entiendo por qué había un doble rasero para mi hermano y para mí —consigo decir entre asfixiados sollozos, retrocediendo en el tiempo con cada uno

de ellos—. Como cuando, después de la universidad, él podía invitar a su novia a pasar la noche en casa de mis padres, pero a mí nunca me dejaron. Hasta el día de hoy.

—¿Y eso por qué?

—Decía que nunca eran lo bastante buenas para mí. Que escogía mal.

—No es que escogieras mal —ahora ha olido la sangre en el agua—. Es que no escogías a mamá.

Me da vueltas la cabeza. Mi madre no hacía todo esto intencionadamente, estoy seguro; lo hacía sin querer. Odiaba a papá, no confiaba en sus amigas y yo era el mayor, el hombre más fiable que tenía a su alcance. De modo que, seguramente, me quería todo entero para ella o, al menos, bien controlado.

—Cuando tu madre depende emocionalmente de ti y tiene contigo conversaciones íntimas que debería tener con su marido, eso tiene un nombre —Joan me mira como un boxeador profesional evaluando a un oponente aturdido, y entonces me asesta el golpe definitivo—. Se llama *incesto emocional*.

Y acaba conmigo.

FASE III

■ El adulto funcional ■

PUEDE QUE LA VERDAD ESTÉ AHÍ

FUERA, PERO LAS MENTIRAS ESTÁN EN TU

CABEZA.

—TERRY PRATCHETT

Papá Puerco



20

Ciudad de México, muchos años antes

—**¿L**ista para ir al cole, princesa? —le preguntó su padre.

Ella alzó la cabeza para mirarlo. Llevaba un traje oscuro y parecía una estrella del cine. Un actor. Lo odiaba cuando le hablaba así. No tenía derecho. Apenas lo veía y nunca la había llevado a la escuela. Él se agachó y halló su mano. Ella la dejó allí, muerta, dentro de la de él, como un bollo en un horno. Ni siquiera recordaba haber sentido nunca la calidez de su mano.

En lugar de acompañarla hasta la entrada principal de la escuela, la llevó hasta un callejón lateral del edificio, donde se reunió con una mujer morena de pelo corto, vestida con una falda de tubo y tacones altos. Él la besó, pero no como besan las abuelas. Se besaron como los amantes de las películas.

Durante los días siguientes llevó a cabo una investigación sobre su padre, como en las series de detectives que había visto por la tele. En una caja de pruebas que tenía debajo de la cama coleccionaba el busca de su padre, lleno de mensajes de desconocidas; su agenda, que documentaba sus citas con ellas, y también unas cintas en las que su padre grababa a escondidas las conversaciones telefónicas de su madre.

Cuando estuvo preparada para argumentar el caso, sentó a su madre y le hizo entrega de la caja. La niña estaba nerviosa, pero no por el efecto que aquello pudiera causarle a su mamá, sino porque las grabaciones telefónicas contenían pruebas de que su hermano y ella habían estado llamando al carnicero para gastarle bromas.

(«Hola, ¿tiene manitas de cerdo?». «Sí». «¡Pues debería lavárselas!». Clic). Su madre no dijo ni una palabra mientras revisaba la caja. Al principio parecía desconcertada; más tarde, incómoda, y al final se echó a llorar.

Al día siguiente su madre inició su propia investigación. Además de descubrir que su marido tenía varias novias, supo que no solo nunca había llegado a divorciarse de su anterior esposa, sino que en realidad aún vivía con ella y que tenía hijos con ella. De modo que le preguntó directamente a su marido por su doble vida y le dijo que lo suyo se había acabado.

Esa noche la niña se despertó al oír un grito y un estruendo procedentes del dormitorio de sus padres. Fue corriendo hasta la puerta y la empujó, pero la habían atrancado con el palo de una escoba. El pomo se había caído hacía unas cuantas semanas, así que miró por el agujero para ver qué pasaba.

Su padre estaba sentado encima de su madre, con la cara roja y retorciéndose como si estuviera poseído. Tenía las manos sobre la boca y la nariz de su madre, y apretaba con fuerza. Ella se las estaba arañando, forcejeando para poder respirar. Parecía como si con los ojos, de un tamaño grotesco, le estuviera suplicando a la niña: «¡Ayúdame!».

—¡No la mates, por favor! —aulló la niña entre sollozos mientras intentaba abrir la puerta.

Salió a toda prisa en busca de su hermano mayor y lo despertó, y él salió corriendo al pasillo y se abalanzó contra la puerta, una y otra vez.

Cuando la puerta se abrió de golpe, su padre soltó la cara de su madre y se apartó, mientras les decía a sus hijos que solo estaban jugando. Su madre fue hacia ella dando traspiés (luchando por recuperar el aliento, con la cara lívida y los ojos inyectados en sangre), y la niña la agarró de la mano y salió disparada hacia el cuarto de baño con ella. Echó el pestillo de la puerta y las dos se pusieron a llorar.

El niño fue a llamar rápidamente a los hermanos de su madre. Todos eran hombres grandes y muy protectores con su hermana. Pero cuando el niño estaba gritando «¡ayuda!» al teléfono, su padre arrancó el cable de la pared, abrió la ventana de su apartamento de un cuarto piso y arrojó el teléfono afuera.

Diez minutos después, la niña salió del cuarto de baño. En la casa reinaba la calma. Oyó que de la cocina salía música clásica. Allí vio a su padre, sentado a la mesa, con las piernas cruzadas en una elegante postura. Tenía en la mano un vaso

de coñac, lo hacía girar lentamente mirándolo con un gesto apaciguado, mientras inhalaba las sutilezas de la bebida, de la música, del aire nocturno. Ella apartó de un tirón la aguja del disco.

—¡¿Qué haces?! —gritó enfurecida, confusa y aterrorizada.

—Estoy esperando a que me llegue la muerte —dijo con calma.

Esa fue la última vez que Ingrid vio a su padre.



21

Me despierto a solas en el dormitorio de la clínica, con el sol dispersándose a través de la pequeña ventana, velada por una capa de suciedad, el sordo canto de apareamiento de las aves y las cigarras anunciando un nuevo amanecer, y una empalmada furibunda clavada a la tela del calzoncillo.

Mi mente divaga hasta dar con una imagen de Carrie y el modo tan sugerente que tuvo de entregarme la nota. Recuerdo que comparte habitación con Dawn y empiezo a imaginarme un trío con ellas. Pienso en que sus facultades a la hora de cuidar de los demás deben de hacerse extensibles al dormitorio y me la imagino empleando sus pechos de las más diversas y complacientes formas. A algunos tíos les van los culos; a otros, los pechos, las piernas o las caras. Tengo la teoría de que eso depende de la postura sexual que se prefiera. Si te gusta hacerlo a lo perro y cuando te corres le estás mirando el culo a la mujer, vas a relacionar el placer sexual con esa parte de su cuerpo. Si lo haces en la postura del misionero, puede que seas de los de cara. Y si te gusta que ella se ponga encima, normalmente cuando llegas al orgasmo tienes puestos los ojos y las manos en sus pechos. Y si… mierda, acabo de ponerme perdidos los calzoncillos.

Voy hasta el baño con andares de pato, a secarme. Me siento como un alcohólico que ha colado de extranjis un quinto de vodka en la clínica de rehabilitación y se lo acaba de pimplar.



Mientras me preparo, pienso en un libro que me enseñó una vez Rick Rubin. Trataba sobre una comuna de los setenta que se llamaba Source Family, liderada por un atracador de bancos, propietario de un restaurante vegetariano y aspirante a estrella del *rock* conocido por el nombre de padre Yod. En el libro aparecía una foto de él (un inquietante parecido con Rick), sentado en la zona exterior de su comuna de Hollywood Hills, junto a trece de sus esposas y amantes *hippies* reunidas a su alrededor, dos de las cuales, al menos, están embarazadas de él.

Y me pregunto cómo sería vivir en un ambiente de sexualidad abierta y sin restricciones, con amigas y amantes entrando y saliendo con total libertad, sin que ninguna reclamara la pertenencia del cuerpo del otro como si fuera una posesión personal. Entonces es cuando me doy cuenta de por qué precisamente hoy la mente me da vueltas sin control: es domingo e Ingrid va a venir. La intensidad de la luz, la monogamia, la estabilidad, el matrimonio, los hijos y la vida normal están de camino. Y ahora mi «enfermedad» prolifera como el moho.

Registro emocional: culpa. Y vergüenza.

La culpa tiene que ver con cometer un error. La vergüenza tiene que ver con ser un error.

Y miedo.

Dos días antes, estando en mitad de un charco en la terapia de grupo, con la sangre hirviendo ante la agresividad del concepto «incesto emocional», Joan me propuso un par de cosas. La primera fue que llamara a Ingrid y le contara lo que había aprendido sobre mí mismo y sobre por qué la había engañado. La segunda fue que les pidiera a mis padres que vinieran a la semana familiar para poder trabajar en la curación de nuestro trauma y en nuestra mutua relación disfuncional.

Mientras yo me masturbaba, Ingrid se hacía cientos de kilómetros en coche para venir a verme por primera vez en semanas y hablar conmigo sobre mis asuntos íntimos recientemente diagnosticados. Pienso en ella conduciendo sola desde tan lejos y me conmueve que esté dispuesta a hacerlo por mí, después de lo que le hice. ¿Y cómo le demuestro mi gratitud? Confabulando orgías. No soy mala persona. Es solo que me da miedo la intimidad.

Contrariamente a Ingrid, era improbable que mis padres reaccionaran con el mismo grado de apoyo si les llamaba para contarles que estaba en rehabilitación por adicción al sexo. De modo que, tal y como haría cualquiera que tuviera que enfrentarse a algo emocionalmente difícil, lo fui posponiendo.

Cada domingo se convoca a todos los pacientes para que asistan al acto de graduación de la semana familiar. Así que cruzo toda la propiedad hasta un aula grande en la que una docena de adictos y supervivientes de un trauma se sientan junto a su familia delante de todos. Uno tras otro, hijos, hijas, padres, hermanos y cónyuges, se van levantando para hablar de cómo en esa semana se ha iniciado un proceso de curación tan necesario para ellos.

—Muchas veces, en una familia se piensa que solamente es una persona la que causa todos los problemas —está diciendo Lorraine, la psicoterapeuta que nos dio la charla sobre el trauma—, pero una familia es un sistema, y una persona enferma es el producto de un sistema enfermo.

Durante el desarrollo de la ceremonia, noto en el pelo del ombligo una costra pegajosa. Obviamente no he purgado bien mis pecados. Miro alrededor para ver si puedo escabullirme, pero la mujer pecosa que asistió a la reunión sobre violación e incesto de Henry se levanta de la silla y se vuelve de cara a nosotros. Viste pantalones negros y chaqueta azul, y tiene la cara menos cetrina que antes, casi optimista, rayana en lo carismático. Está al lado de un hombre de sesenta y muchos años, de rostro ancho y rojizo, cuerpo porcino y manos agrietadas. Es el padre adoptivo que abusó de ella.

No percibo odio en ella y tampoco simpatía. Si alguien viera una foto de los dos, podría pensar que se trataba de una profesora de escuela entregando un galardón a un viejo bedel en agradecimiento por cuarenta años de fiel servicio.

—Alguno de vosotros se acordará de que cuando llegué aquí estaba muy deprimida y lloraba mucho, y pensaba en suicidarme —estaba diciendo—. Creo que los primeros dos días no hablé con nadie. Pero gracias a la semana familiar vuelvo a

sentirme como un ser humano.

Se vuelve hacia su padre y todo el mundo se queda paralizado, expectante por oír lo que él tiene que decirle.

—Para mí fue muy difícil tomar la decisión de venir aquí —dice; ¡no te jode!, estás plantado en medio de una sala llena de supervivientes de un trauma que te odian—. Me siento fatal por lo que he hecho. Y creo que Laura es una mujer muy valiente por estar aquí y por permitirme que esté yo también. Sé que nada de lo que diga o haga puede borrar el pasado, pero me alegro de que ahora Laura tenga un futuro. Creo que he madurado más como persona junto a los psicólogos que hay aquí que en toda mi vida junta.

Después de escucharlo decido llamar a mis padres. Desde el día en que dejé mi casa para irme a la universidad, he llamado a mi madre casi cada domingo; las pocas veces que no lo he hecho, ella me ha inoculado un sentimiento de culpa de aquí te espero. Y hoy es domingo.

Además, si esta mujer ha podido invitar a venir al monstruo que abusó de ella, entonces yo podré pedírselo a mi madre, que solamente me reprimió mucho. No solo resultaría positivo que mis padres se enfrentaran a la verdad —mi madre y yo nunca le hemos dicho a papá que conocemos su secreto—, sino que tal vez la curación familiar logre liberarme de lo que quiera que sea que sobrevuela mi cabeza y me obstaculiza el camino hacia una relación feliz y honesta.

22

Clínica de rehabilitación, una hora más tarde

No eres un adicto al sexo, eres un hombre. Si alguien quiere jugar contigo, no vas a dar media vuelta. ¿Es que eres idiota? Vas y juegas tú también.

La voz es la de mi madre.

Sí, pero no cuando tengo una relación.

A mi modo de ver, así es como lo hacen los hombres. Creo en la honestidad dentro del marco de una relación, pero, si vas a engañar, tienes que guardártelo para ti solo. Como mujer, me han ofrecido salir a tomar un café un par de veces, y digo «no, gracias». Pero eso es porque soy mujer y no es mi naturaleza. Aunque, si se tratara de un multimillonario y no estuviera casado, a lo mejor me tomaba un café con él.

Oyéndola hablar me quedo planchado. Nunca había oído su punto de vista sobre la fidelidad, salvo cuando me desvela la prueba más reciente que viene a demostrar su convicción de que mi padre tiene una aventura. En cambio, aquí está, al teléfono, dándome exactamente la misma excusa que llevo dándome yo toda la semana…, solo que a su estilo.

Continúa:

No creo que necesites tratamiento. Todo lo que tenga que ver contigo va a estar en tu historial clínico el resto de tu vida y todo el mundo lo sabrá. Lo único a lo que eres adicto es a la vida y a vivirla.

Ahora ya es demasiado tarde. Pero estoy aprendiendo algunas cosas que me van a ayudar en la vida. Y dentro de dos semanas hay una cosa que se llama *semana familiar* y vienen los padres de visita. Es importante para completar el proceso de curación, y quería saber si podríais venir los dos.

Ir allí no serviría de nada.

De verdad que os necesito a papá y a ti aquí. Significaría mucho para mí. Y me ayudaría de veras.

Escúchame, eres una persona atípica, pero normal. Si fuera una cuestión de vida o muerte, lo haríamos.

Mi padre también está al teléfono, pero no dice ni mu, salvo para disculparse cuando mi madre le recrimina que está respirando demasiado fuerte al aparato. No me extraña que le tema al matrimonio. Cuando alguien con quien estoy saliendo empieza a tratarme peor que a un desconocido, para mí eso siempre marca el principio del fin.

¿Y si le digo a una psicóloga de aquí que te llame y te explique por qué es tan importante?

Ni se te ocurra darle a nadie mi número de teléfono.

Vale. Por favor, mamá. No sé qué decir.

No hay nada que decir. Ya físicamente resulta muy difícil viajar.

Y si tienen algún psicoterapeuta que recomienden en Chicago, ¿podemos ir todos juntos a verlo?

Creo que no. No podemos hacer ni añadir nada más. No nos parece que tengas un problema. Sea cual sea el problema, tú lo sabes y nosotros también.

Nos ayudaría a conectar. ¿Te acuerdas de mi exnovia Lisa? Cuando nos vio juntos dijo que no parecía que entre nosotros hubiera amor ni cariño.

Lisa solo estuvo con nosotros una vez para comer. Para ella no fue cómodo. No fue amable ni sonreía. No se relacionó para nada con nosotros.

Las palabras de Joan retumban en mi cabeza mientras habla: otro ejemplo de que las mujeres con las que salía nunca eran lo suficientemente buenas para mi madre. El mensaje implícito es que el sexo y los escarceos valen, pero no te busques una novia seria, porque se convertirá en la competencia.

Intento darle a probar su propia medicina: la culpa.

Como madre, sería una de las mejores cosas que podrías hacer por mí.

¿Cómo te ayudaría, exactamente?

Me ayudaría a ser más feliz, más saludable y capaz de tener una relación funcional y formar mi propia familia.

Charlie Aaron no se casó hasta que cumplió los setenta, y no pudo ser más feliz. Y no necesitó hijos para nada.

Se me corta la respiración. ¿Dónde se ha oído que una madre no quiera ser abuela? Cada palabra que sale de su boca parece confirmar el aterrador diagnóstico de Joan.

Pero ¿te acuerdas de Irving, el del instituto? Decía que hasta que no fue padre ni siquiera conocía el significado de la palabra *amor*.

¿Irving era el amigo de tu hermano?

No, era amigo mío.

No puede ser. Eras un idiota. No tenías amigos.

¿Por qué iba a decirle una madre nada semejante a su hijo?, me pregunto. Entonces reparo en que hace muy poco he descubierto la respuesta: me está poniendo en mi sitio. Les imploro y les suplico que vengan, y me tropiezo con una objeción detrás de otra, hasta que al final me dice rotundamente…

Tengo razones pero que muy válidas por las que no podemos ir. Te queremos y haríamos cualquier otra cosa por ti.

Ahora mismo me cuesta creerlo.

¿Puede venir solo papá, entonces?

De eso ni hablar.

Él no dice nada. No tiene voz en la relación. Por último, lo intento desde otro ángulo, mi as en la manga: la promesa de mantener el secreto.

Sea lo que sea lo que te preocupa, y creo saber lo que es, no tenemos por qué hablar de ello.

Sé quién soy. Sé quiénes son mis padres. Tuve una infancia idílica. Creo que he resultado ser una gran madre, con dos hijos maravillosos. No cambiaría de vosotros ni una pizca. Pero, si no estás satisfecho contigo mismo, entonces puedes ayudarte tú solito. Yo no pienso ir por motivos personales, muy personales, ¡y punto! Diles que no nos llamen.

Sus palabras suenan como un mazazo que quiebra el suelo que me sostiene, aislándome, lanzándome al espacio en solitario. Busco a tientas una tabla de salvación.

A cambio, ¿puedo pedirte simplemente que me envíes una copia de las llaves de casa? Dicen que, si pudiera llevarlas colgadas del cuello como símbolo de que soy de fiar, eso me proporcionaría un sentimiento de conclusión.

Soy consciente de que, desde que me fui de casa para ir a la universidad, siempre he tenido una extraña fijación con las llaves. Nunca he tirado ninguna, ni siquiera las de mis

antiguos dormitorios, coches o apartamentos.

Lo siento, tontito. No es por ti, es por mí. No me siento segura. Además, eres un despistado. Cuando tenías doce años perdiste aquella grabadora y un millón de cosas más. Y no puedo poner en peligro mi sensación de seguridad.

Vale, gracias por escucharme. Adiós, mamá.

Si quieres, puedo contratar a dos personas y mandarlas allí para la semana familiar en nuestro lugar.

No, déjalo.

Que disfrutes de tu reclusión.

El mundo que una vez conocí, aquel en el que creí haberme criado —estricto, sí, pero colmado del amor y el sacrificio de mis padres, que me concibieron, me educaron y me criaron— ha desaparecido. Lo que me está diciendo, en último término, es que sus asuntos son más importantes que mi bienestar. Y siempre lo han sido.

Aunque podría ser peor. Por lo menos tiene sentido del humor.



23

Me ducho por segunda vez, asegurándome de usar manopla, jabón y presión; después me acerco a paso lento hasta un corro de hombres que están en mitad de una actividad en el parque. Son una treintena de tíos que están utilizando lo que llaman *el bastón de la palabra*, y solo puede hablar el que tiene en la mano un palo de madera del tamaño de un falo erecto. Cuando ha terminado, dice «¡aho!», que es una especie de grito viril nativo americano, y le entrega el pito de madera al siguiente lunático.

—Hola, soy Calvin y soy adicto al sexo. Y ahora mismo siento mucho miedo,

pero también alegría porque Mariana —la prostituta brasileña a la que dejó preñada— me acaba de decir que quiere quedarse con el bebé. ¡Aho!

Me pasa el bastón. Me toca fichar y quiero quitarme el muerto de encima cuanto antes.

—Soy Neil, estoy cansado de etiquetas y estoy bien. ¡Aho!

Todos cogen aire o exclaman «¡oooohh!» como si acabara de pisar una mierda.

—¿Qué? —pregunto.

Charles me hace un gesto para que le pase el bastón. Niego con la cabeza, cabreado, y se lo entrego. Qué norma más estúpida.

—*Bien* es igual a jodido, inseguro, neurótico y emocional —dice.

—Más o menos.

Los hombres me miran en medio de un silencio acusador: he hablado sin tener el bastón de la palabra en la mano. Cualquiera diría que acabo de pegarle un tiro a alguien.

Charles me pasa el bastón de la palabra y lo dejó en el suelo, a mi lado.

—Me encanta cómo cumplís todos como corderitos una mierda de regla absurda que se ha inventado vete a saber quién —les digo mientras me largo de allí—. De todas formas, llevo toda la semana metido en un corro de hombres. ¡Aho!

Nadie me responde, porque nadie tiene el bastón de la palabra.

Al alejarme me doy cuenta de que en realidad no estoy enfadado con ellos. Y no estoy enfadado con el bastón de la palabra. La verdad es que es una norma decente. Si de niño hubiera tenido la oportunidad de hablar sin interrupciones, y hubiera podido expresarme y que me escucharan en serio, probablemente habría sido mucho más cabal.

Lo que me cabrea es que los padres de algunos no pueden venir a la semana familiar porque están muertos o sin blanca o en la cárcel, pero mis padres sencillamente no quieren. Un tipo que abusó de su hija tiene los huevos de aparecer por aquí. En cambio, mi padre ni siquiera tiene los huevos de decir lo que piensa por

teléfono.

Registro emocional: jodido, inseguro, neurótico y sensible. Y replanteándome todo lo que creía saber sobre mi infancia, mi vida y quien soy.

El estado de ánimo perfecto para volver a ver a Ingrid después de todo este tiempo separados.



24

Es demasiado pura para estar aquí.

Está en la zona de enfermería, a la que ahora tengo permitido el acceso para el uso puntual de la maquinilla de afeitar, solo bajo supervisión. Lleva una camisa ajustada de cuadros azules, con algunos botones desabrochados que dejan entrever un triángulo de piel inmaculada, y unos vaqueros negros que le llegan justo por encima de los tacones altos. En este lugar nadie lleva tacones. Son dañinos para las frágiles libidos que hay por aquí.

Se pone tensa al verme y en su rostro se agolpa todo de una vez —el amor, el odio, el deseo, el miedo, la esperanza, el dolor— abriéndose paso por el cuero cabelludo hasta ocuparlo todo.

La exclamación «¡oh, Dios mío!» escapa de su boca. Entonces caen las lágrimas. Cuando nos abrazamos, parece como si se fundiera conmigo. Pero, al notar el roce de su camisa contra mi ombligo irritado, me invade un sentimiento de indignidad. Aquí estoy, babeando detrás de cada paciente que veo por mínimamente atractiva que sea, mientras ella recorre todo este camino con la esperanza de que haya cambiado. Supongo que estoy aquí porque quiero ser tan buena persona como Ingrid.

Lo que siento ahora mismo es otro síntoma de mi trauma. Es la vergüenza

otra vez. Me estoy situando por debajo.

Donde debo estar.

Súbitamente, un fragmento de mi pasado regresa como un fogonazo. Soy un adolescente tumbado en la cama, imaginando cómo será mi vida en el futuro. Siempre es la misma escena:

Mi hermano vive en una casa grande, en una zona residencial, con un espacioso jardín y una preciosa esposa rubia. Voy de visita y le pregunto si puedo quedarme una temporada, porque no tengo adónde ir. Llevo la ropa sucia y arrugada, y voy sin afeitar. Me zambullo en su sofá, oliendo raro y viendo la tele, hasta que un día, su esposa perfectamente conjuntada le pregunta, con toda la buena educación de la que es capaz: «¿Tu hermano no va a conseguir nunca un trabajo? No puede quedarse en el sofá eternamente».

Y ahora, dos décadas más tarde, estoy en condiciones de procurarme la felicidad que nunca creí posible —un hogar, un trabajo, una novia que, curiosamente, se parece a la esposa con la que había imaginado a mi hermano—, y voy y la mando al cuerno. Es como si la predicción que no se ha cumplido yo la hiciera realidad a fuerza de voluntad. Le doy vida a base de cagarla.

—¿En qué estás pensando? —pregunta Ingrid.

—En nada, solo que me alegro de que estés aquí.

Hay una energía entre nosotros. Es una sensación que no siento tan intensamente con nadie más, como la atracción de dos imanes apenas separados.

—¿Qué llevas en la mano? —me pregunta.

—Es mi cronograma. Quiero explicártelo para que sepas quién soy.

Salimos al parque y nos sentamos en la hierba, cerca de donde se encontraba el corro de hombres. Está justo debajo de la sala de pacientes y reparo en los adictos al sexo arracimados en los bancos exteriores que quedan por encima. También ellos parecen atraídos por el magnetismo de Ingrid. Me pregunto si estarán pensando en estar con sus esposas o en engañarlas.

Ingrid me escucha con atención mientras le hago el recorrido por cada episodio de mi cronograma. Pero, cuando le desvelo el remate —incesto

emocional—, hace un esfuerzo por comprender.

—¿Cómo que incesto?

—Ya lo sé. Odio el término. Aquí todo se diagnostica como una especie de trastorno psicológico severo —sienta tan bien estar hablando con ella, compartiendo cosas con ella, oliéndola otra vez; a pesar del tema de conversación, la felicidad y el alivio me trastornan—. Pero lo que nos incumbe es esto: aquí dicen que si les cuentas qué clase de relación tuviste de niño con el progenitor del sexo opuesto, ellos pueden saber qué clase de relación romántica vas a tener de adulto. A no ser que seas gay, en cuyo caso sería el progenitor del mismo sexo.

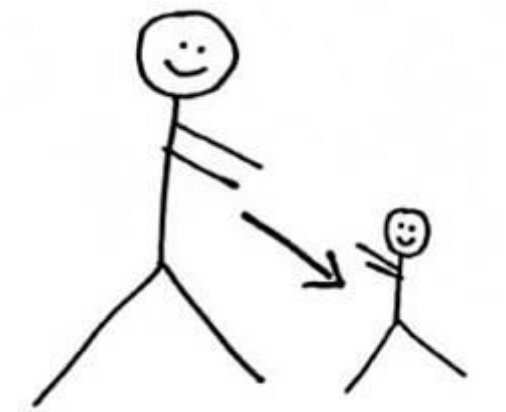
—No sé. Me parece que eso es simplificar mucho las cosas.

—Puede que sí. Yo ya no sé qué creer.

Desde que presenté el cronograma, estoy hecho un lío. Así que le explico a Ingrid lo que he aprendido desde esa tarde…

Aquí dicen que hay tres formas de criar a los hijos. La primera es el *apego seguro*, en el cual los progenitores o principales cuidadores aman, crían, afirman al hijo, le ponen límites sanos y cuidan de sus necesidades.

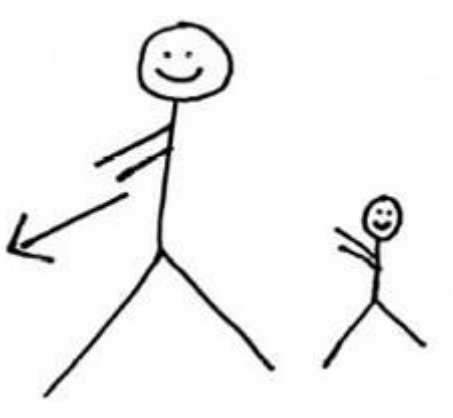
Le doy la vuelta al cronograma y le hago un esquema:



Todo ello crea a un hijo con una autoestima y unas relaciones sanas y seguras.

Pero, por otro lado, está la desatención, cuando el cuidador abandona, se distancia del hijo o no lo cría adecuadamente. Este puede ser un progenitor que no esté presente físicamente; o uno que físicamente esté presente, pero distante a nivel

emocional; u otro que no proporcione cuidados y seguridad de forma apropiada, o el progenitor que esté perdido en una adicción al trabajo, al sexo, al juego, al alcohol o a cualquier otra cosa. Si creces sintiendo que no te quieren o que no eres importante para un progenitor, esa es una señal de que probablemente ha habido una negligencia:



Esto da como resultado hijos marcados, que suelen ser depresivos e indecisos, que se ven a sí mismos como defectuosos y menos valiosos que los demás, y que se sienten incapaces de enfrentarse solos al mundo. En las relaciones personales, tienden a sufrir lo que se llama *apego angustioso*. Pueden sentir que no son suficiente para sus padres, se sumergen tanto en su pareja que pierden de vista sus propias necesidades y su autoestima, pueden ser emocionalmente intensos, pasivo-agresivos o necesitar una reafirmación constante de que no serán abandonados. Pues bien, a este tipo de persona la llaman *adicta al amor*.

Mientras Ingrid me escucha atentamente, busco un destello de reconocimiento en sus ojos. Al fin y al cabo, ella fue abandonada por su padre siendo niña, antes incluso de que él intentara matar a su madre y escapara por los pelos de las garras de sus tíos. Al no hallar señal alguna, sigo explicándole el tercer tipo de paternidad: el de las *familias aglutinadas*. Así es como me criaron a mí.

En lugar de atender a las necesidades del hijo, el progenitor que aglutina o desordena a su familia trata de satisfacer sus necesidades a través del hijo. Esto puedo manifestarse de diversas formas: el progenitor que vive a través de los logros de un hijo; el que convierte al hijo en un sucedáneo del cónyuge, del psicoterapeuta o del cuidador; el que está deprimido y utiliza emocionalmente al hijo; el que es autoritario o controlador, o el que muestra un sentimiento o una ansiedad excesivos respecto al hijo. Si creces con un sentimiento de compasión o de asfixia hacia un progenitor, esa es una señal de que probablemente se ha producido una

aglutinación.



En este proceso, los niños de personalidad desordenada pierden su identidad. En la edad adulta a menudo impiden que nadie se acerque demasiado a ellos para que no puedan volver a absorberles la vida. Si los abandonados suelen sentirse necesitados y son incapaces de contener sus sentimientos, los desordenados o confundidos tienden a alejarse de ellos y a ser perfeccionistas, y a controlarse a sí mismos y a los demás. Aunque busquen una relación pensando que quieren conectar, cuando establecen una verdadera, acostumbran a levantar un muro y a emplear otras técnicas de distanciamiento para evitar la intimidad. Esto se conoce como *apego evitativo* o, como dicen aquí, *evasión del amor*. Y, según esta teoría, la mayoría de los adictos al sexo son evasores del amor.

Le cuento a Ingrid que pregunté si no había una cuarta categoría para la paternidad con abuso físico o sexual, pero que me dijeron que se podría manifestar en un hijo con una educación negligente o desordenada. Me explicaron que, por regla general, cuando el abuso de un progenitor despoja de poder a un hijo, es negligencia; cuando le está otorgando un poder falso, es desorden.

Ingrid pestañea para reprimir las lágrimas, coloca su mano de jugar a piedra papel y tijera sobre la mía y me dice:

—Daría lo que fuera por verte curado, feliz y liberado del desorden que te impide vivir.

Antes habría pensado que eso era lo más bonito que me podía decir. En cambio, ahora me preocupa que ese deseo de dar «lo que fuera» por la felicidad de otra persona sea un síntoma disfuncional de adicción al amor y codependencia. Luego, me preocupa que mi miedo a su afecto desinteresado sea un síntoma de mi

evasión del amor. Me están poniendo la cabeza como un bombo aquí dentro.

—Estoy trabajando duro —le digo; un momento, eso no es del todo cierto—. Aunque hay algunas cosas aquí que se salen un poco de madre, para mi gusto —eso está mejor.

—Creo que esto va a ser lo mejor que te ha pasado —responde.

Y, por primera vez desde que la engañé, veo que la luz vuelve a sus ojos.

—¿De verdad lo crees?

—Lo sé. Nunca te lo he dicho, pero yo estuve dos años en rehabilitación.



25

—**E**ntonces, ¿lo único que de verdad le pides a una relación es libertad? —pregunta Ingrid cuando vamos de camino a la cafetería para cenar.

—Sí. Creo que sí.

—Pues estoy dispuesta a darte más libertad.

—¿En serio?

—Sí, empezando ahora mismo —me agarra juguetona de los vaqueros y empieza a tirar hacia abajo—. ¡Esto es lo que se siente siendo libre!

Una sonrisa traviesa que he echado de menos amargamente se instala en su rostro.

—¿Por qué no les enseñas a todos tu libertad? —se burla, agarrando ahora los calzoncillos.

Le doy un tirón a la goma de la cintura para evitar exponer mis vergüenzas: si Joan me viera de esta guisa, seguramente añadiría a mi historial indeleble «exhibicionismo compulsivo». Pero Ingrid sigue bregando para quitarme la ropa y gritando «¡libertad!» a pleno pulmón.

Entramos en la cafetería con una sonrisa de oreja a oreja. Está haciendo un chiste a costa de que nosotros, los demonios rojos, tengamos hecha la picha un lío. Quizá la mejor cura sea relajarse un poco. No necesito la sertralina. La tengo a ella.

—Señorita, tendrá que abrocharse esos botones de la camisa —le ladra al verla la consejera del comedor y cebadora de anoréxicas, como si los adictos al sexo fueran a prorrumpir en un despliegue espontáneo de masturbación pública si llegasen a ver un milímetro de escote.

Cogemos cada uno un plato con unos insípidos trozos de pollo sobre una base de arroz de sabor jabonoso y nos acercamos a la mesa de los adictos al sexo. Troy me da una palmada en la espalda y me dice bobalicón:

—No nos habías contado lo buena que está.

Puede que en el fondo la consejera tuviera razón.

Charles no se va de la mesa cuando nos sentamos, lo que significa que, presumiblemente, las visitas están exentas de la norma del «solo hombres». Ingrid les pregunta a todos los del grupo por su historia y todos hablan sin tapujos de sus pecados, a excepción de Charles.

Entonces ella les cuenta la historia de su familia.

—Mi abuelo engañaba a mi abuela sin parar, pero ella siempre lo amó. Cuando murió, ella empezó a tener pesadillas recurrentes sobre sus infidelidades. De manera que cada mañana va la habitación de él y le grita a sus cenizas: «¡Dios mío[2]! Hasta muerto me sigues engañando. Pero ¿es que no me vas a dejar en paz, viejo verde?» —los chicos se ríen con demasiado conocimiento de causa—. Luego, al cabo de unas horas, vuelve, se disculpa, limpia el polvo de la habitación y pone flores frescas en la mesilla de noche.

Y así, incluso después de muerto, en una relación con un recuerdo, la balada de la adicta al amor y el evasor del amor continúa.

La madre de Ingrid era una adicta al amor igual de obsesiva.

—Era hermosa e independiente, y tenía un programa de televisión en México, pero cuando nos trasladamos a los Estados Unidos se convirtió en la esclava doméstica de mi padrastro —les cuenta Ingrid a los chicos—. Yo procuraba convencerla de que lo dejara porque era un chantajista emocional, pero ella siempre decía: «No puedo. ¿Qué voy a hacer cuando vosotros cumpláis los dieciocho? Me quedaré sola».

—Puede que ese sea el dilema femenino —interviene Troy—. Ella se casa con alguien que le ofrece amor y pasión, pero con el tiempo él deja de valorarla o bien ella se convierte en una chacha o en una fábrica de hacer niños o él le pone los cuernos. No tiene ni una sola necesidad emocional que el marido atienda. Entonces él tiene la cara dura de reprocharle que no es sexual ni atractiva, cuando es él quien le ha succionado toda la vitalidad.

Cuando los chicos asienten con pesar al reconocerse, Ingrid resume su adolescencia a grandes rasgos, algunos de los cuales ni siquiera había compartido conmigo: su padrastro la trataba peor que a una sirvienta, la obligaba a realizar tareas extenuantes, se negaba a permitir que cenara en la mesa con el resto de la familia y la obligaba a dormir en un garaje sin calefacción ni muebles. Muy pronto Ingrid pasó de ser una alumna de sobresaliente a suspenderlo todo.

Al final se fue de casa, se metió en el mundo de las anfetaminas y se pasó dos años viviendo en una clínica de desintoxicación porque su padrastro no la dejaba volver a casa. Acabó convirtiéndose en la portavoz de los jóvenes del centro de tratamiento, saliendo en las noticias y dando discursos en actos con el alcalde.

No obstante, a pesar de haberse distanciado de su familia y de haber obtenido tantos logros por sí misma, todavía sigue los pasos de su madre y de su abuela, y se enamora de un embustero.

Después de cenar, la cebadora de anoréxicas le dice a Ingrid en tono cortante que la hora de las visitas ha finalizado. De regreso a la recepción, Henry, mi nuevo amigo suicida del aula de manualidades, se pone a nuestra altura y nos sigue el paso, y empieza a hablar en esa monótona entonación suya, haciendo caso omiso a Ingrid.

—Aquí hablan de que hay ocho emociones, pero yo creo que son nueve.

—¿Cuál es la otra?

—La novena emoción es la emoción de la muerte. Es no sentir nada.

Somos seres frágiles, pienso al ver el padecimiento reflejado en su rostro. Incluso cuando el cuerpo se cura, las cicatrices del alma persisten. Mientras hablamos, repara en la presencia de Ingrid y me pregunta si es mi novia.

Me vuelvo a mirar a Ingrid y nuestros ojos buscan la respuesta en los del otro. Ingresando aquí he cumplido con mi penitencia y he demostrado que tengo la voluntad de cambiar; ella ha expresado el perdón al venir en coche hasta aquí para verme y compartir sus propios secretos.

—Sí —le dice ella—, soy su novia.

Todo mi ser respira lleno de gratitud. Se acabó el fantasear con las mujeres que hay aquí. Me han dado una segunda oportunidad para no acabar convertido en el padre o en el abuelo de Ingrid (o para ser como ellos y perpetuar el patrón multigeneracional de hombres que engañan y mujeres que aman a esos hombres). Los pecados de los padres son el destino de sus hijos. A menos que los hijos abran los ojos y hagan algo al respecto.

—Me fío de tu novio —dice Henry—. Siento que puedo hablar con él.

Pues claro que puede, pienso para mí. Debo de emitir una especie de señal de desorden que hace que todo el mundo sepa que puede confiarme sus chaladuras. Probablemente ese sea el motivo por el que he acabado escribiendo perfiles de estrellas del *rock* para *Rolling Stone*, el motivo por el que todos esos famosos desconfiados se sienten tan a gusto revelándome las opiniones privadas que nunca habían compartido con nadie, el motivo por el que, a continuación, mis editores me dan palmaditas en la espalda y colocan la historia en la portada.

Puede que el trauma infantil se te acerque sigilosamente y te la meta por detrás cuando eres pequeño, pero por lo menos te deja una propina en la mesilla de noche.

—¿Quién es ese pobre hombre? —pregunta Ingrid mientras Henry se aleja hablando de su plan de suicidio más reciente.

Ha detectado al paciente más peligroso de la clínica y piensa buscar pelea con él.

—Se tiró a un caballo.

—¿Y el caballo se puso celoso y se lo contó a su mujer? —bromea, aunque el

chiste contiene un dardo que prefiero pasar por alto.

Cuando nos damos un abrazo de despedida en la recepción, procuro retener la impronta de la suavidad de sus senos contra mi pecho, de la firmeza de su columna bajo mis dedos, de la calidez de su mejilla junto a la mía para poder recordarlos cuando flaqueen las fuerzas.

—Mi mayor deseo es que encuentres la paz interior y la felicidad —dice, y se aparta de mí.

—Gracias por creer en mí —le digo—, mi novia, mi amante, mi carcelera.

Después de que se haya ido, me siento en un banco a la entrada del salón de pacientes y se me llenan los ojos de lágrimas. Parece que me ama sin condiciones, pero tengo miedo de ser yo quien la ame con condiciones. Algunas veces la miro y me preocupa que se le vayan a ensanchar las caderas, igual que a su madre, o me pregunto si seguiré estando dispuesto a hacerle el amor cuando esté gorda y arrugada. Otras veces diseccionо sus rasgos actuales en busca de defectos o imperfecciones. Lo triste es que, por supuesto, las imperfecciones que ella podría diseccionar en mí son muchas más: soy de corta estatura, calvo, enjuto y narigudo, y tengo grandes poros grasientos. Soy afortunado por tenerla. Y me pregunto: ¿soy apto para el amor? ¿Alguna vez he amado a alguien de veras? No sabría decir si mis lágrimas se deben a la belleza de su amor o a la tristeza de mi incapacidad para sentirme merecedor de él.



26

En mi faceta periodística he conocido a muchos supuestos expertos. La mayoría son solo personas con un poco de experiencia y mucha confianza que se han otorgado a sí mismas el título con el que enredar a crédulos y gentes de pocas luces. Pero de vez en cuando me tropiezo con alguien que posee experiencia, conocimientos y está llamado a ser no solo un profesor que dispensa información,

sino un guía con magnetismo. Y Lorraine parece ser una de ellas.

—El desprecio por uno mismo no deja de ser autoestima —le está diciendo a Calvin—. Es la otra cara de la misma moneda. Sigue siendo una forma de egocentrismo.

Es la segunda semana que estamos aquí y el personal nos ha dividido en grupos más pequeños para probar la terapia Gestalt que ellos llaman *la silla vacía*. A Adam, Calvin, Troy y a mí —los alborotadores—, para gran alivio nuestro, nos han puesto al cuidado de Lorraine en el edificio adjunto. Y ahora se encuentra inmersa en los preparativos para someternos a este intenso método de curación de traumas.

—A mí el desprecio de mí mismo se me da de pena —le susurro a Calvin.

Lorraine me oye y dice muy seria:

—Recordad que el humor es una barrera. Es una forma de negación, lo mismo que la represión, la racionalización, la globalización y la minimización.

Sí, me parece que es una de esas expertas. Está claro que ha tratado con la cantidad suficiente de estúpidos listillos como para leerme como un libro abierto.

Esa tarde, Lorraine nos abre a todos la mente en canal. A medida que desarrolla su charla acerca de la psique humana, los rostros de los adictos al sexo se van iluminando intermitentemente como fuegos artificiales, al darse cuenta de cuál es el origen de su comportamiento, de sus sentimientos y de las creencias que los han mantenido distanciados de los demás y, en última instancia, de sí mismos.

A diferencia de la psicoterapia tradicional, en la que el terapeuta se pasa sentado con un cliente en una oficina una hora a la semana durante años o incluso décadas, el tratamiento de las adicciones tiene el cometido de cambiar a la gente de forma rápida. Están en juego sus vidas. Esa siguiente copa podría provocar un derrame en una vena; esa siguiente inyección podría estar envenenada. Lo importante es lo que funciona hoy, no lo que la mayor parte de la comunidad psiquiátrica tenga estudiado y aceptado. Y por eso hay quien dice que las técnicas que se emplean aquí, muchas de ellas adaptadas a partir del trabajo llevado a cabo durante décadas por una enfermera anterior, Pia Mellody (que a día de hoy ni siquiera tiene una entrada en la Wikipedia), son problemáticas; o hay quien dice que son la cumbre de la transformación personal…, si es que tienes la suerte de dar con el maestro adecuado.

Y nosotros tenemos la suerte de tener a Lorraine, la única persona que me he encontrado por aquí hasta ahora que no parece estar consumida ni resentida por la tarea, propia de Sísifo, de curar mentes laceradas que no puede ver ni tocar.

Cuando Lorraine nos explica el modelo que se usa aquí, nos pide que cojamos aire, escuchemos con atención y nos dejemos llevar hasta el momento en que teníamos entre ocho y doce años para saber cómo veíamos a nuestros padres —y al mundo— en aquel entonces, y no como los entendemos ahora. Y esto es lo que escuchamos. Si decides hacer lo mismo, tal vez reconozcas a alguien que te suena de algo…

TODO LO QUE NO FUNCIONA DE TU COMPORTAMIENTO Y POR QUÉ, EN 1800 PALABRAS O MENOS

En el inicio…

Naciste.

Y como todos los niños, eras completamente vulnerable y dependiente, tenías un cerebro nuevo en proceso de desarrollo y no comprendías nada del mundo.

En un mundo perfecto…

Tus padres serían perfectos. Dedicarían todo su tiempo a atender tus necesidades físicas y psicológicas, tomando siempre las decisiones correctas, estableciendo los límites más sanos y protegiéndote de todo mal, mientras te preparan para que, en un momento dado, puedas cubrir tus propias necesidades sin ellos.

Pero en el mundo real…

Nadie es perfecto. Tampoco tus padres ni las demás personas que desempeñan un papel en tu educación. Por lo tanto, por el camino, algunas necesidades de tu desarrollo quedan desatendidas.

Y el problema es que…

Cuando una de tus necesidades queda desatendida, ya sea grande o pequeña, puede dejar una marca.

Estas marcas se conocen como *trauma infantil*. Cada caso o patrón traumático

puede crear problemas personales básicos específicos y desafíos relacionales; y si este trauma no se trata, muy probablemente transferirás tus conflictos a la siguiente generación. Dado que este trauma se produce en la fase inicial de la vida, puede afectar al desarrollo social, emocional, conductual, cognitivo y moral.

No siempre es manifiesto o deliberado…

Comúnmente se cree que el trauma se origina a manos de unos perpetradores detestables que abusan de forma consciente y voluntaria. Pero incluso los padres que se consideran entregados y bienintencionados cometen errores, transgreden fronteras o sencillamente hacen lo que pueden con los limitados recursos internos de que disponen. Y este abuso encubierto, a menudo desapercibido, a pesar de su reiteración constante, puede dejar heridas tan profundas como aquellas que crea un único acto malicioso.

Puede ser una cicatriz emocional…

En tus primeros años eres el centro del universo. Todo gira en torno a ti. De modo que las heridas pueden proceder de los cuidadores que o bien están fuera de control o completamente alejados de sus emociones con respecto a ti. Si mamá está siempre nerviosa durante el período de lactancia o papá llega a casa hecho una furia siempre que ha tenido un mal día en el trabajo o, en los pocos ratos que pasa contigo, tu padrastro está deprimido por sus problemas económicos, tú absorbes esas emociones como una esponja, asumiendo con frecuencia la culpa o la responsabilidad por ellas. Incluso si un progenitor enferma y fallece, eso puede interpretarse como un abandono o algo que has provocado tú, si eres demasiado joven como para comprender la muerte.

Puede ser física…

La mayoría de la gente entiende que no es aceptable infligirle a un niño un daño físico, ni siquiera darle un cachete. Pero hay un ejemplo que no es tan obvio: cualquier procedimiento médico invasivo, incluso algo tan común como una circuncisión o unos puntos de sutura, puede percibirse exactamente igual que un maltrato físico si lo experimentas en los primeros años de vida. Puede que llegues a desconfiar de tus cuidadores por haberte llevado a un lugar desconocido y no mantenerte a salvo.

A menudo es intelectual…

Una vez transcurridos los primeros años de vida, empiezas a distanciarte de

tus padres. En este período, su obligación es ayudarte a convertirte en una persona independiente y a estar en el mundo por tus propios medios. Aquí pueden surgir toda una serie de problemas nuevos, sobre todo cuando los padres tratan de controlarte en exceso, cuando te critican constantemente o esperan de ti, absurdamente, que seas perfecto. Otras familias se aferran a unas normas tan rígidas que se combate automáticamente cualquier manifestación de la individualidad del hijo como si fuera una amenaza. Todo ello puede derivar en problemas de autoestima más adelante.

O puede dominar toda tu identidad…

Dentro de un sistema familiar disfuncional, cada hijo tiende a desempeñar un papel distinto que contribuye a la supervivencia de la familia y desvirtúa sus problemas reales. Entre estos se encuentra el venerado «héroe», el conflictivo «cabeza de turco», el desatendido «hijo perdido», el complaciente «pacificador» y la animosa «mascota». Más adelante, estos roles (así como el orden de nacimiento) pueden desembocar en sus correspondientes problemas de personalidad, ya sea el perfeccionismo crítico del héroe, los arrebatos de ira del cabeza de turco, la baja autoestima del hijo perdido, la negación de las necesidades personales del pacificador o la irresponsabilidad compulsiva de la mascota.

Pero no es fácil detectar los problemas básicos propios…

Las creencias, comportamientos y adaptaciones más antiguos no se han reforzado a base de décadas de hábitos, sino que se han construido en lo más hondo de la arquitectura de tu cerebro, que está ocupado estableciendo nuevas conexiones neuronales a una velocidad de vértigo en los primeros años de vida. Como se suele decir, «las células que se activan juntas, permanecen conectadas». Por lo tanto, intentar verte a ti mismo con algún grado de objetividad puede ser como intentar tocarte el codo derecho con la mano derecha.

Pero, si puedes tomar un poco de distancia de ti mismo, observarás que las cosas que haces y piensas no surgen de la nada. He aquí unas cuantas técnicas y herramientas que puedes usar para tener una mayor comprensión del modo en que tu pasado puede interferir con tu felicidad, tus relaciones y tu vida actuales.

Puedes trabajar retrospectivamente…

¿Orientas tu vida hacia el éxito y cuando fracasas te mortificas implacablemente? Eso puede deberse a que, en la adolescencia, tus padres te hacían

sentir como si tu valía como ser humano dependiera de las notas que sacaras, de los goles que metieras o de tus hitos en general.

¿Has perdido el contacto con tus sentimientos porque cuando llorabas tu padrastro siempre te decía que fueras fuerte? ¿Sientes en el fondo de tu ser que no le importas a nadie porque de pequeño a menudo no te prestaban atención? ¿Te pasas la vida intentado salvar a los demás o cuidándolos porque no lograste salvar a mamá de la depresión o de la adicción? ¿Te niegas en redondo a reconocer que en tu familia algo no marchaba bien porque papá actuaba como si fuera infalible y debía ser obedecido incuestionablemente, de modo que criticarlo sería equiparable a la herejía?

¿Te vas haciendo una idea de cómo funciona esto?

Con perdón de mi lenguaje…

Algunos de vosotros lleváis a cuestas una bolsa enorme llena de mierda. Y cada vez que os encontráis en una situación en la que probablemente saquéis más mierda todavía, vosotros la agarráis y la metéis dentro de esa bolsa. Llegaréis incluso a obviar todos los diamantes que refulgen alrededor, porque lo único que veis es la mierda.

Esta mierda se conoce como *los cuentos que te cuentas*.

Algunos ejemplos incluyen generalizaciones del estilo «tomo malas decisiones», «si la gente viera cómo soy en realidad, no les gustaría» o, por el contrario, «nadie es lo suficientemente bueno para mí». Cada una de estas creencias se puede moldear en la infancia a consecuencia, respectivamente, de padres criticones, padres que te han abandonado y padres que te ponen en un pedestal.

Como resultado de ellos, puedes pasarte buena parte de tu vida malinterpretando situaciones y creyendo que has hallado más pruebas que confirman esas falsas conclusiones formadas durante la infancia. Un modo de darte cuenta de que estás atrapado en tu propio cuento es cuando te sientes inferior o superior a los demás.

Puedes revisar esta tabla:

Hijo herido (emocionalmente 0-5) Adolescente adaptado (emocionalmente 6-8) Adulto funcional (emocionalmente maduro) Inútil. Arrogante. Apreciado desde dentro. Extremadamente vulnerable. Invulnerable. Límites sanos.

Extremadamente necesitado. Independiente. Comunica sus necesidades. Se siente malo/travieso. Se siente libre de culpa/perfecto. Honesto y con conciencia de sí mismo. Fuera de control. Hipercontrolador. Flexible y moderado. Teme el abandono. Miedo a la asfixia. Interdependiente. Reclama atención. Reclama intensidad. Vive con integridad y armonía. Idealiza al cuidador/pareja. Desilusionado con el cuidador/pareja. Realista respecto al cuidador/pareja.A continuación, hazte la siguiente pregunta: a lo largo de una semana determinada, ¿manifiestas alguna de las conductas propias de un niño o adolescente herido aquí descritas? Si es así, es posible que te hayas quedado encallado en algún punto de tu desarrollo emocional o conductual, o bien se dan ciertas situaciones que te están retrotrayendo a esas edades.

Cada vez que reaccionas desmesuradamente ante algo (encerrándote en ti mismo, perdiendo la calma, enfurruñándote, desesperándote, desmadrándote, disociándote o cualquiera de las numerosas formas de conducta disfuncional), lo normal es que se deba a que una vieja herida se ha abierto. Y estás experimentando una regresión al estado infantil o adolescente que se corresponde con ese sentimiento.

Ten en cuenta que el hijo herido tiende a internalizar directamente los mensajes que les transmiten sus cuidadores; el adolescente adaptado tiende a reaccionar contra ellos.

Y los niños nacen con distintas predisposiciones y resiliencias.

Así pues, si guardas lealtad a las personas que abusaron de ti y te maltrataron, estás generando una *vinculación afectiva* con el trauma.

Si te resulta normal estar haciendo algo extremo o de alto riesgo, estás *elevando el umbral de excitación*.

Si has desarrollado un intenso desprecio por ti mismo, estás generando un sentimiento de *vergüenza*.

Si recurres a métodos químicos, mentales o tecnológicos para anestesiar tus sentimientos y a ti mismo, estás generando un *bloqueo emocional*.

Y suma y sigue. Un mismo patrón traumático, múltiples respuestas distintas posibles. No hemos hecho más que rascar la superficie. Pero al menos ya conoces un poco el modelo con el que trabajamos aquí.

La cuestión no es culpar, sino comprender…

En resumen, cada uno de nosotros se pasa la edad adulta en un sistema operativo único que ha tardado dieciocho años en programarse y está plagado de bichos y virus. Y cuando reunimos todas estas teorías diferentes sobre el apego, la inmadurez en el desarrollo, el estrés postraumático y los sistemas familiares internos, se construye un corpus de conocimiento que nos permite explorarnos a nosotros mismos para detectar virus y, en cualquier momento, observar nuestra conducta, nuestros pensamientos, nuestros sentimientos, y averiguar de dónde proceden.

Esa es la parte fácil. La parte difícil es poner el virus en cuarentena y reconocer el falso yo, y restablecer el yo real. Porque, mientras no empecemos a desarrollar una relación sincera, compasiva y funcional con nosotros mismos, no podremos empezar a experimentar relaciones sanas y afectivas con los demás.

—Y eso —concluye Lorraine— es de lo que trata la técnica de la silla vacía.



27

Esa noche, en la reunión de adictos al sexo y al amor, Carrie se deja caer a mi lado en el sofá con el brazo desnudo ligeramente pegado al mío. Yo aparto el brazo. Es algo nuevo en mí.

—No me puedo creer que esa zorra todavía te tenga prohibido hablar conmigo —dice.

—Es por tu seguridad. Soy demasiado peligroso para las mujeres.

Charles, que está sentado frente a mí, se lleva el dedo al cuello y traza una línea de corte. Tiene razón. Esa minucia ya es pasarse de la raya. Salgo de la sala, regreso al cabo de un rato y me siento en otra parte. Aunque se me antoja lo más

sensato y respetuoso para con Ingrid, es probable que con esta clase de comportamiento distante e indiferente solo consiga aumentar el interés de Carrie por mí. Eso hasta que oiga mi registro emocional de hoy, claro.

—El domingo por la mañana quebranté mi contrato —confieso cuando llega mi turno—. Se me hace raro decir esto delante de todos, pero me masturbé. Me desperté en unas condiciones determinadas y no lo pude evitar.

Las palabras resuenan en mi cabeza. «No lo pude evitar». Suena exactamente a lo que diría un adicto. Para tranquilizarme pregunto si alguien más se ha masturbado.

Se hace un silencio absoluto y entonces se alza una mano avergonzada.

—Yo —murmura Calvin.

De repente me convierto en el adicto al sexo más descontrolado de la sala. Seguramente Calvin se masturbó por culpa del pícnic.

—Después me di cuenta —continúo— de que me estaba masturbando porque me daba terror la visita de mi novia. En cambio, fue increíble que viniera, y me animó a tomarme mucho más en serio la recuperación y a querer ser mejor persona.

Después de la reunión, saliendo de la sala, Charles me alcanza.

—Déjame que te dé un consejo para que no vuelvas a incumplir el contrato —me dice—. Cree, compórtate, conviértete: cree en Ingrid y en ti; compórtate por Ingrid; conviértete en una familia nuclear.

Es un buen consejo. Los tres pasos.

—Si alguna vez decides admitir que eres incapaz de controlar tu adicción, puedes buscarme en Los Ángeles cuando te marches —sigue diciendo magnánimamente—. Puedo meterte en un grupo de terapia privado con una de las mejores especialistas de la ciudad.

Es evidente que he hecho bien diciendo lo que he dicho en la reunión de hoy. Decido preguntarle cómo recayó él, puesto que cuando yo llegué él ya había compartido su historia con el grupo.

—Estaba en Nueva Zelanda, donde la prostitución es legal —contesta; su voz

transmite melancolía, a su pesar, y esboza una sonrisa culpable; Joan lo llama *llamada eufórica*—. Y acabé yendo a un sitio donde tenían un menú de servicios, y me hice un trío con dos mujeres muy atractivas por cuatrocientos cincuenta dólares.

Nos quedamos los dos callados por un momento a la entrada del dormitorio, magnificando la imagen, con una chispa de deseo surgiendo en mitad de la austeridad de Charles.

—Y eso estuvo mal —digo—. Muy mal.

—Sí, muy mal.

Esa noche sueño que Ingrid y yo estamos en una habitación de hotel en Las Vegas con un cura al que pagamos por horas.

—Yo os declaro marido y mujer —dice el cura.

Tan pronto pronuncia esas palabras, me veo envuelto en un manto de frío. Se ha producido algo irreversible en cuestión de segundos y me sobrepasa el arrepentimiento porque sé que no puedo corresponder a Ingrid por lo que siente por mí. Me despierto con una sensación funesta cerniéndose sobre mí.

Las palabras de Charles se hacen eco: «Conviértete en una familia nuclear».

¿Qué tiene de bueno una familia nuclear?, me pregunto antes de poder evitarlo. Lo único que me hace sentir la palabra *nuclear* es una sensación de aniquilación.

28

Chicago, veintiséis años antes

¡Riiin, riiin!

¿Hola?

¿Está Todd?

Es una chica llamando a mi hermano pequeño. Siempre preguntan por él. Nunca por mí.

No, ha salido.

Soy Rachel.

Hola.

Estoy con Julia y llamábamos para invitarlo a que se venga con nosotras. Vamos a hacer una fiesta especial. Julia, ¿por qué no se lo cuentas?

Sueltan las dos una risita. Es un sonido exclusivo de las adolescentes. Es su canto de apareamiento.

Sí, Jonas y Craig se han pasado por aquí, pero ya no se les levanta.

¿Qué quieres decir? ¿Qué estáis haciendo?

Estamos supercachondas. ¿Quieres venirte?

Aquí está: por fin ha llegado el momento de perder la virginidad. Y tengo que hacerme un hombre antes de la universidad.

Solo hay un problema.

No puedo. Estoy castigado.

Te compensaremos.

¿Cómo?

Te haremos —y aquí suspira— una mamada.

¿Las dos juntas?

Si quieres. Si tú nos lo haces a nosotras, nosotras te lo haremos a ti.

Dios, me encantaría ir.

No me puedo creer que se estén ofreciendo para hacer un trío conmigo. Esto debe de ser la Super Bowl de las experiencias sexuales adolescentes. Solo que una noche no avisé a mamá de que tardaría en volver a casa y ahora estoy castigado sin salir durante dos meses. Me he pasado la mayor parte de mi vida adolescente castigado. El año pasado mi madre se enteró, no sé cómo, de que había ido a un concierto de rock al que no me dejaban ir, así que me encerraron durante seis meses.

Date prisa, Julia quiere echar un polvo contigo.

¿En serio?

Te desea, Neil.

Joder, y yo a ella. Pero creo que hoy no voy a poder.

Ni ningún día de las próximas siete semanas.

¿Por qué no?

Ya te lo he dicho. Estoy castigado.

Pues escápate.

No puedo. No tengo llaves de casa.

Eres un tostón.

Espera.

Vamos a llamar a Alex. Eh, ¿tienes el teléfono de Alex?

Cuando recuerdo esa llamada telefónica —la única vez que me hicieron una proposición en el instituto o en la universidad—, no entiendo por qué nunca me rebelé, por qué nunca salí sin darle más vueltas, por qué, ya incluso a esa edad, me conformé con ser encarcelado una y otra vez. El último año del instituto, el segundo semestre, cuando ya te han aceptado en la universidad, se supone que es el mejor momento de tu vida. Al menos para los adolescentes que no están desordenados.



29

Lorraine pega con celo en la pared varias hojas de papel de estraza y me pregunta por todos mis parientes, empezando por mi bisabuelo.

Mientras yo hablo, ella dibuja mi árbol genealógico, formando un diagrama con todo lo que sé acerca de cada familiar, desde su orden de nacimiento hasta las tragedias que ocurrieron en su vida, pasando por el equilibrio de poderes en su matrimonio. Esto se llama *genograma*. Está buscando patrones. Y encuentra unos cuantos.

—Llevo mucho tiempo haciendo esto y no había visto en mi vida madre más narcisista que esta —me dice cuando llegamos a mis padres y al relato de mis relaciones—. Ella te asfixiaba, por lo cual tú levantaste un muro con ella que has mantenido en su lugar por medio de la ira y escondiéndote a su espalda. Y ahora sigues usando ese muro para evitar que sea Ingrid la que te asfixie.

Todo lo que dice aterriza en mi cabeza como el cepillo de una escoba, despejando telarañas y destapando neuronas perdidas, como todos esos años de rabia y rencor por castigarme sin salir y por hacer que me perdiera mi única oportunidad sexual en el instituto.

—Solo hay una cosa a la que sigo dándole vueltas —le digo a Lorraine—. No entiendo por qué nunca me sublevé contra su rigidez, por qué no sencillamente me rebelé y me fui.

Examina mi genograma por un instante y entonces responde:

—Porque tu ejemplo era tu padre y él nunca se sublevó. Y su padre tampoco se sublevó contra su madre.

Los demás asienten convencidos mientras yo me pregunto si mi abuelo también tendría una vida sexual secreta. Probablemente.

—Y daos cuenta —prosigue— de que lo que te transmitieron no era un modelo de relación sana. No es de extrañar que tengas miedos en lo que concierne a Ingrid. No quieres acabar en una relación como la que tienen tus padres.

Cuando era pequeño, con frecuencia deseaba que mis padres tuvieran escarceos amorosos. Cuando mi madre y yo encontramos fotos de mi padre con una mujer que no reconocimos, me alegré de que, aparentemente, por fin hubiera hallado la pasión y la emoción fuera de su desolador matrimonio. No es extraño que la infidelidad me resultara tan natural. Me había dado permiso mucho antes de tener novia siquiera.

Lorraine dedica el resto de la mañana y buena parte de la tarde a trazar el genograma de cada uno de nosotros. Cuando termina, nos dice que antes de empezar con la silla vacía de mañana quiere enseñarnos algo acerca de la relación entre el adicto al amor y el evasor del amor o, como ella prefiere decir, el codependiente y el contradependiente.

—Si la idea que tenéis de la intimidad es «miro dentro de mí y lo comparto contigo», eso es la intimidad —empieza Lorraine.

Aquí he escuchado constantemente la palabra *intimidad*, y se pronuncia como si fuera el santo grial. Y todo lo que es divertido (desde el sexo hasta las drogas, desde la ambición a incluso vestir de forma atractiva, leer novelas o poseer ideas intelectuales) se supone que ha de ser eliminado, porque es una barrera que se interpone entre nosotros y ella.

—Los problemas de intimidad vienen dados por la falta de autoestima —continúa—. Alguien que teme a la intimidad piensa, inconscientemente: «Si supieras quién soy en realidad, me abandonarías».

—¡Yo siempre pienso eso! —dice Calvin levantando la mano para chocarla con alguien. Nadie le corresponde.

—Yo os clasificaría a todos como evasores de la intimidad —prosigue—. El evasor es muy bueno en la seducción, en el sentido de que tiene una extraña habilidad para descubrir cuáles son las necesidades de su pareja y proporcionárselas. Dado que normalmente proviene de una situación de desorden, obtiene su valía mediante el cuidado de personas muy necesitadas.

—Entonces, ¿los tíos son evasores y las mujeres, adictas al amor? —pregunta Calvin.

—No, he visto ambos casos. Lo que ocurre en cualquiera de los dos es que escogemos parejas que son de nuestra edad a nivel de madurez y desarrollo emocional, y cuyos problemas son complementarios a los nuestros. Tal vez vuestra esposa crea que os han enviado aquí porque estáis enfermos y ella es normal, pero nunca he trabajado con una pareja en la que un miembro lo tenga todo en su sitio y el otro esté hecho una pena. Ellas tienen tantos problemas como vosotros. Lo demuestra el hecho de que siguen a vuestro lado.

—¿Me harías el favor de ponerte al teléfono con mi mujer y repetirle eso? —pregunta Adam.

—A eso me refiero exactamente —responde Lorraine—. El que habla así es el niño desordenado que hay en ti. Deberías recuperarte por ti, no por ella. Y es algo típico de vuestro matrimonio en general. Porque cuando un evasor del amor y una adicta al amor inician una relación, se establece un patrón predecible: el evasor da y da, sacrificando sus propias necesidades, pero nunca es suficiente para la adicta al amor; de manera que el evasor se vuelve cada vez más resentido y busca una vía de escape fuera de la relación, pero al mismo tiempo se siente demasiado culpable como para dejar de cuidar a la persona necesitada de afecto.

—¿Con «vía de escape» te refieres a una aventura? —interrumpe Adam.

—Puede ser —dice Lorraine—. Pero también puede ser hacer ejercicio de forma obsesiva o el trabajo o las drogas o vivir al límite o cualquier forma de riesgo elevado. Además, lo va a compartimentar, porque el secretismo ayuda a darle más a esa intensidad. Entre tanto, a medida que las barreras del evasor van elevándose cada vez más, la adicta al amor utiliza la negación para aferrarse a la fantasía y empieza a asimilar una conducta inaceptable.

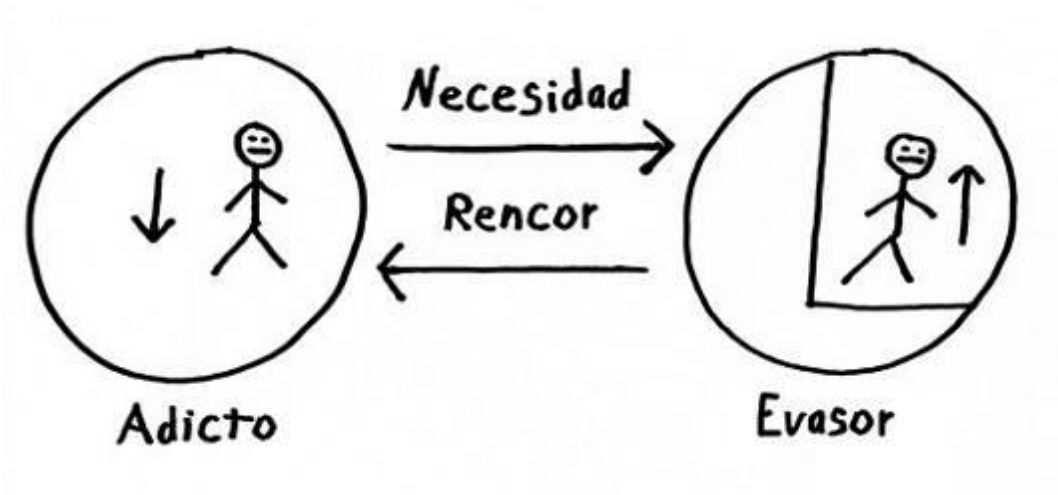
Mientras ella habla, me pongo a pensar en uno de los mitos más clásicos de nuestra civilización: *La odisea*. Ulises engaña a sus anchas durante su viaje de regreso a casa desde la guerra de Troya, incluso se queda siete años a vivir con una ninfa, sabedor de que su esposa, Penélope, lo está esperando. Al mismo tiempo, Penélope conserva su pureza durante veinte años a pesar de creerlo muerto. No obstante, Ulises es el héroe de la narración e incluso masacra a los 108 pretendientes de Penélope por osar cortejarla. Aquí diagnosticarían a Ulises como un evasor de amor —batallando y buscando aventuras y emociones fuertes— y a Penélope como adicta al amor, viviendo la vida como una fantasía. Esta relación es tan antigua como la vida misma.

—Pero la conducta del evasor acarrea consecuencias —continúa Lorraine—, y la principal de ellas es algo con lo que la mayoría de vosotros estáis familiarizados: os pillan. Y eso rompe en mil pedazos la fantasía de la adicta al amor, que sufre la mayor de las pesadillas: el abandono, que reproduce la herida original.

Una cosa que Ulises hizo bien fue no dejarse pillar. Eso es porque entonces no había *paparazzi*, redes sociales, teléfonos móviles ni internet. Era más fácil compartimentar.

—El dolor y el miedo son tan intensos para la adicta al amor que suele desarrollar a su vez una vida secreta propia. Si el evasor tiende a la euforia, la adicta acostumbra a instalarse en la abulia. Busca benzodiacepinas, alcohol, novelas románticas, irse de compras hasta desfallecer o cualquier cosa que deprima el sistema nervioso central. Si tiene una relación sexual o emprende una aventura emocional, no es por la intensidad, sino para anestesiar el sufrimiento y escapar de la angustia del dolor. Muy pronto, la relación deja de tener nada que ver con el amor para ninguno de los dos miembros de la pareja y pasa a ser una forma de escapar de la realidad.

Lorraine dibuja un diagrama de la relación malsana que nos ha descrito previamente:



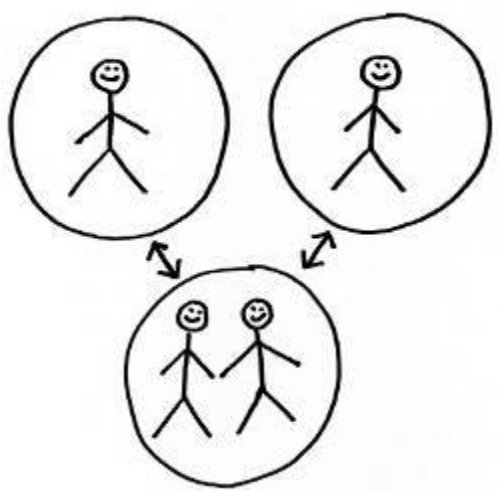
—¿Todo el mundo es lo uno o lo otro? —pregunta Calvin—. Yo me siento como los dos.

Es una buena pregunta: yo, con respecto al amor, siempre me he sentido más ambivalente que evasor, pero quizá la duda sea una forma de evasión, porque me

impide comprometerme con alguien al cien por cien.

—Algunas personas tienen elementos de ambos o desempeñan distintos papeles dependiendo del momento —responde Lorraine.

Entonces dibuja un esquema de una relación sana.



—Se da una relación sana cuando dos adultos individualizados deciden tener una relación y eso se convierte en una tercera entidad. Nutren la relación y la relación los nutre a ellos. Pero no son manifiestamente dependientes ni independientes. Son interdependientes, que quiere decir que cuidan de la mayoría de sus necesidades y deseos propios, pero cuando no lo logran, no temen pedir ayuda a su pareja —guarda silencio para dejar que asimilemos lo dicho, y concluye—: Únicamente podemos tratar de establecer una relación genuina con alguien cuando el amor que sentimos por esa persona es mayor que nuestra necesidad de ella.

—¿Puedo hacer una pregunta? —suelto de pronto.

No sé por qué, pero siempre que alguien empieza a decirme lo que está bien y lo que está mal o a hacer que la vida suene tan blanca o tan negra, me incómodo. Mis colegas, los demonios rojos, se miran entre ellos. Ya saben adónde suele conducir esto. Me acerco a la pizarra al tiempo que Calvin se frota las manos tan contento.

En su modelo de relación malsana, borro las flechas y las palabras «necesidad» y «rencor». Luego borro a la otra persona, hasta que lo único que queda es una persona en un recuadro con una flecha de euforia:



—Si eliminamos a la mitad de la relación disfuncional, la disfunción desaparece —explico—. Lo que queda es un tío soltero disfrutando de la vida y sus placeres. ¿Por qué la opción de dos personas involucradas en una relación de cuidado recíproco es necesariamente mejor que esta opción?

—Si no excede tu sistema de valores y no se derivan consecuencias negativas, entonces date el gustazo —responde Lorraine—. Pero yo te preguntaría por qué eliges la intensidad por encima de la intimidad.

—Porque la intensidad es más divertida.

Esta vez le choco los cinco a Charles de regreso a mi asiento. No se me está dando muy bien tomarme más en serio la recuperación, pero en su representación de una relación, todas las experiencias álgidas de la vida han de ser sacrificadas en aras de la intimidad. Y no parece esa una meta a la que merezca la pena aspirar.

—Me apuesto lo que sea a que después del pico de euforia viene un bajón y no te sientes tan estupendamente, y que necesitas ese otro chute añadido de intensidad —responde Lorraine tranquilamente—. Con lo que, al final, puedes vivir la vida como si fueras un hámster en una rueda en busca de ese siguiente chute que te permita seguir girando. O puedes advertir que, en definitiva, eso no es más que una maniobra de distracción para esquivar la dura realidad de que no estás conectado contigo mismo.

El alborozo que reina en la sala se desinfla. Golpea fuerte y con tino. A diferencia de Joan, Lorraine no parece buscar el triunfo, sino que quiere ayudar, y su postura no solo es menos dogmática, sino que tiene sentido.

—Existe una parte inconsciente de nosotros que estamos deseosos de defender —continúa—, y ha resultado útil y nos ha ayudado a sobrevivir a todas las

experiencias difíciles por las que hemos pasado con mamá y papá o con el cura o con el entrenador. Pero ya no nos interesa que siga al volante de nuestro coche.

Me mira, y mira a Troy y a Adam y a Calvin, y entonces concluye:

—No merece la pena vivir si es para vivir la vida de otra persona.



30

Hoy me he visto a mí mismo. Quizá por primera vez en mi vida.

Al día siguiente a la charla de Lorraine, entramos a la sala de tratamiento y nos encontramos seis sillas perfectamente dispuestas. Dos de ellas están cerca de una pared. La primera es para Lorraine; la segunda, para su primera víctima, que pronto descubriré que soy yo. Hay una tercera silla vacía frente a la mía, al otro lado de la estancia. Los asientos destinados al resto de mis libidinosos hermanos están alineados contra la pared del lado izquierdo, como queriendo mantenerse fuera del alcance de las llamas.

Cada silla tiene al lado un paquete de clínex.

—Os vais a imaginar que lleváis puesto un traje seco —les dice Lorraine a los demás—. Y ya podéis abrochároslo hasta arriba, porque la cosa se va a poner muy sensible y no quiero que ninguno de vosotros se vea afectado.

Cojo fuerzas para la que se avecina y ella me dice:

—Antes de empezar con esto debes saber que hay hombres casados que no solo son fieles, sino que ni siquiera piensan en engañar a su mujer.

Antes de que el adolescente adaptado que hay en mí pueda responder con algún comentario cínico del tipo «y también hay hombres que nacen con once dedos en los pies», me ordena que cierre los ojos y deje la mente en blanco.

—Presta atención a la sensación de tener los pies en el suelo y al ritmo suave de tu respiración —dice bajando el tono y suavizando la voz—. Observa cómo te vas relajando con cada exhalación.

Sé lo que está haciendo: me está induciendo un trance. Y confío en ella, así que procuro relajarme y dejarme llevar. Me pide que me imagine a mi yo de ocho años sentado a mi lado, contemplando el desarrollo de los acontecimientos que van a suceder. Mientras intento visualizar a ese niño escuálido y torpe de gafas baratas, me acuerdo de cuando Joan dijo que fantasear es un mecanismo de defensa contra la intimidad. Así que me pregunto qué opinión tendrá acerca de todo esto.

Mierda, para que la cosa funcione tengo que dejar de pensar de forma crítica.

Concéntrate en la respiración, regresa al momento.

Eso.

—Quiero que te imagines que tu padre está fuera, en la puerta. Dale el aspecto que tenía cuando eras pequeño.

Pienso en una imagen de mi padre: está calvo, viste una camisa de un azul descolorido, con sus iniciales, metida por dentro del pantalón. Su rostro es amable, pero la mirada es distante, como si no estuviera allí del todo. En breve lo veo tal y como era cuando yo tenía ocho años.

—Llámalo para que entre en la sala y pídele que se siente en la silla que hay frente a ti.

Hago lo que me dice y trato de imaginarme a mi padre entrando en la habitación. Es sobrecogedor lo fácil que resulta sentir que lo estoy viendo. La imaginación es poderosa. Desde luego, tengo buena práctica con ella, aunque habitualmente me remite a un trío que me perdí en su día.

—¿Qué hace? —me pregunta.

—Está ahí sentado, un poco a lo suyo.

—Me gustaría que hablaras con él. Repite lo que yo diga: hoy te he llamado para responsabilizarte de la forma en que me educaste.

Pronuncia las palabras en voz alta y enérgica, como si ella fuera el progenitor

y mi padre, el hijo, como si ella fuera la jueza y él, el acusado. Intento imitar su tono, repetir sus palabras, sin sonar demasiado ridículo delante de mis compañeros adictos con su traje seco imaginario puesto.

—No se trata de ti, papá —dice—, se trata de mí.

Lo repito.

—Se trata de tu conducta, no de ti como persona.

Lo repito y ella me incita.

—¡Más fuerte! Levanta la voz y recrimínaselo.

Retoma el tono acusatorio.

—Nunca estuviste disponible para mí, papá. Cuando mamá me castigaba, tú elegías guardar silencio, aunque sabías que sus castigos eran arbitrarios e injustos.

Intento apropiarme de cada frase, sentirla en lo más hondo de mí, soltarla de la forma más explosiva. Y sigue:

—Nunca me protegiste.

»Me abandonaste.

»No voy a seguir actuando por ti, papá.

»No voy a seguir medicándome con la seducción de mujeres.

Le lanzo a mi padre las palabras con ímpetu, pero al mismo tiempo hay una voz en mi cabeza que dice: «Espera un momento. ¡He trabajado muy duro para aprender a seducir a las mujeres!».

Ella insiste:

—No voy a seguir medicándome con sexo barato en los servicios de cualquier discoteca.

Yo lo repito, pero en mi mente la voz gana fuerza: «Oye, eso forma parte de mis experiencias más preciadas. ¿Qué me está inculcando esta mientras estoy en

trance?». Entonces, otra voz me recuerda: «Déjate llevar. Para eso estás aquí». Tantas voces. Joan ya puede añadir trastorno de personalidad múltiple a mi historial.

Y la tríada sigue adelante:

—Estoy enfadado.

»Grítalo, ¡estoy enfadado!

Lo intento, pero no le basta. Me pone a chillar una y otra vez hasta que verdaderamente me invade la ira y la arrojo contra él.

—¡Dile a tu padre qué sentías cuando te castigaba!

Hago lo que me dice:

—La única vez que me castigaste fue cuando me diste un azote porque hice que llegaras tarde para ver un programa de televisión. No era más que un crío y me lo estaba pasando tan bien de camino a casa… No me castigaste para hacerme mejor persona. Confirmaste todo lo que mamá decía sobre tu egoísmo.

»¡Estuvo mal, papá! —me hace repetir; se me inundan los ojos de lágrimas, están cargados de la tristeza que nunca me permití mostrar entonces; está consiguiendo llegar hasta mí—. ¡Eres un sinvergüenza! ¡Y te voy a devolver la vergüenza!

Mientras le reprocho no haber sido un padre para mí, desaparecer, no interceder jamás para protegerme de mi madre, oigo sollozar a Calvin de fondo. Obviamente, no se ha abrochado el traje seco lo suficientemente bien. En cuanto a mí, no llevo traje seco. Estoy en el momento, aullándole a mi padre, drenando toda la soledad y la tristeza de mi infancia. Es como si me estuviera liberando de una pesada carga.

—Tenías una vida secreta, papá —le estoy diciendo ahora—. Nos ocultaste a todos tus secretos y eso no es justo. Salías los jueves y nadie sabía dónde estabas ni qué hacías. Intercambiabas fotos con unos tipos que compartían tu obsesión. La metiste en el armario y para ti era más importante que cualquiera de nosotros.

—Libérate —me anima—. Dile lo vergonzoso que fue enseñarte a mentir y a escabullirte y a esconder cosas.

La siguiente palabra se me atasca en la garganta. Lo único que aflora es un repentino llanto incontrolable. No recuerdo cuándo fue la última vez que lloré tanto.

—¿Qué ha pasado? —pregunta.

—Me he dado cuenta de por qué tiene esa obsesión —digo acompañando cada palabra con un hipido—. Es porque es así como se siente por dentro, como un tullido. Está mutilado emocionalmente.

Y en ese momento me derrumbo definitivamente.

Cuando me recupero, Lorraine me dice que le devuelva sus problemas, su conducta, sus emociones para que yo pueda reducir mi núcleo de la vergüenza. Me pregunta cómo está recibiendo todo esto, y cuando le respondo que se lo ha tomado lo mejor que puede, me dice que le pida que salga de la sala.

—Ahora quiero que te imagines que tu madre está fuera, en la puerta —dice.

Una oleada de ansiedad me recorre el pecho y se extiende hasta el último nervio de mi cuerpo como un enjambre de insectos. Este es el momento que me estaba temiendo.



31

Me cuesta mucho más imaginarme a mi madre ahí fuera, porque no hace tantos días ella se negó a venir. Por eso sé que nunca entraría en una sala llena de desconocidos para airear sus problemas personales.

—Pues ordénale que entre —me manda Lorraine—. Dile que no tiene alternativa.

Hago lo que me dice y por fin veo a mi madre entrar cojeando.

—¿Qué hace?

—Se está sentando y tiene cara de alegría, parece contenta, pero solo es una máscara.

—¿Podemos ver lo que hay detrás?

—Es muy convincente.

—Veremos si aguanta. Dile que ella te contó cosas que no se deberían contar a un niño.

Hago lo que me pide, pero no sé por qué no suena muy firme.

—Me convertiste en un sustituto de tu cónyuge —me indica.

Repito sus palabras y procuro imitar el tono, pero suena hueco.

—Me desordenaste, mamá.

No consigo hallar la fuerza interior ni la convicción para gritarle acerca de todo esto. Además, ella no sabe a qué se refiere ese «desorden». Ni siquiera yo lo sabía hasta hace una semana.

—Cometiste incesto emocional.

Por ahí ya no paso.

—No puedo decir «incesto». ¿Puedo decir «abuso emocional»?

—De acuerdo. Pero ¿hay algún otro problema?

—Sí. Mientras digo todas estas cosas, estoy oyendo su voz en mi cabeza diciéndome: «Te eduqué lo mejor que supe. Y hablaba contigo porque no tenía a nadie más a quién acudir».

—¿Todo eso es cierto? —pregunta Lorraine.

—Para ella, sí.

—¿Y para ti?

—No.

—Entonces explícale cómo es criarse a su lado. Si te resulta más fácil, limítate a enumerar las cosas que hizo.

Cojo aire y me preparo. Desde que presenté el cronograma, el hilo que mantenía en su sitio los primeros dieciocho años de mi vida se ha partido en dos y las hebras se han quedado sueltas en mi memoria, intentando recomponerse alrededor de la nueva narrativa que Joan y Lorraine ven con tanta claridad. Así que lo suelto todo sin más preámbulo.

Parece como si la estancia y el mundo se paralizaran en el momento en que empiezo a vomitar cada recuerdo de haber estado hipercontrolado, desbordado y sobreexpuesto. Los castigos constantes sin salir de casa. Las advertencias de que todo el mundo me haría sufrir. Las críticas a todos mis amigos y a mis novias. El menosprecio hacia mi padre como marido y amante. Las prohibiciones a mis primeras citas. El rechazo a que tuviera llaves de casa. La insistencia para que fuera a su dormitorio al volver a casa por las noches a informarle de todo lo que había hecho. El distanciamiento en el momento en que decidí irme a vivir con una novia. La petición expresa de no llevarme a ninguna novia cuando iba de visita a casa. La negativa a permitirme quedarme a dormir en casa cuando lo hacía. Los comentarios acerca de que prefería vivir para ver mi siguiente libro que para ver a un nieto. Las constantes reprimendas respecto a que no cuido las cosas y que lo pierdo todo y que no se puede confiar en mí, y suma y sigue hasta el puto infinito.

Hago una pausa.

—Hay más, pero por ahora creo que vale.

—Dile lo que piensas de todo eso —insiste Lorraine.

El relato está inquietantemente claro.

—Al principio no quise creer a los consejeros de aquí, mamá, porque es todo tan raro. Pero has querido que yo sea para ti sola. Y como físicamente ya no puedes, ahora sigues haciéndolo emocionalmente. ¿Por qué?

—¿Quieres saber por qué? —pregunta Lorraine.

—Por favor.

—Quiere tener una relación monógama contigo. De manera que, cuando tienes una relación con otra, le estás siendo infiel a ella. Y si no recuperas tu vida emocional, estarás metido en una relación con tu madre hasta el día en que te mueras.

Me pone a gritarle:

—Debería darte vergüenza, mamá, espantar a las mujeres para poder tenerme para ti sola.

A pesar de todo lo que he aprendido, aún me siento culpable por hacerle daño a mi madre de esta manera y por hacer estallar su burbuja. Pero Lorraine sigue animándome a desmantelar mi resistencia a base de volumen, hasta que me pongo a gritar a voz en cuello:

—¡Es tu dolor lo que he estado arrastrando, mamá! Te devuelvo tu dolor.

Mi voz inunda la sala hasta que parece como si no hubiera espacio para el aire.

—Estoy muy enfadado. ¡Y tengo derecho a estar enfadado!

—Dile qué sentiste cuando te dijo que no hicieras a nadie tan desdichado como tu padre la había hecho a ella.

—Me jodió muchísimo, mamá. Me hizo evitar las relaciones y me hizo temer al futuro. Me dio miedo hacer infeliz a alguien a quien amara, ser perjudicial para ella, que acabáramos odiándonos mutuamente como papá y tú.

Y sin venir a cuento me derrumbo hecho un mar de lágrimas. Mierda.

—¿Qué sientes? —pregunta Lorraine.

—No he conectado con Ingrid —las lágrimas arrecian; no puedo creer que esté berreando de esta manera, otra vez—. Cada vez que nos acostamos me pongo a pensar en otra mujer, cualquiera, con la que no me haya acostado. No la dejo entrar.

Ahora estoy desplomado en la silla. Oigo llorar a Calvin y a los demás. Siento el apoyo y el aliento de los seis maníacos que hay en la sala.

—No es justo para ella.

—¿Sabes a qué se debe?

—No.

—A que tu madre te ha enseñado a temer a las mujeres. Así que evitas la intimidad por la vía de no estar presente y conectado cuando estás con Ingrid.

Antes de que pueda asimilar ese concepto, me pone a gritar:

—No voy a permitir que sigas alejándome de las mujeres mediante el miedo, mamá. Voy a amar a quien yo quiera, y tú ya puedes ir buscándote a otro que te haga de confidente.

Es descabellado, pero verdaderamente tengo la sensación de que mi madre está ahí sentada y que le estoy diciendo estas cosas. Me corren las lágrimas por la cara. Hasta este momento había mantenido una reserva de escepticismo frente al concepto de incesto emocional. Pero ahora no me cabe duda. Noto toda su certeza en cada célula de mi cuerpo.

—¡Nunca más le tendré miedo a la intimidad por ti, mamá!

Y cuando parece que ya está todo fuera, que dentro ya no quedan más lágrimas ni mocos, Lorraine me pregunta si tengo algo más que decirle a mi madre.

—Sí —respiro profundamente y suelto lo último—: No pienso seguir guardando tus secretos, mamá.

Y a la mierda si vuelvo a desmoronarme otra vez.

Lorraine me pregunta qué sensaciones tengo. Se lo explico:

—Me doy cuenta de que ella se siente por fuera igual que mi padre se siente por dentro: como si estuviera deformada.

Y entonces sufro un colapso dentro del colapso. No comparto esta siguiente epifanía, pero reconozco que están hechos el uno para el otro: dos minusválidos unidos en el trauma, que se encuentran cómodos tras los muros de su secretismo y que sufren en silencio, que temen a la intimidad todavía más que yo y que viven mortalmente atemorizados de que alguien pueda llegar a descubrir quiénes son.

Resulta que la oveja negra no era yo. La negrura provenía de ellos. Así es

como se sienten por dentro, bajo la máscara. Pensaba que las lágrimas se habían secado y acabado, pero vuelven a la carga. En cambio, esta vez vienen acompañadas de una sensación de ligereza y de libertad en el pecho. No recuerdo la última vez que vi la verdad. Esto es más catártico que cualquier experiencia lisérgica que haya tenido nunca. Toda la angustia y el miedo y la culpa se han desprendido como si fueran capas de ropa que no sabía que llevaba puesta. Todo el tiempo había creído que eran parte de mi piel, pero resulta que eran prendas de segunda mano de otra persona.

Entonces era esto lo que querían decir con «falso yo».

Antes pensaba que la inteligencia procedía de los libros y del conocimiento y el pensamiento racional. Pero eso no es inteligencia: eso es solo información e interpretación. La inteligencia verdadera se da cuando la mente y el corazón se conectan. Entonces es cuando ves la verdad de una forma tan nítida e inequívoca que no tienes ni que pensar en ella. De hecho, lo único que consigues pensando es alejarte de tu verdad, y no tardarás en volver a meterte en tu cabeza, tanteando a oscuras con una linterna una vez más.

—¿Cómo se encuentra tu madre ahora mismo? —pregunta Lorraine.

—Lo ha entendido. Sus muros se están desplomando y advierte que en realidad no fue una buena madre.

Sea como sea, me siento liberado por la idea de que se me ha escuchado y comprendido. Para el cerebro, la diferencia entre realidad e imaginación puede ser menor. Al fin y al cabo, la información viaja a través de circuitos neuronales similares. Así que supongo que importa poco que en realidad ella no haya oído nada de nada y que nunca lo vaya a entender. Mi cerebro considera que sí lo ha hecho y con eso me conformo.

Lorraine me indica que mande a mi madre salir de la sala; después me hace decirle a mi yo de ocho años, que ha estado todo el rato sentado a mi lado observándolo todo, que he despedido a sus padres, y que a partir de ahora yo voy a cuidar de él. Me guía por una visualización en la que me imagino encogiéndolo hasta que cabe en la palma de mi mano y me lo coloco en el corazón.

—Ahora que te has convertido en el padre de tu niño interior, vas a protegerlo y a cuidar de él, y lo vas a dejar jugar con la niña interior de Ingrid —me ordena Lorraine; me concede unos instantes para que me imagine todo esto y luego, con

mucha delicadeza, agrega—: Cuando estés preparado, puedes abrir los ojos.

Hay una cosa que llevo toda la vida anhelando, en el sexo, en la escritura, en el surf, en la fiesta, en cualquier cosa y en todas a la vez. Y es ser libre. Es la única sensación que no tuve de niño.

Cuando abro los ojos, me siento libre como no me había sentido nunca. Veo a los chicos sentados contra la pared, con los destellos de las lágrimas en las mejillas, y soy consciente de que me han acompañado en este viaje. Entonces veo a Lorraine sonriéndome como un ángel. Y le digo:

—Estás haciendo la obra de Dios.

Las palabras escapan de mi boca antes de tener ocasión de pararme a pensarlas. Nunca había empleado la palabra *Dios* en un contexto espiritual. A decir verdad, la semana anterior había mantenido un debate de una hora con un consejero espiritual durante el cual intenté disuadirlo de la idea de que existe un poder superior que vela por el destino de todo individuo.

Una vez quise escribir una novela llamada *El libro de la negatividad*. Quería que tratase sobre cómo es la vida en realidad, la cruda verdad. Pero en este momento estoy tan lleno de luz, de esperanza y de positividad que sería incapaz de escribir ni una sola palabra. Ya ni siquiera puedo conectar con esa idea. Necesito aferrarme al cordón dorado que ahora mismo conecta mi cerebro con mi corazón e ilumina el camino hacia mi auténtico ser; o, como dijo la cantante y poeta Patti Smith, hacia el «el ser humano limpio que fui de niño».

—Es como si estuvieras flotando en el aire —me dice Calvin.

Técnicamente, este proceso se llama *terapia de posinducción*. Otros la llaman *integración de los estados del ego*. Joan lo llama *trabajo de reducción de los sentimientos*. Y Lorraine lo llama *un empírico*. Pero son todos eufemismos para lo que es en verdad: un exorcismo. Un exorcismo de los demonios de la infancia.

—Has permitido que el adolescente castigado te controle la vida —dice Lorraine mientras me levanto con paso vacilante—. Y quiere compensarte por perderse la adolescencia haciendo todas las cosas y acostándose con todas las mujeres a las que no tuvo acceso entonces. Pero ahora ha llegado la hora de ser adulto.

Me pasa una caja de clínex.

—Te agotarás si no vives tu auténtica vida.

Me disculpo y salgo de la sala en busca de aire fresco. Estando fuera, sintiendo el sol, el viento y el olor de los árboles a través de unos sentidos reabiertos, pienso que no veo el momento de conectar con Ingrid. Mirarla a los ojos y dejar que ella mire dentro de los míos —hasta el fondo—, y no tener miedo de lo que pueda encontrar allí.

FASE I

Evasor del amor:

Inicia o regresa obligado a una relación conectando

tras el muro de la seducción.

Adicto al amor:

Inicia o regresa a una relación para acabar con el dolor

causado por el abandono conectando

en una nube de fantasía.



1

El problema del tiempo es que no vuelve atrás.

Toda palabra, todo paso, toda acción es irreversible. Si nos situamos delante de un coche en movimiento, si firmamos un contrato que no hemos leído, si traicionamos a la persona a la que amamos, lo mejor que podemos hacer es procurar limpiar el estropicio. Pero, por mucho que frotemos, la mancha que queda en la realidad nunca saldrá. Nunca podrás evitar haber leído la palabra que acabas de leer.

Así que aquí estoy, otra vez en el aeropuerto en el que estuve hace quince

días, dirigiéndome hacia el avión que me llevará de vuelta con Ingrid, viendo las cosas a la luz de una realidad que ha dejado de ser la que era.

En lugar de ver pasar apresuradamente a individuos anónimos, veo distintos productos arquetípicos de una mala paternidad. Ese viejo sumiso de mirada hueca probablemente sufrió las palizas que le daba su padre hasta caer inconsciente; puede que el tipo obeso de aspecto triste, el que lleva una camiseta una talla más pequeña de lo debido, se haya criado con una madre que solo expresaba su amor a través de la comida que le preparaba; se podría pensar que aquel estirado hombre de negocios fue educado por unos padres estrictos que nunca le permitieron ser imperfecto. De pronto me da la sensación de que en el mundo hay muy pocos adultos, que solo hay niños que sufren y adolescentes que compensan en exceso.

Al ver una tentadora melena rubia o morena, procuro no volver la cabeza para «pornificar» a ese ser humano o para verlo como «una colección de piezas corporales».

Si he de creer lo que dice el informe de alta hospitalaria que llevo en la maleta, soy un hombre muy enfermo.

Según afirma mi evaluación psiquiátrica, sufro un trastorno sexual de eje I, síndrome de ansiedad generalizado y trastorno depresivo, además de «problemas con grupo de apoyo primario» y «problemas relacionados con el entorno social». Como golpe de gracia, tengo un índice de cincuenta sobre cien en el eje V, una nota reservada para pirados que, o bien tienen tendencias suicidas, o bien su funcionalidad está tan perjudicada que son incapaces de establecer amistades a un nivel elemental. A este diagnóstico le sigue un listado de tres páginas de fármacos y tratamientos que supuestamente me fueron administrados durante la rehabilitación, incluyendo un enema, ninguno de los cuales tomé y ni reclamé siquiera.

Me paro a pensar un momento si no tendría razón mi madre. Estas opiniones médicas, la mayoría de las cuales se ha inventado alguien que evidentemente tendrá sus propios problemas psicológicos, se reflejan ahora de por vida en mi historial, de donde pueden volver en cualquier momento para atormentarme. Empiezo a imaginarme inmerso en un futuro proceso de divorcio y a un abogado mostrándole al juez esta evaluación como prueba de que no deberían otorgarme la custodia de mis hijos.

He dejado la rehabilitación en contra del criterio médico. No había razón para quedarme. Después de la dinámica de la silla vacía con Lorraine, volvimos con Joan

para la semana familiar. Comoquiera que mis padres no iban a venir y Joan dijo que no era necesario que Ingrid viniera otra vez, e incluso Charles admitió que la última semana consistía básicamente en que los administradores intentaban vendernos el programa de seguimiento del hospital, no me pareció que tuviera mucho sentido gastarme el dinero en quedarme unos días más. Los otros chicos que no tenían familia que salvar —Calvin y Paul— también dijeron que tenían pensado largarse pronto.

Antes de irme me dejé caer por el despacho de Lorraine para que me diera sus datos de contacto, por si necesitaba localizarla en caso de emergencia. Estuvo una hora dándome buenos consejos respecto a cómo retomar mi relación, explicándome, lo más importante, que para comprometerme con Ingrid de forma emocionalmente libre debo restringir el contacto con mi madre.

—Limítate a las noticias, los deportes, el tiempo —me aconsejó con una sonrisa.

Luego me despedí de Joan, que al cerrar mi carpeta se limitó a espetarme un desdeñoso «buena suerte».

Al embarcar en el avión, estoy ansioso por aplicar todo lo que he aprendido sobre mí mismo para curar mi relación con Ingrid y volver a ganarme su confianza. Sin embargo, mientras me estoy abrochando el cinturón, veo miembros de cuerpos: un par de piernas morenas, largas y tonificadas, coronadas por unos pantalones vaqueros cortos y ajustados. Alzo la mirada para divisar un jersey ancho y deshilachado de color gris que, a pesar de su amplitud, permite adivinar la silueta de lo que no pueden ser sino unos grandes pechos. El miembro del cuerpo que queda por encima de ellos tiene un pelo castaño suelto y un rostro bronceado muy poco maquillado. El efecto de la suma de todos esos miembros es de una sexualidad tan natural que ni un traje de payaso podría disimularla.

Trato de situarme otra vez en la silla con Lorraine y visualizo a mi niño interior jugando con Ingrid. Pero es demasiado tarde. Hay demasiada realidad ahí fuera: luces, colores, pantallas, señales, rostros, envoltorios de comida rápida, pantalones de yoga. Mi cerebro trabaja muy duro solo para seguir el ritmo, no tiene tiempo de pararse a pensar en las consecuencias. Y ahora esta mujer lo tiene atrapado. Ya me estoy imaginando cómo me lo monto con ella, cómo le meto la mano debajo del jersey. Esto es violencia sexual encubierta. Necesito frenarme.

Así que pienso: manzana rojo vivo, huerto equivocado. Y aparto la mirada.

Maldito seas, Charles, la verdad es que era un consejo de lo más decente.

Reconozco otro efecto secundario de la rehabilitación: las mujeres al azar ya no me atraen ni me ponen caliente; en cambio, lo que sí hacen es provocarme. Es lo mismo, pero sentirse atraído es un impulso natural en el ser humano; sentirse provocado es una forma insana de inmersión en el ciclo adictivo, en la conducta compulsiva, en las tablas y diagramas que cuelgan en las paredes del despacho de Joan.

Puede que este sea el primer paso que doy en la espiral descendente. Y no llevo fuera ni tres horas.



2

En la zona de recogida de equipaje del Aeropuerto Internacional de Los Ángeles la veo. Lleva un conjunto que en la clínica le habrían vetado: camiseta de tirantes sin sujetador y vaqueros ajustados, con una onda de pelo rubio cayéndole por el lado izquierdo de la cara. Al principio da un paso atrás, quizá por timidez, quizá por miedo. Luego la cara se le llena de júbilo, como si se hubiera encendido un foco justo encima de ella, y viene corriendo hacia mí.

—Estoy lista para empezar algo nuevo contigo —susurra.

El calor de su aliento me llena la oreja acompañado de la esperanza implícita de que ya me hayan curado.

—Yo también —respondo.

Y espero, por el bien de los dos, haber cambiado.

Vamos en coche por la carretera de la costa del Pacífico escuchando música de baile electrónica e inventándonos letras para los temas instrumentales. El sol se refleja de forma caleidoscópica en el océano, que se extiende a la izquierda sin fin,

con la silueta de la isla Santa Catalina apenas visible en la lejanía, como la promesa de algo nuevo y transitorio.

Nuestro destino: la casita de dos habitaciones donde vivíamos en Malibú. El día en que descubrió que la engañaba, Ingrid llamó a dos amigos para que la ayudaran a trasladarse y desde entonces vive con ellos. Antes de irse, sus amigos cogieron un rotulador negro permanente y pintarrajearon no solo los libros que yo había publicado, sino muestras de pruebas de cubiertas de otros que ni siquiera habían salido aún.



—Te he traído una cosa especial —me dice Ingrid mostrándome toda la dentadura con una amplia sonrisa cuando estamos entrando; saca del monedero una llavecita de latón—. Todo el mundo merece una segunda oportunidad.

—¿Qué es esto?

—Tu madre no quiso darte las llaves de casa cuando estabas en rehabilitación, así que yo te voy a dar mi llave.

—¿De qué?

—De mi archivador del trabajo.

—¿Por qué no la de tu casa?

—Tengo que dejarla dentro de poco porque vence el contrato de alquiler de mis amigos.

Coge una cadenita metálica, la pasa por el agujero de la llave y me la abrocha

delicadamente al cuello como si fuera un sortilegio para curar las heridas de mi niñez. Nunca nadie con quien haya salido ha hecho algo que signifique tanto para mí.

—Esta llave —le digo— servirá como recordatorio de que se puede confiar en mí y de que puedo decir la verdad.

Esa noche en la cama, con Ingrid entre los brazos y acariciándole la piel, intento dejarme llevar del todo, respirar y quedarme en el momento, ser abierto y vulnerable.

—¿Podemos? —pregunta.

—No lo sé. Tú dirás.

—No quiero que incumplas el contrato.

—Bueno, tampoco vamos a estar otras diez semanas sin hacerlo, ¿no?

—Puedo intentar esperar.

En este momento estamos desnudos y nuestros cuerpos no nos escuchan. Cuando entro dentro de ella, una oleada de sustancias químicas me inunda el cerebro y me baña el cuerpo. La sensación de consuelo y de revitalización es tal que es como si estuviera colocado, un alcohólico tomándose el primer trago después de desintoxicarse. Aunque, a diferencia de antes, me resulta más fácil quedarme con Ingrid, permanecer conectado y mirarla a los ojos y a todo su ser: hacer el amor, no echar un simple polvo.

Hace mucho tiempo que no sentía a Ingrid de un modo tan poderoso, así que mi amor es efímero. En cuanto me vacío, mi cuerpo se disuelve en una euforia ingrávida. No estoy seguro de si el sexo es una adicción o si lo que pasa es que es alucinante. Después, cuando nos duchamos juntos, Ingrid empieza a hacérselo conmigo. Se roza el clítoris contra mí, algo que, en palabras de Joan, entraría en la categoría de «masturbarse usando mi cuerpo». Pero no la tengo lo bastante dura como para volver a hacerlo.

—Todavía no me he corrido —dice haciendo un puchero, intentando metérsela.

Es de justicia que también ella se quede satisfecha. Por eso miro su cuerpo y

trato de «pornificarla». Al ver que no funciona y que Ingrid se empieza a agobiar, decido recurrir a medidas más extremas: me pongo a pensar en la mujer del avión.

Lo hago por Ingrid, me digo a mí mismo. Y me imagino a Pantaloncitos sentada a mi lado en al avión, disponiendo una manta por encima de nosotros para que ella pueda guiar mis manos hacia sus suaves piernas bronceadas, mientras me susurra que nos vemos en los baños. Está empezando a funcionar. Me imagino caminando hacia el servicio y la veo esperándome, sentada en el retrete, con el jersey quitado y el botón del pantalón desabrochado, la cremallera bajada lo justo para que se le vean las bragas. Desliza una mano por debajo de la goma y empieza a tocarse sin apartar la mirada de mis ojos… y, Dios, ahora sí que está dura, ahora sí que me puedo follar a Ingrid. Lo hago por ella. Por ella.



3

Por la mañana recupero el teléfono móvil, lo saco de su lugar de descanso, en el cajón de los calcetines. Inserto la batería, espero a que resucite y tecleo el número secreto. Por la pantalla desfilan multitud de mensajes de texto y de correo electrónico. Una empresaria de origen asiático, con la que mi amiga Melanie quiso enredarme una vez, me escribe porque quiere que quedemos por Skype para «distraerme». Una chica australiana con la que me enrollé en una gira de promoción de un libro dice que quiere poner fin a seis meses de celibato conmigo. Una estrella del porno con la que tuve una experiencia sexual horrible en un cuarto de baño dice que me echa de menos. Una amiga de las redes sociales, de Francia, a la que nunca he conocido en persona, me pregunta cuándo volveré a ir a París, y adjunta una foto suya, desnuda, en un jardín. Y todo así: mujeres enviándome señales de sonar, esperando una respuesta para saber en qué posición se encuentran.

Mujeres con las que te has acostado; mujeres con las que no te has acostado, pero se preparan para un futuro encuentro; las que parecían tener un cierto interés, pero de pronto dejaron de enviar mensajes: a no ser que hagas algo verdaderamente espantoso, nunca llegan a desaparecer del todo. Una noche solitaria, un novio infiel,

una crisis repentina, un ataque de baja autoestima, un ataque de elevada autoestima; cualquier cosa, sin venir a cuento, y se lanzan a repasar la agenda de contactos en busca de validación, seguridad, conversación, adoración o la fantasía de que estás rellenando un hueco en su vida.

Para exacerbar el problema, movido por un capricho, incluí mi dirección de correo electrónico en uno de mis últimos libros, más que nada porque pensé que nadie lo leería. De manera que a mi bandeja de entrada llega una nueva tentación casi a diario. Hoy, la que me hace parar en seco es de una mujer que se llama Raidne, que dice que le encantaría conocerme. Por desgracia para mi sobriedad, ha adjuntado una foto. La mejor descripción étnica que puede dársele es Las Vegas: un producto artificial que consigue que hasta la última célula del cerebro visual masculino palpite de deseo. Una mezcla de quién sabe qué nacionalidades, tratamientos de belleza y cirugías, cuyo resultado es un bronceado perpetuo y unos pechos falsos que captan la luz como si fueran adornos navideños metálicos.

Miro la llave de Ingrid. Y la llave me mira a mí.

Dicen que un hombre es fiel en función de las opciones que tenga, y en este momento sé que es cierto. Así que apago el teléfono. Es demasiado. Ni siquiera Jesús tuvo más de tres tentaciones.

FASE II

Evasor del amor:

Siente presión por las necesidades afectivas de pareja y pasa del muro de la seducción al muro del rencor.

Adicto al amor:

Desatiende los muros de pareja y la necesidad de la pareja de tener vida más allá de la relación.



4

Las mascotas son la droga evasiva de la que te provees cuando lo que quieres es tener un hijo. Por norma general, cuando una mujer de más de veinticinco años se compra un perro, eso significa que está preparada para formar una familia.

Casi tres semanas después de mi regreso, Ingrid y yo estamos en el refugio para animales de West Valley, donde una bola de pelo blanco y negro enferma se balancea sobre sus patas traseras mientras las pezuñas delanteras descansan delicadamente en las rótulas de Ingrid.

Este es bueno: sabe perfectamente cómo ganarse su corazón. No importa que vea solo por un ojo, que le rezume un mejunje verde infeccioso por los dos oídos y que apeste más que un sin techo del metro de Nueva York. El trato queda cerrado enseguida. Este canijo de cinco kilos, criado para ser fiel a quienquiera que le dé de

comer, se ha salvado.

Normalmente el refugio se queda unos días con los perros adoptados para poder castrarlos antes de ser transferidos a su nuevo dueño, pero a este el recepcionista nos lo da sin más. Esas ganas tiene de deshacerse de él. Tiene tantos problemas de salud que nos sugiere que esperemos a que esté curado del todo para castrarlo. De camino a casa, me paso a revisar el apartado de correos. En la casilla, entre las facturas y el correo basura hay un sobre cuadrado dirigido a mí. Identifico la letra de adolescente de mi madre.

Me quedo de piedra cuando lo abro y me encuentro esta tarjeta:



Entonces leo el mensaje que hay dentro:



Hasta hace poco creía que cuando se autoproclamaba *sufrida* no era más que una muestra de su sentido del humor. Ahora me doy cuenta de que cada broma viene con un billete de primera clase para un viaje a la culpabilidad. Resulta evidente que no le gusta que haya dejado de lado después de la rehabilitación mi obligación de llamar cada domingo. Ha pasado un tiempo desde la última vez que hablé con ella, así que al llegar a casa cojo el teléfono obedientemente y marco el número. La conversación empieza con un grado aceptable de convencionalidad, pero la parte sobre la que Lorraine me previno no tarda en hacer su aparición.

—Estoy preocupada por las cosas que te dijeron en la clínica —dice; suena animada, casi como si fuera a lanzarse a cantar—. La gente sale de la psicoterapia pensando que tiene problemas que no tiene.

Es como si se estuviera armando una defensa contra lo que quiera que me hayan enseñado, como un publicista intentando fabricar un escándalo.

—La verdad es que me ha ayudado mucho, soy lo bastante inteligente para separar el grano de la paja.

Ojalá fuera lo bastante receptiva para poder compartir con ella lo que me han enseñado, aunque no se puede esperar que la misma persona que te ha hecho daño te cure. Así que aplico el truco que me dio Lorraine en nuestra última conversación y propongo:

—¿Por qué no cambiamos de tema?

—Antes, una cosa —dice—. Quiero que sepas que tu padre no se implicó en tu infancia. Marg (la niñera) y yo te criamos. Yo estaba en casa todo el tiempo para atenderte, a no ser que tuviera que salir a hacer alguna cosa.

El tono es cálido y sofocante, y me llega como un torrente de palabras que no puedo detener. Se me tensan las manos y las muñecas como queriendo decirme que tengo que pelear para salvarme. Noticias. Deportes. El tiempo.

—La gente siempre habla de lo simpático y lo amable que es tu padre. Y yo pienso, si supierais que no es más que un pedazo de cerdo. No tiene capacidad para amar ni para interesarse por nada. Es pura fachada. El otro día estaba con el ordenador y vi que estaba buscando «deformidad congénita». Es terrible.

—¿Cómo está el tiempo en Chicago?

Es como si estuviera luchando por quitarme una bolsa de plástico de la cabeza antes de que me asfixie.

—Tu hermano y tú sois lo mejor que me ha pasado en la vida —continúa, pasando olímpicamente de mi pregunta—. He echado a perder mi vida, eso es lo que he hecho. Y si todo lo que he hecho no vale para nada, al menos os tengo a vosotros dos.

Necesito poner punto final a esta conversación. A lo mejor se cree que me está diciendo lo mucho que me quiere, pero lo que yo oigo es que, si no la llamo todos los domingos, la estaré matando lentamente. Uno de los indicios del aglutinamiento, según Lorraine, se da cuando una madre les dice a sus hijos que vive solo para ellos.

—Mira, ahora tengo que colgar.

—¿Por qué?

—Es que tengo un montón de trabajo por terminar antes de que acabe el día.

—¿Y eso es más importante que tu madre?

—Mamá, tengo que irme, ¿vale?

—Vale.

Ha cambiado el tono. Ahora es triste, dolido, al borde de las lágrimas en vez de al borde de la risa.

—¿Va todo bien, mamá?

—Ahora me voy a pasar la noche sin poder dormir. Ya sabes cómo…

La culpa es como un gas cancerígeno que se cuela por el auricular del teléfono, penetra en mi canal auditivo y en los pliegues y las grietas de mi cerebro.

—¡Tengo que irme me alegro de hablar contigo adiós! —cuelgo el teléfono.

Por poco. No puedo volver a dejarla entrar en mi mente. Ya tengo bastantes problemas ahí dentro.



5

Me reúno con Ingrid en el sofá, donde está sentada junto a nuestro nuevo *shih tzu* maltratado y golpeado. Lo acaricio y él apenas reacciona, más allá de rociarme el brazo de babas mientras exhala mocos por la nariz. Al final se pone de pie, se rasca las patas delanteras, da unos cuantos pasos, se mea en el sofá, traza un estrecho círculo absurdo, de forma que se pringa todas las patas de orín, para dejarse caer de nuevo sobre la barbilla, exhausto por tan hercúleo esfuerzo.

Mientras voy a buscar un rollo de papel de cocina para limpiar el desaguisado, propongo que lo llamemos Hércules. Ingrid, arrebatada, le mira la cara blanca y negra.

—Lo amo —dice—. Amo a Hércules.

Y yo pienso: «No me puedo creer lo fácil que le resulta enamorarse».

Y luego pienso: «¿Por qué eso no se considera infidelidad?».

Y luego pienso: «Ahora lo va a castrar».

Por alguna razón, me inquieta oír salir de sus labios la palabra *amor* con tanta facilidad y rapidez. Sobre todo, cuando he trabajado tan duro para ser merecedor de ella. Quizá el amor no sea algo tan sagrado si podemos vincularlo a cualquier cosa peluda con un corazón que late, mal aliento e incontinencia. Acuna al perro en sus brazos y trota hacia el dormitorio para echarse una siesta. Ahora está durmiendo con él. ¿Esto sigue siendo monogamia?

Cojo mi ordenador, busco una imagen de la bandera de México y la imprimo. Tengo un pequeño sello editorial en HarperCollins, y hace poco decidí contactar con dos nuevos blogueros anónimos de México para proponerles un libro sobre la guerra del narco. No obstante, dado que los cárteles mexicanos han estado intentando averiguar quiénes son para ejecutarlos, los periodistas quieren que verifique mi identidad. Así que me piden que les envíe una foto mía por *e-mail*, con una bandera mexicana en una mano y un periódico con la fecha de hoy en la otra. Lorraine diría que es una forma de encontrar intensidad fuera de la relación sin que haya engaño. Y tal vez tenga razón.

Mientras se imprime la imagen, me pongo a pensar en nuestro nuevo *shih tzu*, que me lleva a pensar en Asia, que me lleva a pensar en las mujeres asiáticas, que me lleva a pensar en la emprendedora tecnológica que quería que nos viéramos por Skype. Decido buscar en internet para ver cómo le va a su empresa emergente y me encuentro con una foto suya en biquini. Al cabo de cinco minutos estoy en PornHub viendo vídeos de mujeres asiáticas que se parecen a ella mientras me acaricio.

Sé que no debería estar haciendo esto. Es manifiestamente compulsivo. Pero es demasiado tarde para parar. Así funciona la compulsión. Además, fui a rehabilitación por engañar, no por el porno. Y no estoy quebrantando ninguna promesa que le haya hecho a Ingrid. No hay nada malo en hacerse una paja de vez en cuando. Toda esa idea de que durante el resto de mi vida solo puedo tener orgasmos con la participación de Ingrid es ridícula. Llevo casi un mes en casa y portándome bien. Me lo merezco. He sido interdependiente.

Debería enviarles esta imagen a los periodistas mexicanos.

Un enlace que hay debajo de uno de los cortes me lleva a una chica con demasiados *piercings*, con el pelo decolorado, que parece una versión emo de Ingrid. De repente oigo su voz soñolienta que me llama:

—¿Cariño?

Me subo la cremallera a toda prisa, cierro el navegador, cojo el ordenador y entro en el dormitorio. Pero la combinación de mejillas encendidas, cara de no haber roto un plato y el ordenador en la mano me delata.

—¿Estabas viendo porno?

No es un juicio de valor, pero me siento acusado. Fui a rehabilitación para dejar de engañarla y de momento ha surtido efecto. He estado trabajando en mi mirada errante y todo ha ido bien. Estoy logrando moderar mi lascivia; los pecados, de uno en uno. Y hoy estas mujeres son mi metadona.

—¿Estabas viendo porno o no?

Es la ocasión para ser honesto e íntimo. Si ver porno no supone problema alguno, entonces no debería avergonzarme de hablarlo con Ingrid.

—Pues sí. Pensaba que estabas dormida y no quería despertarte.

Se da la vuelta, coge a Hércules del suelo y lo estrecha contra el pecho. Creo que ya quiere a esa cosa más que a mí. Y me da la sensación de que lo está desordenando.

—¿Has acabado? —pregunta.

—No.

Y aquí viene. El cuchillo en las tripas, escupiendo una ardiente culpa por todo mi interior.

—¡Les haces más el amor a esas chicas que a mí!

—No es verdad.

Tengo el corazón en un puño, se me corta la respiración y noto cómo desde el antebrazo hasta la muñeca se me instalan algo parecido a barras fundidas de acero candente.

—Es la primera vez desde que volví.

Coge a Hércules en brazos y sale de la habitación. Y me siento frustrado, porque no debería tener que defenderme por querer tener un orgasmo sin ella. En ocasiones, mi niño interior va a querer jugar él solo. De repente me entra un mensaje en el móvil de Belle, la australiana que quiere dar por finalizado su experimento de celibato conmigo: «Hoy es mi cumpleaños. Me encantaría que me estuvieras quitando el papel de regalo ahora mismo».

Y le contesto: «A mí también me encantaría».

Inmediatamente me invade el remordimiento. No sé por qué acabo de hacer lo que acabo de hacer. ¿Será porque Ingrid me hace sentir asfixiado? ¿Será porque me sentiría culpable si le fallara a Belle el día de su cumpleaños? ¿O será que necesito darle más intensidad a mi vida? Sea lo que sea, ha sido una estupidez. Y si técnicamente no es una infidelidad, lo que sí es, sin duda, es una violación de la confianza que Ingrid ha depositado en mí.

Y eso lo convierte en un engaño.

Mierda.

No me puedo creer que haya sido tan fácil dar este resbalón. Ese momento de claridad cegadora durante mi silla vacía con Lorraine se me antoja tan lejano como un recuerdo de inocencia infantil y me pregunto si llegó a ser una cura auténtica o no fue más que otro pico de intensidad.

Estoy plantado en la habitación, con la vergüenza en la mano; Ingrid vuelve a entrar dando pisotones, se me queda mirando un instante con gesto dolido y me pregunta:

—¿Qué tengo yo de malo? ¿Tan fea soy?

—No, claro que no. Eres preciosa.

Y es verdad que lo es: la chica emo con la que me he masturbado tenía un cuerpo igual que el suyo.

—Entonces ¿por qué no quieres acostarte conmigo?

—Sí que quiero. Solo me he distraído de mi trabajo, y me ha dado la sensación de que olía mal y… no sé, no quería molestarte.

—Me dices un montón de cosas distintas.

—Claro que no. Todas son verdad.

Sé que necesita consuelo. Necesita que la coja, que la conquiste y que le haga el amor apasionadamente, reconectando con ella con locura. Pero ahora mismo no puedo. Me siento demasiado culpable. Estoy descendiendo por la espiral que lleva hasta mi núcleo de la vergüenza como un prospector de petróleo que ha dado con un pozo de mierda.

Aunque la verdad es que no le falta razón: ¿para qué masturbarme viendo a una chica que se parece a Ingrid en lugar de acostarme con ella en carne y hueso? ¿Esto es evasión de la intimidad o simplemente un fantaseo masculino corriente?

Y entonces es cuando caigo en la cuenta de por qué el afecto que Ingrid demuestra por Hércules me estaba afectando más de la cuenta, por qué tengo esta ansia por chicas que no le llegan a Ingrid ni a la suela del zapato, por qué pongo en un compromiso mi relación con ella por culpa de un mensaje estúpido. Es una reacción inconsciente a la conversación que he tenido con mi madre. Estoy pinchando la bolsa de plástico sellada al vacío de mi relación para no ahogarme. Las distintas maneras que tuve de reaccionar, a nivel psicológico, a las quejas de Ingrid sobre mí fueron prácticamente las mismas que ante las quejas de mi madre con respecto a mi padre.

Me dejo caer en la cama y le explico a Ingrid todo esto a modo de disculpa, además del miedo que tengo a quedarme atrapado en un matrimonio como el de mis padres. Poco a poco, ella empieza a distenderse y acaba sentándose en la cama a mi lado y acariciándome la cabeza como si yo fuera Hércules, una criatura desamparada de la que hay compadecerse.

—Tu problema es que te preocupas demasiado por el futuro —me dice en un tono confiado, con sabiduría en la mirada y ternura en la mano—. Podrías morir en un accidente de tráfico o que hubiera un terremoto y la casa se derrumbara encima de nosotros. Nadie te garantiza que mañana estemos aquí. Así que vamos a querernos en este momento y a estar agradecidos por tenernos el uno al otro en este momento. Ya veremos qué hacemos en el futuro cuando llegue.

Me propone que hagamos un viaje juntos cuando pueda tomarse unas vacaciones en el trabajo, a algún lugar donde disfrutar de paz, la naturaleza y el uno del otro.

—Siempre he querido hacer el Camino del Inca hasta Machu Picchu —sugiere.

—¡Pues vamos a hacerlo!

Ella sonríe, aprieta la llave que me cuelga del cuello y pronuncia las palabras más hermosas que me ha dicho desde que mi infidelidad desintegrase nuestro mundo:

—Ahora confío en ti de veras. Creo que nunca harías nada que pudiera perjudicarme.

Una oleada de alegría inunda mi corazón, pero inmediatamente se estrella contra las rocas de la culpa. Acabo de enviarle ese mensaje a la australiana. Si Ingrid ve mi teléfono, se quedará hecha polvo.

6

Malibú, un día después

¿Has dejado la clínica antes de tiempo?

No tenía sentido quedarme.

¿Y has roto el contrato de celibato para acostarte con Ingrid?

Es mi novia y quería sexo.

¿Y has fantaseado con otras?

Solo para complacer a Ingrid.

No oigo más que excusas para justificar el haberte quedado a medio camino. No me extraña que sigas engañándola.

Rick y yo estamos en su Range Rover hablando sobre mi estúpido mensaje. Aparcamos en la entrada de tierra de una casa que está en alquiler. Se parece a ese tipo de casas hippies gigantescas de los árboles en las que habría vivido el padre Yod con sus esposas.

Puedo explicarlo.

Soy todo oídos.

Lo dice con una sonrisa irónica, como preparándose para echarse unas buenas risas con lo que quiera que vaya a contarle a continuación.

En la clínica hay dos corrientes de pensamiento. Una la enseñaba una mujer muy compasiva que se llamaba Lorraine: con ella aprendimos que no estamos en el mundo para nuestros padres, sino para nosotros mismos. Y el objetivo es separarnos de nuestros padres y de nuestras heridas para poder llegar a vivir una vida auténtica.

¿Y la otra?

La otra línea de pensamiento era más puritana. La impartía una mujer muy estricta que se llamaba Joan. Y ella cree que la masturbación, la pornografía, la seducción, la fantasía y el sexo esporádico son enfermizos. Y que básicamente cualquier cosa que no sea la monogamia de por vida es un síntoma de adicción sexual y de evasión de la intimidad.

¿No puede ser que las dos estén en lo cierto?

Me estarás vacilando, ¿no? Si fuera así, prácticamente todos los hombres del país deberían estar en rehabilitación.

¿Quién va a rehabilitación y sencillamente elige lo que más le conviene? Creo que te has formado una idea equivocada de cómo son los hombres y la estás utilizando para no sentirte emasculado en el mundo. Antes, cuando eras soltero y hacías las cosas de determinada forma, eras infeliz; y ahora que tienes una relación también eres infeliz. Puedes seguir así los próximos cinco o diez años, pero lo único que vas a hacer será perder un montón de tiempo mirando a los demás desde la barrera.

¿Y qué tengo que hacer? Estoy muy desorientado.

Veo que Rick me mira con lástima, como si yo fuera una forma de vida inferior, una

criatura bidimensional que tratara de comprender el concepto de tridimensionalidad.

Yo te sugiero lo siguiente: sométete al proceso de recuperación de la adicción al sexo hasta el final. Empezando por hoy mismo, haz todo lo que te digan los expertos sin ponerlo en entredicho. Aunque te encuentres solo con psicoterapeutas como Joan, con los que no estás de acuerdo, tú cédeles el control de todas formas. Si te dicen que nada de sexo en noventa días, pues nada de sexo en noventa días. Si te dicen que nada de masturbarte ni de porno, pues lo eliminas.

Sé que tengo que hacer algo drástico, pero…

¿Quieres que cumpla todo lo que me dice esa gente, hasta lo más extremo, sin pensar si tiene lógica o si me conviene?

Sí, exactamente. ¿Cómo te crees que perdí setenta kilos? Me pasé años intentando perder peso, pero no fui capaz hasta que por fin les cedí el control a un nutricionista y a un entrenador. No pensaba en si las cosas que me decían eran verdad. Ni siquiera creía que fuera a funcionar. Pero me sometí al proceso y lo hice sin ponerlo en tela de juicio.

Rememoro el momento de claridad que experimenté en la silla con Lorraine. ¿Qué me aconsejaría que hiciera esa versión abierta de mí mismo?

Me diría que me dejara llevar y que amara a Ingrid.

De acuerdo, lo intentaré.

No lo intentes. Hazlo. Implícate en la recuperación y siéntelo en tus carnes durante al menos noventa días. Y si cuando pase ese tiempo sigues siendo infeliz, entonces haz lo que sientas que es correcto. Encuentra una relación abierta, vuélvete loco, acuéstate con toda la gente que quieras y a ver qué tal te sienta. El objetivo no es monogamia o no monogamia. El objetivo es vivir una vida que te dé felicidad.

Eso me suena a una buena forma de bajarme de la barrera antes de volver a reventar la relación.

Podría ser tu última oportunidad. Si no puedes ceñirte a ello, tal vez Dios encuentre la forma de que lo hagas.

¿Y qué se supone que quiere decir eso?

Quiere decir que, si tú no puedes controlar la lujuria, el universo se encargará de ello.

Lo dice en tono amenazante, como si fuera a caerme un rayo en la cola o se me fuera a quedar atascada en una licuadora si no la llevo bien guardada.



7

Así que aquí estoy otra vez: frente al pelotón de fusilamiento.

Esta vez las balas las carga Sheila Cartwright, la psicoterapeuta de Charles, supuestamente la mejor de Los Ángeles en cuestión de adicción al sexo. Es una mujer mayor con rastas y cuentas en el pelo, como una *hippy* adolescente, pero está sentada en un sillón grande, con las piernas cubiertas por una manta, como una ancianita. Siguiendo la senda de sus predecesoras, Joan y Lorraine, es una mujer sola rodeada de hombres adictos al sexo.

Adam también está aquí. Y Calvin. Obviamente ellos fueron lo bastante avispados como para mantener el contacto con Charles y unirse a su grupo privado de terapia inmediatamente después de reinsertarse. Además, hay cinco infieles a los que no conozco, tres de los cuales llevan más de diez años en el grupo.

—Es una pena que no exista la mujer ideal que te permita hacer lo que te dé la gana y aun así siga queriéndote —dice Calvin dándome un codazo en las costillas, pues estamos sentados uno al lado del otro en dos sillas desparejadas, en la sala de terapia.

Resulta agradable volver a estar con mis colegas disfuncionales, solo que esta vez necesito ser más como Charles y cumplir con el programa entero. La reunión empieza con el registro emocional de todos los adictos e informando a Sheila de cómo ha ido la semana. En lugar de aleccionarnos, como hacia Joan, ella «siente» por nosotros, que es como una especie de táctica para que conectemos mejor con

nuestros propios sentimientos. Cuando Calvin nos cuenta que está pensando en regresar a Brasil para estar con su puta cuando dé a luz a su hijo, ella exhala lenta y melodramáticamente, y lo mira con ojos grandes y dulces, como intentando absorber el dolor y el sufrimiento que él ni siquiera sabe que padece.

—Anoche estaba a solas con mi mujer, así que le pregunté si quería tontear un rato —dice Adam en su turno de registro—. Se puso como una furia y me dijo que no era apropiado ni íntimo, y que esa no es forma de hacerle una proposición. Así que todo acabó en discusión.

Después de que Sheila demuestre su emoción por Adam y le aconseje que empiece por cogerla de la mano, me toca a mí registrar. Le hablo al grupo de la mujer del avión, de las tentaciones que me llegan a la bandeja de entrada, del mensaje a Belle y de mi intención de renovar el compromiso de recuperación.

Sheila responde dejando escapar el aire con un siseo y con una expresión de perrito tristón. Parece como si quisiera enviarme amor. Y de alguna forma me hace sentir incómodo. No estoy seguro a si se debe a que parece poco sincera o a que, a pesar de estar acostumbrado al sexo sin ataduras, no estoy acostumbrado a la emoción sin ataduras.

Cuando le sonrío incómodo, Sheila habla por fin, siempre muy despacio.

—Lo que haces es acaparar sexo. Cuando hay algún problema en tu relación, sientes vergüenza, como si hubiera algo en ti que fallara, y se produce una reacción inmediata que se llama *grandiosidad defensiva*. Y ahí es cuando empiezas a revisar los mensajes que acaparas —se revuelve en la silla y la manta le resbala del regazo—. Y eso se alimenta de ira, porque te distancia de Ingrid y te hace sentir que tienes poder.

Sheila consulta una copia de mi historial clínico, en el que figuran todas mis dolencias reales e imaginadas. Se levanta despacio, volviendo a colocar la manta encima de la silla, entonces coge un libro de una estantería y me lo entrega. El título es *Silently Seduced*.

—Lee esto —me recomienda—. Eres tú.

Charles se inclina hacia mí y me dice:

—La próxima vez que veas a una mujer como la del avión, utiliza la regla de los tres segundos.

Me quedo estupefacto. La regla de los tres segundos era una cosa que aprendí cuando estuve con los artistas de la seducción. Consiste en que cuando ves a una mujer que te atrae tienes tres segundos para abordarla; si no, notará que la estás mirando o bien te pondrás demasiado nervioso para hablar con ella.

—¿Quieres decir que tengo que entablar conversación con ella?

—¡No! —dice escandalizado—. La norma de los tres segundos significa que en cuanto veas a alguien y empieces a cosificarla o a fantasear con ella, tienes tres segundos como máximo para concentrarte en otra cosa antes de que ese pensamiento gane fuerza y te sumerja en el círculo de la adicción. Recuerda —me apunta con el dedo—: manzana rojo vivo, huerto equivocado.

Después de la reunión, yendo hacia el coche, hojeo el libro que Sheila me ha dado y me leo un párrafo. El autor, el doctor Kenneth Adams, escribe: «El incesto encubierto se produce cuando un hijo se convierte en objeto del afecto, el amor, la pasión y la preocupación de un progenitor. El progenitor, motivado por la soledad y el vacío que se crea a raíz de un matrimonio o una relación conflictiva de forma crónica, hace del hijo un sustituto del cónyuge (…). Para el hijo, el amor del progenitor resulta más limitador que liberador, más exigente que dadivoso y más intrusivo que nutritivo».

De repente me viene un recuerdo olvidado. Primero me llega en forma de esencia dulce de petróleo, luego, como una visión de crema blanca. Mientras que la mayoría de mis compañeros de clase se iban a la cama a las diez o a las once de la noche, mi hora de acostarme eran las siete y media. Sin embargo, mi madre me dejaba quedarme viendo la tele hasta las ocho siempre y cuando le hiciera un masaje en los pies o en las manos. Me echaba crema hidratante en las palmas y le acariciaba la piel olivácea y venosa. Cuando terminaba, me decía: «Esto se te da mucho mejor que a tu padre». En aquel entonces me lo tomaba como un cumplido, pero ahora me recorre un escalofrío de repugnancia.

Como resultado de esta dinámica tan confusa, continúa Adams, cuando el hijo se hace mayor, las relaciones personales suelen iniciarse con un «compromiso total e inmediato», seguido muy pronto de «incertidumbre y ambivalencia». Y, frecuentemente, «tener una aventura es una forma de desahogarse de la lucha por el compromiso».

Cuando cierro el libro, veo que tengo a Charles al lado. No tengo ni idea de cuánto tiempo lleva allí. Le doy las gracias por meterme en el grupo. Él me responde

abriendo una mochila que lleva y sacando una copia de *El método*.

—Alfred Nobel —dice.

Espero al resto de la frase. Pero queda claro que no hay más.

—¿Qué pasa con él?

—¿Lo conoces?

—Personalmente, no.

—Alfred Nobel, el tío que inventó la dinamita, crea después el Premio Nobel de la Paz.

Me mira, procurando asegurarse de que capto el mensaje. Y poco a poco lo que quiere decir me va calando: que un libro acerca de cómo conocer mujeres es destructivo y un libro acerca de cómo aprender a dejar de conocerlas sería una buena contribución a este mundo. E irónica.

—Entiendo —le digo.

Guarda el libro y me da un folleto de Adictos al Sexo y al Amor Anónimos. La primera frase dice: «En ASAA creemos que la adicción al sexo y al amor es una enfermedad progresiva que carece de cura, pero que, al igual que sucede con muchas otras enfermedades, se puede frenar».

—¿Te puedo preguntar una cosa? —me suelta Charles de golpe, observándome—. ¿Has llegado a admitir que tienes una enfermedad?

Le digo con toda franqueza:

—Lo reconozco como una enfermedad en un sentido metafórico.

—No, es una enfermedad real porque no tienes alternativa. Puede ser que empiece como una alternativa, pero, si haces algo para soportar el estrés o el sufrimiento, la estructura cerebral cambia y la conducta puede ir desde un impulso hasta una adicción.

—Si eso se puede calificar de enfermedad —respondo, recordando la promesa que le hice a Rick—, entonces supongo que la tengo.

Charles no parece quedarse muy convencido.

—Te voy a hacer un favor y te voy a demostrar que es una enfermedad. Te voy a poner en contacto con un amigo mío, el doctor Daniel Amen. Es un neurólogo especializado en adicción. Te hará un escáner cerebral gratuito y te enseñará dónde se encuentra exactamente la enfermedad en tu cabeza y cómo tratarla.

Y pienso «esto es una locura», pero digo:

—Gracias.



8

El doctor Daniel Amen es un hombre de corta estatura y pelo ralo —hijo de un magnate libanés del comercio alimentario— que, según el *Washington Post*, se ha convertido en «el psiquiatra más popular de Estados Unidos». En la sala de espera que da acceso a su oficina, un programa de la televisión pública presenta al buen doctor en un bucle infinito. Intento desconectar de su verborrea de guion bien escrito acerca del uso del escáner cerebral en la evaluación y la modificación de la conducta, mientras me armo de valor para revisar los mensajes telefónicos que he evitado hasta ahora.

Recorro la lista y voy contestando uno por uno a todos los mensajes tentadores asegurándome de mencionar a mi novia.

Belle, la australiana a la que no desenvolví por su cumpleaños, dice que va a hacer escala en Los Ángeles por una noche y quiere saber si voy a estar en la ciudad. Le digo: «Todavía no lo sé. Pero tengo nv, así que solo podemos vernos como amigos».

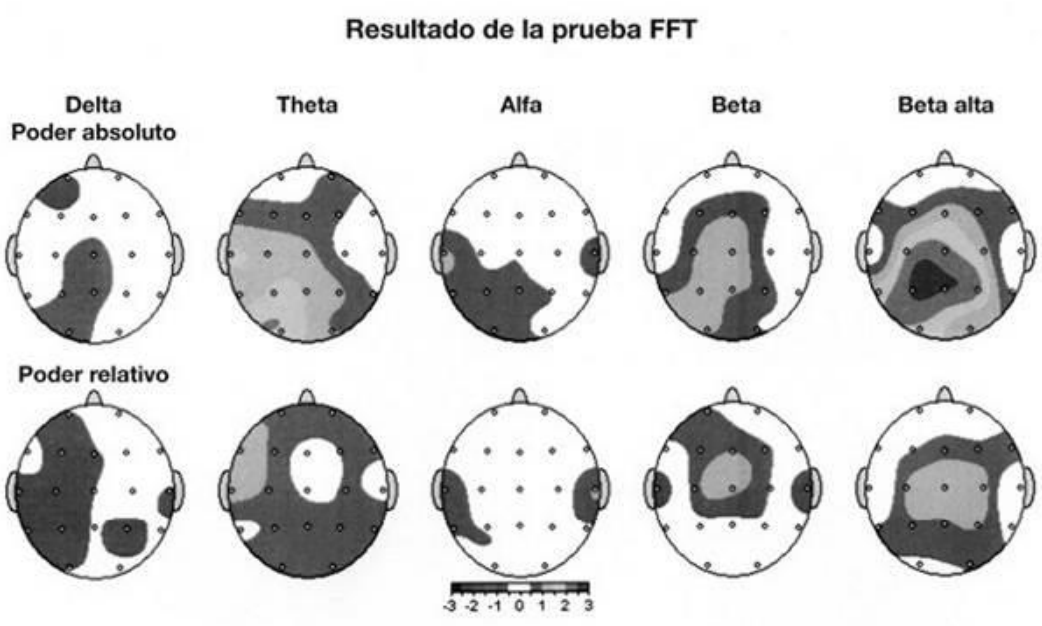
Anne, mi tentación francesa en la red, me ha enviado otra foto desnuda, en este caso bailando en barra, con el cuerpo curvándose en el aire como yesca que alimenta mi vida de fantasía. Le respondo: «Me ha encantado escribirme contigo.

Ojalá pudiéramos conocernos en persona, pero ahora tengo pareja».

Con cada respuesta siento una punzada, como si me estuviera clavando un clavo en el escroto. Pero lo hago: porque creo, porque me comporto, porque quiero convertirme.

Me interrumpe una sensual recepcionista que me llama para reunirme con Amen. Aparentemente, el personal de su consulta se reduce a veinteañeras y treintañeras atractivas. Me pregunto si no padecerá él alguna compulsión sexual.

Cuando entro en la oficina de Amen, me lo encuentro sentado en una silla giratoria de respaldo alto, engullido por un atuendo demasiado grande, como si su cuerpo no tuviera importancia, solo su cerebro. Las paredes están decoradas con imágenes de pingüinos, algo relacionado con un libro infantil que escribió sobre refuerzos positivos. Sostiene unos papeles con unas marcas verdes que se parecen a las manchas de mocos de Hércules. Todas juntas forman mi cerebro, y esto es lo que se ve:



Aunque Amen está especializado en un tipo de escáner cerebral que requiere inyectar al paciente un isótopo radiactivo, yo opté en su lugar por una electroencefalografía, que suena más seguro, y que me ha practicado hace un rato una neuróloga rubia con unas mallas de talle alto.

—¿Es el cerebro de un pervertido? —le pregunto a Amen.

—¿Alguna vez ha perdido el conocimiento a causa de un golpe? —inquiere, haciendo caso omiso a mi pregunta, o tal vez respondiéndola.

—Solo una vez.

Le hablo de una tarde, hace más de diez años, cuando unos tipos me atacaron sin razón aparente cuando me dirigía a mi apartamento, en Manhattan.

—¿Dónde le dieron exactamente?

—Creo que el golpe que me dejó seco fue aquí —me toco la parte superior izquierda del cráneo.

—Podría ser importante.

—¿En qué sentido?

—El cerebro es muy blando y el cráneo, muy duro, y dentro del cráneo hay una serie de curvas. La incidencia de traumatismo craneal en los adictos al sexo es enorme, y nadie lo sabe porque la mayoría de los adictos acuden a un psicoterapeuta. Y el problema que tienen los psicoterapeutas es que te hablan de tu cerebro, pero en realidad nunca le echan un vistazo.

—Entonces, ¿tengo daños cerebrales?

¡Mierda! Otro artículo que añadir a la lista de las cosas que me fallan.

—El escáner muestra indicios leves de lesión —estudia la imagen de nuevo, descodificando una lengua que muy pocos conocen—. También indica algo que no deja de ser extraño, que es una elevada actividad de ondas lentas. ¿Sabe algo del TDA?

—Sé lo que es.

—¿Alguna vez le han insinuado que pudiera tenerlo?

—No, nunca.

—Creo que una parte importante de su comportamiento es típico del TDA,

sobre todo la búsqueda de emociones y el conflicto. El hecho de querer estar con mujeres nuevas es un impulso biológico para la perpetuación de la especie, pero es completamente destructivo cuando no se consigue establecer un vínculo de pareja e implicarse en la formación de una familia.

A medida que habla, observo que ese es el problema: estos dos deseos evolutivos distintos —la variedad y la familia— me han estado haciendo trizas. Y en el camino hacia la reconciliación de ambos, no solo me estoy quedando sin los dos, sino que estoy descubriendo que estoy mal de la cabeza.

Hace dos meses no era más que el capullo que le ponía los cuernos a su novia y que se sentía una mierda por ello. Nunca había consultado y ni siquiera había querido ver a un psicólogo en toda mi vida. De repente padezco síndrome de ansiedad generalizado, trastorno depresivo, problemas de socialización, traumatismo craneal, TDA, adicción al sexo, ira erotizada, trastorno de estrés en el desarrollo, síndrome de incesto emocional, insuficiencia del eje V, y quién sabe qué más. Es un milagro que pueda seguir actuando en sociedad.

—También estoy viendo aquí que, cuando tenía los ojos abiertos, la parte posterior de su cerebro se tensaba mucho más. Esto no es bueno.

—¿Y a qué se debe?

No creo que pueda asumir otro trastorno. Quizá, llegados a este punto, lo mejor es que me hagan una lobotomía.

—Significa que se fija en todo el que pasa por delante.

—Sí, ese ha sido parte del problema.

—Cuando su centro visual permanece activo en todo momento, si no va con cuidado, eso puede resultar doloroso para su pareja —se ríe, me río, nos entendemos, somos hombres; bajo la mirada y veo su alianza—. ¿Cómo reacciona su novia cuando salen y usted hace esas cosas?

—Lo ha llevado muy bien, aunque últimamente he dejado de hacerlo. Solo…

Le relato mis últimos lapsus.

—Bueno, una parte de ellos es un patrón —responde—. Se ha esforzado tanto en descifrar a las mujeres que sigue siendo como un cazador. Lo lleva tan

profundamente arraigado que no puede salir ahí fuera y dejar de hacerlo sin más. El otro problema es que su córtex prefrontal, la parte del cerebro que se supone que actúa a modo de freno, es un poco débil. De modo que cuando ve a una chica guapísima y empieza a pensar: «me gustaría acostarme con ella», entonces su lóbulo frontal lo representa.

Confirmado: mi mente es como una página web porno en directo. Me espera un futuro de viejo verde cuando mi córtex prefrontal se deteriore todavía más con la edad.

—¿Así pues, mi cerebro apunta a una adicción al sexo?

Hojea los resultados de mi electroencefalografía y concluye: tengo el córtex prefrontal débil, lo que dificulta la represión de mis instintos; mi giro cingulado anterior (un cambio de marcha que ayuda a que el cerebro pase de un pensamiento o actividad a otro) se atasca, lo que hace que me obsesione con las mujeres con las que me cruzo, y mis lóbulos emocionales están hiperactivos, de forma que tengo facilidad para sobreactuar a raíz de lo que Ingrid diga o haga, a pesar de no ser consciente de qué es exactamente lo que desencadena la reacción.

Para finalizar, me dice con gesto grave:

—El cerebro cuenta con unos circuitos de seguridad que se forman cuando experimentamos una atención física y emocional reiterativa por parte de las figuras que previsiblemente nos dan seguridad y cuidados. Si su madre impedida tiene que contratar a una niñera después de haber fracasado a la hora de cuidarlo sola, eso significa que probablemente en su cerebro no se haya formado un circuito de seguridad o que este sea muy pequeño. Así que puede enamorarse durante un corto período de tiempo, pero puede costar más conseguir y mantener el vínculo emocional a largo plazo.

O, dicho de otro modo, además de todo lo demás, la mitad de mis lóbulos y circuitos cerebrales están bien jodidos.

—¿Cree que es cierta la afirmación de que un hombre es fiel en función de las opciones que tenga? —le pregunto, y me espero una ligera reprimenda.

—No creo que eso sea verdad —responde rotundamente—. Se es todo lo fiel que uno decide ser si se tiene un cerebro sano. Si el cerebro no está sano, entonces se es fiel en función de las opciones que se tengan. Y su cerebro lo vamos a sanar.

Entonces me receta un régimen a largo plazo para curar mi perjudicada mente: neurorretroalimentación para reciclarme el cerebro, suplementos para mejorar el funcionamiento de mi lóbulo frontal, una dieta sana para mantener equilibrado el nivel de azúcar en sangre, un suplemento de omega 3 y vitamina D para restringir mis anhelos y, sí, más terapia contra la adicción al sexo.

Se despide de mí con una caja cargada de libros suyos, programas de audio y suplementos de marca. Cuando llego a casa busco algún grupo local de adictos al sexo, encargo el kit de recuperación de Patrick Carnes, investigo a profesionales de la neurorretroalimentación y llamo a Charles para que me busque un patrocinador. Voy a llegar hasta el final.

FASE III

Evasor del amor:

La mayor presión por parte de la pareja alienta

el alejamiento de la relación y la búsqueda

de intensidad.

Adicto al amor:

Experimenta un incidente o una conciencia

incontestable que pone fin

a la fantasía.



9

Avanzamos a cámara rápida diez meses de reuniones y grupos de estudio, de trabajo para dominar mis anhelos junto con mis antiguos colegas donjuanes. Diez meses de terapia de grupo aprendiendo a ser sensible e inerme con Sheila Cartwright. Diez meses de terapia individual, dando cuenta de hasta el último pensamiento carnal, con otra psicoterapeuta más especializada en adicción al sexo. Diez meses de neurorretroalimentación y de suplementos y de todo lo que me recetó Daniel Amen. Diez meses rellenando los cuadernos de Patrick Carnes y leyendo sus reflexiones diarias y hablando con patrocinadores y dejándome arrastrar por fuerzas supremas y haciendo inventarios de mi vida sexual.

¿Y dónde estoy?

El sol se está poniendo y me tomo un descanso de la lectura de *La adicción al amor*, de Pia Mellody, que mi psicoterapeuta para la adicción al sexo me ha recomendado que me acabe antes de nuestra próxima sesión, para contestar a Adam, que me ha llamado. De pronto oigo fuera los pasos de Ingrid. Intencionadamente fuertes. Cada vez que sus tacones se estampan odiosamente contra la madera, se forma una palabra de la frase: «¡Estoy… llegando… a… casa… sea… lo… que… sea… lo… que… estés… haciendo… para… y… préstame… atención!».

Adam y yo hablamos todas las noches, y he llegado a admirarlo. No creo que haya mirado dos veces a una mujer desde que salió de rehabilitación. Ha estado enfrascado en la tarea de hacer que su mujer lo mire a él.

Ahora me está contando que su equipo de fútbol estuvo entrenando con uno

de los equipos femeninos y, aunque no tenía nada de inapropiado, su mujer se enteró, se puso celosa y perdió la cabeza. Dice que ya no se fía de que vaya a jugar al fútbol.

—¿Y qué vas a hacer?

—Pues ¿sabes qué, Neil? Miré a mi mujer y la comprendí. Pensé, ¿cómo va a querer alguien estar conmigo después de lo que he hecho? Siempre pienso, ¿cómo voy a devolverle todo lo que le arrebaté al irme con otra? Así que voy a dejar de jugar al fútbol una temporada. Quiero demostrarle que para mí lo más importante es nuestra relación.

Ahora Ingrid está llamando a la puerta, a pesar de que le di la llave de casa cuando se volvió a instalar. El golpeteo es constante. No es cortés, como el de un vecino, y tampoco insolente, como el de alguien que viene a entregar un paquete. Simplemente es molesto, como si alguien atizara una tubería con un martillo cuando estás intentando dormir.

—Tengo que dejarte, Adam. Pero creo que no deberías dejar de hacer las cosas que te encantan solo porque ella las perciba como una amenaza. Luego hablamos.

Me meto el teléfono en el bolsillo y voy hacia la puerta para abrir a Ingrid.

—¿Quieres ver *En los límites de la realidad*? —me pregunta, entrando como una exhalación con una sonrisa de oreja a oreja.

Deja a Hércules en el suelo y se pone a dar vueltas a su alrededor en un intento por hacerme reír.

—Ahora mismo no. Tengo que leer un poco.

Le cambia la cara. Siguiendo los consejos de *Silently Seduced*, me he estado esforzando para dejar de anteponer mis necesidades en la relación y así evitar sentirme confuso. Pero de momento parece que lo único que he logrado es intensificar el miedo al abandono de Ingrid, porque ahora ella piensa que me estoy desenamorando y siempre está buscando consuelo.

—¿Skittykitts? —gorjea.

Se trata de un juego de cartas que inventó un amigo nuestro.

—Cuando acabe el capítulo, ¿vale?

Me resulta fácil decir no una vez, pero, cuando me lo pide una segunda o una tercera vez, empiezo a sentirme culpable y pierdo resolución. Sheila dice que ceder sistemáticamente a las prioridades de los demás a expensas de las mías se llama «acomodación patológica».

—¡Vale! —me da un abrazo.

Yo se lo devuelvo. En cada punto en que su cuerpo entra en contacto con el mío, se congela y se agarrota una terminación nerviosa. La reacción en cadena va en aumento y me llega al corazón, hasta que por fin me suelta.

La semana pasada, cuando Ingrid y yo estábamos en un bar, en una azotea, ella estaba un poco achispada y empalagosa, y me asaltó un impulso inexplicable de saltar por encima de la mampara y arrojarme al vacío. Ahí fue cuando comprendí por qué hay quien se tira de forma espontánea desde un tejado o desde un puente o desde el alféizar de una ventana: porque es más fácil que casi cualquier otra cosa en esta vida. Es más fácil saltar que divorciarte de tu mujer, es más fácil saltar que intentar ganarte otra vez a tu novia, es más fácil saltar que pedirle a tu jefe un aumento, es más fácil saltar que lidiar con el montón de facturas por pagar que va creciendo día tras día, es más fácil saltar que hacer frente a tu mujer y a tus hijos después de haberlos decepcionado, es más fácil saltar que pasarte el día en reuniones y en terapia para intentar ser alguien que no eres. Es más fácil… y más rápido. Resuelve todos los problemas de forma certera, expedita y definitiva.

Me siento en el sofá a seguir leyendo el libro y espero que Ingrid pille la indirecta. En cambio, se sienta a mi lado, apoya la cabeza en mi hombro y lee la página en voz alta, con una voz histriónica y en *staccato*, haciéndose la graciosa: «El rencor es la ira que siente el Evasor al pensar que ha sido victimizado a causa de las necesidades de su pareja o por su exigencia de conectar en la relación».

Intenta establecer un contacto visual, pero yo no me dejo.

—¿Te sientes así?

Charles me aconsejó que me mostrara siempre honesto y vulnerable, costara lo que costara. Así que le digo a Ingrid:

—Lo estoy sintiendo ahora mismo —y fuerzo una sonrisa para que no suene tan duro.

Ella se masajea la sien y cierra los ojos un momento, asimilándolo.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—No sé. ¿No puede esperar? —se le empieza a ensombrecer el rostro; en este instante no podría soportar una discusión, así que me acomodo patológicamente—. Vale, dime.

—¿En qué se diferencia esta relación con las que has tenido antes?

No parece que sea solo necesidad de consuelo, sino una acusación.

—En que me gusta estar contigo. Te aprecio por dentro y por fuera. Y me haces reír.

Se cruza de brazos.

—¿Así que es solo porque te hago reír? ¿Y ya está?

—No, te quiero —y es verdad, solo que ahora mismo no.

—¿Qué es lo que te gusta de mí?

—Es un sentimiento. Lo siento en el corazón cuando estoy contigo —solo que ahora mismo no.

Se queda callada.

—¿Qué problema hay? Me siento como si me estuvieras interrogando, pero no sé de qué se me acusa.

Se muerde el labio inferior y baja la vista para mirar a Hércules. Y entonces me lo suelta a bocajarro.

—¿Y entonces por qué estás trabajando tan duro por mantener esta relación?

Es una buena pregunta. Últimamente yo también me la hago. Pienso en mis novias anteriores. Corté con Kathy porque siempre estaba celosa. Corté con Katie porque no paraba de ponerme los cuernos. Y corté con Lisa, mi relación más seria antes de esta, porque empezó a recordarme a mi madre.

Pero a Ingrid no le encuentro ningún defecto insoportable, ningún rasgo en su carácter me sirve como excusa para salir corriendo. Claro que, ahora mismo, me está dando la matraca a lo grande. Y se encierra en sí misma cuando se enfada, me asfixia de cariño, reclama mi atención cuando quiero trabajar, puede sentirse necesitada por culpa de sus problemas de desatención y es comprensible que tenga algunas inseguridades a causa de mis infidelidades. Pero se puede convivir con estas cosas.

Por lo tanto, si no le encuentro nada tan rematadamente malo, entonces debo aceptar la única conclusión que me queda: el problema sigo siendo yo. Y después de pasarme meses trabajando en mí mismo, estoy peor todavía que cuando empezó toda esta historia. Cuando salía con Ingrid y la engañaba con otras, todo iba sobre ruedas. Ella era feliz. Yo estaba contento. Vivíamos dichosos en la ignorancia.

Aquellas sí que eran mentirijillas de las buenas.

Pero ahora todo lo que creí que me gustaba de mí se ha convertido en el síntoma de algún fallo. Los expertos en adicciones no dejan de repetirme una y otra vez que no me fíe de nada de lo que diga, piense o sienta. Me dicen que necesito construir la autoestima desde el interior. Claro que, para hacerlo, tengo que aceptar que estoy roto, destrozado, estigmatizado, enfermo y traumatizado, y lo único que consigo con todo ello son deseos de saltar desde una azotea para poder volver a empezar desde cero.

Y entonces, en lugar de curarme, me he vuelto duro, arisco, irritable y malhumorado. La sangre que me corre por las venas parece cuajada de arena y de cristales rotos. Y mi sexualidad está desbordada. Por mucho que emplee la regla de los tres segundos, siento atracción por cualquier mujer que pese menos de ciento cincuenta kilos y por algunos personajes de dibujos animados. Me siento como un borracho que no consigue bebida y entonces empieza a darle tragos al enjuague bucal y a hacerse friegas con alcohol. Estoy listo para raspar el fondo del barril. E Ingrid se ha vuelto tan sensible a mis cambios de humor que estoy seguro de que se ha dado cuenta.

—Dime, ¿por qué? —vuelve a preguntar.

Será que no le he dicho ya treinta veces que quiero tener un poco de tiempo para leer a solas. ¿Cómo voy a atender a mis necesidades si ni siquiera me escucha?

Mientras intento dar con una respuesta que no nos lleve a un escenario peor,

me suena el móvil. Lo miro rápidamente: es un mensaje de Calvin, que acaba de volver de Brasil y me envía una foto de su niño. Me meto el móvil otra vez en el bolsillo, sin contestar.

—¿Quién era?

—Calvin. Del grupo de terapia.

Ella frunce el ceño y me mira de reojo.

—Parece como si escondieras algo.

—No, solo he pensado que sería una grosería responderle mientras estamos hablando.

—Pues a mí me parece que te lo has guardado muy rápido.

Tengo ganas de decirle que me deje en paz, de recordarle que me dijo que confiaba en mí, de pedirle que me deje ver su puto teléfono. Pero me las arreglo, por los pelos, para aguantar de forma adulta.

—Es verdad que era Calvin. Puedes comprobarlo si quieres. Me he portado bien.

En realidad, creo que estoy en el modo de mi yo adolescente castigado.

—No me hace falta.

Me acaricia la cara con suavidad, con tanta suavidad que acaba siendo más irritante que relajante, como tener una mosca zumbando en la mejilla.

—Lo siento —dice, mirándome a los ojos, como pidiendo algo a cambio.

Pero lo único que siento es una ráfaga de repulsa. En los últimos diez minutos he vivido un miniculebrón de amor, sospechas y reconciliación. Estoy emocionalmente exhausto.

La miro a los ojos y procuro impedir que el monstruo desorientado que llevo dentro eche a volar, pero es demasiado tarde. El amor que veo brillar aquí es como una trampa para osos que ha cerrado los dientes alrededor de mi alma para evitar que vague sin rumbo. Soy prisionero del miedo. Y en ese momento me doy cuenta

de que el impulso autodestructivo que he sentido últimamente no tiene nada que ver con querer hacerme daño a mí mismo. Tiene que ver con la libertad. Tiene que ver con no querer vivir bajo un constante escrutinio, con ser responsable de sus sentimientos, con sentirme culpable si se me ocurre pensar en sexo en algún momento que no sea con ella, con creer que cada una de mis palabras y expresiones es una marca al rojo vivo que podría dejar una cicatriz en ella.

Una vez más, mi novia se ha transformado en mi madre: Ingrid no confía en mí, no me da espacio y su felicidad parece depender casi por completo de mi comportamiento.

Podría ser peor, me digo para tratar en vano de consolarme. Por lo menos Ingrid me ha confiado las llaves de su casa.

Me dirijo al cuarto de baño para estar a solas un instante y dejo primero el teléfono encima de la mesa para que Ingrid no piense que voy a escribir algún mensaje a escondidas ahí dentro. Cierro la puerta y me planto delante del espejo a mirar la cara de palo que me mira con cara de palo. Me están saliendo patas de gallo alrededor de los ojos, las marcas de preocupación que tengo en la frente se están convirtiendo en arrugas en toda regla y me están saliendo canas en la barba. Quizá haya superado mi momento culminante. El proceso de decadencia ha empezado.

¿Cuándo va a empezar a funcionar esta recuperación de la adicción al sexo? No puedo seguir así toda la vida. Muy pronto estaré demasiado viejo para ser un buen padre que pueda relacionarse con sus hijos y jugar a la pelota con ellos. Llevo casi un año y desde luego no soy nada feliz. Me da la sensación de que más que convertirme en mi auténtico yo, lo estoy reprimiendo.

Cuando salgo del baño, Ingrid está sentada a la mesa de la cocina con mi móvil en la mano. Le brillan los ojos y tiene la mandíbula desencajada, pero no tengo ni idea de por qué parece tan enfadada. No he hecho nada malo.

—¿Quién es Belle?

Solo eso. Siento un vacío en la boca del estómago. Las contraseñas secretas no sirven para nada si tienes una novia suspicaz a la que le gusta leer por encima de tu hombro.

—¿Qué haces mirando mi móvil? —le suelto.

Ojalá me hubiera dejado leer en paz.

—¿Quién es? —vuelve a preguntarme Ingrid.

Más fuerte, más enfadada, más abrasiva. Intento responder, pero se me atasca el aire en la garganta y me arde de vergüenza. La culpa está relacionada con la forma de respirar. La vergüenza está relacionada con el hecho de respirar.

—Es una chica con la que me acosté hace mucho tiempo, antes de conocerte a ti —declaro, no sé muy bien cómo—. No sé por qué seguí manteniendo el contacto con ella. Lo siento mucho. Fue una idiotez. Tengo el córtex prefrontal débil.

—Devuélveme mi llave.

—¡No, eso no!

La llave que llevo colgada al cuello, el símbolo de su confianza. Cualquier cosa menos esa.

—No me puedo creer que hayas hecho esto, Neil. Dame mi llave.

Agarra el collar y tira fuerte de la cadena para intentar romper el cierre.

—Vale, vale, suelta.

Tiene razón. No me merezco la llave. No la merezco a ella.

Ya no estoy enfadado. Por lo menos, no con ella. Estoy cabreado conmigo mismo. Me quito el collar y le devuelvo la llave del archivador. Le dije a Belle que estaba en pareja, pero ella no dejó de enviarme mensajes insinuantes. Y aunque nunca volví a darle esperanzas, tampoco hice nada para desanimarla y desde luego fantaseé mucho con ella. Debería haberla dejado de lado o bloquear su número o haber tenido el valor de pedirle perdón a Ingrid inmediatamente después de cagarla la primera vez.

Tal vez las relaciones personales sean como la cirugía cardíaca: el más mínimo error puede ser fatal. Y yo acabo de tirar por la borda casi un año intentando recuperar la confianza de Ingrid. Debe de haber sido mi desorden o la acomodación patológica o la adicción al sexo o el TDA o la lesión cerebral o una mezcla de todo ello actuando conjuntamente en una sinfonía de autosabotaje.

Ingrid agarra la llave, sale de casa hecha una furia, se mete en el coche y se va.

Y ahora ya tengo lo que quería: estoy solo. Puedo respirar. Puedo leer. Puedo hacer lo que se me antoje.

Y es un asco.



10

—**N**o puedo seguir así —le digo a Calvin en un restaurante de curri japonés, una semana después, mientras hablamos de la situación.

—Yo también he pasado por muchas emociones por culpa de este asunto —responde Calvin.

—No tiene fin. No es como si dijeras «mira, haces estas tareas durante unos meses o unos años y estarás mejor». Quieren que estemos metidos en reuniones y en terapia toda la vida.

Se lleva la mano al bolsillo trasero de los vaqueros y saca un papel doblado.

—Mira esto.

Es un artículo impreso acerca de un tipo que se llama Robert Weiss, que dirige un centro de tratamiento en Los Ángeles llamado Instituto de Recuperación Sexual.

—Otra clínica, no.

—Léelo —me acucia Calvin—. Me lo ha enviado Troy. Rob Weiss trabajaba antes con Patrick Carnes, pero tuvieron una lucha de egos o algo así, así que se largó y se montó un centro por su cuenta.

Leo que el Instituto de Recuperación Sexual fue vendido a Elements Behavioral Health, una cadena de clínicas de rehabilitación, y que están planeando implantar la institución de Weiss a nivel nacional con centros de lujo para adictos al

sexo diseminados por todo el país, como bien dice el artículo, «adictos al sexo pudientes», y programas quincenales para pacientes externos, «para personas con menos recursos».

—¿No ves lo que está pasando? —continúa Calvin—. Piénsalo un momento: si sumas a toda la gente que ha engañado a su pareja, ya tienes a decenas de millones de clientes solo en Estados Unidos. Ahora súmale el número todavía más elevado de gente que ve porno y ya tienes el plan de negocio del siglo. Si se inventan que ser hombre y estar salido puede ser causa de un tipo de cáncer de cerebro que cubra la seguridad social, se harán multimillonarios.

—Si el tratamiento funcionara, la cosa sería distinta —me lamento—, pero me ha colonizado la vida entera. La mitad del tiempo me la paso demasiado ocupado yendo a reuniones y leyendo libros que hablan sobre la intimidad como para tener una intimidad verdadera con Ingrid.

Cuando encontró los mensajes de Belle, Ingrid pasó la noche en el sofá de su oficina. A pesar de discutirlo durante horas cuando por fin regresó a casa, no ha dado señales de perdón ni de olvido.

—No es broma —responde Calvin—. Hay un montón de páginas web sobre este tema. ¿Te acuerdas de cuando Joan me hizo sumar todo el dinero que me había gastado en sexo? Pues, si sigo metido en esto, me habré gastado todavía más dinero en la recuperación.

Odio que todo esto que me está contando tenga sentido… y me consuela que todo lo que me está contando tenga sentido.

—La mayoría de los que van a rehabilitación recae —prosigue—. Entonces, ¿para qué? Y Sheila no quiere que me traiga a Mariana y a Flavio (su brasileña y el niño) porque no beneficia a mi recuperación. Pero estamos hablando de mi hijo y tengo que hacer lo que me dicta el corazón. No puede ser malo, ¿no?

—Yo ya no sé lo que es bueno o malo, tío. No lo sé. Pero, a pesar de la frustración, tengo que reconocer que todo ese asunto del aglutinamiento me encaja como un guante.

—Tal vez esa parte sea verdad, pero recuerda: esta es la misma profesión que dijo que la homosexualidad era una enfermedad y sometió a los gay a tratamientos de electrochoque y lobotomías. ¿Y sabes qué? Probablemente en aquellos tiempos los psicólogos también les echaran la culpa a las madres asfixiantes. Quizá seamos

distintos en lo sexual, pero el mundo todavía no lo ha aceptado.

Está argumentando bien su postura, aunque es demasiado peligrosa como para tenerla en cuenta. Cuando era pequeño, en mi vida había dos mujeres: mi madre y una niñera interna. A lo mejor es natural que quiera tener múltiples cuidadoras. ¿Y quién dice que esta definición amplia de adicción al sexo que he estado estudiando no sea una versión moderna del charlatanismo, y que Carnes sea el Kevorkian de la libido masculina?

Antes los médicos afirmaban que existía una dolencia llamada drapetomanía, un trastorno que hacía que los esclavos sintieran un arrebatado deseo, irracional y patológico, de ser liberados de sus amos. Son solo palabras que se inventan personas con un título para reforzar las normas sociales.

—Puede que tengas razón —contesto, algo evasivo—. A lo mejor es que estamos hechos así.

Tal vez la adicción al sexo sea el nuevo TDA o el nuevo síndrome de Asperger. Para algunos es muy real, pero en otros casos está extremadamente sobrediagnosticado, y a cualquiera cuya conducta no encaje en unos determinados parámetros estandarizados le plantan la etiqueta. En poco tiempo, del mismo modo que hay niños que con seis años toman Ritalin y Adderall, algún pobre niño al que se le ocurra desnudar a una Barbie recibirá tratamiento por adicción al sexo.

—Estamos hundidos hasta el cuello en los sobrecogedores márgenes de la pseudociencia —Calvin le clava el tenedor al filete de pollo—. La mayor parte de todo esto está sin demostrar. Habla con los científicos. Habla con los médicos. Habla con otros psicoterapeutas. Habla con cualquier persona que esté soltera, a excepción de Patrick Carnes y sus secuaces. La mayoría de la comunidad médica no se toma en serio ni siquiera al neurólogo ese al que fuiste tú.

Rick me dijo que confiara en los expertos, pero podría ser que hubiera escogido a los más inapropiados.

—La adicción al sexo ni siquiera figura en el *Manual de enfermedades mentales* —continúa Calvin, con su cara ovalada encendida—. ¡Lo estudiaron y lo rechazaron de pleno! Hemos estado espantando a un fantasma.



11

Una de las ventajas de escribir para *Rolling Stone* es que puedo contactar por teléfono con prácticamente cualquiera. Por eso, después de hablar con Calvin, salgo desbocado en busca de datos y contacto con el mayor número de expertos creíbles en relaciones personales que puedo para que me den su punto de vista respecto al tema que hemos estado debatiendo.

Empiezo por la doctora en antropología Helen Fisher. Lleva más de dos décadas estudiando el amor, el sexo y el matrimonio en las distintas culturas, especies y periodos, convirtiéndose justificadamente en la investigadora viva más citada en la ciencia de las relaciones humanas.

Su conclusión: «Somos animales adúlteros».

En su libro *Anatomía del amor* explica los orígenes de este comportamiento: «A lo largo de la larga historia de nuestra evolución, la mayoría de los machos han propiciado encuentros para diseminar sus genes, mientras que las hembras desarrollaron dos técnicas alternativas para obtener recursos: algunas mujeres decidieron ser fieles a un solo hombre para poder cosechar muchos bienes a su costa; otras mantenían relaciones sexuales clandestinas con muchos hombres para obtener recursos de cada uno de ellos. Este escenario coincide a grandes rasgos con las ideas establecidas: el hombre, el playboy natural; la mujer, la santa o la puta».

No obstante, sobre la base de sus investigaciones actuales, Fisher percibe otras sensaciones con respecto a este extracto del libro. «Creo que si lo escribiera ahora lo rectificaría —según me dice—. Hoy en día, entre los hombres y las mujeres por debajo de los cuarenta, las mujeres son igual de adúlteras que los hombres».

Fisher explica que nuestros ancestros se emparejaban de forma infiel solo el tiempo suficiente para concebir y criar un hijo, hasta que este desarrollaba cierto grado de autonomía, y luego pasaban a criar otro hijo con otra (y a engañarla). Lo describe como una estrategia de reproducción dual: la monogamia en serie más el

adulterio clandestino.

Entonces, pienso mientras me explica todo esto, si mi objetivo es tener una relación que sea sincera con mi auténtico yo, engañar a Ingrid fue la forma de hacerlo. Ahora solo tengo que casarme con ella, engendrar un par de hijos, volver a engañarla otra vez, que me engañe ella a mí y divorciarme. Está claro que esto es el amor entre los *Homo sapiens*. Llámese *falsogamia*.

Por otra parte, aunque la teoría de Fisher sea cierta, existe un problema con este estilo de vida en el mundo moderno. Tal y como, por desgracia, descubrimos los demonios rojos y yo, provoca mucho sufrimiento, destruye cualquier intento de intimidad y traumatiza a toda la familia. Si lo añadimos a los problemas éticos, con los programas de registro de pulsación de teclas, las facturas telefónicas, los extractos de la tarjeta de crédito y los perfiles en las redes sociales, con fotos etiquetadas de fácil acceso, para un embustero es casi imposible no dejar un rastro de baba tecnológico para que lo descubra una pareja con un mínimo empeño.

Así que le pregunto a Fisher cuál es la mejor manera de superar nuestro pasado evolutivo para poder disfrutar hoy de una relación sana y duradera. Para responderme, me explica que hemos desarrollado tres principales sistemas cerebrales distintos para aparearnos: uno para el sexo, otro para el amor romántico y el tercero para el afecto profundo. Y después de la intensidad inicial de una nueva relación, nuestros impulsos sexual y romántico a menudo se reorientan hacia otras personas, mientras que el impulso del afecto permanece conectado a nuestro compañero primario.

Ahora bien, antes de que pueda sacar conclusiones, Fisher dice que este debilitamiento natural del romance y la sexualidad se puede prevenir. La solución completa es que las parejas hagan juntos cosas novedosas y emocionantes (para liberar dopamina y sentir la descarga del amor romántico), que hagan el amor con regularidad (para liberar oxitocina y estrechar los lazos sexuales), que esquiven las oportunidades para la infidelidad y, en general, que se aseguren de que su pareja conserva el suficiente grado de «emoción constante» como para que los tres instintos sigan vivos.

—Vaya, eso es mucho pedirles a dos personas —le digo.

—Sí, y aun así podría ser que siguieras queriendo acostarte con otras en secreto —responde Fisher—. Por eso, si quieres engañar, por el amor de Dios, que no te pillen.

Y eso es lo que hay: Helen Fisher, la mayor experta mundial en apareamiento, me ha dado permiso para poner los cuernos. Me deja atónito que este sea el consenso científico imperante en cuanto a las relaciones personales. He estado trabajando tan duro para aceptar la premisa de que el deseo que siento por otras mujeres es una enfermedad de por vida y que únicamente la fe y el poder supremo pueden ponerle remedio. Aunque quizá no sea la confusión, ni el trauma, ni la adicción al sexo lo que hacen que la noción de monogamia de por vida resulte tan poco atractiva. Tal y como le dije a Rick en un principio, sencillamente, es parte de nuestra naturaleza.

Hasta Sigmund Freud y Carl Jung, los padres de la psicoterapia moderna, tuvieron, al parecer, sus aventuras: el primero con la hermana de su esposa, y el segundo, con una paciente. «El prerrequisito para un buen matrimonio, me parece a mí, es la licencia para ser infiel», le escribió Jung a Freud en una carta. Y Bill W., el fundador de Alcohólicos Anónimos, era tan conocido por sus infidelidades a su esposa con las mujeres atractivas que asistían a las reuniones de sobriedad que más adelante sus compañeros empezaron a llamar a este tipo de lujuria el paso decimotercero.

Para Carnes, serían todos unos adictos. Para Fisher, serían prósperos *Homo sapiens*. Para la sociedad, serían unos rastreros. Es todo muy confuso.

En el transcurso de los días siguientes, me sumerjo aún más en la ciencia de apareamiento. Pero soy incapaz de dar con un solo ejemplo creíble en todo el canon de la literatura evolutiva y antropológica que respalde el argumento de que, supuestamente, los seres humanos escogen una pareja y se mantienen fieles y en exclusiva con esa persona de por vida.

Y para más inri, he tenido sentimiento de culpa por haber estado fantaseando en lugar de buscar momentos de intimidad con Ingrid. Pero resulta que un estudio acerca de las fantasías sexuales que han llevado a cabo investigadores de la Universidad de Vermont concluye que el noventa y ocho por ciento de los hombres (y el ochenta por ciento de las mujeres) afirman tener fantasías sexuales con personas que no son su pareja.

De modo que naturalmente que es un esfuerzo concentrar mi atención sexual y mi deseo al cien por cien en Ingrid. Soy normal, joder. Solo pensarlo resulta liberador. Porque estoy cansado de machacarme un día detrás de otro.

Incluso cuando por fin me encuentro con un grupo de investigadores que estudian los beneficios de la monogamia en la sociedad —históricamente, ha

aumentado el número de mujeres disponibles y se ha reducido el de hombres solteros, lo que conduce a una menor competitividad a la hora de buscar pareja y un índice inferior de crimen y violencia—, no solo admiten que su definición de monogamia no excluye la infidelidad, sino que tampoco creen que la monogamia sea algo natural.

«Si todo fuera genética, si los seres humanos se aparearan de forma natural de por vida y el vínculo de pareja fuera muy estrecho —explica el profesor Peter J. Richerson—, no haría falta esa costumbre del matrimonio».

En cuanto al tema del matrimonio, la socióloga Stephanie Coontz, autora de *Historia del matrimonio*, me cuenta que la tradición ni siquiera ha estado nunca relacionada con la intimidad. Durante la mayor parte de la historia, el matrimonio ha sido una institución económica y política relacionada principalmente con la fusión de recursos, la formación de alianzas o la creación de un linaje para la sucesión, explica. No fue hasta finales del siglo XVIII cuando la gente empezó a casarse por amor. Y hasta finales del XX no empezó a considerarse más una relación íntima que una institución patriarcal.

Coontz cree que hoy en día la tradición está cambiando de nuevo. «La gente quiere ser monógama o promiscua, quiere niños o no los quiere, quiere esto o quiere lo otro —dice—. Durante siglos tuvieron que ocultar esas preferencias y aceptarlo todo como un paquete que iba incluido en el contrato. Ahora no hace falta: literalmente, es cuestión de elegir. Corta y pega la vida que quieres tener. La vida familiar y las relaciones amorosas se están convirtiendo básicamente en un traje a medida».

A lo mejor Calvin tenía razón, pienso al salir de casa de Coontz esa noche. Tal vez nos hayan lavado el cerebro. O eso o vivimos en una cultura del siglo XXI que se mueve a gran velocidad, pero que está atrapada en unas instituciones del siglo XX que cambian con excesiva lentitud.

Una vez más, no importa cuál sea tu punto de vista, siempre encontrarás a alguien con un doctorado que te dé la razón.



12

Y así estoy, casi un año después de salir de rehabilitación, atrapado entre una corriente de pensamiento que me dice que padezco una enfermedad psicosexual incurable para la que necesito tratamiento diario y otra que me argumenta de forma muy convincente que más de doscientos mil años de cultura de la humanidad y de evolución respaldan mi conducta como algo perfectamente natural.

Entre tanto, mi relación con Ingrid se ha convertido en una montaña rusa. Tan pronto estamos echándonos unas risas juntos y mirándonos amorosamente a los ojos, como al instante nos ponemos a discutir o no nos dirigimos la palabra. La mayor parte de las noches acabo durmiendo en el sofá. Al mismo tiempo, Hércules se las ha arreglado para ir pasando de dormir en el suelo, al lado de la cama, a dormir encima del edredón a los pies de la cama, a dormir encima de una almohada en el cabecero de la cama, hasta acurrucarse contra Ingrid.

Una tarde, a raíz de un artículo que estoy escribiendo para *Rolling Stone*, quedo con la cantante británica Ellie Goulding en Malibú, para que me toque algo en lo que ha estado trabajando. Salimos a remar con las tablas y hablamos de su vida artística y personal. Cuando Ingrid llega a casa del trabajo con Hércules a la zaga le cuento cómo me ha ido el día.

—Hemos hablado de abandono, porque su padre las dejó a ella y a su madre —resumo—. Un día, se sentía muy triste, así que le envió un mensaje y le preguntó: «¿Todavía me quieres?». Pero la mujer de su padre le contestó diciéndole que lo dejara en paz y que no lo molestara más. Qué crueldad. Estábamos los dos a punto de llorar.

Ingrid se tensa y me dice secamente:

—¡Ah, vaya! ¿Así que habéis llorado juntitos?

Es un tono de voz que ya he oído antes, como un trueno en un día de sol

anunciando que se avecina una tormenta. Sale airada de la habitación y vuelve al cabo de unos segundos bombardeándome a preguntas: «¿Por qué os habéis dado el número de teléfono? ¿Para qué la has invitado a venir aquí? ¿Por qué ha venido mientras yo estaba en el trabajo?».

Ingrid está convencida de que tenía razones ocultas, cosa que en este caso concreto no era así. Me escucha de mala gana mientras se lo explico, entonces ella pronuncia las tres palabras que son el beso de la muerte para cualquier relación:

—Enséñame el teléfono.

Mientras Ingrid analiza hasta la última palabra de mis intercambios con Goulding, miro a Hércules, que está tumbado en la cama durmiendo. Su pequeño miembro arrugado está ahí colgando, hurtadas sus funciones y propósito para que pueda ser un sirviente cuya única tarea es dar afecto y aceptación incondicional a su ama. No está bien privar a ningún ser vivo de las alegrías del sexo.

Cuando Ingrid termina de revisar mi teléfono nos pasamos media hora riñendo acerca de Goulding. Es la primera vez que me acusa de algo que no he hecho y se niega a creer la verdad. Y es una sensación espantosa: no es solo una consecuencia directa de todas las veces que he socavado su confianza, sino que no debe de ser nada fácil salir con alguien que tiene que trabajar con tanto ahínco para no engañarla.

Ninguna mujer quiere tener como pareja a un adicto al sexo, salvo, quizás, una adicta al amor.

Al final Ingrid se deja caer en la cama al lado de Hércules y se sume en un silencio huraño y lacrimoso. El primer año de nuestra relación ella siempre estaba sonriendo, riéndose y atareada con sus proyectos creativos. Una de las razones por las que me enamoré de ella fue que penetró hasta los rincones más oscuros de mi mente como un rayo de sol. Pero ahora su luz y su creatividad parecen haberse extinguido por completo. Ni siquiera habla ya con sus amigos porque no ven con buenos ojos que siga conmigo.

Al mirar las manchas de rímel corrido alrededor de los ojos de Ingrid, la profunda mueca en su rostro, la trágica bola fetal que forma alrededor de Hércules, la advertencia de mi madre resuena en mi cabeza: «Cuando seas mayor, nunca hagas a nadie tan desdichado como tu padre me hace a mí».

FASE IV

Evasor del amor:

Abandona la relación y repite ciclo

con pareja nueva.

Adicto al amor:

Retoma la fantasía respecto a su pareja

o repite ciclo con pareja nueva.



13

Cuando se sube al coche con un vestido rojo y sus sempiternas botas negras, siento alivio al verla. De entre todos los profesionales a los que he conocido, parece que fuera la única que ve con claridad los hilos invisibles y enmarañados que guían la conducta humana.

Y las primeras palabras que salen de la boca de Lorraine no solo me impactan, sino que son exactamente lo que necesito oír en este momento:

—Cuando saliste de rehabilitación estuvimos deliberando —dice—. Y creemos que no eres un adicto al sexo.

—¿En serio?

—Tienes una compulsión sexual y ese es uno de los muchos síntomas de la educación que te dieron.

—Gracias.

No estoy muy seguro de cuál es la diferencia exacta entre una adicción y una compulsión, pero tampoco me importa. Sus palabras abren el último candado que faltaba y me liberan de toda la vergüenza, la represión y la batalla librada el pasado año. Es el mejor cumplido que me han hecho desde que me embarqué en todo este proceso.

Después de la discusión que tuve con Ingrid le envié un mensaje de correo electrónico a Lorraine, que probablemente sea la persona que me conoce a un nivel más profundo, para preguntarle si romper la relación sería una decisión sana para Ingrid y para mí o un error del que nos arrepentiríamos el resto de nuestra vida. Ella me contestó que en breve vendría a la ciudad para impartir un taller en el condado de Orange y que entonces podríamos hablarlo en persona. Así que la invité a cenar con Rick y conmigo.

Cuando entramos en el restaurante italiano Giorgio Baldi vemos a Rick sentado a solas, con una camiseta blanca. Pocas veces lo habré visto con otro atuendo. Sonríe y hace un leve gesto con la cabeza a modo de saludo cuando le presento a Lorraine.

Después de pedir, informo a Rick de que estoy listo para tirar la toalla respecto a toda esta idea de acepta todo lo que te diga el experto en adicción al sexo.

—Ha pasado un año y sigo sin ser feliz. Lo he seguido todo al pie de la letra y he aprendido mucho. Pero no es solo que mi relación penda de un hilo ahora mismo, es que mi deseo de estar con otras personas no ha cedido ni un ápice y mi convicción de que debería, tampoco.

Observo el semblante de Rick a la espera de una reacción. Él lo digiere y cierra los ojos ligeramente, como si estuviera alcanzando una idea o, más bien, dejando paso a que una idea le viniera a la mente.

Pero, antes de que pueda responder, Lorraine me pregunta.

—¿Escapa eso a tu sistema de valores?

—No.

—Entonces no veo qué tiene de malo. Cuando murió mi marido decidí que no quería volver a vivir con nadie. Vivo sola y soy feliz, y no me gustaría que nadie ocupara ese espacio. Es lo que me funciona a mí. Lo bueno de hoy en día es que existen muchas opciones distintas y uno puede escoger la que más le convenga.

Me asombra que tenga una mente tan abierta. Parece como si hubiera cambiado su ideario desde mi estancia en la clínica, así que se lo pregunto.

—Todo lo que te dije mientras hacías la silla vacía es verdad —dice—. Sin embargo, la directora del programa es Joan y ella tiene unas directrices muy estrictas con respecto a condonar cualquier conducta sexual fuera de una relación monógama de compromiso, por eso allí no siempre puedo decir todo lo que pienso.

—Entonces, ¿sí crees que es posible tener intimidad fuera de la monogamia? —insisto, solo para asegurarme de que la estoy entendiendo bien.

—Hay algunas parejas que tienen una relación de por vida, con hijos, y acuerdan tener un matrimonio abierto. Siempre que los dos sean fieles e íntimos y que actúen de forma íntegra, no voy a entrar a juzgarlos.

Contemplo las arrugas empolvadas de su rostro, los pliegues de la piel que amenazan con descolgársele del cuello y la inteligencia cosechada en sus ojos. Y pienso, gracias por entenderme.

Me sorprende comprobar lo mucho que significa para mí su beneplácito. A lo mejor es porque en rehabilitación me arrebataron el permiso de ser un ser sexual. Fue mi penitencia por haber abusado de ese derecho en mi relación, por haberla usado para hacerle daño a alguien inocente. Y ahora, después de estar un año a prueba, por fin se me vuelve a otorgar la custodia provisional de mi sexualidad.

—Me siento preparado para explorar otros tipos de relaciones, pero estoy un poco asustado —le digo a Lorraine—. Llevo toda la semana despertándome cada mañana angustiadísimo por la posibilidad de perder a Ingrid. Estoy preocupado por si no soy capaz de volver a encontrar un amor como este y por si estoy echando por tierra lo que podría ser mi única oportunidad de tener un futuro de felicidad y una familia.

Se me da tan mal el compromiso que ni siquiera puedo comprometerme a no estar comprometido.

Ambivalencia. Ese es mi fuerte. Salve a la ambivalencia, destructora de

relaciones.

A todo esto Rick sigue callado, escuchando la conversación, asintiendo y recabando opiniones.

—¿Le has preguntado a Ingrid si está abierta a otra clase de relación? —sugiere Lorraine mientras nos traen la comida.

—Esa sería la solución perfecta. Pero no creo que le vaya mucho la idea.

—A lo mejor te sorprendes —dice.

Si bien nos toca lidiar sin remedio con nuestra familia de origen, no es menos cierto que podemos crear una familia del estilo que nosotros queramos. Y de algún modo tengo la sensación de estar aquí sentado con el padre y la madre funcionales de mi elección.

Y en este punto es cuando Rick abre por fin la boca para hablar.

—Lo que quiero para ti —empieza, midiendo cada palabra para asegurarse de que me llegan con toda la contundencia posible— es que te comprometas hasta el final a vivir este estilo de vida aventurero que deseas, sin ninguna otra opción. Porque necesitas llegar a ese lugar en el que puedas tener a todas las mujeres que te dé la gana para descubrir que esa no es la solución a tu soledad ni a tu necesidad de comunicación ni a tu dolor.

Me impresiona la severidad de sus palabras. Pensaba que teníamos un acuerdo según el cual pondría a prueba todas las vías sin juicios de valor.

—La primera vez que hablamos de esto no lo planteaste en esos términos.

—Bueno, en aquel entonces tenía algo más de esperanza en ti. Pero se ve que era esto lo que querías desde el principio.

Lorraine lo observa mientras habla. Noto con una angustia creciente que va a estar de acuerdo con él.

—Si de verdad vas a tirar para adelante con esta decisión —me dice al final—, te voy a pedir que resuelvas un misterio.

—¿Qué misterio?

—El misterio de si el camino en el que te estás embarcando es auténtico o si estás actuando impelido por una herida.

—¿Cómo voy a distinguirlo?

—Las heridas implican dramas y traumas, no traen comodidad —hace una pausa para asegurarse de que lo he entendido y entonces prosigue—: Todos tenemos seis necesidades esenciales: emocional, social, intelectual, física, sexual y espiritual. Si están atendidas y mejoradas, entonces es que estás haciendo lo correcto.

—Si esta decisión proviene de un lugar sano, descubrirás que te conduce a una felicidad duradera —añade Rick.

No es tanto que parezca haber reculado como que haya decidido dejarme aclarar por mis propios medios adónde me lleva esta vía.

—Eso espero —les digo—. Quizá encuentre a alguien que comparta conmigo mis opiniones y mis valores.

Tan pronto las palabras abandonan mi boca, empiezo a preocuparme de que acabe con el destino que me merezco: una mujer que sea igual que yo.

—Recuerda —me apremia Lorraine, como si pudiera leerme el pensamiento—, cualquier cosa que no te dé la vida es demasiado poco para ti.

—Y hagas lo que hagas —añade Rick en tono sombrío—, espero que lo hagas limpia y honestamente, sin lastre.



14

—**E**sta es la mejor relación que he tenido en mi vida —le digo—. Nunca había querido tanto a nadie.

Estamos tumbados en la habitación de invitados, la que Ingrid decoró y bautizó con el nombre de Sala de la Nave Espacial. Hay cuatro colchones juntos en el suelo, y las paredes y las ventanas están tapadas con sábanas negras. Un aparato va proyectando vídeos de galaxias en las paredes, de otro salen constelaciones que se reflejan en el techo y hay una luna de juguete con luz colgando por encima de nuestras cabezas. La estancia en sí misma es un testimonio de la juguetona creatividad de Ingrid, y otro motivo más de mi admiración por ella. Y, sin embargo, a pesar de todo ello, estoy a punto de romperle el corazón. A ella y a mí.

—Y ese es el problema —continúo.

—¿El problema?

Empiezo a tartamudear. Me cuesta arrancar las palabras que vienen a continuación. Sus ojos se anegan en lágrimas. Sabe lo que se avecina.

—No quiero perderte —dice, aunque sabe que así es.

Nos quedamos sentados en silencio un instante y entonces continúa.

—Tengo la sensación de que todos los problemas que hemos tenido últimamente son por mi culpa, porque no me he sentido segura y eso ha hecho que me distancie y que desconfíe de ti.

Quiero dejar que crea eso, pero no es verdad.

—No, soy yo —le digo; me siento fatal, me siento egoísta, me siento defectuoso—. No sé, pero tal vez podríamos intentar, a modo de experimento, algún tipo de relación menos tradicional, solo por un tiempo, para quitármelo de encima.

¿A quién quiero engañar? Estas cosas no me las voy a quitar nunca de encima. Lo he intentado.

—¿Para quitarte de encima qué?

Cojo aire. Empiezo a temblar. Me pone nervioso tener que decir lo que viene ahora.

—Creo que nunca voy a poder volver a ganarme tu confianza —una pausa larga— porque creo que nunca sentiré que es normal no poder estar con otras personas aparte de ti. Durante el resto de mi vida.

Ya está. Ya lo he dicho. Miro sus ojos prismáticos, sus pómulos altos, la delicada uve doble de su cuello y sus clavículas, y esa cualidad intangible de su alma, que es más hermosa y perdurable que todo lo demás. No quiero que tenga el cuerpo de aquella mujer del avión ni que me deje solo cuando llegue a casa del trabajo ni que deje de leer por encima de mi hombro. Me abochorna haber pensado esas cosas. Y me pregunto: ¿por qué ella no es suficiente? ¿Por qué no puedo ser feliz con ella? Y mis ojos empiezan a humedecerse.

No se enfada. No se ahoga en un mar de llanto. Me mira a los ojos y me dice con ternura:

—A lo mejor tú quieres acostarte con otras, pero yo no. No me imagino teniendo relaciones sexuales con alguien por quien no siento nada.

—Tal vez podríamos tomarnos tres meses de descanso y emplearlos para decidir de corazón qué es lo más apropiado.

Nada más hacer la propuesta ya sé con seguridad que ella nunca la aceptará.

—Si paramos, si nos tomamos un descanso, se acabó. Ya está. No volveré a verte ni a hablar contigo nunca más.

Lo dice con cariño, pero también con firmeza, sin el titubeo propio del ambivalente.

Entonces ya está: tengo que tomar una decisión. Toda una vida de monogamia con la mujer que amo. O toda una vida de salir con quien quiera, de hacer lo que quiera, de tener completa y total libertad. No significa que no vaya a tener nunca una novia o un hijo o una familia. Solo quiere decir que los tendré según mis propias normas, no según las de esta sociedad represiva que espera que te cortes las pelotas en cuando das el «sí, quiero».

Guardo silencio. No puedo hacerlo. Esto es lo que llevo tanto tiempo diciendo que es lo más natural, y en cambio ahora no consigo dejarme llevar. Tenemos programado un viaje a Machu Picchu dentro de un par de meses y hay otras mil aventuras que hemos planeado e imaginado. Me he pasado la vida soñando con ser alguien como Ingrid: alguien a quien respeto, en quien confío, con quien me río constantemente, con quien me despierto y a quien miro y solo puedo sonreír, dando gracias al universo por traer a mi vida a alguien tan adorable y tan cariñoso. Pero…

Para ella el silencio duele más que las palabras. Las lágrimas vienen ahora,

despacio.

—Tienes que llevar a cabo tu búsqueda —dice—. Y yo no puedo acompañarte. Tienes que ir tú solo.

—No lo sé. ¿No es ridículo? Nos queremos tanto… ¿Estamos cometiendo un error?

—No —dice—. Tienes que hacerlo… para ser feliz.

Por suerte, uno de nosotros es fuerte.

—¿Tú quieres que rompamos?

—No. Lo hago por ti.

Y en ese punto pierdo los papeles. La abrazo, con lágrimas inundando nuestras mejillas.

—Gracias por enseñarme a amar y por enseñarme lo que es el amor —me dice—. Eres la persona con el corazón más grande que conozco.

No me creo esas palabras y ni siquiera veo cómo se las puede creer ella. Y, sin embargo, así es.

Nos aferramos el uno al otro en silencio, hasta que dice suavemente:

—Quería tener bebés contigo.

En el techo y las paredes las galaxias están en movimiento, son réplicas diminutas de planetas y estrellas que se mueven cada uno en su órbita. Y pienso, estamos cambiando el universo en este instante. Esta pequeña decisión va a significar que esos niños no van a nacer en este mundo. Y no seremos los padres de graciosas y luminosas ingrids ni de neuróticos neils.

Un estruendo retumba en la ventana como el temblor de un terremoto o una violenta racha de viento, y me pregunto si será el universo, que nos envía una señal para decirnos que nos estamos equivocando. O puede que sean sicarios mexicanos, que vienen a matarme por estar trabajando en ese libro sobre la guerra del narco. Rick Rubin me dijo una vez que la gente, en su lecho de muerte, no piensa en su trabajo ni en sus experiencias vitales ni en lo que le queda pendiente de su lista de

cosas que hay que hacer. Piensan en el amor y en la familia. Y yo los estoy echando por la borda. Puede que aquella pesadilla que tuve de niño —aquella en la que era un haragán vilipendiado y sin blanca que dormía en el sofá de la casa perfecta de barrio residencial de la familia de mi hermano— esta vez sí que se haga realidad.

Pero ¿acaso tengo yo ese sueño para mí? ¿Una casa en las afueras, una rutina doméstica que nunca cambia, un estilo de vida en el que salir al cine es una especie de gran aventura, con niños tan ingratos como yo que culpan a sus padres de todos sus problemas? Puede que mi corazón no sea tan grande como dice Ingrid. O puede que sea grande, pero solo porque es ávido y está constantemente buscando consumir más para no morirse de hambre.

Estoy a las puertas de la libertad con la que llevo fantaseando todo este último año y en cambio me siento como si fuera a arrojarme desde la azotea de aquel bar.

Ingrid me acaricia el pelo para tranquilizarme y me dice:

—Es como si hubiera atrapado a un precioso pájaro salvaje y lo hubiera metido en una jaula para poder admirarlo yo sola.

Yo escucho. Lo sabe. Me entiende.

—La jaula está cerca de la ventana y el pájaro no deja de mirar afuera y de pensar en la vida que hay allí. Y yo tengo que abrir la jaula para dejarlo marchar, porque su lugar está en la naturaleza.

Entonces deja caer la cabeza, sus ojos se enrojecen y empiezan a brotar las lágrimas más deprisa. Yo no puedo dejarme llevar, pero ella sí. Entre sollozos, pronuncia su última reflexión, las ocho palabras que me atormentarán para siempre.

—Pero en la naturaleza los pájaros se mueren.

FASE I

■ Poliamor ■

ESPERABAS NO SENTIR DESEO

POR OTROS HOMBRES DESPUÉS DE CASARTE

Y ESPERABAS QUE TU MARIDO NO SINTIERA DESEO POR OTRAS MUJERES, PERO LOS

DESEOS LLEGARON Y TE SENTISTE ABOCADA A UN ATERRADOR DESPRECIO DE TI MISMA…

¿ALGUIEN TE DIJO ALGUNA VEZ

QUE TAL VEZ AQUELLO NO TENÍA NADA QUE VER

CON TU MARIDO?

—ERICA JONG

Miedo a volar



1

Soy libre.

Puedo desatar mi lado salvaje. Puedo salir con todas las mujeres que quiera. Puedo escribir cualquier mensaje a quien quiera y en cualquier momento. Puedo emprender la búsqueda de la relación libre definitiva. Pero, por la razón que sea, no es lo que estoy haciendo. En lugar de eso, me estoy relajando en soledad. Ni siquiera sabía que me echaba de menos.

Anoche me acabé un libro y esta mañana ya estoy enfrascado en otro. Hacía años que no leía tanto o que no disfrutaba tanto leyendo. La cama se ve limpia y espaciosa, el sol calienta y reconforta, los cereales de canela son enternecedores y decadentes.

Rick dice que acabaré convirtiéndome en uno de esos viejos solitarios que van pegando gritos a los niños felices. Pero tengo mis libros para leer. Tengo mi cama caliente. Y tengo mis cereales para el desayuno. Mientras esto no me falte, no estaré solo. Ingrid se fue hace dos noches llevándose en bolsas de basura todo lo que tenía. Fue doloroso: ninguno de los dos podía parar de llorar. Solo se dejó un ficus y una nota:

Gracias por dejarme ver tu corazón. Siempre dijiste que estaba repleto de oscuridad, pero lo que yo vi era luminoso y cálido, lleno de vida. Es lo más hermoso, como caminar por una cueva con una vela y encontrar un impresionante tesoro escondido. Creo que por eso tienes el mapa del tesoro grabado en la piel. Me dijiste que tu madre regaló tus peces de colores cuando eras pequeño porque decía que no sabías cuidar nada. Así que te dejo mi planta. La llamo «superviviente» porque cuando me la compré se pasó meses sin que la regara y aun así seguía creciendo. Ahora es tuya, está llena de vida, para que puedas demostrar que sabes cuidar de las cosas.

Sus palabras me atraviesan los órganos más vulnerables: el corazón y el núcleo de la vergüenza, que estoy empezando a pensar que son uno solo. Es tan difícil encontrar el amor que es de locos decirle a alguien que deje de amarte sin ninguna razón aparente. Sobre todo, a alguien tan auténtico y cariñoso como Ingrid. Pero eso fue lo que hice.

Sin Ingrid a veces me siento solo, triste en ocasiones, y me invade una funesta desdicha además de una sensación de culpa por supeditarla a todas mis dudas, mi resentimiento y mi lucha por nada. Con todo, a solas estoy más feliz. Yo solo con la superviviente. Por lo menos la superviviente me dejará regar otras plantas. Le doy la vuelta a la tarjeta y me encuentro con una posdata: «Por favor, no contestes a esta nota y no me llames. Intento recuperarme. Si alguna vez necesitas dar conmigo en caso de emergencia, el código es "¡libertaaaad!". Solo tienes que usarlo una vez y allí

estaré».

Me voy a la cocina para dejar el cuenco de cereales sucio en la pila. No lo friego. No me cepillo los dientes. Ni siquiera me he duchado ni me he lavado la cara esta mañana.

Cargo la tabla de surf en el Durando y conduzco hasta la playa. El sol brilla con fuerza, la vista de las montañas es majestuosa y las olas están limpias. Me siento culpable por estar disfrutando de todo ello. Quizá las personas que más daño te hacen cuando se van son aquellas con las que no deberías haber estado en ningún caso, porque lo hacen sin compasión. Ingrid se fue sin nada más que compasión.

Cuando vuelvo a casa, me pongo unos vaqueros y una sudadera fina con capucha. En la encimera de la cocina veo el ejemplar de *Silently Seduced* mirándome a la cara. Lo hojeo y leo algunos fragmentos que había subrayado: «Asume el pleno compromiso de permanecer en tu relación si juzgas que es positivo para ti —escribe Adams—. Separa las necesidades insaciables de tu niño interior de las necesidades de intimidad realistas del adulto. Lamentablemente, no todas las necesidades del desarrollo que se pierden en la relación incestuosa se ven satisfechas por completo en una sola relación de pareja».

Me entra el pánico por un momento, me preocupa haber cometido un terrible error, que mi adolescente castigado haya cortado con la niña abandonada de Ingrid. Pero entonces pienso que, si de todas formas ninguna relación de pareja por sí sola va a satisfacer todas mis necesidades, entonces definitivamente estoy haciendo lo correcto al intentar satisfacerlas por medio de múltiples relaciones. Quizá el daño sea irreparable y solo necesito hallar la forma de vivir con ello, hacer amigos con ello, abrazar las tinieblas, más que combatirlas.

Cuando se pone el sol voy en coche al mercado a buscar cien gramos de carne de cerdo y un poco de ensalada de col. Sentado en casa, comiendo de los recipientes de plástico y viendo avances de películas en internet, percibo una sensación de paz interior que no recuerdo haber tenido desde hace mucho tiempo. Puedo moverme en cualquier dirección que yo quiera sin que nadie me lo impida, sin que nadie me retenga, sin hacer daño a nadie, sin que nadie me pregunte siquiera adónde voy ni me pida que la espere.

Estaba seguro de que a estas alturas ya estaría llamando a alguien con quien pasar la noche, aunque fuera solo para notar la presión de un cuerpo nuevo contra el mío y para extinguir la soledad. En cambio, estoy disfrutando de volver a ser yo.

O bien me había perdido a mí mismo y realmente no estaba prestando atención a mis necesidades en la relación, como creía que estaba haciendo. O en verdad no es de Ingrid de quien me siento liberado, sino del persistente sentimiento de culpa y represión del mundo de la adicción al sexo.

Esa noche, tumbado en la cama leyendo *Zorba, el griego* («el culo de la mujer del molinero, esa es la razón humana», afirma el protagonista), mi cabeza apela una y otra vez a Ingrid y a las cosas que decía y hacía. Como la forma en que me tiraba de los pantalones gritando «¡libertad!» y cómo me empujaba para intentar sacarme de casa por la fuerza. O la costumbre que tenía de comprar bebidas de sabores absurdos, como refresco de beicon o de maíz dulce, y de presentármelos como lo haría el maestro de ceremonias de un combate entre dos boxeadores en un *ring*. O cómo trataba de impedirme que entrara en nuestro dormitorio, haciéndose pasar por el portero y exigiéndome que le mostrara el pase VIP. Echo de menos a mi mejor amiga.

Una vez le pregunté a Dave Navarro, un guitarrista de *rock* con el que escribí un libro, por qué se había separado de Carmen Electra, que en aquel momento era uno de los mayores símbolos sexuales del mundo. «Es como vivir con mi mejor amigo», lamentaba. Y yo contesté: «Eso suena genial. ¿Quién no querría vivir con su mejor amigo toda la vida?». Ahora ya sé la respuesta: cuando vives con tu mejor amigo, tu polla se queda sola.

Linda, una chica con la que salí hace tiempo, me llama. Es como si tuviera un radar o, más probable, como si me siguiera la pista en internet. Para Linda yo fui el primero y siempre que estamos entre dos relaciones —y a veces también estando en una—, nos enrollamos. Cuando le cuento que he cortado con Ingrid, ella me contesta pícara:

—Qué bien, ahora ya podrás tener un bebé conmigo.

—Tal vez algún día podamos hacerlo. Pero no quiero ser monógamo.

Me pregunto por qué siento que no puedo con el matrimonio, pero sí con la paternidad. Creo que es porque lo que me preocupa no es la responsabilidad, sino la exclusividad. Se puede criar a un hijo y seguir teniendo dos o tres o diez hijos más. Y el distanciamiento y la separación forman parte de la naturaleza de esa relación, de modo que con el tiempo todos obtienen un mayor grado de libertad.

Linda y yo hablamos de cómo hacer que el acuerdo funcione para que sea

sano para el niño, pero en el fondo es solo una fantasía en la que cada uno interpreta un papel. Sobre todo, porque ella tiene novio, así que no tengo ni idea de por qué me llama. Lo único que sé es que no tengo por qué sentirme culpable por contestar al teléfono.

Cierro los ojos y me zambullo de nuevo en el confort de mi cama, listo para otro día ilimitado, libre para expandirme en la dirección que yo elija. Cualquier realidad puede ser la mía. Puedo tener un bebé con alguien como Linda. Puedo crear una comunidad de amor libre como la del padre Yod. Puedo encontrar una relación sin ataduras y sin límites. Puedo serme fiel a mí mismo.

Y quizá esto sea la libertad: estar en una habitación circular rodeada de puertas abiertas, sabiendo que puedo cruzar cualquiera de ellas y previendo la nueva aventura que hay detrás de cada una.

Tal vez eche de menos a Ingrid, pero estoy preparado.

2

Entrada del diario de Ingrid

DÍA 1

13.00 horas.

Hércules y yo hemos ido juntos al parque canino. Me siento rara, extraña, como tímida cuando hablo con tíos que se me acercan. Me siento como si estuviera en un mundo completamente nuevo. De momento no he pensado mucho en Neil. Esperando a que llegue la noche. Es la noche lo que me da miedo.

En el parque canino a todo el mundo le parece que Hércules es una monada. Él va a la suya y le gusta oler la hierba. Estoy muy sensible. No quiero que se me acerque nadie ni que me hablen. Quiero estar sola. Me siento triste y vacía.

21.00 horas.

En la puerta de casa de (su amiga) Melissa. He quedado con ella para tomar algo. Necesito consultarle cómo superó ella su ruptura. De vuelta a la oficina desde el parque canino, me he parado en el Rocket Fizz a comprar unos cuantos refrescos de sabores curiosos. Pero todos los sabores me recordaban a Neil, porque los probamos prácticamente todos. He encontrado algunos sabores nuevos, pero luego he pensado, vaya, si está bueno, querría compartirlo con él. Así que me he ido sin comprar nada. Echo de menos a mi mejor amigo. Mi familia. Mi todo.

¿Podré hacerlo?

¿Cuándo va a salir Melissa? ¡Caramba! Llevo aquí fuera más de media hora.

La luna está muy brillante esta noche. La luna me acaricia con su luz suave. Espero que Neil esté fuera, para que la luna pueda tocarnos a los dos y que nos conecte con su luz.

Lo amo. No cabe duda.

En un bar, con Melissa. Está hablando con un conocido suyo. Quiere presentarme al barman.



3

Charles está inquieto porque su mujer le ha montado otra escena, no lo deja entrar en casa y le ha dicho a la familia de él que la había engañado con prostitutas. Adam ha dejado el fútbol, aunque su mujer sigue sin ablandarse. Un guitarrista de *rock* demacrado que se llama Rod me confiesa que ha estado acudiendo a salones de masaje asiáticos a espaldas de su esposa.

Y todo el mundo me grita a mí.

Es mi última sesión de terapia de grupo y Sheila quiere que «procesen» mi salida. La semana anterior hicieron lo mismo con Calvin, que dejó el grupo después de decidirse a traer a Mariana y a su hijo a Los Ángeles por una larga temporada, para ver si conseguían funcionar juntos como familia.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —me pregunta Charles como si la vida sin tratamiento contra la adicción al sexo fuera inconcebible.

—Lo que quiero hacer es tomarme un tiempo para explorar distintas clases de relaciones alternativas y dar con la más adecuada para mí.

—¿A qué te refieres con «relaciones alternativas»? —pregunta Adam, perplejo.

Al parecer no tiene ni idea de que existen otras opciones en la vida aparte del matrimonio monógamo.

—He anotado algunos criterios sobre el tipo de relación que estoy buscando.

Saco mi teléfono y leo la nota que escribí la noche anterior:

No puede ser sexualmente exclusiva, cosa que descarta la monogamia.

Debe ser honesta, cosa que descarta el adulterio.

Debe ser capaz de desarrollar un vínculo romántico y emocional, cosa que descarta ser un soltero empedernido.

Debe ser capaz de fundar una familia con hijos sanos y equilibrados, cosa que descarta a parejas y estilos de vida inestables.

Cuando termino reina un silencio incómodo. Al final es Charles quien toma la palabra.

—Tenía la esperanza de que fueras un adicto de los de dos-coches-en-el-garaje, de esos que se someten a tratamiento y se recuperan antes de perderlo todo —mueve la cabeza en un gesto de decepción; su Alfred Nobel ha resultado ser un Robert Oppenheimer—, pero ahora parece que vas a tener que tocar fondo.

—¡Tienes el cerebro enfermo! —aúlla un jefe de obra que hay en el grupo, como si fuera un predicador medieval diciéndome que estoy poseído por el diablo;

está aquí porque su mujer lo sorprendió exprimiendo la cuenta bancaria para pagar tiempo con chicas de *webcam*—. Eres incapaz de decidir nada tú solo. Es tu cabeza la que te ha metido en este follón, de modo que ¿cómo pretendes que esa misma cabeza te saque de él?

Hago ademán de defenderme, pero Sheila levanta la mano para mandarme callar.

—Primero escucha las reacciones de todos —me ordena.

Rod es el siguiente en levantarse.

—Algunos amigos míos han intentado tener relaciones abiertas —empieza—. Y no funcionan. Para ti es natural quererlo porque eres un hombre y un adicto. Pero ninguna mujer normal va a salir contigo si le dices que no puedes ser fiel, a no ser que sea tan débil que lo acepte.

Pero ¿quién decide lo que es o no natural?, me pregunto. ¿Y si fuera simplemente la presión social que reciben constantemente las mujeres respecto a ser buenas chicas, reservar su virginidad y esperar a que llegue el hombre ideal combinada con un predominio de padres que abandonan a sus hijas, dando lugar a empalagosas adictas al amor, y que la gente malinterpreta como una predisposición inherente a las mujeres hacia la monogamia y al «vivieron felices y comieron perdices»? Estoy empezando a creer que toda esta tendencia a clasificar determinados comportamientos como normales o anormales causa en la gente más daño que beneficio.

Cuando todos han acabado de condenarme, Sheila toma unas cuantas bocanadas de aire con las palmas de las manos vueltas hacia arriba, elevándose y descendiendo con cada aspiración, hasta que consigue ralentizar la energía en la sala. Entonces, en el tono de voz más afable que consigue modular, me condena.

—En este momento estás en recaída. Lo que estás haciendo son planes para evitar el dolor emocional de la ruptura y el dolor por saber que no puedes darle a Ingrid lo que necesita en una relación.

Me quedo allí sentado, tratando de darle algún sentido a lo que me está diciendo, aunque me parece un completo galimatías. Afortunadamente, Adam, que parece haber entendido el concepto de «relación alternativa», acude al rescate:

—Reconozcámoslo: lo que quería Neil no es lo que le va a Ingrid. Fue sincero

con ella y ese es un gran paso. No sé si alguno de nosotros habrá sido tan sincero con su mujer. Por lo menos se está planteando todo esto antes de casarse.

—¿Acaso no te das cuenta de que está erotizando su ira, Adam? —lo amonesta Sheila.

Quiero decirle que utilizar el concepto de erotización de la ira a modo de condena indiscriminada de todo contacto sexual informal y no monógamo es en sí mismo un acto de ira, un intento de abochornar a cualquiera que no comparta sus opiniones y su moralidad personal. Con esa misma facilidad podría considerar como una patología los textos que escribo, descartarlos como reacciones al trauma de haberme sentido incomprendido de niño y decirme que para tener intimidad necesito una comunicación recíproca, y someterme a un programa de doce pasos para detener esta forma solitaria de masturbación conversacional.

Pero mantengo la boca cerrada, hasta que Sheila me da permiso para responder y despedirme al final de la sesión. Al principio quiero preguntarle por qué nadie toma partido por Rod, por ir a salones de masaje, pero cuando lo veo hecho un guiñapo en su silla, comprendo la respuesta: él admite que padece una enfermedad sobre la cual no tiene ningún poder, mientras que yo sigo sin creerme que esa enfermedad exista para la mayoría de nosotros y estoy a punto de lanzarme a una exploración de sexo extrarrelacional. De manera que, si no acabo muerto o, en cierta medida, destruido, eso amenazaría la fe generalizada en esta semirreligión y, por extensión, en el frágil control que ejercen ellos sobre sus deseos.

Así que domino mi ánimo de refutar su argumento, eso solo serviría para legitimar la acusación de Sheila de que se trata de ira, y me limito a darles las gracias y a decirles que seguiremos en contacto. Pero cuando me mira con su cara de triste Sheila y me dice que sufre por mí, se me hace un poco difícil no desviarme del camino.

—No te preocupes por mí —le digo—. Lo que sientes es tu propio dolor y tu propia tristeza, no los míos. Yo estoy bien.

Jodido, inseguro, neurótico y… lúcido. Porque se acabó el sentarse aquí, entre estos hombres sin sangre, la mayor parte de los cuales ni siquiera disfrutan de ese matrimonio por el que tanto están luchando.

Hemos vivido la era tenebrosa de las relaciones. Fue la Iglesia católica la que inició una campaña implacable para convertir la monogamia y el matrimonio de por

vida en instituciones inviolables en el siglo IX. Ya es hora de entrar en la ilustrada era del amor, de la sexualidad y del cariño. Alguien tiene que abrir el candado que la sociedad nos ha puesto en los genitales, aunque eso signifique arder en la hoguera a manos de Sheila, Charles, Joan, Patrick Carnes y millones de personas que miran con terror al cambio, a la libertad y, en definitiva, al placer.

Así pues, adiós, grupo de adictos al sexo; hola, sexo en grupo.

4

Entrada del diario de Ingrid

DÍA 4

Siempre me abandonan. Mi padre se fue, y eso mismo hacen todos los hombres de mi vida. Antes pensaba: los tíos son unos imbéciles. Luego me corregí y pensé: bueno, los he elegido yo, así que soy una imbécil.

Ya no quiero ser una imbécil. Estoy tan rota que no siento nada. Neil no me quiere a su lado y probablemente sea feliz ahora que no está conmigo. Intento olvidar para no sufrir. Día a día. Mañana será otro día y dolerá un poco menos. Estaré bien. Hay una luz que me sigue y se asegura de que esté bien.

¿Neil se habrá olvidado de mí tan pronto? Yo no lo he olvidado.

No quiero que sepa que me ha hecho daño. Me dejó marchar.

5

Ya os dije que yo era el malo.



6

Se oye un crujido de latas de cerveza y bolsas de plástico bajo los neumáticos cuando aparco cerca de la dirección que me dio *Shama* Helena. Hileras de casitas desiguales bordean la calle, cada una con su jardín moribundo. Los residentes más acaudalados se distinguen por las vallas de madera y las verjas metálicas que separan su propiedad de las de sus vecinos.

La casa que voy buscando es una construcción de una planta, de estuco amarillo. Detrás hay un garaje y un cobertizo en el jardín, cada uno de los cuales se alquila a modo de apartamento. He venido a visitar a la inquilina que vive en el garaje.

No es el mejor barrio del Valle. Y no estoy seguro de hacer bien viniendo aquí. Pero por algún sitio tengo que empezar. Así que ¿por qué no con *Shama* Helena?

El primer lugar por el que empecé a buscar alternativas a la monogamia después de mi última sesión de terapia de grupo fue la comunidad poliamorosa en internet. Aunque históricamente la palabra *poligamia* hace referencia a alguien casado simultáneamente con varias personas —*poliandria* si es una mujer con múltiples hombres, *poliginia* si es un hombre con múltiples mujeres—, *poliamor* es un término más reciente y mucho más amplio que significa «muchos amores». Lo acuñó a principios de los noventa Morning Glory Zell-Ravenheart, una escritora *new age* cuyo nombre encarna el carácter *poshippy* de la comunidad poliamorosa original. Su neologismo se extendió como la pólvora, entre otras razones porque queda mucho más elegante que decir «relaciones plurales» o «relaciones con múltiples parejas».

Buscando en internet reuniones locales de poliamor, me tropecé con el

nombre de *Shama* Helena. Aparte de liderar uno de los grupos, también ha autopublicado un libro que se llama *Polyamory 101* y prepara a los recién llegados al mundo de las relaciones alternativas. Así que contacté con ella para hablar de mis opciones y para saber cuáles son los mejores lugares para encontrar parejas de mente abierta.

Llamo flojito a la puerta del garaje de *Shama* Helena, ansioso por emprender mi viaje hacia el mundo de las relaciones alternativas y hallar la relación —o relaciones— no monógama que voy buscando. Es evidente, a juzgar por el sitio donde tiene establecido su negocio, que enseñar a la gente a tener más amantes no está tan bien pagado como enseñar a tener menos.

Shama Helena me da la bienvenida ataviada con unos pantalones anchos con cordón y una camiseta de tirantes de la que asoma un inmenso escote. Debe de tener en torno a los cincuenta años, con el pelo color caoba, flequillo largo y una convincente cara de bruja, aunque de nariz ancha más que afilada. El sentido común me aconseja que me marche; la curiosidad me empuja hacia delante.

El garaje ha sido transformado en dos habitaciones. La tetuda bruja de Central Valley me lleva a la trasera, donde han embutido una cama entre las paredes en sentido longitudinal. Se sienta cruzada de piernas en el cabecero del colchón. Esta es su oficina.

Por lo visto se supone que tengo que sentarme frente de ella, a los pies de la cama. Me pregunto qué clase de mujer permite entrar en su casa y en su cama, en cuestión de segundos, a un desconocido que ha contactado con ella por internet. Entonces me doy cuenta de que es exactamente la clase de mujer que venía buscando.

En el siglo XVI una mujer como *Shama* Helena probablemente habría sido quemada en la hoguera, no necesariamente por culpa de su aspecto ni por las velas, el incienso y las cortinas rojas que cubren toda la casa, sino porque a las mujeres que se mostraban abiertamente sexuales se las consideraba brujas poseídas por el demonio. Hemos avanzado mucho como cultura en los últimos quinientos años. Ahora, en lugar de llamarlas brujas y acabar con ellas, las llamamos putas y acabamos con su reputación.

Los hombres tenemos una relación conflictiva con la sexualidad femenina: cuando un hombre es soltero quiere que las mujeres sean tan fáciles e indiscriminadas como las estrellas del porno. Pero al mismo tiempo les da pavor su

comportamiento, porque piensan que, si una mujer tiene tan pocos reparos en acostarse con ellos, entonces está claro que se acostará con cualquiera y, por lo tanto, no guardará fidelidad en una relación. Tenemos tantas creencias contradictorias y represivas, tantas limitaciones autoimpuestas con respecto a la sexualidad; y prácticamente todas ellas son el resultado de una necesidad patológica de imponer a otra persona lo que puede o no puede hacer con su cuerpo y con su corazón.

—¿En qué puedo ayudarte? —pregunta *Shama* Helena.

Empiezo a contarle mi historia, pero, a medida que avanzo, algo se derrumba en mi interior. Me paro y cierro los ojos para fortalecer los muros de mi corazón, y *Shama* Helena, la que todo lo ve, me pilla.

—¿Qué ocurre? —me pregunta.

Inhalo una profunda bocanada de aire cargado de incienso.

—Estaba pensando en Ingrid, mi ex —se me hace raro llamarla «mi ex», como si la hubiera borrado de mi vida—. Reservamos un viaje para ir juntos a Machu Picchu y acabo de ponerme triste al pensar en ir sin ella.

Con una voz pausada que resulta casi demasiado susurrante, como si se hubiera estudiado el «Happy Birthday» de Marilyn Monroe a John F. Kennedy, me dice que ella cree que hay tres clases de hombres: los tíos «hasta que la muerte nos separe», que quieren estar con una persona el resto de su vida; los del tipo Peter Pan, que no quieren crecer nunca y solo aspiran a coleccionar muescas en el cinturón, y los hombres maduros, que quieren tener relaciones íntimas con múltiples parejas.

Mientras la escucho sintiéndome una mezcla de las tres clases, empiezo a imaginarme cómo debe de ser su vida sexual. La veo desnuda, con arrugas por todas partes, las tetas colgándole del pecho y con una enorme sonrisa radiante, dejándose meter mano por unos tíos de pelo gris en el pecho y el torso como una cordillera montañosa. De alguna manera, la escena no resulta desagradable; resulta festiva.

Shama Helena se levanta y se acerca a un hornillo que hay en una estantería a pocos pasos —presumiblemente, la cocina— para servirse una taza de té. Me ofrece, pero me preocupa que le haya echado algún afrodisíaco, así que paso.

Cuando vuelve a la cama —presumiblemente, también mesa del comedor— le pregunto sobre las formas de poliamor más habituales. De su extensa respuesta se deduce que cabe considerar estas tres estructuras relacionales:

Tener una pareja primaria, relación en la que las dos personas tienen libertad para negociar o entrar en relaciones secundarias o terciarias separadas.

Crear una tríada, en la que hay involucradas tres personas en un sentido romántico. Esto puede adoptar la forma de tres personas en una relación de iguales (un «triángulo»); una persona que sale de forma simultánea con otras dos que no son tan cercanas entre sí (una V) o una pareja que comparte al mismo secundario (a la que ella no da nombre, pero que supongo que sería una T).

Formar una relación grupal de cuatro personas o más.

—Y en todo esto ¿dónde encaja el *swinging*? —pregunto.

Tuerce el gesto como si acabara de lamer una hemorroide sangrante.

—El estilo de vida liberal es un simple «vamos a follar». El estilo de vida poliamoroso es un «me gustaría conocerte».

Supongo que si el poliamor se limitara al sexo, se llamaría *policoito*. En la charla que me da a continuación, *Shama* Helena me explica que para la mayoría de la gente el poliamor significa tener múltiples relaciones de amor romántico en las que todos los miembros saben de la existencia de los demás. Aquí la palabra clave es *amor*. Una relación que permitiera solo el sexo esporádico a escondidas técnicamente no entraría dentro de sus parámetros. La otra distinción es la honestidad. Tener una amante secreta o estar en una relación de «no preguntes, no cuentes» tampoco sería verdadero poliamor. Y *poli* no necesariamente va de la mano de *libertad*. Muchas relaciones, me explica *Shama* Helena, exigen exclusividad sexual por parte de algunos o de todos los miembros del grupo; es lo que se llama *polifidelidad*.

—Sea cual sea la situación, lo que se pretende es establecer una relación de pareja que te ofrezca una buena base para volar —me dice—. Hay un concepto que es el de *compersión*. Significa que si tu pareja tiene otro amante, en lugar de estar celoso, te alegras por ella porque es feliz.

De repente la realidad empieza a calar. Si puedo hacer lo que quiera, entonces por supuesto que la persona con la que salga, sea quien sea, debería igualmente ser libre de hacer lo que quiera. ¿Y cómo voy a sentirme si me quedo solo en casa trabajando mientras ella pasa la noche en casa de algún amante o un largo fin de semana en un *resort* tropical de cinco estrellas con algún gallardo Romeo versado en las artes del *Kama Sutra*?

Tradicionalmente, el adulterio ha sido un privilegio reservado principalmente a los hombres. La antropóloga Gwen Broude investigó a ciento veinte sociedades distintas y concluyó que el cincuenta y seis por ciento permitía el sexo extramarital para los maridos, mientras que solo el doce por ciento lo permitía para las mujeres. Incluso en la Biblia, y actualmente en sociedades donde se entierra a la gente hasta el cuello para ser lapidada hasta morir, son generalmente las mujeres adúlteras (y con frecuencia sus amantes) quienes son castigadas, raramente los hombres casados que engañan con mujeres solteras.

No obstante, la liberación solo para un miembro de la pareja no es una libertad real, es totalitarismo. Así que tengo que aprender a ceder y a tragar.

—¿Y si no siento la compersión de forma natural?

—Igual que sucede con todo, requiere trabajo —responde *Shama* Helena arqueando la espalda.

A pesar de su naturaleza brujesca, la exhibición me excita. Se me debe de estar subiendo el incienso a la cabeza. Menos mal que no he tomado té.

—Para ser auténticamente poliamoroso —continúa— vas a tener que transitar por el camino de la incomodidad. Debes saber que experimentarás celos y que ese será un problema tuyo, no de ella. Así que permítete ser vulnerable. No tengas miedo de mostrar tus sentimientos y necesidades, y supéralos. Al final verás que el amor verdadero es querer que tu pareja tenga lo que desea, tanto si te parece bien como si no.

Cojo aire con cautela. Es un consejo excelente. Y creo que puedo hacerlo. Me imagino a Ingrid acostándose con otro y supongo que, siempre que sepa que soy su pareja primaria, podría llegar a aprender a gestionar los sentimientos que fueran surgiendo. Tal vez incluso podría inspirarme para ser mejor en la cama, en lugar de ser un vago y ponerme a fantasear con otras mujeres.

Nos quedan solo unos minutos de sesión. Y tengo dos preguntas acuciantes con las que todavía necesito ayuda. En mi época más difícil con Ingrid había una imagen recurrente: la del padre Yod viviendo con todas esas felices amantes *hippies*.

Así pues, pregunto:

—¿Y si quisiera crear una comunidad de personas que vivan juntas en una única relación abierta?

Esta pregunta me hace ganar puntos a ojos de *Shama* Helena. También ese es su sueño. Dice que quiere adquirir una propiedad, construir casas y llevarse a vivir allí a toda su «tribu». Trato de imaginármela alquilando todos los garajes del barrio.

Pregunta número dos:

—¿Cómo sé qué clase de relación me conviene?

Me recomienda que meta un poco el pie en el agua y acuda a la Convención Anual de la Asociación Mundial de Poliamor, que describe como el acontecimiento más grande e importante de la comunidad.

—Tómate tu tiempo antes de decidir qué estilo de relación es el más adecuado para ti —añade—. Explora primero las distintas opciones que este mundo te ofrece. Fíjate en los modelos buenos y en los malos. Quédate fuera y sitúate en una postura de indagación, pero sé consciente de hacia dónde gravitas.

Cuando ponemos el punto final a la sesión me siento vigorizado y optimista, con una visión más clara de cómo avanzar y qué buscar.

Sin embargo, cuando me bajo de la cama y hago ademán de salir de su guarida, *Shama* Helena levanta la mano y me señala con un dedo acusador.

—Una cosa más —el susurro ha desaparecido, su voz suena firme; por un momento temo que vaya a convertirme en un sapo o en un vibrador o algo por el estilo—. Tienes que ir de frente con todo aquel que te encuentres porque si sales con una mujer monógama, va a querer tener una relación monógama contigo. No sería justo para ella. Así que, si vas en serio con esto, debes prometerme que no tendrás ninguna pareja monógama.

Eso estrecha enormemente el terreno de juego. Descartaría a todas mis parejas anteriores, por no hablar de la mayor parte de la población norteamericana. Aun así, si aquel caníbal chiflado de Alemania logró dar con alguien dispuesto a ser comido vivo, yo por lo menos encontraré a unas cuantas mujeres que me dejen salir con otras. Por lo tanto…

—Lo prometo.

—Bien. Tienes que encontrar a alguien que sea de tu paradigma. Por ejemplo, yo soy una tántrica y no salgo con nadie que no sea tántrico.

O sea, que sí es bruja, pienso mientras le doy cincuenta dólares para, según sus palabras, «una ofrenda». Nunca he confiado en la gente que mezcla la espiritualidad con los negocios, y no estoy seguro de que *Shama* Helena sea una excepción a esa regla. Pero, para ser mi primera incursión en el mundo del poliamor, no ha estado tan mal. Estoy deseando seguir su consejo y acudir, para empezar, a la Convención de la Asociación Mundial de Poliamor en busca de nuevas parejas potenciales.

Al salir, *Shama* Helena me pregunta cuándo me voy a Machu Picchu.

—El mes que viene —le digo imaginándome a todas las mujeres poli, todas en forma gracias al yoga, que conoceré en la convención. Versiones más jóvenes de *Shama* Helena.

Pero entonces me grita:

—¡Avísame si tienes alguna experiencia extraterrestre en Perú!

Y algo se deshace dentro de mí. Creo que es la esperanza. Puede que Rod esté en lo cierto: tal vez pretender encontrar a alguna mujer cabal en esta comunidad sea poco realista. Son como los extraterrestres benévolos, los ángeles guardianes y los dioses nórdicos: criaturas imaginarias, productos de la fantasía, síntomas del anhelo de no estar solos en el universo.

7

Entrada del diario de Ingrid

DÍA 7

Me encuentro mucho mejor.



8

Al día siguiente, en casa, me inscribo en la Convención de la Asociación Mundial de Poliamor, que cae en las mismas fechas en que se supone que estaré en Perú, así que pospongo el viaje. Luego encargo en Amazon una pila de libros, los clásicos en el campo de la no monogamia consensuada: *Ética promiscua, Opening Up, En el principio era el sexo, Amor sin límites*; también un libro menos conocido con una perspectiva más terapéutica: *Love in Abundance: A Counselor's Advice on Open Relationships*, de Kathy Labriola. Hablo con ella brevemente y me explica que «relacionarse con múltiples parejas es una orientación sexual tan asentada como ser heterosexual o gay».

Puesto que todavía tengo un mes por delante antes de la convención de poliamor, hago una cosa de la que he estado privándome desde hace un año. Retomo el contacto con las mujeres que han estado escribiéndome mensajes al móvil y al correo electrónico durante mi relación con Ingrid. Aunque Ingrid y yo ya no estamos juntos, todavía tengo la sensación de estar traicionándola.

Por desgracia, mis primeras citas no salen demasiado bien. Hago un viaje para pasar un tiempo con Raidne, la «Las Vegas» aumentada que me escribió un correo cuando volví de la rehabilitación. Sin embargo, después de pasar tan solo dos noches juntos, me pregunta:

—¿Te acuestas con alguien más?

Por el tono de voz está claro que no es una pregunta inocente, sino un temeroso ultimátum. Así que le explico de forma muy clara y compasiva:

—Cuando me haces esa pregunta, me suena como si creyeses que una experiencia con otra persona le quitaría mérito a lo que estamos haciendo juntos, sea lo que sea. Pero ¿no sería mejor dejar que esta relación siguiera su curso sin tratar de controlarnos o limitarnos mutuamente? La exclusividad sexual no debería ser un criterio para decidir si alguien te importa o no te importa.

Raidne escucha con atención, parpadeando con sus pestañas postizas, midiendo cada palabra y sopesando detenidamente su significado. Entonces me responde sin cortapisas:

—No soy de esa clase de chicas.

Manzana roja monógama, huerto equivocado.

Al cabo de una semana, Elizabeth, la empresaria que quería «distraerme» por Skype cuando yo estaba con Ingrid, me invita a una cena de negocios que tiene con unos inversores. Después acabamos montándonoslo en su apartamento. Se mete mi dedo en la boca, luego se centra en mis pantalones. Sin embargo, de pronto se separa y me dice:

—Me gustas muchísimo, pero tengo un hijo. Si nos acostamos, tendrás que casarte conmigo.

Me deja de piedra, como si el sexo fuese algo que se pudiera intercambiar por un compromiso, como si el amor fuese un acuerdo comercial que se pudiera negociar y certificar, como si su coño fuese una empresa emergente y mi polla, el mentor empresarial que la va a financiar. Más atónito todavía me quedo al saber que ya mantiene una relación desde hace tiempo con un abogado de prestigio. Tal vez se esté planteando abandonar el barco. Existe un término, la *hipergamia*, que designa la práctica de abandonar a una pareja a cambio de otra de un estatus más elevado, así que supongo que esto sería *hipogamia*.

En el coche de vuelta a casa, desmoralizado, me doy cuenta de que ya he cometido mis primeros errores. Las relaciones monógamas nos esperan al otro lado, en lo más profundo de una aventura amorosa, como redes de pesca. Un solo movimiento en la dirección incorrecta y volveré a quedarme enredado. Y dejarlo con Ingrid solo para acabar en otra relación exclusiva no sería más que una farsa; pero, a pesar de todos sus atributos, ni Elizabeth ni Raidne poseen ni una fracción de la bondad, el sentido del humor o la alegría de vivir de Ingrid. *Shama* Helena tenía razón. No se puede escoger una pareja de forma arbitraria y esperar que se vayan adaptando poco a poco a una relación no monógama. Hay que ir de frente desde el principio.

Me paso el resto de la semana estudiando las opciones y eliminando a todas las monógamas, a las que ya salen con alguien o a las que manifiestamente no estén hechas para una relación, lo que me deja con tres posibilidades claras. Está Violet,

una escritora bisexual con la que he tenido muchas aventuras sexuales; pero cuando la llamo me dice que en este momento está experimentando con la monogamia.

Está Anne, la francesa que me enviaba fotos suyas desnuda cuando yo estaba con Ingrid. Es curandera y acupuntora, y las entradas que publica en su red social apuntan a un estilo de vida alternativo. Así que empiezo a hablar con ella y, finalmente, hago planes para ir a visitarla después de la convención de poliamor.

Y está Belle, la nínfula australiana que no paraba de escribirme mensajes mientras estaba con Ingrid. Cuando conocí a Belle, me las llevé a ella y a una patinadora muy mona a pasar la noche en mi hotel, así que está claro que es no monógama.

—¿Recuerdas aquella noche? —le pregunto cuando la llamo.

Ella se ríe traviesa; la recuerda. Después de hablar un poco de esto y de aquello, continúo:

—No sé si sabes algo del poliamor, pero es la idea de que el amor no es una especie de recurso escaso que solo pueda fluir hacia una persona.

Guardo silencio un instante a la espera de una objeción bien argumentada o de alguna perorata. Al ver que no dice nada, profundizo en el tema con un balbuceo nervioso:

—Igual que se puede amar a los padres, a los hijos, al perro o a toda clase de canciones y de películas al mismo tiempo, también se puede amar a distintas parejas sin que las emociones que se sienten por una desmerezcan las que se sienten por otra. Así que yo…

Por fin, gracias al cielo, me interrumpe para decir algo.

—Quieres montar un harén, ¿no es eso, señor Strauss?

No lo había pensado de esa forma. Creo que el padre Yod vivía con hombres y mujeres, cada uno con sus maridos y sus esposas. Pero ¿quién no querría un harén? Y en la voz de Belle hay una cadencia cantarina. Es seductora y no ha colgado el teléfono ni me ha dicho que sea un monstruo. Son buenas señales.

Aunque lo último que quiero es una especie de culto o de hogar patriarcal mormón. De modo que le explico:

—Para mí un harén es un puñado de mujeres controladas por un tío. Yo preferiría vivir en un entorno grupal de aprendizaje y crecimiento en el que todos seamos libres e iguales.

—¿Quiénes son esas mujeres con las que quieres vivir?

Súbitamente, la cadencia de su voz se transforma en una nota aguda de suspicacia. Detrás de cada *sí* hay siempre escondido un *no* esperando para aguarte la fiesta.

—Todavía no lo sé. Pero, si te interesa que estemos juntos en esta exploración, me aseguraré de que sea gente enrollada con la que nos llevemos bien los dos.

La palabra *exploración* suena menos arriesgada que *relación*. Menos compromiso, más facilidad para retractarse. Y tampoco nos conocemos tan bien. Pero al menos esta vez estoy yendo de frente.

—No estoy muy segura de qué se trae entre manos, señor Strauss, pero confío en que resulte interesante.

La cadencia ha vuelto. No ha sido tan difícil. Si consigo que otras pocas mujeres me digan que sí, voy a vivir una fantasía que de adolescente ni siquiera me habría atrevido a soñar. Creía que tardaría años en montar algo semejante a la relación grupal del padre Yod.

—¿Cuándo podrás estar por aquí? —le pregunto.

—Tendré un poco de tiempo libre dentro de tres meses.

—Te veo entonces.

Ahora ya estoy comprometido.

Y abrumado.

Afortunadamente, tengo tiempo para aprender a nadar. La Convención de la Asociación Mundial de Poliamor tendrá lugar dentro de poco. Y allí puedo dar no solo con las herramientas para hacer que esto funcione, sino también con gente de la misma mentalidad, con conocimientos, experiencia y, esperemos, interés por participar en esto. Porque si la monogamia no es natural y engañar es inmoral, entonces las personas que estén allí deben de ser los seres más valientes, más éticos

y más ilustrados del mundo de las relaciones.



9

—**M**e llamo Sasha —dice.

Y a continuación se desnuda y corre en círculo por el interior de un corro formado por hombres. Después, los tíos que están allí de pie (la mayoría de pelo gris y piel flácida y pálida) se despojan de unas ropas que no les ajustan y echan a andar pesadamente hacia el centro. Hay tetas masculinas, culos caídos y penes oscilantes por todas partes.

El único que sigue vestido, firmemente asentado como el último representante del círculo desarmado, soy yo. Creía que la Convención de la Asociación Mundial de Poliamor sería un evento bien organizado, consistente en grupos de trabajo, conferencias y talleres, que me enseñaría cómo gestionar las relaciones no monógamas y a vivir con múltiples parejas. En lugar de eso, estoy en un complejo turístico para nudistas *hippies* modernos llamado Harbin Hot Springs, rodeado de hombres desnudos excesivamente contentos a los que no consigo imaginarme operando de forma efectiva en el mundo exterior. Dicho esto, por lo menos son libres. Pero que muy libres.

Para dar el pistoletazo de salida al congreso, nos separamos en dos círculos, uno de hombres y otro de mujeres. Luego se pidió a todos los asistentes que se fuesen presentando uno por uno y que hicieran un gesto que los demás debían imitar. Un tipo giró sobre sí mismo. Otro saludó con la mano. Yo me incliné. Y al bueno de Sasha —un enérgico hombre de setenta años con una sonrisa contagiosa y profundas arrugas de felicidad— no se le ocurre otra cosa que desnudarse.

Resulta que Sasha es uno de los fundadores de la Asociación Mundial de Poliamor junto con su mujer, Janet, que más tarde explicará que el poliamor fue un regalo otorgado a nuestra civilización por los alienígenas del planeta Nibiru. Me

recuerda de un modo inquietante a las palabras con las que *Shama* Helena se había despedido. ¿Acaso la noción de poliamor es tan marciana que solo la captan aquellos que creen en extraterrestres?

Tal vez la conexión proceda del clásico de la ciencia ficción *Forastero en tierra extraña*, una novela en la que un hombre que nace en Marte viene a la Tierra y funda una secta de amor libre. «El código dice "no desearás a la mujer de tu prójimo" —escribió Robert A. Heinlein en 1961—. ¿El resultado? Castidad renuente, adulterio, celos, amargura, golpes y a veces asesinato, hogares destruidos e hijos descarriados… No hace falta que desees a mi mujer, ¡ámala! En su amor no hay límites».

Después del corro de bienvenida, una mujer de pelo gris y voz extremadamente suave (por lo visto aquí piensan que hablar bajo equivale a ser espiritual) guía al grupo en un ejercicio en el que creamos un campo de energía alrededor de nosotros, y un compañero intenta sentirlo y entrar dentro de él. Por ahora nada de todo esto parece tener relación alguna con el poliamor.

—¿Necesitas compañero? —dice una voz de trueno.

Alzo la mirada y veo a un hombre desnudo, alto y con barba. Tiene una pinta rara. En realidad, nada que me dijera en este momento un tío desnudo podría dejar de parecerme raro. Sobre todo si parece un Abraham Lincoln barrigudo. Doy un paso atrás y le digo que, por esta vez, paso.

Encuentro un hueco discreto en la pared y me pego a ella. Allí cerca, una mujer grande de mediana edad está tumbada boca abajo, con los depósitos de excedentes aplastados contra la alfombra por la fuerza de la gravedad. Un chico de pelo rizado, que aparenta ser veinte años más joven y pesar sesenta kilos menos que ella, está tumbado a su lado vestido con una toga y con el paquete colgando por fuera de la sábana, mientras le masajea la carne de los hombros.

Los poliamorosos dan por finalizada la sesión matutina interpretando una danza de contacto. Ruedan por el suelo como troncos, cruzándose, colisionando y tocándose, tocándose, tocándose. No estoy muy seguro de querer hacer esto ni tan siquiera con personas por las que me sienta atraído. ¿Lo dejé con Ingrid para esto?

De momento, la convención se parece más a un intercambio de parejas moderado, bisexual y *new age* que al poliamor.

Cuando Sasha anuncia una pausa para el almuerzo, salgo disparado hacia el

bufé. Supongo que si soy el primero de la fila para la comida, es poco probable que algún pelo púbico acabe en mi hamburguesa vegetal. Me lleno el plato y encuentro asiento en un banco de pícnic al aire libre. Justo al lado hay una piscina termal donde flota de espaldas una sonriente mujer desnuda exponiéndose con fervor a los rayos del sol.

El Abraham Lincoln desnudo se sienta a mi lado y entabla conversación conmigo. Me cuenta que se quedó viudo recientemente. Me choca un poco que lo primero que haya hecho después de morir ella sea irse a una convención de poliamor, a jugar a los troncos de choque con una panda de desconocidos; pero, claro, eso mismo he hecho yo en cuanto Ingrid y yo cortamos. Él es mi yo futuro.

Al poco se nos une una pareja que se presentan como Martin y Diana. Martin es un pintor francés fornido y de piel tostada; su esposa, Diana, es una latina con unos enormes pechos naturales. Dice que le gustaría que su marido no fuese poli, pero lo acepta y tiene a su propio secundario. Sin embargo, añade, echándole una mirada con segundas, «renunciaría a todo en un segundo si mi marido decidiera ser monógamo».

A su lado se sienta una pareja joven de Sacramento. El hombre quiere abrirse, pero su mujer tiene reparos. Estas relaciones suenan diametralmente opuestas a los matrimonios de la rehabilitación: en lugar de una esposa que espera monogamia por parte de un marido al que no le gusta, el hombre espera no monogamia de una mujer que no se siente cómoda con ella. Tal vez aquí las mujeres no sean otra cosa que una versión menos tozuda de Ingrid, y los hombres, una versión más resuelta de mí. Me pregunto qué se considera una infidelidad por parte de una esposa en esta relación inversa: ¿que no se acueste con nadie más?

Lincoln me cuenta que anteriormente la convención era más grande, se congregaban casi doscientos asistentes, pero una de las principales voluntarias renunció. Tenía tres amantes y estaba en serio riesgo de perder la custodia de sus hijos a causa del estilo de vida que llevaba, así que tuvo que empezar a actuar de un modo más monógamo.

Su historia es descorazonadora: si el gobierno considera que alguien que tenga más de un compañero es inmoral y no apto para ser padre, entonces los enemigos de esta revolución son mucho peores que la industria de la adicción al sexo.

Nos interrumpe un rabino desnudo que vive en un *kibutz poli* en Israel y que

sale, por así decir, con la mujer que está en la piscina durmiendo o muerta o meditando. Se levanta, se sirve una copa de vino y le canta una oración con una voz hermosa y profunda, mientras la polla le oscila en el aire como un metrónomo. Es en momentos como este cuando más echo de menos a Ingrid. La soledad es desperdiciar un chiste porque no tienes a nadie con quien compartirlo.

Después de comer volvemos a la zona de conferencias. Han llegado algunos asistentes más y les echo un vistazo con la esperanza de encontrar a alguna mujer que me atraiga. Sin embargo, pese a mi bajo nivel de exigencia, solo veo una: rubia, bajita y curvilínea, con unas gruesas gafas negras y cara de empollona.

El siguiente orador, un psicoterapeuta de larga melena plateada que responde al nombre de Scott Catamas, nos enseña una cosa llamada *los cuatro ajustes*. «Para hacer que las relaciones sean sanas y armoniosas —nos dice a los polis allí congregados— es necesario:

Convertir el juicio en compasión y aceptación.

Transformar la vergüenza en confianza.

Cambiar la crítica por el reconocimiento.

Reemplazar la culpa por la comprensión.»

Es la primera información útil que me han transmitido desde que llegué aquí, y me recuerda a los principios sobre la conducta adulta funcional que Lorraine nos enseñó en la rehabilitación. Más tarde reparo en un grupo de polis sentados en círculo, que se están pasando un bastón de la palabra, hablando de cómo ser su yo auténtico y gritando «¡aho!». Quizá todas estas personas sean también refugiados de la rehabilitación para adictos al sexo.

Justo cuando estoy a punto de descartar la convención por considerarla una pérdida de tiempo, un grupito de ocho personas entra por la puerta como una exhalación. Son comparativamente jóvenes, están en bastante buena forma, son razonablemente atractivos y se mueven en torno a una mujer muy flaca como si fuera su padre Yod. Su rostro es anguloso y lleva una melena corta. Desde una perspectiva estratégica es mona; desde otra, parece severa; y aun desde otra, parece un hombre.

—¿Quién es esa? —le pregunto a Lincoln.

—Es Kamala Devi. Es magnífica. Tiene a cuatro mil personas en su lista de correo —me dice, cautivado.

Kamala se acerca a la parte delantera de la sala y saluda a la masa de admiradores con un *namasté*, juntando las palmas de las manos, elevándolas por encima de la cabeza y llevándoselas luego al corazón, mientras su clan de seguidores la rodea. Todos los que he conocido hasta ahora han venido solos o en pareja. En realidad, este grupo de hombres descamisados y mujeres en camiseta corta y pantalón de yoga es la primera constelación poliamorosa que he visto por el momento, y, a diferencia de las parejas con las que he comido, es la mujer quien está a la cabeza y manifiestamente implicada.

Kamala se sitúa al frente de la sala en una postura de yoga perfecta, con el pelo separado desde lo más alto de la frente, con la piel tan tersa que cada línea de su cráneo parece visible. Empieza su charla guiando a los asistentes en un canto del *om*. Después se presenta como «una diosa» y nos muestra a «su familia poli», que al parecer está compuesta por su marido, su amante femenina, otra pareja casada, el amante masculino de la mujer de la pareja casada y dos amantes periféricos flotantes. Cuesta seguir el hilo. Ya la monogamia en serie nos ha ofrecido un complicado panorama de familias fracturadas y mezcladas; un mundo de familias poliamorosas expandiéndose y escindiéndose sería una pesadilla burocrática. Tal vez sea esa una de las razones por las que la poligamia es ilegal: de lo contrario, algún emprendedor sin escrúpulos podría casarse con hordas de extranjeras, conseguirles la ciudadanía estadounidense y reclamar miles de dólares en exenciones fiscales.

Mientras Kamala habla, los miembros de su clan se sientan entrelazándose con ella y entre sí en una gigantesca exhibición de TEA poliamoroso. Si prescindimos de la estrafalaria cháchara *new age*, da la impresión de que su estilo de vida es un derroche de diversión.

Como colofón de la conferencia, Kamala dice que para que este grupo tan grande funcione se ve obligada a actuar como un «dictador benévolo» y, en ocasiones, como una «zorra controladora». Me pregunto si no será ese el secreto del poliamor: un yin-yang de espiritualidad raquítica y fascismo represor. Espero que no.

Shama Helena me aconsejó que observara desde fuera y que fuese consciente de hacia dónde gravito. Por eso, esa noche gravito hacia el clan de Kamala, peinando el refugio hasta que encuentro a tres de los hombres sentados en la piscina termal

de desnudo obligado, junto con la chica con pinta de empollona. Uno es el marido de Kamala, Michael; otro es uno de sus amantes casados, Tahl, y el tercero es uno de sus amantes orbitales. «Más tarde tenemos previsto celebrar una fiesta especial en nuestra habitación —le dice el periférico a la empollona—. Puedes venir a mirar… o participar, si quieres».

Me meto en la piscina y entablo conversación con ellos. Michael me cuenta que conoció a Kamala en una *puyá* en San Diego hace más de diez años. Una *puyá* es un ritual hindú en el que los adoradores hacen honores y se comunican con una deidad. Y por lo que alcanzo a entender, los polis lo han convertido en una meditación erótica guiada y en un baile.

Tahl me cuenta que en un principio a su mujer no le interesaba el poliamor. De modo que, para abrir el matrimonio, la animó a salir con otros mientras él se mantenía fiel. Después de dejarla gozar de su libertad durante un año más o menos, poco a poco empezó él también a salir con otras; ahí fue cuando conoció a Kamala, que convenció a la pareja para que se fuera a vivir con ella.

Sus palabras son toda una revelación. Cuando estaba con Ingrid albergaba la esperanza de mi liberación sexual. Sin embargo, una forma mucho mejor de alentar a tu pareja a abrir la relación es empezar otorgándole a ella la libertad que deseas para ti mismo. Le pregunto al periférico por su historia. Dándole un apretón a Tahl en el hombro, responde:

—Empezamos a salir juntos, pero no somos gay.

—¿Y eso cómo puede ser? —pregunto.

—La nueva escena poli es ampliamente bisexual —explica Michael—. En nuestro grupo todos somos bi. Yo soy solo *bisensual*.

Este es el futuro del amor libre: nada de límites a la sexualidad, ni siquiera por edad, complexión o género.

Mientras los compañeros de clan hablan sobre un programa de telerrealidad en el que están trabajando y un hotel poliamoroso que quieren construir, de repente una voz grita desde fuera del agua:

—¿Estáis listos, chicos?

Levanto la vista y veo a un yogui semental del clan de Kamala.

—¿Has convocado a alguna chica más? —le pregunta el orbitador.

Kamala Devi y *Shama* Helena dijeron que el poliamor está vinculado a las relaciones afectivas, no al sexo ocasional. Pero estos tipos me recuerdan más a artistas de la seducción de un nivel superior que vinieran a estas convenciones con la intención de captar para su poderosa realidad a cualquier mujer que esté disponible.

Aunque me figuro que, si eres un superhombre espiritualmente avanzado, existes en un estado constante de amor, de modo que no cabe nada semejante al sexo ocasional. Si amas a todo el mundo, todo el sexo es poliamor.

—¡No, pero si no os dais prisa os vais a perder la zurra de cumpleaños! Kamala está esperando.

Los tipos salen de la piscina llevándose consigo a la empollona.

—Si quieres aprender más cosas, deberías venir al evento que hemos organizado, se llama Tantra-Palooza —dice Michael a la salida, ofreciéndome un premio de consolación—. Hay sexo por todas partes y con todo el mundo.

Lo miro mientras se aleja, impresionado al ver que no solo han creado su propia relación alternativa, sino también su realidad alternativa. Están llevando a otro nivel el concepto de estar con alguien: ¿qué sentido tiene frecuentar bares o buscar perfiles en internet para conocer mujeres? Fusiona el concepto de hotel temático sexual con el de festival y acudirán a cientos como moscas a la miel.

Si lo construyes, ellos se vendrán.



10

A la noche siguiente, tres docenas de hombres y mujeres, con miembros corporales asomando por debajo de pareos, chales, togas y mantas, se reúnen en la

sala de conferencias, expectantes por lo que está a punto de acontecer.

Esta es mi primera *puyá*.

—Tengo algo que anunciar —dice de antemano una mujer de pelo gris llamada Evalena Rose; los folletos de la mesa de bienvenida la califican de practicante de la curación multidimensional, la restauración del alma y la recuperación de adicciones—. Algunas mujeres han protestado porque en las *puyás* los caballeros estaban actuando de forma competitiva y agresiva con respecto a las señoras. Por favor, respetad los debidos límites en las *puyás*.

Le entrega el micrófono a Catamas, que empieza alentando a todos a que bailemos libremente y a desinhibirnos. Por lo que llevo visto, no me queda muy claro a qué inhibiciones puede estar refiriéndose.

Entonces nos indica que nos sentemos en círculo y establezcamos entre nosotros un contacto visual directo. Miro a los ojos viejos y tristes, alegres, azorados, aterrados y aterradores, y miro a los ojos uniformemente jóvenes y brillantes de todos los miembros del clan de Kamala.

—Sentid a la Madre Tierra bajo vuestros pies y al Padre Cielo en las alturas, y dadles permiso para que se encuentren en vuestro corazón y que corra el amor por vuestras venas —prosigue Catamas.

Cuando nos pide que nos toquemos el corazón y que nos balanceemos adelante y atrás, respirando profundamente para inhalar la luz, empiezo a perderme en el instante, a relajarme y a dejar la mente en blanco, a sentirme conectado con todos los demás, que también respiran y se mecen en la sala. De pronto escucho la voz inconfundible de Kamala Devi al micrófono:

—Recordad que estáis solo a tres respiraciones del orgasmo.

E inesperadamente me echo a reír. Lo que dice es una absoluta incongruencia, está metido ahí con calzador para recordarle a todo el mundo que en el menú de esta noche hay sexo. Evalena Rose me mira con mala cara, como si estuviera arruinando la *puyá*. Así que cierro el pico para aguantarme la risa, pero empieza a escapárseme por la nariz. Justo cuando estoy empezando a recuperar el control, Kamala declara estar interviniendo como «sacerdotisa» de la sala, y vuelvo a perder los papeles. Supongo que la risa es mi forma de gestionar la incomodidad que siento.

—Ahora me gustaría que tocaseis la fuente de vuestra energía sagrada y que

os conectéis con ella —entona Kamala.

Sitúo la palma de la mano en el corazón, pero todos los demás se la llevan a la entrepierna. Está claro que saben algo que yo no sé. Desvío la mano hacia mi ingle sagrada y miro a los diversos polis, al hambre que va creciendo por medio de este preliminar espiritual. Y mi entrepierna me dice: «Por favor, Neil, no me hagas esto. No quiero que esta gente me toque».

Así que yo le digo a mi entrepierna: «Mira, eras tú la que quería amor libre. Eras tú la que pensaba que la imagen de *Shama* Helena retozando desnuda era preciosa. Pues ya está. Ya has llegado. Ahora no es momento de ponerte como una esnob a la que han sorprendido haciendo algo superficial. Ese mundo forma parte del pasado. Tenemos que amar a todo el mundo».

«¿Como a esa amazona peluda de ahí? —responde mi entrepierna atemorizada—. ¿Y a esa entrañable septuagenaria arrugada del planeta Nibiru? ¿Incluso a ese viudo Abraham Lincoln desnudo?».

¡Ay! Mi entrepierna y yo estamos fuera.

Me salgo del círculo, me siento en un lugar seguro contra la pared y procuro pasar desapercibido, mientras Kamala va arrancando del ambiente el deseo tácito y continúa transformando una sala llena de desconocidos en una sala llena de fornicadores.

En un instante, están todos en el suelo jugando a los troncos de choque. Al minuto siguiente los hombres se están abrazando bisensualmente. Al poco, una tántrica de cincuenta y tantos, pelo oscuro y muy caliente, lanza los brazos al aire gimiendo escandalosamente.

Me ruge el estómago de hambre. Estaba tan interesado en no perderme la *puyá* de esta noche que ni siquiera he cenado.

—Ahora recorred la sala a pie y dejaos mirar, y apreciad los pies que veis —ordena Kamala—. Si queréis, podéis pedir permiso para tocar los pies de otra persona con los vuestros.

Continúa diciéndoles que miren y toquen una sucesión cada vez mayor de partes íntimas del cuerpo; es como bailar el *bugui* pero con segundas. Desde la seguridad de la pared, es un espectáculo ameno. Cuando Tahl agarra a la tántrica morena de la mano y la hace girar en un estupendo paso de baile, me entran deseos

de poder ser tan libre como él, y celebrar la alegría y la belleza que hay en todo el mundo. Pero, aunque todos los que están en la sala tuvieran el tipo de una supermodelo, seguiría sintiéndome demasiado fuera de lugar como para sumarme a ellos. Tengo que aprovechar esta oportunidad para averiguar por qué.

Me acerco de puntillas al bufé en busca de comida, pero lo único que queda es un paquete de palomitas de maíz orgánico con aceite de oliva. Técnicamente, las palomitas de maíz son un cereal inflado y las olivas son frutos, por lo que no se puede decir que sea un alimento tan insano. Y en el paquete pone «orgánico». Así que lo cojo y me vuelvo a mi puesto.

—Ahora, bajad la mirada, ved los *lingams* y los *ionis* de los demás —está diciendo Kamala.

Los hombres y las mujeres recorren despacio la estancia, mirándose mutuamente la entrepierna henchidos de amor, mientras Kamala les recuerda:

—Apreciad la belleza de su catedral sagrada.

Los hombres más mayores empiezan a congregarse con avidez en torno a las mujeres más jóvenes, como si de un juego de las sillas se tratara, y que cuando Kamala dejase de hablar tuvieran permiso para meterle mano al cuerpo más cercano.

De momento, las *puyás* parecen la forma más extrema de intimidad para los evasores de intimidad. Para algunos de estos hombres es un modo de experimentar el amor y la conexión sin vínculos ni compromiso interpuestos; para algunas de las mujeres, una forma de mantener encuentros sexuales aleatorios sin sentirse sucias, utilizadas o inseguras.

En teoría, esto debería ser el paraíso del adicto al sexo que Rick cree que soy. Entonces ¿por qué me resulta tan embarazoso? ¿Por qué el tío que quería libertad sexual a toda costa se queda sentado contra la pared y sintiéndose tan… limitado?

Meto la mano en el paquete de palomitas y cojo un puñado de cena. El crujido de la bolsa llega a oídos de Kamala, que se concentra en el sonido como un gato. Se escabulle hacia mí, se agacha hasta que su cara queda a pocos centímetros de la mía y sisea:

—Esto es un templo. En el templo no se come.

—Perdón, no sabía que era un templo.

Procuro que suene sincero, pero me sale sarcástico. Y tal vez se deba a que estoy completamente desconcertado. ¿En qué momento exactamente han convertido esta sala de conferencias normal y corriente en un santuario? Y si no es más que para un rato de mentirijillas, ¿por qué mis palomitas no pueden ser en este templo el equivalente a la hostia de la comunión? ¿Y cómo sabe que no son palomitas consagradas ungidas con el aceite de una oliva virgen?

Pero no digo nada. Beso la bolsa con ternura y la deposito lentamente a los pies de la benévola sacerdotisa. Adiós, palomitas, nuestra *puyá* juntos ha terminado. Estábamos a solo tres granos del orgasmo.

Kamala se aleja y ordena a los polis que formen grupos de cuatro, seleccionen a una persona a quien agasajar y le den un masaje triple. Todavía tengo en el puño algunas palomitas, así que las meto en el lugar al que pertenecen: mi boca. No es una necesidad alimentaria, sino un acto menor de rebelión, el vestigio de un ego masculino que en realidad no está hecho para esto. Soy un ladrón de comida en el templo.

En un visto y no visto, vuelvo a tener a Kamala delante de mí, con la cara un poco demasiado cerca de la mía.

—Ya te he dicho que no comas aquí —me susurra en un tono entrecortado y con la vena del cuello hinchada por el disgusto—. Tienes que sacar eso de aquí y comértelo en la cocina.

Me levanto a regañadientes y ella no deja de mirarme mientras devuelvo las palomitas a su sitio, en el altar bufé. Cojo otro puñado para saciar mi hambre y…

¿A quién quiero engañar? No cojo la comida porque tenga hambre. La cojo porque odio las normas irracionales, restrictivas e innecesarias. Esa fue la principal razón por la que dejé a Ingrid y el mundo de la monogamia. Y ahora estoy en un mundo donde las normas son todavía más irracionales y ridículas. Kamala no es buena sacerdotisa para los hombres confundidos.

Oigo su voz resonando por todo el metafórico templo.

—Si os gusta la vara de alguien y queréis tocarla, adelante.

Cuando vuelvo de la cocina casi todas las ropas están por el suelo. Hay varas flácidas y catedrales peludas por todas partes. Toda esta monserga de sacerdotisas, templos y *lingams* me parece una simple excusa fantasiosa para tener un encuentro

sexual pretendiendo hacerlo pasar por algo serio.

Del mismo modo que hay sectas que orbitan en torno a una religión, tal vez también haya sectas que orbiten en torno a la intimidad. Pero, en lugar de monoteístas, panteístas y ateos, hay monógamos, poliamorosos y célibes. Cada sistema de creencias viene con sus propios rituales, ya sean doce pasos, *puyás*, exclusividad, adulterio o discusiones sobre dinero noche tras noche. Y las personas como Patrick Carnes, Helen Fisher y Kamala Devi son fanáticos que creen haber hallado la única y verdadera intimidad.

Intento detener mi pensamiento crítico para emplear los cuatro ajustes y transformar el juicio en compasión, para reconocer la belleza de todos estos desacomplejados revolucionarios sexuales que se conectan y convierten un espacio corriente en algo sagrado. Quizá la *puyá* no sea algo muy distinto —aunque sí mucho más sano— de beber alcohol en una cita. Una estrategia para que la gente rebaje sus inhibiciones y se suelte un poco la melena ante los demás.

Y ahí es cuando capto el sentido que tiene todo esto: gracias, Scott Catamas. Existe una disparidad entre el deseo masculino de sexo, que tiende a ser carnal y basado en el ego, y el deseo femenino de sexo, que puede ser más emocional y espiritual. Por lo tanto, si los ambientes liberales están pensados para los hombres cachondos, entonces esta escena está pensada para las mujeres sensuales. Las orgías son para putones con sentido ético; las *puyás* son para diosas.

Mismo objetivo, rituales dispares.

Miro hacia abajo y veo varias palomitas en el suelo. No puedo dejar estos trozos de comida sacrílega en suelo santificado. Son vírgenes. Este no es su sitio.

Las recojo y busco un lugar donde tirarlas, pero no quiero volver a alterar la *puyá*. Podría limitarme a comérmelas, pero no quiero tener en mi sistema digestivo los hongos de los pies de Abraham Lincoln. Lo miro y veo que tiene la boca abierta, gimiendo agradecido mientras la vieja tantrika lo masajea.

Me escondo las ofensivas palomitas en el bolsillo e inmediatamente regresa la dictadora. Sin embargo, ha olvidado traerse consigo la benevolencia.

—¡Te he dicho que no comas aquí! —los ojos se le salen de las órbitas y se clavan en los míos con algo que se asemeja al odio; ha pasado de sacerdotisa a diablesa—. ¡No estás respetando mi *puyá*! Tu energía está interfiriendo con mi experiencia y con la energía de la sala, así que voy a tener que pedirte que salgas.

—Solo estaba limpiando el suelo del templo —le sostengo la mirada—. ¿Qué tiene de malo mi energía? No es algo que pueda controlar.

Nunca nadie había insultado a mi energía. La verdad es que me parece peor aún que llamarme feo. Al fin y al cabo, la energía no se puede ocultar ni la puedes poner a dieta ni hacerle la cirugía estética. Incluso en una habitación llena de ciegos, sigues siendo un monstruo.

—Eso podemos discutirlo mañana. Pero, de momento, ¡tienes que marcharte!

Quiero quedarme y ver qué pasa ahora, pero dejo escapar un suspiro y me pongo de pie. Tiene razón. Esta gente tiene que sentirse cómoda para desnudarse y hacer cosas raras todos juntos, sin tener a un periodista descaradamente vestido y comiendo comida basura en un rincón mientras se mofa de ellos en silencio. Este es verdaderamente el día más funesto de mi vida: me han expulsado de una orgía por comer palomitas.

Me levanto y salgo a las mesas de pícnic del patio. Por suerte hay grandes ventanales. No oigo a los que están dentro, pero por lo menos puedo verlos. Así que me siento a una mesa, abatido, y observo, con el fresco aire nocturno cortándome la cara. Vuelvo a ser un adolescente castigado sin salir, me han enviado a mi cuarto sin cenar y sin jugar con chicas.

Los masajes se van volviendo gradualmente más eróticos. Kamala empieza a dar vueltas y a bailar en éxtasis entre los cuerpos retorcidos que forman los cuartetos, con los brazos extendidos, como si fuera Julie Andrews en *Sonrisas y lágrimas*. Por un momento, el espectáculo parece trascendente y espiritual. Pero, cuando el orbital que conocí en la piscina se saca la verga y se masturba por encima de Diana, una de las esposas poli con reparos, hasta que se corre sobre sus enormes senos, la fachada entera de sacralidad se me viene abajo. Esto se parece más a una secuencia de una película porno gonzo.

Si esto es poliamor, entonces no es para mí. No solo preferiría la monogamia con Ingrid antes que bailar el *bugui bugui* sexual con una panda de autoproclamadas deidades cada noche, sino que probablemente me vetarían definitivamente de la escena después de unas cuantas *puyás* más. Porque habré hecho algunas cosas desesperadas en mi vida para echar un polvo, pero nunca he fingido tener una fe espiritual que no siento.



11

—**D**eberías haber hablado conmigo antes —dice Lawrence—. Te habría advertido de que te mantuvieras alejado de la Asociación Mundial de Poliamor y de cualquier tipo de acontecimiento de esos. Los organizan esos *new age* de Maui y se llena de pirados que se les acoplan como sanguijuelas.

Lawrence es profesor de meditación y sexualidad. Es alto y lleva la cabeza rapada, y está tan sano que le reluce la cara como si se hubiera tragado una bombilla. Ya lo conocía de antes, de una fiesta donde se lo presenté a mi amiga Leah, una chica muy normalita con un rostro lozano que podrías estar mirando todo el día. Leah me llamó más adelante para contarme que su primera cita con él había sido la mejor noche de orgasmos de su vida. No los había vuelto a ver desde entonces, pero es evidente que esos orgasmos produjeron tanta oxitocina que, cuatro años después, siguen juntos.

—Es mi primera relación abierta —me dice Leah sonriente.

Les pregunto cómo empezó y resulta que, al igual que Tahl con su mujer, Lawrence le dio de inicio a Leah —y sigue dándole— más libertad de la que se toma él, para poder predicar con el ejemplo la ausencia de miedo y de posesividad.

Estamos sentados en el patio de una pizzería de Los Ángeles donde voy a asistir a mi primera quedada poliamorosa. De la convención volví a casa decepcionado y desanimado, pero, después de rascar un poco más, descubrí que la escena poliamorosa va más allá de las *puyás* y las sacerdotisas.

Y, desde luego, es el caso de este encuentro. Más de la mitad de los asistentes proceden de una rama poli completamente distinta: la escena BDSM (*bondage*, dominación, sumisión y sadomasoquismo). Al igual que los asistentes a la convención, la mayoría supera los cuarenta años. Pero en lugar de llevar togas y pareos, estos van vestidos con camisetas de vinilo y gargantillas de cuero. En lugar de diosas y sacerdotisas, estos son amos y amas. En lugar de rendir culto a la luz,

estos rinden culto a la oscuridad.

Me sorprendo al comprobar que entre ellos se encuentran Lawrence y Leah, que han venido a conocer a uno de los alumnos de Lawrence. Así que me he puesto a preguntarles acerca de la convención de poliamor, intentando hacerme una idea de en qué planeta estaba.

—No entiendo qué tienen que ver las *puyás* con el poliamor —le digo a Lawrence—. Ni siquiera importa si los participantes están metidos en alguna relación.

—En el fondo, lo que viste allí es una clase específica de poliamor —me explica—. El poliamor tántrico.

Antes de la convención, yo creía que el tantra era la práctica de retrasar el orgasmo durante el acto sexual para alcanzar un clímax más largo, más grande y mejor. Después de la convención, no tengo ni idea de lo que es. Kamala Devi definió el tantra como «la vida misma». Y desde luego su amante orbital no se estaba privando de aliviarse cuando roció los pechos de aquella mujer.

—Entonces, abreviando, ¿qué es el tantra para esta gente?

—Lo que ellos llaman tantra es básicamente un fenómeno americano que se han inventado como un medio para hablar del sexo sin usar la palabra *sexo* —de momento, Lawrence es la primera persona que me encuentro en este mundo con la que siento que me puedo relacionar, que no empieza la conversación con un *namasté* y la acaba preguntando por los extraterrestres—. Dadas todas las connotaciones inmorales que tiene el sexo, ellos lo convierten en algo fino y sobrehumano, en lugar de en algo físico y apasionado. Creo que es porque muchos gurús saben que la mayoría de las mujeres necesitan que se dé una conexión emocional para acostarse con alguien, y la espiritualidad es la forma más rápida y profunda de conseguirlo.

—Es una pena —añade Leah— porque algunas mujeres no hacen sino sustituir a un tipo de depredador por otro. Lawrence trabajó con aquel gurú del sexo tántrico que les decía a las mujeres que su polla era la divinidad, y que tenían que abrirse y recibirla para experimentar el despertar. A su esperma lo llamaba «el néctar de los dioses». Después, muchas mujeres se sintieron engañadas y utilizadas.

Desde que volví de la convención me había sentido culpable por haberme asomado apenas a la escena poliamorosa, en lugar de sumergirme de pleno, antes de llegar a una conclusión. Al fin y al cabo, las *puyás* han sido lo más cerca que he

estado del amor libre en toda mi vida. Pero, después de hablar con Leah y con Lawrence, me queda claro que lo que vi en realidad no representa el poliamor, sino únicamente una de sus ramificaciones. Lo que sí he aprendido, al menos, es que hay comunidades accesibles en las que se interpreta el sexo y el amor como algo libre y festivo, no posesivo ni patológico.

Mientras estamos hablando, un hombre afroamericano de voz cavernosa que está cerca de nosotros extiende su gruesa mano y se presenta como Orpheus Black. Está con tres mujeres: presenta a una como su esclava, a otra como su compañera y a la tercera como a una de sus tres esposas. Me dice que, dado que en California estar casado con múltiples personas puede acarrear una pena de un año de cárcel, él se comprometió con dos de esas esposas en un ritual pagano conocido como *ceremonia de unión de manos*.

Con sus esposas, sus novias y sus sumisas, Orpheus me da la impresión de ser una especie de padre Yod. Así que lo avasallo respetuosamente a preguntas con la idea de aprender lo que no alcancé a aprender en la convención.

—Estoy intentando organizar una casa como la que tienes tú —le explico—. ¿Me podrías dar algún consejo para que funcione?

Se ríe entre dientes y se acerca a mí en plan conspiratorio.

—Es un trabajo a tiempo completo. Tienes que ser el líder. No puedes mostrar debilidad ni dudas o te comerán vivo.

No suena muy divertido.

—Pero si no puedes mostrar vulnerabilidad, entonces tampoco puedes tener una intimidad real —respondo, y la frase me queda muy parecida a lo que diría Joan—. ¿Y si en lugar del tema este de amo/esclavo yo quisiera que todos fuésemos iguales?

—Da igual cómo lo hagas, todas las mujeres necesitan ser iguales en alguna medida —responde Orpheus—. La clave es asegurarse de no sentir algo más por una que por las demás. La otra clave es convencerlas de la idea de futuro sin permitir que se alejen de la realidad.

—¿Y cuál es el futuro?

—La familia —lo dice con energía, luego se cruza de brazos y asiente con

profunda convicción—. Tienes que asegurarte de que todas sepan que sois una familia y que nunca nada desbanca a la familia. El mantra sería: hacer lo que es mejor para la comunidad, no para el individuo.

La relación que está describiendo parece todavía más restrictiva que una monógama. Tal vez sea porque toda la idea del BDSM está relacionada con las cortapisas, las reglas y los castigos. Y aunque atar a la gente, azotarla y sacarla a pasear con collar y correa pueda ser divertido para variar un poco, a mí eso no me pone. Ni estoy encima ni estoy debajo. Estoy en el medio.

¿Cómo es que para escapar de la monogamia tengo que salirme tanto por los márgenes? ¿O será que hay muchas más personas que hagan esto, solo que se esconden por vergüenza, por miedo a que afecte a su carrera, a su familia o a su reputación si alguien las delata?

En el coche de vuelta a casa me desanimo, me preocupa no encontrar nunca lo que estoy buscando ni el lugar en el que encajo ni a más gente para mi clan con Belle.

Esa noche sueño que estoy con Rick Rubin en la última fila de un espectáculo de magia. Ingrid está allí, pero se sienta en la primera fila. Después me meto en mi coche, esperando a que llegue Ingrid para poder hablar con ella de la actuación. Pero no aparece. Me despierto empapado en sudor y aterrado por haber tomado una mala decisión, por haber perdido a Ingrid definitivamente. Todo el dolor que no sentí cuando se trasladó me sobreviene de golpe. Miro a la superviviente sobreviviendo en mi alféizar como prueba de que tengo corazón y me sumo en una profunda melancolía.

Oficialmente me he pasado al otro lado de la ambivalencia: en lugar de preguntarme si dejar o no a Ingrid, ahora me pregunto si no debería haberme quedado con ella. Sopeso la idea de localizarla para decirle que quiero olvidarme de toda esta búsqueda y estar solo con ella, que la seguridad de la jaula es mejor que la libertad de la naturaleza. Sin embargo, he aprendido lo suficiente como para saber que estos son los pensamientos de un ambivalente, manifestaciones del miedo y la soledad por mi fracaso a la hora de encontrar aquello que salí a buscar. Lo único que pasaría es que volveríamos a entrar una vez más en el ciclo de la evasión.

Para la mayoría de los hombres más duro aún que romper una relación es el momento en que su ex por fin se desenamora de él y lo libera, tal vez porque esto desencadena un miedo infantil —un terror psicológico— a perder a la primera mujer

cuyo amor necesitó: su madre. Por eso, tal y como me recomendaría Sheila, me permito sentir la pena, la soledad y el miedo empleando toda la fuerza que tengo a medida que pasan los días para evitar rendirme y acudir a Ingrid.

Entre tanto, sigo asistiendo esporádicamente a encuentros de poliamor y positivismo sexual, aunque sin mucha suerte ni aventuras en las que me interese realmente participar. A medida que la pena se transforma en duelo y el duelo se transforma en aceptación, decido dejar de asistir definitivamente.

Y entonces es cuando doy con la escena que andaba buscando: no en un encuentro de poliamor, sino en el cuarto de la lavadora de la casa de Seth MacFarlane.

12

Entrada del diario de Ingrid

CARTA SIN ENVIAR

Querido Neil:

Esperaba que nos encontraríamos al final de este duro camino. Pero, con el paso de los días, me doy cuenta de que nuestros caminos no volverán a cruzarse. He tenido miedo y esperaba que pudieras venir a salvarme y a sacarme de esta vía para llevarme a la tuya. Pero no ha sucedido.

No pensaba que fuera a darse esta circunstancia, pero he conocido a alguien. Encontrar a esta persona nueva ha sido un verdadero accidente. No sé qué es, pero me gusta de verdad. Al principio pensé que podría divertirme un poco con él y que no surgiría nada. A lo mejor acabo cansándome y dejo de contestar a sus llamadas. Pero cuando estoy con él siento que no puedo utilizarlo como si fuera un muñeco de trapo. Noto que yo le gusto mucho. Me da la impresión de que es demasiado pronto para saberlo, pero tengo una intuición muy fuerte. Me gustaría darle una

oportunidad.

Si te soy sincera, estoy completamente aterrorizada. Quiero estar un tiempo sola. Pero, al mismo tiempo, hay algo que me dice que esto es bueno. Algunas veces me gustaría que vinieras y me llevaras contigo, pero, a medida que pasan las horas, miro hacia atrás y te veo tan lejos…, casi como una mancha borrosa en la distancia.

Siento que hayamos pasado por esto. Te deseo lo mejor en la vida y espero que encuentres a alguien que te haga tan feliz como tú me hiciste a mí. Y lo digo de verdad. Contigo he sido más feliz que en toda mi vida.

Adiós,

INGRID

FASE II

■ Swinging ■

TODA SOCIEDAD TOTALITARIA, POR MUY EFICIENTE QUE SEA, HA TENIDO

SU CLANDESTINIDAD. DE HECHO, DOS CLANDESTINIDADES.

ESTÁ LA CLANDESTINIDAD RELACIONADA CON LA RESISTENCIA POLÍTICA

Y LA CLANDESTINIDAD RELACIONADA

CON LA PRESERVACIÓN DE LA BELLEZA Y LA DIVERSIÓN; ESTO ES, LA PRESERVACIÓN

DEL ESPÍRITU HUMANO.

—TOM ROBBINS

Naturaleza muerta con pájaro carpintero



13

Nicole me recuerda a Ingrid en versión más bajita, más conservadora y todavía más flaca. Mide poco más de metro y medio y lleva puesto un vestido azul que parece de gala, del cual sobresalen las clavículas como la estructura de una cometa. Es abogada en San Francisco y está de visita. Es la clase de chica con la que uno se casa y se la lleva a casa de su mamá, a no ser que la madre sea como la mía.

Y hace solo media hora que la conozco. Estamos en un restaurante japonés con un amigo común, un productor cinematográfico que se llama Randy. Él y su esposa nos han invitado a salir con ellos a cenar y a ir después a una fiesta en casa de Seth MacFarlane, el creador de *Padre de familia*, en Hollywood Hills. La mujer de Randy, Jessica, es voluptuosa y tiene unos gruesos labios, todo natural. *Ardiente* sería la palabra que mejor la definiría. *Estrecha* sería otra.

Cuando les cuento que voy buscando una compañera de mente abierta, tuerce el gesto y me interrumpe:

—Yo nunca me haría un trío.

—¿Por qué? —su vehemencia me pilla por sorpresa.

—Es que Randy y yo nos queremos muchísimo y nuestro amor es real. Y esas cosas no se hacen cuando uno está casado.

Sus palabras me provocan un repelús en la espalda. Ha expresado mi miedo: que el matrimonio signifique el fin de la fiesta, que las cosas que una mujer haría

con un hombre cualquiera que conozca en Cabo San Lucas sean de verdad más divertidas que las que va a hacer con el hombre con quien va a pasar el resto de su vida. Dejo caer la cabeza encima de la mano antes de poder evitarlo. Randy parece igual de decepcionado que yo, pero lo disimula un poquito mejor.

—¿Qué pasa? —pregunta ella.

—Mira a Randy. Se muere por dentro. A nadie le gusta oír decir que su vida sexual contigo sería mejor si no os hubierais casado.

Randy evita mirarla a los ojos (esquivando así la pelea que se desencadenará más tarde si admite estar de acuerdo conmigo).

—O sea, que si no estuvieras casada y se dieran las circunstancias adecuadas y sucediera sin más, ¿te montarías un trío?

No dice nada, pero sus labios esbozan una sonrisa.

—¡Lo harías! —exclamo; hay algo en mí que está intentando demostrar algo—. Pues déjame que te haga una pregunta: si la necesidad que tiene el hombre de variedad sexual no queda cubierta en el matrimonio, ¿qué necesidades tuyas no se ven satisfechas en la relación?

Hasta la palabra *matrimonio* suena más a sentencia de cárcel que a decisión libre fundamentada en el amor.

—Yo diría que la mayoría de las necesidades que las mujeres no ven satisfechas están relacionadas con la comunicación y el apoyo emocional. Pero no espero que Randy atienda completamente a esas necesidades.

—¿Lo ves? ¡Ahí es donde tengo yo el problema! Como mínimo tú puedes satisfacer esas necesidades mediante la conexión emocional con tu familia y con tus amigos, fuera de la relación. Pero, en el caso de las necesidades sexuales, te quedas atrapado queriendo que las atienda una sola persona. Y si intentas que las atiendan otras personas, te conviertes en un montón de escoria.

Y en ese momento es cuando Nicole se vuelve hacia mí, me mira con sus tiernos ojos azules y me dice con voz suave:

—No podría estar más de acuerdo.

—¿En serio?

—Solo por fuera parezco una niña buena —me dice.

—**S**ería genial que convencieras a mi mujer para hacer un trío —me susurra Randy una hora más tarde mientras paseamos por el jardín trasero de la casa de MacFarlane.

No es una fiesta pequeña: hay esculturas de hielo, baños químicos, una orquesta completa y un montón de extrañas mujeres flacas de metro ochenta. Nicole se queda a mi lado todo el rato. Y poco a poco el aire que nos rodea se va cargando: me mira a los ojos más de lo necesario y se ríe hasta de mis chistes malos. En *El método* estas señales indican interés. Y por primera vez desde que corté con Ingrid salen de una mujer que podría estar abierta a… ser abierta.

La tomo de la mano y la llevo hasta un sofá de exterior mientras MacFarlane canta *Luck be a lady* al frente de la orquesta. No sé por qué, Randy nos sigue y se sienta al lado de Nicole. No estoy seguro de si está aquí para protegerla o si simplemente no es consciente de su presencia. Mientras le susurro algo a Nicole al oído, le doy a Randy unos golpecitos en la pierna para insinuarle que se marche. Pero se queda allí sentado sin reaccionar, como absorbido en algo que le ronda la cabeza.

—¿Crees que se marchará para que podamos besarnos? —le pregunto a Nicole.

—No creo que se vaya aunque nos pongamos a follar aquí mismo —responde.

Lo raro de Nicole es que no parece tener ningún complejo con el sexo. Y es la clase de mujer que tenía la esperanza de encontrar: de las que carecen de esa vergüenza sexual que los padres van inculcando a sus hijas en cuanto son lo bastante mayores para preguntar por qué los niños son distintos ahí abajo.

Recuerdo una noche en la que estaba sentado en un *jacuzzi* con un hombre divorciado que se quejaba de sus dificultades para salir con mujeres, mientras sus dos hijas preadolescentes chapoteaban a su alrededor. «Los chicos son raros», dijo la mayor como respuesta a un comentario que había hecho él. La miró con aprobación y me dijo: «No van a salir con nadie hasta que cumplan los treinta». La hija pequeña contestó: «¡Yo voy a ser una solterona con un perro!». Y entonces me di cuenta de que son los propios tíos los que se causan los problemas a la hora de salir con alguien. Programan a sus hijas para sentir aversión por los hombres y por

el sexo, temerosos de que conozcan a alguien igual que su padre; luego conocen a la hija de otro y esperan que se meta de cabeza en la cama sin ningún tipo de zozobra ni reserva.

Le paso la mano por el pelo a Nicole y empezamos a enrollarnos. A medida que los besos se intensifican y las manos recorren los cuerpos, Randy sigue sentado a nuestro lado como una especie de escultura de Rodin: el Mirón.

Aparto los labios de Nicole y le digo a Randy:

—Nos vamos a dar una vuelta, luego nos vamos todos.

En el interior de la casa de MacFarlane, Nicole y yo probamos a abrir varias puertas, pero están todas cerradas con llave. Es evidente que no es la primera fiesta que da. Entonces me fijo en una ventana y, al otro lado, veo el cuarto de la lavadora. Afortunadamente, la puerta no está cerrada.

Nos colamos dentro y cerramos la puerta. Apago la luz para que nadie nos vea a través de la ventana. Entonces empujo a Nicole contra la puerta, le meto la mano debajo del vestido y la acaricio por fuera de las bragas. Arquea la espalda y gime, entonces empieza a bregar con los botones de mis pantalones. Comparado con el sexo sagrado de la Convención de la Asociación Mundial de Poliamor, el sexo sucio, furtivo y espontáneo se me antoja más trascendente.

Muchas mujeres creen que, si acceden al sexo demasiado rápido, su compañero no las respetará. No es el caso. No se trata de esperar un tiempo determinado antes de acostarte con alguien, sino de esperar una calidad determinada de comunicación. Y Nicole ya me gusta lo suficiente como para proponerle que considere la posibilidad de convertirse en mi compañera poliamorosa primaria, consensuadamente no monógama y pluralmente multirrelacionada. Quizá le interese trasladarse a la casa del amor libre con Belle y conmigo.

Mientras se arrodilla para hacerme una mamada, meto la mano en mi bolsillo trasero y saco un condón. Y entonces sucede.

Aparta los labios, me mira desde abajo con cara de inocente y me dice:

—No puedo acostarme contigo si no está mi novio delante.

Mi cerebro tarda un momento en asimilar el significado de sus palabras. No

es una frase que haya oído con anterioridad. Estoy más acostumbrado a que me digan: «No puedo acostarme contigo porque tengo novio».

Repito la palabra con un grito de dolor:

—¡¿Novio?! —hay alguien que ya está viviendo mi sueño con ella.

—Tenemos una relación abierta. Pero no tengo permitido follar con nadie sin que él esté presente —la decepción debe de quedar bien patente en mi cara porque añade—: Pero, cuando follemos, va a estar muy muy bien.

Y vuelve a rodearme con la boca.

—¿Te parece bien que me corra? —pregunto.

No sé por qué pido permiso. A lo mejor tengo que llamar a su novio para asegurarme de que a él también le parece bien.

—Claro —contesta, buena respuesta.

La miro trabajárselo, pero estoy tan confundido y decepcionado que me cuesta disfrutar del momento. Recuerdo haber visto el documental *Anatomía del sexo*. Explica que cuando el pene está relajado es cuando está tenso en realidad. Los músculos están contraídos. Cuando se excita, el pene se relaja. Y esto permite que la sangre entre, lo que hace que los tejidos blandos se expandan, provocando la erección. Por eso hay que estar relajado para que se te ponga dura. Si estás tenso, no se te pone dura. Y yo estoy tenso porque por fin he encontrado a alguien de mente abierta con quien me imagino saliendo… y está cogida.

Incapaz de cumplir, me subo la cremallera.

—Creo que estaba predestinado a conocerte —le digo mientras salimos del cuarto—. Últimamente he estado pensando mucho en relaciones abiertas.

—¿Estás metido en el «ambiente»? —me pregunta con cautela, explorando el terreno.

—¿A qué te refieres con «ambiente»?

—Odio ese nombre. Es el *swinging*.

—¿No me hace falta una novia para eso?

—No necesariamente. ¿No conoces *Lifestyle Lounge*?

—No.

—Es una página web donde estamos mi novio y yo. Allí puedes encontrar a alguien.

—¿Allí es donde se esconden los cuerdos?

—En realidad se esconden en *Bliss*. Y allí te ponen a mil. Pensamos ir en un par de semanas. Deberías venirte con nosotros.

—¿Habrá *puyás*? —pregunto solo para asegurarme.

—¿Qué son *puyás*?

—Genial. Cuenta conmigo.



14

«**G**racias otra vez por lo de anoche y por respetar mis límites —me escribe Nicole antes de subir al avión de regreso a San Francisco al día siguiente—. Estoy deseando que nos volvamos a ver, esta vez con James».

Habría querido estar en el otro lado de la relación, y no estoy muy seguro de que vaya a sentirme cómodo con un tío en la habitación, aunque solo sea mirando. Pero *Shama* Helena me aconsejó explorar algunas relaciones y esta puede ser la ocasión propicia.

Por desgracia, la ocasión se presenta antes de lo esperado. Dos horas más tarde, Nicole me escribe para decirme que tiene que hablar conmigo.

Nunca es buena señal que alguien con quien acabas de tener un contacto sexual *tenga* que hablar contigo. Lo único que se me ocurre es que padezca una ITS de la que no me ha comentado nada.

La llamo y le pregunto qué ocurre:

—Acabo de discutir con James acerca de la confianza y he cruzado algunos límites contigo que no debía —me cuenta desolada.

—Creía que teníais una relación abierta.

Tal vez su relación no esté tan abierta, solo un poco entornada.

—La verdad es que según nuestro acuerdo se suponía que la restricción era al coito y también al sexo oral —confiesa—. No pensaba que le daría tanta importancia, pero cuando he empezado a explicarle lo que pasó se ha cabreado muchísimo. Sinceramente, creo que esto debería acabarse aquí. Porque, vale, él no estaba. Dice que si lo quisiera, no lo habría hecho. Que empezara en el cuarto de la lavadora le ha parecido que lo hacía más cutre y le jode que haya puesto en riesgo la relación de esa forma —hace una pausa—. Y lo peor de todo es que somos abogados, de manera que los contratos importan.

Al cabo de una hora, me escribe él: «Neil, aquí James. No te sientas mal por nada de lo que hayas hecho». No me siento mal. «Tengo que pensarme algunas cosas. La confianza incondicional es primordial cuando vives la vida como nosotros hemos decidido. Nicole ha abusado de mi confianza y eso es algo que necesito procesar».

De momento, su relación abierta da la impresión de ser igual de dramática que una relación cerrada. Y el drama tiene que ver con lo mismo: la confianza. Quizá la razón por la que las amistades estrechas tienden a durar más que las relaciones íntimas sea que la mayoría no viene acompañada de rígidas normas y cláusulas de exclusividad.

Un minuto más tarde, James vuelve a escribir: «No estoy seguro de adónde nos llevará esto (y no sé adónde quieres que nos lleve). Eso es algo que tenemos que decidir todos juntos. Te escribiré cuando haya tratado el asunto por mi parte».

Me chirría lo inclusiva que suena la palabra *juntos*. Suena casi como si yo tuviera la opción de involucrarme en su relación.

Sea cual sea el caso, espero no haber echado por tierra mis opciones de asistir a Bliss.



15

El *swinging* es una víctima de su propio éxito.

Cuando la gran mayoría de la gente piensa en un matrimonio con libertad sexual, el *swinging* es lo primero que viene a la cabeza. No obstante, la campaña de desprestigio del estilo de vida liberal ha sido tan absoluta y concienzuda que la sola mención de la palabra inspira desdén antes que concupiscencia. Hasta las *grupis* del *rock* gozan de mejor reputación.

Los principales azotes del *swinging* son, para empezar, la descripción apócrifa que se hace de ella como una actividad orientada sobre todo a parejas de viejos acomodados, fofos, sin gusto en el vestir y, por lo demás, anodinos. Y para seguir, la idea de que los clubes liberales están infestados de enfermedades. Es en parte por estas razones por las que los adeptos han hecho esfuerzos por mitigar el estigma rebautizando su escena con el nombre de *ambiente*.

En su defensa, he de decir que la noción de que solo las personas de buen ver tienen derecho a gozar es más una condena al acusador que al acusado. En cuanto a las enfermedades de transmisión sexual, los investigadores dicen que el VIH no se ha extendido más entre los liberales que entre el resto de la población. Tal y como dijo uno de esos investigadores: se usa más como argumento moral, pero no es científico.

Sin embargo, si todas las fiestas fuesen como Bliss, los liberales serían más bien objeto de envidia que de burla.

Nicole está en un restaurante chino de Las Vegas Palms, sentada junto a un hombre que supongo que será James. Me mira directamente a los ojos y me da un firme apretón de manos. Es un saludo excesivamente masculino, formal y un punto

cohibido. Evidentemente, es costumbre entre desconocidos que han compartido a la misma mujer saludarse como si fueran pistoleros antes de un tiroteo.

Aunque está en la treintena, James viste más bien como si estuviera en la veintena, con una llamativa camiseta ajustada y vaqueros desteñidos en fábrica. Es alto, de pelo rubio cortado al rape y constitución ancha y maciza que, más que producto de gimnasio, parece fruto de la genética. De forma que, aun siendo grande, no da la sensación de que pudiera aguantar mucho rato en una pelea (cosa que es buena señal, porque no debe de hacerle mucha gracia que Nicole y yo hayamos estado escribiéndonos sin descanso desde que nos conocimos). Aun así, por respeto, me he asegurado de escribirle a él una vez por cada cinco mensajes nuestros.

—Solo quiero que sepas que no hay ninguna clase de rencor entre tú y yo —dice—. En realidad, a resultas de lo que ha sucedido, Nicole y yo hemos mejorado la comunicación y fortalecido nuestra relación.

Bueno, me alegro de que ese tema se haya resuelto para que ahora pueda acostarme con tu novia.

Al poco se nos suman otras dos parejas en las cuales el hombre viste de forma demasiado juvenil para su edad y las mujeres parecen sacadas de las páginas de *Maxim*. Una de ellas es una mujer escultural de pelo negro azabache. La otra es una Barbie de carne y hueso que se presenta como Chelsea.

Chelsea tiene la piel bronceada, el pelo teñido de rubio y el cuerpo bien tonificado. Se ha sometido a cirugía una vez, para ganar una copa D; el resto es fruto de su esfuerzo. No tardo en enterarme de que es el resultado de al menos cinco horas diarias de dedicación a su aspecto, 365 días al año, durante los últimos quince años de su vida. Eso son más de 27 375 horas de perfeccionamiento y cientos de miles de dólares en maquillaje, manicuras, ropa, zapatos, médicos, peluqueros, esteticistas y entrenadores.

La belleza a este nivel es una adicción que alimenta la fantasía masculina, una fantasía que se hace cada día más difícil de alcanzar a medida que, una década tras otra, la pintura sobre fotografía, el aerógrafo, el Photoshop o las aplicaciones de fotomontaje han ido elevando el rasero en una infinita carrera armamentística de perfección femenina.

Está claro que aquí soy el eslabón débil y, en mi condición de hombre solo, probablemente incluso sea *persona non grata*. Por fortuna Nicole ha atraído a la

ciudad a una vieja amiga suya que, según me dice con una sonrisa seductora, puede ser mi «cita especial».

Mientras todos van tomando posiciones, James me pregunta por mi última relación. Parece como si me estuviera examinando, como si intentara evaluar la clase de persona que soy, determinando si soy digno de acostarme con su novia. Le cuento la verdad: que quería abrirla, pero que Ingrid no estaba interesada.

—Me parece que el error que cometiste con ella —salta Nicole— es que se lo planteaste en términos de que tú querías estar con otros. En lugar de eso, tenías que haberle dicho que querías que tuvierais aventuras sexuales juntos. Así puedes incluirla a ella, en vez de dar a entender que era un fallo por su parte. Conmigo funcionó.

Tiene razón: fui egoísta con Ingrid. Solo buscaba mi propio placer, sin tener en cuenta el dolor que pudiera causarle a ella. En cambio, tal vez si hubiera querido hacer algo que añadiera un valor a su vida y a nuestra relación, se habría mostrado más abierta. O tal vez no. Pero desde luego habría sido un mejor planteamiento.

Al igual que ocurre con muchos de los que están inmersos en el «ambiente», James y Nicole me explican que ellos nunca pensaron que llegarían a participar. Se educaron creyendo en el mito del matrimonio: exclusivo y feliz hasta la muerte. Así que antes de conocerse ya habían estado casados; sin embargo, descubrieron que la realidad de esa existencia se parecía más a una forma de ver pasar la vida que de reafirmarla.

—Todos los que estamos sentados a esta mesa, y casi todos los que conozco en «el ambiente», o están divorciados o han salido de una relación tradicional anterior muy larga —dice Nicole—. Es como si te hiciera falta extirparte del organismo ese primer matrimonio o esa relación importante antes de admitir que tener relaciones sexuales con otra persona no tiene por qué afectar a vuestro amor. En todo caso, le aporta algo.

Me cuenta que conoció a James en el despacho de abogados donde trabajan. Después de salir juntos unos meses, él la llevó a un club de *striptease* por su cumpleaños, cosa que a ella le excitó lo suficiente como para querer probar el intercambio de parejas. Al principio iban a clubes liberales públicos, pero les costaba encontrar parejas que les gustaran. Entonces empezaron a explorar los anuncios de contactos, donde dieron con parejas con las que disfrutaban dentro y fuera de la cama. Y por fin descubrieron Bliss, que exige a las parejas que envíen fotografías y

una solicitud que se somete a evaluación para permitirles el acceso a las fiestas exclusivas para miembros que se celebran en mansiones, clubes y *resorts*.

—Ningún compañero de trabajo sabe que hacemos esto —me dice James—. Si alguien viera mi teléfono, fliparía con los mensajes que tengo. La mitad son de tíos del ambiente hablando del ciclo menstrual de su novia y diciendo que no podrán salir de fiesta en unos cuantos días.

Cuando viene la camarera a tomarnos nota, James pregunta:

—¿Compartimos todo?

—No me apetece compartir —dice la morena, con el novio enfurruñado al lado; es lo primero que ha dicho desde que llegó—. Ponnos a nosotros dos en otra cuenta.

James se me acerca y me dice en voz baja:

—Llevan todo el día discutiendo, así que esta noche no nos los podemos llevar con nosotros. En la comunidad *swinger* verás que hay parejas que se pelean, se tiran vasos o salen corriendo a la calle ofuscados. Lo bueno de la cultura liberal es que fortalece las buenas relaciones y destruye las malas.

Chelsea y su prometido, Tommy, un atleta de pelo en punta que viste una camisa color burdeos por fuera de los pantalones, parecen más dispuestos para la aventura nocturna.

—Somos nuevos en el ambiente, pero ya no vamos a clubes ni a fiestas vainilla —me dice Chelsea, mientras Tommy se la come con los ojos ejerciendo, según parece, una violencia sexual encubierta—. En los encuentros del ambiente la gente es más guay y más divertida, y se sienten más cómodos con ellos mismos. Y las chicas no son retorcidas ni celosas entre ellas, como en el mundo vainilla.

Esa palabra, *vainilla*, siempre pronunciada con desdén, salpica la conversación. El término hace referencia a los que no están en el ambiente. Cuando se menciona, me río y bromeo acerca de esos vainillas mojigatos que lo estropean todo. Pero en el fondo me pregunto: ¿yo soy vainilla?

Pienso en Belle, la australiana que se va a venir conmigo. Seguramente a ella podría compartirla. Voy a conocer a Anne, la parisina nudista, dentro de un par de semanas. A ella la podría intercambiar por Chelsea. Pero aquí sentado, viendo a

James y a Tommy, la verdad es que no me imagino sintiendo compersión al verlos invadir cada orificio de Ingrid mientras ella entra en un paroxismo de orgasmos.

Rememoro mi conversación con *Shama* Helena: si quiero tener verdadera libertad, tengo que aceptar que el camino que me lleva hasta ella estará cargado de incomodidad y vulnerabilidad.

—¿Y dónde está mi cita? —le pregunto a Nicole.

—Ahora vendrá. Ya lo verás.

La expectación me está matando. Las citas a ciegas ya son suficientemente incómodas, pero el intercambio de parejas a ciegas es todavía más angustioso. Me pregunto cómo se supone que tengo que saludarla: «¿Estoy ansioso por compartirte esta noche?».

Después de la cena, deambulando por el vestíbulo, Nicole y James saludan a varias mujeres con pinta de actriz porno, todas ellas miembros de Bliss, que se pavonean con una seguridad apabullante que hace que los turistas que las rodean parezcan vainillas. Algunos fiesteros ajenos al ambiente van vestidos de un modo igualmente revelador, pero la gente de Bliss da la impresión de estar en posesión de su sexualidad y no tanto de estar simplemente probándosela por una noche.

La pareja paria se descuelga para lidiar con su drama particular mientras nosotros nos subimos al ascensor para ir a la *suite* de Chelsea y que las mujeres puedan cambiarse de ropa. No me imagino cómo van a hacer para ponerse más sexis todavía hasta que veo la habitación, que parece una tienda de Victoria's Secret. Hay lencería, maquillaje, perfume, zapatos y cremas por todas partes. Tommy está metido en el negocio de los juguetes sexuales, de modo que su contribución al cuadro son unas bolsas de lona y unos maletines llenos de mercancía, además de una cámara con trípode y un equipo de iluminación profesional al lado. Todo lo que en la rehabilitación produce vergüenza está aquí expuesto en todo su esplendor.

—Parece un plató de porno —le digo a James.

—Lo que vas a ver esta noche es mejor todavía —contesta—. No vas a querer volver a ver porno nunca más.

Chelsea le da a Nicole una bolsa de regalo de Victoria's Secret mientras Tommy descorcha el champán. Estos son los preliminares del *swinger*. Aunque Tommy parece un poco fanático, yo me siento mucho más cómodo en este escenario

que en una *puyá*. En lugar de disfrazar el sexo de idolatría y religión, ellos lo disfrazan de lencería y champán.

De pronto alguien llama a la puerta.

—Es ella —dice Nicole con voz cantarina.

El corazón se me sale por la boca. ¿Y si no le gusto? ¿Y si no me gusta? ¿Y si no le gustamos a nadie? ¿Y si… y si… y si…?

—No te preocupes —añade Nicole intuitiva—. También es su primera vez en una fiesta de estas.

Automáticamente, me siento mejor.

Se abre la puerta y se ve a una mujer alta con el pelo rojo metálico, más propia de la portada de una revista de moda. Tiene rasgos de duende y un salpicado prácticamente imperceptible de pecas, sombra de ojos de color negro ahumado y unos labios gruesos y sensuales. Lleva el pelo corto y el flequillo peinado por encima del ojo izquierdo. Es de una belleza poderosa, alternativa y a la vez para todos los públicos, masculina y femenina, joven y vieja. Y lo más asombroso de todo es que la conozco.

—¿Sage? —pregunto.

Solo la había visto una vez, pero nunca la he olvidado. Estaba entrevistando a una banda en Nueva York para *Rolling Stone* y ella estaba con ellos. Apenas nos dijimos nada, pero tenía como un resplandor angelical, era como un santo patrón de las estrellas del *rock* alcohólicas que me tuvo obsesionado durante mucho tiempo.

Deja escapar un chillido de deleite, me echa los brazos al cuello y aprieta su cuerpo contra el mío. O se acuerda de mí o es de lo más simpática. Aspiro su calor, su crema hidratante, su cera capilar. Va a ser una noche estupenda.



16

Al paso de Chelsea, Sage y Nicole desfilando hacia el club del casino con sus tacones altos y sus microfaldas, todas las cabezas se vuelven, hasta los crupieres estiran el cuello para atisbar algo. No está claro si las miran porque las mujeres les parecen atractivas o porque les parecen prostitutas o ambas cosas, pero da igual. En este momento Las Vegas somos nosotros.

Yo las sigo de cerca, junto con James y Tommy, que van disfrutando de la estela que van dejando sus parejas.

—Dios, mírala —dice Tommy con un deseo voraz por Chelsea; se pasa la mano por el pelo negro como la obsidiana, en el que se ha puesto tanta gomina que prácticamente se le oye al moverse.

—Voy a casarme con ella. No me puedo creer la suerte que tengo.

Un tipo de una altura monstruosa y su emperifollada mujer nos siguen el paso.

—Mi chica y yo llevamos casados dieciséis años y hemos estado metidos en el ambiente todo este tiempo —nos dice con orgullo—. Fijaos qué cuerpo. ¡Qué cuerpo tan fantástico!

El *swinging* desde luego se acerca bastante a la solución que voy buscando. En lugar de desear a otras mujeres, estos tíos siguen deseando a la que está con ellos. Y más que abandonarse, las parejas se mantienen en forma porque saben que van a estar desnudos delante de desconocidos. Tal vez la cultura liberal sea la fuente de la juventud: una fórmula para escapar de la monotonía de hacerse mayor juntos y la pérdida de sexualidad que acompaña al trabajo, la paternidad, la familiaridad y la asunción de cada vez más responsabilidades. Porque, a pesar de las desventajas, después de tantos años juntos, parece que estas parejas tienen los tres instintos de Helen Fisher (el sexual, el del amor romántico y el del apego profundo) funcionando a pleno rendimiento.

No tardamos en llegar a nuestro destino: un club de baile con una larga cola a la entrada. Mientras una preciosa promotora de Bliss nos deja cruzar las cortinas de terciopelo, el liberal alto que se ha unido a nosotros le ruega a su mujer: «Cariño, aquellas dos chicas de las que te hablé ya están dentro. ¿Puedo follármelas esta noche?».

De acuerdo, puede que sigan desando a otras mujeres. Pero por lo menos piden permiso antes.

Las parejas del ambiente no se limitan a ir a clubes y a hoteles. También escenifican lo que ellos llaman *ocupaciones*. Esto implica invadir un espacio público con una rampante energía sexual y escandalizar a los vainillas. Aunque no practican allí el intercambio, sí que hacen planes y se cierran invitaciones para follar más tarde; y mientras tanto, se sienten muy *guay* y muy superiores. El verdadero intercambio de parejas de esta noche, me cuenta James mientras nos sumamos a una masa enorme de miembros de Bliss en el interior, tendrá lugar después, en fiestas privadas que se celebrarán en habitaciones de hoteles selectos.

En la pista de baile, una rubia con un ajustado vestido plateado de lentejuelas se ondula de forma tan sugestiva que mi ritmo cardíaco se acelera al instante. Ni el hombre más rico, seguro y famoso del mundo estaría a la altura de una hermosa mujer en mitad de un baile que rezuma energía sexual. Por cosas como esta se dilapidan fortunas, se desmiembran familias y se libran guerras.

—Aquí me siento cómodo —dice James—. Esta es mi gente.

En un instante, nuestras acompañantes se han unido a la hipnotizadora en la pista de baile. Aquí la feminidad convencional se ve amplificada, mientras que la masculinidad convencional se atempera. Entre los liberales, las mujeres se sienten más seguras actuando de forma sexual (y viéndose apreciadas por ello) que en los acontecimientos vainillas: los tíos no se las comen con los ojos ni las toquetean ni las persiguen ni se pegan por ellas. Y como dijo Chelsea, las mujeres no las miran con malos ojos, como si fueran la competencia.

Mi mirada se concentra en Sage, que está bailando con las piernas separadas y las caderas poseídas, como invitando al deseo a entrar sin llamar. Instantes más tarde, viene hacia mí acompañada de la hipnotizadora de la pista.

—¡Oh, Dios!, tu chica es tan sexi… —dice la rubia; sus manos recorren el cuerpo de Sage de arriba abajo; señala a una mujer de corta estatura que lleva un velo de novia y que está cerca de allí con un hombre aún más bajito, vestido de esmoquin—. ¿Ves a mis amigos de ahí? Se casan mañana. ¿Podrías echarle un polvo bien duro esta noche? Necesita que se la follen.

—Ya veremos qué nos depara la noche —respondo, convencido de que he muerto y estoy en el paraíso de las relaciones.

Tristemente, no sería yo el único tío que se hubiera tirado a una novia en Las Vegas la noche antes de su boda. Cuando la rubia se larga, Sage se inclina muy cerca de mí, hasta que me roza la mejilla con la suya.

—Si salgo con alguien —me dice—, no me apetece estar con otros tíos.

—¿De verdad?

Me deja atónito. Espero que no sea otra monógama.

—Si estuviera con un hombre que permitiera que eso pasara, lo consideraría poco varonil.

—¿Y por qué has venido, entonces?

—Acabo de salir de una relación y hacía siglos que no veía a Nicole. Así que me ha traído aquí para que me divierta un poco y a ver el panorama.

—La verdad es que yo también acabo de aterrizar.

Hace aletear la lengua seductoramente entre los labios y me habla de su última relación. Estuvo saliendo con un tipo que quería crear lo que él llamaba *un círculo*: un grupo que consistiera en él, Sage y otras dos mujeres.

Suena muy parecido a lo del padre Yod. Sin embargo, al final se obsesionó con una de las mujeres, rompió con todas las demás, empezó a salir con ella en exclusiva y se casaron hace poco. Está claro que al final prefirió una línea antes que un círculo.

Me consuela que en realidad Sage esté abierta a las relaciones alternativas. De repente, el mundo del despacho de Joan se me antoja muy lejano. Aquí existe otro concepto de lo normal según el cual sería Joan quien se avergonzaría: por ser tan agresivamente vainilla, una contrarrevolucionaria sexual.

Me llevo a Sage hasta un sofá para que podamos conocernos mejor. Le hablo de mis infidelidades con Ingrid y de la rehabilitación, y ella me habla de sus infidelidades a su novio poliamoroso. Cuando él se enteró, le dijo que solo había una forma de compensarlo: que quedara para verse con el otro tío en un bar, que antes le hiciera una mamada al novio en el servicio y luego, cuando se reuniera con el otro, lo besara, le escupiera el esperma en la boca y le dijera lo que era.

—Todavía me siento fatal por haberlo hecho —dice—. Pero en aquel momento, me sentía tan culpable por haberle puesto los cuernos que habría hecho cualquier cosa por resarcirlo.

—Te entiendo. Yo me sentía igual.

Tanto si el *swinging* es para mí como si no, por lo menos he encontrado un mundo con cuya gente me siento cómodo, gente que al parecer tiene en cuenta la intimidad y la apertura. Además, he encontrado a Nicole, a Chelsea y a Sage, y no tengo que elegir entre las tres, cosa que es ideal para un ambivalente como yo. Ni tengo que mantener las distancias con alguien que me gusta solo porque en ese momento tiene una relación con otro. Aunque la cuestión de la infidelidad es un poco preocupante, ¿quién soy yo para juzgar a nadie? Por lo menos esta escena es más sensata que la vida después de la rehabilitación sexual, cuando las mujeres son detonantes a los que hay que evitar más que personas de las que disfrutar.

Mientras estamos hablando, James se aproxima a toda prisa y nos dice que el grupo se va a ir a una fiesta *after* a la que solo se puede entrar con invitación y que tiene un fondo a lo *Eyes Wide Shut*.

—Pero, antes de eso —anuncia—, he traído unos regalitos.

Nos paramos en la puerta de su habitación, donde abre una bolsita de artículos de tocador y saca una botella de GHB. Yo nunca lo he probado, aunque recuerdo haber leído un artículo inquietante acerca de una mujer a la que le colaron un poco durante una cita en un crucero, con el fin de drogarla y poder violarla después. Su organismo se ralentizó tanto que perdió el conocimiento, dejó de respirar y murió.

—¿Cómo sé qué dosis hay que tomar? —le pregunto a James.

Coge un cuentagotas y corta el aire formando una equis, como si fuera un Zorro escuálido.

—No te preocupes. Estás en buenas manos.

—Entonces dame la mitad de la dosis que pensabas darme.

El GHB líquido no huele ni sabe a nada. Si quiere tomarse la revancha por el incidente con Nicole en el cuarto de la lavadora, esta sería su oportunidad.

—Te va a gustar. Es como si estuvieras borracho, pero sin ponerte baboso.

—Estoy vendido.

Nervioso y vendido. En rehabilitación Troy y Adam me preguntaron si tenía algún problema de abuso de sustancias y yo les dije que no bebía ni me drogaba. «Si pierdo el control, tengo la sensación de que la persona que resulte será desagradable, así que intento no perderlo», les expliqué. Y Troy le dio a Adam una palmada en la espalda y anunció: «¿Lo ves? Te lo dije. Definitivamente es un sexoadicto».

No supe si se refería a mi autocontrol o a mi autoestima, pero tal vez dejarme llevar un poco no me vendría mal.

James absorbe con el cuentagotas un poco de líquido, estruja la pera para que caiga en el tapón de la botella y me lo da a beber en una especie de rito erótico liberal. Al cabo de quince minutos, noto un leve mareo. Y entonces me acuerdo de una cosa que quería preguntar.

—Siendo tío, ¿esto va a afectar a mi… ya sabes, a mi rendimiento?

—Ven conmigo —responde James.

Le sigo hasta la mesa, donde descansa una botellita medicinal rellena de un fino jarabe.

—Esto es Viagra líquida —me explica—. Ahora mismo solo está disponible para su uso experimental en animales, pero he conseguido un poco en internet y es genial porque se puede medir exactamente la dosis adecuada. ¿Quieres un poco?

—¿Y no hay nada más dentro? ¿No me va hacer flipar ni nada por el estilo?

Me pregunto para qué querrán los animales erecciones más largas.

—Solo te va a ayudar a pasártelo en grande esta noche.

—Vale, pero no me des mucho. No quiero hacerle daño a nadie.

Me echa las gotas de Viagra en la boca y sabe a rayos. Ya estamos listos para la fiesta. En el fondo estos chicos son unos fiesteros, solo que con sexo en lugar de música.

No sé qué me estoy haciendo a mí mismo. Supongo que a finales de los años sesenta, por regla general, el amor libre conllevaba el consumo libre de drogas. Y como mínimo esto es mucho más divertido que pasar un rato con los poliamorosos del tantra. Es posible que, retrotrayéndonos a antes incluso de las bacanales romanas, todas estas subculturas tengan su ritual presexual, concebido como una forma de desinhibirse. Me pregunto por qué me resistía tanto a los ritos sagrados de los poliamorosos y, sin embargo, soy tan receptivo a los ilícitos mejunjes químicos que me dan los liberales. Decididamente, es un fallo moral por mi parte.

Salimos al pasillo flotando en un estado de semieuforia y nos asomamos a unas cuantas fiestas muy poco *swingers*, hasta que, por fin, con el efecto del GHB ya en declive, cruzamos a la Fantasy Tower del hotel para la fiesta *Eyes Wide Shut*.

En el interior de la *suite* de dos habitaciones hay un pinchadiscos, una barra de *stripper* y, en el centro de la estancia, una llamativa mesa redonda cubierta con una sábana blanca. A su alrededor se arremolinan casi tres docenas de hombres sin camisa y de mujeres que llevan unas elaboradas máscaras de Mardi Gras. Nunca en mi vida había visto pechos más falsos, ni siquiera en una película porno. Curiosamente, no hay ninguna actividad sexual.

Cerca de la entrada de la habitación, hay una caja grande de cartón llena de disfraces. Sage selecciona una máscara de ojos negra de la que sobresalen unas coloridas plumas de pavo real. Yo cojo una máscara blanca con una nariz larga de *La naranja mecánica* y un gorro de bufón encima.

—Vamos a rematar —dice James.

Mide una dosis de GHB en el tapón para cada uno. Y esperamos a que ocurra algo. Parece como si todos estuvieran esperando. Reina una incomodidad tácita en la estancia, como en un baile de graduación del instituto en el que no baila nadie.

De repente oigo una áspera voz nasal y masculina.

—Eh, tío, es Neil Strauss.

Me vuelvo para ver a una figura inconfundible vestida con un albornoz rojo y una máscara blanca. Por la postura subrepticia y la mandíbula bien formada y sin afeitar, veo sin dudarlo que se trata de Corey Feldman.

—¿Qué haces en mi fiesta?

—¿Esta fiesta es tuya?

Hace al menos siete años que no veo a Corey, más conocido como el actor adolescente de *Cuenta conmigo* y *Jóvenes ocultos*. Lo conocí mientras escribía un libro con Marilyn Manson, que tenía una obsesión con Feldman consistente, sobre todo, en meterse con él.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta, tan estupefacto como yo.

Mientras le cuento que soy nuevo en el lugar, en mi visión periférica aparece la rubia hipnotizadora del club. Va completamente desnuda a excepción de una máscara de *El llanero solitario*. Avanza hacia la mesa redonda, da media vuelta, se sienta encima y separa bien las piernas. Entonces se inclina hacia atrás y coloca los pies en el borde de la mesa, ampliando aún más la distancia entre las dos piernas. Se queda allí sola, inmóvil, como preparándose para absorber toda la estancia en el interior de su vagina.

—¿Así que solo estás en esto para sumar puntos? —me pregunta Corey.

Es una pregunta trampa. Por lo visto a los hombres del ambiente les gusta estar seguros de que estás aquí por el motivo correcto, sea cual sea. Afortunadamente, yo no he venido a coleccionar muescas en el cinturón.

—He venido para encontrar otra forma de vida que no sea la monogamia convencional —contesto.

—Entonces esto es la cúspide —responde Corey con entusiasmo.

Se ve que he aprobado. Por el rabillo del ojo veo que un hombre se acerca a la mesa, se pone de rodillas y hunde la cara con devoción entre las piernas de la rubia.

—¿Y eso por qué?

—Porque ver a la persona a la que amas con otro es el apogeo de la pasión.

—Sí, pero normalmente la pasión que despierta en la gente es criminal.

—Ahí está la gracia: es algo que cuesta de manejar. Y normalmente sentirías celos e ira. Pero, si puedes controlarlo —presiona la palma de la mano desde el corazón hasta la ingle, como oponiendo resistencia a un peso enorme— y transformarlo en pasión, se convierte en una experiencia que te conecta mucho con

tu pareja.

Un coro de jadeos y gemidos inunda la sala, y cuando alzo la vista veo a tres parejas alrededor de la mesa circular. Dos de las mujeres están inclinadas sobre la mesa con los correspondientes tíos embistiéndolas por detrás. Todo el mundo debía de estar esperando a que alguien tuviera el coraje de dar el pistoletazo de salida a la fiesta. Aunque tampoco parece una quedada gigantesca de intercambios ni una gran orgía, son solo unas cuantas parejas follando. En realidad había más interacción en la *puyá*. Quizá para algunos el culmen de la cultura liberal sea simplemente estar en un entorno de decadencia sexual.

Súbitamente me sube la segunda dosis de GHB. No es un mareíto suave como el de antes, sino una invasión más agresiva de mi organismo. Noto un aturdimiento, un vértigo, y estoy casi tan contento como para que me apetezca una *puyá*.

—Esa mesa la pongo ahí a propósito —dice Corey con orgullo señalando a las parejas que copulan contra ella—. Había una con un cristal, pero hicimos que la quitaran y pusieran esta.

Intento centrarme para que los globos oculares dejen de darme vueltas al menos el tiempo suficiente para responder.

—¡Pues, vaya! Parece una buena idea.

Pero la verdad es que no entiendo por qué una mesa circular ha de ser la pieza clave de una orgía.

—Sé lo que me hago —contesta sin modestia—. No consumo drogas, pero lo compenso con el sexo. Anoche tuve relaciones con seis mujeres.

Recuerdo de las entrevistas que le hice a Feldman que su madre también lo tenía aglutinado a él. Además de hacer que le frotara los pies, la peinara y le preparara el baño cuando era un niño, lo utilizó para materializar su ambición de fama llegando hasta el extremo de ponerlo a dieta a base de pastillas cuando él tenía catorce años. Rick me diría que ahora mismo estoy en un narcopiso sexual. Los tres indicios de la adicción, según Joan, son: que es crónica, que es progresiva y que tiene consecuencias negativas en tu vida. No creo que en mi caso esto sea crónico aún, pero desde luego es progresivo. En cuanto a las consecuencias negativas para mi vida, la noche es joven.

Un hombre sin camisa se sienta a nuestro lado, una rubia robusta de pechos

operados, que parecen requisito imprescindible para estar aquí, le baja la cremallera del pantalón y se pone a hacerle una mamada.

—¿No te estaré privando de sumarte a la fiesta, no? —le digo a Corey entre la bruma con la intención de emprender la huida.

—No, soy bastante selectivo —responde Corey.

Empieza a hablarme de una noche que su novia y él pasaron en la habitación de un hotel con Pamela Anderson intentando seducirla en vano.

—Pamela Anderson ni siquiera se lo había hecho nunca con una chica —continúa—. ¿Te lo puedes creer? Y me lo dijo estando de coca hasta las cejas, así que debía de ser verdad.

Mi clan liberal aparece a nuestro lado y da la impresión de que están muy ansiosos y preparados para hacer alguna locura.

—Por mí no te cortes —dice Corey—. Ve a divertirte.

Balbuceo un absurdo «me alegro de verte» y me reúno con el grupo. Inmediatamente me siento mejor, ahora que no tengo que disimular el colocón de campeonato que llevo.

Es el momento: esto es una orgía y tengo muchas ganas de participar, sobre todo ahora que tengo una pareja con la que me encuentro a gusto. Y no veo motivos para temer que me expulsen, sobre todo porque conozco al anfitrión y no hay palomitas de maíz a la vista.

Me agacho a besar a Sage, pero la nariz de la máscara se le clava en la cara. No me queda claro si es por culpa de la forma de la máscara o por el mareo. Suelta una risita y tuerce la cabeza hacia un lado para evitar el obstáculo. Al acercar la cara, las plumas de su máscara me hacen cosquillas en la nariz. Quiero perderme en nuestro primer beso, pero creo que voy a estornudar.

Me retiro y las extensiones puntiagudas de mi gorro de bufón se le meten a James en los ojos. Por otra parte, su máscara tiene tantos adornos que no puede besar a nadie. Sage y Chelsea empiezan a enrollarse, pero nos pinchan a Tommy y a mí con las máscaras, así que nos apartamos.

En *Eyes Wide Shut* y en todas las películas que incluyen un decadente baile de

máscaras, los invitados se entremezclan con elegancia, fluidez y sensualidad. Pero en la vida real es imposible besar a nadie con múltiples narices, plumas, cuernos y cascabeles clavándose, haciendo cosquillas y cortando el paso. El resultado se parece más a una bufonada.

—Vamos a quitarnos estas puñeteras máscaras —dice por fin Nicole.

La vida real nunca es como las películas.



17

Cuando hago ademán de quitarme la máscara, Sage me susurra:

—Déjatela puesta.

No sé si tomármelo como un insulto o como un cumplido (probablemente sea un insulto), pero obedezco.

Sage me agarra la entrepierna y empieza a restregarme por fuera del pantalón, así que le meto la mano por debajo de la falda. Le introduzco el dedo índice y, en pocos minutos, se oye un siseo procedente de entre sus piernas acompañado de un chorro de fluido.

—Es eyaculadora —exclama Chelsea.

Y en un visto y no visto todo el mundo está metiéndole mano a mi pareja.

—Voy a buscar un sitio más cómodo —se ofrece James.

Con el GHB intensificando su efecto, alzo la mirada y veo parejas fornicando por todas partes. La mayoría se ha quitado las máscaras por razones prácticas. Mientras que ellas se la chupan a los tíos con los que están o se sientan encima de ellos, los hombres no se limitan a follar, sino que están actuando delante de todos

los demás.

James tenía razón: esto es mucho mejor que el porno.

—He encontrado una cama libre —dice James.

Enfilamos hacia una de las habitaciones. No sé qué va a pasar ahora, pero entre el GHB, el champán, la Viagra líquida, las parejas copulando por todos lados, las piernas de Nicole, los senos de Chelsea y los orgasmos de Sage, no podría estar más entonado. Lo único que me gustaría es encontrar la manera de deshacerme de los dos tíos. No sé qué esperan ellos de todo esto.

Me dejo caer en la cama, la blandura es bienvenida. Mitiga el mareo. Sage se me sube encima y empieza a mover las caderas rozándose contra mí, al tiempo que Chelsea se queda en ropa interior y pezoneras en forma de corazón.

Tommy y James se han quedado clavados junto a la cama, cosa que me resulta incómoda, así que me aparto a un lado para hacerles un hueco. No sé por qué. Estoy rodeado de tres mujeres no monógamas ligeras de ropa y a punto de caramelo. ¿Qué necesidad tengo de preocuparme por la comodidad de estos tíos? Hace diez años habría pagado hasta el último penique que tengo en el banco por esta experiencia (de haber sabido que era posible). Ahora, en lugar de disfrutarla, me he convertido en el acomodador de un patio de butacas.

Chelsea, menuda y dorada, con unos abdominales bien cincelados y las pezoneras señalando al techo, se tumba en la cama.

—Cuídala por mí —me dice Tommy.

—Define *cuidar*.

Es mi primera fiesta de intercambio, no estoy muy seguro de cómo va el protocolo. No quiero empezar a follármela y descubrir luego que solo se refería a que le facilitara una almohada.

—Haz todo lo que quieras —explica James—. Aquí tienes la sartén por el mango.

—Tú ve con cuidado, ¿vale? —me murmura Tommy al oído.

Literalmente me están ofreciendo a sus chicas. Cuando estaba aprendiendo el

método, trabajé muchísimo para tener una oportunidad con una sola mujer como estas. Ahora tengo a tres, y no hay de por medio ningún método estúpido ni ningún miedo del estilo «¿mañana por la mañana seguirás respetándome?». Estoy tan intoxicado por las posibilidades que se abren ante mí que creo que voy a explotar de excitación, deseo, gratitud, lujuria. O puede que se trate solo del GHB y la Viagra. No lo sé. Ni me importa. Esto es lo más cerca del cielo que he estado en toda mi vida.

—¡Despierta! —me chilla una voz masculina al oído; creo que es James.

—No estoy dormido —me oigo decir—. No estoy dormido.

Miro hacia arriba. Tengo la cabeza como si estuviera rellena de papel higiénico. ¡Mierda! Creo que me he desmayado. Sage está sentada encima de mí. Chelsea está a mi lado. Me susurra sensualmente al oído:

—¿Puedo ayudarte?

¡Qué gentileza la suya! Es como una camarera de Hooters.

—¿Aquí no dan de comer?

Se aproxima más aún, con los senos rozándome el pecho, y dice de un modo todavía más sensual:

—Lo que tú quieras.

—La verdad, un poco de agua estaría bien —y sonrío agradecido.

No se va a ninguna parte y ni siquiera muestra intención alguna de ir a por agua porque está claro (al menos para cualquiera que no esté drogado) que la ayuda que quiere prestarme es de otra naturaleza. En la penumbra que reina en mi mente, una neurona empieza a iluminarse:

—Pezoneras —le digo; la palabra irrumpe en mi boca a cámara lenta; me mira desconcertada—. Llevas unas pezoneras muy bonitas. ¿Dónde las has comprado?

¿Por qué estoy de cháchara? Debería decirle que necesito ayuda con la polla o algo por el estilo. Se me ha soltado el regulador del cerebro. Es por cosas como esta por lo que no me gustan las drogas. Hacen que todo el mundo parezca guay menos yo. Por lo menos Sage me está bajando la cremallera del pantalón en este instante. Es un consuelo…

—¡Despierta! —es esa voz otra vez taladrándome el oído.

—¿Por qué no paras de decirme eso? —pregunto.

Dirijo la mirada hacia el ruido y ahí está James una vez más. Miro hacia arriba y Sage sigue encima de mí, pero riéndose.

—Te has dormido con ella encima —me dice—. Estabas roncando.

—Debería darte vergüenza dormirte cuando estás con una mujer preciosa como esta —me regaña Tommy.

—Es una broma, ¿no?

—No —confirma Sage—. Estaba haciéndote una mamada, pero te has quedado dormido y has empezado a roncar.

No tengo recuerdo alguno de haberme quedado dormido. Es aterrador. Ahora comprendo por qué esta es la droga de las violaciones. Querría preguntar si he roncado muy fuerte, pero temo la respuesta. A cambio, como un imbécil, le pregunto:

—¿Seguía teniéndola dura?

—Sí.

—Vaya, esa Viagra sí que funciona.

Veo a una fila de tíos pegados a la pared delante de la cama, mirándonos. No solo no había reparado antes en su presencia, sino que tampoco he visto que haya nadie más a quien puedan mirar abiertamente. Me levanto a toda prisa de la cama y sacudo la cabeza para intentar librarme del papel higiénico que se me arremolina dentro como un torbellino. Noto que no llevo puesta la máscara. Me pregunto adónde habrá ido a parar. James farfulla algo que no entiendo, pero veo que me pasa una pastilla para el aliento. A lo mejor me huele mal.

Hace el gesto de ir a metérmela en la boca, pero me resulta demasiado íntimo.

—Ya lo hago yo —insisto, quitándosela de la mano.

—Con cuidado.

Me guía la mano hacia la boca para que no se me caiga. Ya van dos orgías que acaban en desastre. Soy como un aguafiestas de orgías. Lo más triste es que ha habido más acción mientras he estado dormido que cuando estaba despierto. Ahora me acuerdo de otro fragmento del artículo sobre el GHB: el autor aconsejaba que no se mezclase con alcohol. Cuando ya nos vamos a ir, uno de los tíos que nos estaban mirando se presenta:

—Yo organizo las fiestas de Bliss —dice—. Conozco tu trabajo. Creo que esta comunidad te va a parecer muy interesante.

Señala a otro tipo que también nos ha estado mirando.

—En realidad, él está aquí gracias a tus libros.

Y entonces caigo en la cuenta de que toda esa fila de personas que están contra la pared no solo me han contemplado mientras me humillaba sin la ayuda de nadie, sino que saben quién soy. Me digo que a lo mejor mola desmayarse en mitad de una orgía. Como he estado en tantas en mi vida, es como que ya me aburren.

El promotor se pone a hablar conmigo para contarme su método para buscar talentos para estas fiestas: acude a clubes, observa a las parejas y su dinámica común y las recluta de forma muy selectiva.

—La fórmula consiste en que haya chicas que estén muy buenas —me explica—. Y mientras el tío no sea un callo y no le den arrebatos de celos, ya me vale.

Quizá este sea mi ambiente, pienso mientras James me saca de allí. Si pudiera tomarme unas vacaciones sexualmente decadentes como estas un par de fines de semana al año, probablemente eso bastaría para hacer soportable la monogamia durante el resto del tiempo. Como cuando decides saltarte la dieta por un día. Se supone que este es el sentido que se les daba a las orgías rituales de la Antigüedad: que funcionaran como una válvula de escape psicológica para aliviar el suplicio de la separación humana.

—¿Nos vamos a echar un vistazo a las otras fiestas? —pregunta James.

—Yo creo que ya he tenido suficiente por hoy —le digo.

—¿Y cómo piensas dormir con el éxtasis?

—No me lo tomo y solucionado.

—Demasiado tarde.

—¿Qué quieres decir?

—Acabas de tomártelo.

—¿Qué?

¿Que he tomado éxtasis? A no ser que haya sido cuando estaba sin conocimiento… Pero eso sería muy jodido, colocarme mientras estoy durmiendo.

—En el caramelo para el aliento. Creía que lo sabías.

—Pensaba que era para el aliento.

—No te preocupes, es muy puro. El único problema es que mientras te dure el efecto no se te levanta. Y es peligroso mezclarlo con demasiada Viagra.

—¡¿Entonces cómo voy a hacerlo?! —estoy empezando a sospechar que James está loco de remate, como el Joker de las historietas de *Batman*; esto no tiene sentido—. ¿No echa por tierra toda la gracia de estar aquí?

—No, porque a las chicas les gusta y ellas sí que pueden ponerse a tono.

—¿Cuánto tiempo va a durar?

—Unas cinco horas, probablemente.

¡Ay, Dios mío!, pero ¿qué he hecho?



18

Salimos de la habitación, bajamos en el ascensor y nos subimos a una cinta

transportadora. En cuanto nos bajamos, lo noto. El subidón.

Le toco la espalda a Sage, luego mi mano va ascendiendo hasta el hombro y empieza a apretar. Necesito tocar algo sólido. Ella parece molesta.

—¿Qué pasa? —me pregunta encogiendo el hombro para zafarse.

Inmediatamente, mi mano vuelve a su hombro. Tiene que apretar.

—Me está pegando fuerte. ¿Notas algo?

—No.

—¿Tú te has metido?

—Sí, pero lo he tomado ya muchas veces.

—¿Cuánto es muchas veces?

—Bueno, digamos que lo he tomado por vía rectal.

Volvemos al edificio principal y recorremos los pasillos en busca de otra fiesta por la que quería pasarse James. La alfombra se despliega ante mis ojos. Me vienen imágenes de otras veces que he estado colgado en Las Vegas y lo único que recuerdo son estas alfombras de hotel. Tienen esos estampados repetitivos que no se acaban nunca. Y duran y duran. Alfombras. Eternas.

Llegamos a una puerta. Nos abre un tío sin camisa. Hay varitas luminosas por todas partes, incluyendo las dos que está haciendo girar una rubita de corta estatura y colosales pechos operados.

—Quítate esa chaqueta —dice el tipo—. Lleváis todos demasiada ropa.

Nos quedamos clavados, haciéndonos al entorno. Hay pegatinas fluorescentes pegadas en las paredes, el equipo de música, la nevera, por todas partes. En una habitación a la que da el pasillo de entrada tienen puesto porno en la tele.

—¿Por qué ponen porno en estos sitios? —le pregunto a Nicole—. Le quita todo el morbo al asunto. Como que el porno es falso y esto es de verdad.

—No sé por qué. Es muy poco elegante.

—Deberían poner la CNN —continúo—. Eso sí que daría morbo. Porque miraríamos la tele y pensaríamos: mira qué gente más aburrida. Nosotros nos lo estamos pasando mucho mejor que ellos. Esos se están muriendo y todas esas mierdas, y nosotros estamos aquí, tirándonos a la mujer del vecino.

Algunos, cuando están pedo, se vuelven el alma de la fiesta. Otros se ponen agresivos o promiscuos o sentimentales. Yo me pongo neurótico y plasta. Especialmente con las drogas psicoactivas, cuando se anulan todos los filtros. Ese soy yo. Tengo que aceptarlo, aunque sea el único.

—¿Quieres dar una vuelta? —pregunta Sage.

Me aferro a su brazo.

—¡Quédate conmigo! —con la otra mano me apoyo en el borde de una mesa como si me fuera la vida en ello—. No quiero entrar ahí. ¡Hay porno!

—¿Entonces qué quieres hacer?

Estoy perdiendo el control. Necesito más anclaje.

—¿Puedes ponerme las manos en la cabeza y… hacer algo, lo que sea?

Me sujeta la cabeza calva con las dos manos, como si fuera un huevo muy frágil.

—No, como amasándola.

Ella se pone a amasármela. Y me siento más anclado.

—No pares —le ordeno.

Con Sage masajeándome el cuero cabelludo me pongo a pensar si no habré dado con ella: mi no monogamante. Desde el momento en que Nicole nos presentó, me he sentido como si ya la conociera. Es verdad que ya la conocía. Pero la cuestión es que hemos transitado por esta experiencia como en una nube los dos juntos, como una pareja ya asentada en una relación cómoda. Y tampoco se ha mostrado en absoluto posesiva frente a Chelsea y Nicole. Tal vez le pida que se venga a vivir con Belle y conmigo. Ella ya tiene experiencia. Es perfecto. Ella es perfecta.

Quizás sea solo el éxtasis, que habla por mi boca. Tengo que controlarme. Tengo que asegurarme de que no me dejo llevar, de no profesarle amor eterno, no vaya a ahuyentarla. Es demasiado pronto. Seguramente estoy repuntando. Seguramente ella está repuntando. Todo está repuntando.

Me fijo en que un tío robusto con una camiseta demasiado estrecha ha perdido el conocimiento en el sofá; ajeno a todo lo que pasa a su alrededor, se lo está perdiendo.

—Hay que estar muy pasado para desmayarse en una orgía —le digo a Sage—. Menudo imbécil.

Me mira como si estuviera chiflado. Y lo estoy. Estoy muy pasado.

James dice que nos vamos. No tengo ni idea de por qué nos vamos, pero sé que es lo mejor que podemos hacer.

Salimos, con Sage masajeándome aún la cabeza. No sé por qué seguimos buscando fiestas. Somos seis comedores de caramelos de éxtasis para el aliento en el cénit de nuestra vida sexual. Somos la fiesta. Y eso les digo.

—Lo siento de verdad —le digo a Nicole mientras Sage continúa masajeándome la cabeza.

—Ya lo sé —dice ella.

Me pregunto cómo lo sabe. ¿Tan evidente es?

—¿Por qué nadie más está tan colocado?

Nicole me mira compasiva.

—¡Mierda, soy ese tío! ¿No es eso? Soy un aficionado —otra sonrisa lánguida—. Oye, si no estás haciendo nada, ¿me podrías masajear la cabeza? En este momento es importante.

Mientras seguimos avanzando por el pasillo, siento deseos de que estas dos mujeres no aparten las manos de mi cabeza. No me siento los dientes. El efecto del éxtasis va en aumento. Se lo digo.

—Está pasando a otro nivel.

—No pasa nada —dice Nicole dulcemente, como si se lo dijera a un niño temeroso de una tormenta.

Y así seguimos por la alfombra, en silencio. Siempre la alfombra. Desplegándose sobre pasillos eternos. Sin principio. Sin fin. Sin escapatoria. Siempre el mismo estampado. Por fin, una puerta se abre. Se abre. Dentro, un suelo de parqué. Sí. Entramos. Todavía me están masajeando. Eso es bueno, porque mi cuerpo se siente cada vez más y más insustancial.

En el otro extremo de la habitación veo un sofá. Me hace señales para atraerme. Quiere que vaya.

—¿Vamos al sofá? —les pregunto a mis masajistas capilares.

Ahí me entran remordimientos, tal vez piensen que estoy intentando inducirlas a alguna situación de cariz sexual.

—No, no, eso estaría mal —añado enseguida—. Será mejor que nos quedemos aquí.

En ese momento me acuerdo de que crear situaciones de cariz sexual es el único motivo que nos ha traído aquí.

—No, no, vale. Vamos al sofá.

Vamos hacia el sofá y nos sentamos. Mucho mejor. Ahora estamos cómodamente instalados. Sería una buena instantánea.

—Podríamos hacer una foto —sugiero—. ¿Dónde está la cámara?

—Voy a por el trípode —se ofrece Tommy casi con demasiado afán.

De pronto me asalta el temor de que vaya disparar mientras practicamos sexo en grupo. Eso sería lo último que necesito en internet. Aunque lo subiera únicamente a su perfil en las redes sociales, si es lo bastante embarazoso, otras personas lo compartirán, lo captarán para los blogs y se extenderá por el ancho mundo hasta convertirse en lo más visto de mí en Google.

En un mundo en el que todo está conectado y archivado, tus errores te sobreviven.

—No, no —digo—. Déjalo.

—Pues vamos a comer chocolate —propone Tommy—. Os va a encantar. Será la experiencia más sensual de vuestra vida.

Rompe los cuadraditos de una tableta de chocolate exótico y nos da uno a cada uno. Una experiencia excitante con chocolate es lo que me está haciendo falta ahora mismo para tocar tierra firme. Pero, cuando me lo meto en la boca, no lo veo claro. No tengo cuerpo, por lo tanto, no tiene sentido comer algo que se supone que tiene que recorrerme el sistema digestivo. Me da la sensación de que está flotando inútilmente en mi boca, como cuando en una radiografía del estómago de alguien se ve una moneda.

—Esto no me está resultando —digo escupiéndolo sin previo aviso en la mano libre de Sage—. No puedo comer. En este momento mi cuerpo no puede procesar nada de comida.

Ella me mira, después se mira la mano y no dice nada. Creo que esto ha sido la gota que colma el vaso. Estaba empezando a pensar que ya no tendría que emprender este viaje yo solo, que Sage estaría a mi lado en el papel de primaria, que vendría conmigo a París para conocer a Anne, que planearía la casa del padre Yod junto con Belle y conmigo, y que saldríamos a cenar con Rod y Charles para demostrarles que se puede hallar la felicidad en los márgenes de la norma socialmente aceptada. Pero acabo de escupirle en la mano una plasta marrón parcialmente masticada, derretida en su mayor parte y embadurnada en saliva.

—Deberíamos beber zumo de naranja —propongo—. Los cítricos intensifican el colocón.

Eso es lo último que quiero. No tengo ni idea de por qué lo he mencionado. O estoy intentando encajar o mi córtex prefrontal está más perjudicado de lo que Daniel Amen pensaba. A lo mejor necesito otra sesión de silla vacía. No, decididamente lo necesito. No sé qué narices estoy haciendo, pero no creo que sea sano. A no ser que este sea mi auténtico yo. Eso sería patético.

Chelsea y Tommy están hablando de su luna de miel. Van a invitarnos a Sage y a mí a acompañarlos, como si fuéramos pareja.

—Estáis más que invitados a instalaros en mi casa de San Cristóbal —les digo; el país otorga la ciudadanía a aquellos que adquieren determinadas propiedades, así que me gasté todo el anticipo de uno de mis libros en comprar un apartamento

por una razón paranoide que en ese momento no consigo recordar—. Y no lo digo solo porque vaya de éxtasis. Hablo en serio.

Se echan a reír. No me creen.

—De verdad —insisto—. Mañana os envío un correo para confirmároslo.

Se produce un silencio incómodo. Ese soy yo. Mis palabras resuenan estridentes en la habitación. Ellos solo quieren sexo y lo único que se oye es mi voz diciendo: «¡Soy tan liviano!».

—¿Os estoy divirtiendo o fastidiando? —le pregunto a Sage.

No quiero saber la respuesta. Solo quiero consolarme con la certeza de que le gusto y de que no estoy comportándome como un cretino integral. Sage me mira como si la asustara demasiado contestar.

—¿O un poco de cada? —sugiero para facilitarle la respuesta.

—Sí —dice con una tenue sonrisa—. Un poco de cada.

Sus palabras me cortan como un cuchillo. Sí, pienso, supongo que en el fondo no soy más que un puto perdedor bocazas. Así que voy a disimular el hecho de que lo soy montándomelo con estas dos señoritas que están a mi lado.

Ese pensamiento viene a resumir los últimos diez años de mi vida. Me enrollo con Sage. Me enrollo con Nicole. Siento un cosquilleo en los pantalones. Me vuelvo y le digo a James:

—Eso que dijiste sobre el éxtasis por suerte no es verdad.

—¿De qué me hablas? —pregunta.

—No importa.

Joder, todo el mundo la ha tomado conmigo. Soy el peor tío al que llevarse a una orgía. Estoy a punto de que me larguen de esta también.

—Estoy cansada —dice Sage.

Deja de amasarme la cabeza y se tumba en el sofá. No puedo permitir que

suceda. Si se duerme, nos desconectaremos. Dejaré de tenerla como seguro. Tiene que seguir despierta. Solo hay una forma de salvarla. Empiezo a acariciarla por fuera de las bragas.

—Me estás clavando la uña —protesta.

¿Por qué está tan malhumorada y susceptible? He sido un dechado de amabilidad con ella; si acaso, demasiado atento. Y entonces me doy cuenta de que estoy colocado de éxtasis, completamente ajeno a la realidad, y es posible que sí, que le esté clavando la uña. Me detengo inmediatamente.

—¿Queréis ver a Chelsea montada en la Sybian? —pregunta Tommy.

—Claro.

¿Quién no querría ver a una mujer hermosa teniendo un orgasmo monumental subida a una silla mecánica?

Tommy empieza a desempaquetar su bolsa de juguetes. Sacando vibradores, lubricantes y accesorios, es a partes iguales un buhonero y un Papá Noel sexual. Algo excitante está a punto de pasar y tengo butacas de primera fila.

Solo hay un problema: mi cabeza. Necesita atención y cuidados.

—¿No podrías volver a masajearme la cabeza mientras miro? —le pregunto a Sage.

—La verdad es que debería irme —responde.

¡Mierda, la he cagado hasta el fondo! Mi estúpida cabeza y yo. Estamos espantando al amor no monógamo de mi vida. Pero aún podemos salvarlo:

—Te acompaño a la habitación.

—No, da igual. Ya voy yo sola.

O puede que no.

Parece que esta noche le ha dado la vuelta a la tortilla, ha pasado de estar tiernamente divertida y sensual a fría y gruñona. Hace falta un talento especial para conseguir que alguien que va puesto de éxtasis, que es la droga del amor y la

empatía, sienta repulsión por uno. Me siento vainilla. Un vainilla de mierda.

Esta noche lo he tenido todo. Y lo he perdido.

—Yo también me voy a mi habitación —anuncio.

—¿Estás seguro de que no quieres quedarte a mirar? —pregunta Tommy.

Está más decepcionado con mi retirada que con la de Sage.

—Debería estar en la cama antes de que salga el sol —me vuelvo hacia Nicole, que no solo es la artífice de esta aventura, sino que ha mostrado una paciencia infinita conmigo, y le digo—: Has sido una anfitriona y una guía increíble en todo esto. Y no lo digo solo porque vaya de éxtasis.

—Gracias.

Me suena a desaire. A lo mejor no me cree. ¿Cómo podría convencerla de que no es la droga la que habla, que soy yo? Ya sé.

—En serio. Mañana te envío un correo para confirmártelo.

Esa noche, intentando dormir, me pregunto si James me drogó a propósito para vengarse de lo que pasó en el cuarto de la lavadora. Tal vez tenía planeado humillarme intencionadamente delante de su novia y de todos los demás.

Cuando me despierto, obtengo la respuesta. Tengo un mensaje suyo en el teléfono. Se envió a las 5:13, después de marcharme yo. «Colega —me escribe—, ojalá estuvieras en nuestra cama ahora mismo. La próxima vez tenemos que buscar un rato para estar los tres solos».

Evidentemente está todo perdonado. Y no me humilló intencionadamente. Fui yo solito.



19

—**C**uando vayas al infierno, ya sabes cómo va a ser —dice Rick cuando termino de contarle mi experiencia en Bliss.

Estamos sentados en el porche de su casa, bebiendo té de jengibre. Al igual que Rick, la atmósfera es relajada, apacible, serena. Es todo lo contrario de Las Vegas.

—Pero tiene un lado positivo —le digo—. Esta gente ha encontrado la forma de soplar y sorber al mismo tiempo. Mantienen relaciones afectuosas e íntimas, pero en lugar de tener aventuras y compartimentar, han escogido vivir juntos sus aventuras sexuales.

—¡Pero si no saben ni lo que están sorbiendo! Actúan por puro hábito adictivo, intentando rellenar un vacío. Solo un enfermo grave se marcharía a Las Vegas con cuarenta y cinco grados de temperatura. Para empezar, es una ciudad para desesperados, y me suena a congregación de bajas autoestimas.

Rick es como mi conciencia. Y en este instante, conciencia es lo que menos falta me hace. En cuanto cierro los ojos, me vienen a la mente fogonazos del carnaval de sexualidad que alcancé a ver, y eso me da esperanza. Esperanza de que los escépticos estén equivocados y de que en el mundo haya un buen número de adultos no monógamos funcionales, mujeres por las que me sienta atraído emocional, física e intelectualmente, mujeres que no se califiquen a sí mismas de sacerdotisas ni hablen con alienígenas, mujeres que molen tanto como mola Sage.

Después de Bliss, nada más llegar a casa, le envié a Chelsea un mensaje de correo electrónico para confirmar la oferta para su luna de miel en San Cristóbal, y le envié un mensaje de correo electrónico a Nicole para reiterarle que había sido una buena anfitriona (solo para demostrarle que lo decía en serio). Y Nicole, como buena anfitriona que es, me dijo que quería organizar una cena en mi honor en San Francisco para presentarme a más amigos suyos del ambiente.

—No olvides que el objetivo era descubrir cuál es el camino que conduce a la felicidad —le replico a Rick—. Tanto si ese entorno es el más adecuado para mí como si no por lo menos me está llevando en una dirección más feliz. Ahora ya no me siento culpable a todas horas. Y no estoy atormentando a nadie.

—Solo a ti mismo —responde Rick—. Estás consumiendo drogas que no te sientan nada bien y que ni siquiera te gustan. Y analiza en más profundidad lo que

ha pasado. Mientras estabas colocado salió a la luz un problema de raíz: descubriste que vives en una realidad en la que no te sientes bien contigo mismo. Y para ti el sexo es una droga que sirve para evadirte de forma temporal de esa sensación.

—Puede que tengas razón. Pero el tratamiento para la adicción al sexo no ha resuelto nada. Siento que estas experiencias me están acercando a algo verdadero y honesto. Así que voy a seguir dándome el gustazo y a ver adónde me lleva. Esto es completamente nuevo y solo han pasado un par de meses, así que claro que voy a cometer errores.

Rick niega con la cabeza.

—Creo que tendrías que haber seguido en rehabilitación.

Tras salir de la casa de Rick, llamo a Adam para hacer un registro emocional. Aunque no echo de menos el grupo de terapia, sí que echo de menos a algunos de los chicos.

Adam me cuenta que su matrimonio ha empeorado.

—Soy como un chivo expiatorio. Finjo que soy feliz, pero en realidad no lo soy. Siempre tengo la impresión de que no quiere estar conmigo. Le pregunté cuándo fue la última vez que me preguntó cómo estaba, y ni siquiera se acordaba.

Lo más increíble no es que Adam tuviera una aventura, sino que no haya tenido más.

Cuando tu mujer se cansa de hacer el esfuerzo de comprenderte, cuando está harta de escuchar de tu boca las mismas historias, cuando está tan resentida que envenena todas las conversaciones, cuando se muestra más amable con los teleoperadores comerciales que contigo, cuando el único momento en que se enciende es cuando te está criticando… ahí es cuando te entran ganas de buscarte una amante. Alguien cuyos ojos brillen de deseo cuando te mira, que aguce el oído cuando hablas, alguien cuyas manos ansíen el tacto de tu piel, cuyos muslos se humedezcan cuando la besas, alguien que aprecie sinceramente tu presencia y la considere un regalo, y no una penitencia. Alguien que te vea como te vio tu esposa en algún momento de su vida, antes de estar tan hasta el moño de verte el careto.

Tal y como dijo Troy cuando le pregunté por qué precisamente él fue a ponerle los cuernos a su mujer: una aventura te recarga cuando el matrimonio te vacía.

—Pero ¿no se da cuenta de que está creando el mismo escenario que te llevó a serle infiel en un principio? —le pregunto a Adam.

—Lo sé —suspira—. Yo podría vivir sin sexo, pero necesito por lo menos sentir que le gusto a alguien. Todavía sigue obligándome a que le cuente hasta el último detalle del asunto. Y, ¿sabes?, siempre que consulto el correo electrónico, está ya todo marcado como «leído» porque ella lo ha abierto antes.

—Es horrible vivir así, para ti y para ella. ¿Sabes cómo lo llama Lorraine?

—No.

—Comprar dolor. Eso no le va a curar la pena. Lo único que consigue es reavivar el trauma.

—Es exactamente lo que hace. Hasta mi padre está preocupado. Dice que le doy lástima. No me puedo creer que haya aguantado tanto tiempo en este matrimonio.

—¿Y por qué no te vas?

La frustración que transmite muta en resignación:

—Un parte de mí no puede, ¿sabes? Prefiero pasarme la vida aquí plantado, esperando a que me den un rapapolvo, antes que divorciarme. Es por los niños —tienen catorce y dieciséis años—. Estoy para atenderlos. Tal vez todo se reduzca a eso.

No puede ser que el matrimonio signifique esto para la mayoría de la gente: dos individuos envejeciendo encadenados el uno al otro, atrapados en una espiral de rencor e indiferencia. Si los seres humanos son la culminación de algún plan (llámese evolución o chispa divina o experimento poliamoroso alienígena), entonces ¿por qué no estamos hechos para llevarnos mejor con aquellos a quienes hemos elegido para crear una familia y perpetuar la especie? A no ser que lo estemos haciendo mal.

—Pero ¿de verdad piensas que les estás haciendo un servicio a tus hijos quedándote con ellos en un matrimonio infeliz? —le digo a Adam a modo de provocación—. ¿Qué clase de relación les estás ofreciendo como modelo?

Mientras él medita la pregunta, empiezo a entender por qué la historia de

Adam me llega tan dentro: yo soy sus hijos. Me criaron unos padres que casi nunca estaban juntos y que sacaron lo peor el uno del otro. Sin embargo, por alguna razón, nunca se divorciaron. Así que crecí con la esperanza de que se separaran y encontraran otra pareja que los hiciera más felices. Es posible que esté intentado cerrar la herida alentando a Adam a hacer lo que mi padre nunca logró hacer.

—Bueno, ¿y qué me estoy perdiendo en el grupo? —digo para cambiar de tema—. ¿Alguna novedad interesante de los demás?

—Se supone que no puedo decir nada, pero deberías llamar a Charles.



20

En torno a una mesa de un restaurante mexicano de Misión nos reunimos no solo parejas del ambiente, sino también familias y otros poliamorosos ajenos al *new age* que Nicole y James quieren presentarme. Llevo toda la semana llamando a Charles sin resultado, así que en una esquina de mi mente me he estado representando un panorama terrorífico de lo que puede haberle sucedido.

Nada más llegar, Chelsea me saluda con un intenso beso en los labios. Despojada de su atuendo puteril de Las Vegas, aquí ofrece una imagen doméstica y remilgada. Los zapatos de tacón de aguja, los vestidos ajustados, las pestañas postizas y un rostro bien maquillado son los elementos que más nos acercan a la verdadera magia a día de hoy; tienen la virtud de transformar no solo a cualquier mujer, sino también a cualquier hombre que esté cerca de esa mujer, sea cual sea su aspecto, pues, en definitiva, los hombres se sienten más atraídos por la disponibilidad sexual que por la belleza.

Tommy, con su pelo de punta y la camisa ajustada por fuera del pantalón, tiene exactamente la misma pinta que en Las Vegas. De hecho, es probable que lleve puesta la misma ropa. Sentado a su lado hay un caballero fornido y carismático que se llama Stefanos y que viste como un gánster de la época de la prohibición. Nicole

me cuenta que todas las semanas graba fiestas fetichistas en el Arsenal de San Francisco, un edificio que compró un magnate del porno y que había transformado en un inmenso laberinto de platós de cine para una página web depravada.

Observando a la gente allí reunida, me da la impresión de haber llegado al umbral de algo grande, algo que llevo buscando toda la vida.

—¿Has hablado con Sage? —me pregunta Nicole.

—No, ¿y tú? —tampoco llegó a darme su número de teléfono.

—Desde Las Vegas no he vuelto a saber de ella.

Debió de pasárselo fatal. Y la verdad es que me estaba empezando a gustar de verdad.

Aunque, claro, iba de éxtasis, por lo que igualmente podría haberme enamorado del pomo de una puerta especialmente reluciente.

Elijo el único asiento que hay vacío, que está al lado de James, y le pregunto por el mensaje que me envió al final de la noche. Todavía no tengo claro si intentaba ligar conmigo u ofrecerme a Nicole, pero no tardé en descubrir que se refería a lo segundo:

—Mi padre me abandonó, así que necesito el visto bueno de otros hombres, por eso comparto a mis novias macizas con ellos.

Me sorprenden sus palabras y observo que hay en el intercambio de parejas algo más profundo de lo que nunca había leído. Siempre creí que para los hombres el ambiente era una cuestión de tirarse a otras mujeres. Pero para hombres como James también es una forma de presumir de la mujer a la que ama: «Mira lo que he conseguido. Y me quiere, así que debo de valer algo. Y si me tratas con el respeto y la admiración suficientes, la compartiré contigo, aunque no demasiado, porque no quiero perder el control sobre ella. Eso me causaría aflicción y cuestionaría mi frágil sensación de amor propio».

Tal vez Rick esté en lo cierto, pienso mientras James continúa dando audiencia.

—Si fuera gay, estaría como unas castañuelas —está diciendo— porque lo único que quiero es el amor de otros hombres. La temporada en que Nicole y yo

estuvimos saliendo con otra chica, la mejor parte no eran los tríos, era entrar en un club con dos mujeres despampanantes y sentir la admiración masculina.

De pronto le veo todo el sentido al modo en que los tíos me echaban a los brazos a sus novias en Bliss. El intercambio de parejas es la culminación del vínculo afectivo masculino.

Le explico que me voy a París la semana que viene y le pregunto si tiene algún contacto en el ambiente de allí.

—En París se lleva todo a un nivel superior —me cuenta James—. Nuestros amigos lo llaman *switching*, y en realidad la cosa no va de parejas. Es algo más abierto. Te pondremos en contacto con una chica que está metida en ello. También es escritora y es preciosa.

—Sería fantástico —le digo.

En ese momento reparo en que Tommy y Chelsea me están mirando y susurrándose algo el uno al otro.

—No te quedes con la idea de que el intercambio de parejas es tu única opción solo porque no hayas experimentado otra cosa —me advierte una voz autoritaria desde el otro extremo de la mesa.

Me vuelvo y veo al único invitado a la cena con el que no he hablado: una criatura afilada y pálida con el pelo largo y negro, una gargantilla negra y una mirada amable y ausente.

Se presenta como Pepper y se identifica como un gótico abierto a la homosexualidad, metido en la escena poliamor y sadomasoquista. Al igual que sucede en la rehabilitación, una etiqueta diagnóstica parece actuar como un imán atrayendo a otras, hasta que la gente no puede dejar de presentarse sin dar la impresión de que está leyendo la lista de la compra.

Pepper me cuenta que sus padres tenían una relación abierta. Después de probar la monogamia sin éxito, él les siguió los pasos. Ahora vive con la que es su principal desde hace ocho años, tiene dos novias secundarias desde hace cuatro y también cuatro amantes terciarias. Su novia primaria solo tiene otro amante y quiere que se vaya a vivir con ellos, cosa que a Pepper le parece estupendo. Es el amor en la era del «lo quiero todo».

—¿Y tenéis alguna norma específica para hacer que las cosas entre vosotros funcionen? —pregunto.

—Los que nos pasamos años en el poliamor o en cualquier otra clase de relación no monógama tendemos a tener propósitos, más que normas —responde; a mi adolescente interior la distinción le suena bien—. Para mí el propósito es respetar a las parejas de mi pareja y no hacer algo que pueda dar rienda suelta a los celos de mi compañera.

—Y cuando surgen los celos, ¿cómo manejas la situación?

—Cuando te deshaces del miedo a la pérdida, los celos quedan superados —habla en un tono uniforme, casi académico, con muy poco sentimiento; quizá el hecho de que los celos no supongan un problema se deba a que nació con una gama de emociones incompleta—. Por ejemplo, si alguien corta conmigo, sé que es porque la relación entre ella y yo ha dejado de funcionar. Nunca es porque haya encontrado a alguien mejor, puesto que el contrato monógamo se ha reemplazado por un contrato nuevo que no implica que alguien tenga que elegir entre dos personas. Puede tenerlos a ambos.

—Me gusta esa mentalidad —le digo—, pero a la gente que no se ha criado en un entorno como el tuyo creo que le cuesta cambiar el contrato antiguo. A algunos de mis amigos casados les resultaría más fácil engañar que acostarse abiertamente con otra, porque, si su mujer supiera lo que están haciendo, sentirían que le están haciendo daño.

—En realidad, la mayoría de la gente tarda un par de años en dominar esos sentimientos poderosos de culpa y deslealtad —responde Pepper—. De modo que yo te diría que, mientras expandes tus relaciones, lo más importante es la comunicación abierta y honesta con tus parejas.

Al igual que me pasó cuando conocí a Lorraine, confío en Pepper como si fuera una autoridad (incluso cuando me entero de que se apellida Mint). Es un glosario andante de términos que yo nunca había oído. Me habla del *período candente*, que es el tiempo (normalmente dos años) que tardan las parejas que se abren en tratar los problemas y los retos que van surgiendo. Me entero de lo que son las *alegrías de la no monogamia teórica*, que es cuando dos personas dicen tener una relación abierta, pero en lugar de acostarse con otros lo único que hacen es sentirse libres de saber que tienen la posibilidad de hacerlo. Está el *test de celos*, que se aprueba si logras mantener una relación seria con alguien que se acuesta con otros

o está enamorado de otro. Luego está el *vínculo de fluidos*, que hace referencia a las parejas que se sienten a salvo practicando el sexo sin protección entre ellos, y el *poder de veto*, que quiere decir que un miembro de la pareja puede pedirle al otro que ponga fin a una relación externa (un acuerdo que él considera que puede causar más problemas que los que resuelve). Por último, están los tediosos *vaqueros* y *vaqueras* que entran en la escena poliamor, salen con la pareja de alguien e intentan captar a esa persona para una relación monógama.

Aprendo más cosas en una conversación de media hora con Pepper de lo que aprendí en toda la convención de poliamor. Después de la cena, le doy las gracias por los consejos y me aseguro de hacerme con su número de teléfono.

—Es una pena —señala Tommy cuando la cena va tocando a su fin— que apenas hayamos tenido tiempo de ponernos al día.

—Lo sé, pero voy a volver pronto.

—¿Qué tienes pensado hacer esta noche? Estábamos pensado en darte la oportunidad de ver a Chelsea montando la Sybian, ya que en Las Vegas te lo perdiste.

Como quien no quiere la cosa, me pasa una invitación, como ofreciéndome una pastilla para el aliento bañada en éxtasis. Por atractiva que me resulte Chelsea, Tommy tiene algo que me inquieta. Puede que sea porque ha estado intentando endosarme a su prometida desde que nos conocimos. Es como si alguien no dejara de darte la brasa porque quiere regalarte dinero: al cabo de un tiempo empiezas a sospechar que tiene una agenda oculta. Una vez más, he venido a observar relaciones alternativas y esta es la oportunidad definitiva de hacerlo muy de cerca.

—Mañana tengo que irme muy temprano —respondo—. Ya veremos qué pasa.

Lo que pasa es que Tommy se invita a venir al apartamento que tengo alquilado para el fin de semana. Y yo no pongo reparos.



21

Tommy y Chelsea llegan al exterior del apartamento en una furgoneta blanca sin apenas ventanas, más propia de un asesino en serie. Tras aparcar, saca los maletines y las bolsas que vi en su habitación de Las Vegas. Abre un maletín y saca un muestrario con toda una colección de consoladores que van desde los rosas medianos hasta los negros gigantescos. Tiene algo de siniestro ver a dos hombres de noche, en la calle, mirando una caja de falos.

—¿Estos son los juguetes que vendes? —le pregunto para romper el incómodo silencio.

—Los alquilo —me corrige.

—¿Que alquilas juguetes sexuales?

Es bastante probable que sea la peor idea comercial que he oído en mi vida. Hay que ser un liberal bastante temerario para querer un juguete sexual usado que posiblemente esté recubierto de fluidos infectos.

—Los lavamos y desinfectamos después de cada uso, por supuesto.

—Por supuesto.

Mientras Tommy me explica su negocio, empiezo a entender que no lo hace por dinero. La verdadera recompensa es que siempre lo están contratando para asistir a fiestas sexuales, donde monta su tenderete, como si fuera un espectáculo ambulante de venta de linimentos, incitando a las mujeres a probar sus juguetes hasta que el lugar se convierte en una fiesta Tupperware con la calificación XXX. Sus juguetes sexuales usados, con todo lo repugnante que esto pueda sonar, son el equivalente de las *puyás* de Kamala: la chispa que prende el gas de la expectación.

Cuando ya hemos transportado la mercancía al salón del apartamento, Tommy me dice que ya está todo preparado. Y entonces es cuando caigo: no conozco

de nada a este tío. Ni siquiera sé si Nicole y James lo conocen bien. En Las Vegas, Chelsea dijo que eran nuevos en el ambiente.

Abre una bolsa repleta de artilugios extraordinariamente poco sexis con pinta de haber sido robados de un laboratorio de investigación de los años cincuenta. Su único propósito, me explica, es proporcionar descargas eléctricas de diversos grados a masoquistas que buscan clases nuevas de dolor. También tiene una bolsa de lona llena de cuerdas gruesas de nailon negro de distintos tamaños. El kit entero parece sacado de una película de terror. Por lo que yo sé, podría haber invitado a mi casa a unos asesinos en serie. Psicópatas liberales.

La joya de la corona de la colección es la Sybian. Valorada en más de trescientos dólares, es el Cadillac de los juguetes sexuales. Extiende una manta en el suelo, como si estuviera a punto de montar un pícnic o de hacer rodar mi cadáver hasta el centro de la misma. Instala con cuidado la Sybian en medio de la manta, luego coloca encima de la silla una pequeña almohadilla con una cresta de caucho, de la que asoma algo parecido a una goma de borrar.

De otro maletín, extrae varios fragmentos cuadrados de plástico para envolver, meticulosamente doblados, abre uno y lo sitúa encima de la almohadilla. No tengo ni idea de si el plástico para envolver es una barrera efectiva contra los patógenos, pero afortunadamente no voy a ser yo quien se siente ahí.

Chelsea se sube la falda y se monta en la Sybian.

—¡Mira qué culo! —me alienta Tommy.

Gracias a la conversación que he tenido con James durante la cena, comprendo que esta es mi oportunidad para proporcionarle el beneplácito masculino que necesita.

—Una obra de arte —le digo.

—Contrólalo tú.

Me señala una cajita negra en forma de cubo con un dial que va del cero al cien. Está en el suelo, unida a la Sybian por medio de un cable negro. Voy aumentando poco a poco el nivel de la vibración hasta el veinticinco; con la almohadilla ganando velocidad y ejerciendo un movimiento más leve que el que pudiera efectuar el dedo de un hombre, Chelsea empieza a gemir. El sonido es adictivo. Instantáneamente, la sangre de la cabeza, donde reside todo sentido común

y precaución, se me baja al bajo vientre, la morada del instinto y el momento.

Al girar el dial lentamente hasta el treinta, su cuerpo se ruboriza y alza la cabeza, como si viera el rostro de Dios. Sea lo que sea lo que está sintiendo, me da envidia. No creo estar biológicamente capacitado para experimentar semejante placer (a no ser que exista un equivalente de la Sybian para hombres, tal vez una especie de aspiradora rellena de gelatina y de paredes blandas, que no deje de decir que eres el más grande y el mejor con el que ha estado).

Tommy se arrodilla detrás de Chelsea y le masajea la espalda y los hombros añadiendo de vez en cuando una sonora palmada en el culo.

—¿Por qué no nos cambiamos el puesto? —me sugiere, volviéndose hacia mí, al cabo de unos minutos.

Al parecer esta es su rutina. Saben exactamente hacia dónde quieren llevar la noche (y espero que no sea a algo que implique ponerme a prueba con la colección de consoladores). Estoy seguro de que estos dos están en condiciones de conseguir a cualquiera que esté solo y se sienta vulnerable solo con su numerito de «¿quieres ver a mi novia usando un juguete sexual carísimo?».

Le paso a Tommy los controles y lo veo subirlo hasta cincuenta. Es tan rápido que resulta violento, y Chelsea alcanza un nuevo estado de placer.

—Puedes tocarla si quieres.

Le froto la espalda y el brazo con cautela a través de la blusa. Ella me agarra las manos y se aplasta con ellas los senos mientras la Sybian la eleva todavía más.

Tommy baja la velocidad para que Chelsea pueda quitarse la blusa y el sujetador, luego la sube hasta el cien y los pechos falsos de Chelsea se disparan como pistones. Ya no distingo si los gemidos son de placer o de dolor. Pero cuando Tommy empieza a bajar de nuevo el ciclo, la palabra *más* escapa de entre los hermosos labios abiertos de Chelsea. La piel de su rostro y de su pecho se cubre de hasta el último tono de rosa. Súbitamente, su mano arremete como una cobra y me agarra la entrepierna por fuera del pantalón.

Miro a Tommy como pidiéndole permiso, para que sepa que, sea lo que sea lo que está pasando, lo estoy haciendo con total respeto hacia él.

—Es demasiado para mí —responde asintiendo como si fuéramos hermanos

viviendo juntos esta aventura—. Una vez se corrió catorce veces en una noche. Por eso te agradezco lo que estás haciendo.

A pesar de toda la decadencia de Las Vegas, nunca había practicado el sexo con la novia de otro hombre delante de él. Este está a punto de ser mi primer intercambio (o semiintercambio).

Varios minutos más tarde, Chelsea desmonta y se tiende en la cama. Tommy saca un trozo de cuerda de una de sus bolsas. Yo me aparto para ponerme a salvo y lo miro atarle las manos a Chelsea por encima de la cabeza.

—¿Tienes algún guante de látex? —me pregunta Tommy a continuación.

Le digo que no se me ha ocurrido traer ninguno, me da un condón y me dice que me lo ponga en el dedo índice para que pueda tocarla. Esto es el amor libre en el siglo XXI. Es higiénico, electrónico y profiláctico.

Después de un orgasmo manual clásico, Chelsea pide dulce, casi sumisamente:

—¿Cuál de los dos quiere penetrarme?

—La última vez no llegaste a hacerlo, así que es tu turno —me dice Tommy, magnánimo, como si la chica fuera una atracción de feria.

—Está bien.

No debería estar haciendo esto. Me resulta compulsivo, impulsivo, incluso un poco repulsivo. Todos los *pulsivos* posibles.

Le masajeo los pechos a Chelsea un rato más, para ganar algo de tiempo. Al ver que mueve las caderas jadeando, recupero la conciencia del momento: ¡Joder! ¿Por qué me estoy frenando otra vez? Ella quiere echar un polvo conmigo. Si no lo hiciera, se lo tomarían los dos como un insulto personal. Para eso han venido. Además, estoy intentando mantener relaciones libres en las que, en una situación como esta, nadie se reprime. A todo el mundo, desde Joan hasta Ingrid, le he dicho que creo en esto: el sexo como un fin en sí mismo.

Así que le pido otro condón.

—¿Te parece bien que lo grabe? —pregunta Tommy.

—¡No! —grito instintivamente.

Es lo último que necesito que se filtre a la red.

—¿Por qué? —me pregunta, como si mi respuesta no tuviera ningún sentido.

—Vamos a saborear el recuerdo.

Mientras intento volver a entonarme, empiezo a inquietarme por si tuviera una cámara oculta en alguna parte. La tecnología es cada día más pequeña y fácil de disimular.

—No habrás estado grabando, ¿verdad? —pregunto para asegurarme.

—No, señor —dice—. Lo que sí estoy grabando es un audio.

Creí estar empezando a comprender la escena liberal, pero esto no tiene ningún sentido. ¿Qué coño piensa hacer con una grabación de audio? ¿Ponérsela en el coche para los viajes largos?

—¿Podrías apagarla?

—¿Estás seguro? Algunas veces me gusta escuchar los gemidos.

Este tío está como una chota. De ninguna manera debería follarme a esta muñeca Barbie que tiene por novia y que está aquí delante de mí, despatarrada y en pelota picada.

Así que me bajo los pantalones, lo justo para sacarme la pinga sin enseñar demasiada carne ni demasiado culo, por si acaso hubiera una cámara oculta en alguna parte, y la penetro.

Cuando se la meto, Tommy coloca una almohada contra la pared y se tumba allí a mirar.

—¿Te gusta sentirlo? —le pregunta a Chelsea—. ¿Te gusta cómo te está follando?

—Mmm —articula ella.

Supongo que de alguna forma intenta seguir implicado y controlando la

situación. Procuro desconectar de su voz, apartarlo de mi visión periférica, moverme más rápido y perderme en Chelsea.

—¡Vaya, mírate, cómo te has puesto! —exclama—. Es como una taladradora.

Ahora va comentando todo el asunto, ni que fuera un puto comentarista deportivo. Paso de él y empiezo a rozarle el clítoris con el hueso púbico, para volver a excitarla.

—Qué interesante —dice Tommy—. Eso no lo había visto hacer nunca. ¿Es tu estilo?

Es el peor momento para comentar la técnica.

—No lo sé. Estoy improvisando sobre la marcha.

No es fácil follar con una chica mientras su novio te da conversación. Es como ir en moto escribiendo mensajes en el móvil.

Tommy se calla durante treinta benditos segundos más o menos, entonces desata a Chelsea y anuncia:

—Inspección de condón.

Temo que quiera tocarlo para comprobar que sigue puesto. Así que me llevo la mano abajo, me aseguro de que esté bien ajustado y le digo que está todo en orden.

—Enséñale eso que haces con las caderas —le indica a Chelsea, que alza las caderas y empieza a moverlas a toda velocidad, arriba y abajo, por toda mi verga.

Cuando le doy la vuelta, el señor ESPN empieza:

—Eso me gusta. Muy bueno.

No tiene pinta de que mirar lo ponga muy cachondo. Parece más un observador distante estudiando los hábitos de apareamiento de los gorilas. Y cada vez que cambio de postura, hace un comentario, como si estuviera a las puertas de algún descubrimiento evolutivo. Espero que no sea la grabación de alguna narración radiofónica.

Es la hora de cerrar el telón de este espectáculo. Me obligo a correrme

cuidándome de emitir algún ruido por si acaso Tommy estuviera grabando.

Aliviado de que haya acabado todo ya, me aparto, me quito el condón, lo dejó caer al suelo y me tumbo junto a Chelsea. Mientras le acaricio el pelo y procuro disfrutar de la sensación de bienestar, Tommy, cómo no, mete baza y se carga el momento. No distingo del todo las palabras exactas, pero suena como:

—Vamos a ver la leche.

—¿Qué quieres decir?

—Tengo que ver el condón, para asegurarme de que se ha quedado todo dentro.

Me entran ganas de preguntarle cómo va a saber si se ha quedado todo dentro o no. A lo mejor tiene una báscula de medición de semen en la bolsa de lona para pesar la carga.

Palpo el suelo a tientas en busca de la goma y la levanto en el aire para que pueda verla. La verdad es que no quiero que manosee mi condón usado.

—Está bien —dice, dando el visto bueno.

Lo vuelvo a dejar en el suelo y rezo en silencio para que no lo recoja antes de irse y lo meta en un bote de formol sacado de alguno de sus maletines.

Tommy regresa junto a Chelsea, la besa suavemente y le dice:

—Te adoro, encanto.

—Has estado increíble —le digo a modo de halago (de parte de él).

Con ellos allí tendidos, entablo una conversación de almohada *swinger* y les pregunto cuánto tiempo llevan haciendo esto. Llevan juntos cinco años, me cuentan. Pero hace uno y medio pusieron un anuncio en *Craigslist* y eligieron a un tío, fueron a su casa y ella le hizo una paja. Al siguiente tío le hizo una mamada. Al final encontraron en *Lifestyle Lounge* a una pareja que hacía intercambio, pero Chelsea se moría de celos viendo a Tommy encandilar a otra mujer. Hicieron falta doce intercambios antes de que Chelsea se sintiera lo bastante cómoda para dejar que Tommy interactuara con otra mujer.

Su historia me recuerda a la de Tahl y Lawrence. Si quieres abrir tu relación, hay que aplicar el protocolo adecuado: las mujeres primero.

Les doy las buenas noches y los invito a que pasen la noche en el sofá cama, si quieren.

Tumbado en la cama, reflexiono acerca de mis experiencias con Chelsea, Nicole y sus amigos. La escena liberal es la mejor alternativa que he visto hasta ahora. Y me gusta la forma en que algunas parejas entablan relaciones íntimas duraderas con otras parejas, convirtiéndose tanto en amigos como en amantes. Pero yo no soy como Tommy o James o Corey Feldman. No me pirro por ver cómo otros tíos sudan encima de mi novia.

Estoy convencido de que habrá otros tantos hombres metidos en el ambiente simplemente por la satisfacción y la variedad sexual, dispuestos a tolerar, a cambio, que su mujer se pase por la piedra a otro hombre. Pero si el sexo se convierte en poco más que un servicio con el que mercadear, eso no es libertad. Es comercio.

En último término, el intercambio de parejas es una relación tradicional con una válvula de escape, una forma de experimentar la estrategia reproductiva dual de Helen Fisher sin engaños. Si la monogamia es como tener permiso para comer solo en casa, tal y como le dije a Joan, entonces el intercambio es como tener permiso para comer donde te dé la gana, con la condición de que tu pareja apruebe el restaurante y coma contigo.

Sigue siendo una forma de posesión, solo que la cadena se extiende unos cuantos metros más. En realidad, el modo en que tipos como Tommy hablan de su novia es un síntoma, pues tratan a su pareja como una posesión de una forma más acentuada aún que en la monogamia.

Quizá haya llegado la hora de crear el mundo que yo quiero, en lugar de tratar de encajar en la escena de otros, llevar la libertad hasta las últimas consecuencias, terminar de construir mi casa soñada del amor libre. Con suerte, en París encontraré al resto de las personas que necesito. Se me acaba el tiempo: Belle estará aquí dentro de solo cinco semanas.



22

En el coche, de regreso a Los Ángeles, intento contactar de nuevo con Charles. Esta vez, contesta al teléfono.

—¿Estás bien? —le pregunto—. Me tenías preocupado.

—Perdona —contesta en voz baja y vacilante—. He estado fuera de la ciudad. Todo mi mundo se volvió del revés y he intentado darle sentido.

—¿Qué ha pasado?

—Descubrí que mi mujer me ha estado engañando —eleva el tono—. ¡Durante los últimos doce años!

Estoy tan consternado que soy incapaz de articular una respuesta. Estábamos todos tan ocupados tratando de recuperar la confianza de nuestra pareja en la rehabilitación que ni siquiera se nos pasó por la cabeza la idea de cuestionar su integridad.

Charles pasa a contarme una historia fragmentaria. Pero, por lo que consigo colegir, estaba mirando el móvil de su mujer cuando le entró un mensaje de un guarda de seguridad del edificio donde trabaja. Decía: «Te he dado mi corazón durante doce años».

Para asegurarse de que había interpretado bien el mensaje, él respondió: «Hay algo de lo que no cabe duda, entre nosotros el sexo fue fantástico».

«Sí —decía la respuesta—. Lo echo de menos».

Para escarbar un poco más, Charles escribió: «¿Recuerdas la primera vez que lo hicimos?».

«En tu coche».

Charles siguió comprando dolor: «Es verdad, te chupé la polla».

Y el guarda de seguridad contestó: «Ella no habla así. ¿Quién eres?».

En ese punto, Charles temblaba de emoción, obviando el desconsuelo. Interrumpió la conversación y se dedicó a revisar obsesivamente el teléfono y los correos de su mujer. En poco tiempo había reconstruido su historia: prácticamente todas las tardes, su mujer y el guarda se escabullían a casa de él a la hora del almuerzo para una cita romántica… durante más de la mitad de su matrimonio.

—¡Dios mío! ¿Y cómo reaccionaste? —le pregunto.

He conocido a gente (la mayoría, adictos al sexo) que sufrirían menos si su cónyuge muriera que si los engañara. Preferirían lo primero porque así, por lo menos, no podrían tomárselo como algo personal. Pero la respuesta de Charles es lo último que me esperaba oír.

—Es imposible describir el alivio que sentí.

—¿De lo enfadado que estabas?

—¡No, estaba aliviado!

—Me tomas el pelo.

—Neil, diez años de vergüenza y sentimiento de culpa se desintegraron dentro de mí —hace una pausa—. Cuando supo que yo había recaído, me echó a los leones como si ella fuera prístina y perfecta. Les contó a todos nuestros amigos que había vuelto a traicionarla y que era un adicto al sexo de primera categoría. Me dejó sin poder entrar en casa y me amenazó con quitarme todo lo que tenía y con volver a mi propia familia en mi contra, y llevo tanto tiempo sintiéndome fatal conmigo mismo… —empieza a temblarle la voz—. Pero lo que ella estaba haciendo… Es que no entiendo cómo se puede ser tan cruel.

Me pregunto cuánta gente se someterá a años de reuniones y de terapia para la adicción al sexo con ánimo de redimirse solo para descubrir que su pareja también ha estado engañándola. O peor aún es que nunca lleguen a saberlo y se vayan a la tumba creyendo que son unos pecadores y su cónyuge, un santo. Uno de los axiomas desafortunados del comportamiento humano es que aquello de lo que más acusamos a los demás, induciéndoles a avergonzarse por ello, es con frecuencia lo mismo que nosotros hacemos a escondidas. Al fin y al cabo, una acusación es mucho

más poderosa que una negación: es una forma de aparentar superioridad cuando en realidad te sientes inferior.

—Entonces ¿vas a seguir en recuperación? —le pregunto.

Se produce un largo silencio al otro lado del hilo telefónico.

—Bueno, me fui unos días con mi patrocinador para calmarme un poco y decidir qué era lo que tenía que hacer —una larga inspiración—. Voy a divorciarme —una profunda exhalación—. Y luego empezaré a follarme algo a diario.

Este no es el Charles al que llegué a compadecer tanto como a admirar. Es una cara de Charles desconocida para mí. Y, por lo tanto, esto me proporciona la ocasión de darle una ración de lo que él lleva diciéndome todo este último año:

—Eso no puede ser lo que te ha recomendado tu patrocinador. Me suena más a que es la enfermedad la que habla. Ten cuidado.

—Neil, soy un hombre de cincuenta años que se ha librado de un matrimonio de veintidós, la mitad de los cuales han sido una pura mentira. Solo quiero… No sé. Ya no sé lo que es verdad y lo que no.

Un esforzado sollozo estalla en el auricular seguido de un llanto apagado.

Hay quien vive con una relación eterna plagada de vaivenes bajo control. O bien intenta imponérsela a la fuerza (obsesionándose con una dieta, una fe, una fobia, una afición, un sistema organizativo, un programa de doce pasos) o pierde el control por completo, haciendo de su vida un completo desastre. Y parece que Charles está al borde del desastre. La sombra que ha estado intentando reprimir se ha desatado. Y nadie lo sabe mejor que yo: la mía también se ha desatado. Pero, como diría cualquier psicoterapeuta junguiano, en primer lugar, se supone que no hay que reprimir la sombra. Es entonces cuando pasan cosas malas. El objetivo es integrarla. Y espero que ese sea, en definitiva, el camino que estemos andando los dos.

Me gustaría preguntarle a Charles si sigue pensando que es adicto al sexo o si cree que su mujer lo es (o si cree que la enfermedad es contagiosa y él se la pasó). Pero no es momento de demostrar teorías.

—Decidas lo que decidas, hazlo —le digo en cambio—, pero asegúrate de procesarlo en grupo antes.

—Eso haré —dice Charles conteniendo el llanto—. ¿Y a ti cómo te va la vida sin Ingrid? ¿La echas de menos?

Es la única pregunta que nadie me ha hecho. Y en los momentos de decadencia, de conexión y de extrema incomodidad con los liberales, me las he arreglado para no pensar en ella. Pero el resto del tiempo he notado su presencia en alguna parte, en la mente, en el corazón, en casa, en mi conciencia.

—Constantemente —le digo.



23

Adondequiera que mire durante el trayecto a París, veo parejas empujando cochecitos con niños dormidos, llevando en brazos a bebés envueltos en arrullos, corriendo junto a niños con mochilas de superhéroes. Todas las familias me recuerdan a Ingrid y al futuro que he arruinado. Me pregunto qué estará haciendo, con quién lo estará haciendo y si será más feliz viviendo sin mis ojos inquietos y mi ambivalente corazón. Uno de los muchos peligros de romper es que se tarda años no solo en volver a encontrar el amor, sino en saber si este es real, estable y sostenible.

Sin embargo, en París todo va a cambiar. Encontraré al resto de mi clan. Y tal vez, del mismo modo que varios traumas con te minúscula equivalen a un trauma con te mayúscula, varios amores con a minúscula equivalgan a un amor con a mayúscula.

Primero está Anne. Cuando llego, está esperándome en la habitación del hotel. Es delgada y tiene buen cuerpo, el pelo rubio ceniza hasta el hombro, muy poco maquillaje y viste ropa de chico. Cuando me acerco, me mira fijamente y sin hablar, con unos temblorosos ojos castaños. Doy un paso en dirección a ella, le aparto el pelo con el dedo y nos besamos.

Nos desvestimos. Nos metemos en la cama. Hacemos el amor. Nos

besuqueamos. Y entonces ella dice *salut*. Es la primera palabra que nos decimos.

Luego está la amiga de James y Nicole, Camille. «Hola, Neil. He quedado con mi amiga Laura, que es americana, como tú —me escribe—. Quiere ir a un club *switch* genial y le he prometido que me metería con ella en algún lío. ¿Quieres venirte?».

«¿Hay algún problema si llevo compañía?».

«Que le den a la chica. ¡Allí vas a tener compañía de sobra! Y todas querrán sexo :)»

Este club de intercambio suena a mina de solteras con mente abierta.

¿El único problema? Que yo quiero llevarme a Anne.

«Si tienes que traértela, usa la técnica del "solo vamos a tomar algo y a mirar" —dice Camille—. Así fue como consiguió mi novio traerme la primera vez, ¡y mírame ahora! El club está por Montmartre. Dame un toque después de cenar».

A lo largo de este último año, en mi relación, mi credo ha sido decir «no». Solo diciendo «no» podía proteger el corazón de Ingrid. Pero ahora estoy diciendo «sí» a todos, a todo, a la vida. Porque cada *sí* es una salida hacia una aventura. Sea lo que sea lo que me espera, esta es una relación que opera sobre la base de un *sí*.

Esa noche, en la cena, sigo al pie de la letra las instrucciones de Camille. Anne y yo estamos con dos mujeres a las que conocí en una gira de presentación por Europa hace unos años: una fotógrafa de moda alemana y una diseñadora sueca. Se pasan la mayor parte de la cena cotilleando acerca de gente que no conozco.

—No tenemos por qué hacer nada —le explico a Anne—. Vamos y nos tomamos una copa y miramos, y si es un rollo, nos largamos enseguida.

—Estoy un poco cansada —contesta, con un hilo de voz; apenas si ha dicho nada en todo el día; a cambio, se ha pegado a mí con fervor, clavando en todo momento sus grandes y vulnerables ojos en mí, casi sin pestañear; me da la impresión de que quiere algo de mí o puede que ya lo esté consiguiendo—. ¿Te parece bien si me vuelvo al hotel?

—¿Podemos ir nosotras? —interrumpen las fashionistas.

—Puedes ir con ellas si quieres —me dice Anne muy bajito.

Es difícil interpretar a Anne. No estoy seguro de si está cansada realmente o es solo que la incómoda la propuesta.

—¿Seguro que no te importa que vaya?

—Seguro —contesta.

Estudio su semblante para cerciorarme de que es sincera, de que no me está poniendo a prueba para ver si la escojo a ella. Parece tranquila y despreocupada. Se lo pregunto tres veces más para asegurarme bien.

—¡Ya te ha dicho que puedes ir! —salta la fotógrafa alemana.

Pues resulta que el *sí* no es un principio tan fácil por el que regirse. Me pregunto por qué conociendo a Anne desde hace solo un día ya tengo la sensación de que está mal hacer esto sin ella. Quizá el problema no sea que la gente con la que salgo quiera poseerme, es que después del sexo les concedo la propiedad por un sentimiento de culpa. Estoy reproduciendo un guión de aglutinamiento, acomodándome patológicamente a la monogamia. Si de verdad creyera que la posesión sexual estuviera mal y actuara en consecuencia, no habría accedido de inicio a tener una relación exclusiva con Ingrid y nos habría ahorrado a los dos mucho padecimiento. En la vida, quien tiene la realidad más fuerte es el que gana. Si pierdes la certeza moral, pierdes pie del terreno que pisas.

Dejamos a Anne en el hotel y me da un intenso beso antes de irse. Es buena señal: en realidad, dejar que tu amante vaya solo a un club sexual es un rasgo más propio de una mente abierta que irte con él. Cuando el taxi acelera, la fotógrafa alemana enlaza el brazo con el mío.

Estoy decidido a no hundir esta orgía como hice con las otras. Tengo el estómago lleno, así que no voy a ponerme a picotear palomitas de maíz. Y no he tocado ni una sola sustancia que altere mi estado de ánimo, ni tengo intención de hacerlo. Hasta me he cortado las uñas.

Llegamos al club justo después de la medianoche. Localizo a Camille al instante. Tiene una melena larga y castaña digna de un anuncio de champú y la piel tan suave e inmaculada que compararla metafóricamente con un objeto inanimado, como podría ser una perla, a duras penas le haría justicia.

Está con otras dos mujeres: Laura, su amiga americana, que parece una vela encendida: larga y estrecha, con un traje de chaqueta y una mata corta de pelo rubio. Y Veronika, una altiva belleza praguense con unos labios en forma de cojines cilíndricos, el pelo castaño suelto, nariz hiperdesarrollada y una figura alta, delgada y sensual que me recuerda a la actriz Jane Birkin.

—¿Hay que ponerse albornoz o toalla al entrar? —le pregunto a Camille dudando de cuál es la etiqueta en un sitio como este.

Camille me mira como si hubiera perdido la cabeza.

—No, llevas tu ropa y ya está.

Es un alivio. A pesar de mis deseos de ser abierto, moderno y desenvuelto en cuestiones sexuales, sigo sin sentirme del todo a gusto a la hora de mostrar mi cuerpo. La primera vez que tuve relaciones sexuales estaba demasiado cohibido como para quitarme la camisa. Y también la segunda y la tercera vez.

En la cola, detrás de nosotros, hay un francés con un traje sastre y el pelo repeinado hacia atrás. Tiene el aspecto de un turbio hombre de negocios que esnifa montañas de cocaína.

—Ya que tienes tantas chicas, ¿te importa que entre contigo? —me pregunta.

El club tiene la norma de que todos los hombres deben entrar con una mujer, y yo estoy allí con cinco, como un glotón. Supongo que esto es lo que me perdí cuando salía con Ingrid: opciones, variedad, aventura, descubrimiento, novedad, lo desconocido. Como diría Lorraine, intensidad.

—Pues no sé —le digo—. Es la primera vez que vengo.

Mientras esperamos, Camille y Laura hablan de compartir juguetes, refiriéndose a chicos.

—¿Va a venir tu novio? —le pregunto a Camille.

—No.

—¿Él sabe que estás aquí?

No se lo pregunto para juzgarla, sino porque tengo curiosidad por saber cómo

funciona su relación.

—No.

Sonríe con aire de culpa. Está claro que tener una relación abierta no cura la infidelidad. Primero Nicole, luego la historia de Sage sobre su ex y ahora Camille. Puede que el problema de la mayoría de las relaciones sea que las normas empiezan a volverse más importantes que los valores que se supone que representan.

Finalmente llegan los juguetes de Camille, ambos con chaqueta de diseño y corbata estrecha. Se presentan como Bruno y Pascal. Bruno parece un atleta universitario bien parecido, mientras que Pascal, con unas gafas de montura fina, rizos espesos y ademán suave y educado, parece un dandi intelectual.

A diferencia del aspecto altamente sexualizado de la concurrencia de Bliss, aquí, los hombres y las mujeres no son guerreros divorciados de fin de semana vestidos como estrellas del porno. Aparte del hombre de negocios repeinado que tenemos detrás, son todos jóvenes, modernos, bien vestidos y sin silicona. No difieren mucho de la gente que espera a la puerta de cualquier club nocturno. Está claro que después de pasar una noche por la ciudad, vienen aquí a por el postre. Cuando la cola empieza a avanzar, Laura se apiada del solitario engominado y lo invita a entrar con ella.

—¿Sabes cómo sé que esas personas son unas bárbaras? —le dice la fotógrafa alemana a su amiga—. Mírales los zapatos. No le desearía un par de esos ni a mi peor enemigo.

Se ve que en cada orgía cometo un error fatal. Pero ya es demasiado tarde para escabullirme: nos están dejando entrar.

Ya dentro, una asistente nos pide las chaquetas (cosa que, no sé por qué, desencadena risitas entre las fashionistas), luego me da una tarjeta que, según me explica, servirá como resguardo para esta noche. Veronika se quita el *blazer* dejando al descubierto un vestido amplio y sin espalda que, de dar un paso demasiado largo, la llevaría directa al calabozo.

—Esta noche mi primer polvo será con ella —me dice Pascal en confianza mientras miro sin habla la bronceada extensión de la espalda de Veronika.

Bajamos las escaleras, que dan a una pista de baile vacía y en penumbra salpicada de barras de *stripper*. La veintena de personas que hay en la sala están

arracimadas en la barra, bebiéndose sus inhibiciones. Suena *I Kissed a Girl*, de Katy Perry. Resulta tan… obvio.

Al final de la antesala hay una puerta negra que conduce a la diversión. Después de que sus amigos se hayan ido adentrando en las salas que hay al otro lado, Camille me agarra de la mano y se ofrece a enseñarme el lugar.

—¿Y mis amigas? —pregunto.

—Estarán bien. ¿Vienes o no?

Les echo un vistazo y parecen enfrascadas en una insidiosa conversación, disimulando la incomodidad a base de incrementar la arrogancia. Debería invitarlas a que nos acompañen, sobre todo porque soy yo quien las ha traído. Aunque lo último que me apetece es darme una vuelta por la orgía con ellas detrás, haciendo comentarios odiosos en voz alta y diciendo que las técnicas sexuales de todo el mundo están tan demodé.

Me siento culpable por dejarlas atrás, igual que he dejado atrás a Anne. Pero digo:

—Sí.



24

Al otro lado de la puerta negra, Camille y yo deambulamos lentamente por salones hundidos y pequeños cuartos empotrados como ojos de buey, todos en copioso uso, hasta que llegamos a un espacio que consiste únicamente en una cama inmensa y una estrecha pasarela a lo largo de la pared de enfrente.

La mayoría de las mujeres que hay en la megacama están completamente desnudas, mientras que los hombres siguen con su camisa, su corbata y sus pantalones puestos. Aunque todos tienen los pantalones desabrochados y bajados,

y el trasto colgando. Hay pollas por todas partes. Incluso los hombres que no están con mujeres se pasean por la sala con vergas ansiosas pendiendo al aire, por si acaso alguien en la habitación tuviera necesidad. Yo soy el único que lleva la bragueta subida. Antes de Bliss, rara vez había visto a un tío desnudo. Y esto, con más gente en un espacio más reducido, parece un nido de víboras.

En la esquina derecha de la cama, Laura está a cuatro patas con el vestido subido. Bruno sale de ella y aparca en la boca de Camille mientras Pascal, fiel a su palabra, se tira a Veronika contra la pared. Ella está de pie, de frente, con una pierna levantada y el rostro encarnado, en una postura que, de ser fotografiada, incitaría un millón de noches untuosas.

No sé qué hacer, cómo implicarme ni cuáles son las reglas. James y Nicole al menos me explicaban lo que iba sucediendo en Bliss y se aseguraban de incluirme. Pero aquí todo es mucho más extremo: es lo más parecido a una batalla campal que he visto nunca.

Me siento en un espacio libre del colchón, enfrente de Laura, que sigue en la misma postura, sobre las manos y las rodillas, expectante.

—Gracias por dejarme venir con vosotros, chicos —le digo, porque siento la necesidad de decir algo.

—¿Es la primera vez que vienes a un club de intercambio? —me pregunta astutamente.

Probablemente este es el sitio más absurdo en el que me he puesto a charlar desde la última orgía.

—Más o menos.

Mientras hablamos, el escalofriante hombre de negocios que estaba a la entrada del club aparece detrás de Laura y se pone a frotarle el coño. A continuación, se mete debajo de ella como si se dispusiera a reparar un coche y empieza a lamérselo.

—¿Te parece bien? —le pregunto—. Puedo pedirle que pare si no estás cómoda.

Ya estoy otra vez: ocupándome de las necesidades de todos los demás menos de las mías.

—Es tan americano que digas eso —dice riéndose.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué tiene de americano?

Ni siquiera entiendo el comentario: ella también es americana.

—Nunca me habían preguntado eso.

—Pero pensaba que a lo mejor…

—Solo quiero que me metan una polla.

Esta es la clase de mujer con la que llevo fantaseando desde la adolescencia: la indiscriminada. Y esto se parece todavía más al sexo libre que las *puyás* y que Bliss, porque no hay ninguna carga espiritual, ninguna carga narcótica, ni siquiera hay en torno a ello una carga relacional. De hecho, no hay carga ni estorbo alguno, solo partes de cuerpos entrecruzándose de forma aleatoria. Y ahora que estoy en mitad del asunto, estoy aterrado. Es tan escandalosamente… abierto.

No es la sociedad la que nos reprime, somos nosotros mismos. Culpamos a la sociedad, no solo porque es más fácil, sino porque es un peso casi imposible de mover. De esta forma no tenemos necesidad de cambiar. Yo creía estar combatiendo al sistema, pero lo único que he estado haciendo es combatirme a mí mismo: primero, mis compulsiones, ahora, mis inhibiciones.

Entre tanto, el tipo del pelo repeinado deja de lamer a Laura y parece dispuesto a marcar el tanto definitivo.

—¿Podrías asegurarte de que se pone condón? —me pide.

—Vale —contesto con sobrado entusiasmo, agradecido por la oportunidad.

Tengo una tarea asignada. Un propósito. Soy la policía de los condones. Lo observo detenidamente para cerciorarme de que se pone la goma. Entonces me inquieta estar poniéndolo nervioso. Pero no flaquearé a la hora de llevar a cabo mi importante cometido: sin protección, no hay servicio.

Eso está muy bien, señor, desenrólleselo hasta el final. Si no, voy a tener que pedirle que se baje de la cama.

—Está puesto —le digo con aire de autoridad.

Mientras él se la hinca, Laura acerca su cara a la mía. Esta es mi oportunidad, pienso, y empezamos a besarnos.

Y entonces caigo: no hay nadie más que se esté besando. ¿Cuántas pollas han pasado por esa boca esta noche?

De modo que me aparto. Ha llegado la hora de decir «sí» y bajarme la bragueta. Me pongo de rodillas para que mi ingle quede a la altura de su cabeza. Y ya lo creo, el poder de la-polla-en-toda-la-cara es demasiado fuerte como para resistirse. La coge con las manos, la guía hacia su boca y empieza a chupar.

Soy consciente de la crudeza de todo esto, pero la historia transcurre en un club sexual. ¿Qué se supone que tengo que describir? ¿Los candelabros? Aquí no hay otra cosa que sexo.

—¿Qué te gusta? —pregunta Laura interrumpiéndose.

Buena pregunta. Me gusta esto exactamente. ¿Qué hay mejor que una mamada? ¿O quiere instrucciones más específicas? Quizá aquí tengan un nombre para los distintos tipos de mamada: la lustrada con saliva, la vuelta al mundo, el americano confuso. Igual que con todo, supongo que la libertad sexual es un arte que hay que aprender. Aún necesito más experiencia para sentirme cómodo.

De pronto veo la cabeza de Pascal aparecer por encima de la mía. Me dice al oído:

—Veronika quiere estar contigo.

Es música para mis oídos, especialmente cuando las cosas con Laura están un poco tensas. Sé que su actitud es la de cualquier-polla-me-sirve, pero me da la sensación de que mi polla no le acaba de servir.

Cuando el hombre de negocios acaba, Laura aprovecha para escapar. Pero en lugar de que aparezca Veronika, es Camille la que se arrodilla delante de mí y ocupa el lugar de Laura con más entusiasmo. Estoy un poco ausente porque he vuelto a perderme en mis pensamientos, así que miro alrededor y detecto a una mujer de aspecto exótico tumbada delante de mí. Le tomo la mano y empiezo a acariciarla, y ella me devuelve las caricias. Coloco la mano entre sus muslos y me pongo a juguetear con ella. Está empapada. He hecho bien cortándome las uñas.

Estoy empezando a sentirme a gusto aquí. Por fin participo en una orgía,

despierto, aceptado, vivo. Me alzo para echar un vistazo. Todo el mundo está follando y chupando.

Quizá mis desastres previos en la escena poliamor y la *swinger* hayan sido experiencias necesarias para poder sentirme cómodo en estas cosas, que haya aprendido lecciones en el camino hacia el buen dominio de la orgía.

En ese momento oigo la voz de un tío que exclama en voz alta: «*Tu es sur ma jambe*».

En la megacama casi todos se echan a reír.

Es evidente que estoy pisando con la rodilla la pierna de alguien. Me aparto y veo que Veronika se aproxima a gatas por el colchón. Me pierdo en su combinación única de belleza arrebatadora y peligrosa inocencia, y me endurezco al instante.

Nos besamos apasionadamente. No sé por qué me empeño en seguir tocando los inmundos labios de la gente, pero ansío la intimidad y la comunicación más que el sexo anónimo. A lo mejor soy un poliamor, porque no es solo el amor libre lo que busco, es el amor romántico libre, la comunicación libre, las relaciones libres, el desnudarte-con-alguien-que-te-gusta-y-a-quien-le-gustas-y-después-llegar-a-conocernos-aún-mejor libre.

En serio, en cuanto salga de aquí tengo que irme a hacer unas gárgaras con Listerine.

Mientras, Bruno ha aparecido de la nada y se ha puesto a follar con la mujer de aspecto exótico.

Yo me aparto y miro a Veronika a la cara, y ella se muerde el labio inferior a modo de respuesta. Hay tanta calidez entre nosotros, y acabamos de conocernos. Espero que no sea porque su padre la abandonó.

Le acaricio los labios con un dedo y ella lo succiona al interior de su boca y… ¡Oh, Dios! Creo que estoy a punto de…

Pero no quiero que esto se acabe, así que salgo de la boca de Camille.

—¡Déjame chuparte! —me ruega.

Esta es la mejor noche de mi vida.

El panorama que hay en esta cama es básicamente lo que les prometen a los mártires musulmanes en el más allá, solo que allí son vírgenes. Pero el paraíso está aquí. Ahora.

Por fin he entrado en el mundo del que he estado leyendo en las revistas porno y que he estado viendo en las películas desde la pubertad. Mientras los medios de comunicación instruyen a las mujeres a buscar a su príncipe azul, los hombres son condicionados a buscar a su guarra. No para tener una relación, sino para tener solo una aventura. Ambos son cuentos de hadas, pero el príncipe azul es casi imposible de encontrar, porque supone una vida entera de ilusión y apoyo. El papel de guarra no hace falta más de cinco minutos para interpretarlo.

Lo único que me impide gozar íntegramente de este paraíso sexual es la culpa: que Anne esté en el hotel preocupándose, que las fashionistas estén enfadadas y que el hecho de que me esté gustando tanto demuestre que soy adicto al sexo, igual que todos los que están aquí. Las consejeras de rehabilitación me han hecho una buena jugarreta en la cabeza. Antes solo me preocupaba por las enfermedades de transmisión sexual, pero ellas han convertido la propia sexualidad en una enfermedad. Y ahora, siempre que me entrego al placer, oigo la voz de Joan en el fondo de mi cabeza diciéndome que estoy eludiendo la intimidad.

Del mismo modo que le prometí a Rick que me sometería al tratamiento para la adicción sin lugar a dudas, también necesito zambullirme en la libertad sin sentimiento de culpa. La respuesta se irá aclarando con el tiempo: o toco fondo, como predijo Charles, o hallaré una solución que le funcione a mi vida, que es lo que yo espero. Necesito salir de mi cabeza y estar presente en esta experiencia. Y recordar por qué estoy aquí: no es para follar mucho, sino para encontrar mi orientación relacional y a mis compañeras de mentalidad.

Cuando mi mirada vuelve a cruzarse con la de Veronika, noto que hay una polla en mi visión periférica como una nube tapando el sol. El propietario de la misma me dice con un marcado acento francés:

—Todas las chicas te han chupado la polla.

—Supongo.

—¿Te gusta que te chupen la polla?

Parece una pregunta retórica, pero respondo de todas formas.

—Sí.

Procuro no establecer contacto visual. Desde luego esta conversación no contribuye a mantener la potencia.

—¿Te apetece que te la mame?

—No, gracias —no sé por qué, pero la situación parece requerir cierta cortesía—. Estoy bien así.

Supongo que técnicamente, si quisiera total libertad, no tendría por qué cortarme. Pero el objetivo, pienso, no es la anarquía sexual. Lo que quiero es que las normas que rigen mi sexualidad las ponga yo, no que me vengan impuestas desde fuera. Esa es la diferencia fundamental, tal vez para todo.

El objetivo, pues, es la liberación: ser el dueño de mi orgasmo. No quiero que sea mi pareja quien lo gobierne, eso sería monogamia, pero tampoco quiero que el orgasmo me gobierne a mí, lo que sería adicción.

Mi nuevo admirador me ha hecho un regalo sin querer. Aunque no vuelve a decirme nada, su polla no desaparece de mi campo visual (primero a la derecha, luego a la izquierda, luego medio metro por encima de mí), como si albergara la esperanza de que, si me ronda, en algún momento decidiré reconocerlo. Así es como funcionan aquí las cosas, al parecer. A lo mejor este es el lugar donde se juntan las mujeres a las que sí les gusta que los tíos se manden por teléfono fotos de su rabo.

Una valkiria de pelo rubio y largo con unos pechos como misiles trepa a la cama con su novio. Yo me la follo con los ojos y vuelvo a estar inmerso en el espíritu de la orgía. Ella me sostiene la mirada. Pero, antes de tener ocasión de hacer nada, aparece Bruno de no se sabe dónde y empieza a tirársela.

No sé cómo lo hace. Esta debe de ser la décima que lleva. Súbitamente, me acuerdo de que Camille lleva mamándomela media hora seguida. Me pongo un condón, me tumbo y la coloco a ella encima.

Camille me monta mientras Veronika se sitúa encima de mi cara. Estoy envuelto y asfixiado en mujeres. Si esto está sucediendo en este momento es porque mi madre me envolvió y me asfixió, y es por ello que le debo un sincero agradecimiento.

De pronto, una intransigente voz alemana inunda la estancia:

—¿Dónde está?

Echo la cabeza hacia atrás y veo a las fashionistas del revés, pegadas a la pared, contemplando el amasijo de cuerpos.

—¡Qué propio de él hacernos esto!

Procuro escudarme en las mujeres que me cubren para que las fashionistas no me descubran.

—Pues vámonos sin él.

Sus voces irrumpen en la sala como un cuchillo despojándola de toda la sexualidad que encuentran a su paso.

—¡Qué egoísta!

Durante una milésima de segundo considero la necesidad de parar. De todos modos, seguramente debería volver al hotel a ver cómo está Anne.

Después pienso «no». Es increíble. No quiero que esto se acabe. Soy tan egoísta. Dejadme ser egoísta. Que se vayan, ya lo arreglaré más tarde. Estoy aprendiendo a ocuparme de mis propias necesidades, para variar.

En momentos como este se revela la verdadera naturaleza de tu alma.

—Vamos a cambiar —propone Veronika.

Al fin y al cabo, esto es un club de intercambio, así que salgo de Camille para que pueda ocupar el lugar de Veronika. Sin embargo, tan pronto queda libre el orificio inferior de Camille, ya está ahí Bruno. El tío nunca deja pasar una oportunidad. No me cabe duda de que en el mundo exterior es un magnífico hombre de negocios.

Veronika desliza su cuerpo sobre el mío frotando su piel contra mi ropa, con la espalda arqueada hacia arriba para que podamos vernos las caras. Me cambio el condón y la penetro despacio. Nos movemos sensualmente el uno contra el otro. El tiempo se ralentiza. Perdemos el ritmo con el resto del club y nos sincronizamos.

Me zambullo en las profundidades de los ojos de Veronika y ella, en los míos… y se parece al amor. No al amor que, según nos enseñan, llega con

intenciones de compromiso y de miedos al abandono, sino al amor que es una emoción sin exigencias y que no conoce el miedo. He hallado, por un momento, el amor en un club de intercambio.

El sexo conectado es una experiencia espiritual, pero no como la describen los poliamorosos del tantra. Es espiritual porque es una liberación del ego, un fundirse con el otro, una descomposición de los cuerpos para incorporarse a los átomos que nos rodean, un enlace con la energía universal que se mueve entre todas las cosas sin juicios ni prejuicios.

Por lo tanto, el orgasmo es la práctica espiritual que unifica a casi todo el mundo en el planeta, y tal vez por eso hay tanto miedo en torno a él y tiene implicaciones tan enormes. Porque tanto en la rehabilitación como en la *puyá* tenían razón: es sagrado.

Y cada orgasmo. Es en sí mismo un acto de fe. Un intento de alcanzar. Y solo por un momento. Aliviar nuestra separación. Escapar del tiempo. Y tocar la eternidad. Y ¡sí!

Al tiempo que ella empapa el colchón, yo lleno el condón.

No solo he hallado el amor en una orgía, creo que he hallado la iluminación.



25

—**¿N**os vamos a tomar algo? —le pregunto a Veronika al bajarnos de la cama.

En realidad, deberíamos ir a darnos una ducha.

—Necesito un cigarrillo —dice Camille apartándose a gatas de Bruno, quien se escabulle en busca, sin duda, de una nueva oportunidad de negocio.

Ya en el bar, dejo de sentirme culpable. No por la experiencia, que ha sido

fantástica. Ni por Anne, que es responsable de sus propias decisiones. Ni por las fashionistas, que prefirieron quedarse al margen de todos los demás y que probablemente estén de vuelta en su hotel despotricando sobre la marca de nacimiento en mi nalga izquierda, que si se parece a un logo falso de Gucci o qué sé yo.

Subimos a la sala de fumadores y Veronika y yo encontramos por fin un rato para hablar. Es como la cita perfecta, pero al revés: primero el sexo, y luego conocernos un poco.

Es licenciada en artes visuales, aunque no ejerce, y tiene una vena extremadamente independiente, le apasiona aprender cosas nuevas y posee una ligera pátina de melancolía bajo la piel, que la protege de los elementos. Habla con un fuerte acento checo, directo y entrecortado. Le imprime una frialdad que probablemente derive de varias generaciones de antepasados que se congelaron y murieron de hambre y sufrieron y sobrevivieron contra todo pronóstico para que ella pudiera estar hoy aquí, tirándose a una panda de desconocidos en un club de moda de París.

—Ha sido mi primera vez —me dice—. Me ha gustado.

—¿Quieres decir que no habías venido nunca?

—No. He venido a París a visitar a un amigo. Le he dicho que solo venía como amiga, pero cuando me he negado a acostarme con él se ha enfadado. Camille vive al lado, así que me ha dicho que me iba a sacar de marcha esta noche sin él.

—¿No quieres acostarte con él, pero acabas de follar con un montón de tíos que no conoces?

—Pero esto es por la experiencia. Ese tío es demasiado agobiante. Cuando me he negado a besarlo me ha amenazado con dejarme en la calle.

—Si quieres, puedes quedarte conmigo. Voy a estar aquí unos cuantos días más.

—Eso me gustaría —dice sin sonreír, pero sonriendo.

Conversando con ella recuerdo la letra de una canción de los sesenta: «Podría enamorarme de casi cualquiera / creo que la gente es lo más divertido que hay».

Y eso es lo que estoy descubriendo desde que dejé a Ingrid. Ya sea Nicole o Sage, Anne o Veronika, cada mujer es un mundo maravilloso en sí misma. ¿Y la monogamia? Es como escoger vivir en una única ciudad y no viajar nunca para experimentar la belleza, la historia y el encanto de todos los demás lugares maravillosos que hay en el mundo. ¿Por qué el amor tiene que limitarnos?

Tal vez no lo hace. Solo el miedo es restrictivo. El amor es expansivo. Y yo me pregunto, dado que el miedo al aglutinamiento nos impele a esquivar el compromiso y el miedo al abandono nos vuelve posesivos, ¿qué clase de relación evolucionada puede surgir una vez se curan estas heridas?

Por primera vez, Ingrid está empezando a retroceder en mi mente, a convertirse en un hermoso recuerdo, una víctima desgarradora de mi desencaminado intento de vivir en la monogamia. Ante mí se abre todo un mundo de infinitas posibilidades relacionales y sexuales. Tras de mí se acaba una lucha. Por mucho que alguien sea tu pareja ideal, si vuestros valores fundamentales difieren, la relación tiene pocas opciones de prosperar.

Cuando Veronika menciona un documental que ha visto hace poco llamado *The Workshop*, acerca de un retiro en el que los participantes se desnudan y mantienes relaciones sexuales en grupo para curarse de la vergüenza y hallar la iluminación, decido hablarle de la casa poliamorosa que estoy montando.

—Suena divertido —contesta, y apoya la cabeza en mi hombro—. Me interesaría probarlo contigo, dependiendo de cuándo lo hagas.

Se me acelera el corazón. Si las cosas funcionan después de pasar un tiempo juntos, puede que ya tenga una V.

El resto de los amigos de Camille no tardan en aparecer y nos separamos a la salida del club intercambiándonos los números de teléfono. Cuando regreso al hotel, Anne me abraza sin miedo ni alivio ni celos ni preocupación, solo con aceptación. Se me arrima alegremente al hombro y me susurra:

—Quiero ser una mujer con experiencia.

Y ahí me doy cuenta de que lo he conseguido: vivo en un mundo de mujeres liberadas y sexualidad libre. Se está convirtiendo en mi estilo de vida. En mi realidad. Estoy encontrando a mi tribu.

Ha llegado el momento no solo de tener relaciones sexuales con múltiples

parejas, sino también de construir relaciones íntimas con ellas. El momento de averiguar si para mí este modo de vida es verdaderamente sostenible y puede traer consigo una clase mejor de amor, un tipo de familia más fuerte y una sensación de felicidad más plena.

FASE III

■ La vida en el harén ■

EL PROFETA (MAHOMA) SOLÍA VISITAR A TODAS SUS ESPOSAS EN UNA RONDA, DURANTE EL DÍA Y LA NOCHE, Y ELLAS SUMABAN ONCE. LE PREGUNTÉ A ANAS: «¿TIENE EL PROFETA LA FUERZA NECESARIA PARA ELLO?». ANAS CONTESTÓ: «NOSOTROS DECÍAMOS QUE EL PROFETA TENÍA LA FUERZA

DE TREINTA HOMBRES».

—MUHAMMAD IBN ISMAIL AL-BUJARI

Sahih Al-Bujari, volumen 1, libro 5, número 268



26

En lo más profundo de nuestra naturaleza, somos recolectores. Y la vida es un proceso de recolección de los recursos que necesitamos y que nos ofrece un gran planeta conectado. Está todo ahí fuera: todos los colores, los tonos, los sabores y las mutaciones de la vida y la experiencia. Busquemos lo que busquemos, lo vamos a encontrar; eso si lo que buscamos no nos encuentra antes a nosotros. No obstante, el resultado no será lo que vamos buscando de forma consciente, sino lo que ambicionamos inconscientemente.

De modo que lo que queremos nunca se asemejará a lo que esperamos. Es la ley del recolector: tal vez encuentres arbustos de bayas, pero no puedes controlar su producción.

Abandono París con planes para vivir con tres amantes: Anne, que se mostró entusiasmada ante la perspectiva de volver a estar juntos de nuevo tan pronto; Veronika, con quien pasé tres fantásticos días en París después de que Anne se marchara, y Belle, que se ha mantenido en contacto ininterrumpidamente durante todo este tiempo. A todas ellas las había conocido en intrépidas circunstancias de resultado positivo, por lo que ninguna de ellas tardó demasiado en acceder a proseguir la aventura.

Me pregunto qué nombre le daría *Shama* Helena a esta relación. Hay una persona de más para una V. Supongo que sería una patrulla o una W con una sola pata, tal vez una pata tridáctila, . Sea como fuere, estoy emocionado de que por fin vaya a pasar página y a dejar simplemente de observar las relaciones no

monógamas desde fuera para empezar a tomar parte en ellas.

Puesto que voy camino de lo desconocido, hago lo que puedo para prepararme. De regreso en Los Ángeles, hablo con las tres mujeres casi a diario, para conocernos mejor. Y con cada mensaje y cada llamada, la relación va creciendo y florece. Se crea el ambiente de un nuevo romance, lleno de esperanza y expectación, incorrupto por la realidad. Resulta evidente que es prematuro irnos a vivir juntos, por eso hemos acordado hacer un intento inicial de dos semanas para ver cómo va. Es una lástima que lo estropeara con Sage, porque de momento ella es la única mujer con la que he estado que tiene experiencia en relaciones grupales como esta.

Como la casa de huéspedes que he alquilado es demasiado pequeña para cuatro personas, llamo al propietario de la gran casa del árbol ruinosa que estuve mirando con Rick cuando estaba con Ingrid. Por desgracia, no está disponible, así que peino el mercado en busca de otras opciones y les voy enviando fotos de mis favoritas a las chicas.

—¿Y por qué no lo haces aquí, en San Francisco? —me sugiere Nicole cuando le relato mis planes—. No hay lugar en el mundo más tolerante con las relaciones alternativas. Todos esos libros sobre el poliamor que has estado leyendo… la mayoría de esos autores viven aquí. Y yo podría meterte en todas las fiestas clandestinas.

Nicole ha sido mi dantesca Beatriz en este nuevo paradigma y todavía no me ha decepcionado. Creo que disfruta metiéndose en el papel de guía turística de las relaciones alternativas para nuevos fichajes. Así que accedo a probar esta nueva relación en un lugar nuevo.

Unos días antes de la llegada de Belle, Anne y Veronika, doy con un alquiler vacacional a un precio asequible cerca del Fisherman's Wharf. Es un dúplex de tres habitaciones que permitirá a cada una de mis más o menos novias disponer de su propio dormitorio, su armario y su cuarto de baño. Idealmente, las mujeres construirán las correspondientes relaciones entre ellas y todos acabaremos durmiendo en el mismo cuarto. Pero, si se diera el peor de los casos, yo podría pasar la noche con cada una de ellas por separado en una rotación regular, que es como lo hacen, presumiblemente, la mayoría de los poliamorosos.

Veronika tiene prevista su llegada la primera, el avión de Belle aterriza siete horas después y en la tarde del día siguiente llegará Anne a la ciudad.

Así que espero a Veronika en el aeropuerto, mitad con asombro y mitad con angustia, preparándome para convertir en una realidad cotidiana lo que parecía la fantasía de una relación completamente imposible. Por fin la veo salir de aduanas. Mide cinco centímetros más que yo y probablemente pesa quince kilos menos, lleva tacones altos, vaqueros ajustados, una camiseta amarilla estrecha y la conmovedora tristeza que nunca abandona sus ojos. Su acento se impone rotundo y seductor entre la muchedumbre, con las erres sonoras que me recuerdan a una espía de la Guerra Fría.

Tres horas más tarde estamos en la cama, satisfechos a la luz vespertina de San Francisco, manteniendo una conversación poscoital en torno al lenguaje corporal. Intento inmortalizar el momento en mi corazón para poder recordar la excitante sensación de haber pasado de desconocidos a amantes y a convivir en cuestión de semanas. Si me hubiera quedado con Ingrid, nunca hubiera tenido una experiencia como esta.

Me suena el teléfono al entrar un mensaje de Anne, que dice que está haciendo las maletas y que está ansiosa por abrazarme. Le contesto y le digo que las chicas y yo también estamos deseando abrazarla, solo para recordarle que, tal y como dijo Orpheus, esto es una familia. Al cabo de unos minutos, Belle me escribe para decirme que su vuelo ha aterrizado con antelación y que se ha puesto «esumbante» por mí. No tengo ni idea de lo que quiere decir eso, pero le digo que suena muy excitante y que iremos a buscarla de inmediato.

Cuando Belle contesta que sería más sencillo que ella cogiera un taxi para ir al apartamento, Veronika resopla, exasperada. Sale de la cama, se envuelve el cuerpo en una toalla, abre su maleta y se pone a colgar ropa en el armario. Hay una cierta violencia en el ruido que hacen las perchas al chocar contra la barra metálica.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—*Nada* siempre significa algo. Estoy abierto a hablar de ello.

—Estoy bien, de verdad.

Saca el neceser y lo lleva al cuarto de baño. Una suave escarcha acompaña cada uno de sus gestos.

—*Bien* es igual a jodida, insegura, neurótica y sensible.

No le hace ninguna gracia.

—Es una falta de respeto que te pongas a escribirte mensajitos con chicas cuando estás conmigo —me suelta.

Y pienso: tiene razón. Luego pienso: estoy jodido. Solo hay una mujer en la casa en este momento y ya estamos con problemas de celos. La vigorosa sensación de domesticidad desaparece instantáneamente. Pero para eso estoy aquí: para captar la realidad de este estilo de vida. Es fácil tener relaciones sexuales con las esposas y las novias de los demás, pero aprender verdaderamente a ser relacional (como diría Joan) con múltiples parejas es un desafío mucho mayor, porque no son solo partes de cuerpos las que se entreveran, son sentimientos. En un club de intercambio, entre dos desconocidos sucede de todo, pero aquí, en el mundo real, siendo dos amantes, ahora *todo* significa algo.

De manera que tengo que seleccionar con mucho cuidado y madurez lo que voy a decir a continuación si quiero que la experiencia salga bien. Porque no se trata solo de las dos próximas semanas, se trata de mi futuro.

—Me estaba escribiendo con las dos chicas que vienen a vivir con nosotros para prepararlo todo —le digo—. Pero a partir de ahora, a no ser que estemos haciendo planes para el día, podemos intentar todos no hacerle caso al móvil cuando estemos juntos para vivir el momento el uno con el otro.

Asiente y sonríe satisfecha con la diplomacia. Antes creía que una buena relación significaba llevarse bien. Pero el secreto, y ahora me doy cuenta, es que cuando alguien se encierra en sí mismo o se pone histérico, el otro ha de mantenerse en su estado adulto. Si los dos descienden al niño herido o al adolescente adaptado, ahí es cuando se desencadenan las fuerzas del drama y la destrucción relacional. Lo comparto con Veronika y le hablo de los distintos estados del ego. Muy pronto volvemos a conectar.

—Acabo de llegar y ya estoy aprendiendo cosas, y para eso he venido —dice contenta.

Una hora más tarde llega Belle. Es pálida y menuda, lleva una falda de cuadros escoceses, una rebeca azul marino, una blusa blanca, unas excéntricas gafas rojas y dos trenzas color miel. Es un atuendo de colegiala pensado para volver locos a los hombres lujuriosos y con sentimiento de culpa al mismo tiempo.

—¿Este es su antro del pecado, señor Strauss? —pregunta en tono juguetón

cuando nos abrazamos en la entrada.

La acompaño hasta el salón para que conozca a Veronika. Entonces las dejo a solas unos minutos para darles la oportunidad de conocerse sin mí delante. Al cabo de un rato oigo risas. Buena señal. Regreso con ellas y Veronika me dice que se va a dar un paseo.

En cuanto se va, Belle se me sube al regazo de un salto y empieza a quitarme la ropa. Entiendo que se han arreglado entre ellas. Y, así, lo imposible ya está sucediendo.

Las mujeres como Chelsea dedican una cantidad extraordinaria de esfuerzo a procurar adquirir el aspecto de las fotos manipuladas que ven en las revistas. Pero más excitante y más prohibido aún que ese ideal femenino imposible es la desnudez de la carne delicada que no debería cubrirse, piel tan pálida y fina que parece que la exposición a la luz y al sol podría lastimarla, carne que parece temblar simplemente con mirarla.

Ese es el cuerpo de Belle.

Solo se descompone cuando descubro lo que quiere decir con «*esumbante*»: es una vagina deslumbrante, con lentejuelas de vivos colores en el lugar en el que tendría que haber vello púbico. Tan absurdo como suena.

Al cabo de unos minutos volvemos a vestirnos, Veronika regresa. Observo con interés sus movimientos y sus gestos. No parece molesta.

Nos preparamos para la cena y bajamos a mi Durango haciendo equilibrios sobre un hilo de unidad. Ese hilo amenaza con romperse en cuanto llegamos al coche, donde me encuentro con el primer escollo en una relación de grupo.

Las dos mujeres se plantan delante de la puerta del copiloto angustiadas, esperando a que yo tome la decisión.

—Ya que no hemos ido a buscar a Belle al aeropuerto, ella debería sentarse delante —le digo a Veronika—. De vuelta a casa, podrás sentarte tú.

Resulta sonrojante oírme decir semejante cosa. Me suena a lo que nos habría dicho mi padre a mi hermano y a mí cuando yo tenía doce años. No recuerdo que en la Convención de la Asociación Mundial de Poliamor nadie nos enseñara el reparto de asientos en el coche para las parejas múltiples.

De pronto me asalta la sensación de que nada en esta experiencia va a ser como yo esperaba. Vivo bajo la ley del recolector.



27

Belle se sienta a cenar vestida de colegiala; hasta el último pervertido que hay en el restaurante la está mirando pasmado.

—Madre mía —dice, pimplándose la tercera copa de la noche—. Antes de venir aquí me fui a una tienda de lencería total y me compré de todo. Esta noche quiero hacerte de modelo y enseñártelo.

En condiciones normales, esta sería una conversación ideal para la cena. Solo hay un problema: que cuando habla me mira a mí todo el rato. De hecho, actúa como si Veronika ni siquiera estuviera sentada a la mesa. Ya noto cómo la escarcha empieza a cubrir la piel de Veronika.

Cuando Veronika va al servicio, le recuerdo a Belle:

—Asegúrate de incluir a Veronika cuando hables.

—Paso de ella —me responde—. Solo me importas tú.

Sus palabras me dejan planchado.

—Pero no estamos en San Francisco para eso. Ya te conté que hemos venido a explorar el poliamor, y eso significa que hay más gente implicada aparte de nosotros dos.

—Ya lo sé.

Resopla y se queda mirando la bebida, como una niña a la que han regañado por hacer algo que ella ya sabía desde el principio que estaba mal. Salta a la vista

que reunir a varias amantes puede ser como presentar a varios gatos. Hay que hacerlo con cuidado, premeditación y precisión; de lo contrario, nunca se llevarán bien.

Después de la cena, las llevo a una coctelería exclusiva de Tenderloin que se llama Wilson & Wilson, con la idea de que un cambio de aires promueva un poco más la camaradería. Pero, con cada copa que se toma, Belle se vuelve más parlanchina y Veronika se indigna cada vez más, hasta que resuelve fijar la mirada en la mesa siempre que habla Belle. Y evitar el contacto visual con alguien es peor que decirle abiertamente que te toca las narices: es tu alma diciéndole a su alma que te está tocando las narices.

Anne ni siquiera ha llegado todavía y esto ya está al borde del desastre. El padre Yod parecía vivir en armonía con catorce esposas distintas en su momento cumbre, de manera que estoy seguro de poder hacer que esto salga adelante con solo dos.

Me remonto a la rehabilitación. Los chicos de mi grupo eran todos muy distintos entre sí, pero lo que nos permitía establecer profundas conexiones en poco tiempo era que hablábamos de nuestro cronograma y de nuestra infancia. Tal vez haya llegado la hora de acabar con esta cháchara superficial y empezar a conocernos de verdad.

—Tengo una curiosidad —le digo a Belle cambiando de tema—. ¿Cómo eran tus padres cuando eras pequeña?

—Eran perfectos. Me querían mucho.

Le da un trago al cóctel, luego nos mira a los dos con una gran sonrisa encarnada, ocultando la verdad como una máscara de látex.

Siempre que alguien idealiza a sus progenitores, hay una posibilidad muy elevada de que la realidad sea exactamente lo opuesto. A veces son los padres los que crean esta ilusión, insistiendo de una forma endiosada en que son perfectos y en que el hijo les debe obediencia porque existe gracias a ellos. En otras ocasiones, la ilusión la crea el hijo como una forma de estrategia de supervivencia, desconectando de la realidad con la intención de evitar el sufrimiento de crecer en un ambiente tóxico.

Por eso hago un imprudente intento de romper los muros de Belle. Le expongo esta teoría, con una conclusión:

—Ningún progenitor tiene la capacidad de ser perfecto. Solo están capacitados para decirles a sus hijos que lo son.

—Y se pueden sacar cosas buenas de unos malos padres —añade Veronika, dándose permiso para interactuar con Belle; quiere ayudar, ya estamos estrechando lazos—. Mi padre nunca estuvo cuando yo era pequeña y mi madre no paraba de trabajar. Así que yo me recorría sola la ciudad en el autobús con solo ocho años. Por eso ahora soy tan independiente.

Me pregunto si no segregaré una feromona desordenada que atraiga a las mujeres abandonadas. O será que la mayoría de los padres son tan mierdosos que han abandonado, en mayor o menor medida, a la mayoría de las mujeres.

Mientras nosotros continuamos con nuestras historias, Belle da un golpe encima de la mesa con el vaso y grita tan fuerte que la gente se vuelve a mirarnos:

—¡Está bien, mi madre es una zorra beata y narcisista! —su rostro se contrae y asoman las lágrimas—. No volváis a tocar el tema, ¿vale? ¡Nunca más! Queríais sacármelo… ¡pues ahí lo tenéis!

Y en un abrir y cerrar de ojos, nuestro momento de conexión íntima se ha esfumado. ¿O no?

Por lo menos Belle ha abierto una vía hacia la realidad. Ahora ya sabemos quién es. Del mismo modo que hay gente que tiene una adicción a las drogas o al sexo, ella tiene adicción a las palabras. Construye una fachada de palabras para protegerse de los sentimientos molestos. Sin embargo, cuando alguien está aglutinado con un progenitor del mismo sexo, esto puede suponer una dificultad para establecer relaciones de amistad íntimas con personas del mismo sexo. Y eso se puede convertir en un gran obstáculo en nuestra condición de cuadra.

En un plano más constructivo, ahora que hemos compartido nuestras vulnerabilidades, lo cierto es que Veronika ha empezado a mirar a Belle con otros ojos cuando esta habla.

Lección del día: el camino más apacible hacia la poliarmonía y la convivencia con el resto de los que vamos por la vida marcados por una herida es la verdad y la comprensión.

Al salir, Veronika me abraza por detrás y me da un beso en la nuca. Luego me agarra el brazo y rodea a Belle con él, y salimos los tres caminando juntos. Las beso

a las dos en los labios. Y por primera vez en todo el día, tengo esperanza.

Nos sentimos como una V.

Cuando llegamos a casa, Veronika dice que quiere darse una ducha. Yo me meto en uno de los cuartos de baño a lavarme y a prepararme para la culminación de nuestra primera noche juntos.

Pero estando allí, Belle entra detrás de mí, me da un provocativo lametazo en la oreja y susurra:

—Quiero follarte. Pero primero quiero que te des la vuelta y que me metas la polla hasta la garganta.

—Me encantaría hacer eso —le digo—. Pero tenemos que esperar a que Veronika salga de la ducha.

La acompaño hasta la habitación de Veronika y nos tendemos en la cama a hablar mientras esperamos. Sin embargo, al cabo de un par de minutos, Belle empieza a tontear. De repente se pone en pie de un salto y echa a correr por la casa riéndose y jugueteando. Y una vez más, mis esperanzas se desvanecen. Parece como si Belle hubiera perdido la chaveta. No estoy seguro de si es el alcohol, el desfase horario, los nervios, la herida materna que hemos removido, el malestar por tener que esperar a Veronika o alguna clase de flirteo desafortunado que pretenda que me ponga a perseguirla.

Veronika sale del baño y se tumba en la cama a mi lado. El ruido de Belle estrellándose contra las paredes, riéndose histérica y jadeando después como si padeciera asma inunda la casa.

—¿Qué hace ahora esta chica? —pregunta Veronika en un tono que rezuma condescendencia.

—Francamente, no tengo ni idea.

Cuando conocí a Belle era tímida, cerebral y de buen talante. Esta es una faceta suya que no había visto nunca. He estado con mujeres mucho más borrachas de lo que me gustaría admitir, pero esto es algo que nunca había vivido, ni siquiera imaginado. Lo único con lo que empatizo ahora mismo es con las paredes.

La vida tiene un sentido del humor retorcido: una de las razones por las que

me sentía tan atrapado con Ingrid era que me causaba resentimiento porque me impedía acostarme con Belle. Pero ahora lo único que quiero es deshacerme de ella, y eso que no llevo ni doce horas con ella. Tal vez el secreto de la fidelidad sea saber que el jardín del vecino está más loco que el propio. Belle vuelve a entrar corriendo a la habitación, se sube a la cama de un salto e intenta besar a Veronika.

Pero Veronika vuelve la cabeza sin mediar palabra. Belle se queda clavada un instante, luego se levanta y vuelve a salir de la habitación dando traspiés. La oímos correr otra vez como una maníaca por la casa, abriendo y cerrando las puertas de los armarios, hasta que finalmente entra corriendo en su cuarto de baño, cierra la puerta y echa el cerrojo.

—A lo mejor toma alguna medicación que reacciona mal con el alcohol —la disculpo ante Veronika.

—A lo mejor —responde fríamente.

Luego da media vuelta en la cama y toma su diario y un bolígrafo de la mesilla de noche. Me pregunto qué estará escribiendo. Tal vez debería pedirles a todas que lleven un diario de su experiencia aquí para que pueda desentrañarla más adelante.

Me quedo tumbado en silencio a su lado, deseando que esta noche no sea más que una enajenación pasajera, que Belle se haya puesto demasiado nerviosa y haya bebido demasiado, que por obra de algún milagro Veronika perdone y olvide. No se supone que esta noche vaya a ser nuestra luna de miel, me recuerdo, es simplemente nuestra primera cita.

Cuando me despierto por la mañana, Belle está de vuelta en la cama y estamos los tres acurrucados.

Ahí es cuando descubro un nuevo reto del poliamor: es complicado levantarse para ir al baño sin molestar a nadie cuando estás aprisionado entre dos mujeres dormidas.

Quizá esta relación grupal todavía tenga futuro. Al fin y al cabo, la cosa no puede ponerse más extraña de lo que fue la noche anterior.

28

Fragmentos del diario de Veronika

Acabo de llegar al aeropuerto y estoy esperando para pasar por la aduana. Estoy tan contenta de que me haya pedido que venga. La última vez que nos vimos lo amé, al menos durante unas horas, hasta que recuperé el control de mi cabeza. Supongo que tiene a muchas chicas como yo. Igual que yo tengo a mis pretendientes en potencia. No me supone ningún problema. Que así sea.

Desde el día que nací, mi vida ha sido una aventura. No sé muy bien cómo es posible que me hayan pasado tantas cosas en este tiempo. Supongo que he sido tonta y descuidada y extrema, y tampoco ha habido nadie que cuidara de mí. Mi padre estaba casi todo el tiempo borracho o trabajando o las dos cosas, y mi madre siempre estaba liada cuidando el jardín y a los animales, y también trabajaba en algún sitio.

Lo que hemos aprendido de las relaciones es que lo más importante es hablar. Si dos personas o más tienen una relación, tienen que poder hablar sin titubeos acerca de lo que sienten. Por ejemplo, yo estaba molesta por sus mensajes y no he dicho nada. Pero él me ha comprendido y ha sido él mismo quien ha iniciado la conversación. Le he dicho cómo me sentía y, desde ese momento, todo ha sido distinto. Nuestro estado de ánimo ha cambiado y hemos entablado un compromiso. Ha sido muy sorprendente, porque no ha sido nada difícil. Me alegro muchísimo de que lo haya hecho.

Rebeca ajustada, camisa blanca, falda a cuadros, zapatos negros de plataforma alta, gafas, trenzas a lo Pippi Calzaslargas, australiana. Atuendo de colegiala total. Muy porno. Vulgar. Pero interesante. Y supongo que a los hombres les chifla. Pero ha elegido a una chica así para participar en esto. ¡Terrible! Supongo que a mí me ha parecido bien la idea solo porque quería pasar más tiempo con él. Creo que no era del todo capaz de imaginarme cómo iban a ir las cosas aquí. Fui una idiota, pero estoy aprendiendo de ello. Y eso es bueno.

Ya estoy harta de esa chica. ¡Habla demasiado! Parece como si no fuera a

callarse nunca.

Y ya no lo miro con cara de «estoy enamorada». Me da la sensación de que no puede sentir nada sincero. Me da la sensación de que son todo juegos mentales para que él pueda plasmar su idea en la realidad. Si de verdad le importara algo, no me haría esto. ¿Acaso tiene intención de follársenos a todas una detrás de la otra y ya está? ¿Qué se cree? ¿Que puede hacer cualquier cosa? Y al mismo tiempo, nosotras le damos permiso para que lo haga.

La diferencia entre los hombres y las mujeres es que nosotras hacemos cosas que a veces no queremos hacer a cambio de algo más grande. Le hemos dado permiso a cambio de amor. Teníamos la esperanza de que algún día sería nuestro. Pero tal vez lo que estemos haciendo en realidad sea entregárselo a otra.

Ahora la australiana está tan desesperada que actúa como una loca. No para de reírse a gritos, aunque supongo que en el fondo está llorando. Su comportamiento no tiene ninguna lógica. Está muy borracha y lo busca por los armarios. Parece que esta situación nos hace a todos actuar de forma un poco extraña.

Mañana llega la tercera chica. Es francesa. Espero que sea más normal, no como esta de aquí.



29

Por la mañana, Veronika cocina huevos fritos en tostada para los tres y nos sentamos a la mesa a desayunar mientras charlamos. Ahora que Belle está sobria, sí que logramos crear una cierta comodidad doméstica.

No acierto a saber si Veronika llegará a respetar a Belle después de la noche pasada, pero por lo menos la tolera. Esperemos que Anne, con su serena y centrada energía, se convierta en el tejido conectivo que nos falta.

Cuando vamos en coche hacia el aeropuerto, Veronika se hace con el asiento del copiloto por haber hecho el desayuno. Ya lo sé, es absurdo.

Al llegar diviso a Anne en la puerta de la terminal, expectante, el dedo que le falta a nuestra pata tridáctila, con un aspecto tan frágil que se diría que saldría volando si pasara por delante de ella un camión demasiado rápido. Sus ojos, brillantes como faros, parecen ocupar una cuarta parte de su rostro, el resto del cual queda oscurecido por el efecto de unos desaliñados mechones rubios. Cuando salto del coche para saludarla, se me abraza durante un sosegado minuto de intimidad. Luego se sube al asiento trasero del coche y las llevo a dar una vueltecita de visita por la ciudad.

—Es increíble —me dice Veronika cuando llegamos a casa—. Creo que tengo mucho que aprender de ella.

Respiro aliviado. Tal vez esta sea la dosis de aire fresco y cordura adulta que necesitamos para compensar el infantilismo de Belle. Quizá ahora sí que funcione esta cuadra.

Esa noche nos reunimos con James y Nicole en el Supperclub, a lo que le sigue una fiesta en el apartamento de Nicole con otras seis parejas liberales y BDSM, incluyendo a los inevitables Chelsea y Tommy.

El apartamento diáfano de Nicole es una versión *swinger* de un piso de soltero. Hay andamios de los que cuelgan focos y altavoces, todos controlados a distancia desde su ordenador; una barra de *stripper* en el centro de la sala, incluso una inexplicable mesa redonda como la que había en la *suite* de Corey Feldman.

Veronika y Anne se sientan en un sofá a hablar del centro terapéutico en el que trabaja Anne, en Francia, como acupuntora. Las rodeo con el brazo y me sumo a la conversación. Belle, que ya se ha trincado un par de copas, se sienta a mi otro lado y me coge la mano libre. Por un momento somos una relación funcional.

Entonces Belle se me arrima más e intenta enrollarse conmigo. No da la impresión de que sea un acto de pasión espontánea, sino un intento de demostrarles a las otras que ella es la novia número uno.

Cuando me aparto, Belle se larga hecha una furia, después se pone a bailar en plan erótico en la barra de *stripper* y se enrolla con Nicole.

—Solo lo está haciendo para ganarse tu visto bueno —señala Veronika

secamente—. ¿Podemos irnos pronto a casa?

Y ahora ya somos una relación disfuncional.

—Deja que lo consulte con todas —le digo. Estoy empezando a preguntarme si cuanta más gente hay en una relación, de menos libertad dispone cada uno de sus miembros.

Hablo con Belle y, por supuesto, quiere quedarse.

Regreso al sofá y lo hablo con Veronika mientras los *swingers* que tenemos al lado se quedan mirando la mesa circular como si fuera el monolito de *2001*. De repente, Anne vuelve suavemente la cabeza hacia mí con una mirada tierna y suplicante y me pide:

—¿Puedo hablar contigo en privado?

Le digo a Veronika que vuelvo enseguida y me voy con Anne hacia la entrada del apartamento. Al principio guarda silencio, como si le diera demasiado miedo hablar, hasta que por fin las palabras salen de golpe.

—No entiendo por qué siempre vas así con todo el mundo —dice Anne alterada; para demostrarlo, me agarra el brazo izquierdo con sorprendente rudeza y lo frota con las manos de forma espasmódica—. En Francia, cuando se hace esto, no se trata de un gesto amistoso. Significa algo más. Así que no lo entiendo —hace una pausa y mueve la cabeza mientras yo intento captar lo que me está diciendo—. En mi país esto no se hace.

Me quedo allí plantado un momento. Cuando empiezo a entender, mi último hálito de esperanza se esfuma: ya está celosa. Piensa que estoy intentando ligar con Veronika y con Belle.

—Todas las personas a las que estoy tocando… ya me he acostado con ellas —le digo—. Igual que tengo una relación contigo, también tengo una relación con ellas. Te lo expliqué antes de que vinieras, ¿no te acuerdas?

Asiente, pero aun así parece disgustada. Decididamente, no es la respuesta que esperaba. Y yo estoy anonadado. Conocí a Veronika en un club de intercambio en el que se estaba tirando a todo el que veía pasar; presumiblemente, Anne sabía adónde había ido y lo que estaba haciendo esa noche; y la primera vez que me acosté con Belle, había otra mujer en la cama con nosotros. A las tres las he conocido en

circunstancias no monógamas y les expliqué con toda claridad que viviríamos con otras dos mujeres en una relación grupal.

Y ahora parece que todas ellas, con la posible excepción de Veronika, me quieren en exclusiva. Tal vez lo que dijo la mujer de Randy en la cena en la que conocí a Nicole resulta que es verdad: la experimentación sexual es divertida hasta que estás con alguien por quien sientes algo.

Son estos malditos sentimientos. Ellos son los culpables. ¿Por qué será que en cuando se instalan en alguien vienen con la propiedad debajo del brazo? Un consejo sobre las relaciones que nos dio Lorraine en la rehabilitación resuena misteriosamente en mi cabeza: «Las expectativas sobrentendidas son rencores premeditados».

Cuando nos reincorporamos a la fiesta, Belle viene corriendo a mi lado.

—Nicole está buenísima —dice—. Llevo toda la noche enrollándome con ella.

Se me cuelga del brazo y me preocupa que Anne lo vea y se moleste.

—No sé si podemos hacer esto delante de Anne —le digo—. Necesita un poco de tiempo para acostumbrarse a todo el toqueteo.

Belle gira en redondo y sale dando pisotones otra vez, agarrando del brazo a James para despecharme. Estoy encerrado en una partida de ajedrez emocional que está muy lejos de la profundidad de alguien que no ha pasado por otra cosa en toda su vida que no sea la monogamia. Si toco a alguien, otro se va a ofender. Pero, si no toco a nadie, algún otro se ofenderá también.

Ya no me siento amante, me siento árbitro.

Parece que aquí la fiesta está a punto de empezar, pero no es una fiesta en la que nosotros podamos participar. Reúno a mis parejas y nos vamos, tratando de averiguar la manera de crear el ambiente familiar del cual me habló Orpheus Black. Cuando Anne se sube al asiento del copiloto sin consensuarlo antes con las demás, que intercambian una mirada de irritación, me consuelo pensando que tal vez, en el fondo, estamos actuando como una familia típica.

Una vez en casa, visito a Veronika en su cuarto y le doy las buenas noches.

—Vuelve —me implora. Le digo que lo intentaré.

Luego visito a Belle.

—Esto no me está dando resultado —se queja—. Quiero tocarte cuando me dé la gana.

—Tenemos que estar unidos como un equipo para hacer que salga bien —le recuerdo.

—Soy una chica y tengo sentimientos —responde—. Y aunque la cabeza me diga que somos un equipo, yo quiero estar solo contigo.

Y luego visito a Anne. Pero cuando me pide que me quede un rato, la miro allí tumbada, ávida de comunicación y de consuelo después de un largo viaje, me rindo. Es justo: ya me he acostado una vez con cada una de las otras. Mientras le quito la ropa, ansío sentir una vez más esas piernas de corredora, los abdominales de nadadora y los pechos de bailarina que oculta bajo esa ropa informe.

Aun así, no puedo pasar la noche con ella, porque eso ofendería a las otras chicas. Cuando le informo de ello al cabo de un rato, Anne me pregunta sencillamente:

—¿Alguna vez has sentido amor verdadero?

Me choca la incongruencia, así que le digo:

—He estado enamorado.

—Pero ¿verdaderamente enamorado?

—¿Qué diferencia hay?

—El amor verdadero ocurre cuando nace una hija. Es ese nivel de amor, y lo sientes constantemente.

—¿O sea, que es sentir eso cada segundo de cada día de tu vida?

—Sí. Estás tan enamorado que no quieres estar con nadie más.

—No lo sé —contesto—. ¿Alguna vez has sentido tú amor verdadero?

—No hasta que te conocí.

Se me hiela la sangre. Pensaba que esta no era más que una simple conversación de almohada. No me puedo creer que se haya encariñado tan rápido. He invitado a venir a una adicta: una yonqui del amor que se conecta en una bruma de fantasía.

—Cuando eres madre y nace tu segundo hijo sigues sintiendo el mismo amor que cuando nació tu primer hijo —le digo; hablo lo más despacio que puedo para que me entienda bien—. No es una señal de amor verdadero si solo quieres sentirlo por una única persona a la que acabas de conocer y que no sabes cómo es en realidad. Eso se parece más a una obsesión.

Se queda en silencio.

—¿Lo entiendes?

—Sí —dice, besándome con ternura—. Lo entiendo.

Eso espero.

Subo las escaleras y registro los armarios en busca de mantas, pero lo único que encuentro es una sábana. La cojo y compruebo si el sofá del salón se convierte en cama. Por desgracia no es así.

Así que echo al suelo los cojines del respaldo para hacer un poco más de espacio, me tumbo en el estrecho sofá y me arropo con la sábana.

Hace frío, estoy encogido e incómodo. Lo único que me da calor es la frustración que siento. Estoy viviendo con tres mujeres con las que tengo una relación, pero paso la noche solo en el sofá. Desde luego, esto es lo último que creí que haría en la casa del padre Yod de mis sueños.



Nada más despertarme, llamo a Pepper, le explico la situación en la que me encuentro y le suplico que me dé algún consejo.

—Estás intentado correr antes de saber andar —responde.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cuánta gente hay en la casa?

—Somos cuatro.

—O sea, que, matemáticamente, son seis relaciones. Ya bastante complicado es que funcione una.

Yo lo había planteado como una sola relación, o tres como mucho. Pero hago el cálculo —la fórmula Gauss del poliamor[3] —y tiene razón.

—Pero aquel tío, el padre Yod —protesto—, tenía catorce esposas y con él resultó… creo.

Caigo en la cuenta de que no sé gran cosa de cómo gestionaba sus relaciones el padre Yod. A decir verdad, nunca llegué a leer el libro que Rick me enseñó. Me limité a mirar las fotos.

—¿Quién es el padre Yod?

—Es como Charles Manson, pero sin los asesinatos.

En realidad eso no es del todo cierto. Recuerdo que más adelante leí en internet que el padre Yod era un experto judoka que mató a dos personas con sus propias manos en defensa propia.

—Lo que te puedo decir es que para sostener la cohabitación se requiere lo que nosotros llamamos *competencias avanzadas* —me explica Pepper—. Pero, hazme caso, puede funcionar. Acabo de estar una semana de vacaciones en Hawái con mi pareja y su novio. Y ha ido como una seda porque los tres hemos pasado muchísimo tiempo juntos.

—Ahora mismo no me imagino que podamos llegar a ese punto.

Supongo que, con los años, uno se puede acostumbrar a cualquier cosa.

—¿Quieres que me pase por allí y hable con ellas?

—¡Por favor!

Cuando llega Pepper, al cabo de una hora, nos reunimos en el salón, desesperados por obrar el milagro. No me atrevo a sentarme en el sofá, por si doy la impresión de estar favoreciendo a quienquiera que se deje caer a mi lado, así que ocupo un sillón. Veronika y Pepper se sientan en las otras sillas, mientras que Belle y Anne comparten el sofá.

Presento a Pepper a las mujeres y le explico lo que sucedió la noche anterior. Él escucha con atención y después responde como si les estuviera diciendo a unos escolares que jueguen todos juntos sin hacerse daño. A diferencia de lo que ocurre en la monogamia, nuestra cultura no ofrece unas pautas para hacer que una relación grupal funcione, no existen unos modelos en los que fijarse y hay pocos amigos, en caso de haberlos, a los que acudir en busca de consejo. Incluso en las películas, cuando las parejas deciden abrir su matrimonio, los resultados suelen ser desastrosos y la moraleja del relato es que es mejor pájaro en mano.

—Allá va vuestra primera lección en cuanto a salir juntos —habla con una voz tan suave y medida que cuesta imaginar que pueda despeinarse ante cualquier problema más leve que un psicópata blandiendo un machete; me pregunto si habrá sido siempre tan sosegado y prudente o si es algo aprendido tras años gestionando relaciones múltiples—. Tenéis que hablar antes de salir y establecer un plan de protocolo para la fiesta. Si alguien se cansa, ¿tiene que coger un taxi para volver a casa solo u os marcháis todos juntos? Y si se da una situación sexual, decidid de antemano si queréis mirar o marcharos o sumaros a la orgía.

Es de cajón, y, sin embargo, nunca se me había ocurrido: la clave del arte de las relaciones grupales es la logística.

—Quiero animaros a que hagáis pequeños registros emocionales entre vosotros constantemente, sabiendo que no os conocéis demasiado. Así podéis empezar a construir juntos un sentimiento de equipo.

Asentimos convencidos. Supongo que fui un ingenuo al pensar que todos estrecharíamos lazos al instante y viviríamos juntos una utopía relacional. He cometido errores en todas las relaciones monógamas que he tenido, pero he aprendido de ellas, con lo cual la siguiente siempre fue mejor que la anterior. Por eso tiene sentido que mi primera relación múltiple no vaya a ser un éxito arrollador.

Para dominar en cualquier disciplina hacen falta experiencia y errores. Esta es mi oportunidad de aprender.

—Quiero añadir algo que es importante —continúa Pepper—. Tú —me señala— eres el pivote. Esta es una situación poliamorosa ampliamente conocida. El pivote es la única persona que tiene una relación con cada pareja, pero precisamente por eso acabas distribuyéndote en un montón de direcciones distintas. Es algo muy incómodo, porque se te autoriza y al mismo tiempo se te desautoriza.

Se vuelve hacia las mujeres.

—De modo que me gustaría recomendaros a todas que intentéis descentralizar un poco a Neil.

Dejo escapar un, espero, imperceptible suspiro de alivio. Antes de venir aquí vi algunos documentales sobre clanes poliamorosos, y muchos de ellos estaban liderados por gente que tenía una necesidad patológica de ser el foco de atención del amor de todos los demás. No parecía que les importara mucho si herían los sentimientos de alguien siempre que el espacio vacío que ellos albergaban en su corazón estuviera siempre lleno. En cambio, yo no le veo ninguna gracia a ser el centro de atención cuando el resultado que arroja son daños colaterales en los sentimientos de otros.

—¿Y cómo le descentralizamos? —le pregunto a Pepper.

—Vosotras tres —señala a las mujeres— deberíais salir por ahí sin él, y empezar a negociar las decisiones que no tengan que pasar primero por él. La parte fácil de la situación es tú y Neil, y tú y Neil y tú y Neil —señala a cada una de ellas por separado—. La parte difícil es la relación entre vosotras. Tengo un dicho: el poli funciona o fracasa en función de la confianza entre metamores.

—¿Qué es un *metamor*? —pregunta Veronika.

—Un *metamor* es la pareja de tu pareja. De forma que, si Neil y yo salimos los dos contigo, entonces Neil sería mi metamor. Y la cosa entre los dos sale bien porque compartimos la parte difícil, pero no lo bueno. De forma que, cuando construyes una relación de confianza entre los metamores, todo encaja y el grupo empieza a funcionar. ¿Le veis el sentido?

Antes estábamos a oscuras. Este pálido gótico es la luz. Es un explorador de las relaciones y traza mapas de los nuevos reinos del espacio interpersonal.

—¿Entonces qué hago si quiero pasar tiempo con Neil a solas? —pregunta Belle—. Cada vez que lo intento me dice que para otra sería una grosería.

—Intenta no pedírselo a él. Pídeselo a Anne y a Veronika. Y si las dos están de acuerdo, entonces podrás hacer lo que quieras con Neil —las comisuras de los labios de Belle se alzan formando una sonrisa que intenta reprimir en vano; Pepper lo advierte y añade sabiamente—: Pero tienes que estar dispuesta a oír un no.

Veronika resopla y descruza las piernas.

—Es tan difícil compartir a alguien —dice—. Sería más sencillo si no hubiera implicados sentimientos tan fuertes. Sin embargo, esta lucha mental por tenerlo siempre estará ahí.

Aunque pueda parecer que tener a tres mujeres atractivas peleándose por mí sea un chute de ego, la realidad es que me destroza los nervios. Parece como si la competitividad hubiera exacerbado cualquier mínimo interés que pudieran tener en mí antes de llegar. Según un número de la revista *O* que leí una vez en la sala de espera de Sheila, los hombres polígamos viven de media nueve años más que los hombres monógamos. Pero yo me pregunto cómo puede estar Oprah en lo cierto. Porque esto no le aporta nada bueno en absoluto a mi presión sanguínea.

Pepper se dirige a mí:

—Lo que tú podrías hacer para ayudarlas a superar eso es consolarlas. He visto a gente pero que muy celosa y a gente con muchos problemas de abandono superar sus movidas en cuanto desaparece el miedo a la pérdida. Un buen grupo no monógamo es como un rebaño de cabras, es decir, se separa y vuelve a juntarse.

Anne abre la boca para decir algo. Sus palabras escapan débiles e inseguras. Todos nos inclinamos un poco para asegurarnos de que las captamos:

—Anoche me sorprendí mucho cuando todos se estaban tocando, me dolió —hace una pausa tan larga que parece un intermedio—. Tengo una vida familiar complicada, así que a lo mejor me pongo más posesiva. Pero ahora comprendo que tenemos que hacer que las cosas funcionen para que esto sea una relación.

Parece que la charla de Pepper está aclarando las cosas para todos. Los metamores están recordando que no han venido aquí a participar en una especie de competición de telerrealidad para adjudicarme una novia, sino a vivir, aprender y crecer juntos en una relación madura.

—Yo os recomendaría que os olvidéis de vuestras aspiraciones y procuréis alcanzar un punto de aceptación en todo —le dice Pepper—. Si la cosa se enrarece, pues que se enrarezca. Si podéis alcanzar todos un nivel elevado de comunicación y aprender el proceso de negociación, y establecer límites y solventar las situaciones incómodas hablando, entonces esto empezará a funcionar mucho mejor para todos.

Antes de que Pepper se marche, los cuatro acordamos celebrar en casa reuniones diarias durante las cuales cada uno de nosotros tendrá un turno de palabra para hablar sin interrupciones, como en los corros del bastón de la palabra del que me burlé en la rehabilitación.

En medio del ambiente de calma y entendimiento que se ha asentado en la casa a raíz de la charla, Veronika prepara bocadillos de ensalada de huevo y nos sentamos alrededor de la mesa, partiendo todos de cero. Luego, con Anne ocupando el asiento delantero del coche sin que surjan incidentes, visitamos Alcatraz. En el tramo que va desde el *ferry* hasta la cárcel de la isla, Belle me coge del brazo izquierdo mientras Anne se me agarra del derecho. Veronika viene detrás, haciendo fotos.

—Me siento como una tercera hija cuya madre no tiene suficientes manos para todas —dice Veronika cuando nos da alcance.

Toma la mano de Anne mientras nos cruzamos con un grupo de universitarios, que levantan el dedo pulgar en señal de aprobación. Por vez primera, estamos conectados por una energía colectiva. Quizá lo único que necesitábamos era dejar de lado nuestras propias expectativas, como nos recomendó Pepper, acostumbrarnos a estar en un lugar nuevo y permitir que la relación siga su curso.

Y entonces ocurre algo inesperado: me sobreviene una poderosa sensación de indignidad. No me parece justo que estas mujeres tengan que compartirme. Todas ellas están en posición de llevarse de calle a cualquiera de esos chicos que no nos quitan los ojos de encima. En cambio, están aquí disputándose retazos de mi afecto, los despojos de un despojo.

Cuando me imaginé viviendo en una despreocupada comuna de amor mientras estaba con Ingrid, pensé que podría abandonarme a la deriva en un dichoso mar de placer, excitación y energía femenina. En cambio, me siento avergonzado por haber manipulado a tres corazones.

Me pasé la infancia anhelando el amor de mi madre y el de mi niñera,

sintiendo que ellas destinaban la mayor parte de su positividad a mi hermano y la negatividad, a mí. De modo que para mí es una experiencia nueva encontrarme en una posición en la que estoy recibiendo tantísimo afecto femenino positivo. Tal vez mi verdadera intención con esta relación a cuatro sea poder romper las barreras y sentir que soy digno de amor… o lo que sea esto.



31

De regreso a casa, en el coche, les digo a las chicas que Nicole y James nos han invitado a una fiesta de juegos liberal que se llama Kinky Salon. Mientras que las fiestas *swinger* suelen estar destinadas a parejas que buscan intercambios, una fiesta de juegos es básicamente cualquier encuentro de sexualidad alternativa en el que la gente se junta para desafiarse. Y Kinky Salon es una de las fiestas más juguetonas que hay: una escena desenfadada y creativa, con mujeres preciosas, modernos disfrazados y sin elementos truculentos.

—¿Os parece bien a todas que vayamos? —pregunto.

—Yo me voy a quedar en casa —dice Anne.

Es lo mismo que dijo en Francia. Y en el fondo me quita un peso de encima. Desde que Pepper habló con nosotros, parece haber dejado a un lado ese aire de adicta al amor y ha aceptado nuestra cuadratura. Y ahora, por fin, somos una bandada de gansos.

Y da la impresión de que Veronika y Belle se llevan bien. En cuanto llegamos a casa, Belle le pregunta:

—¿Me dejarás que te vista? Eres muy guapa y tengo algunas prendas que te van a encantar.

El cumplido suena como un intento sincero de conectar. Y dado que el hecho de que las mujeres se vistan mutuamente es una señal universal de hermandad, las

dejo solas para que estrechen el vínculo. Es posible que lo único que necesitaran fuera tiempo (y la confianza de Pepper) para sentirse cómodas en su mutua compañía, en lugar de sentirse obligadas a ser amigas.

Cuando salen, Veronika lleva un vestido de rayas rosas y blancas con un escote muy profundo y un corsé de cuero negro. Está impresionante, así que Belle se gana el asiento delantero como recompensa por su generosidad. Sigue siendo deplorable, lo sé.

Muy oportunamente, Kinky Salon da una fiesta centrada en el tema del harén. Cuando llegamos con James y Nicole al apartamento, situado en una nave industrial, vemos a hombres con turbante y fumando narguile y a mujeres con velo y sujetador de lamé dorado sentadas en su regazo, tirándoselos, con música árabe sonando de fondo en las habitaciones. En todas las fiestas a las que he asistido hasta ahora, son las mujeres las que parecen controlar cuándo y con quién empieza la acción, pero, cuando el asunto está en marcha, tienden a adoptar un papel sumiso. Por ejemplo, no veo a ningún chico de harén postrado a los pies de una sultana.

El cuarto de atrás es como una versión barata del club de intercambio francés. Está lleno de colchones unidos entre sí, pero, en lugar de estar abierto a todo el mundo, la gente se agrupa en parejas o en tríos.

Cuando nos sentamos a mirar, Belle me susurra:

—¿Por qué no os enrolláis Veronika y tú?

—¿Quieres unirte a nosotros si a ella le parece bien?

—No creo que le guste hasta ese punto. Adelante. Yo te espero después.

—¿Estás segura?

No me puedo creer que esté pasando esto. Es casi un milagro. A decir verdad, estoy al borde de afirmar que es verdaderamente un milagro. Hoy los dioses del poliamor nos sonríen.

—Estoy segura.

Entre el impulso que nos ha dado Pepper y la ausencia de alcohol en su riego sanguíneo, esta noche Belle parece otra persona. La dejo con Nicole y James, luego llevo a Veronika hasta el único hueco que queda libre en la montonera de colchones,

y que está a pocos metros de una mujer ensartada en el regazo de un hombre con un turbante púrpura. Al poco rato, Veronika está encima de mí, montándome hasta alcanzar un orgasmo tras otro, con los labios abiertos en éxtasis, la espalda eléctricamente arqueada, las caderas buscando el ritmo y la presión ideales y, una vez más, los dos gozamos de la trascendencia de la que ya disfrutamos juntos en París.

Cuando nos reunimos con el resto del grupo, Belle se apresura a venir a mi lado y me pregunta:

—¿Puedo pasar esta noche contigo?

—Así que ese era tu plan.

Parece razonable, pero luego pienso: «¿Y qué pasa con Anne?». Miro el teléfono y hay un mensaje suyo: «Necesito y me encantaría pasar la noche contigo».

¿Y ahora qué?

No puedo pasar la noche con Anne porque Belle se molestaría. Y no puedo pasarla con Belle, porque Anne se sentiría dolida. Y no puedo pasarla con Veronika, porque entonces tanto Belle como Anne se enfadarían. Es la paradoja del poliamor. De todas formas, ¿no les dijo Pepper que se suponía que tenían que negociarlo entre ellas y no conmigo?

Le expongo la situación a James en privado y le pregunto qué me recomienda que haga. Niega con la cabeza y tuerce el gesto.

—No existe la respuesta correcta. Yo intenté salir con otra chica, junto con Nicole, y sucedió algo similar. Estas relaciones múltiples son bienvenidas, pero siempre acabas perjudicando a todo el mundo. Es mucho trabajo. Requiere tal cantidad de comunicación que resulta agotador, y siempre hay alguien que se siente excluido.

Me consuela saber que no soy el único que ha tenido este problema, que seguramente habría ocurrido lo mismo con cualquier mujer que hubiera escogido para vivir conmigo, salvo que tuviera una amplia experiencia poliamorosa.

—Me imagino que el intercambio de parejas funciona porque las mujeres con las que te acuestas tienen otras relaciones, por lo que no suponen una amenaza para tu pareja.

—Exacto —dice sonriente—. Es poliamor del suave.

Cuando reunimos a nuestras parejas para marcharnos, James me mira un momento de arriba abajo, como formándose una opinión acerca de si merezco el favor que tiene en mente hacerme. Entonces me rodea con el brazo y murmura:

—Quiero que conozcas a un amigo nuestro que se llama Reid Mihalko. Es el Yoda de las fiestas sexuales. Si hay alguien que pueda ayudar a estas mujeres a soltarse la melena y a ponerse de acuerdo, es él.

De nuevo en el apartamento, hago la ronda. Las arropo a todas, hablo con ellas de sus sentimientos y las ayudo a comprender por qué no puedo quedarme con ellas. A continuación me dispongo a pasar otra incómoda noche en el sofá.

Hoy ha sido un buen día. El mejor hasta ahora. Pero sigo durmiendo en el sofá. No obstante, a diferencia de la noche anterior, esta vez me acuesto con esperanza. Hoy hemos dado un gran paso. Y aunque Reid Mihalko no tenga ni la mitad de la experiencia ni resulte la mitad de útil que Pepper, esta descabellada idea podría incluso llegar a salir bien.



32

A la mañana siguiente, las metamores siguen uno de los consejos de Pepper y se van de aventura sin mí. Nicole las recoge y se las lleva de compras, luego las invita a un almuerzo de lujo. Y, como predijo Pepper, regresan rebosantes de energía positiva y una sorprendente sensación de camaradería. Estoy empezando a ser descentralizado.

Además, vuelven con un cuerpo de más. Se trata de un simpático gigante rubio platino de espalda ancha y cráneo enorme. Viste vaqueros y una camiseta violeta, algo estrecha, que se ajusta sobre su protuberante barriga con las palabras VICIOSO DEL SEXO impresas.

—Te presento a Reid Mihalko —anuncia Nicole.

Reid, me cuenta Nicole, es una de las figuras más destacadas de la escena sexualmente inclusiva de San Francisco. Según sus propias estimaciones, se ha acostado con un millar de hombres y mujeres. E imparte cursos acerca de cualquier cosa, desde el beso hasta el *pegging* (práctica en la que la mujer se pone un arnés con un consolador y penetra al hombre).

—He venido a cumplir una misión —dice—. James me lo ha contado todo.

Habla despacio y en tono desenfadado, con un lado de la boca más levantado que el otro. Es un cruce entre Clark Kent, John Malkovich y alguien que se está recuperando de un infarto leve. Dice que quiere observarnos mientras hacemos el registro emocional y que luego tiene algo importante que comunicarnos.

Ocupamos nuestros asientos en el salón. Como de costumbre, elijo una silla para no correr riesgos.

Por vez primera, todos los registros son positivos. Belle dice que anoche en Kinky Salon tuvo una epifanía, que en las relaciones lo importante es dar, no recibir. Anne explica que su corazón y su mente están empezando a abrirse a esta experiencia. Incluso Veronika ha templado su actitud.

—El ambiente ya no está tan tenso —dice—. Noto que estamos realmente conectados y que ahora podemos aprender los unos de los otros, así que estoy muy contenta. La noche de ayer me gustó muchísimo y me gustaría repetir alguna vez, ¿sí? —se ríe.

Cuando ya hemos terminado, Reid nos pide que inspiremos profundamente y espiremos sonoramente. Me parece algo más propio de Sheila. Entonces, hablando muy lentamente y de forma didáctica, nos dice:

—Aparte de celebrar fiestas de abrazos, que son talleres no sexuales en torno al tacto y el afecto, llevo desde 1999 organizando fiestas de juegos y creando espacios para que personas adultas puedan retozar y explorar su sexualidad. Y esta noche voy a dar una fiesta para una amiga que vive conmigo y que lleva un año sin tener relaciones sexuales. Mi objetivo es que folle. Y hemos invitado a más de treinta personas para que estén por allí jugando, comoquiera que ellos interpreten ese juego.

»Así que he venido para decidir, por un lado, si eso es bueno para vosotros

en calidad de grupo. Y dos, si es una buena idea para mi comunidad. Quiero crear un espacio que inspire mucha seguridad y que sea genuino, porque estoy especializado en ese tipo de dinámica.

Una vez más, estoy en deuda con James y Nicole: mientras que Pepper nos ha ayudado a negociar nuestras fronteras emocionales, Reid, al parecer, ha venido a ayudarnos a negociar las físicas.

Seguidamente Reid nos hace a cada uno de nosotros una serie de preguntas pensadas para que nos abramos a experiencias positivas que nos hemos estado negando a nosotros mismos:

—¿Qué os da miedo pedirles a los demás?

—¿Qué creéis no merecer?

—Si pudierais experimentar algo juntos en los próximos días, ¿qué sería?

Son las preguntas adecuadas y le dan a cada metamor la oportunidad a ser escuchada y a sentirse comprendida, más que juzgada. Enseguida Belle se pone a hablar de tener relaciones con dos hombres y Veronika dice que quiere que la folle una chica con un arnés. Incluso Anne, a su manera, dice querer participar:

—Quiero sentirme libre junto a los demás sin que me duela.

Me imagino que este debe de ser otro dilema femenino más: tener la libertad de seguir los dictados de tu corazón y de tu cuerpo sin sentirte después dolido o avergonzado. Nunca he conocido a un hombre que no quiera poner en práctica sus fantasías en la vida real, en cambio he conocido a muchas mujeres que han dicho que no se sentirían cómodas llevando a la realidad los escenarios que imaginan cuando se masturban.

—¿Y tú qué me dices? —me pregunta Reid—. ¿Cuáles son tus intenciones para los próximos días?

—Lo único que quiero es que nos riamos mucho los cuatro, que disfrutemos de los días que pasemos juntos y que después durmamos todos juntos cómodamente en la misma cama.

—¿Puedes ser más preciso? ¿Hay algo en concreto que te gustaría que sucediera en esa cama?

—¿Sabes? Ni siquiera me importa. Es lo que espero para nosotros. Probablemente ahora más, que duermo todas las noches en el sofá.

—Gracias.

Nos mira a todos a los ojos con gratitud. No resulta fácil saber si de verdad está conectando o si está reproduciendo un gesto ensayado. Pero sea como fuere, funciona.

—Lo que os invito a hacer a todos es que paséis más tiempo preguntándoos qué queréis para vosotros mismos en vez de preguntar a todos los demás qué quieren ellos —concluye—. Actuando con egoísmo aceleraréis vuestro crecimiento. De manera que imaginad que las personas a las que estáis mirando en realidad pueden cuidar de sí mismas. Y si os preguntáis qué es lo que queréis y confiáis firmemente en que la otra persona dirá sí o no con convicción, eso hará que sea todo muy interesante.

La vida es una aptitud aprendida, pero, en lugar de enseñarla, nuestra cultura prefiere atiborrar las mentes en su fase de desarrollo con fórmulas matemáticas y capitales de países; hasta que, al finalizar ese período obligado de cautiverio que hiperbólicamente llamamos escuela, nos lanzan al mundo sabiendo muy poco de él. Y claro, abandonados a nuestra suerte en la aventura de descubrir aquello que es más importante en la vida, nos pasamos años cometiendo errores, hasta el día en que, una vez aprendido lo suficiente, gracias a los tumbos que hemos ido dando, como para considerarnos seres humanos efectivos, nos llega la hora de la muerte.

Dicho de otro modo, si no me hubiera tropezado con maestros como Pepper y Reid, que al menos han destacado en una faceta en este breve peregrinaje hacia la tumba, habría abandonado esta cuadra y la posibilidad de que algún día llegara a funcionar. No obstante, ahora me doy cuenta de cuál es mi parte de responsabilidad en los problemas que hemos tenido hasta ahora. Como me suele suceder, he querido complacer a todo el mundo sacrificando mis propias necesidades. Y no lo dejé con Ingrid para esto. De hecho, al pretender tener en cuenta a todas, he acabado por no tener en cuenta a nadie.

Miro a Nicole y ella asiente como si me estuviera leyendo el pensamiento. Reid inhala profundamente y exhala con entusiasmo. No es tanto un suspiro como una exhibición.

—Si os invitara a asistir a la fiesta de juegos, que levante la mano quien querría

venir.

Todos levantamos la mano. Incluso Anne, siempre tan dócil.



33

Cuando salimos hacia la casa de Reid, en Oakland, varias horas más tarde, Anne se sube al puesto de la reina del coche, como si fuera suyo por derecho propio. Tomo nota mentalmente de que tengo que hablar con ella de este tema en la próxima reunión doméstica. Luego vamos a recoger a Nicole, que había vuelto a su apartamento para ducharse y cambiarse de ropa.

—¿No viene James? —le pregunto cuando se cuela en el asiento de atrás, vestida con una blusa negra de seda y una falda ajustada verde.

—No, tiene trabajo —dice.

Mi cuadra se ha convertido en una estrella de cinco puntas.

—Vamos a dejar claro el protocolo para la fiesta —propongo, siguiendo el consejo de Pepper.

El coche avanza cansinamente entre el tráfico habitual de San Francisco, así que disponemos de tiempo de sobra para negociar.

Nicole toma la palabra primero:

—Yo solo puedo mirar, porque James y yo tenemos la norma de que solo jugamos juntos.

Se ve que su relación se ha vuelto más restrictiva desde que ella quebrantó las reglas en el cuarto de la lavadora. La confianza es una cadena que se va alargando cuanto menos tiras de ella.

—Por mí —dice Veronika—, que cada uno haga lo que quiera. No me importa.

—Lo mismo digo —añade Belle—. Siempre que Neil no se líe con nadie delante de mí.

Cuando conocí a Belle, tuve relaciones con otra mujer delante de ella y no le importó. Pero eso fue cuando ella creía que no volvería a verme nunca más. De acuerdo con la teoría de la evolución, se supone que es el hombre el que está programado para disgustarse más cuando una mujer mantiene relaciones sexuales con otra persona, porque sus genes no se transmitirán si cría hijos que no sean suyos; supuestamente, las mujeres han evolucionado de tal forma que se molestan más cuando un hombre tiene una aventura sentimental con otra persona, debido al miedo a perder su respaldo y protección. Por supuesto, en la actualidad contamos con pruebas de ADN e independencia económica, con lo cual es la evolución la que tiene que ponerse al día.

—Vosotras también podéis hacer todo lo que queráis —les digo.

La única que no ha expresado su parecer es Anne, que va vestida con unos pantalones de poliéster, zapatos negros planos, una rígida camisa de botones y un gigantesco chal azul marino. Está tan poco sexi que resulta agresiva.

—¿Cuáles son tus límites para esta noche? —le repito la pregunta.

Ella mira por la ventanilla un minuto, como si no me oyera, y luego, sin volverse, responde:

—No me siento cómoda.

—¿No te sientes cómoda con qué?

Habla tan bajo que las metamores del asiento trasero se incorporan para poder oír algo.

—Con que tengas relaciones.

Tardo unos segundos en asimilar lo dicho. Entonces me cae encima como un puño.

—¿Con Belle y con Veronika o con otras?

Hoy todo parecía estar saliendo bien.

—Con nadie.

¡Por Dios bendito! En la reunión de esta tarde en casa te hemos dicho adónde íbamos a ir y qué íbamos a hacer allí. Has levantado la mano y has dicho que querías ir. ¿Y ahora me cambias las normas?

Eso es lo que me gustaría decirle.

Sin embargo, procuro no reaccionar. Donde hay reactividad, hay una herida. Se ve que en la terapia para la adicción al sexo tenían razón en todo, salvo en la parte del sexo.

Recorro mi mente en busca de la respuesta correcta. Intento seguir el consejo de Reid: ser egoísta para acelerar mi crecimiento y ver a Anne como una persona adulta que puede cuidarse sola. Mi objetivo en esto es ser honesto. Permitir la incomodidad. Comunicarme abiertamente. Tiene que estar preparada para aceptar un no.

—No puedo prometerte lo que va o no va a pasar esta noche —le digo—. A lo mejor me quedo allí tumbado mirando a la gente sin hacer nada, o a lo mejor me lío con todo el mundo. No tengo ni idea.

Anne no responde.

—¿Sigues queriendo ir aunque pase eso?

Silencio. Tal vez esté recorriendo su mente en busca de la respuesta correcta.

O tal vez se esté encerrando.

Murmura algo.

—¿Cómo?

Murmullo.

—¿No podrías decirlo más alto? —me estoy esforzando por seguir en modo adulto funcional.

Al final oigo:

—Si eso ocurre, entonces quiero irme a casa.

—¿A la casa?

—A Francia.

Pensaba que los franceses eran de mentalidad abierta, liberales y tolerantes con las aventuras. Creía que Anne sabía lo que sucedía cuando frecuentaba esos clubes. Está claro que tengo que dejar de dar por hecho que las cosas son de determinada manera.

—¿Te sentirías más cómoda si la cosa se redujera a besos y arrumacos?

—No —dice.

En el coche el ambiente se va apagando a medida que nuestras respectivas fantasías para esa noche se estrellan como una bandada de gansos contra un ventanal. Esto supera el peor de los escenarios previstos para nuestra relación grupal de amor libre: ¿ahora resulta que ni siquiera puedo cogerle la mano a nadie en una puta orgía?

El enojo se deja entrever en mi voz:

—Antes de que vinieras te dije que viviríamos con otras dos amigas y que acudiríamos a fiestas sexuales como aquella a la que fui en París. Así que tienes que entender que no puedo fingir que estoy solo contigo.

Vuelve a callar.

Miro a Nicole implorando su ayuda con un gesto de angustia en los ojos.

—Hay mucha gente que no considera natural tener que pasar toda su vida con una sola persona —le explica Nicole con paciencia—. Creen que ninguna persona debería controlar ni ser dueño de su sexualidad, y que el hecho de que tengan relaciones sexuales con otra persona no cambia los sentimientos que tengan por su pareja. Es gente de esa clase la que va a haber en esta fiesta.

Anne no reacciona, de modo que Nicole prosigue.

—Piénsalo de esta forma: cuando la gente tiene amigos, la relación que tiene con cada uno de ellos es distinta. Incluso cuando tienes un amigo muy íntimo, eso no significa que no puedas tener otros amigos. Y así es como ve las relaciones sexuales la gente que va a venir a esta fiesta.

Después de un silencio largo y embarazoso, durante el cual parece haber tomado algún tipo de decisión, Anne se vuelve de cara a mí.

—En París conectamos a este nivel —se lleva la mano a la cabeza, al corazón y la entrepierna—, pero esta vez mis sentimientos hacia ti son distintos. Mi cuerpo y mi mente están cambiando.

No alcanzo a comprender lo que quiere decirme, pero suena como si estuviera cortando conmigo a su manera, cosa que es un alivio.

—Yo me siento igual —le digo—. Eres una bellísima persona por dentro y por fuera. Pero somos muy distintos y deseamos cosas distintas. Así que quizá sea mejor que seamos solo amigos.

Cuando digo esto, se viene abajo. Es evidente que la he malinterpretado.

—¿Qué ocurre? —le pregunto.

—He dicho que mis sentimientos hacia ti han cambiado.

—Lo sé.

—Ahora son más fuertes.

Ahora es cuando yo me vengo abajo.



—En la fiesta de anoche renuncié al sexo y hoy me toca —se desahoga Belle cuando vamos llegando al apartamento de Reid—. Estoy cansada de que todo el mundo sea tan —busca la palabra— cortarrollos.

Es mi oportunidad para dejar de atender las necesidades de todo el mundo y concentrarme en las mías. Anne y yo nunca acordamos que fuéramos a ser exclusivos. El trato era que tendríamos una relación de grupo. De forma que es ella la que está incumpliendo las normas. Por primera vez voy a hacer exactamente lo que les dije a los chicos en rehabilitación que deberíamos hacer: educar a una pareja para que acepte una relación según nuestras condiciones, y no que nosotros aceptemos las suyas. Y lo más importante, hacerlo de forma honesta.

—Lo que yo propongo es lo siguiente —le digo a Anne—. Va a haber un círculo de bienvenida en el que todo el mundo hablará sobre cuáles son sus expectativas con respecto a la fiesta. Propongo que salgas de la habitación después de la bienvenida. Si más tarde quieres saber si he hecho algo, podrás preguntármelo y te contaré la verdad.

Mueve la cabeza en un sentido que parece afirmativo. Es obvio que sigue sin estar completamente a gusto, pero es ella la que tiene que lidiar con sus propias emociones, no yo. Aquí no me puedo desordenar.

Entramos al apartamento de Reid. Es una gran sala cuadrada con un escenario en la parte delantera, una enorme alfombra en el medio, un balcón que recorre tres de las paredes y una concurrencia que se podría definir como pansexual: hombres heterosexuales, hombres gay, hombres bi, mujeres bi, lesbianas *butch*, lesbianas *lipstick* y probablemente ninguna mujer heterosexual, a excepción de Anne, tal vez.

Nos acomodamos en un rincón, cerca de un hombre que se presenta como el conserje del edificio de Reid. Ha venido con una mujer a la que describe como su «novia más lesbiana» y su amante femenina. Solo en el Área de la Bahía podría suceder que el tío de mantenimiento sea además poliamoroso y participe en fiestas sexuales. Ahora entiendo por qué Nicole me animó a alquilar una casa aquí. Estamos en un territorio libre en el que la batalla por la revolución sexual ya se ha librado y se ha ganado.

Mientras Nicole le escribe afanosamente un mensaje a James, Reid dirige el círculo de bienvenida. Primero nos da una charla sobre sexo seguro, luego sobre cómo pedir permiso para tocar a alguien y, por último, sobre cómo sentirse cómodo a la hora de decir no. Nos pide que practiquemos el siguiente diálogo con la persona

que tenemos al lado:

PARTICIPANTE NÚMERO 1: ¿Puedo hacerte

PARTICIPANTE NÚMERO 2: No.

PARTICIPANTE NÚMERO 1: Gracias por cuidar de ti mismo.

A priori, nadie nace siendo una eminencia. Se tarda, según reza la teoría, diez mil horas de experiencia en dominar algo. Y está claro que Reid ha dedicado sus diez mil horas a las orgías. Cuando termina la charla (que sirve como preliminar, al igual que la adoración a la deidad lo era en el caso de la *puyá*), todo el mundo se encuentra a gusto, seguro y preparado para liberar a su libido del corsé con el que la sociedad la ha constreñido. Todos excepto Anne, por supuesto, y Nicole.

—¿Sabes a qué hora nos vamos? —pregunta Nicole.

—Pues no sé. Acabamos de llegar.

—Porque si vamos a quedarnos más de una hora, le digo a James que venga a recogerme.

No me entra en la cabeza para qué ha venido hasta aquí con nosotros si pensaba volverse a casa enseguida.

—Dudo de que sea más de una hora, pero no estoy seguro. Ni siquiera sé lo que va a pasar aquí —me estoy empezando a agobiar—. Pero ¡joder!, ¿qué más da?

—A James le pone nervioso que esté aquí.

—¿Y por qué has venido entonces?

—Me dijo que le parecía bien, siempre que no jugara con nadie.

—Pues no juegues con nadie.

—Ya lo sé, pero le molesta porque se siente desplazado. Solo quiero irme pronto a casa, ¿de acuerdo?

Hasta este momento no ha habido ninguna relación alternativa de las que he podido observar de cerca que aparentemente sea libre, íntima y sana. En el mundo

de la adicción al sexo quieren que controlemos nuestro cuerpo para que conectemos con el corazón; en este mundo quieren que controlemos nuestro corazón para que podamos conectar con el cuerpo. Pero pensar que podemos tenerlo todo —la intimidad más profunda y la lujuria más desatada— es como esperar que el ser humano sea perfecto, una quimera. Lo único que cabe es hacer un esfuerzo para llegar a acercarte lo máximo posible a lo imposible.

Después de indicarles a los presentes que respiren profundamente, Reid concluye el círculo de bienvenida preguntando a sus invitados qué experiencias quieren tener durante la fiesta de juegos.

—Yo quiero mirar cómo lo hace la pareja que tengo al lado.

—Yo quiero enrollarme durante siete minutos con cada una de las mujeres que han venido.

—Yo quiero que una mujer utilice un arnés conmigo.

—Yo quiero hacerle una mamada a mi novio junto con otro chico.

Anne está a mi lado, muy quieta. Más que cogerme de la mano, la tiene aferrada como si le fuera la vida en ello.

—¿Quieres irte? —le pregunto cuando acaba el círculo de bienvenida.

Silencio.

Una mujer que hay delante de nosotros le quita a su novia la camisa y hunde la cara en sus pechos. Un chico que tenemos detrás se quita los pantalones. Lleva unos calzoncillos negros ajustados y calcetines hasta la rodilla. Sobre la psique de Anne se cierne una avalancha.

—Me parece que deberías irte ahora mismo —le advierto.

Dos mujeres que están con el hombre de los calcetines hasta la rodilla empiezan a quitarse la ropa. Se está formando una orgía.

Llamo a Reid a un aparte. Él es el Yoda de las orgías. Sabrá qué hacer.

—Siempre tienes que quedarte con la persona que sienta el mayor grado de incomodidad —me aconseja—. De modo que si tienes que sentarte aquí a mirar sin

más, pues eso es lo que tendrás que hacer.

Me desconcierta la recomendación. Parece que sea exactamente lo contrario de lo que ha dicho en la casa esta tarde sobre ser egoísta. Quizá es que no ha entendido la situación.

—Pero lo que no es justo es que no quiera que nadie me toque ni me coja de la mano siquiera, y, sin embargo, sí que quiera hacer esas cosas conmigo —hablo como si estuviera en la guardería—. Y ella sabía que veníamos aquí a tener una relación de grupo.

—En ese caso, tendrá que comprender que no estás con ella en exclusiva y que tienes que cuidar de tus cosas, igual que ella tiene que cuidar de las suyas.

Lo ha vuelto a hacer, un giro de 180 grados. Ahora no tengo ni idea de lo que está bien o mal. Mi brújula moral ha perdido el norte. Tengo que buscar la respuesta en mi interior. Mi adulto funcional me dice que debería tragar y no hacer nada, para no dañar a esta flor marchita. Pero mi niño interior quiere jugar. Está harto de tener que contenerse por culpa de las emociones de las personas que tiene alrededor.

Contemplo con envidia cómo el tipo de los calcetines hasta la rodilla disfruta de su trío. Los cuerpos, las manos y las lenguas se deslizan hábilmente entre sus cuerpos en una miríada de posiciones cambiantes, todas ellas naturales, fluidas, creativas. Este es el panorama que esperaba encontrarme cuando monté aquí la casa. En este caso, es evidente que las mujeres están más pendientes la una de la otra que de él; y tal vez sea por eso por lo que le está saliendo tan bien.

Al mismo tiempo, Anne sigue desesperadamente agarrada a mí, como si yo fuera una señal de *stop* que pusiera coto a la diversión. Belle me está susurrando obscenidades al oído. Nicole me está preguntando que cuándo nos vamos. Y Veronika está sentada en una silla, no sé si enfurruñada o comportándose como es ella.

Me siento como si llevara puesto un traje de pinchos: con cualquier movimiento que haga, alguien va a salir malparado.

Es la hora de la verdad poliamorosa: tengo que comportarme como un hombre y tomar el mando. Tengo que ser Orpheus Black. Tengo que canalizar a Kamala Devi. Tengo que inculcarles al padre Yod. Mi problema durante todo este tiempo ha sido que he intentado dirigir esto por consenso. Y todas las relaciones grupales grandes de las que he sido testigo o de las que me han hablado estaban

dirigidas, como dijo Kamala, por un dictador benevolente. Estas chicas están buscando un papi, por lo tanto, por muy despreciable que pueda sonar esa dinámica, tal vez haya llegado el momento de dar un paso al frente y ser ese papi. No el padre que te abandona ni el padre que te desorganiza, sino el padre funcional que sabe lo que hay que hacer. Y lo que no hay que hacer es permitir que Anne viole el acuerdo pactado y los derechos de las demás mujeres del grupo para tener una relación exclusiva conmigo.

—Nicole, lleva a Anne al coche —le digo.

—Pueden esperar en mi apartamento, si quieren —se ofrece el conserje del edificio.

—¿Cuánto tiempo crees que vais a estar? —me pregunta Nicole mientras el hombre se abrocha los pantalones para acompañarlas.

—Lo que dure —le digo.

Veronika sigue en la silla. Su turno fue anoche. Hay que ser justos. Una vez hablé con Barbara Williamson, cofundadora de Sandstone Retreat, una de las mecas del ambiente liberal más famosas de los años setenta, y me dijo que ella entró en contacto con el ambiente poco después de su boda, cuando su marido se tiró a una mujer delante de ella. Pese a que fue duro en aquel momento, más tarde vio que aquello no afectaba a su relación en modo alguno, se dio cuenta de que no era para tanto. A lo mejor tendría que haberme acostado con cada una de estas mujeres delante de las demás el primer día, cuando llegó Anne, para que todas superasen esos sentimientos de dolor y de posesividad.

Tomo a Belle de la mano y deambulamos por la orgía, empapándonos del espectáculo. A diferencia de las fiestas que he frecuentado hasta ahora, aquí ni siquiera se han atenuado las luces. No cabe la timidez. Y a pesar de que las parejas se parecen más a las de la convención de poliamor, la escena es tan bella como la de Bliss. En ese punto es cuando entiendo que no es la belleza física lo que hace que estas fiestas sean bonitas o feas, sino sus intenciones, honestas y abiertas. Es la hipocresía la que es fea.

Arriba hay una máquina de follar. (No se trata de un tipo que es una máquina follando, sino *una* máquina que folla, un consolador accionado por un motor de pistones). Una chica asiática se tumba delante y una *hippy* grandullona, a la que reconozco de la convención de poliamor, la pone en marcha; a continuación, se pone

a masajearle los pechos a la chica mientras esta disfruta del electropolvo.

No muy lejos, una pareja va rodando por la sala mientras folla, convertida en una gran bola, con estribos y riendas. El apartamento de Reid es un parque de atracciones para adultos salidos. Y con todo lo divertido que puede llegar a ser, resulta difícil concentrarse. Cuantas más vueltas damos, más culpables nos sentimos por Anne y Nicole. Aunque hayan sido ellas las que han renegado del plan, no por ello deja de ser una falta de consideración por mi parte el haberlas desterrado, actuando como una especie de déspota orgiástico. La gente tiene derecho a cambiar de parecer.

Una mujer morena se agarra a Belle y le pide permiso para besarla. Empiezan a enrollarse, pero, en cuanto me caliento, Belle se aparta y le dice:

—¿Dónde está tu novio? Deberías ir a buscarlo.

Me quiere para ella sola incluso en mitad de una orgía.

Belle me arrastra hasta un sitio desocupado al lado del balcón. A cinco metros de allí, Reid se está tirando a una roquera *indie* muy mona.

Belle y yo empezamos a montárnoslo mientras la acaricio hasta que está toda mojada. Entonces me desabotona los pantalones y empieza a chupármela. Cuando se me ha puesto dura, se levanta, se aparta de mí y se sujeta a la barandilla del balcón del apartamento con el culo al aire. Mientras me pongo un condón, la cabeza se me va otra vez con Anne. Me preocupa que esté pasando un mal rato en casa del portero, que me imagine en medio de la orgía. A su lado, Nicole estará seguramente al teléfono, estresada, aguantando los gritos de James por haberse quedado aquí sin estar él. Y me siento como una capullo egoísta. No me puedo creer que de verdad las haya echado del apartamento de Reid solo para que no me distraigan de la diversión. Anoche, Veronika y yo teníamos permiso. Esta noche, Belle y yo, no.

Reparo en una pareja que nos está mirando. Parece como si hasta la gente que hay abajo nos esté observando. Es como si nos estuvieran juzgando con la mirada, acusándonos de violar el protocolo poliamoroso.

La silla que ocupaba Veronika está vacía. La busco por la estancia, pero no la veo. De modo que o bien ha decidido participar o también se ha cabreado y se ha marchado del apartamento. Me siento emocionalmente destripado y descuartizado.

Cierro los ojos, inhalo profundamente y procuro concentrarme en la parte

corporal suave, pálida y voluptuosa que tengo ante mí. La clavo una vez y la imagino penetrando el corazón de Anne como una daga. La clavo una segunda vez y su corazón se rompe. La clavo una vez más y no queda nada de ella, solo una cáscara vacía. La clavo a medias y pienso que si alguna vez Anne prueba con la técnica de la silla vacía, esto figurará en su lista de traumas.

No puedo seguir.

La saco y está completamente blanda. Me tambaleo hacia atrás hasta caer en una silla de escritorio y Belle me practica maniobras de reanimación genital. Pero está muerta.

—Me siento demasiado culpable —le digo.

Al principio no dice nada. Su semblante ya dice bastante. No es enfado ni tristeza. Es la cara de una niña refunfuñando, queriendo decir: «No es justo».

En un súbito arrebato de lucidez, veo la verdad: he tomado una mala decisión. Cuando Reid habló de ser egoísta, no me estaba dando permiso para herir los sentimientos de alguien. Me estaba dando permiso para pedir lo que yo quería. Y no era Anne la que tenía que sentirse incómoda ante un no, éramos Belle y yo, porque la persona con menor grado de comodidad en una relación es la que ha de establecer los límites, aunque cambie las normas constantemente y cierre las cortinas para no ver lo que está sucediendo realmente. Anne oyó lo que quería oír para poder estar aquí, en San Francisco, conmigo. De la misma forma que yo oí lo que quería oír para poder tener mi harén de amor libre.

No soy mejor que ella. Quizá seamos tal para cual.

Así que me quedo allí, rodeado de placer, descendiendo por una gigantesca espiral de vergüenza.

La culpa tiene que ver con lo que haces con el capullo. La vergüenza tiene que ver con ser un capullo.

—Vámonos de aquí —gruño derrotado.

—¡Vale! —Belle me sigue de mala gana.

Cuando llegamos abajo del todo, Nicole viene corriendo a nuestro encuentro presa del pánico.

—¡Te estaba buscando! Todo el mundo está disgustadísimo.

—¿Todo el mundo o Anne?

—Todo el mundo. Y Anne está sufriendo mucho.

—Eso es lo que me temía.

Ser egoísta y tener conciencia no casan muy bien. Es como tener una pistola con balas que, independientemente de en qué dirección las dispares, siempre acaban dándote en la cabeza.

—Tendría que haber dejado que James viniera a buscarme —me suelta Nicole metiéndonos prisa para salir—. Está histérico.

Al salir del apartamento de Reid vemos a Veronika en el pasillo, aproximándose a toda velocidad. Me mira fijamente y enseguida se da la vuelta asqueada.

—Pensaba que yo era dura —me dice con amargura—. Pero es que tú no tienes corazón.

Sus palabras me sumergen aún más en mi espiral de vergüenza. Cuando me ocupo de cuidar a todos los miembros de la relación, soy un desgraciado. Cuando me ocupo de cuidar de mí mismo, sigo siendo un desgraciado. No veo la forma de hacer que esto funcione.

Esta es la peor orgía de mi vida.

Y a lo mejor ese es el problema: no debería llevarme a rastras a mi cuadra por las fiestas de juegos. Eso es exactamente lo que haría un adicto al sexo. Estoy convencido de que el padre Yod no necesitaba llevarse a sus esposas a fiestas sexuales. En casa ya disponían de todo lo necesario. Por mucho que quiera llevar este asunto hasta sus últimas consecuencias, la idea es comprometerse con una relación más abierta, no satisfacer todos y cada uno de nuestros impulsos carnales. Antes de eso, como mínimo habrá que sentar una base para el cariño, la comprensión y la confianza.

La impaciencia es la enemiga de la intimidad.

Belle y yo vamos con Nicole y Veronika hasta el apartamento del portero

como si fuéramos presidiarios entrando a una sala de vistas.

—¿Yo también tengo que entrar? —pregunta Belle cuando nos vamos acercando.

—Sí, tú también. Aunque será mejor que entres antes que yo, si aparecemos juntos será como si se lo estuviéramos restregando.

Una vez Rick me hizo una crítica: te creas la imagen de que eres buena persona por oposición a ser realmente buena persona.

Espero fuera unos segundos más y luego entro. Lo primero que veo es a Anne sentada en el suelo, bien arrebujada en su chal. Ofrece la imagen de una de esas niñas a las que la policía acaba de sacar de debajo de la cama después de haber presenciado el brutal asesinato de sus padres.

Me disculpo con ella y no dice nada.

De camino hacia el coche, Belle se adelanta a toda pastilla para asignarse el asiento del copiloto.

—Venga ya —le digo exasperado mostrando demasiada poca consideración demasiado tarde—. Ten un poco de respeto y deja que Anne se siente delante.

El puñetero asiento del copiloto de los cojones. Está claro que el automóvil moderno fue diseñado por un monógamo.

Se ha hecho de noche, pero dentro del coche, de regreso a San Francisco, los ánimos están aún más sombríos. Pepper dijo que el objetivo era descentralizarme, y en este momento sí que siento que he perdido mi centralidad. No tengo ni idea de qué decir ni de cómo manejar esto.

—¿Alguien quiere hacer un registro? —pregunto débilmente.

Nadie dice una palabra. Ni siquiera Nicole.

—Entonces empiezo yo —hablo en medio del silencio—. Para resumir, hoy he tomado una mala decisión y…

—¿Has tomado una mala decisión? —espeta Belle—. ¿Por qué?

Mierda, ahora la he vuelto a liar. Belle piensa que digo que he cometido un error por haber elegido estar con ella.

—A lo mejor no había ninguna decisión buena —continúo—. Nos las hemos arreglado para sobrevivir a esta semana asegurándonos de que todo el mundo estaba a gusto, aunque eso se tradujera en que algunos no hayamos podido hacer lo que queríamos hacer. Pero, en la casa, Reid nos dijo que deberíamos ser egoístas, que si cuidas de ti mismo, los demás también cuidarán de sí mismos.

Ahora estoy hablando sin sentido, poniendo excusas.

—A lo mejor tendría que haber seguido actuando según mi propia intuición, pero él parecía tan seguro de lo que decía… y me ha despistado.

—Quizá deberías pensar las cosas tú solo en lugar de hacer lo que te dicen los demás —interviene Veronika, glacial.

Tiene toda la razón del mundo. Aunque lo diga con mala intención. Estoy perdiendo el control: ya bastante duro es hacerle daño a una persona en una relación monógama, pero hoy he hecho sufrir a cuatro personas. El poliamor no consiste en tener espacio en el corazón para más amor, también consiste en tener hueco para más dolor y más culpa. Si el amor duele, entonces el poliamor mata.

—Creo que esto no funciona si no podemos respetar a los demás, y yo hoy he violado esa máxima. He cruzado una línea —parezco un asesino intentando que la familia de su víctima se apiade de él—. Lo siento, Anne, y lo siento, Belle. Os pido perdón a todas. Ese es mi registro emocional.

Dejo escapar un profundo suspiro.

—Siento lo mismo —dice Belle—. Ese es mi registro.

—Veronika, ¿hay algo que nos quieras decir? —pregunto, recordando que en ocasiones anteriores la comunicación ha sido nuestra salvación.

—No.

Su voz suena plana y desapasionada. Ni siquiera la comunicación puede ayudarnos en este momento.

—¿Anne?

Silencio.

La única mujer del coche que sigue hablando conmigo es la voz del GPS, que habla por todos cuando dice «recalculando».

—Se acabaron las fiestas sexuales, ¿de acuerdo? Ni siquiera me importa que no volvamos a acostarnos juntos. ¿Qué os parece si dedicamos el resto del tiempo a intentar conocernos mejor? —pregunto.

Nadie responde. Anne mira en silencio por la ventanilla del copiloto, sin registrar emoción alguna, en una línea plana carente de actividad, la viva imagen de la misteriosa novena emoción que identificaba Henry en la rehabilitación: la sensación de estar muerto.

En ese momento la odio. La odio por no decir nada. La odio por sufrir en silencio, igual que mi madre. La odio por no escuchar ni una sola palabra de lo que dijimos en la reunión anterior en la casa, o por escuchar algo que dije cuando la invité a venirse a vivir con nosotros. La odio por hacerse unas ilusiones completamente irracionales respecto a mí. La odio por no tener en cuenta mis sentimientos en todo este asunto. La odio por haberse sentido dolida cuando, por una vez, yo estaba intentando ocuparme de mis propias necesidades. La odio por amarme, por querer poseerme, por personificar todo aquello de lo que estoy tratando de huir.

Y, por encima de todo, la odio porque me siento culpable. He hecho pedazos su ya de por sí frágil corazón.

35

Fragmentos del diario de Belle

Esta experiencia ha sido, por decirlo suavemente, una montaña rusa emocional. Cuando llegué, me sentí como si fuera la primera vez en mi vida que era

libre de ser yo, lejos del criterio y de la potencial decepción de mi familia.

Así que la segunda noche, cuando le dije a Neil que a mí esto no me funcionaba, sentí una mezcla de cosas. Sentí que lo estaba decepcionando a él y que no estaba contribuyendo en el sentido que él esperaba de mí, y me daba la impresión de que ni él ni las otras chicas me querían aquí. Además, estaba hecha un puto lío porque a cada persona se le aplicaban normas distintas, y yo flipaba y pensaba: ¿por qué puede besar a otras delante de mí pero no viceversa? Me decepcionaba no poder hacer lo que me diera la gana con él (follármelo hasta perder el sentido). Al fin y al cabo, a eso he venido.

Luego ha sido todo el drama de Anne, esta noche. Podría entender de dónde viene, pero ¡es frustrante! Se notaba que sentía algo muy profundo por Neil. Pero entonces ¿por qué se ha puesto en esta situación?

Después de la conversación que hemos tenido con Reid, Nicole y yo hemos intentado disuadir a Anne de venir a la fiesta de juegos. Le hemos dicho que si venía, lo pasaría mal. Voy a dar por hecho que habrá pensado: si accedo y lo hago, Neil estará contento conmigo y obtendré lo que yo quiero de esta situación. Básicamente ha decidido pasar un mal rato y contravenir todo aquello en lo que ella cree para quedarse con el tío.

Todo este panorama me tiene la cabeza loca, la verdad: ¿cómo es que siente lo que siente por Neil y cómo demonios él no lo ha visto venir?

La cosa ha acabado saltando por los aires y me he alegrado de marcharme de allí, aunque de mala gana, en cierto modo. Se notaba que él no estaba por la labor y yo he estado de acuerdo. Nunca había necesitado que le ayudara a empalmarse. Al principio he pensado que era por estar rodeado de gente. Luego ya se ha visto claro: estaba haciendo algo que no estaba disfrutando o que no quería hacer, y me parece bien.

Admito que después yo no quería entrar en la habitación donde estaba Anne. Por Dios, no había nada que me pareciera más desmoralizador y jodido emocionalmente que entrar en esa habitación. Pero él me lo ha suplicado, así que he entrado. Y sí, he puesto una sonrisa de lo más falso. Me sentía violenta, como si fuera una abusona. Era la mala, y eso es algo que no tiene nada que ver con mi naturaleza. Yo no me salgo de mi camino para humillar a la gente ni soy egoísta, y hoy lo he sido. Me he sentido muy muy rastrera, sobre todo en el coche de vuelta a casa. Cuando nadie hablaba y percibía la ira que sentían; ha sido un momento de «joder,

qué mierda».

Después, en la casa, Anne ha venido a hablar conmigo. Yo no quería hablar con ella. Me sentía incómoda y me parecía que le había hecho daño a sabiendas e intencionadamente. Ella solo quería seguir hablando y yo, como me sentía culpable, la he escuchado y me he quedado allí con ella. Me ha hablado de que su primer novio la violó y le he preguntado si Neil lo sabe. Me ha contestado que no. Le he dicho que Neil no la habría puesto en esa tesitura de haberlo sabido y que tenía que buscar ayuda profesional, y que, obviamente, ocultarlo y hacer como si nunca hubiera pasado no iba hacerle ningún favor.

Por mi parte, estoy molesta porque no he conseguido lo que quería sacar de todo esto: echarle un buen polvo. Pero he obtenido otras cosas y también ahora me veo desde otro punto de vista. Y he aprendido que el sexo ocupa una parte enorme de mi ser, muy probablemente sea una adicción. Y me hace hacer cosas o actuar de determinada forma para conseguirlo. Tengo que trabajar para bajarlo del pedestal y no permitir que sea algo todopoderoso y absorbente, ya que creo que es insano tenerlo ahí.

No deseo no haber venido y supongo que no me quiero marchar. Solo estoy intentando aceptar que esta situación no se parece en nada a lo que yo esperaba encontrarme. Es todo tan complicado: cuatro personas distintas, con sus distintas necesidades y algunos tan poco dispuestos a comprometerse. Ahora mismo es demasiado difícil gestionarlo todo de una vez

36

Después de dejar a Nicole, seguimos hasta casa en silencio. Mientras nos arrastramos escaleras arriba hasta el apartamento, cada uno sumido en su infierno personal, pienso en hacer las maletas, meterlas en el coche y largarme dejando allí a las chicas. Ese sería un punto final de lo más cachondo a esta relación grupal: abandonarlas sin más.

Tengo una mujer y otras dos en San Francisco, Jack / Me fui a dar una vuelta y no

volví[4].

Cuando era un adolescente virgen fantaseaba con que yo era el único hombre que quedaba en la tierra y que todas las mujeres querían acostarse conmigo. Pero ahora pienso que sería una pesadilla: tener a toda esa gente compitiendo y manipulando y montando escenas, y herir tantos sentimientos cuando tomas la decisión de irte a la cama solo con una o dos. Te matarían antes de tener ocasión de pasar un buen rato.

Ese debe de ser el precio que hay que pagar por hacer realidad tus sueños. Enseguida te das cuenta de que era más divertido imaginarlo.

Una amiga mía, Tina Jordan, estuvo saliendo con Hugh Hefner, que es bien conocido por vivir con múltiples mujeres. En su primera cita, mientras él la estaba cortejando con champán y fresas en su dormitorio, sus otras novias se pusieron celosas, fueron a la puerta y se pusieron a dar porrazos. Luego entraron en tropel pegándoles gritos a Hefner y a Jordan.

Durante todo el tiempo que duró su relación, dice Jordan, a pesar de que técnicamente era poliamoroso, Hefner se escabullía, la engañaba e incumplía las normas con frecuencia, y sus novias casi siempre lo cazaban. Al parecer, según advirtió ella, el dramatismo de la situación lo divertía. Que las mujeres se pelearan por él le hacía sentirse deseado. Quizá esa sea la clase de tipo a quien le gusta ser el pivote.

—Tengo que hablar contigo —me dice Anne cuando las demás desaparecen, cada una en su habitación, sin decir palabra.

—Ahora mismo no, ¿vale? —respondo, evitando el contacto visual.

Entro en el cuarto de baño, me cepillo los dientes y me dispongo a pasar otra noche en el sofá. Ninguno de nosotros ha cenado, pero estoy demasiado exhausto a nivel emocional como para pensar en ello. Solo quiero desconectar de todos. Estar a solas conmigo mismo.

Estando allí, de espaldas a la puerta abierta, me preparo para la cuchillada en la espalda o para el martillazo en el cráneo. ¿Qué necesidad habrá de preocuparse por el cártel mexicano cuando estás rodeado de amantes celosas? Te terminan el trabajo mucho más rápido y con mucho más entusiasmo.

Mientras escribo esto, en las noticias están hablando acerca de un nigeriano

con seis esposas. Cinco de ellas lo atacaron con cuchillos y palos por prestar demasiada atención a la sexta. Según cuenta el artículo, las cinco esposas descontentas exigieron que mantuviera relaciones sexuales con todas ellas y luego «lo violaron hasta darle muerte».

Mientras me lavo la cara, advierto detrás de mí la presencia helada de Veronika proyectando una sombra inquietante. Aquí viene: el ataque.

—¿Podemos hablar? —pregunta.

Es un ataque emocional. De los más peligrosos. Y ahora mismo necesito tiempo para mí mismo, antes de que diga o haga cualquier cosa de la que me tenga que arrepentir.

—Ahora mismo no, ¿vale?

Da media vuelta sin mediar palabra, pasa a mi lado enfurecida y se prepara un baño al tiempo que me retiro a mi zona de cuarentena en el sofá y cojo mi ordenador para tomar unas notas. Para mí, la mejor manera de comprender lo que se desprende de una situación determinada es escribir sobre ello hasta que aflore la verdad.

Mientras escribo, oigo el golpeteo de los tacones de Belle en el suelo, a mi espalda. Noto cómo se agacha a mi lado. Me percato de que se sienta allí, falsamente paciente, esperando a que levante la vista. Sin alzar la cabeza, siento el escozor culebreando por mi cuerpo. Ahora me ha puesto la mano en la rodilla, succionándome el calor, la energía, el alma y dejando en su lugar un inmenso agujero negro. Después de un minuto interminable, me dice:

—Tengo que hablar contigo.

Me siento como si estuviera dentro de una película de terror, atrapado en una casa llena de zombis. Y a cada pocos pasos aparece uno de repente a la vuelta de la esquina. Pero en lugar de decir «cerebro», me dicen «tengo que hablar contigo». Y en cierto modo, el deseo es el mismo: consumirme el cerebro. Seguramente lo segundo sea peor aún. Por lo menos de los zombis se puede huir. De las emociones no hay escapatoria. Aunque se puede intentar.

—¿No podemos hablar más tarde? Ahora mismo necesito un rato a solas.

—Supongo que, racionalmente, lo entiendo. Irracionalmente, no. Intentaré no

dejar que eso hiera mis sentimientos.

Cada una de sus palabras es un alfiler que se me clava en los tímpanos.

—¿De qué manera hiere esto tus sentimientos? O sea, ¿cuándo puedo disponer de un poco de tiempo para mí? Es de locos.

—Entonces ¿te importa si me acurruco a tu lado mientras escribes?

—A partir de ahora, estoy en zona prohibida —le suelto; me imagino a Anne subiendo las escaleras y viéndonos—. ¡De hecho, nadie puede tocarme!

Cruzo las manos en el aire formando una X de «zona prohibida». Lo que se suponía que iba a ser un clan poliamoroso salvaje se ha convertido en un puto convento de monjas.

La muy tozuda se queda plantada a mi lado. Así que la miro con toda la intensidad de mi irritación y de mi cólera, inoculándoselas a fondo en las cuencas de los ojos con la intención de que se largue. Ha venido a que alguien se encargue de sus sentimientos y lo que va a conseguir es que se los demuela todavía más.

No hay nada en esta situación que no me recuerde a los últimos meses de mi relación con Ingrid, cuando hasta el último roce desamparado y hasta el último gesto me daba dentera. Una vez liberado y dispuesto a hacer cumplir todos mis sueños, vuelvo otra vez al mismo lugar. Solo que es tres veces peor.

—¿No podrías darme un abrazo al menos? —persiste Belle.

Estas zombis tienen un arma todavía peor que la fuerza para desgarrar la carne: se llama *culpa*. Así que levanto los brazos y dejo que la rodeen, aunque tengo los nervios de punta y el corazón acelerado y cada célula de mi cuerpo huye en dirección contraria. A pesar de esta repulsión, procuro ofrecerle el afecto que necesita. En el mismo momento en que lo estoy haciendo, me doy cuenta de que no tengo ni idea de cuál es el límite entre cuidar de mis emociones, deseos y necesidades y cuidar de las emociones, deseos y necesidades de los demás. Parece que nunca acierto ni en un sentido ni en el otro.

Después del abrazo de la muerte, Belle se aleja sin hacer ruido, satisfecha. Cometo el error de pensar que la pesadilla se ha acabado. Pero al cabo de diez minutos, igual que la escena que sale después de los títulos de crédito en una peli de terror, Veronika sale del agua de su baño, me da caza en la cocina y ataca:

—Belle acaba de encargar comida china, pero solo para ella. ¿Cómo voy a comer yo?

Hay que joderse: ¿resulta que ahora soy responsable de la dieta y nutrición de todo el mundo? Ya se las arreglaba para comer antes de conocerme, ¿no?

—Compórtate como una niña grande. ¡Búscate la vida!

Estas mujeres no se cansan de buscarse las cosquillas.

Ella niega con la cabeza y dice:

—Eso no ha estado bien.

Una vez más, tiene razón. Donde hay reactividad, hay una herida. Y yo estoy reaccionando desmesuradamente a todo.

Y entonces caigo en la cuenta: toda esta empresa estaba condenada al fracaso desde el principio. En mi relación con Ingrid me sentía atrapado por sus deseos y sus necesidades. Así que, de la forma más absurda, me convencí a mí mismo de que en cierto modo me sentiría más libre en una casa con mujeres añadidas y necesidades añadidas. El poliamor (al menos mientras yo sea el pivote) no es la respuesta adecuada para un tío con problemas de desorden psicológico. Tengo demasiadas sogas invisibles a mi alrededor constriñéndome, asfixiándome, matando mi espíritu.

A lo mejor no soy ni mono ni poli, sino solo.

Hago acopio de fuerzas, entro en el cuarto de Belle y le pido que añada al pedido platos suficientes para que podamos comer todos. Pero al cabo de cinco minutos reaparece gimoteando:

—No puedo conectarme a internet.

Ahora soy el servicio técnico. ¿Es que no saben solucionar nada ellas solas?

—¡Dame el número de teléfono que ya llamo yo!

¿Cómo sobrevivió el padre Yod con catorce esposas? O tal vez no sobrevivió… y por eso murió a los cincuenta y tres.

Debería llamar a una de sus mujeres para preguntarle cómo consiguió que

esas 150 relaciones (según la fórmula Grauss-Pepper) salieran adelante.

Me las arreglo para estar solo durante media hora hasta que llega la comida china. Mientras estoy poniendo la mesa, entran Belle y Veronika.

—Hemos estado hablando y entre nosotras ya está todo solucionado —dice Belle—. Hemos decidido que Anne tiene que volver a París. Y se nos ha ocurrido una idea a las dos.

—¿Qué idea?

—Veronika quiere tener una experiencia con un chico y con una chica con arnés. Yo seré la chica del arnés. Y si quieres, puedes ser el chico.

Me quedó allí boquiabierto. Me he quedado sin palabras. Creí que entendía la vida. Creí que entendía a las mujeres. Creí que estaba empezando, al menos, a entenderme a mí mismo. Está claro que no sé nada.

Y entonces Belle le pregunta a Veronika:

—¿Te parece bien que te folle con un arnés puesto?

Y Veronika, con su cortante acento checo, le dice:

—Preferiría que no.

Vale, eso está mejor. Una de las chicas acaba de bañar con un jarro de agua fría las esperanzas y fantasías de la otra. Evidentemente, en el fondo sí que entiendo cómo funcionan las cosas.

—Deja que Belle te folle con un arnés puesto, por el amor de Dios —le digo—. Es el espíritu de la vida comunal.

No le hace ninguna gracia.

Acabamos de cenar los tres en silencio. En verdad me he superado a mí mismo con esta relación: en lugar de hacer desdichada a una persona, como hizo mi padre con mi madre, he hecho desdichadas a tres mujeres.

Más tarde, oigo a Anne subir las escaleras. Me escondo en el cuarto de baño. A nivel emocional, ahora mismo tengo doce años. Pero no quiero tener que mirarla.

Es como contemplar un torbellino de culpa que no para de aullar: «Me estás haciendo daño por no corresponder al amor irracional que siento por ti».

Se oye un leve repicar en la puerta del baño. Me ha encontrado. Ojalá pudiera tirar de la cadena y deslizarme cañería abajo para escapar por las cloacas de San Francisco. Prefiero ver ratas de tres patas y dientes afilados como cuchillas chorreando meningitis que enfrentarme a la mujer a la que he herido. Pero, por supuesto, la dejo entrar, porque lo único que hay más afilado que los dientes de esa rata es la culpa.

Regreso a mi trono de rey errante. Ella se sienta en el suelo frente a mí y me dice las dos odiosas palabras devoradoras de cerebros:

—¿Podemos hablar?

—Claro. Me alegro de que vuelvas a hablar. Pero antes de que digas nada, quiero que sepas que estoy a esto —y acerco las yemas del pulgar y del índice casi hasta tocarse— de perder la chaveta.

—Puedo irme a casa mañana o quedarme hasta el final —dice—. Pero si me quedo, espero poder disfrutar de tiempo contigo y necesito que todos respetéis mis sentimientos.

Me mira con ilusión, esperando a ver cómo respondo a esta petición, a cuya formulación resulta evidente que ha dedicado mucho tiempo para que suene lo mejor posible.

Y por eso le digo —a la dulce y sufriente Anne— cuatro verdades bien dichas.

—Creo que has sido muy egoísta. Dices que las demás personas que estamos aquí no hemos respetado tus sentimientos, pero ¿has respetado tú los nuestros? Dices que no me pueden tocar, pero entonces ¿tú sí puedes tocarme? Creo que viniste con tus planes ya hechos y que hiciste caso omiso a todo lo que concernía a esta convivencia.

No responde inmediatamente, por descontado. El labio inferior le sobresale y deja caer la cabeza y se le hincha la cara y unas gotas se desprenden de sus ojos. Al final las palabras van asomando poco a poco:

—Entonces ¿qué quieres que haga?

—Nada. Pero has de saber que si te quedas, no podré mostrarme afectuoso con nadie. No podré darle la mano a nadie ni podré besar a nadie ni podré dormir con nadie.

Por favor, la monogamia era mejor que esto.

En los países musulmanes en los que la poligamia está permitida, algunos de sus defensores dicen que impide que los maridos tengan aventuras. Antes pensaba que eso no era más que un sofisma, pero ahora sé que es verdad. Porque cualquiera que tenga tres o cuatro esposas va a estar demasiado ocupado y emocionalmente exhausto como para contemplar la posibilidad de añadir otra mujer más a toda esa mezcolanza.

Anne me mira compasiva. Entonces dice:

—Esta experiencia puede ser muy constructiva y podemos ganar sabiduría a partir de experiencias así.

—Bueno, yo desde luego he aprendido mucho.

—Quiero que sepas algo —continúa.

A lo largo de los siguientes minutos comparte conmigo su cronograma. Su padre abandonó a la familia por un amante gay; su madre se volvió loca a raíz de aquello; su tío era un alcohólico; su primer novio la violó. Luego concluye:

—Me estás haciendo más daño de lo que puedes comprender.

—No sabía todo eso.

La culpa vuelve a florecer. No me puedo creer que me haya incluido en esa horrible lista de traumas. Pero ahora entiendo por qué se esconde debajo de toda esa ropa tan poco favorecedora: no es distinta a la anoréxica sexual de rehabilitación que se escondía debajo de su peso.

—Creo que soy dañino para ti —prosigo—. Aunque quizá haya tenido que suceder esto para que abras los ojos a la realidad y veas quién soy, y dejes de vivir una fantasía romántica.

¿Y qué hace ella? ¿Se va? ¿Se sobrepone? No. Coloca su mano sobre la mía y deja caer la cabeza suavemente sobre mi regazo.

Acabamos de recorrer de cabo a rabo el ciclo relacional entre el evasor del amor y la adicta al amor que experimentamos Ingrid y yo. Y no hace ni un mes que conozco a Anne. Esto es disfunción acelerada en la era de la información.

Anne quería a su único amor verdadero; yo quería a mi compañera poliamorosa. Los dos hemos dado palos de ciego. En la danza del enamoramiento, no vemos a los demás como son, los vemos como proyecciones de quienes queremos que sean. Y les aplicamos todos los requisitos imaginarios que suponemos que colmarán el vacío de nuestro corazón. Pero al final esta estrategia solo nos conduce al sufrimiento. No es una relación si la otra persona queda completamente excluida de ella.

—Siento todo esto —dice—. Si quieres que me quede, dilo. Por favor, créeme si te digo que, pase lo que pase, te llevo en el corazón. Todo el mundo puede equivocarse. Y solo para que lo sepas, te perdono.

El corazón de una mujer es algo precioso. Me avergüenzo de mis palabras y mi conducta anteriores.

—Eso significa mucho para mí —le digo—. Vámonos a dormir y a estar un rato a solas para poder asimilar todo lo que ha sucedido esta noche, y ya hablaremos más mañana.

Anne no responde. Se limita a poner la cabeza en mi regazo, satisfecha, como Hércules. Y yo me quedo dormido en el retrete. Como el pedazo de mierda que soy.



37

En un momento indeterminado de la noche salgo dando tumbos del cuarto de baño y me dirijo al sofá. Un sueño persiste en mi cerebro nublado: iba conduciendo un coche nuevo, pero perdía el control y me estrellaba contra un muro.

Me echo la sábana por encima y programo la alarma del móvil para que suene

al amanecer. Tengo que hacer una llamada a Hawái. A Isis Aquarian. Una de las esposas del padre Yod.

Me despierto tiritando y me lavo la cara con agua templada, luego llamo a Isis y le digo que soy un seguidor. No estoy seguro de qué significa eso, pero parece contenta de oírlo. Le informo de cómo he conseguido el número (a través del editor del libro sobre el padre Yod) y le explico la situación en la que me encuentro.

—No es fácil —admite—. Después de morir Yod y de que la familia se dispersase, nadie ha vuelto a lograr que funcionen las parejas múltiples.

Durante una hora profundizo en el tema con todas las preguntas que se me van ocurriendo acerca de cómo era la vida con el padre Yod y qué permitía su funcionamiento. Ella me cuenta que el padre Yod había estado casado al modo tradicional. Montó un restaurante vegetariano y una comuna llamada *The Source* (la fuente) con su cuarta esposa y, con el tiempo, el grupo fue aumentando hasta que llegaron a vivir juntas doscientas personas. Al poco tiempo advirtió que las reglas de su relación tenían que cambiar.

—Había ido insinuando algo, pero Robin, su esposa, siempre estaba histérica y sacando las cosas de quicio —explica Isis—. Empezó a estar pendiente de él a todas horas y lo seguía allá adonde iba porque sabía lo que iba a pasar. Y entonces un día él anunció que iba a tener otras mujeres. Era su viaje y él era el jefe. Aunque era un jefe muy benévolo.

¡Qué curioso! Lo describe casi con las mismas palabras que empleó Kamala Devi para definirse a sí misma: «un autoritario benévolo». Lo lamento por su esposa legítima, la adicta al amor a la que tuvo que romperle el corazón para poder vivir su sueño poliamoroso. Pero por lo menos fue sincero con ella. Me imagino que la mayoría de los hombres actuaría de forma parecida si se transformaran prácticamente en un dios para una comunidad de mujeres de espíritu libre.

Lo que hizo de la subsiguiente relación grupal un éxito, me explica Isis, fue que, a diferencia de mi situación, las mujeres ya llevaban un tiempo viviendo juntas en la comunidad, de manera que existía una conexión y un vínculo entre ellas de antemano. Además, muchas de ellas provenían de monasterios hinduistas, comunas internacionales y ambientes *hippies*, donde estaban acostumbrados a un tipo de relación más comunal. Así pues, las esposas se llevaban bien, a excepción, por supuesto, de la esposa legítima, a la que todo eso no le gustaba nada.

—¿Existía algún tipo de jerarquía entre las esposas? —pregunto—. ¿Había alguna que fuera su primaria?

—No. Cada una de nosotras tenía su función específica: Makushla era su ángel maternal y asumió el papel de madre. A mí me confió una tarea de vigilancia, y también era la archivera de su legado. Otras tenían el cometido de darle un hijo. Todas teníamos nuestro papel y, en esa posición, éramos la primaria.

Vamos a por la pregunta más violenta:

—Y, bueno, ¿cómo iba la parte sexual? ¿Ibais todas juntas o de una en una o… cómo?

Isis me cuenta que las esposas nunca mantenían relaciones sexuales entre ellas, únicamente con él y de una en una.

Prosigue con la explicación y me dice que escogió a cada una de sus esposas porque creía que había un karma pendiente de resolver con ellas de vidas anteriores.

—Algunas mujeres tenían dieciséis años, pero había algún lazo de una vida anterior que las unía a él —continúa Isis.

Evidentemente, el talón de Aquiles de los líderes de una secta es que creen estar por encima de la ley. Resulta inquietante comprobar que una de las primeras cosas que deciden hacer cuando alcanzan la cima de su poder es acostarse con menores y a menudo controlar su desarrollo. Incluso una de las once esposas de Mahoma era preadolescente.

—Por supuesto, todas las mujeres de la familia querían estar con él, pero a muchas de ellas las emparejaba con otras personas con las que tenían karma. De modo que otros hombres también tenían varias esposas.

—¿Y nunca discutíais por ver quién se sentaba en el asiento delantero del coche?

—Eso nunca sucedía porque vivíamos como seres espirituales, no con nuestra energía animal.

Aparentemente, el padre Yod hizo exactamente lo que Orpheus Black me recomendó que hiciera y que no he llegado a aplicar en mi cuadra. Inculcó en sus parejas un intenso sentimiento familiar y de futuro. En el caso del padre Yod se

trataba de la convicción de estar venerando a un dios terrenal y anunciando una nueva era de la humanidad, en la que ellos y sus hijos serían profetas de la venidera Era de Acuario. Como resultado, muy pocos querían abandonar este exaltado santuario. También ayudó el hecho de que, cuando venían a vivir con él, donaban a la causa todo su dinero y propiedades, por lo que se quedaban sin blanca.

Hablando con Isis alcanzo a comprender que lo que hace falta para disfrutar de tu condición de pivote es una ingente cantidad de narcisismo y un convencimiento inquebrantable de que tus necesidades y creencias son más importantes e ilustres que las del resto de tu comunidad (y, probablemente, que las del mundo entero).

A medida que el panorama se va dibujando, observo, para mi desolación, que el padre Yod podría servir más bien como modelo a evitar que como modelo a seguir: exigía los bienes terrenales de todo el mundo, controlaba rigurosamente a todos sus fieles y ponía en peligro sus vidas y las de sus hijos al no permitirles el uso de medicamentos debido a sus creencias espirituales.

Y, tristemente, esta debe de ser la norma. De hecho, la mayor parte de las comunas conocidas históricamente como sexualmente libres eran, en realidad, muy estrictas con respecto a este asunto. En Oneida, una comunidad utópica del siglo XIX, los hombres tenían prohibido llegar al orgasmo durante el coito sin autorización, y un comité llevaba un recuento de polvos para asegurarse de que la gente no se apareaba en exceso. En la misma línea, la comuna Kerista de San Francisco, donde se inventaron términos como *compersión* y *polifidelidad* en los años setenta, fue otro grupo dirigido por un narcisista con reglas estrictas, entre ellas prohibir a sus miembros la masturbación o el sexo en grupo.

—Cuando voló desde el precipicio estaba agotado y listo para partir —dice Isis en referencia al accidente en ala delta que mató al padre Yod—. Y nos dejó él porque nosotros no lo habríamos dejado ir. No obstante, hasta el día de hoy he mantenido mis lazos con él. Sigo siendo su mujer. No he estado con nadie más.

Su dedicación me deja atónito. Murió hace cuatro décadas. Me pregunto si ella también encajaría en el arquetipo de la adicta al amor. Y si, en última instancia, el padre Yod (cuyo seudónimo es claramente un reclamo para mujeres abandonadas) no acabaría tan consumido a causa de la presión de ser el pivote para tanta gente que se quitó de en medio por propia voluntad.

—¿Tienes algún consejo que darle a alguien que quisiera hacer algo similar

hoy en día? —le pregunto.

—En el marco de los años sesenta y setenta tenía sentido hacerlo, pero creo que es impropio de los tiempos que corren. Si hoy conduces a una mujer a una situación como esa, no creo que saliera bien. Buena suerte, cariño.

¿Así que eso es todo: buena suerte en tu intento de llevar a término lo imposible?

Cuelgo y busco más estudios sobre el tema en internet. En hebreo, la palabra que define a las coesposas es *tzara*, que, no deja de ser revelador, también se puede traducir como «rival». Y en el antiguo Egipto, a las segundas esposas las llamaban *esirtu*, que también significa «rival». Hasta las esposas de Mahoma eran celosas. Abundan los relatos en los que destrozan platos, conspiran contra la favorita y chismorrean unas con otras.

Y luego está el profeta mormón Brigham Young, que, al igual que el padre Yod, abrió su matrimonio monógamo poco después de sentir una llamada religiosa, solo que él no se conformó con menos de cincuenta y cinco esposas adicionales. Y aquello a punto estuvo de causarle la muerte. En un momento dado, les dijo a sus esposas que se marcharan si no eran felices, proclamando: «Me iré en solitario al cielo antes que teneros (a todas vosotras) peleándoos con uñas y dientes a mi alrededor».

Mientras sigo leyendo acerca de los grandes pivotes de la historia, cuyas vidas difieren enormemente de lo que me temo que era una inmadura fantasía por mi parte, oigo a Belle hablando con Anne en el salón.

—¿Quieres acostarte con Neil? —pregunta Belle.

—Sí —responde Anne con ternura.

—Si no dejas que nosotras nos acostemos con él, entonces tú tampoco puedes. No es justo que quieras tenerlo para ti sola.

Como mínimo, Belle y Anne están siguiendo el consejo de Pepper intentando arreglar las cosas entre ellas. Aun así, resulta muy raro oírlas negociar y gestionar un polvo conmigo, como si yo fuera una especie de trofeo. Quizá Isis siga siéndole fiel al padre Yod debido a la intensidad del amor que siente por él, pero también puede que siga compitiendo para ganar, para demostrar que ella es la mejor esposa.

Me pregunto por qué Anne seguirá queriendo acostarse conmigo después de haberla hundido en la miseria la noche anterior. O puede que ese sea precisamente el motivo: hundirse en la miseria es a lo que está acostumbrada. Mientras esté enamorada de alguien que no pueda corresponderla, lo mismo que Isis, ella podrá estar triste, pero su corazón estará a salvo, porque nadie podrá llegar a tocarlo.

Tal vez lo que necesito es aceptar la rivalidad como una parte previsible de cualquier relación grupal nueva y aprender después la mejor manera de gestionarla. De modo que, antes de aventurarme a entrar en la guarida de los zombis, decido llamar a una última persona: a Orpheus Black. Él ha conseguido hacer que un matrimonio grupal funcione en el mundo actual. Él sabrá cómo manejar la competitividad.

—En realidad ahora estamos solos Indigo y yo —me contesta cuando le pido consejo.

—¿Qué ha pasado con el resto de tus esposas?

—Nos hemos separado.

Pronuncia estas tres palabras como si fueran una confesión: de rencor, de vulnerabilidad, de fracaso. Me siento identificado.

—¿Qué ha pasado con la familia y el futuro?

—Alguien les dio una puñalada por la espalda.

Tras insistir un poco, me cuenta que una de sus examantes sembró rumores acerca de él y manipuló a sus esposas en su contra. El veneno se extendió por el grupo y la armonía se transformó en dramatismo, así que decidió dejar marchar a sus dos esposas ilegítimas.

Inmediatamente después de eso, como consecuencia de la tensión y la ansiedad, una mañana se despertó amnésico. No solo no recordaba nada de lo que había sucedido, sino que ni siquiera reconocía a su actual esposa, Indigo. Aquello duró dos semanas.

Aunque me cuenta que tiene en mente reconstruir la familia, me siento resarcido por el hecho de que ni siquiera Orpheus, con todo su bagaje y su confianza, haya podido mantener unidas a tres mujeres sin perder el juicio. Está claro que ser un pivote no es fácil, ni tan siquiera para quienes cuentan con una larga experiencia.



38

Cuando ya están todas despiertas y vestidas, ocupamos nuestros puestos habituales en el salón para celebrar una reunión doméstica más necesaria que nunca. Tengo muchas disculpas que pedir.

Pero antes de hablar, Anne se me adelanta:

—Me gustaría decir algo —empieza—. He cometido un error.

—¿Y qué error es ese? —le pregunto.

—Quiero quedarme. Prometo compartir las cosas —mira a Belle, que asiente—. Estoy dispuesta a compartirte. Sí, quiero quedarme.

Un punto a favor del poliamor es que nunca es aburrido ni predecible. Obviamente, la negociación de Belle ha sido todo un éxito.

—¡La has manipulado! —la corta Veronika mirando a Belle—. No es justo hacerle eso a Anne solo para que podamos acostarnos con Neil.

Si les hubiéramos preguntado hace un mes qué habrían hecho en esta misma situación, seguramente todas habrían dicho que se largarían para no volver a dirigirme la palabra nunca más. En cambio aquí están, incumpliendo todas las normas que dictan la lógica, el respeto por uno mismo y el sentido común. Y quizá sea esta una dinámica que he establecido yo para manipular y corromper, a la manera de Svengali, a estas mujeres heridas de amor para que interpreten un papel en mi fantasía enfermiza.

Observo la fuerza que se desprende de los ojos de Veronika, el deseo en los de Belle y la esperanza en los de Anne. Y por primera vez desde que llegamos aquí, me siento lúcido. Desde anoche he escrito, descansado y he hablado con Isis y con Orpheus. Ha llegado el momento de tomar una drástica decisión.

El padre Yod hacía que las cosas funcionaran mediante la táctica de no pedir ni necesitar el permiso de nadie para establecer las normas que regían en su familia. Igual que Hugh Hefner. Igual que en Oneida y Kerista y Orpheus Black. Todo el mundo se subordinaba a la misión y a la palabra del dictador benévolo que estaba al frente. Si a alguien no le gustaban esas normas, presumiblemente era libre de marcharse. Por lo tanto, lo único que tengo que hacer es imponer la ley y así todo saldrá bien.

Pero yo no soy el padre Yod. No soy Hugh Hefner. Ni siquiera soy Orpheus Black. Y después de todo lo que he aprendido esta semana, no creo que quiera ser nunca como ellos. Se acabaron mis fantasías de padre Yod. Solo hay una cosa correcta que se puede hacer.

—Te voy a decir lo que yo pienso —le digo a Anne—. Podrías perfectamente tragar y compartirme con las demás, pero, si lo hicieras, estarías hiriendo tu propio espíritu. Sería deshonesto hacia tu propia persona.

Me mira a los ojos implorante:

—Creo que podré con ello.

—¿Vas a poder con el dolor y el sufrimiento? ¿Eso es lo que me estás diciendo?

—Sí. Algunas cosas son más importantes.

Habla en voz baja, con el cuerpo rígido pero tembloroso como si estuviera a punto de hundirse en el agujero negro de sí mismo.

—No quiero que seas una mártir. Ya lo intentaste anoche y mira lo que ha pasado. Es el momento de hacer lo mejor para Anne. Y si me preguntas qué creo yo que es lo mejor para Anne, te diré que probablemente lo mejor es que se vaya a casa.

—Pero puedo cambiar —protesta, haciéndose la dura, aunando todas sus fuerzas—. Puedo esforzarme para controlar mis emociones.

—Si tuvieras una hija y se encontrara en esta misma situación, ¿le dirías que intentara controlar sus emociones o que confiara en ellas?

Se queda pensándolo un momento y luego dice muy suavemente, sin la bravuconería de antes:

—Que confiara en sus emociones.

—Entonces ¿por qué no sigues el consejo de tu madre? Tú curas, te pasas mucho tiempo curando a otras personas; quizá sea el momento de que empieces a curarte a ti misma.

De repente reparo en que esos sentimientos de odio por Anne que tuve anoche no iban dirigidos a ella en absoluto. Iban dirigidos a mi madre. Y cuando Anne me mira con esos ojos llenos de amor, no es Stalin intentando mandarme a un gulag emocional ni una zombi intentando comerse mi cerebro. Sencillamente, me ama. Sea para bien o para mal, eso no importa. Solo es amor. Y nada más. No hay nada que temer.

Durante todo el tiempo que he estado viviendo con estas tres, he visto el amor como una exigencia: «Tengo que hablar contigo», «no escribas cuando estés conmigo», «dile que encargue comida para mí», «no le cojas la mano a nadie», «no es justo», «es mi turno en el asiento de delante».

He visto el amor como una celda acolchada diseñada con el propósito de arrebatarme la libertad. Y eso se debe a que mi «sufriente» madre utilizaba el amor para ejercer sobre mí un control que reforzaba a base de culpa. En mi relación con Ingrid, sigo pensando, mientras me iluminan los haces de tres pares de ojos expectantes, confundí su amor con ánimo de control y me resistí a él. Al principio por medio de la infidelidad y, cuando esa vía se cerró, por medio del rencor, del fantaseo y del desapego emocional. Toda mi vida he estado luchando contra el amor para ganarme mi libertad.

No es de extrañar que nunca me haya casado, comprometido e incluso que nunca haya tenido un amor que no haya decaído una vez superado el período inicial del enamoramiento.

Es deprimente caer en la cuenta. Me pregunto qué será lo que me ha hecho reparar en ello justo ahora. Tal vez necesitaba hallarme en una situación tan intensa y abrumadora como esta para forzarlo a salir a la luz.

Suspiro profundamente, al estilo de Reid, y miro a Anne a los ojos sin esfuerzo por primera vez en muchos días. Y me disculpo sinceramente por mi comportamiento.

—Me gustaría compensarte por lo que pasó ayer —le digo—. Recientemente me sometí a un proceso que se llama técnica de la silla vacía. Ayuda a las personas

a las que les ha pasado algo malo a que lo saquen de su cuerpo y de su psique. Podría inscribirte y ayudarte a pagarlo, si lo necesitas. Porque sea lo que sea lo que te ha pasado, deberías recurrir a ayuda profesional para poder tratarlo.

Mirándola a los ojos sin miedo a mi propia destrucción, descubro un alma hermosa, tierna y afectuosa que me mira a su vez; una mujer que ha padecido un infierno y que, milagrosamente, ha conservado la pureza de su corazón. Y me siento mal por no verla como realmente es, sino a través de mi lente distorsionada y reaccionaria. Debería haberme comportado de este modo todo el tiempo y haber visto la belleza que anida en cada una de mis compañeras, en lugar de sus defectos, haber empatizado con sus necesidades, en lugar de sentirme atrapado por ellas.

Y desde luego debería haber hecho esto con Ingrid, en lugar de retroceder cada vez que se acercaba demasiado.

—Pero ¿no quieres que me quede para que veas si te podría funcionar esta clase de relación? —pregunta Anne.

Ahora, de pronto, entiende de qué iba todo esto. Por lo visto, ser comprendido te lleva a comprender.

—Francamente, mi trabajo se ha acabado. Estoy exprimido. No estoy hecho para una relación como esta. Creo que nunca llegaría a funcionarme con nadie.

Supongo que ahí tengo mi respuesta.

¿Y ahora qué hago?

39

Fragmento del diario de Anne

Este es mi primer viaje a los Estados Unidos. Ha sido toda una aventura. Algo

nuevo mezclado con mucho de desconocido. Y por primera vez, lo desconocido no me ha dado miedo. Tenía una profunda intuición de que me aportaría cosas muy importantes.

Le dije a Neil que quería ser una mujer experimentada. Pero al mismo tiempo solo tenía una vaga idea de cómo. Sabía que quería sexo. Y pensaba tener experiencias nuevas, como estar con otra mujer.

Pero cuando llegué temí que me hicieran daño y perder la autoestima. Y pensé que no sería buena idea romper mis límites. ¿Estaré algún día preparada para romper alguno de ellos? No lo sé. Creo que necesito tiempo, así como un contexto seguro y respetuoso para poder desinhibirme. Aunque sé que de haber tenido una relación normal, me habría aburrido y no habría sido un método efectivo para evolucionar.

Desde el primer día me di cuenta de que había muchas diferencias entre nosotros cuatro. Eso generó malentendidos. Ver cómo todo el mundo se tocaba y se acariciaba, y demás, me chocó. Me sentí como si hubiera aterrizado en otro planeta. Esa no era la clase de relación que me había imaginado que tendríamos. Antes de venir, él me dijo que algo de eso habría, pero no dejé que mi voz interior me preparara para ello.

Durante el tiempo que estuvimos juntos, tuvimos que tomar decisiones. Dudábamos y no siempre sabíamos qué era lo mejor para nosotros. Una gran lección que he aprendido es que si a la hora de tomar decisiones lo hacemos desde el corazón, entonces no podemos cometer errores.

Creo que una de las cosas de las que fui consciente a lo largo de esta experiencia es de lo que significa ser una mujer. Neil me dijo que escuchara lo que me decía el corazón y mis sentimientos más profundos. Me hizo una observación muy perspicaz, algo así como: «Si fuera tu hija, ¿qué le dirías que hiciera? Actúa contigo misma como si fueras tu propia madre».

Hace cinco años tuve un sueño en el que el novio que tenía entonces me daba la mitad de la luna. Después lo dejaba para entrar en una habitación en la que, en una gran cama roja, me estaba esperando un hombre maduro con la cabeza afeitada y una barba oscura. Me encontraba con él y me daba la otra mitad de la luna. Sé lo que significa ese sueño. La luna simboliza la mujer y la madre. Y ahora puedo decir que el hombre de la cama era Neil, aunque en aquel momento aún no lo conocía.

Así que, gracias a esta experiencia y al consejo de Neil, por fin entiendo y siento lo que es ser una mujer: convertirme en mi propia madre. Sin lugar a dudas, noto el cambio. Dado que ahora me considero mi propia madre, ya no tengo por qué ser la madre de nadie. Ahora puedo tener una relación sin sentir la necesidad de ayudar a nadie. Que se cuiden ellos solos.

Nos reímos mucho las últimas horas que pasamos juntos. Me ofrecí a hacerles acupuntura a todos y me puse contenta al ver que nos reconfortaba poder estar al fin todos juntos en paz.

Cuando me dejó en el aeropuerto, Neil me dijo que le preocupaba que hubiéramos estado perdiendo el tiempo. Y yo le respondí que no había sido tiempo perdido, sino tiempo solamente. Y el tiempo es provechoso para experimentar y para crecer. Esta relación tan atípica ha sido algo extraordinario para enfrentarme a mis problemas, para conocerme mejor y para ayudarme a cambiar. Puedo decir sin miedo a equivocarme que me ha aportado mucho más de lo me habría aportado una normal.



40

Habiendo lucido erguida y orgullosa, ahora está mustia. Se la ve parduzca y agonizante, cuando un día rebosó vitalidad.

La superviviente no está sobreviviendo muy bien bajo mis cuidados. No puedo dejar que la planta indestructible de Ingrid se muera. Tengo que ser capaz, al menos, de cuidar algo sin fastidiarlo. En cuanto regreso de San Francisco y veo el estado de abandono en el que se encuentra, la riego, la coloco bajo la luz directa del sol y salgo de casa a toda prisa a comprarle sustrato enriquecido con nutrientes.

Estando fuera, me pongo al día con algunos de los chicos de rehabilitación. Tras alcanzar su decimoctavo mes de celibato involuntario, Adam decidió contactar con Lorraine para retomar su asesoramiento. Charles está separado y vive en un

motel. Y Calvin me cuenta lo desastroso que ha sido todo desde que se trajo a Mariana y a su hijo a Los Ángeles. Ella ha estado deprimida y echa de menos Brasil, y él está enfadado porque se siente atrapado y obligado a mantener la relación por el bien del niño.

—Mariana quiere volver a Brasil y yo no he intentado convencerla de lo contrario —me confiesa—, pero voy a echar de menos a Flavio. ¡Mirar los ojos inocentes de tu propio hijo por las mañanas y ver esa gran sonrisa en su rostro es algo sublime! Espero que algún día llegues a saber lo que es eso.

—Yo también lo espero —le digo—. Creo que nunca he sentido esa clase de felicidad.

Si el apuro en que se encuentra Calvin era previsible, la situación actual de Troy nadie pudo verla venir. No solo ha vuelto a verse con su amante, sino que ahora ella quiere que los dos tengan una relación monógama.

—¿Quiere que te separes de tu mujer? —le pregunto a Troy para que me quede claro.

—No, ella sabe que no puedo hacer eso. Lo que quiere es que no tenga relaciones sexuales con ella.

—¡Qué locura! ¿Y tú qué le dijiste?

—Bueno, al principio le dije que no. Entonces ella salió un día con un tío y a mí eso me sacó de quicio, así que me rendí.

Miedo o pérdida: es lo que ha provocado que mucha gente débil asuma compromisos que no debería.

—Entonces ¿has dejado de acostarte con tu mujer?

—Si yo fuera Adam, eso sería fácil —suelta una risita cruel—, pero mi mujer y yo tenemos una vida sexual bastante buena.

Me esfuerzo por desentrañar el misterio de lo que me está contando.

—A ver si lo he entendido. Estás engañando a tu mujer con tu amante. ¿Y además estás engañando a tu amante con tu mujer?

—Bienvenido a mi vida.

Esa noche quedo con mi amiga Melanie para cenar. La conozco desde hace más tiempo que a cualquier chica con la que haya salido. Ha estado a mi lado durante todo este tiempo, desvelándome la cruda realidad después de cada ruptura, al igual que yo le he dado consejos cada vez que un hombre que le gusta le sale rana en cuanto un atisbo de relación se vislumbra en el horizonte de sus salidas esporádicas.

—Neil —exclama cuando le cuento lo de San Francisco—, no puedes seguir así. ¿Es que no quieres casarte y tener hijos?

—Sí, más que nada en el mundo. Es solo que no quiero acabar como mis padres. Quiero encontrar a alguien que sume algo a mi vida, no que la limite.

—Conozco a alguien así —me dice, apartándose el pelo de la cara. Tiene una larga melena oscura que le cae como una cascada hasta la mitad de un cuerpo tan delgado que un abrazo demasiado entusiasta podría partirlo en dos.

—¿Quién? —le pregunto emocionado, con la esperanza de que conozca a alguien perfecto con quien emparejarme.

Y entonces ella me responde con la única palabra que no estoy preparado para oír:

—Ingrid.

Suspiro y balbuceo algo que suena parecido a:

—Lo sé.

—Era perfecta para ti, Neil —Melanie alarga el final de la frase como si fuera una niña pequeña pidiendo que le compren un perrito—. Es la única novia que te he conocido que te quería solo por ser tú. Estoy segura de que volvería si le demostraras que estás dispuesto a comprometerte.

—Ese es el problema. Tenemos un concepto muy distinto del compromiso.

Pienso en San Francisco y me pregunto cómo sería mi relación con Ingrid si pudiera atenerme a las lecciones acerca del amor allí aprendidas. Si hay alguien en el mundo con quien me gustaría tener un hijo, esa es Ingrid. Rememoro el cariño y

la ternura que mostraba con su perro abandonado, Hércules, y pienso en su enorme corazón, en su ánimo juguetón, en lo impresionante que sería como madre. Ojalá estuviera dispuesta a ceder solo un poquito en la cuestión de la monogamia.

O tal vez Ingrid hizo bien en mantenerse en sus trece. Porque en este momento tengo la impresión de que su predicción se ha cumplido: me estoy muriendo en la naturaleza.

—Estás enviando mensajes confusos al universo —me sermonea Melanie—. No te cansas de decir que quieres una familia, pero te rodeas de gente con la que nunca vas a poder formarla. ¿No podrías olvidarte de una vez de toda esta historia de la no monogamia? Por Ingrid.

Me facilitaría mucho la vida olvidarme de todo eso. Tal vez fue una mala idea.

—Una parte de mí lo está deseando. Pero si intentara volver con Ingrid ahora y la cosa saliera bien, siempre me estaría preguntando: «¿Y si…?».

¿Y si me rendí demasiado pronto, justo antes de encontrar a alguien tan abierto como Nicole o Sage? ¿Y si encontrara una versión no monógama de Ingrid? ¿Y si me dejé alguna piedra por remover y esa es la indicada? Y lo más aterrador de todo: ¿y si he vuelto por culpa del miedo y del fracaso, y no gracias al amor y al compromiso?

Y si… y si… y si… Es el canto de apareamiento del ambivalente.

—Vas a perderla, Neil. Una chica como ella no se queda sola mucho tiempo.

Melanie se excusa para ir al servicio. Cuando vuelve al cabo de unos minutos, parece afligida.

—Llegas tarde —dice, enseñándome su móvil—. Acabo de mirar el perfil de Ingrid.

—¿Qué quieres decir? —un sudor frío me despierta un hormigueo en la piel.

—Siento ser yo quien te lo diga, pero parece que ahora tiene un novio.

Me muestra una fotografía de un tío sin camisa con Hércules en brazos. Es un cruce entre James Dean y Thor, y tiene ondas en lugares en los que yo ni siquiera sabía que había músculos. En comparación, resulto menos atractivo que el jorobado

de Notre Dame. Y no lo digo por falta de amor propio: es la pura realidad.

Súbitamente me sobreviene un hondo sentimiento de soledad. Hasta este mismo momento no había sido consciente de que había dado por hecho —seré vanidoso, egoísta, irracional— que Ingrid estaba esperándome y que si las cosas no salían bien habría alguna forma de retomar la relación. Quienquiera que sea este supermacho, espero que sea digno de su corazón, que no tenga dudas, que su piel no se erice cuando ella lo adore, que no se escriba con mujeres cualesquiera ni se haga pajas viendo el PornHub a la más mínima provocación y que quiera a Hércules, en lugar de considerarlo un símbolo de la hipocresía de la monogamia. Estoy seguro de que Ingrid recuerda nuestra relación como un largo error.

Miro a Melanie, sentada frente a mí, intentando encontrar algo que decir para consolarme. Y yo intento contener la tristeza, el miedo, la sensación de vacío. No era una relación adecuada para mí, me consuelo. Era perjudicial. Una adicta al amor y un evasor del amor. Una disfunción de manual.

—Bueno, supongo que esto lo aclara todo —le digo a Melanie, con una sonrisa tan convincente como la de mi madre—. No hay vuelta de hoja.

Ahora ya no importa lo que tarde ni lo que tenga que hacer. Voy a encontrar un modelo de relación que me funcione, aunque me cueste la vida.

Y al final resulta que casi es así.

FASE IV

■ ¿Cuál es mi especie? ■

«O YE, AMIGO —LE DIJO UNO DE ELLOS

AL PATITO—, NO MUY LEJOS DE AQUÍ HAY OTRA CIÉNAGA DONDE VIVEN UNAS HERMOSAS

GANSITAS SALVAJES, TODAS SOLTERAS. ES TU

OPORTUNIDAD DE ENCONTRAR ESPOSA; CON LO FEO QUE ERES, A LO MEJOR

TIENES SUERTE».

—HANS CHRISTIAN ANDERSEN

El patito feo

FASE V

■ Aventura ■

EN NUESTRA VIDA JUNTOS QUIERO

QUE COMPRENDAS QUE NO TE VOY A PEDIR

QUE TE ATENGAS A NINGÚN CÓDIGO MEDIEVAL

DE FIDELIDAD Y QUE TAMPOCO YO ME

CONSIDERARÉ OBLIGADA A UN VÍNCULO

SEMEJANTE… PORQUE NO PUEDO GARANTIZAR

QUE RESISTA SIEMPRE EL CONFINAMIENTO

EN UNA JAULA POR ATRACTIVA

QUE ESTA SEA.

—AMELIA EARHART

Carta a su prometido



41

Así va la cosa.

Nos despertamos juntos. A veces hay otra mujer debajo del edredón con nosotros; otras veces, no.

Ella cocina el desayuno, yo preparo batidos y nos damos todos un festín en la cama.

Cuando ya nos quedamos solos, ella y yo volvemos a hacer el amor. Es mejor, más intenso y más íntimo que estando presente nuestra compañera de juegos. Las multitudes son para la aventura, pero el cara a cara te conecta con el otro.

Nos duchamos. Algunas veces, juntos; otras, no.

Me paso el día escribiendo. Ella va a la escuela de circo o a clase de danza o trabaja en su negocio por internet. Siempre tiene algo que hacer que la entusiasma. Normalmente no es lo mismo de una semana para otra. La pasión de su vida es, sencillamente, la pasión.

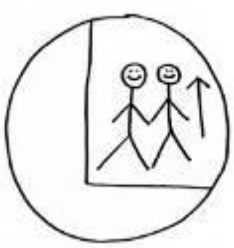
Cuando se pone el sol, salimos a cenar. Ella conduce; yo pongo la música. Algunas noches cenamos los dos. Otras noches, quedamos con amigos. Algunas veces entre esos amigos se encuentran algunas mujeres a las que hemos conocido juntos.

Si nos apetece una aventura, nos trasladamos a un bar o a una discoteca.

Después, nos llevamos a la casa del árbol a todas las mujeres que podemos. Cuando empiezan a caer prendas, el que no tenga ganas se va. Curiosamente, al salir suelen disculparse por no participar, como si fuera una tara moral suya, y prometen que la próxima vez estarán más animadas. A veces vuelven; a veces, no. En cambio, si decidimos pasar una noche tranquila después de la cena, regresamos a casa, vemos una peli, follamos y hablamos del futuro. No siempre por ese orden.

Se ha amoldado tan rápido a mi vida que en ocasiones parece un sueño. Todo lo que disfruto (el sexo, el surf, leer, escribir, estudiar, viajar) ahora ella lo disfruta conmigo. Y todo lo que no me gusta (cocinar, conducir por Los Ángeles, transcribir mis entrevistas para *Rolling Stone*) ella ha empezado a hacerlo por mí. A veces resulta demasiado perfecta, como si hubiera sido engendrada en una especie de experimento no monógamo al estilo de *Una chica explosiva*.

Estoy bastante convencido de que tuvo una vida antes de conocernos. Pero no termino de acordarme de cómo era. A duras penas si recuerdo cómo era la mía. Lleva un mes sin pasar por su casa. Tal vez haya dejado de existir. Recuerdo haberle preguntado a Lorraine en rehabilitación qué tenía de malo que un hombre soltero gozara de su intensidad, pero nunca pensé que pudiera haber dos personas en la misma casilla gozando juntos de esa intensidad:



—¿Sabes? —le digo una noche—. Llevo meses intentando averiguar en qué clase de relación encajo. Si es la monogamia, el poliamor o las relaciones grupales o lo que sea, pero creo que he descubierto lo que me gusta.

—¿Esto? —me contesta alegremente—. ¡Una relación aventurera! Creo que es lo que yo andaba buscando cuando nos conocimos. Sin definirla como monogamia o poliamor o relación liberal, sino divirtiéndonos juntos sin tener que formar parte de ninguna estúpida escena social.

Por lo visto ya he encontrado a mi especie, por no mencionar el vínculo emocional del que le hablé a Rick.

Y así fue como una de mis primeras citas en este mundo se convirtió en la última: Sage de Bliss.



42

Todo empezó cuando yo estaba con la tríada. Sage dio con mi dirección de correo electrónico en internet, contactó conmigo para decirme que iba estar en Los Ángeles y me dejó su número de teléfono. De entre todas las mujeres que había conocido desde que corté con Ingrid, ella fue la única que compartía conmigo la mayor parte de mis valores, con la que más me arrepentí de haberla cagado y (aunque hay que admitir que en este aspecto el éxtasis pudo tener algo que ver) con la que más fácilmente podía imaginarme compartiendo un largo futuro.

Quedé para cenar con Sage al cabo de unas semanas.

—¿Qué pasó en Bliss? —le pregunto inmediatamente—. Me dio la sensación de que te lo pasaste fatal.

—Y a mí, que lo pasasteis fatal vosotros. No dejaba de pensar que os estaba cortando el rollo porque yo no iba tan colocada. Estabais todos de fiesta, y yo cada vez estaba más cansada y más borde.

Fue una lección de proyección. Esa noche no nos habíamos visto realmente, no éramos más que reflejos de los cuentos que nos estábamos contando. Me cuesta recordar de qué otras cosas hablamos mientras comíamos, porque las horas pasaron volando. Aparte de que no podíamos parar de hablar, no podíamos parar de mirarnos, de reírnos, de excitarnos. Con su metálico pelo rojo, su carismática seguridad y su personalidad que dice «me acabo de tomar cinco bebidas energéticas pero solo tengo ojos para ti», chispeaba como una bobina de Tesla humana.

La primera cita acabó en un cuarteto con mi amiga y antigua compañera de comuna, Leah, y una amiga de Sage cubierta de tatuajes que se llamaba Winter. Vi

cómo Sage se empleaba a fondo con Winter (comiéndoselo, masturbándola, pegándole azotes, luego dándole la vuelta y metiéndole los dedos por detrás) y pensé: «Es mi pareja ideal».

Al poco ya tenía a Sage, a Leah y a Winter chupándomela (pasándosela, disputándosela, compartiéndola, diciendo guarradas). Cuando Winter le ató diestramente su collar alrededor, jugando con la tensión, ya no me pude contener. Mientras ellas me lamían y se lamían entre ellas para limpiarse, pensé: esta es la mejor experiencia de mi vida. Todo el tiempo y el dinero desperdiciados en las terapias de adicción al sexo, todo el dramatismo y la tristeza de San Francisco, incluso el intento de asesinato de la comuna del amor, cada desastre, cada paso en falso, cada tragedia, todo ha merecido la pena a cambio de estos breves minutos.

A menudo reflexiono acerca de la advertencia de Rick de que en el lecho de muerte la gente siempre piensa en el amor y en la familia. Pero creo que yo también pensaré en este momento trascendental. Somos seres sexuales; y este fue mi cenit sexual.

Me gustaría poder decir que hubo secuelas o consecuencias negativas, que aquello fue el nadir de mi adicción, que fue un error de fondo porque no había verdadera intimidad y no esperamos diecisiete citas antes de tocarnos. Pero no fue así. No hubo consecuencias negativas.

Al menos, todavía no. Hay gente que sabe mentir muy bien, que incluso a veces se engaña a sí misma.

Justo antes de amanecer, mientras Sage y yo hacíamos el amor otra vez, Leah y Winter se escabulleron y nos dejaron solos. Al cabo de unas horas, Lawrence me escribió un mensaje: «Parece que lo de anoche fue fantástico. Me alegro mucho de que Leah y tú hayáis encontrado por fin la ocasión de conectar».

Me estuve pensando mucho una respuesta adecuada, que mostrara gratitud sin resultar incómoda ni brusca, así que escribí: «Realmente ha sido una experiencia increíble en muchos sentidos, incluyendo que era parte de una buena amistad con vosotros dos».

Evidentemente, era la respuesta adecuada, porque me contestó: «Justo lo que estaba pensando. Conmovedor. Aprecio mucho tu amistad».

Es la compersión personificada.

De todas las experiencias sexuales que he tenido desde Ingrid, esta es la única que pude disfrutar plenamente (antes, durante y después). A lo mejor es porque, aparte de una irreprimible esperanza de que Sage siguiera interesada en mí, no tenía ningún plan con respecto a la relación. A decir verdad, la instigadora del cuarteto de esa noche fue Sage.

En las siguientes semanas, mis armarios y cajones se llenan de la ropa de Sage al tiempo que su habitación de Brooklyn se vacía. En mi vida faltaba algo (romanticismo, pasión, compañerismo, comprensión, comunicación, libertad dentro de la pareja) y Sage lo intuye y se amolda para encajar con precisión. Incluso llega a satisfacer necesidades que yo ni siquiera sabía que tenía.

Al mismo tiempo, vamos acumulando aventuras. Hacemos cosas que no había visto ni en los vídeos porno, cosas que me incitan a escribir libros con bandas de *rock* solo para poder vivir indirectamente, a través de ellos, cosas que no sabía que eran posibles ni física ni geométricamente.

Nunca me hubiera imaginado que mi vida sexual pudiera ser mejor, más salvaje y más variada estando en una relación de lo que fue en la cúspide de mi soltería. Al final, después de que todos dijeran que era imposible, estoy soplando y sorbiendo al mismo tiempo.

Hasta Pepper le da a la relación un pronóstico positivo.

—Es más corriente, y es sostenible porque todo lo que estáis haciendo con otros es cortoplacista y transitorio.

Lo más increíble de todo es que las aventuras no son más que un suplemento al vínculo que aparentemente se está creando entre Sage y yo. En realidad, quizá la vertiente menos sana de la relación no sea la sexual, sino el hecho de que nunca estamos separados. Por primera vez desde que lo dejé con Ingrid, tengo sobrados motivos para pensar que se puede vivir para siempre feliz y ajeno a la monogamia.



43

Sin embargo, al superar la marca de los tres meses, ese momento inevitable en el que las relaciones empiezan a verse como algo real, percibo un cambio en el comportamiento de Sage. Es tan sutil al principio que no se sostendría en un tribunal como prueba de un verdadero cambio. Pero lo noto en su forma de mirarme. Ya no inspira ternura, ahora parece la mirada de alguien que pretende inspirar ternura.

En un principio pienso que tal vez solo sea un producto de mi imaginación, mi sensación de indignidad y el evasor del amor que anida en mí que intentan sabotear la relación. Pero entonces, un día, cuando volvemos de un viaje a Nueva York, entra en la casa y abre la nevera. Algo se ha echado a perder y está podrido. Al tiempo que lo huele, en la calle empiezan a aullar sirenas de camiones de bomberos y ambulancias. Ella grita. No sé de dónde sale; es un chillido profundo y gutural que le sale del alma. No les grita a las sirenas ni a la nevera ni a mí ni a nada concreto, sino al universo. Su voz ahoga el ruido, el olor, mis pensamientos.

—¿Qué pasa? —le pregunto mientras está llorando en el sofá.

Se limpia la nariz. Alza la cabeza para mirarme con esos tiernos ojos sin ternura. Me dice:

—He estado leyendo mi diario y… me echo de menos.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé exactamente. Supongo que a veces echo de menos mi época loca, cuando estaba soltera y podía hacer todo lo que quisiera.

Demasiado tarde me percato de por qué el ambiente se había enrarecido últimamente. Ella cocina, ella conduce, ella transcribe mis entrevistas, ella atrae a ese desfile constante de mujeres. Yo tengo mi libertad (una relación que me permite sorber y soplar que se rige de acuerdo con mis condiciones y en mi territorio), ¿y ella qué tiene? Solo a mí.

Ha estado tan atareada ocupándose de mis necesidades que ha descuidado las suyas. De hecho, ni siquiera sé cuáles son sus necesidades. Pensaba que estábamos actuando salvajemente, pero supongo que para ella yo solo estaba actuando de forma predecible y egoísta, y que no la estaba valorando.

Así pues, le digo a Sage lo que me hubiera gustado que Ingrid me dijera a mí:

—Entonces ¿por qué no eres libre? Los dos deberíamos tener la posibilidad de hacer todo lo que quisiéramos. ¿Por qué el hecho de que estemos juntos te impide hacerlo?

Y así es como nuestra relación se transforma en una relación abierta de verdad.

Y eso nos acarrea más dolor del que jamás hubiera podido imaginar.

FASE VI

■ Aperturas ■

Y*oda*: El miedo a la pérdida es el camino que lleva al lado oscuro… El apego a los celos conduce.

La negra sombra de la codicia es.

Anakin Skywalker: ¿Qué debo hacer, maestro Yoda?

Yoda: Aprende a liberarte de aquello que perder temes.

—*LA GUERRA DE LAS GALAXIAS, EPISODIO III: LA VENGANZA DE LOS SITH*, dirigida por George Lucas



44

He hecho de todo: harenes, comunas, intercambios, *puyás*, orgías… Y nada.

Desde que salí de la jaula de la monogamia he estado buscando la libertad sexual, y quizá la haya encontrado en un par de ocasiones. No obstante, ni una sola vez le he otorgado a mi compañera una libertad comparable. Aunque no haya mantenido a nadie encadenado a mí a base de reglas, promesas y miedos, la situación nunca surgió por sí sola. Y en cierta medida, lo agradezco.

Pero la realidad me ha salido al paso con la noticia de que la libertad no es para uno solo. Puedes soplar y sorber al mismo tiempo, pero va a llegar el día en que te atragantes.

Sage y yo estamos en un restaurante de tapas de Los Ángeles con mis excompañeros de comuna Lawrence y Leah, además de tres amigos de Sage de su clase semanal de interpretación. La camarera nos conduce hasta una gran mesa redonda, de las que pondría Corey Feldman en una habitación de hotel. Me siento al lado de Leah y de Lawrence; dos tíos de la clase de Sage me flanquean por el otro lado.

Sage llega a la mesa la última, tarareando alegremente. Lleva unos pantalones cortos blancos y una camiseta ajustada negra cuyas mangas se acaban justo por debajo de los hombros. No es que camine hasta la mesa, es que se pavonea.

Busca un asiento a mi lado, pero parece decepcionada al no encontrar ninguno libre. De modo que se sienta justo enfrente de mí, al lado de la tercera persona de su

clase. Mide más de metro ochenta, tiene el pelo negro y ondulado y los dientes más blancos que he visto en mi vida. Se presenta como Donald.

Nunca había conocido a nadie llamado Donald, probablemente porque cualquiera que estuviera en su sano juicio lo acortaría a Don, a no ser que fuera un chulito de pueblo decidido a marcharse a Hollywood para triunfar como actor. Esta idea va tomando forma en mi mente, con toda su incipiente hostilidad, antes de que pueda controlarla. Y seguramente es así porque, nada más acabar de presentarse, el brazo de Donald ha pasado a estar en el respaldo de la silla de Sage y se enfrascan los dos en una intensa conversación.

Procuro darle a mi juicio la dimensión adecuada (celos, inseguridad, envidia) y lo dejo pasar. Desde que empezamos a salir, Sage habrá visto al menos a veinte mujeres con la lengua dentro de mi boca, de manera que lo mínimo que puedo hacer yo es dejarla disfrutar de la muy sincera atención de Donald.

—¿Y qué os hizo tomar la decisión de tener una relación abierta? —les pregunto a Lawrence y a Leah esperando que me cuenten algunos trucos para mantenerme distraído.

—Yo ya había tenido un matrimonio monógamo y no funcionó —contesta Lawrence—. Le fui fiel todo el tiempo que estuvimos juntos. Pero sentía un dolor físico por no contar con toda esa salsa, esa excitación y esa comunicación en mi vida. Cuando salí de aquello, decidí que nunca volvería a hacerlo.

—Recuerdo que desde el primer momento que decidiste ser no monógamo siempre fuiste muy de frente —dice Leah—. En ningún momento pensé: a lo mejor puedo convencerlo para que sea monógamo conmigo. Lo dejaste bien claro: o lo hacemos así o no podemos vernos. Y yo estaba lo bastante colada por ti como para probarlo al menos.

Por el rabillo del ojo veo el brazo de Donald. Ya no está en el respaldo de la silla de Sage. Ahora descansa en su hombro.

—Con Lawrence ¿sientes celos alguna vez? —le pregunto a Leah.

—Yo no lo describiría como celos, es más bien una cierta inseguridad y paranoia —un camarero se inclina sobre la mesa para dejarnos la comida e inspecciona a Sage; tal vez le pida después el número de teléfono; de pronto todo el mundo es mi rival—. Pero en un momento dado dentro de mí algo cambió y empecé a ver a Lawrence como alguien auténtico que se preocupa por mí, y me di cuenta de

que la mayor parte de mis inseguridades procedían del miedo de mi niñez a que me abandonaran.

O sea, que quizá mis celos se deban a que ahora mismo no me siento seguro en la relación. Me preocupa que Sage la abriera porque yo no le bastaba, porque se aburría de las cosas que a mí me divertían o, peor aún, porque se sentía atraída por Donald.

Ha pasado una semana desde que tomamos esa decisión y ninguno de los dos ha estado con nadie más. Lo único que hemos hecho ha sido hablar de nuestros valores en torno al hecho de abrirnos. Yo le dije que la honestidad es importante para mí y que siempre tenemos que compartir nuestra realidad el uno con el otro. Ella me dijo que el respeto es importante para ella y que necesita anteponerse a todo lo demás. Así que decidimos construir nuestra relación abierta sobre los cimientos de la sinceridad, la libertad y el respeto. Eso es exactamente lo que siempre he querido. Y lo que más me gusta de ello, como me aconsejó Pepper, es que no hay reglas, solo propósitos.

En cambio, cuando la veo con Donald, soy dolorosamente consciente de la parte positiva de las reglas: aportan unos límites claros y fijos que nos permiten sentirnos a salvo.

—¿Te gusta el guacamole envuelto en jícama? —le pregunto a Sage desde el otro lado de la mesa tratando de forzar la comunicación.

Pero no me oye. A lo mejor es porque sus otros dos amigos de la clase de interpretación están embebidos en un estúpido y ruidoso juego de improvisación. Así que repito la pregunta, pero es en vano. Ahora me siento ignorado. Algo le está pasando a mi ego que no puedo controlar.

Procuro enfocar la atención en lo que está diciendo Lawrence:

—Si ella sale y dice que ha conocido a un tío y quiere explorarlo, yo le digo: «Eres adulta. No necesitas que te dé permiso». La base de la que partirnos es que los dos somos adultos y confiamos en el buen juicio del otro, si no, no estaríamos juntos.

Supongo que simplemente tendría que confiar en el buen juicio de Sage. Pero ¿y si lo juzga a él más compatible con ella que yo? ¿Confío en eso? Supongo que debería.

—Vale —le digo a Lawrence—, y si estoy celoso ahora mismo, ¿qué hago?

En el plano hipotético, nunca creí que me molestaría que Sage quisiera pasar la noche con otro tío, siempre que yo lo supiera. Pero, en la realidad, la experiencia es totalmente distinta. Y este hombre solamente la está rodeando con el brazo.

De repente siento un poco más de empatía por el tío de la comuna que intentó matarme.

—Si notas inseguridad o celos, eso tienes que gestionarlo tú —responde Lawrence—. No es problema suyo gestionar tus incomodidades, a no ser que esté haciendo algo doloroso o te esté faltando al respeto. Una estrategia que he utilizado es comprender que, aunque Leah amase profundamente a otra persona, eso supondría únicamente un valor añadido a nuestra relación.

—¿En qué sentido?

—Míralo desde este punto de vista: tienes un músculo del amor y si lo ejercitas más, eso incrementa tu capacidad de amar. Y esa energía y esa calidad las puedes reinvertir en tu relación. La alternativa a eso sería mi matrimonio, en el que corté el grifo de mi capacidad para amar y sentir y tener relaciones sexuales para poder seguir siendo monógamo.

Tal vez lo único que tengo que hacer es eliminar esa mentalidad sobre la escasez del amor, que en este momento me está diciendo que Sage tiene una capacidad limitada para amar y que se le puede agotar. La perspectiva de Lawrence es más sensata. Quizá, en cierto modo, la exigencia de amor en exclusiva es una exigencia inmadura, el deseo de un niño necesitado, ávido de ser el único objeto de la atención, el afecto y los cuidados de sus padres.

—Entonces —le digo a Lawrence—, si ella es feliz, no es que vaya a meterse en casa a llorar porque haya despojado a su sistema de toda la felicidad, ¿no?

—Claro. Después de encontrarte con la misma situación cincuenta o cien veces, muy pronto te darás cuenta de que ya no te afecta ni te asusta tanto. Identificarás esa sensación como algo que pasará. En mis peores momentos pienso en amarrarme al mástil para no dejarme arrastrar contra las rocas por las sirenas de los celos. De los celos no se saca nada bueno. Si te van a dejar, lo van a hacer tanto si sientes celos como si no. De hecho, hay muchas más probabilidades de que lo hagan si eres celoso.

Tiene sentido, así que procuro amarrarme al mástil y concentrarme en Lawrence y en Leah. Sin embargo, cuando llega el postre, no puedo reprimirme más.

Miro hacia Sage y grito:

—¿Qué tal está el flan?

Y ella vuelve a ignorarme por completo, como si fuera invisible o, más bien, como si no hablara lo suficientemente alto. Donald está tan cerca de ella que casi se tocan las caras.

—¿Qué haces si Leah se acuesta con un tío que a ti te parece un imbécil? —le pregunto a Lawrence.

—Si es un idiota, o bien tiene algo más a lo que Leah pueda sacarle partido, o bien tendrá que descubrirlo ella sola. Yo no tengo que tirármelo, así que no es mi problema.

Me imagino paseando por la playa mañana por la mañana mientras Sage está en la cama con Donald y dos mujeres que se ha traído a casa para compartirlo con ellas. Un desagradable cosquilleo me invade el pecho, las rodillas, los dedos de las manos y de los pies, los globos oculares. Pensaba que a estas alturas habría aprendido y vivido lo suficiente como para saber controlarme mejor. Pero la verdad es que esta es la primera vez que tengo que recorrer el incómodo sendero de los celos del que *Shama* Helena me habló y por el que tuvieron que pasar las mujeres de San Francisco por mí.

Cuando por fin nos levantamos para marcharnos, salgo disparado hacia Sage y le pregunto:

—¿Has cenado bien?

—Sí, ha estado genial —y sonríe.

—Solo quería asegurarme de que has estado cómoda con Donald.

Espero que me diga que ha estado incómoda y que solo quería ser amable. Pero no lo hace.

—Sí, me ha encantado hablar con él. En clase nunca habíamos encontrado el momento para relacionarnos.

—¡Ah, genial!

De genial, nada. Al llegar a la puerta se detiene y se queda con una rodilla doblada delante, cosa que tiene el atractivo efecto de crear un triángulo casi perfecto entre sus piernas. Salgo a la calle para ver si me sigue, pero no lo hace. Se limita a esperar a Donald cerca de la salida, posando como la ninfa de alguna fuente. Y me da de lleno en el estómago como un bate de béisbol. Es como si lo hubiera elegido a él antes que a mí.

Me paro en las escaleras, entre el restaurante y el puesto del aparcacoches, a ver si se para conmigo al salir. Y como sucede siempre que alguien pone a prueba en secreto a la persona que le importa, ella suspende. Cuando Sage sale con Donald pasa por delante de mí y se dirigen juntos hacia el aparcacoches. Y juraría que en el rostro de él se atisba una sonrisa.

Lo dejé con Ingrid precisamente porque creía ciegamente en la libertad romántica, porque juraba por el principio de que una persona no debería ser dueña del cuerpo de otra, porque estaba firmemente convencido de que la posesividad era un hongo que pudría las relaciones. Entonces ¿por qué (me pregunto mientras Sage se sube, a Dios gracias, al asiento del copiloto de mi coche para regresar a la casa del árbol) me está carcomiendo tanto por dentro ahora que por fin he alcanzado la tierra prometida de mi ideal de relación libre?



45

Al cabo de tres días, Sage me dice que se va a México a pasar un fin de semana largo con Donald y un amigo de él cuyo nombre, Jonathan, se ha olvidado igualmente de acortar.

Y yo no puedo protestar en modo alguno. Ya le he dado permiso. En un momento de miedo y paranoia, me pregunto si la oferta estaba ya encima de la mesa antes de que abriéramos la relación.

Pero más que reconcomerme con mis dudas, prefiero concentrarme en la

oportunidad. Esta es mi oportunidad para liberarme definitivamente de la posesividad y de los celos, para permitir que alguien que está conmigo se divierta, aunque no me incluya en la diversión. Una vez más, esto es exactamente lo que yo pedía y ya ha dejado de ser lo que esperaba. Está claro que el que tenía que haberse ido a México con dos actrices era yo.

Una vez estuve saliendo con una mujer que siempre me decía que quería casarse con un rico. Acabó casándose con un músico que no tenía ni un chavo. Se llamaba Rich. El universo nos escucha y te da no solo lo que quieres, sino lo que mereces. Es la ley kármica del recolector.

—¿Cuándo es el viaje? —le pregunto a Sage.

Estamos en la cocina, donde, además de cocinar el desayuno, lo está interpretando, montando un número cada vez que va a sacar un vaso de un armario alto de la cocina o casca un huevo. Lleva puestas unas gafas de pasta negras y una sudadera azul con capucha, lavada hasta conseguir la máxima suavidad, y con la cremallera bajada hasta dejarle al descubierto las clavículas. La miro con respeto, deseo, gratitud, miedo. Se me ha metido dentro, en un lugar profundo donde reside mi programación cultural, genética y de desarrollo, y allí se ha enchufado.

—Mañana —y añade enseguida—: Son solo tres días.

Y ahora, me temo, está a punto de desenchufarse. Me da una punzada en el corazón. No me ha dado tiempo a prepararme para esto.

—¿Te han comprado ellos el billete?

Es como si hubiera recubierto mi voz con una capa de celos en espray. Tengo que cerrar el pico.

—Sí, pero les he dicho que no me voy a acostar con ellos.

La intención es tranquilizarme. Sin embargo, sus palabras me causan el efecto contrario.

Me recuerdo a mí mismo que esto era lo que yo quería. Y su naturaleza espontánea y aventurera siempre ha sido uno de los rasgos de su personalidad que más me gustan. Es parte del kit que Sage lleva consigo.

El problema que tiene mucha gente es que la cualidad exacta que le atrajo

inicialmente de su pareja se convierte en amenaza una vez se establece una relación seria. Al fin y al cabo, esa cualidad es la puerta abierta a través de la cual se dio entrada al amor romántico, de forma que ahora quiere cerrar la puerta con candado y tirar la llave antes de que alguien más intente colarse.

Por tanto, debo apreciar la espontaneidad de Sage, antes que intentar aplastarla. Además, yo he disfrutado de todo un torrente de mujeres nuevas, de modo que ¿por qué no iba a poder gozar ella de un poco de atención masculina fresca? Tengo que ser más Lawrence en este tema. Le pido la información del vuelo y del hotel, por si acaso sucediera algo.

La compañía aérea, me informa, es United. Y el hotel es Temptation.

—¿Temptation? ¿Qué nombre es ese para un hotel?

—Es un hotel solo para adultos —me explica con indolencia—. No dejan entrar a niños.

Trato de mostrarme compersivo. También me anoto mentalmente que tengo que investigar el hotel en internet. A lo mejor solo es un sitio para turistas en busca de paz y tranquilidad, sin niños berreando por todas partes.

Por desgracia, la página web del Temptation tiene todo lo que esperaba no encontrarme. El lema declara: «*Topless* optativo. Divertido. Tentador. Sensual».

Suena a fiesta *swinger* permanente.

Me figuro que, aunque acabara en el *resort* Burguer King, yo seguiría con los nervios de punta.

Nada más dejar a Sage en el aeropuerto, a la mañana siguiente, hay algo en mí que se quiebra. Es el arnés de seguridad que la ata a mí. Estoy conmocionado y decepcionado por mi reacción. Y con todo, no puedo controlarla. Miro la hora en el móvil, histérico, esperando el momento exacto en que se supone que aterrizará en Cancún. Luego, siete minutos después de la hora, le escribo un mensaje para saber si ha llegado bien.

Los minutos pasan lentos sin respuesta. Quizá el vuelo se haya retrasado. O quizá no tenga contratado un servicio internacional en el móvil. O quizá no está pensando en mí.

Para matar el tiempo y evitar hundirme en el abismo de los *quizá* me paso por la oficina postal a recoger el correo. Entre el montón hay una carta de mi madre marcada como PERSONAL. Nuestra última conversación no fue muy bien. Me dijo que estaba registrando la casa en busca de Viagra o Cialis porque estaba convencida de que mi padre tenía una aventura y que era imposible que «pudiera hacerlo por sus propios medios». Cuando traté de poner fin a la conversación, ella se ofendió y me colgó el teléfono. De manera que no puedo sino imaginar lo que me puede haber enviado en un intento por decir la última palabra.

Entonces vuelvo a casa y espero. Hasta que, por fin, dos horas y veintitrés minutos después de mi mensaje, Sage responde: «Gracias, he llegado sin imprevistos y estoy bien».

Por lo menos está «bien». «Bien» es mejor que asesinada y metida en un contenedor. También es mejor que «me lo estoy pasando en grande». Pero el mensaje es tan ambiguo… Lo leo de nuevo. No hay ni una palabra de cariño o emoción. Ni siquiera un emoticono. Y nada sobre los tíos con los que está. Me siento tan en la sombra. Tan… desconectado.

En Lafayette Morehouse, la comuna que visité para preparar mi relación grupal en la casa del árbol, aprendí dos términos muy útiles. Uno es *extraculancia*, el fenómeno por el que una experiencia sexual nueva puede reavivar la pasión en una relación rutinaria. El otro es *energía de la nueva relación*, que designa la obsesión y la fantasía que suelen acompañar a una nueva aventura (y que a menudo se considera una amenaza para la pareja primaria de alguien).

Así que me digo que solo va a buscar una extraculancia, que cualquier energía que encuentre en una nueva relación acabará debilitándose y que, a largo plazo, todo esto fortalecerá el vínculo y la pasión entre nosotros.

Pero no ayuda.

De modo que vuelvo a recurrir a Lawrence y lo saco a cenar, con la esperanza de distraerme, obtener más apoyo y absorber un poco de lawrencismo.

—He estado pensando en algo que me trae de cabeza —le digo—. No es que no confíe en Sage. Es que no sé qué intenciones tiene Donald. ¿Se la ha llevado como amiga o porque quiere acostarse con ella?

En el mismo momento en que formulo la pregunta, la respuesta parece obvia.

—O sea, ¿qué haces si piensas que un tío no te está respetando o cree que te está robando la novia y que, de alguna manera, es mejor que tú?

—Si algún menda se cree mejor que yo, allá él con su idiotez —hace una pausa, probablemente para intentar empatizar con alguien tan atrasado emocionalmente como yo; luego añade compasivo—: Sin duda hay un período de transición durante el cual se pasa por multitud de estados emocionales. Puede que tengas inseguridades pavorosas sobre si el otro tío le conviene a ella más que tú o si te está utilizando para relacionarse con ella. Tienes que saber que eso forma parte del proceso de adaptación.

Supongo que tiene su lógica: hace falta un tiempo para dominar la dinámica de una nueva relación. Y, desde luego, esta lo es. Contraviene prácticamente todo lo que he leído, oído, pensado y observado desde que era niño. Se supone que los hombres no comparten a las mujeres. Se supone que luchan y compiten por ellas. Menelao desató la guerra de Troya después de que su mujer, Helena, huyera con Paris; la aventura del caballero Lanzarote con la esposa del rey Arturo provocó la guerra entre ambos, y en numerosos cuentos, desde la *Odisea* hasta la épica hindú del *Ramayana*, los hombres participan en torneos para ganarse la mano de la princesa o de la reina. Solo uno puede salir victorioso, no dos ni tres. Eso es mucha reprogramación por hacer.

Pero no para Lawrence, por supuesto.

—Leah es tan increíble que me gusta que otras personas tengan el placer de experimentar con ella lo mismo que yo —me explica—. Y estoy tan enamorado de ella que me gusta que haga todo aquello que la hace feliz.

Es un sentimiento hermoso y extrañamente romántico. A medida que habla, yo me esfuerzo por cambiar mi perspectiva de las cosas, por hallar el placer en el sufrimiento emocional del que me habló Corey Feldman, para que no sea mi amor propio, sino mi amor por Sage, el que guíe mis sentimientos.

Y es entonces cuando me percato de que en realidad no quiero una relación abierta. Lo que yo quiero es una relación medio abierta. No tiene ninguna lógica: quiero estar con quien a mí me dé la gana mientras mi pareja se ciñe a estar conmigo. Está claro que no he evolucionado tanto como Lawrence, que no soy emocionalmente tan estable como Pepper, que no busco tanta aprobación como James ni soy tan masoquista como Corey Feldman. Quizá no esté buscando una relación alternativa, sino simplemente una relación patriarcal egocéntrica,

intransigente con las emociones de ella y laxa con las mías.

No he aprendido nada.



46

En su segunda noche en México, Sage me hace una breve llamada desde una discoteca para decirme que está borracha y que me quiere. Absorbo el «te quiero» con avidez como si fuera morfina para mi dolor.

—¿Qué tal va? —le pregunto nervioso.

Deseo más que nada en el mundo que Sage se lo esté pasando de pena y que esté ansiosa por volver a casa. Pero nada más lejos de la realidad.

—Flipo con lo bien que me lo estoy pasando —me grita al teléfono—. Y los chicos me están tratando como a una princesa. Básicamente, todo lo contrario de nuestra relación. Soy la única chica y tengo a dos chicos conmigo todo el rato, cuidando de mí. Me han puesto un apodo.

Me cuesta oírla bien con la música de fondo. El apodo suena como…

—¿Tresilla? —le pregunto.

—Fresilla.

Intento imaginarle a la palabra algún tipo de connotación sexual, pero me quedo en blanco. Es mejor que Tresilla, que podría perfectamente ser una postura que requiera a dos hombres.

Hablamos durante unos minutos y luego me dice que se tiene que ir.

—Esta discoteca es increíble —grita—. Me han llevado detrás de una pantalla

y he bailado delante de ochocientas personas. Luego ha venido un enano y ha empezado a hacer como si se me estuviera chingando.

—Suena alucinante —procuro verle el lado positivo—. Ojalá estuviese allí.

El resto de la frase me la callo: «… para patear al puto enano ese por toda la discoteca».

Así que esto es tener una relación abierta: estar tirado en el sofá en gayumbos, comiendo bocadillos de mantequilla de cacahuete mientras tu novia está en un *resort* mexicano de desnudo opcional, bajo los atentos cuidados de dos esclavos masculinos y siendo sometida al folleteo de pacotilla de un enano. Y yo me lo estaba perdiendo.

Quiero invitar a una de nuestras compañeras de juegos a pasar la noche, pero eso entraría dentro de la definición de conducta adictiva: utilizar el sexo como analgésico para evitar emociones desagradables. Además, estoy tan exaltado que no creo que pueda estar pendiente de nadie.

Dejo el bocadillo en el suelo. Se me ha pasado el hambre. Un dolor me recorre el pecho y me retuerzo agónico. Es como si tuviera un picor en el corazón y no pudiera rascarme. Rememoro la conversación que tuvimos en Bliss, cuando ella decía que consideraría poco varonil que un tío con el que estuviera saliendo le permitiera acostarse con otro hombre. Al darle libertad, ¿me habrá perdido el respeto?

Estaba segurísimo de que esta era la relación a la que mi vida se veía encaminada. Pero la libertad no es tan dulce sin seguridad. Puede que esta sea la otra cara de la evasión del amor: tengo la necesidad de sentir que alguien me necesita, aunque en realidad no me guste.

Miro el reloj. Solo son las ocho de la tarde. Tengo el número del móvil de Lorraine. Nunca la he llamado de repente para pedirle ayuda. La mera idea resulta presuntuosa. Ella trata con adictos cuyas vidas están en riesgo. Yo soy solo un idiota que ha dejado que su novia se marche a Cancún con dos actores sementales.

—¿Cómo te has tratado? —pregunta Lorraine cuando contesta al teléfono.

Es el saludo perfecto para un psicoterapeuta: de los que llevan mensaje. No tiene que ver con lo que sucede ni con las novedades ni con cómo me trata la vida. Esas son cosas que no necesariamente se pueden controlar. Lo único que se puede

controlar es tu respuesta a ellas, cómo te tratas a ti mismo.

—Pues no muy bien —le digo, y le expongo la situación.

Ella escucha sin emitir juicios. Cuando acabo, simplemente me responde:

—Te recomiendo que te conviertas en el científico de tus propios bajones.

—¿Qué quieres decir?

—Si te duele el corazón, entra dentro del dolor y procura encontrar su origen, en lugar de dejar que el dolor te guíe o de intentar escapar de él o de superarlo.

—Vale —la empatía que transmite su voz y la lógica de sus palabras me reconfortan; ya me siento mejor—. Creo que ha sido un momento de pánico pasajero. Gracias. Ya te dejo en paz.

—Recuerda que, por debajo del miedo al desorden, el evasor del amor siente, secretamente, terror al abandono.

Tiene sentido: cualquier madre que aglutine a su familia también la está abandonando a nivel emocional.

—Tú recuerda —añade con ternura— que los únicos a quienes se puede abandonar son los niños y los ancianos dependientes. Si eres un adulto, entonces nadie te puede abandonar salvo tú mismo.

—Gracias. No volveré a molestarte.

—Me alegro de poder ayudar. El mes que viene estaré en Los Ángeles. ¿Por qué no planeamos otra cena con tu amigo Rick?

—Me encantaría. ¿Te he dado ya las gracias?

—Sí, ya lo has hecho.

—Gracias.

—Buenas noches.

Cuelgo el teléfono, vuelvo a tumbarme en el sofá y trato de sumergirme en

los sentimientos que estoy experimentando. Son bastante fáciles de identificar, porque todos son matices de la misma emoción: el miedo.

El primer miedo que emerge es el de no ser suficiente, el de pensar que Sage se lo está pasando mejor sin mí, que estos tíos la están cuidando mejor, que tiene más en común con ellos, que les queda mejor el bañador, que la aprecian más, que son mejores en la cama que yo. Aunque solo la mitad de esto fuera cierto, mi segundo miedo se convertiría casi en una certeza: el abandono. Quizá esté descubriendo que es más feliz conmigo lejos o, aún peor, que apenas piense en mí y que la llamada no fuese otra cosa que un trámite obligado de una evasora del amor actuando movida por un sentimiento de culpa. El tercer miedo es que no estoy hecho para la no monogamia y que soy un hipócrita que quiere tirarse a otras mujeres, pero que no permite que su pareja disponga de su propia libertad.

Solo que no soy un hipócrita. En realidad, yo accedí. Lo que ocurre es que es mucho más difícil de lo que pensaba.

Detrás de todos estos miedos se halla el más profundo de todos: que Joan, en rehabilitación, tenía razón, padezco un trastorno de la intimidad y toda esta búsqueda ha sido un síntoma de ello.

Me imagino a Sage regresando a su hotel borracha, tumbándose boca abajo en el lujoso tresillo del Temptation mientras los dos sirvientes se quitan la camisa y empiezan a acariciarla. Poco a poco ella se va excitando, levantando las caderas, arqueándose mientras los dos hombres se sitúan uno a cada…

—Ama y déjate llevar —me digo, con la frase tomando forma en mi cabeza, aparición fantasmagórica de una vieja lección de un viejo profesor. Inspiro profundamente varias veces, para calmarme—. Ama y déjate llevar.

Todo aquello que he estado descalificando como ilógico en las relaciones monógamas realmente no es lógico. En eso llevaba razón. Pero lo que no tuve en cuenta es que es emocional. Mi cerebro sabe que haga lo que haga Sage no va a afectar a nuestra relación, y si lo hace, entonces significa que la relación no procede. Pero mi corazón no lo escucha. De pronto caigo en la cuenta de por qué las mujeres de San Francisco aceptaron la relación grupal sobre una base teórica, pero, en cuanto la experimentaron, aparentemente todas me querían para ellas solas.

Antes de meterme en la cama decido abrir la carta que me ha enviado mi madre. Dentro solo hay una hoja de papel arrancada de un cuaderno. Reconozco mi

caligrafía en los números que hay escritos. Es evidente que se trata de un castigo que me impusieron siendo adolescente, aunque no lo recordaba. Me limito a sostenerlo entre las manos y a mirarlo atónito, preguntándome qué clase de persona querría que su hijo pensara esto de sí mismo:



No ayuda mucho. Pero explica muchas cosas.

A la mañana siguiente, cuando le escribo un mensaje a Sage, ella no responde. Más tarde me voy a comer con un colega de profesión que ha estado ayudándome a revisar la versión definitiva del libro sobre la guerra del narco en México, y estoy tan atenazado por el estrés que apenas si atiendo a lo que me está diciendo. En cambio, no hago más que esperar, tenso, pendiente del teléfono, rezando por oír el pitido

tranquilizador de un mensaje entrante de Sage.

En cuanto terminamos de comer compruebo los mensajes en el móvil, no vaya a ser que se me haya pasado. Nada. Y siento como si se me hubiera incrustado una jabalina en el pecho. Desde luego, se lo debe de estar pasando como nunca. Cometo el pecado capital de escribirle otro mensaje.

Por fin, cuando en Cancún ya es casi medianoche, Sage me escribe que se va a acostar pronto y que me llamará mañana desde el aeropuerto.

La noche es larga.

La tarde siguiente me telefonea, según lo prometido, en el transcurso de una escala. Los chicos, por alguna turbia razón, viajan en otro vuelo al día siguiente.

—Te he echado de menos —me dice de entrada; sus consoladoras palabras obtienen el resultado esperado y la angustia empieza a evaporarse; eso sí, hasta que pronuncia su siguiente frase—: Y no te preocupes, no me he tirado ni se la he mamado a nadie.

Es demasiado específico. Inmediatamente doy por hecho que les ha hecho pajas a todos.

—Me lo he pasado bomba —continúa—. Les encanta ser mis subordinados. Creo que ese es su fetiche. Les gusta esperarme y que les diga lo que tienen que hacer, como, por ejemplo, chuparme los dedos de los pies.

Automáticamente me entra el pánico. Pero lo que importa, me digo, no es cómo me siento yo, sino cómo se siente ella.

—¿Te ha gustado?

—Es divertido que te mimen tanto, y ellos me gustan.

A pesar de que el «me gustan» me arranca una mueca, mientras sigue hablando experimento un arrebato de júbilo por ella. El novio que tuvo antes de mí era extremadamente dominante y controlador, de modo que dejarse consentir por dos hombres serviles tal vez le haya servido de bálsamo. Es tan dada a complacer a los demás que también se merece que otros se centren en complacerla a ella, para variar.

Sin embargo, justamente después de este pensamiento, me llega un frente frío de negatividad: si le gusta dejarse agasajar por el mamón de Donald y su amigo en un *resort* cutre de Cancún, bailar para ochocientos admirados y un enano, y que unos hombres sumisos le chupen los dedos de los pies… entonces quizá no sea la persona idónea para mí.

La compersión es una lucha constante. Va en contra de cada fibra de mi ser. No sé si mi resistencia a ella es cultural o evolutiva o ambas cosas, pero me esfuerzo por vencer esos obstáculos emocionales. He hecho un montón de cosas extremas y experimentales durante estos últimos meses y, de hecho, bien podría haber sido yo el que se hubiera ido a un *resort* a gozar de las atenciones de dos fervientes admiradoras. Por lo menos ella ha sido sincera al respecto.

Mi exnovia Lisa me dijo una vez que todas las mujeres quieren lo mismo de una relación: ser adoradas. Así que Sage ha pasado un fabuloso fin de semana de adoración, y puede que esto me ayude a recordarme que no la infravalore nunca y que nunca deje de demostrarle el aprecio que le tengo.

Pero entonces me dice:

—Y nunca me había dado cuenta de lo mucho que nos escribimos.

—¿Qué quieres decir?

—Siempre que sacaba el móvil, me lo comentaban.

Y es en ese punto cuando se rompe el dique, cuando el adulto compersivo se transforma en el niño herido. Antes de poder impedírmelo, le doy un puñetazo a la pared y pego un grito. Ni siquiera entiendo por qué me duelen tanto sus palabras hasta que, pasados unos segundos, la emoción se mitiga y entra en juego la vergüenza. Todo este fin de semana, mientras yo sufría porque ella no me escribía, daba por hecho que sencillamente estaba demasiado ocupada pasándoselo en grande. Pero esa no era la razón de que no escribiera: era porque los tíos con los que estaba lo censuraban. De modo que la historia que yo oigo es que sus sentimientos son más importantes que los míos, que el hecho de que ellos no la juzgaran era más importante que contactar conmigo. Y eso me jode mucho.

—¿Te encuentras bien? —pregunta.

—Sí. Siempre podías haberte escabullido un momento para escribirme, ¿sabes?

—Ya lo sé, pero me lo estaba pasando tan bien en esa burbuja de fantasía. Y temía que, si hablaba contigo, se estropeara todo o que las cosas cambiaran.

Otro mazazo. O sea, que desconectó *deliberadamente*. ¿Cómo voy a seguir siendo compersivo si ahora me he convertido en el enemigo de su diversión? Soy el que revienta la burbuja.

Lo que me apetece contestarle es: «Si llamarme te corta tanto el rollo, entonces vamos a dejar de vernos». En cambio, lo que le digo es:

—Me alegro de que te hayas divertido. Pero tenemos que mejorar la comunicación. Ningún tío tiene por qué decirte lo que está bien o mal de nuestra relación, y no entiendo ni por qué tenías que hacerles caso.

Se produce un silencio en la línea, seguido de un sonido gutural sincopado y una rápida aspiración. Mierda, está llorando. Se lo ha pasado en grande en Cancún, y ahora voy yo y la hago llorar. Estoy haciendo exactamente lo que ella se temía que haría, reventarle la burbuja. Con razón no me llamaba. Y con razón me está dando un ataque de vergüenza.

La culpa tiene que ver con no ser bueno con alguien. La vergüenza tiene que ver con no ser bueno para ella.

—¿Por qué no puedes entenderlo? —me ruega por fin—. Necesitaba hacer esto para mí.

—Lo puedo entender —respondo— si tú te comunicas.

Al tiempo que las palabras salen de mi boca, me doy cuenta de que estoy repitiendo la crítica que la ha hecho llorar. La comunicación era algo que yo necesitaba, no ella. Ella necesitaba libertad. Estoy seguro de que Leah no le envía mensajes a Lawrence cada cinco minutos cuando está en casa de algún tío: «Acabo de bajarle la bragueta, ¡ja, ja!, le estoy lamiendo el culo, sabe a kombucha, ahora me lo estoy follando, ¡te echo de menos!».

Sage tiene toda la razón del mundo: habría reventado la burbuja. De haber hablado, habría sentido la necesidad de opinar acerca de todo, de burlarme de los chicos, de controlar en cierto modo la experiencia o asegurarme de que estaba pensando en mí de una forma u otra, igual que Tommy con su incontenible verborrea mientras yo me lo montaba con su prometida. No, yo ya no uso las reglas para controlar a la gente. Ahora, en cambio, solo hago como si le diera libertad para

luego utilizar la culpa y una actitud pasivo-agresiva para poder controlarla.

Para ser un tío al que no le gusta que lo controlen, nunca me había dado cuenta de lo controlador que soy. Estoy actuando justamente igual que mi sufriente madre. Es una revelación deprimente. Seguramente a Rick le encantaría oírla.

Las relaciones monógamas sanas requieren, sin duda, de una elevada inteligencia emocional, por no decir un vínculo seriamente sólido. Y por desgracia yo todavía no estoy en ese punto. Lo que no significa que no pueda hacer una transición fructuosa de una relación medio abierta a una abierta (de egoísmo a desinterés) por medio de unas prácticas más conscientes. Solo se trata del período candente. Nadie dijo que fuera fácil.

Si de verdad quiero ser compersivo con Sage, y no un hipócrita integral, necesito seguir el consejo de Lawrence al pie de la letra y comprender que es una mujer adulta que puede cuidarse sola. Sin embargo, pienso a renglón seguido, ¿confío realmente en que sabrá cuidarse sola? ¿Acaso se puede confiar en que yo sepa cuidarme solo?

—¿Hay algo más que quieras contarme? —le pregunto cuando el anuncio del embarque de su vuelo deja de resonar de fondo.

—Mmm —empieza a decir con timidez—. ¿Me has echado de menos?

—Sí —le digo—, claro.



47

Antes de ir al aeropuerto a recoger a Sage, quedo con Adam cerca de su oficina para hacernos unos largos en la piscina. Lo pongo al día de los altibajos en mi relación.

—Por lo menos es una relación honesta —me dice—. Y eso es bueno. Pero mi

pregunta es la siguiente: ¿es real?

Es una buena pregunta. Una pregunta que he estado evitando hacerme.

—Francamente, no podría decirte si funcionará a largo plazo. Pero es la relación más real que he tenido desde Ingrid. Y tiene todo lo que dije en la rehabilitación que quería. Pero me está volviendo loco.

Mientras nos cambiamos en los vestuarios, le pregunto a Adam si alguna vez ha tenido la tentación de contactar con la mujer con la que tuvo una aventura.

—Pues sabrás que pienso en ella todos los días. Y no puedo decir que desearía que nunca hubiera sucedido, porque ha sido la etapa más feliz de mi vida. Es una pena. Y en cierto modo, mi mujer eso lo sabe.

Al parecer Adam, al igual que la mayoría de la gente, cree que si una relación no se prolonga hasta la muerte, es un fracaso. Pero la única relación que es un verdadero fracaso es la que dura más de lo que debiera. El éxito de una relación tendría que medirse por su profundidad, no por su duración.

Nos duchamos y nos dirigimos a la piscina. Por el camino nos cruzamos con una mujer alta y bien formada, vestida con un traje de baño de una pieza.

—Pues mira, si esa se echara en mis brazos, sería difícil resistirse —me comenta—. Cuando no eres feliz en tu matrimonio, te vuelves vulnerable. Así que me mantengo ocupado con el trabajo y ella se mantiene ocupada con los niños.

Me habla de un libro que ha leído recientemente, llamado *Lo que él necesita, lo que ella necesita*, de Willard F. Harley, un psicólogo clínico que escribe que un hombre necesita básicamente cinco cosas de su esposa: satisfacción sexual, acompañamiento recreacional, atractivo físico, apoyo doméstico y admiración.

—Me parece que ella no cubre ninguna de esas necesidades —dice Adam.

—Y según él, ¿cuáles son las necesidades de una mujer?

Adam explica que las cinco necesidades básicas de una mujer son el afecto, la conversación, la honestidad y la transparencia, el respaldo económico y el compromiso familiar. Resulta anticuado escribir que una mujer necesite el dinero de su hombre, pero no el sexo, y que él necesite el apoyo doméstico, pero no la conversación; en cambio parece que a Adam no le rechina. Algunas veces me da la

sensación de que lo que iba buscando en su relación no era a alguien por quien estar colado sino a alguien que le colara los espaguetis.

—Le di el libro a mi mujer y le señalé tres páginas que explican por qué tuve la aventura, para que pudiera entender qué es lo que echo de menos en nuestro matrimonio —se lamenta—. Pero no se ha tomado el tiempo para leerlas.

Mientras nos acomodamos en carriles contiguos, Adam me cuenta que últimamente ha padecido insomnio y que le ha salido un sarpullido rojo en la mano derecha que le causa irritación.

—La dermatóloga dice que puede darme un medicamento indicado para esto, pero que está relacionado con el estrés y no remitirá hasta que el estrés pase.

Y entonces caigo en la cuenta. No es un adicto al sexo.

—¿Te acuerdas de cuando nos enseñaron que la adicción es algo que afecta a la vida y al espíritu, que va empeorando progresivamente y que no puedes evitar por mucho que sepas que no es bueno para ti?

—Sí —dice.

—Me acabo de dar cuenta de que eres un adicto al matrimonio.

—Eso mismo creo yo. Por lo que sea, no lo puedo dejar.

—A lo mejor necesitas ir a rehabilitación para curártelo.

—Junto con otro montón de casados —responde, y sale nadando delante de mí.

Cuando me dispongo a ir a recoger a Sage, llamo a algunos de los demás chicos de rehabilitación y únicamente Charles está de humor, después de haberse curado de la adicción al sexo poniendo fin a su matrimonio.

—He dejado de ir a las reuniones —dice en un tono que, para ser él, suena de lo más animado—. Y estoy muy contento, como un crío. Voy por la calle con la cabeza alta. Miro a la gente. Es como si alguien hubiera encendido las luces, y ya no tengo esa sensación triste de estar encerrado y de no poder salir a hacer cualquier cosa nunca más.

Hace una pausa y luego me confiesa:

—Y por fin me he terminado *El método*.

—¿Y te parece bien?

—No, pero lo utilicé el otro día para conocer a una mujer en el túnel de lavado. Hemos quedado para mañana.



48

Dicen que la ausencia es al amor lo que al fuego el aire, que apaga el pequeño y aviva el grande; pero, según la ciencia, más poderoso aún que el gran espacio que media entre tú y aquel al que amas es el pequeño espacio entre esa persona y otra. En los estudios acerca de la competitividad del esperma, los machos eyaculaban más y con más fuerza después de que su pareja hubiera estado con un rival. En su libro *Mating in Captivity*, la psicóloga Esther Perel advierte de que la única manera de mantener viva la tensión romántica y sexual en una relación es por medio de la separación, la imprevisibilidad y el miedo a la pérdida.

Así las cosas, teóricamente, el regreso de Sage debería llevarnos a un escenario de predisposición a la pasión y al sexo como forma de resarcimiento.

Por desgracia, las cosas no transcurren por esa vía.

Cuando emerge de la aduana, Sage va hablando con un hombre bronceadísimo de rostro demacrado y curtido. El apasionado reencuentro que yo ansiaba no se produce porque él se queda cerca mirándonos de un modo embarazoso.

—Este es Mike —dice Sage después de darme un tibio abrazo—. Nos hemos conocido en el avión. Es director.

Intento elegir el camino fácil. No es sencillo, porque necesito desesperadamente tener la confianza de que, aunque México no haya sido una plena extravagancia, sí que lo ha sido en el plano podológico y no ha afectado a nuestra relación. Pero ahora hay un tío de rostro enjuto merodeando a nuestro alrededor como un guardaespaldas.

—Estupendo —le digo—. Sage es actriz. ¿Os habéis intercambiado el número de teléfono?

—Pues sí —dice él.

—Bueno, encantado de conocerte.

De camino al aparcamiento, Sage me explica:

—Me ha ofrecido trabajo en una de sus películas.

—Eso sería genial. Ya veremos si lo mantiene —luego hundo aún más el cuchillo—. Los tíos dicen cualquier cosa para conseguir lo que quieren.

Su semblante se ensombrece.

—A lo mejor ha visto algo en mí que le parece especial —alarga la última palabra y se queda mirándome, como acusándome de ver en ella solo un objeto de deseo, y no a alguien de talento.

Y tiene razón. No estaba hablando con ánimo de abrir las cosas. Estaba hablando con ánimo de cerrarlas, de despertar dudas, de exponerlo a él como un fraude en potencia, para envenenarle a ella la mente en contra de un posible rival.

Si quiero que este espíritu de apertura funcione, tengo que mostrarme más neutral respecto a los otros hombres. A mí me molestaría que ella despotricara acerca de algunas mujeres a las que he conocido. Como dijo Lawrence, ella ya puede descubrir la verdad solita. No soy yo el que tiene que acostarse con él. Estos solapados intentos de controlarla se acaban hoy mismo.

Las relaciones son como varillas de zahoríes que sirven para localizar defectos y debilidades.

En el coche, de vuelta a casa, en medio de un incómodo silencio, pienso con preocupación en cuántos tíos de estos va a haber en nuestra vida a partir de ahora:

actores impostados, directores escalofriantes y productores vomitivos que se pegan como sanguijuelas a la carne fresca femenina que llega a Hollywood cargada de sueños. Una amiga conoció una vez a uno de los productores de Hollywood más importantes, que le dijo que podría «acelerar» su carrera. Le explicó que solo consistía en pasar un poco más de tiempo por las noches con él y con algunos de sus «influyentes» amigos.

Cuando llegamos a casa, beso a Sage y ella me besa a mí. La llevo hasta la cama y ella me sigue. Le quito la ropa y ella me deja. Le hago sexo oral y ella separa las piernas. La penetro y ella gime para mí.

La mujer que se fue a México no es la misma que la que ha vuelto de México. No me está haciendo el amor; simplemente está consintiendo el sexo.

Sin embargo, justo cuando estoy a punto de desistir, decepcionado, ella se pone encima, cierra los ojos y empieza a montarme con entusiasmo. Cualquiera que nos mirase (alguien como Tommy) se llevaría la impresión de estar presenciando un encuentro apasionado. Pero la conozco demasiado. Tiene los ojos apretados y la mente en otra parte. Está fantaseando con que está encima de otra persona. Estoy seguro. Tal vez alguno de los chicos del viaje, o el Caracurtida del avión.

O sea que esto era lo que sentía Ingrid todas esas veces en las que yo conectaba en el plano sexual, pero desconectaba en el mental.

—¿Va todo bien? —le pregunto mientras estamos los dos tumbados juntos, tan cerca y tan lejos.

—Estoy bien.

—¿Sabes lo que significa *bien*?

—No.

—Da igual.

Se suponía que tendría más amor que dar después de estas experiencias. Se suponía que su sexualidad tendría que estar más viva, intensa y libre. En cambio, hay menos amor, menos sexualidad, menos Sage.

Me parece que la he perdido. Y ni siquiera sé frente a qué la he perdido.



49

Esa noche damos un paseo por la playa para ir a comer a Paradise Cove. Las olas alisan suavemente la arena y el cielo resplandece de estrellas, aviones, planetas. No hay nadie a la vista. Solo Sage y yo, y las largas sombras que proyectan los haces de las linternas mientras avanzamos pesadamente en silencio.

Me siento como si estuviera llevando a un prisionero al cadalso, solo que no sé qué delito se ha cometido ni quién de los dos es el culpable.

Uno de los daños colaterales de la rehabilitación es que ahora tengo una obsesión enfermiza con la infancia de la gente, además de con la especie a la que pertenece a la hora de relacionarse. Por eso, tal y como nos enseñó Lorraine, analizo la relación de Sage con su progenitor del sexo opuesto en busca de pistas que arrojen luz sobre nuestra relación. Y el patrón es claro: mientras se amoldaba a las disparatadas expectativas que tenía su padre con respecto a ella, era la niña de papá; hasta que hacía valer su independencia y él perdía los estribos, a menudo de forma violenta. Después de que la amenazara de muerte siendo una adolescente, ella llegó a negociar con un sicario para deshacerse de él de una vez por todas. Por lo tanto, tiene sentido que se ajuste al molde de la novia perfecta y se ocupe de mis necesidades, para luego empezar a perder el control, acumular cada vez más resentimiento y rebelarse.

Si esto es así, entonces abrir la relación no tenía nada que ver con la libertad, sino que era una vía de escape. Y eso es exactamente lo que da la impresión de haber hecho. Por lo que en realidad no estoy llevando a un prisionero al cadalso. Estoy devolviendo a la cárcel a un preso fugado.

Esperemos que Caracurtida no sea el sicario que ha contratado para matarme.

De vez en cuando el sonido de su móvil interrumpe la quietud y teclea una respuesta. Hasta que, a final, ya no lo soporto más.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro.

No sé cómo plantearlo sin parecer celoso. Puede que sea imposible. Así pues, plenamente consciente de que va a sonar a lo que dirían todas las mujeres de las que he estado huyendo, me lanzo:

—¿Tienes algo con el tío ese del avión?

—¿Qué quieres decir?

—Pues, no sé, que si pasó algo con él o si hicisteis algo.

Me esfuerzo por suavizar la crudeza de lo que estoy pensando.

—No, nada. Solo hablamos.

—¿Te interesa para salir con él?

Me odio a mí mismo por preguntarle estas cosas. No sé si estoy intentando encontrar el muro que ha levantado entre nosotros para poder derrumbarlo o para utilizarlo como excusa y dar marcha atrás. Posiblemente sean las dos cosas. Este es el baile de dos evasores del amor: déjame derrumbar tu muro para que yo pueda construir el mío en su lugar.

—Bueno, creo que podría ser un buen contacto. Y me ha dicho que me daría trabajo, lo cual estaría genial.

—Sería una buena oportunidad —murmuro, cuidando de cumplir mi promesa y dejar de controlarla.

Mientras tanto, mi mente representa todos los escenarios aterradores imaginables. Culminan en todo tipo de situaciones, desde ella llorándome porque él la ha echado a patadas del coche después de haberle hecho una mamada, hasta yo solo en casa viendo la ceremonia de los Oscar al tiempo que ella entra en casa colgada de su brazo vestida con un vestido caro de diseño.

De pronto, el móvil de Sage tintinea. Ella lo consulta de inmediato.

—¿Es él? —pregunto.

Mi adulto funcional se ha desatado. Soy el niño herido, temeroso de perder el amor.

—No.

—¿Y quién era entonces?

Me oigo a mí mismo formular la pregunta y soy incapaz de evitarlo. La gente suele decir que hay que confiar en los sentimientos, pero las emociones pueden llegar a ser más estúpidas aún que los pensamientos.

—Mi hermana —dice.

No la creo. Tanto mis emociones como mis pensamientos están de acuerdo en esto.

Así que digo algo que nunca le he dicho a nadie, la frase mágica capaz de destruir una relación, las tres palabras que Ingrid me dijo a mí poco antes de que rompiéramos:

—Enséñame el móvil.

—No —dice.

—Ahora sí que estoy seguro de que me estás mintiendo. Enséñamelo.

Alza el teléfono a la altura del pecho y sus dedos bailan frenéticamente por toda su superficie.

—¡Si se te ocurre borrar algún mensaje, se acabó!

He dado un ultimátum. He tocado fondo.

Sage gira en redondo y emprende el camino de regreso a casa. Es algo que yo mismo habría hecho, huir antes que enfrentarme a la responsabilidad por mi comportamiento. Es lo primero que hice cuando Ingrid me pilló engañándola: le dije que la llamaría más tarde.

Corro detrás de Sage, le prometo que no me disgustaré, le hago todos los arrumacos posibles para tranquilizarla… hasta que, por fin, como un niño al que han sorprendido escondiéndose una galleta a la espalda, se saca el móvil y me lo ofrece.

—Me da miedo que me odies y que nunca más quieras volver a hablarme —dice.

Me preparo para lo peor.

El corazón me late a mil por hora, como si me fuera a estallar. De ninguna manera esta situación puede acabar bien. Si él no le ha escrito, entonces estoy pirado. Si lo ha hecho, entonces estoy en lo cierto. Y tanto si estoy pirado como si estoy en lo cierto, algo falla en esta relación para que nos encontremos ahora mismo con este panorama.

En el teléfono veo docenas de mensajes de él, todos de hoy. El primero que me llama la atención es peor que cualquier cosa para la que me hubiera podido preparar: «Nunca había hecho nada semejante en un avión». Agonía, repulsión y horror se agolpan en mi garganta como el vómito. Hay otro mensaje acerca del innegable magnetismo que existe entre los dos.

En el avión estuvieron hablando durante horas, me dice. Había una poderosa química entre los dos, me dice. Su rostro estaba tan cerca del de ella que empezaron a besarse sin más, me dice. Surgió de la nada, me dice. Lo siguiente que recuerda fue que estaban en el servicio tonteando, me dice. Ni siquiera follaron ni se quitaron nada de ropa, me dice. Ella le puso freno por respeto a mí, me dice. Y luego, al final, me dice que ella quería esperar para hablarlo conmigo, pero que no sabía cómo planteármelo.

A medida que las palabras y las lágrimas van derramándose desordenadamente, en mi interior se agolpan atropelladas ráfagas de emociones y de pensamientos. Hay ira, porque me ha mentido. Hay celos, por la química que hay entre ellos. Hay asco, porque me parece tan vulgar. Hay comprensión, porque se parece bastante a lo que hice yo con Nicole y a cómo reaccionó James. Hay incluso alivio, porque no estaba pirado cuando pensé que había algo más detrás de su versión de los hechos. Y hay miedo, por tantos motivos.

—Le hablé de ti y de nuestra relación. Por eso quería conocerte en el aeropuerto —concluye.

Pero, por encima de todas esas emociones, hay un total y absoluto desconcierto.

—¿Cómo has podido? No lo entiendo.

Empieza a temblarle el labio inferior. Otra vez voy a provocar su llanto. Me da igual. Y no me da igual.

—Tenemos una relación abierta —continúo.

Silencio. Reprime las lágrimas y me mira.

—Puedes hacer lo que quieras.

Se cruza de brazos desafiante.

—Lo único que te pedí fue honestidad.

En su frente se dibujan las marcas del odio.

—Me has mentido y me has engañado en una puta mierda de relación abierta sin reglas.

Ahora vienen las lágrimas, ardientes de resentimiento.

Soy su padre. Soy el aguafiestas. Soy el enemigo de la libertad. Soy el que revienta la burbuja.

Al menos lo soy para ella. Pero tenemos una relación abierta y libre. Era completamente innecesario andar a hurtadillas y mentirme. Esa es la cuestión. Si me hubiera contado la verdad, la responsabilidad de hacer frente a mi reacción habría recaído sobre mí. Pero está claro, tal y como debería haber deducido de mi experiencia con Nicole y con su amiga francesa Camille, que una relación abierta no es la panacea contra la desdicha y el engaño. Y ya dijo Sage que había engañado a su último novio.



Esa noche Sage y yo hablamos durante horas, hasta que parece que ya hemos derribado lo suficiente nuestros muros para ver por fin quién es el otro en realidad: las fortalezas y las debilidades, los dones y las heridas, las esperanzas y los miedos, los problemas maternos y los problemas paternos. Después conectamos sexualmente a un nivel y a una profundidad que son a partes iguales intimidad y desahogo. No estoy seguro de si es amor —quizá estemos los dos demasiado lastimados como para ser capaces siquiera de amarnos—, pero indudablemente es pasión. A los teóricos de la competitividad del esperma no les faltaba razón, al fin y al cabo.

Viéndola mientras duerme, con las mejillas sonrosadas por el calor, la luz acariciando las pecas ya desprovistas de maquillaje y el rostro bañado por la inocencia que pertenece a aquellos que sueñan, una empatía abrumadora recorre todo mi ser. Y soy consciente de que solo tengo que aceptarla como si ella fuera yo mismo, no esperar que se comporte de forma diferente a mí en las cuestiones del corazón y de la carne. Cada restricción impuesta en mi vida se ha convertido en una invitación a la rebelión. Es el momento de comprometerme completa y definitivamente con la libertad y con los riesgos que entraña: darle a Sage la suya y gozar de la mía.

Al cabo de tres días, Sage acude a su primera cita: con Mike, el del avión. Procuro dejar de pensar en él como Caracurtida. Ese era mi antiguo yo, el no compersivo. Esa noche no le pregunto adónde va ni cuándo va a volver a casa. Y no le escribo ningún mensaje mientras está fuera. Las correas son para los perros y para las familias del cuero.

Entre tanto, invito a una de nuestras compañeras de juegos a pasar la noche. Y ahí es cuando descubro el siguiente desafío de tener una relación abierta. Tal y como predijo Pepper, tengo un extraño sentimiento de culpa porque he estado condicionado a creer que siempre estará mal que me acueste con otra mientras mi novia está fuera. Aunque lo más probable sea que mi novia se esté tirando a otro.

Por sorpresa, Sage regresa a casa antes de medianoche y se une a nosotros en el salón para explicarme que sus sentimientos hacia Mike se han esfumado. Cuando le pregunto por qué, ella me dice:

—Creo que es porque desde el día que hablamos, me siento llena de ti.

Colin, uno de los comuneros con los que estudié en Lafayette Morehouse, decía: «La mejor forma de tener una extravagancia es asegurarse de que la mujer

primaria con la que estás se sienta plenamente satisfecha y cuentes con su beneplácito. Tiene que sentir que tiene superávit de ti».

A lo largo de las semanas siguientes, Sage y yo intentamos adherirnos a esta máxima. Procuramos mantenernos mutuamente plenos. Procuramos liberarnos de la posesividad. Procuramos comunicarnos, superando la incomodidad, el miedo y los celos, todos ellos inevitables. Y procuramos no salir con personas que no respeten nuestra relación o que quieran convertirse en nuestro primario.

Procurar es la palabra clave, porque gestionar sentimientos es como domar leones. No importa lo bien que tú creas que te está saliendo, en el fondo el control lo tienen ellos. Una noche, montándonos un cuarteto, Sage me muerde la mejilla, a continuación desaparece en el cuarto de baño y arroja una botella de agua contra la pared. Otra noche, visitamos un club de *bondage*, donde un chico que se parece a Glenn Danzig azota y castiga a Sage durante media hora. Me siento tan emasculado al verla disfrutar siendo dominada magistralmente que, al volver a casa, la tomo con ella sin razón aparente. Y lo más duro de todo, una noche Sage sale con Winter, su amiga tatuada, y tarda dos días en volver.

Hay momentos a lo largo de la relación en los que no me gusto. Hay momentos en los que no me gusta ella. Y hay momentos en los que estamos en perfecta armonía, compartiendo nuestras historias de extravagancias, haciendo después el amor cara a cara y hallando en este acto mucha más satisfacción.

A pesar de los altibajos y las desventuras, me digo a mí mismo que no es más que el período candente, que tengo entre manos emociones muy potentes, como la culpa y el miedo, y que las manejo mucho mejor a raíz de haber fracasado en las relaciones monógamas que me han traído hasta aquí, que la comodidad está a la vuelta de la esquina. Y entonces, una noche, estando los dos juntos en la cama, Sage se vuelve hacia mí con los ojos brillantes y me dice:

—Quiero tener un hijo contigo.

Aunque sus palabras son más el resultado de la pasión momentánea que de un juicio premeditado, me pregunto con entusiasmo si por fin la habré encontrado: una relación en la que encajen los cuatro criterios que expuse cuando inicié este viaje. No es sexualmente exclusiva, es honesta (ahora), es emocional y es capaz de transformarse en una familia. Aunque me pregunto qué habrá que decirle a nuestro niño cuando entre en la habitación y vea a un puñado de mujeres despatarradas en la cama: ¿«Hijo, cuando un hombre y cuatro mujeres se quieren mucho…»?

No obstante, pasados unos minutos me acuerdo de lo que decía íntegramente el último criterio: la relación debe ser capaz de transformarse en una familia con hijos sanos y equilibrados. Y no solo es demasiado pronto para saber si la relación es sostenible, sino que nuestro estilo de vida es demasiado intenso e inestable como para que haya niños de por medio. Y sin el lado festivo, ¿de verdad sigue siendo esto una relación?

Cuando llamo a Rick para discutir con él la viabilidad de que la cosa se ponga más seria con Sage, me responde críptico:

—Deepak Chopra dice que si quieres dejar de fumar tienes que cambiar el modo en que fumas. Dicho de otra forma, si fumas con el café o después del sexo, deja de fumar con el café o después del sexo. Así, cuando fumes en otras situaciones, notarás verdaderamente la sensación en tu cuerpo. Y sabrás lo que es en realidad: veneno en los pulmones.

—¿Y cuál es la analogía para mi situación?

—A lo mejor deberías acostarte únicamente con Sage durante una temporada, para saber con certeza cómo es estar con ella. Ver cuál es la verdad de la relación, y si sois solo amigos o amigos adictos al sexo.

—Es una buena idea. La semana que viene voy a estar fuera del país, así que lo pondré en práctica en cuanto vuelva.

Se trata de un viaje agridulce que no me hace especial ilusión: la ruta a Machu Picchu que reservé inicialmente con Ingrid.

—¿Para qué vas a esperar hasta entonces?

—Porque Sage me trae a unas gemelas como regalo de cumpleaños antes de irme.

—Que Dios nos ampare.



51

Se llaman Josie y Jenn. Tienen unos pechos diminutos, una nariz diminuta y un cerebro diminuto. Estuvimos tonteando con ellas unas semanas atrás en el cuarto de baño de la *suite* de un hotel, donde asistimos a una fiesta.

Sin embargo, cuando llegan se nos presenta un problema inmediato: una de ellas tiene una pupa en el labio superior. No quiero arriesgarme a contraer un herpes, ni siquiera por unas gemelas.

Por fortuna, su doble tiene los labios despejados.

—Vamos a hacer algo que no hayáis hecho nunca —dije Josie, la gemela fiable, levantándonos el ánimo mientras se deja caer en el sofá.

Me devano los sesos en busca de algo que no haya hecho nunca. No me viene nada a la mente de forma inmediata. Ni una sola piedra sexual por remover (ninguna que haya querido remover, al menos). Ha sido prácticamente un año de fiestas de intercambio, harenes, comunas y orgías. Además de todo eso, en nuestras exploraciones, Sage y yo hemos estado en guaridas sadomasoquistas, fiestas *gang bang*, sesiones de meditación orgásmica y cursos de *bondage*. He llegado incluso a acostarme con la madre de las gemelas una noche, después de que me escribiera un mensaje de correo electrónico sin motivo aparente. Tengo el pene, literalmente, en carne viva de tan incesante actividad.

También Sage parece algo perdida.

De repente, un ataque de inspiración.

—Nunca he hecho pis encima de alguien —exclama.

Josie no parece muy entusiasmada con la oportunidad, aunque tampoco se niega.

Sin embargo, a los pocos segundos, Sage se acuerda:

—Ah, sí que lo he hecho.

Mientras estamos allí estrujándonos la cabeza, a ver qué no hemos hecho nunca juntos, Josie salta del sofá. Donde estaba sentada hay una pequeña mancha de color rojo vivo que se va extendiendo. Le ha venido el período.

—Siempre podemos tirar de coca —nos ofrece, como disculpándose, de camino al baño.

Sage acepta la invitación. Yo la declino.

—Ya no tengo tabique, ¡mirad! —dice Jenn, la gemela que tiene la pupa, después de sacar una bolsita del monedero.

Se aprieta el puente y la nariz queda aplastada contra la cara.

—Como Michael Jackson —ríe—. Solo que lo mío es por meterme demasiada coca.

—¿Te ha fundido el tabique? —le pregunto incrédulo.

—Algo así.

—¿Puedo tocarlo?

—Adelante.

Me acerca la nariz orgullosa y se la espachurro como si fuera un gran botón blando.

Uno de los efectos secundarios más peligrosos de la cocaína es que provoca que la gente hable por los codos de sí misma. Y las gemelas no tardan en empezar en airear sus anécdotas sobre los famosos con los que se han acostado y los millonarios a los que han utilizado, mientras Sage no pierde detalle. Si el juego masculino es conseguir sexo, la aleccionan, el juego femenino es aplazarlo. Cuando quieren algo (como un control emocional o un compromiso financiero), ellas dejan el sexo en suspenso, creando una línea de meta que parece ir aproximándose a cada encuentro, aunque siempre se mantiene a un elusivo paso de distancia.

Mientras Sage aspira de la mesa de centro la última raya de polvo blanco, Jenn se carcajea.

—Eso no es una raya, eso es un rayón —se vuelve hacia mí—. ¿Te importa si se pasa por aquí nuestro camello a traer más?

Le aprieto la nariz, a ver si funciona como un botón de apagado.

Es el peor cumpleaños de mi vida, pienso, mientras bajo las escaleras para dormir solo. En la mesilla de noche hay un tubo de pomada que Sage me recomendó para tratarme la irritación de la minga. Me la aplico, sintiéndome molesto y excluido. Así es como acabo cuando salgo con mi propia gemela: está tan ocupada intentando rellenar el vacío que hay en su interior que no tiene tiempo para rellenar el mío.

Para animarme un poco, decido masturbarme delicadamente hasta caer dormido. Es mi regalo de cumpleaños para mí mismo.

Cierro los ojos, respiro varias veces, me relajo sobre la almohada, encuentro una zona donde agarrarme que esté lejos de la parte tierna y me preparo para sumergirme en la fantasía.

Intento imaginarme a una mujer que me guste y con la que todavía no me haya acostado, pero no me viene ninguna a la mente.

Intento pensar en una fantasía sexual que todavía no haya experimentado, pero no se me ocurre ni una.

Intento pensar en algo que me ponga caliente, pero me quedo en blanco.

No tengo nada con qué masturbarme. Ni siquiera pensaba que fuera posible algo así. Por primera vez en mi vida, mis arcas de fantasías están vacías.

Pienso en el reto que me planteó Rick originalmente, hace casi dos años: ¿soy ahora más feliz?

He pasado por muchas experiencias excitantes, incluso he gozado de mucho placer. Pero en verdad no creo haber ganado en felicidad.

Unos investigadores de la Universidad de Princeton llevaron a cabo un estudio acerca de la correlación entre el dinero y la felicidad. Conforme los ingresos se elevaban hasta 75 000 dólares anuales, aumentaba la felicidad. Pero con ingresos

superiores, la gente, de media, no veía incrementado su nivel de felicidad.

Quizá suceda lo mismo con los compañeros sexuales.

Correrme encima de más tetas no va a hacerme más feliz.

Se ve que he confundido el descontrol con la felicidad.

Cuando le pregunté a Lorraine cómo iba a saber si con este viaje estaba siendo fiel a mi propio yo, ella me advirtió: las heridas acarrean dramatismo y trauma, no comodidad.

No cuesta demasiado determinar qué ha acarreado este último año.

«El libertinaje no tiene nada de desenfrenado —escribió Albert Camus—. No es más que un largo sueño».

Es hora de despertar.

52

«**L**os datos clínicos demuestran que los hombres (y las mujeres) que dedican su vida a la satisfacción sexual sin restricciones no alcanzan la felicidad y a menudo sufren de severos síntomas y conflictos neuróticos. La total satisfacción de todas nuestras necesidades instintivas no solo no establece la base de la felicidad, sino que ni tan siquiera garantiza la cordura».

ERICH FROMM, *El arte de amar*



53

Un corresponsal extranjero al que conocí en Haití cuando yo trabajaba para el *New York Times* me contó una vez una historia sobre un colega suyo que nunca he podido sacarme de la cabeza, aunque no haya podido corroborarla de manera independiente: estando en Centroamérica por trabajo, fue secuestrado por unos rebeldes. Las tropas gubernamentales descubrieron su ubicación y planearon una operación de rescate. Antes que entregar a sus rehenes, los rebeldes decidieron matarlos. De modo que uno de los pistoleros obligó al reportero a arrodillarse y le puso una pistola en la cabeza.

En esos momentos finales, el reportero no pensó en la esposa que le esperaba en casa, sino en su novia del instituto. Una mujer con la que llevaba más de diez años sin hablar y a la que apenas había dedicado un pensamiento en todo ese tiempo.

De repente, una explosión sacude la choza. Al cabo de unos instantes, irrumpen las fuerzas gubernamentales y lo rescatan.

Más tarde, el reportero reflexionó acerca de aquel inesperado momento de certeza. La vida le había dado una segunda oportunidad y no cabía duda de qué era lo que tenía que hacer. En cuanto llegó a casa, llamó a su novia del instituto. Ella le contó que estaba divorciada. Así que el reportero dejó a su mujer y se casó con ella.

Mientras recorro el Camino del Inca hasta Machu Picchu sin Ingrid, no puedo dejar de pensar en la historia del reportero. Tal vez no sea un final feliz de cuento de hadas, pero es un final feliz de vida real. La vida es un examen que se aprueba si te mantienes fiel a ti mismo. Para responder correctamente a la primera pregunta, lo único que tienes que saber es quién eres. Vivir es mentir.

En un principio había invitado a Adam a venirse conmigo, pero su mujer dijo que, si se iba a tomar unas vacaciones, debería hacerlo con toda la familia. Luego lo intenté con Calvin, que me dijo que sí, e hizo planes para ir a Brasil a ver a su hijo después. Sage también quería venir, pero los permisos para el camino estaban

agotados.

—Tengo que pedirte un favor —me suplicó Calvin justo antes del viaje—. Asegúrate de que no me vaya de *mongering* en Perú.

—Lo prometo —le digo.

Luego busqué *mongering* en internet y encontré su particular definición de la palabra: ir de putas, especialmente en un país extranjero.

Los primeros dos días el camino se hace incómodo. No solo por la distancia que hay que recorrer y lo empinado de las cuestas, sino porque antes de venir me acosté con Sage y tengo la piel del mango al rojo vivo y me rabia de tanto uso como le he dado, y se tensa al más mínimo contacto. Siempre que me cambio de ropa, tengo que acunarla suavemente, como si fuera un hueso roto. Llevo pomada en el botiquín, así que cada varias horas, cuando me tomo un descanso para mear entre los matorrales, me doy un poco a escondidas.

A Calvin y a mí nos acompaña el guía preceptivo, Ernesto, un andino achaparrado con las piernas cinceladas tras una vida entera pateándose estas montañas. Caminando principalmente cuesta arriba, entre la lluvia que cae como chuzos de punta y un calor abrasador, mascando hojas de coca para mitigar el mal de altura, nuestra mente se despeja y compartimos sueños, miedo y ambiciones.

Sin embargo, hay un espacio entre nosotros en el que algo falta. Tiene el tamaño justo para que entre Ingrid. Y con cada cima que se vislumbra entre las nubes, con cada ruina que emerge en los claros, con cada olor que perfuma el rocío de la mañana, se despierta en mí el deseo de que estuviera aquí para compartirlo.

No pienso en que me gustaría que Sage estuviera aquí, seduciendo a cualquier senderista femenina para hacernos un trío. Me la imagino preguntándole al guía cómo se hace para convertir las hojas de coca en cocaína. Me sorprendo a mí mismo al descubrir que, desde que me sacudí de encima esa decadente modorra el día de mi cumpleaños, ni siquiera me importa lo que esté haciendo en casa ni con quién lo esté haciendo.

—Bueno, ¿y cómo llevas lo del *mongering*? —le pregunto a Calvin cuando llegamos a un pequeño llano.

—Ya hace tiempo de eso. Hace como seis meses que no contrato compañía.

—Será porque estabas viviendo con una.

—Creo que eso fue precisamente lo que lo echó todo por tierra. Por mi cumpleaños, Mariana se vistió como el día que nos conocimos, pensando que me pondría a cien, pero me repugnó. No quería tener nada que ver con eso —se mete en la boca un puñado de hojas de coca y continúa—. Lo raro es que, desde que lo dejé, he estado bebiendo un poco… y cabreándome con la gente que se salta las normas, como cuando alguien no pone el intermitente para cambiar de carril.

Caminamos un rato en silencio mientras el bosque que nos rodea bulle de vida, con los dos pensando, probablemente, en cómo su conducta confirma las teorías sobre la adicción que supuestamente rebatía.

—Anoche tenía un sueño raro —dice Ernesto con voz suave.

—¿Cómo era?

—Quizá no debo decir.

Para que se sienta más cómodo, comparto uno de los míos.

—Yo últimamente he tenido un sueño recurrente en el que estoy jugando al fútbol. Visualizo el penalti que nos va a dar la victoria. Pero cuando llega el momento de disparar, apenas si le doy al balón y este avanza solo unos metros por delante de mí. Y cada vez me despierto sobresaltado, dándole patadas a la sábana.

—Mal sueño —responde Ernesto—. Tu mente sabe lo que hacer, tu cuerpo no escucha. Quizá te cuento el mío.

Baja el tono, aunque no hay nadie cerca.

—Pues… yo sueño que una chica del Amazonas viene a Cuzco a buscarme y yo estoy preocupado de que mi mujer descubra que está allí.

—¿Estabas preocupado porque te habías acostado con ella?

—Una aventura, sí.

—¿Esa chica es alguien que conoces en la vida real?

Vacila y a continuación responde con inquietud:

—Sí.

Hablamos de esa aventura y de todas las que tienen sus amigos cuando salen de casa para trabajar como guías y porteadores.

—Hay un libro que quiero —dice—. Es sobre estrategias para esas mujeres. Muy útil.

—¿Es *El método?* —pregunta Calvin.

—No.

Nos paramos a descansar contra un gran afloramiento de cantos rodados, a beber agua y a secarnos el sudor mientras hace memoria en busca del nombre del libro. De pronto, le viene.

—Creo que se llama *El libro de la infidelidad*.

Allá donde vayas, se ve que todos los hombres son iguales.

Con el paso de las horas, la antipatía que he sentido toda mi vida hacia los actos de correr y de caminar innecesariamente toma el mando, y me canso, quedándome rezagado, con el sudor escociéndome en el cuello, quemado por el sol. Calvin y Ernesto salvan una cumbre y cuando llego yo, al cabo de diez minutos, no los veo.

Sigo caminando, pero pronto empieza a darme vueltas la cabeza. Me siento incorpóreo, como al inicio de mi viaje de éxtasis, pero con un dolor de cabeza añadido. Tal vez sea deshidratación o mal de altura o cansancio o las tres cosas. Saco el bote de agua de mi mochila y apuro el charquito que me queda. Reduzco la marcha a un zigzagueo errático, temeroso de que vaya a salirme del sendero y a caerme por el barranco abajo hasta el fondo del valle.

Y me pregunto: si me derrumbara ahora mismo y necesitara que alguien viniera a ayudarme antes de morir por deshidratación o de un edema pulmonar, ¿en cuál de las novias que he tenido podría confiar?

Seguramente mi exnovia Katie se enfadaría por haberla abandonado con mi derrumbe. Mi ex Kathy se pondría a hiperventilar, y acabaría siendo yo el que la rescatara a ella. Y Sage… supongo que ella se quedaría a mi lado. Pero ¿cuánto tiempo aguantaría antes de inquietarse y empezar a preocuparse por lo que se estaba

perdiendo quedándose allí, y salir corriendo para salvarse ella?

Solo Ingrid se quedaría conmigo, procurando encontrar ayuda hasta mi último aliento.

Ingrid.

En ese momento, el mareo me da una tregua. Y con los pulmones llenos de aire fresco y sin contaminación, con la vista despejada y sin publicidad que la empañe, con los oídos bien abiertos y sin cháchara que los ocluya, con la mente clara y sin distracciones que la emboten, embiste contra mi cabeza, como un tsunami de emoción, un pensamiento que había mantenido enterrado: la he cagado.

Es fácil encontrar sexo (ya sea por medio del juego, del dinero, de la casualidad, de la influencia social o del encanto; también los escarceos, las orgías, las aventuras y las relaciones a tres meses vista) si sabes dónde buscar y estás dispuesto a ir allá donde esté. Pero el amor no abunda. Estuve tan ciego… Creí de verdad que cuando lo dejé con Ingrid, lo que andaba buscando era libertad. No logré discernir que, a pesar de todo lo que había aprendido, lo que iba buscando era que no me amaran tanto. Hice exactamente lo que Lorraine me advirtió que no hiciera: permití que el adolescente castigado sin salir se hiciera con las riendas de mi vida.

Sea lo que sea lo que tengo con Sage, eso no es amor. Ella se amolda para ser la compañera perfecta para mí porque quiere algo a cambio: afecto, atención y el poco estatus social que pueda derivarse de ser la novia de un escritor. Y yo me amoldo para ser el novio perfecto porque quiero tener aventuras sexuales. Tal vez la razón de que no haya seguido el consejo de Deepak Chopra que me dio Rick sea que, si lo hacía, sería consciente de cuál es la verdadera esencia de la relación: no es el veneno, como el tabaco, sino la inmadurez de romper con tu esposa y de comprarte un coche deportivo al descubrirte la primera cana.

Si los hombres casados tienen crisis de mediana edad, los hombres que sienten que nunca han logrado comprometerse tienen crisis de falta de vida. Y si son capaces de abrir los ojos, aunque solo sea por un momento, empiezan a darse cuenta de que están perdiendo más de lo que ganan cada día que pasan encallados en la carretera con vistas panorámicas, que es el camino hacia la madurez.

Cuando por fin alcanzo resollando el paso de montaña, veo a dos figuras sentadas justo al otro lado: Calvin y Ernesto. Dejo caer al suelo la mochila, me desplomo en la sombra y engullo el agua de Ernesto y la aspirina de Calvin. Luego

espero a que mi cuerpo recupere el equilibrio. Aunque fue más un mal trago de malestar y angustia que un encuentro con la muerte, en aquel momento de lucidez hubo algo en lo que no pensé: aquel cuarteto salvaje con Sage, Leah y Winter. No, pensé en Ingrid. Pensé en devolver el coche deportivo, irme a casa y pedirle de rodillas que me perdonara.

La última noche, en el campamento, Ernesto, Calvin y yo bebemos té y comemos un tentempié a base de cuy andino bajo el resplandor oscilante de un farol; saco una baraja de Skittykitts y propongo un juego, con la intención de abstraerme de mis pensamientos.

—Ojalá estuviera aquí Ingrid —le digo a Calvin con un suspiro—. Le encantaría jugar con nosotros a Skittykitts ahora mismo.

Calvin murmura algo poco comprometido. Debe de estar hasta el gorro de oírme lloriquear por ella.

—Y es tan divertida. A estas alturas tendríamos ya un montón de chistes privados. ¡Ya viste cómo se iluminó la mesa cuando vino a la rehabilitación! Espero no haberla cagado del todo.

—Volveréis a estar juntos —dice Calvin—. Estoy seguro.

—Eso espero —cierro los ojos y me inunda una profunda desesperación.

¿Qué gracia tiene ir andando a Machu Picchu, recorrer un camino trazado hace siglos, caminar para ver el sol despuntar en la cima de una montaña con las nubes por debajo, comer comida andina y jugar a Skittykitts en una tienda a la luz de un farol si no lo puedo compartir con alguien a quien amo?

Ese es el precio de la libertad.

Mientras iniciamos el descenso a la ciudad perdida de Machu Picchu a la mañana siguiente, el icono que indica la cobertura de mi teléfono móvil resucita con una única raya.

Y le escribo a Ingrid: «¡Libertaaaad!».



54

Después de enviarle el mensaje, seguido de otro en el que le informo de que Machu Picchu no tiene ningún encanto sin ella, me asalta una sensación de miedo que me resulta familiar. Esa noche, sueño que me monto un trío con dos turistas cualesquiera.

¿Por qué mi libido no me quiere dejar en paz?

Antes de comprobar la respuesta de Ingrid en el móvil, procuro templar los nervios.

Hay mucha gente más lista que yo (el príncipe Carlos, Bill Clinton o el general Petraeus) que ha engañado a su esposa. ¿De verdad pretendo triunfar donde los líderes mundiales han fracasado?

No lo sé. Pero lo que puedo hacer yo que ellos no hicieron es tomar la decisión de ser honesto, de hablar con Ingrid de mis debilidades y de obtener apoyo si me esfuerzo. A la mierda mi mente plagada de dudas. Puedo hacerlo.

Miro el teléfono. Nada. Pero en el fondo de mi corazón sé que mantendrá su palabra de aquel momento que ahora parece tan lejano.

Cuando alcanzamos la ciudad legendaria, ubicada entre las cumbres montañosas, sigo sin recibir respuesta de Ingrid. Ni tampoco cuando sale el sol. A lo mejor no le ha llegado. A lo mejor deletreé mal «libertad» y no escribí la cantidad apropiada de aes. A lo mejor es feliz con su nuevo novio. A lo mejor se ha olvidado de mí. A lo mejor cometí un error.

Decididamente, cometí un error.



55

Al día siguiente sigo sin recibir respuesta de Ingrid.



56

Al día siguiente, nada.



57

Al día siguiente me doy cuenta de que no va a responder nunca.

Aquella noche en la Sala de la Nave Espacial, le dije a Ingrid que necesitaba tiempo para explorar y para aprender, y tomar una decisión; y por fin la he tomado. Pero el amor no es como la ruleta. No se pueden hacer apuestas múltiples.

La última noche en Perú, mientras hago las maletas antes de regresar a casa,

recibo un mensaje, no de Ingrid, sino de mi exnovia Kathy, diciendo que necesita consultarme algo urgentemente. Al igual que Ingrid, Kathy fue abandonada por su padre, de quien descubrieron que vivía una vida secreta con otra mujer y otros hijos.

Cuando la llamo, Kathy me cuenta entre lágrimas que a su exnovio Víctor le han diagnosticado recientemente un cáncer de hígado. Es un destacado pichabrava de Miami que cortó con ella porque quería acostarse con otras mujeres. Pero estando en el hospital, en pleno delirio por la medicación, según dijo su familia, no dejaba de llamarla por su nombre. Cuando Víctor recuperó el conocimiento, el doctor le dijo que el cáncer estaba tan avanzado que, a sus cuarenta y cuatro años, no le quedaban más de tres meses de vida.

La reacción de Víctor a la noticia no fue irse a follar a lo loco durante sus últimos días en este mundo. No reunió a un puñado de mujeres para montarse el cuarteto más salvaje de la historia. En lugar de eso, le dijo a su familia: «Esto es lo que he sacado de ser un pichabrava toda mi vida. Necesito a Kathy. Necesito pedirle perdón». Kathy continúa:

—Dijo que quiere pasar conmigo el tiempo que le queda.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Le dije que necesitaba tiempo para tomar la decisión. Él echó por la borda mi amor cuando quiso divertirse y, ahora que se está muriendo, ¿quiere que vuelva? Me da miedo que vaya a ser demasiado doloroso acercarme a él otra vez para volver a perderlo después.

—Tienes razón. Para él sería bueno tenerte allí, pero para ti no sería sano.

Y es entonces cuando comprendo por qué Ingrid no me ha devuelto la llamada.

Es previsible, incluso un estereotipo, que un evasor del amor como yo toque fondo y eche mano de la adicta al amor, solo para reiniciar el ciclo y desperdiciar otro año más de nuestra vida. O que un evasor del amor, tan pronto como su nueva novia le dice que quiere formar una familia con él, empiece a suspirar por la que se fue.

En cuanto a mi gran epifanía en Machu Picchu, pese a que mi anhelo por Ingrid pudo haber sido real, todo lo que la rodeó fue patético. El amor no tiene nada que ver con que alguien me salve la vida ni con que vea junto a mí un paisaje bonito

ni con que me haga reír ni con ninguna de esas razones egoístas que siempre he dado para justificar mi amor por Ingrid. Esas son solo cosas que ella puede hacer por mí o sentimientos que despierta en mí. El amor es…

La verdad es que no tengo ni idea de qué es el amor.

Ingrid tiene razón. Ella está haciendo lo más saludable; yo, no.

Lo único que tengo es una polla curada y un corazón defectuoso.



58

Cuando llego a casa, entre el correo hay una invitación de boda. Me fijo en la caligrafía en la parte de atrás del sobre. Dice *De La O*. El apellido de Ingrid. Me flojea todo el cuerpo y la carta cae al suelo.

Soy tonto del culo.

FASE I

■ Vacío ■

W*illiam Shannon*: Debes de estar muy solo.

¿Sabes qué es lo que estás buscando?

Keoma: A mí mismo, supongo. No lo sé. Tengo que averiguar quién soy, darle una razón a la más simple de mis acciones. Sé que mi estancia en este mundo tiene un significado, pero me temo que cuando averigüe cuál es ya será demasiado tarde. Mientras tanto, soy un vagabundo. Sigo viajando. Incluso cuando la tierra duerme, sigo viajando, persiguiendo sombras.

—*KEOMA*, dirigida por Enzo G. Castellari



1

—**T**e embarcaste en una misión y la cumpliste. Has conseguido todo lo que siempre quisiste. Has experimentado todas y cada una de las experiencias sexuales y de las relaciones con las que soñabas. Y sigues sin ser feliz ni estar satisfecho.

La voz es sabia. La voz es cruel. La voz tiene razón. Pertenece a Rick, que está sentado a la mesa del restaurante italiano Giorgio Baldi, con su uniforme de camiseta blanca, pantalón corto negro y mocasines desgastados.

—Eso es porque no ha estado en ninguna relación que entrañara una verdadera intimidad. Él ha estado por encima y ellas, muy por debajo. Son juguetes. No se va a hacer daño jugando con juguetes. Pero esas mujeres… ellas sí.

Esta voz también es sabia. También es cruel y tiene razón. Pertenece a Lorraine, que está en la ciudad para dirigir un taller. Advierto por primera vez lo profundas que son las arrugas que tiene alrededor de los labios, como si estuvieran tensadas de dispensar tanta sabiduría.

Me cuesta aceptarlo. La verdad más difícil de tragar es la que sigue a un menú completo que uno creía que era verdad pero que ha resultado ser todo lo contrario.

—¿Es que no lo ves? —Rick se vuelve para dirigirse directamente a mí—. ¡Todas tus relaciones estaban condenadas al fracaso! Daba igual cuál de ellas intentaras, ya fuese con una persona o con cien.

Sus ojos se encienden con el fuego de la convicción de que se imbuye cuando canaliza a los dioses de la cruda verdad.

—Porque no son las relaciones las que están rotas. ¡Eres tú!

Y es en ese punto cuando cala. La batalla está perdida. Siento el balanceo de una bola de demolición dentro de mi cabeza, destrozando todas las relaciones abiertas, las orgías *swinger*, las comunas de amor libre y los tríos aventureros. Aunque Rick me hubiera dicho esto antes, yo no habría podido escucharlo. Se lo habría discutido, me habría resistido y habría tratado de demostrar que no tenía razón. Pero por primera vez no tengo ningún *y si* que aducir ni me queda ningún escenario que debatir con él.

Lo único que queda soy yo, sentado con la familia de mi elección, con el corazón hecho pedazos por haber perdido a Ingrid y mi mente flagelándose por culpa de todas las malas decisiones que he tomado desde que dejé la rehabilitación.

En cuanto a Sage, regresé de Machu Picchu dispuesto a acabar con lo nuestro… y ella ya se había ido. Me envió un largo mensaje explicándome en tono de disculpa que en nuestra relación sentía que estaba perdiendo la identidad y que necesitaba encontrarse a sí misma. Así que decidió trasladarse de nuevo a Brooklyn con su amiga Winter, con la que ahora también tiene una relación.

Pese a que yo estaba a punto de hacerle a Sage exactamente lo mismo, me pilló tan de improviso y tan inmediatamente después de perder a Ingrid, que me hundí emocionalmente. Supongo que cuando retiras un vendaje que cubre una herida abierta, esta sangrará un poco.

—Entonces ¿qué tengo que hacer? —les pregunto a Rick y a Lorraine.

Llevan toda la noche destruyendo lo que queda de mi ego, desenmascarando hasta el último de mis pensamientos como un fraude y todos mis sentimientos como infantiles. Han pasado casi dos años desde que fui a rehabilitación. Intenté recuperarme de la adicción al sexo y no me funcionó. Intenté la monogamia y no me funcionó. Intenté la no monogamia y no me funcionó. ¿Qué me queda?

—Tienes que intentar lo único que todavía no has experimentado —me sugiere Lorraine.

—¿Y qué es?

—La anhedonia.

Repito la palabra torpemente. He leído muchos libros gordos con palabras altisonantes, pero nunca me había topado con *anhedonia*. Sea lo que sea, no me gusta como suena.

—Es el tenebroso lugar en el que no se siente nada —me explica—. En el lugar de la anhedonia, la gente se siente muerta. No puede experimentar la alegría.

Me acuerdo de la novena emoción de Henry. Así es como se llama, no es la emoción de la muerte, sino la anhedonia.

—¿Por qué iba a querer experimentar eso?

—Porque para volver a la homeostasis y ganar algo de clarividencia acerca de quién eres y qué es lo que necesitas, tienes que desintoxicarte de la intensidad de estas relaciones de desigualdad. Has estado inmerso en un ciclo constante de intensidad, desde la relación con tu madre hasta llegar a la relación con Sage —se interrumpe para pedir una copa de vino y, no sé por qué, me sorprende, como si beber fuera un tabú para los psicoterapeutas de las adicciones—. Comprenderás que estar comprometido con tu auténtica vida reemplaza a la intensidad.

Me quedo en silencio, reflexionándolo. En el fondo de mi corazón sé que es verdad. Me he pasado el año entero pensando que, si daba con la relación acertada, mis problemas desaparecerían por arte de magia. Pero la única relación que no intenté fue conmigo mismo. Para ser un evasor del amor, no he hecho un mal trabajo al conseguir tener novia, de una u otra clase, a lo largo de los últimos ocho años. Quizá se deba a que no hay lugar mejor para esconderse de la intimidad que una relación.

La última vez que me senté con Rick y Lorraine, sentí que todas las puertas del mundo se abrían ante mí. Ahora están todas cerradas, con candado y selladas con hormigón, incluyendo (y eso es lo más doloroso de todo) la única por la que quiero pasar, la que me conduce al punto de partida.

—Pero ¿qué hago con Ingrid?

—De momento no te preocupes por Ingrid —dice Lorraine al tiempo que llega el vino, cauterizando mi débil corazón—. Tú déjate vaciar del todo y enfréntate a lo que vaya surgiendo durante el proceso. Yo te ayudaré. Luego podremos rellenarte con aquello que necesites, y entonces ya sabrás con certeza qué es lo que sientes por

Ingrid.

La gente hace dietas a base de limón y pimienta de cayena para purgarse por dentro, así que ¿por qué no iba yo a purificar mi psique? Luego podré empezar a consumir pensamientos y experiencias sanos. Eso, claro está, mientras Lorraine no me cebe con la vergüenza sexual que Joan iba repartiendo. Sé que no puedo curarme solo —apenas confío ya en mí mismo—, pero no puedo evitar pensar que la rehabilitación fue tan dañina como sanadora.

—¿Con qué me quieres rellenar? —pregunto para asegurarme.

—Con libertad.

Es la última palabra que esperaba que me dijera.

—¿Qué quieres decir?

Lorraine coloca las gafas sobre la mesa, me toma la mano y me mira fijamente a los ojos. Luego me contesta muy despacio, como si quisiera asegurarse de que el significado de cada palabra llega a buen puerto.

—En esta vida, nacemos inocentes y puros, hermosos y honestos, y en un estado de unidad con cada momento. No obstante, a medida que nos desarrollamos, nuestros cuidadores y otras personas nos van cargando con un bagaje. Algunos vamos acumulando más y más carga hasta que el peso nos aplasta, dejándonos atrapados en ideas y comportamientos que nos inmovilizan. Pero el verdadero propósito de la vida es despojarnos de esa carga para volver a ser otra vez ligeros y puros. Tú has estado buscando la libertad todo este tiempo. Esta es la verdadera libertad.

Pensaba que al menos algo había sanado durante la rehabilitación y el año que pasé en terapia por adicción al sexo, pero está claro que lo único que hice fue identificar mis problemas e irme a vivir conscientemente una vida inconsciente. Hace falta algo más que consejos, libros, reuniones, terapia y rehabilitación para cambiar. Hace falta incluso algo más que un deseo absoluto, poderoso e inquebrantable. Hace falta humildad. Y no hay nada más humillante que el pasado año y la conciencia de haberlo echado todo por tierra, y de que tal vez nunca experimente la auténtica felicidad, el amor y la familia si sigo intentando hacer las cosas a mi manera.

La causa que da pie a las vidas más desgraciadas es, sencillamente, que

estamos demasiado cerca de nosotros mismos como para ver con la suficiente claridad que debemos salirnos de nuestro camino.

—¿Por qué no vuelves al hospital y continúas trabajando en ti mismo? —me pregunta Lorraine.

Mi entusiasmo se esfuma automáticamente al imaginarme de vuelta a rehabilitación con Joan. Casi preferiría volver a mudarme con Belle, Anne y Veronika. Lorraine me lee el pensamiento.

—Pero en privado, solo conmigo.

—¿De verdad lo harías?

—Puede que sea tu última oportunidad —inclina la copa de vino sobre su sabia boca y deja caer las últimas gotas en su garganta—. Dentro de unas semanas estaré trabajando con tu amigo Adam. Si te apetece, puedes venir con nosotros. Pero ten precaución: ahora mismo estás en serio riesgo de caer en otra relación. Y si no puedes abstenerte de tener otra relación o de cualquier contacto sexual a lo largo de este proceso, te voy a recomendar que vuelvas a ingresar en rehabilitación.

En el rostro de Rick brilla una sonrisa triunfante. Y el adolescente adaptado que hay en mí, el chaval castigado sin salir que me ha estado arruinando la vida de mala manera durante este último año, acomete un intento desesperado de salvarse:

—O sea que, básicamente, ¿queréis que me castre a mí mismo?

—Sí —responde Rick como si nada—. Eso es.



2

En las siguientes semanas, mientras ralentizo mi ritmo de vida y espero la ayuda de Lorraine, la masturbación me salva la vida.

¿Quieres proponerle una cita a alguien que has conocido hace poco? Mastúrbate primero, y luego ya ves si sigues queriendo pasarte seis horas agasajándola y entreteniéndola, desesperado por obtener un resultado que no solo te va a decepcionar si no llega a producirse, sino que quizá te decepcione igualmente si llega a producirse.

¿Quieres llamar a una señorita de compañía? Mastúrbate primero, y luego ya ves si de verdad quieres que una yonqui, que no se parece ni de lejos a las imágenes trucadas con Photoshop que se hizo hace diez años, te haga una paja de mala gana.

¿Quieres llamar a una antigua follamiga? Mastúrbate primero, y luego ya ves si sigues queriendo invitarla a casa, echarle un polvo que no será ni la mitad de bueno de lo que recordabas y pasarte a continuación toda la noche pensando en cómo deshacerte de ella de la manera menos grosera sin herir sus sentimientos.

Mastúrbate cuando quieras quebrantar las normas de tu relación o del acuerdo de celibato, y pronto descubrirás que una vez que los deseos están cubiertos en tu imaginación, súbitamente la necesidad de vivirlos en la realidad no resulta tan acuciante. Una vez que el sistema de recompensa del cerebro ha obtenido su dosis de dopamina, no necesita otra más, al menos hasta pasado un ratito.

Dicen que ver porno está relacionado con la depresión. No estoy seguro de si es una causa o un síntoma, pero ahora entiendo por qué es tan atrayente: se trata de un mundo en el que el sexo no solo es fácil, sino que no implica tener que tratar con las emociones de alguien antes, durante y después del acto. La mujer no te grita si le eres infiel y te pones a ver otro vídeo porno. No te abochorna por tu mal gusto con las mujeres, por tus fetiches, tu ejecución o tu cuerpo, tus ingresos o tus defectos (siempre que no resulte que ese bochorno te ponga a tono, en cuyo caso estará encantada de pasarse toda la noche aplicándose a ello). Y no le importa que te corras antes de acabar, te des la vuelta en la cama y te eches a dormir, y que nunca vuelvas a dirigirle la palabra. No es otra cosa que gratificación sexual instantánea, sin esperas ni rechazo ni emoción ni compromiso ni obligación alguna; pero sí con una infinita variedad.

Desde luego, los sexoadictos estrictos y los psicoterapeutas de la adicción al sexo no se pondrían de acuerdo en cuanto a que la solución sea sacudírsela, además esto está retrasando mi entrada al mundo sin placeres de la anhedonia, pero hace las veces de tirita y me mantiene fiel a mí mismo y a la promesa que le hice a Lorraine antes de volver a verla.

El único problema es que después del orgasmo sigo atrapado en mí mismo y en mis errores. Pienso en los pasos de Ingrid resonando en la entrada, sus gritos burlones de libertad, el regocijo con el que me bloqueaba la puerta cuando intentaba entrar en una habitación y la calidez de su cuerpo, de su corazón y de su espíritu. Lo único que quiso fue aportar a mi vida un poco de alegría y de diversión. Y a cambio yo lo di lo mejor de mí: resentimiento.

Una noche solitaria, tras mi fiestecita porno de autocompasión, me llevo a la cama un montón de cartas y facturas sin abrir. Ahí es donde me vuelvo a encontrar con la invitación de boda de Ingrid.

Tal vez haya llegado el momento de afrontar el hecho de que se casa y pasar a la última fase del duelo, la aceptación. Le doy vueltas ansiosamente al sobre durante unos instantes, preguntándome si se casará con aquel James Dean hormonado. Cuando deslizo el dedo índice por debajo de la solapa, el corazón me late con fuerza y el cuerpo se prepara para el golpe.

Hago un barrido de la tarjeta con la mirada y veo las palabras «Hans de la O». ¿Se casa con su hermano? No, idiota, es su hermano el que se casa. Y por la razón que sea (por accidente o por malicia), te han invitado.

Me inunda una oleada de consuelo que ahuyenta las tinieblas. Cuando Ingrid y yo estábamos juntos, su tímido hermano me dijo que nunca había tenido novia. Algo debe de haber cambiado. Y ahora se me brinda la última oportunidad de volver a ver a Ingrid.

Solo hay un problema. Pese a haber hecho gala de un módico nivel de autocontrol evitando el sexo y las relaciones a lo largo de estas últimas semanas, sigo siendo exactamente la misma persona. Si de verdad quiero cambiar, no solo tengo que eliminar el porno de raíz —ciertamente no me está aportando ningún beneficio—, sino que necesito la ayuda de Lorraine. Más que todo el sexo y que todas las relaciones alternativas del mundo. A la mañana siguiente, Lorraine me llama de improviso.

—Necesito que hagas algo por mí —me dice.

—Lo que quieras —respondo.

Y lo digo en serio.



3

El doctor Hasse Walum no tiene aspecto de ser uno de esos científicos que escriben como churros artículos de investigación de ochenta y cinco páginas que apenas son descifrables para cualquiera que no esté en posesión de un título de doctorado en biología. Tiene el pelo largo y grasiento a lo Kurt Cobain, un rostro infantil a lo Ryan Gosling y la actitud relajada de un joven Marlon Brando. Durante la cena lo avasallo a cócteles, hasta que al final le pregunto lo que he venido a averiguar. Cuando llamó Lorraine me sugirió que, como me gusta tanto hablar con expertos, debería quedar con Walum.

—Es un famoso genetista —me explicó—. Y quiero que le hagas una pregunta.

Dada su perspicacia, no me sorprendió que la pregunta en cuestión fuera una que llevaba sonando en bucle en mi cabeza durante los últimos dos años. Una pregunta que, incluso ahora que rezo para que se produzca un milagro en el momento en que vuelva a ver a Ingrid en la boda de su hermano, ha estado acechando entre las sombras de mi mente: ¿ser monógamo es algo que está predeterminado genéticamente o tengo alguna posibilidad?

Cuando le pido los datos de contacto de Walum a Lorraine, ella me responde:

—No, si yo no lo conozco. Solo he leído sobre él.

Investigando a Walum, me preguntaba qué se traería Lorraine entre manos. Me da la impresión de que todo lo que representa se contradice con lo que ella me ha estado diciendo. Sus experimentos, junto con otras investigaciones similares llevadas a cabo por sus colegas de la Universidad Emory, lo han llevado a descubrir el factor biológico exacto responsable de la monogamia. Por lo visto, si cuentas con receptores de largo alcance para la hormona vasopresina en el sistema de recompensa del cerebro, eres más proclive a la monogamia. Si no, eres un mujeriego nato.

Un escritor científico resumió estos hallazgos de la siguiente forma: «Los padres devotos y los compañeros fieles nacen, no se hacen ni se moldean a partir del ejemplo paterno».

Si esto fuera cierto, entonces no tiene ningún sentido que vuelva a ver a Lorraine, ni siquiera que asista a la boda de Hans. Soy tan no monógamo como hombre y estoy atrapado en mi propia especie tanto si me gusta como si no. Me pregunto si no será esto una treta de Lorraine para poner a prueba mi sinceridad y ver si tengo la voluntad de cambiar, únicamente sobre la base de la fe y desafiando a las pruebas, la evolución, la genética y la experiencia.

Después de unas cuantas copas con Walum, disparo la pregunta de Lorraine.

—¿Crees que la monogamia está predeterminada genéticamente?

La respuesta parece obvia, teniendo en cuenta lo que ya sé acerca de Walum. Pero la contestación me pilla por sorpresa.

—No del todo —dice, y me percato de que oír esas tres palabras me quita un peso de encima—. Algunos científicos han llevado a cabo estudios en los que han separado a roedores jóvenes de sus padres y, como resultado, la cantidad de receptores obtenida es mucho menor.

—¿Y qué pasa con las personas?

—Se han hecho investigaciones similares con humanos en los que no se analizan exactamente los receptores cerebrales, porque es muy difícil de hacer con personas, sino que se analizan los niveles de la oxitocina y de la vasopresina en el plasma. Y los niños de los orfanatos tienen niveles bajos. Así que, en general, la buena paternidad promueve a largo plazo un sistema mejor de oxitocina y vasopresina, y esto se asocia a individuos con vínculos más estrechos en lo relativo a las relaciones románticas. Aún no lo hemos publicado, pero es justamente lo que estamos estudiando en este momento.

Tiene sentido: si tienes un vínculo sano con tus padres, cuando seas adulto tendrás un vínculo de pareja sano con los demás (cosa que, teniendo en cuenta la educación que me dieron a mí, no presagia nada bueno).

—Déjame hacerte una pregunta: si eres una persona adulta *y* no tienes un código genético que indique receptores de vasopresina de largo alcance *y* los cuidados por parte de tus padres no han sido buenos, ¿cabe el optimismo?

—Yo creo que sí —dice, y una segunda oleada de esperanza se suma a la primera—. Con una infancia desastrosa, cuesta, y es aún más complicado a medida que te haces mayor, pero no es algo inamovible. No hemos encontrado nada que sea completamente genético. Ni siquiera esas enfermedades tan dolorosas, como el autismo y la esquizofrenia, ni cosas como la inteligencia. Siempre hay algún factor medioambiental de por medio. De modo que se pueden cambiar cosas.

Al parecer sí que tengo el control sobre mi destino romántico, al fin y al cabo. Ahora entiendo por qué quería Lorraine que hablase con Walum: para destruir mis últimas reservas de resistencia y escepticismo, el argumento de que la monogamia y la fidelidad son artificiales a nivel evolutivo o culturalmente anacrónicos, o que simplemente son estilos de vida para los que no estoy hecho. Probablemente no tiene ganas de volver a oírme debatir intelectualmente estos temas durante la terapia.

Walum pide otra copa, luego se pasa la mano por ese espeso pelo con el que lo ha bendecido la genética.

—¿Puedo preguntar por qué me planteas estas cuestiones en concreto? —pregunta.

Le hablo de mis últimos años de engaños, rehabilitación, monogamia fallida y no monogamia fallida.

—Es lo triste de las mujeres —dice después, negando con la cabeza—. No se puede ser lo bastante perfecta para que un hombre no quiera ponerte los cuernos.

Es un comentario asombrosamente cínico, un comentario que se diría más propio de la experiencia que de la investigación, así que le pregunto:

—¿Cuál es tu situación en cuanto a las relaciones personales?

Deja escapar un esforzado suspiro y confiesa:

—Creo que mi experiencia con las relaciones es más difícil que la de los demás.

Se deja caer en el asiento del reservado y yo me inclino hacia delante, percibiendo que tal vez haya pasado por una crisis similar a la mía.

—Si pudieras diseñar tu relación perfecta, teniendo en cuenta los factores genéticos, evolutivos y conductuales de los que hemos estado hablando, ¿cómo

sería? —le pregunto.

—En este momento no te puedo contestar a eso.

—Debes de tener un plan secreto. Todo el mundo tiene uno. Yo tuve unos cuantos, hasta que los puse en práctica en la vida real.

Walum se queda pensativo y entonces me da su respuesta.

—Ser un solitario. Esa es la solución —y fuerza una sonrisa.

—Teniendo en cuenta que eres biólogo, no sé si esa sería una estrategia evolutiva muy efectiva.

—Ya —admite—, así que no vale —luego suspira y dice—: La verdad es que no lo sé. Esa sería mi respuesta, en realidad. Quizá sea una de las razones por las que estudio estas cosas: para entender por qué me siento como me siento.

De pronto, Walum ha dejado de ser un reputado investigador científico para ser solo un tío como yo, que intenta descubrir por qué algo tan simple como amar a alguien es tan complicado en la realidad.

—Entonces ¿no te resulta difícil ser fiel? —sigo preguntando.

—No, exactamente. Nunca sería infiel. Pero en mis relaciones me siento limitado porque me estoy perdiendo otras cosas. Es un poco trágico. Puedes estar con alguien que te guste muchísimo y seguir sintiendo ese punto de tristeza porque no puedes tener cualquier otra cosa.

—¿Y te deprimes porque te sientes atrapado?

—Más o menos.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? ¿Tuviste que hacerte cargo de tu madre cuando eras pequeño?

—De muy pequeño, no, pero, más adelante, sin duda.

—¿A nivel emocional o físico?

—A nivel emocional, principalmente.

—Interesante.

Así pues, finalizo la semana exactamente en el punto en el que Lorraine me quiere tener. Reconozco que mentalmente estoy en condiciones de argumentar cualquier cosa en contra de la monogamia. Incluso puede que tenga razón: probablemente no sea algo natural. Pero nada de esto va a hacerme más feliz ni va hacer que esté más cerca de Ingrid (ni que se dé una conexión más significativa, si ella no lo desea).

Aquel que es demasiado listo para amar es en el fondo un imbécil.

Con el último pilar de mi resistencia intelectual derrumbado, vuelo hacia Lorraine para ser sanado, para hacerme digno de Ingrid, para hacerme digno de mí mismo, para averiguar quién soy más allá de la rueda perpetuamente giratoria del deseo, la manipulación y la intelectualización que han gobernado mi vida entera.



4

—**E**s hora de que recuperéis vuestra vida —anuncia Lorraine, alzándose ante nosotros con un vestido verde y marrón, como la mismísima Madre Tierra—. Vuestra infancia es una terrorista y os tiene retenidos como a rehenes.

Adam y yo estamos sentados en unas sillas de plástico colocadas una al lado de la otra, en un edificio administrativo situado fuera del recinto del hospital de rehabilitación. Calvin, al que he invitado con el permiso de Lorraine, también nos acompaña. Solo que esta vez no estamos aquí como adictos al sexo y no llevamos ninguna funda de plástico colgada al cuello. Lorraine ha decidido poner a prueba un tipo nuevo de taller, uno que no esté pensado específicamente para personas con adicciones, sino para todos los hombres y mujeres que, como nosotros, se pasan la vida corriendo en círculo como perros encadenados a una estaca que está clavada en el suelo. Y esa estaca es el trauma.

—Todos tenéis algo en común —continúa Lorraine—. Todos teníais una madre que era infeliz y a la que no podíais ayudar. Y ese ha sido el punto de partida de los tres viajes, tan diferentes, que habéis emprendido para alejaros de la intimidad y la comunicación.

A cada palabra que dice, las confusiones y complicaciones que nos acucian parecen ir aclarándose y simplificándose. Nuestra vida es como un juego infantil de construcción en el que los objetos se van acumulando unos encima de otros. Puedes construir la torre hasta cierta altura sin ningún problema, pero, a medida que va creciendo, la inestabilidad de los cimientos acaba por hacer que todo se desmorone.

Pero yo me pregunto, ¿cómo vas a arreglar la base cuando ya has acumulado tantas cosas encima? Como dijo Walum, cuanto más viejo te haces, más complicado es todo.

—El objetivo de esta semana —concluye Lorraine— es que los tres acabéis desprendiéndoos de todas esas cosas.

Empieza con Adam; saca su genograma y su hoja de trauma, que ha traído para que ella pueda reexaminarlos.

—¿Eres feliz con tu matrimonio? —le pregunta.

—No, la verdad es que no. Lo que tuve con aquella mujer me mostró la felicidad que me estaba perdiendo.

—¿Tu mujer es feliz con vuestro matrimonio?

—Pues… creo que no.

Adam frunce los labios y niega con la cabeza. Es la conversación que he tenido con él una y mil veces. Si alguien puede comprender a Adam, esa es Lorraine.

—¿Alguna vez, incluso antes de la aventura, te has sentido feliz y satisfecho con tu mujer?

—No del todo. Cuando me casé era demasiado joven. Creo que uno de los motivos por los que me involucré tanto en las ligas de fútbol es que se trataba de hacer algo que no tuviera nada que ver con ella.

—Entonces ¿no crees —y en este punto Lorraine sostiene el genograma de

Adam delante de él— que ya es hora de que alguien de tu familia se plante y, por una vez en la vida, cuide de sí mismo? Mira tus padres; tu madre es infeliz y se medica con novelas románticas y pastillas, mientras tu padre se protege tras un muro manteniéndose ocupado. Es un comportamiento que ha ido transmitiéndose a lo largo de generaciones. Y solo hace falta que haya una persona valiente que rompa el ciclo de sufrimiento y sacrificio mudos.

—Pero ¿cómo? —parece francamente perplejo.

—Siéndote fiel a ti mismo. La gente siempre se pregunta cómo fue posible que las buenas gentes de Alemania pudieran ser cómplices de las atrocidades del régimen nazi. Y una parte de la respuesta es: por el sistema familiar. En esa época, a los niños se les enseñaba que hay que obedecer a sus padres, que el padre siempre tiene la razón y que deben hacer sacrificios por los padres, a quienes deben toda su existencia —hace una pausa para asegurarse de que lo pillamos—. Y entonces ¿qué pasa? El gobierno exige lealtad, obediencia y sacrificio, hasta que dispone de una nación de gente violando su sistema interno de valores por la Madre Patria.

Nos quedamos allí callados y asimilamos lo dicho, su aparente verdad y el modo profundo en que el trauma da forma a la historia.

—Me apasiona lo que hago —continúa—, porque creo que la paternidad funcional es el secreto para conseguir la paz mundial. Y la única forma de crear padres funcionales es sanar las heridas psicológicas con la misma urgencia con la que sanamos las heridas físicas. ¿Entendéis lo que os digo?

Hablando así adquiere un aspecto casi beatífico.

—Entiendo —responde Adam con entusiasmo.

—Entonces dime, ¿estás empeñado en seguir con tu matrimonio, aun a cambio de tu sacrificio y de hacerles daño a tus hijos?

Cierra los ojos y exhala lentamente por la nariz. Luego se muerde el labio inferior y hace un gesto de negación.

—Estoy de acuerdo con lo que dices al cien por cien, pero no me puedo ir. No puedo. No mientras los niños sigan en casa.

La mirada de Lorraine se abre camino en el interior de Adam.

—Entonces quiero que repitas conmigo: «Seguiré en esta relación… aun a cambio de mi sacrificio y el de todas mis necesidades… y de hacerles daño a mis hijos».

Acorralado, Adam palidece. A mis ojos acuden las lágrimas mientras lo veo luchar cuerpo a cuerpo con la verdad. Esto es exactamente lo que han hecho mis padres: a ellos mismos, a mi hermano, a mí.

Al final, Adam se cruza de brazos, abre la boca y, ante la sorpresa de todos los presentes en la sala, repite hasta la última palabra de Lorraine. Calvin y yo lo miramos boquiabiertos. Y en este instante es cuando acabo por comprender por qué me ha costado tantísimo alcanzar un compromiso con Ingrid después de la rehabilitación. Por mucho que veamos la realidad, el trauma sigue impidiéndonos llegar a ella, como un desprendimiento de rocas que bloquea la carretera que nos lleva al futuro.

Lorraine se vuelve hacia nosotros, no iracunda, como esperábamos, sino mostrando aceptación y empatía hacia Adam.

—¿Os dais cuenta de la fuerza que tiene? ¿Cómo el trauma puede destruir a los individuos y a las naciones y a generaciones enteras? Lo que está en juego aquí no es solo nuestra relación, creo yo. Está en juego el futuro.

Cuando Lorraine nos abre la puerta para salir a comer, lo que vemos nos hiela el corazón: Joan.



5

Joan mira fijamente a cada uno de nosotros abrasándonos con los rescoldos de sus ojos; luego, sin sonreír, dice:

—Bienvenidos de nuevo, caballeros.

Volviéndose hacia Lorraine, le dice con dulzura:

—Ven a verme a mi despacho mañana por la mañana.

Es la castración en grupo más rápida de la historia. Hasta Lorraine parece intranquila. Un leve temblor le recorre los hombros y la cabeza, como si fuera un perro sacudiéndose la tensión. Entonces nos suelta:

—Volved dentro de una hora.

Cuando regresamos, se pone a trabajar con Calvin.

—Tu problema es que quieres aprobación y admiración incondicionales por parte de las mujeres —dice crudamente—. Cuando estás con alguien a quien le pagas o con una pobre dependiente indefensa, eso es lo que obtienes. Pero en una relación sana entre dos personas con el mismo poder interno, algunas veces tu pareja no está de acuerdo o no respalda tu conducta. Y ahí es donde empieza la auténtica relación.

—¿Así que tengo que salir con alguien a quien no le guste? —pregunta Calvin, francamente confuso.

—No, se supone que tienes que crecer en el plano emocional para que, cuando alguien a quien ames no te profese una adoración constante o no haga lo que tú quieras, eso no sea motivo para que toda tu identidad se venga abajo.

Mientras Calvin lo asimila, se le ponen unos círculos rojizos alrededor de los ojos y echa mano a un clínex. Para cuando Lorraine centra su atención en mí, el sol ya se ha puesto. Me hago la promesa de que la voy a escuchar con una actitud abierta, que seré menos tozudo que Adam con respecto a cualquier verdad con la que vaya a enfrentarme.

—Del mismo modo que Adam tiene que separarse de su mujer para poder hacerse cargo de sí mismo, también tú tienes algunas cosas que hay que cortar de raíz —me dice.

—¿Además del sexo y de las relaciones personales?

—Desde luego, aunque, por supuesto, eso depende de lo que hayas decidido que quieres desde la última vez que hablamos.

—Estuve hablando con Hasse Walum, como me sugeriste. Y solo quiero superar mi pasado para poder tener una relación de amor y vivir mi auténtica vida.

Más concretamente, quiero hacer todo eso con Ingrid, aunque este no parece el mejor momento para sacar el tema a colación.

—¿Con cuántas mujeres con las que hayas tenido un contacto sexual sigues relacionándote?

—Con muchas, pero no he estado viéndome con ellas.

—Entonces, deja que te haga una pregunta —aquí viene, el aikido verbal que va a emplear mis palabras para impugnar mis ideas— ¿Es posible que vivas tu auténtica vida si te rodeas de gente que no es auténtica?

Me ha acorralado en un rincón, igual que ha hecho con Adam y con Calvin. O, más exactamente, ya nos habíamos acorralado nosotros en un rincón y ella solo nos está ayudando a que veamos las paredes.

—Probablemente, no —le digo, y a continuación me corrijo—. No, decididamente, no.

—Eso es. Para vaciarte por completo, necesitas liberarte de todos los mensajes negativos acerca de ti mismo que recibiste de niño. Y tienes que alejarte del estilo de vida que te has creado como reacción a ellos. De modo que, si quieres recuperar tu vida, el mejor favor que te puedes hacer a ti mismo es eliminar todo contacto con todas aquellas mujeres a las que hayas sexualizado en tu vida.

—¡Madre mía! —exclamo con un quiebro en la voz.

El acomodador patológico que vive en mi interior está aterrorizado por tener que rechazar a tanta gente; al adolescente le están recordando que está castigado sin salir; el mujeriego tiene miedo de morir. No me extraña que pudiera cumplir el compromiso que había adquirido con Lorraine con relativa facilidad estas últimas semanas. No eran más que mis primeros pasitos hacia la anhedonia.

Por lo menos ahora ya sé cuál es la respuesta a mi pregunta anterior sobre las piezas de construcción. La única forma de arreglar una torre que tiene una base endeble es demolerla y volver a construirla con unos cimientos más fuertes.

—¿Y cuál sería el modo más compasivo de hacerlo? —pregunto.

—¿Por qué no piensas en todas las vías por medio de las cuales esas mujeres contactan contigo y en todas las vías por medio de las cuales tú las buscas a ellas, y cierras esas puertas para que queden selladas permanentemente?

Se me forma un nudo en la garganta. En la pizarra, Lorraine escribe la fase dos de su plan de desintoxicación. Solo tengo que hacer cuatro cosas:

Cambiarme el número de teléfono.

Cambiarme la dirección de correo electrónico.

Bloquear todas la redes sociales en mi ordenador.

No facilitarle mi nueva información a nadie que tenga tetas.

Y ahí es cuando le echo mano al clínex.



6

Están las mujeres con las que me he acostado; las mujeres con las que he tonteado, pero con las que no me he acostado; las mujeres que no quieren acostarse conmigo, pero que espero que algún día cambien de parecer; las mujeres que quieren acostarse conmigo, pero con las que yo no quiero acostarme, aunque, quizá en una noche solitaria reconsideraría esa postura; las mujeres que quieren acostarse conmigo y con las que yo quiero acostarme, pero existe algún factor, como la distancia o un novio, que complica las cosas; las mujeres con las que quiero acostarme, pero con cuya amiga me he acostado alguna que otra vez y ahora resulta todo un poco embarazoso, y las mujeres que todavía no conozco, pero que, si las conociera, querrían acostarse conmigo. En total, son un montón de mujeres. Casi una vida entera de trabajo: miles de dólares dilapidados en bares y restaurantes, miles de horas desperdiciadas en llamadas y mensajes de texto y de correo electrónico, miles de veces en que he dicho cosas como: «¿Te viene bien el viernes?» y «Mi ex y

yo lo dejamos de buen rollo» y «Tengo que enseñarte un vídeo en el ordenador» y «Yo tampoco pensé que sucedería esto».

Siempre que no he estado trabajando, siempre que no he estado estudiando, siempre que no he estado viendo películas o leyendo libros o jugando a videojuegos, mi vida consciente (y parte de la inconsciente) ha consistido en esto.

Así que aquí estoy, en la habitación del hotel, frente a mi ordenador, un acaparador reacio a deshacerse de los restos de su pasado. Pasar una temporada sexualmente sobrio constituía un reto razonable, pero romper de forma permanente con todas y cada una de mis opciones, sin tener ninguna relación, es aterrador. Y, sin embargo, si aspiro al menos a una última oportunidad de ser feliz con Ingrid cuando vuelva a verla —dando por hecho que ella no haya pasado página del todo—, entonces tengo que prepararme para el viaje antes de partir, no después.

—Déjame ayudarte —dice Adam.

Me levanto y ocupa mi lugar, descarga un programa que restringe el acceso a determinadas páginas web, luego oculta el teclado para que yo no pueda verlo mientras introduce una contraseña.

—Estoy bloqueando toda la pornografía, las redes sociales y las páginas de contactos —me informa—. Usé este programa con mis hijos. Si quieres publicar algo para tus amigos en estas páginas, me lo puedes enviar y yo lo haré por ti… si es que es apropiado.

En cuestión de minutos, mi línea directa con la variedad ha sido sellada.

—Ahora el correo electrónico —dice Adam animadamente.

Es obvio que se siente como en casa ocupándose de las necesidades de los demás.

—¿No podríamos hacerlo por partes?

Me siento en la cama. Me estoy mareando, la cabeza me da vueltas y siento náuseas.

—Tienes que quitarte la tirita.

—Entonces ¿me vas a dejar rellenar los papeles del divorcio por ti y por tu

mujer?

No me ríe la gracia.

Adam me abre una nueva cuenta de correo electrónico. Elaboro una lista de menos de veinte personas (familiares, amigos íntimos, colegas de profesión) a las que darles la nueva dirección. Después cambia la contraseña de la cuenta antigua para no permitirme el acceso y escribimos un mensaje de respuesta automático para informar a todas aquellas personas que forman parte de mi pasado de que ya no podrán localizarme allí.

—Tío, qué raro se me hace todo esto —le digo a Adam—. Mírame las manos. Me están temblando.

Soy como un alcohólico con *delirium tremens*.

—Tienes suerte de que no pueda hacer nada con tu móvil ahora mismo. Pero no solo tienes que cambiarte el número, sino que tendrás que hacerte con un teléfono de concha que no tenga acceso a internet.

—Lo haré cuando esté en casa —respondo agradecido por ese pequeño indulto.

—Piensa en ti como Tarzán —me recomienda, repitiendo el consejo que una vez le dio Lorraine—. No puedes agarrarte a la liana que tienes detrás y a la que tienes delante toda tu vida. En algún momento, tienes que liberarte del pasado y avanzar.

De repente, mi mundo se ha vuelto mucho más pequeño. Y cuando disminuyen el miedo y el pánico iniciales a liberarme de todo, reparo en que también se ha vuelto mucho más sencillo de manejar.



Cuando regresamos al taller al día siguiente, Lorraine parece más desanimada que nunca.

—La mayoría de los psicoterapeutas que hay aquí son igual de malos que los pacientes —nos suelta antes de empezar la sesión; algo debe de haber pasado con Joan esta mañana y es más que probable que tenga que ver con nosotros—. Se creen que sus títulos y sus certificados les otorgan el privilegio de situarse por encima de los demás y de estar siempre en la posición del adolescente adaptado. La semana pasada, Joan humilló a uno de los grupos masculinos y les dijo que la palabra *camarera* era sexista. Hablé con ella a propósito del tema y creo que me ha denunciado como represalia.

Se adivina un cansancio en el tono que emplea que nunca había notado.

—Aquí hay tantas normas que no puedo hacer lo que tengo que hacer para ayudar a la gente.

Le damos las gracias por su dedicación y su coraje. Lo que no decimos es que, al igual que Adam, da la impresión de estar atrapada en una relación que no satisface sus necesidades.

Y está haciendo que la relación psicoterapeuta-paciente se aglutine.

A lo largo de los siguientes tres días, Lorraine persevera y no tarda en recuperar sus poderes; hasta que llega el momento que he estado esperando y también temiendo. Nos induce a los tres un ligero trance mediante una versión más intensa de la técnica de la silla vacía que ella llama *endodoncia emocional*. Le grito a mi madre, a mi padre y al abusón que me estuvo magreando. Al igual que la última vez, la espesa cortina negra que cubre mi mente se abre para desvelar la verdad.

Y veo que he hecho del sexo el criterio más importante en mis relaciones a expensas de mi propia felicidad. En este último año no ha habido ni un instante en que haya buscado ninguna otra conexión emocional más profunda ni ninguna clase más grande de amor. Todo tenía que ver con explorar un único aspecto de las relaciones: la sexualidad. E incluso en ese único aspecto he fracasado.

En la *puyá* y en la comunidad de positivismo sexual, me encontré con innumerables mujeres que eran abiertas y estaban liberadas sexualmente, y que solo exigían una cosa: tener la autoridad y el control del contexto, pues solo de ese modo podrían sentirse lo bastante seguras como para dejarse llevar sin matices. Y a mí eso me incomodaba. ¿Acaso llegué a ver con claridad quién era Kamala Devi? ¿O a quien

vi no era otra que mi madre? ¿Habría podido funcionar San Francisco de no haberme empecinado tanto en hacer las cosas exactamente a mi manera y no haberme ofendido con cualquiera que la pusiera en riesgo? ¿Por qué la relación con Sage fue tan estupendamente hasta que ella quiso disponer de su libertad y yo perdí el control absoluto? ¿Y por qué, en tantas de estas experiencias, no conseguí dejarme llevar por sentirme vulnerable cuando estaba con mujeres (por no mencionar a los demás hombres)?

¿La respuesta? Que en realidad no buscaba la libertad sexual, buscaba el control, el poder y la autoestima. O bien actuaba como mi madre o convertía a alguien en mi madre. En cambio, en contadas ocasiones era yo mismo. Porque tal y como comprobé cuando estaba colocado de éxtasis, la sensación de que no soy aceptable tal y como soy es tan aplastante que me aterroriza dejarme llevar y ser simplemente yo mismo delante de cualquiera. He sido el puñetero dictador benévolo no solo para todos los demás, sino también para mí mismo.

Cuando este pensamiento da en la diana, me deshago en un mar de lágrimas. Lorraine espera mientras me seco la nariz con el dorso de la mano, y entonces habla despacio y con tacto:

—Todas las cosas que has querido obtener de esas relaciones, libertad, comprensión, justicia, aceptación, son exactamente las mismas cosas que tu madre nunca te dio. De modo que cada vez que cargas a tu compañera con el peso de todos esos temas inconclusos, te estás abonando el terreno para otra decepción. Porque, como adulto que eres, la única persona que puede darte esas cosas eres tú. ¿Lo entiendes?

—Sí —le dijo—, lo entiendo.

Y lo digo de verdad.

El siguiente al que invita a la silla es Adam y procede a volarle la cabeza. Después, cuando abre los ojos, estos tienen un fulgor sonriente. Y en un tono de total despreocupación que no casa en absoluto con su habitual voz apagada y contenida, exclama:

—¡Me apetece un helado!

Su niño interior, cuyas necesidades lleva reprimiendo toda la vida, ha hablado por fin. Probablemente hace décadas que no se permite ni tan siquiera un bocado de azúcar.

Este proceso es lo más parecido a un milagro que he visto en mi vida.

Al cabo de una hora estamos comiendo helado.

—Me he echado de menos —dice Adam entre cucharada y cucharada de un helado coronado con una Oreo que Lorraine ha salido a buscarle.

Calvin está al lado, sumido en el mutismo, conmocionado por su propia epifanía, que consiste en que si te conviertes en el héroe de una familia aglutinada siendo adulto, aceptar ese rol te va a ocupar un espacio que el corazón tiene reservado para una relación. Así que Lorraine ha insistido en que debe establecer una férrea barrera frente a sus padres, a pesar de que entienda que en este momento ellos lo necesitan.

Mientras tanto, yo me armo de valor para contarle a Lorraine lo de la invitación a la boda del hermano de Ingrid. Al ver que no desaprueba mi asistencia, le formulo la pregunta que no deja de rondarme la cabeza desde Machu Picchu:

—¿Cómo puedo saber si esta vez estoy preparado de verdad y no vuelvo a ser uno de esos evasores del amor que quiere tener una relación cuando no la tiene, pero luego quiere estar libre cuando tiene una relación?

La respuesta de Lorraine es críptica.

—¿Conocéis la parábola del hijo pródigo?

Adam asiente vigorosamente, con churretes de helado manchándole la cara. Se conoce bien su Biblia. De todos modos, Lorraine nos cuenta su versión de la historia.

—Un padre tiene dos hijos. El mayor es un buen hijo. Hace todo lo que tiene que hacer, complace al padre y se queda en la granja para hacerse cargo de ella. El joven abandona a la familia, se gasta todo el dinero de su padre, pierde el contacto, casi se muere de hambre y entonces, por fin, regresa y suplica que le dejen volver para cuidar de la granja con su hermano.

»Cuando el padre organiza una gran celebración para darle la bienvenida a su hijo pequeño al volver a casa, el mayor pregunta: "¿Qué pasa conmigo?". ¿Y sabéis lo que le responde el padre?

—¿Le dice que un cristiano debe ser siempre misericordioso y permitir que

alguien se arrepienta? —prueba Adam.

—Tal vez. Pero a mí me gusta pensar que también le dijo otra cosa: «Tú trabajaste en la granja porque sentías que era tu obligación; tu hermano ha regresado a trabajar en la granja por elección. Y esa es la opción más significativa de las dos» —hace una pausa para que lo asimilemos—. El amor es ese algo que tiene una persona, esa conexión con ella, que te hace querer cambiar.

Mientras Adam rebaña los costados del cuenco de helado hasta dejarlo limpio, caigo en la cuenta de por qué la monogamia nunca me había funcionado. Siempre hubo algo que yo sentía que mi pareja esperaba de mí o me obligaba a hacer. Si esta vez lo contemplo como una elección, y no como una exigencia, tal vez consiga ser el novio pródigo.

Lorraine ve mi rostro iluminado por la esperanza y se apresura a avisarme:

—Tú, amigo mío, estás ahora mismo en zona vedada al amor. Si aspiras a volver a entablar una relación con Ingrid, vas a tener que atacar el trauma con todo el compromiso y con todas las herramientas existentes antes de esa boda. Únicamente estarás preparado para una relación cuando hayas aprendido a estar solo sin sentirte solo.

—¿Qué otras herramientas existen? —pregunto.

Me las dicta: una letanía de distintas terapias pensadas para obtener resultados en función de las diferentes sensibilidades e información aportadas. No me resultan familiares, son combinaciones de palabras que no había oído nunca. Pero las anoto como si fueran una receta.

—Mi mayor preocupación —le digo— es que la última vez que pasé por la silla vacía contigo, después me sentía igual que ahora. Con tanta claridad y esperanza. Pero, cuando volví a mi entorno habitual, revertí todo lo ganado y retomé las ideas y el comportamiento antiguos.

Se lleva los dedos a los labios y reflexiona unos instantes sobre el dilema.

—A medida que vayas quitándote capas de tu falso yo, vas a empezar a sentir el dolor que hay dentro y del que esas capas te protegen. Así que antes de mejorar vas a sentirte muy incómodo y muy sensible. Creo que la última vez debiste de quedarte estancado en esos sentimientos y por eso dejaste a Ingrid. Pero, si esta vez logras procesar todo ese sufrimiento antiguo como un ser adulto sano, dejarás de

necesitar esos viejos muros y defensas.

Son muchas cosas a la vez y me esfuerzo por entenderlo todo. Entonces decido que no necesito entenderlo. Solo tengo que hacerlo.

Solo hay un problema:

—¿Y si después voy a la boda y siento que estoy preparado para comprometerme en cuerpo y alma, pero resulta que Ingrid está con otro y no quiere volver conmigo?

Lorraine me sonríe con los ojos, con el maquillaje agrietado por los párpados como si fuera tierra seca, y responde sin vacilar:

—Si no te quiere de vuelta y es el catalizador de este cambio, entonces es lo mejor que te ha pasado en la vida.



8

Curtis Rouanzoin hace oscilar adelante y atrás ante mis ojos una fina varilla metálica mientras evoco recuerdos de mi madre. Seguidamente me coloca unos auriculares en las orejas y reproduce tonos que van saltando del oído derecho al izquierdo, al tiempo que yo sigo recordando y sufriendo, recordando y sufriendo, hasta que únicamente recuerdo.

Lindsay Joy Greene se agacha al tiempo que lanzo el puño al aire con todas mis fuerzas, liberando la ira que se diría he tenido atrapada en la muñeca durante décadas. Lo hago una y otra vez, con las dos manos, hasta que ya no me hace falta.

Olga Stevko se pasa ocho horas hipnotizándome. Deambulo por su despacho entrando en la mente de mis padres, en busca de aquello que no recibieron por parte de los suyos. Después me imagino trasvasando estas cualidades hacia todos los miembros de mi familia a lo largo de las últimas siete generaciones, y luego hacia

mí en el momento en que fui concebido, hasta que me siento como si me hubiera criado teniéndolas.

Greg Carson me pone deberes. Muchos. Registros de pensamientos, hojas de objetivos, exposiciones escritas, diarios de gratitud, experimentos conductuales; cada uno de ellos va minando mis miedos y mi acomodación patológica, hasta que los veo como el espejismo que son.

Barbara McNally me dice que cierre los ojos; que me visualice a mí mismo y a mi madre en una sala con una luz blanca que sale de mí y una X encima de ella; y que entonces me imagine gritando: «¡Dame las putas llaves!» mientras le asesto repetidos puñetazos en la cara.

Estoy en guerra. Es una puta guerra de lo más raro. Pero voy ganando.

—En una escala del uno al diez, ¿qué nota le pondrías a la intensidad de la emoción que va asociada a los recuerdos con los que hemos estado trabajando? —pregunta un día Curtis Rouanzoin.

El procedimiento al que me he sometido con él se llama EMDR, o desensibilización y reprocesamiento por los movimientos oculares, que estudia el modo en que el trauma se almacena en el cerebro e intenta procesarlo adecuadamente.

—Si antes era un diez, ahora es un ocho —le digo.

Lindsay Joy Greene tiene formación en una terapia llamada ES, o experiencia somática, y ha estado localizando el trauma que se me ha quedado atrapado no en el cerebro, sino en el cuerpo, y liberando la energía almacenada. Un día me pregunta:

—En una escala del uno al diez, ¿cuánta ira sientes cuando evocas los recuerdos de los que hemos estado hablando?

—Si antes era un ocho, ahora es un siete —le digo.

Olga Stevko practica una variante propia de la PNL, o programación neurolingüística. Mientras que las pruebas empíricas con Lorraine pretendían depurar mi sistema operativo, su procedimiento consiste en reescribir el código original. Por ejemplo, me explica que cuando mi madre me dice las palabras: «cuando seas mayor, nunca hagas a nadie tan desdichado como tu padre me hace a mí», ahí va implícita una orden: no crezcas nunca. Ayudándome a crecer, ella me

rebaja el trauma a seis.

Greg Carson está especializado en terapia cognitivo-conductual, que la baja a cinco. Y no sé cómo calificar el método de Barbara McNally y su aljaba sin fondo de técnicas, pero funciona, es original y hace que la emoción asociada a esos recuerdos se quede en cuatro. Y también hago mucho más: sacudo almohadas con un bate de béisbol; golpeo meridianos energéticos; trazo mapas de sombra de mi lado oscuro; pruebo con el psicodrama. No todo funciona, pero tampoco me hace daño.

Una mañana, me doy cuenta de que la mitad de los calzoncillos que hay en mi cajón son regalos que me ha hecho mi madre con motivo de cumpleaños y vacaciones. La mayoría están decorados con iconos de última moda relacionados con temas medio sexuales, como símbolos de los sexos masculino y femenino con las palabras «cambia a menudo» escritas al lado. Aunque siento una punzada de culpa mientras los reúno y los tiro al cubo de la basura, me acuerdo de Barbara McNelly diciéndome que esta clase de sentimiento de culpa es algo positivo. Significa que por fin estoy llevando a cabo la tarea de separación.

Mientras estoy en ello, me deshago de todas las llaves de coches y apartamentos de antaño que había ido guardando en un intento inconsciente por demostrarle a mi madre que no las voy a perder.

Como predijo Lorraine, me siento frágil y vulnerable en el transcurso de esta campaña de impacto, como si me hubieran arrancado la piel y tuviera todos los nervios al aire. La más mínima tensión —ya sea una pequeña crítica por parte de un compañero, un obstáculo que me impida terminar un proyecto, alguien que me pida que me repita, un restaurante que se quede sin mi plato favorito— me llena de una ansiedad y una ira desproporcionadas. Incluso si alguien me dice algo bonito, yo lo malinterpreto como una grosería o una falta de respeto. Y todas las noches me las paso dando vueltas en la cama, obsesionado por los acontecimientos de los últimos dos años, incapaz de conciliar el sueño.

—Todo esto no me está dando la felicidad —me lamento con Rick una mañana oscura.

—La idea no es que te sientas bien ni que disfrutes —me recuerda Rick—. Es forzar a los sentimientos a que emerjan para que puedan ser examinados y encontrar las causas profundas de tu conducta. En ese sentido, está funcionando asombrosamente bien. Lo de menos es cómo te sientas durante el proceso. Así que puedes estar contento en la medida en que estás llevando a cabo la tarea de aprender

cosas acerca de ti y en que estás dispuesto a analizar los sentimientos que vayan aflorando. Esa es la parte que te interesa.

Así que me repongo al dolor y sigo luchando con más ahínco. Hace mella en mi cuenta bancaria, pero a largo plazo me estoy ahorrando este dinero multiplicado por mil en citas penosas, relaciones dramáticas, matrimonios de corta duración, malas decisiones y los amigos falsos a quienes estoy vinculado por el trauma.

Mi motivación son los errores del pasado, la esperanza de un futuro mejor, el sueño desesperado con Ingrid y la profunda convicción de que, al final, después de tanto buscar, estoy haciendo lo correcto. No solo por Ingrid o por mis relaciones, sino por mí. En lugar de estar tratando de encontrar a otras personas para completarme, por fin me estoy completando a mí mismo.



9

Hoy voy a hacer algo todavía más insoportable que la terapia. Estoy en una clínica de ITS preparándome para hacerme pruebas de, literalmente, todo. Esperando a que venga la enfermera, pienso en todas las mujeres con las que tuve relaciones mientras estaba con Sage: aquella a la que le vino la regla poco después de hacerle sexo oral, la que me plantó el culo delante antes de que tuviera ocasión de ponerme un condón, aquella a la que se le quedó dentro la goma y luego todas las mujeres que me hicieron una mamada cuando yo, básicamente, tenía una llaga abierta en la polla. ¿Y si esa ampolla no fuese fruto de la fricción?

Además, está Sage: ella me dijo que estaba limpia, pero ¿quién sabe cuándo fue la última vez que se hizo la prueba?

No creo que pudiera volver a mirar a Ingrid a la cara si hubiera pillado algo en este tiempo. ¿Y si en cambio toda esta búsqueda de libertad me hubiera sentenciado a muerte? ¿Y si en lugar de soplar y sorber al mismo tiempo hubiera acabado por quedarme sin aire que respirar?

Llamo para saber los resultados tras dos días de pura ansiedad. Mientras la enfermera consulta los resultados de mis pruebas, se me encoje el corazón. Se me arruga la frente. Hasta la minga se me pone tensa, como si estuviera a punto de caerle encima la hoja de una guillotina.

Por fin vuelve a ponerse al teléfono.

—Has dado negativo en VIH, clamidiasis, gonorrea y… —me regocijo en silencio, pero entonces titubea, como si estuviera a punto de decir algo violento; el regocijo cesa—. ¡Qué curioso! —continúa; ¡mierda!, sabía que algo iba mal, ¿y si fuera incurable?—. Has dado negativo en herpes.

—¿Negativo?

—Casi todo el mundo tiene herpes —dice, como si estuviera hablando de unos granos.

Y en ese momento, siento gratitud hacia mis padres por su sistema inmunitario.

—Gracias —le digo—. Creo que te quiero.

—Yo también te quiero, corazón —dice, y cuelga mi ángel chupasangre.

Una ventaja de la monogamia: no más pruebas aterradoras de ITS.

Aliviado e indultado, prosigo la guerra con mi pasado.

Por supuesto, hay experiencias a las que no tengo acceso: la primera infancia preconsciente y las huellas olvidadas. Y sin duda en esos primeros años cruciales se causa mucho daño. Pero cuando pregunto al respecto en un taller de fin de semana que se celebra a las afueras de Los Ángeles, en un centro de sanación del trauma llamado The Refuge, me aseguran que lo que recuerdo es una ventana a lo que he olvidado, que probablemente los patrones serían los mismos, que un progenitor narcisista siempre fue un progenitor narcisista.

De vuelta a casa después del taller en The Refuge, me paso por la fiesta de cumpleaños de mi amiga Melanie, en un bar de West Hollywood. Desde que empecé este viaje hacia la anhedonia, este es uno de los pocos actos sociales a los que asisto. Voy vestido con vaqueros y una sudadera con capucha, me siento muy poco sociable y la intención es darle a Melanie el regalo y salir por pies de allí.

Pero, nada más entrar por la puerta, diviso el peligro: Elizabeth, la emprendedora tecnológica que Melanie me presentó hace años (la que dijo que solo se acostaría conmigo si me casaba después con ella).

—He estado intentando dar contigo —me dice a modo de saludo. Lleva un vestido verde escotado y unos zapatos negros de tacón alto de diseño.

—Me he cambiado de número —le digo, educado pero escueto.

Ella sigue, como si nada.

—He bebido un poco, así que te voy a decir una cosa. Tienes parte de la culpa de que lo dejara con mi novio. Hice una lista de las cualidades que busco en un hombre. Después hice una lista de los hombres que podría haber en mi vida. Después recopilé todos los datos e hice un gráfico, y tú quedaste el primero en todas las categorías excepto en una.

Empiezo a sospechar ligeramente que me tenía preparada esta emboscada.

—A ver si lo adivino —respondo desapasionadamente—. En estabilidad.

—Eso es exactamente —me aguanta la mirada—. Lo primero que pensé cuando lo dejé con él fue: ahora me puedo tirar a Neil Strauss.

Nunca me habían entrado con tanta agresividad. O bien ha relajado sus criterios para el matrimonio o es adepta a la versión sexual de la teoría del palo y la zanahoria como táctica de seducción. Mi antiguo yo estaría lo bastante intrigado como para querer averiguar de qué se trata; mi nuevo yo se siente intrigado durante un instante fugaz, pero afortunadamente toma mejores decisiones.

—Por desgracia, llegas tarde, porque estoy fuera del mercado.

Empiezo a alejarme, pero ella aún me pregunta desde el sitio:

—No seguirás enamorado de aquella rubia, ¿no?

Pronuncia desdeñosa la palabra *rubia* como si quisiera decir *campesina*. Yo me paro y le digo:

—Pues sí —me resulta mucho más fácil de lo que me había imaginado articular semejantes palabras.

—No creo que esté a tu nivel —Elizabeth no se deja intimidar—. Vi una foto de los dos en internet. Tenía el esmalte de las uñas descascarillado.

Ahora que ya no considero a Elizabeth (ni a ninguna otra mujer) un medio para un fin sexual, me asombra que alguna vez pudiera interesarme. Si me estuviera muriendo de mal de altura en Machu Picchu, ella sería de las que me dejaría abandonado al ver a un millonario aterrizar en helicóptero por allí cerca.

—Eso es lo bueno que tiene Ingrid —le informo—. Ella no se define en función de su imagen. Un día, me envió unas fotos que había introducido en una aplicación que las modificaba para hacerla parecer gorda y vieja.

En ese momento es cuando Elizabeth dice una cosa que, hasta hace poco, me habría conmovido hasta el último gramo de resolución como si de kryptonita se tratara.

—Desde nuestra última conversación, he decidido que quiero una relación más abierta. No quiero impedirle a un hombre que explore su sexualidad ni que tenga experiencias con otras mujeres. Me parece que es natural que un hombre quiera disponer de variedad.

—Bueno, espero que encuentres a alguien —me siento agradecido al ver que sus palabras no me afectan; o me estoy curando o sencillamente estoy de lo más irritable por esta forma de hurgar en la herida—. Me alegro de haberte visto.

En lugar de decirme adiós, se arrodilla a mis pies como una naturaleza muerta de sumisión. A continuación, me anuda los cordones sueltos de uno de mis zapatos, con la vista alzada y sin dejar de mirarme, aproximándose al hueco entre las piernas y paralizándose en ese punto un instante, ofreciéndole a mi imaginación la panorámica exacta que necesita para que sepa lo que aún podría suceder esa noche.

Es el momento del que siempre hablábamos los demonios rojos y yo, preguntándonos si seríamos capaces de resistirnos al atractivo del sexo fácil con una mujer hermosa.

Elizabeth vuelve a ponerse en pie poco a poco, dejando que sus uñas recién pintadas se demoren aún en mi rodilla como testamento de su superioridad sobre Ingrid. Presintiendo la victoria, ronronea:

—Mi madre siempre decía: «Si lo has pensado, eso ya es engañar».

—Bueno, tendré que aprender a vivir con ello.

Me despido de ella por última vez y me alejo para ir a saludar a Melanie. Por suerte, resulta que sí puedo resistirme.

Algo más tarde, cuando voy de camino a casa sintiéndome el objeto en lugar del sujeto, experimento una euforia inesperada. Es la primera vez que declino una proposición sexual de una probable pareja por la que me siento atraído, siendo además una relación no monógama. Y no me arrepiento de nada. Si Ingrid se arrodillara en el suelo para atarme los cordones, sería porque querría atarme los cordones, no porque quisiera seducirme para convencerme de que sería la esposa ideal. Vuelvo a acordarme de las fotos que Ingrid me envió con un mensaje de texto, aquellas en las que su rostro aparecía deformado y poco favorecido. El mensaje que lo acompañaba rezaba: «Engordemos y envejezcamos juntos».

En Perú me pregunté qué era el amor. Eso es amor. Es cuando dos corazones (o más) construyen un hogar emocional, mental y espiritual seguro que se mantendrá incólume por mucho que uno cambie por dentro o por fuera. Requiere únicamente una cosa y espera únicamente una cosa: que cada una de las personas sea ella misma. Todo lo demás que añadimos al amor no son más que una estrategia personal, ya sea efectiva o no, para tratar de gestionar la ansiedad que nos produce estar tan cerca de algo tan poderoso.

Regreso a la casa del árbol, en la que ya no reina el caos ni la confusión, y me meto en la cama, donde ha dejado de haber humo de tabaco, envoltorios de condones o manchas húmedas de bebidas derramadas y otros fluidos. Y me doy cuenta de que cometí un error al equiparar la variedad con la libertad.

Estoy fuera de todas las aplicaciones y páginas web sociales y de citas. Eso es libertad.

Menos de veinte personas tienen mi dirección de correo electrónico. Eso es libertad.

He recuperado mi vida. Eso es libertad.

No he contraído nada contagioso. Eso es un alivio como la copa de un pino.

Estoy solo de verdad, sin opción alguna por vez primera desde la pubertad. Y por extraño que parezca, me da exactamente igual. Resulta que he estado tan ocupado haciendo juegos malabares con todas las opciones que he querido dejar

abiertas que apenas si he podido vivir. Algunos estudios sobre la elección llegan incluso a afirmar que tener demasiadas alternativas aporta un menor grado de felicidad y de satisfacción.

Me remonto a mi infancia, a las normas irracionales y a las conversaciones de almohada y las constantes críticas, y no siento nada. En una escala del uno al diez, ahora es un uno.

10

Algo se rompe la semana siguiente.

Empieza mientras estoy al teléfono con mi madre. Hace tiempo que no hablamos, porque he estado evitando cualquier cosa que pueda interferir en el trabajo que estoy llevando a cabo. Pero cuando menciona que este año es su cuadragésimo noveno aniversario de boda, caigo de lleno en la trampa y le pregunto:

—¿Quieres algo especial para el cincuenta aniversario?

—No —responde con desprecio—. ¿Qué tengo yo que celebrar? —entonces hace una pausa y decide—: Bueno, sí que hay algo que podrías hacer para mi cincuenta aniversario: pegarle un tiro a tu padre.

Se echa a reír como si la cosa tuviera gracia; después añade, por si acaso:

—En realidad, si estuvieras dispuesto a pegarle un tiro para el cuarenta y nueve aniversario, tampoco me vendría mal.

El comentario no me inquieta ni me crea una sensación de asfixia ni me hace sentir lástima por ella ni por papá. Sencillamente, me resbala, como el intento de un niño de reclutar a algún desconocido para acometer una venganza personal. En ese momento contemplo nuestra relación como si fuera una película, con distancia, desapego y claridad. Es una comedia negra acerca de una madre que se siente víctima de su marido, pero que está demasiado destrozada como para ponerle

remedio, de forma que prácticamente todo lo que hay en su vida, incluyendo a su hijo, se convierte en un arma para utilizar o un aliado al que reclutar para su solitaria guerra privada contra ese hombre ajeno a todo.

Al poner fin a la conversación con ella, no solo me libero de todo resto de esperanza de que pueda comportarse como una madre responsable y amorosa, sino que también me descargo, sin asomo de culpa, de cualquier obligación que pueda deberle por su condición de madre. Y es este momento de exención (en el que cambio su papel en mi vida de madre a adolescente adaptado) el que acaba por redimirme definitivamente.

Con esa vinculación con el trauma original rota, en los días siguientes me domina una sensación que nunca había experimentado. Lo cierto es que me cuesta calificarla como una sensación. Es la ausencia de sensación.

Algunas veces, me limito a quedarme sentado en el sofá, escuchando los ruidos que vienen de fuera, mirando en torno a la estancia y por la ventana sin pensar en nada. O deambulo por la casa despacio, de un modo sobrecogedor, lejos de mi habitual urgencia, acometiendo todas las tareas cotidianas, como cepillarme los dientes, como si fueran lo único que tuviera que hacer en la vida. Es como ensimismarse, solo que dentro de mí tampoco hay nada. Es como si tuviera la cabeza vacía. Ni siquiera sé si estoy bien o mal. Estoy más allá del bien y del mal. Simplemente soy.

Por las noches, cuando intento dormir, la respiración se me antoja ligera, como si no llenara los pulmones con el oxígeno que necesitan. El latido de mi corazón se vuelve sutil, como si fuera a apagarse de un momento a otro. Mi mente se ralentiza, como si mis sinapsis se estuvieran debilitando y me dejara arrastrar hacia una muerte indolora.

Por fin me he vaciado. Me he convertido en Forrest Gump. Ya estoy en la anhedonia o tal vez en un vacío aún más lejano.

Solo hay un problema: Lorraine nunca me dijo con qué se supone que tenía que rellenarme después. Así que le escribo un *e-mail* para averiguarlo.

No me responde.

Al cabo de unos días, vuelvo a intentarlo.

Y sigue sin contestar.

Me recuerda al silencio sepulcral de Ingrid, aunque tampoco me siento abandonado. Estoy demasiado hueco para sentir dolor siquiera. Como predijo Lorraine, estoy profundamente solo, pero no me siento solo en absoluto.

Viendo que transcurre la semana sin obtener respuesta de Lorraine, empiezo a preguntarme, patéticamente, si me habré transformado en un zombi condenado a pasar el resto de mi vida en muerte cerebral.

La llamo y le dejo un mensaje para preguntarle, con voz pesada y confusa, cuál es el siguiente paso y cómo rellenarme. Pero sigue sin contestar.

Y nunca lo hará.

FASE II

■ Hasta arriba ■

LLEGA UN MOMENTO EN QUE TE

QUEDAS COMPLETAMENTE SOLO CUANDO HAS

LLEGADO AL FIN DE TODO LO QUE TE PUEDA SUCEDER. ES EL FIN DEL MUNDO. NI SIQUIERA EL DOLOR, TU PROPIO DOLOR, TE RESPONDE

YA Y TIENES QUE DESANDAR EL CAMINO

PARA VOLVER A ESTAR

ENTRE LA GENTE.

—LOUIS-FERDINAND CÉLINE

Viaje al fin de la noche



11

Lo miro a la cara. Lo primero que noto es la sonrisa, toda encías y dientes torcidos. Luego están las gafas negras, demasiado grandes y duras para su rostro. Y lo más trágico, el pelo, cortado demasiado corto por manos aficionadas, con trasquilones retorcidos y bultos aquí y allá. Y sin embargo, hay algo en él que hace que dé gusto verlo. No es solo la inocencia y la ingenuidad, sino la predisposición a complacer, a aprender, a transformarse.

Y entonces ocurre: por fin algo se conmueve dentro de mí. Parece un sentimiento. Me cuesta discernir si es amor o tristeza. Probablemente sean las dos cosas. Pero es puro. Un amor y una tristeza… por él, por mí mismo.

Estoy mirando una fotografía mía de clase, de la escuela primaria, tomada cuando tenía ocho años, que he rescatado de un sobre que había enterrado en mi archivador. No recuerdo cuándo fue la última vez que estuve viendo fotos de cuando era niño.

Me estoy rellenando y lo estoy haciendo yo solo. Hoy me han llamado tanto Adam como Calvin, aterrados porque los dos estaban atravesando su propia crisis y tampoco habían tenido noticias de Lorraine. Por fortuna, Calvin me ha dado la pista que necesitaba. Me ha leído el último mensaje que le había enviado Lorraine, que concluía con el siguiente consejo: «Dispones de tu propio psicoterapeuta interno, que es mucho más sabio que cualquier psicoterapeuta externo al que puedas consultar. Solo tienes que encontrar esa voz y escucharla».

Parecía su forma de decir adiós, aunque no teníamos ni idea de por qué. Tal vez le estuviéramos robando demasiado tiempo; tal vez fuera amor severo o tal vez Joan la hubiera suspendido por trabajar con pacientes que habían abandonado la rehabilitación en contra del criterio médico. Cualesquiera que fuesen sus motivos, merecía la pena tomarse en serio esas últimas palabras.

Así que me senté en mi sofá de ensimismamiento a reflexionar acerca de qué es lo que me ha llevado hasta este punto. Los primeros pasos consistieron en elaborar un cronograma y un genograma, lo que me permitió identificar mis heridas. Los segundos pasos fueron los intensos procedimientos terapéuticos, que vaciaron y cauterizaron las heridas. Así que el tercer paso debe de ser rellenar los huecos que han dejado.

Pero ¿rellenarlos con qué?

La primera vez que me sometí a la silla vacía, Lorraine dijo una cosa que se me viene ahora a la mente. Me pidió que protegiera y que cuidara mi niño interior.

Así que me levanté del sofá y revolví en el archivador hasta que di con mis fotos antiguas. Cuando miré por primera vez a conciencia al niño herido al que tanto he trabajado por sanar, ahí fue cuando los sentimientos empezaron a aflorar de nuevo.

Antes creía que el concepto de *niño interior* era una ridícula metáfora que se habían inventado para recordarles a los adultos sobrecargados de responsabilidades que de vez en cuando hay que despreocuparse y disfrutar sin más. Pero resulta que el niño interior es muy real. Es nuestro pasado. Y la única forma de escapar del pasado es abrazarlo.

Así pues, esa noche antes de acostarme pongo la foto en un marco y lo coloco al lado de la cama. Y me comprometo a que a partir de hoy este niño será protegido. Será amado. Será aceptado. Se confiará en él. Y todo ello se hará de manera incondicional. No se le enseñará a odiar ni a temer. No recibirá críticas por fracasar en el empeño de estar a la altura de unas expectativas poco realistas. No será usado como un clínex o una aspirina contra los sentimientos de soledad, miedo, depresión o ansiedad que sufra otra persona.

A la mañana siguiente empiezo a rellenarlo (a él y a mí) de cosas que necesito, pero que nunca tuve de niño. Cuando pienso algo negativo de mí, lo sustituyo por una verdad positiva. Cuando cometo un error, me perdono. Cuando estoy

demasiado sensible o demasiado insensible, me oriento con paciencia hacia la realidad moderada. Y cuando doy un paso atrás, me consuelo en silencio, como enseñándole a un niño que no hay que temer a la oscuridad.

De la misma forma que le dije a Anne que debía ser mejor madre para sí misma, yo también me convierto en mi propio padre. No deja de ser un poco patético que a estas edades tenga que ponerme a aprender a ser un adulto en condiciones. Pero si los problemas que me surgen en las relaciones personales son el resultado de una inmadurez en el desarrollo, tal vez cultivando estas partes atrofiadas de mí mismo, para que den un estirón, logre al fin alcanzar la felicidad y la estabilidad que me han esquivado en el transcurso de todas esas relaciones.

Entonces, con ese leve rayo de luz iluminando mi letargo, emprendo la creación de una nueva vida.

Cada día procuro prestar atención a las seis necesidades básicas de las que Lorraine me habló: la *física*, saliendo a hacer surf y comiendo sano; la *emocional*, dándome permiso para experimentar y expresar sentimientos sin controlarlos en exceso, pero sin perder el control sobre ellos; la *social*, estando con Adam, Calvin, Rick y otros amigos cercanos; la *intelectual*, leyendo literatura, asistiendo a conferencias, poniendo en marcha un cineclub y, lo más importante, escuchando más; y, lo más ajeno a mí, la *espiritual*, practicando la meditación trascendental con un amigo de Rick que me está enseñando.

Pero el mayor desafío es la sexta necesidad básica: la *sexual*; sobre todo porque ahora mismo soy casto y no consumo porno. De modo que, mientras prosigo el régimen de autoayuda en los demás aspectos, este decido saltármelo. Ya he cubierto necesidades sexuales suficientes para varias vidas. Y quizá el hecho de que Lorraine no haya respondido sea para bien, porque ahora sí que siento de verdad que estoy reconstruyendo mi vida. He limpiado las heridas de la infancia y estoy rellenando los huecos que han dejado. Me he pasado toda la vida intentando rellenar los huecos equivocados.



12

Seis días antes de la boda de Hans (y solo un par de semanas después de iniciar mi régimen de autoayuda) me despierto y los últimos remanentes de torpor, desidia y apatía se han despejado como nubes de tormenta. En su lugar veo un cielo azul que había olvidado que existía.

Por fin me he quitado de encima a Forrest Gump. Todas esas noches que me he pasado en la cama durante la anhedonia, sintiendo que el latido de mi corazón y la respiración se iban amortiguando hasta desaparecer, no me estaba muriendo, nada más lejos. Mi tiempo de conmutación, sencillamente, se estaba ampliando, y la ausencia de un constante estrés, ansiedad e intensidad me era desconocida.

Súbitamente caigo en la cuenta de que la dicotomía entre el falso yo y el auténtico yo, del que toda esta gente me ha estado hablando durante la recuperación, no tiene ninguna importancia. Es un juicio de valor imposible de determinar. Es mejor enfocarlo como una dicotomía entre el yo destructivo y el yo creativo: el *tú* que perjudica tu vida y la vida de los demás y el *tú* que hace aflorar lo mejor que tienes, está conectado con los demás y en armonía con el mundo que te rodea.

Me paso toda la mañana encadenando una epifanía tras otra. Es como si, al vaciarme y cuidar de mí mismo a continuación, la verdad estuviera brotando espontáneamente y sin esfuerzo, sin tener que estar consultando a expertos para dar con ella.

—Se te ve más contento y en paz que nunca —me dice Rick cuando quedamos para comer en Coogie's al cabo de unos días—. Y además hay algo distinto, aunque no sabría decir qué es.

Me mira de arriba abajo, muy despacio y asintiendo, como si me estuviera haciendo un escáner espiritual.

—Debes de haber curado algo por dentro.

No es el primero que lo dice. Casi toda la gente que he visto últimamente ha notado el cambio, no en mi aspecto, sino en mi ser. Hay cosas que nunca creí que fueran a cambiar —como mi tendencia a enojarme cuando me saltan con alguna norma absurda— que se han esfumado por completo. Donde antes me mostraba ansioso, frenético y nervioso, ahora estoy más presente, calmado y tolerante. Estoy

lejos de ser un monje budista, pero me encuentro más en paz con el mundo y conmigo mismo.

—Ya lo sé. Me siento distinto. Pensaba que solo se trataba de cambiar mis creencias en cuanto al sexo, pero esto lo ha transformado todo.

—El modo como haces algo es el modo en que lo haces todo —responde Rick con una calma que, por una vez, imito—. ¿Te das cuenta ahora de que la forma en que eliges vivir tu vida afecta a todo? Un escarceo aquí y allá no es solo un escarceo aquí y allá. Es una interrupción en la constante de quien eres y en la persona que eres en el mundo.

—Entiendo. Creo que ahora he llegado a comprender por qué fui infiel.

—¿Y por qué fue?

Sus palabras suenan vagamente retadoras, como si me quisiera poner a prueba para comprobar que, efectivamente, he cambiado.

—En realidad es una lista de cosas.

Saco el móvil y le enseño una nota que escribí una noche en la cama durante la anhedonia.

POR QUÉ ENGAÑÉ

No me comuniqué ni establecí límites con Ingrid, así que actué movido por el miedo y el agobio.

No comuniqué mis preferencias sexuales ni le di espacio para que comunicara las suyas, así que actué movido por mis deseos sexuales insatisfechos.

La culpé de «no permitirme» follar con otras, así que actué movido por una negación de mi responsabilidad personal sobre mi comportamiento.

Tenía profundos sentimientos de inutilidad y baja autoestima, así que actué movido por la aceptación y la validación.

Carecía de espiritualidad y tenía un paradigma intelectual defectuoso, así que actué movido por la creencia de que no somos distintos a cualquier otro animal y eso es lo que hacen los animales, y en realidad qué le importan a nadie las

consecuencias.

Por una vez en la vida, Rick se queda sin habla. En su rostro poco a poco se va dibujando una sonrisa. Y después de lo que se me antoja una eternidad, me dice:

—Creo que ahora vas a entender a qué me refiero si te digo cuál es el secreto de la fidelidad.

—¿Y cuál es?

—No sacrifiques la felicidad a largo plazo a cambio del placer a corto plazo.

Añado esa frase a mis notas. Es un buen mantra para recordar.

—Piensa en la intimidad como en un fuego —continúa—. Cuantos más troncos le añadas, más grande se hace. Y cuanto más grande se hace, menos ganas tienes de echarle agua.

—El problema que tenía antes era que cuanto más grande se hacía el fuego, más ganas tenía de echarle agua. Me aterraba que me consumiera.

Rick escruta mi rostro. Es fácil hablar, pero ¿de verdad seré capaz de vivir ateniéndome a lo dicho? Otra prueba se infiltra en su mente. No es solo un productor de música, también es productor de vidas.

—Si la cosa no funciona con Ingrid, para que tu próxima relación tenga posibilidades de prosperar, yo te recomendaría que construyas una intimidad y que te comprometas emocionalmente en profundidad *antes* de iniciar la relación sexual. Creo que ese debería ser tu nuevo desafío: esperar tres meses antes de acostarte con tu próxima novia.

Espera a que reaccione. La primera vez que Rick y Lorraine me sugirieron la anhedonia, hace meses, les acusé de estar intentando castrarme, y con ello lo único que hice fue confirmarles mi enfermiza obsesión con el sexo. En cambio esta vez no sobreactúo. Si quiero tener una relación basada en el amor, este desafío tiene sentido. Hace falta tiempo para liberarnos de nuestras proyecciones y de las necesidades de nuestro desarrollo que no han sido cubiertas, de forma que podamos ver a nuestra pareja tal como es en realidad y ella pueda ver quiénes somos nosotros.

—¿Sabes? Tres meses parece mucho tiempo —le digo a Rick—. Pero si lo hubiera hecho así desde el principio, seguramente no habría desperdiciado tantos

años de mi vida en relaciones que no iban a ninguna parte.

Sin embargo, mientras pronuncio esas palabras, siento ante la idea un pequeño espasmo de malestar y un miedo incipiente que me sale de muy hondo y me sorprende: ¿querrá alguien comprometerse conmigo sin sexo de por medio y sin la oxitocina del orgasmo? Eso significaría que de verdad tendría que quererme por ser quien soy. Y una voz poderosa procedente de algún otro lugar en mi interior alza y acuna el miedo como si fuera un niño, diciéndole simplemente: «Sí, querrá».



13

Después de ver esa noche *Su propio infierno*, de John Frankenheimer, me quedo encallado en una asociación de ideas preocupante: salí de la anhedonia no tanto con una decisión como con una *certeza* de que estaba listo para entablar una relación adulta con Ingrid. Pero ¿y si he cambiado tanto que mis heridas y sus heridas han dejado de complementarse y ya no nos sentimos atraídos el uno por el otro? O ¿y si está enfadada conmigo y ya ha pasado página? O ¿y si está locamente enamorada de aquel James Dean? Y aunque estuviera soltera y no me odiase, ¿cómo iba a creer que he cambiado? Eso ya se lo dije en su día, solo para romperle el corazón a renglón seguido.

Decido aportar pruebas en la boda. Me paso los siguientes días recopilando el material que necesito. En una caja marcada como «#1» introduzco una fotografía enmarcada de la superviviente. «Gracias por la planta», escribo al dorso. «Me ha enseñado que puedo cuidar de las cosas. Los siguientes paquetes no son regalos, sino expresiones de mi compromiso contigo. He trabajado duro para saber quién soy y para convertirme en una persona mejor. Y he aprendido que con amor cualquier cosa puede florecer. Pero con ambivalencia y con miedo, algo que está vivo se morirá. De modo que nadie que ame y sea amado de verdad puede estar jamás enjaulado».

En la segunda caja meto mi teléfono viejo junto con una nota que informa del

nuevo número, de quién lo tiene y de que la persona que más me importa del mundo también lo tiene ahora. Dentro de la tercera caja está el recibo del bloqueo de programas de todas mis redes sociales y el mensaje automático que salta en mi cuenta antigua de correo electrónico. La cuarta caja me lleva medio día prepararla: monto una sala de la nave espacial parecida a la que hizo ella en nuestra casa de huéspedes y le hago una foto para ella. La quinta caja contiene mi posesión más preciada, la única llave que tengo que da acceso a la playa privada en la que hago surf: mi propia versión de la llave del archivador de confianza que me dio ella. Y dentro de la sexta caja hay un guardapelo con una foto mía de niño en un lado y una foto suya de niña en el otro, con un mensaje: «El pequeño Neil estaba asustado. El Neil adulto, no. El único miedo que tiene es el de perderte. Seamos juntos unos padres estupendos para nuestros niños interiores».

Envuelvo todas las cajas y las dispongo en una más grande. Estoy saltando del avión sin paracaídas, comprometiéndome con ella únicamente sobre la base de la fe, amándola sin exigirle amor; o es lo más romántico que he hecho en mi vida o lo que más se parece al acoso. Posiblemente, las dos cosas.

Algunas escuelas de la teoría del apego evalúan el comportamiento de la gente en las relaciones como un proceso continuo más que por unas categorías claramente definidas, como en la rehabilitación. Clasifican a las personas en un gráfico dividido en cuatro cuadrantes, que van desde el nivel bajo de ansiedad hasta el nivel elevado de ansiedad, en el eje horizontal, y del nivel elevado de evasión al nivel bajo de evasión, en el eje vertical. Cada cuadrante determina un estilo distinto de apego: un grado elevado de evasión y de ansiedad equivaldría a un *apego temeroso evasivo*, algo parecido a la evasión del amor; un grado elevado de ansiedad y un grado bajo de evasión sería un *apego preocupado*, parecido a la adicción al amor; un nivel elevado de evasión y un nivel bajo de ansiedad sería un *apego evitativo*, una forma más extrema de la evasión del amor en el que se rechazan casi de plano las relaciones porque se percibe que ninguna pareja es digna de serlo. Así pues, para pasar el rato, me someto al test que determina cuál es mi estilo, respondiendo a cada pregunta con toda la honestidad posible. Y me quito un peso de encima cuando caigo en la cuarta categoría: baja evasión y baja ansiedad.

«Combinando su puntuación en ansiedad y evasión, recae en la casilla *seguro*», reza mi análisis. Y aunque solo se trata de un test por internet, también es la primera evaluación psiquiátrica positiva que obtengo en mucho tiempo. Seguidamente, reviso algunas de mis notas de los últimos años. Rememoro cada conversación, cada reunión, cada libro, cada visita, cada intensivo y cada epifanía interna que he experimentado. Y me pongo a escribir un compendio de todas las

lecciones que he ido aprendiendo.

Es mi centro, una guía incompleta del amor para el hombre incompleto, un mapa hacia el éxito, no solo en mis relaciones, sino para gestionar todas las fuerzas internas y externas que las puedan amenazar. Es mi recordatorio de que tengo que cuidar de mí mismo, comunicar mis necesidades, mantenerme alejado del lado oscuro y evitar quedarme atascado una vez más en la realidad de mi niñez. Y contiene muchas más cosas: estrategias para hacer frente al impulso de ser infiel, para evitar convertir a mi pareja en mi progenitor, para prevenir reacciones exageradas, para resolver conflictos, para asegurarme de que con el tiempo voy estrechando los lazos con mi compañera, en lugar de distanciarme de ella.

No obstante, mi progresión en esta dirección se ve interrumpida por un suave golpeteo en la puerta de casa.

—¿Quién es? —pregunto con cautela, con esperanza.

—Soy yo —dice tímidamente una voz femenina.

—¿Ingrid?

—No —responde la voz—. Soy Sage.



14

Fragmentos de Una guía incompleta del amor para el hombre incompleto

1. Sea cual sea la situación, la conducta adecuada de acción siempre es compasión y amor.

—He cogido un vuelo para venir a hablar contigo. ¿No podrías abrir la puerta?

Quiero esconderme. Quiero salir corriendo. No puedo permitir que esto se interponga en mis planes.

Pero están los planes, y luego está la vida. Y la vida siempre supera a los planes.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto, con toda la contundencia que puedo.

2. Siempre que al menos uno de los dos miembros de la pareja esté en modo adulto funcional en un momento dado, la mayoría —si no todas— de las disputas se pueden evitar.

—Es de locos, ya lo sé. He estado intentando localizarte para pedirte perdón. Cometí un error. Te quiero —pausa, silencio—. Me asusté, así que huí, pero ahora ya no tengo miedo. Quiero estar contigo. Espero que todavía te importe lo suficiente como para concederme al menos cinco minutos de tu tiempo.

Dudo un instante, ampliando el espacio entre la emoción que estoy sintiendo y cómo estoy actuando. La emoción que siento es miedo. Me preocupa que haga algo que afecte a mi recién adquirida clarividencia o a mis opciones de volver con Ingrid. Así que convoco a todas mis neuronas adultas a una reunión en el neocórtex y les recuerdo que ninguna de ellas puede hacerme daño sin mi permiso.

3. Sé consciente cuando reincidas en una conducta infantil o adolescente. Después, determina cuál es la vieja historia que se está activando y cuéntate la verdad de la situación. Libérate de la mentira.

Sin embargo, desde un flanco distante de mi cerebro, el pequeño remanente harapiento del antaño formidable ejército de la culpa acomete un intento de invasión. Ha tomado un avión hasta aquí, así que no debo decepcionarla ni hacerle daño. Aplasto esa voz instantáneamente como el acomodamiento patológico que es: esa vieja creencia de que, como mi madre me quiere, nunca debo hacer nada que la haga sufrir. Y prácticamente todo la hace sufrir.

El amor es una jaula cuando te sientes endeudado con él o constreñido por él o responsable de su dueño.

4. Acepta lo que hay.

Con un brazo doblado, aquí viene el siguiente ataque: el terror de la inseguridad. ¿Y si es esta la imagen que voy a dar cuando vea a Ingrid? ¿Y si Ingrid

piensa exactamente lo mismo que yo estoy pensando ahora mismo? ¿Y si tiene razón?

Y si… Hoy voy a suprimir estas dos palabras de mi vocabulario y las voy a reemplazar por si…, lo aceptaré.

Si esta es la imagen que voy a dar cuando vea a Ingrid, *lo aceptaré*. Si Ingrid piensa exactamente lo mismo que yo estoy pensando ahora mismo, lo aceptaré. Si tiene razón, lo aceptaré.

5. En lugar de decir «Nunca volveré a ser infiel», di «Hoy no voy a volver a hacer aquello que me hace sentir débil y avergonzado».

Y entonces la falange final marcha contra mí, la más peligrosa de todas: el deseo. Me dice lo genial que era el sexo con Sage y lo divertidos que eran los tríos. Y la ataco con la mejor arma que existe: la experiencia. Le recuerdo que, aparte de mi noche solitaria el día de las gemelas, la aventura que la precedió incluye a una vecina que se trajo a su husky gigante, y que Sage y ella hicieron el amor mientras el perro intentaba hacerme el amor a mí.

Tal vez el corolario del secreto de Rick sea que la fantasía de los demás casi siempre es mejor que la realidad.

Abro la puerta y monto guardia en el umbral. Sage está frente a mí toda maquillada de fiesta y con un vestido negro, el pelo recién teñido y las piernas perfectamente bronceadas. Es evidente que ha dedicado mucho tiempo a prepararse. Y lo más preocupante: a sus pies hay una maleta.

Hace ademán de abrazarme y besarme, y yo me aparto. No voy a compadecerme de ella. No voy a dejar que me excite.

6. No puedes tener una relación con alguien esperando que cambie. Tienes que estar dispuesto a comprometerte con ella tal y como es, sin expectativas. Y si en algún momento resulta que decide cambiar, entonces eso será un añadido.

De su boca empiezan a brotar palabras atropelladas, cuya conclusión es que quiere mudarse aquí y formar conmigo una familia. Me provoca un escalofrío que me recorre la espalda, porque eso es exactamente lo que quiero hacer con Ingrid si las cosas funcionan entre nosotros.

—¿Quieres mudarte aquí, quedarte para siempre y formar una familia?

—Sí —dice, abriendo los ojos de par en par con una mezcla a partes iguales de sinceridad y súplica.

Me figuro cuál sería en realidad el futuro con Sage: nos imagino casados y con hijos, hasta que un día, cuando vuelva a sentirse atrapada, huya a Fidji sin previo aviso, dejándome a mí la tarea de explicarles a los niños que mami se ha ido a buscarse a sí misma y que no sé cuándo volverá. Los vientos de la ambivalencia seguirán soplando para ella, trayéndomela de vuelta y llevándosela una vez más, una y otra vez.

Dicen que el amor es ciego, pero lo que es ciego es el trauma. El amor ve lo que hay.

7. Comunícate y mantén límites saludables. Esto significa que hay que encontrar el equilibro apropiado entre el filtrado y la protección de tu yo, tus pensamientos, tus sentimientos, el tiempo y las conductas, sin encerrarte tras un muro ni sentirte abrumado ni abrumar al otro.

Parece desesperada y expectante, y de vez en cuando se le saltan las lágrimas mientras me dice que se ha gastado todos sus ahorros en el vuelo. Hasta no hace mucho, esta era mi pesadilla: tener que satisfacer las expectativas de los demás, sobre todo cuando hacer lo que me conviene a mí hiere los sentimientos de otra persona. Pero ha sido ella quien ha decidido venir, así que no tengo por qué sentirme culpable. Esta es mi oportunidad para aplicar los límites que he aprendido, para imponerlos cuando sean transgredidos y así no sentirme confuso, para romper viejos hábitos y reforzar los nuevos.

—Esto no vale —le digo—. No puedes presentarte aquí sin avisarme siquiera.

—Pero tu número de teléfono no iba. ¿Cómo puedes ser tan insensible? Dijiste que me querías. Eso no se borra como si nada.

No le falta razón. Reproduzco en mi cabeza las palabras de Lorraine: tú no te harás daño jugando con juguetes, pero ellas sí.

—Siento un amor inmenso por ti —le digo—. Pero la relación ya —no sé cuál es la mejor manera de expresarlo— se acabó. Se terminó justo en el momento en que se tenía que terminar.

8. Pregúntate a lo largo del día: «¿Qué necesito hacer en este momento para cuidar de mí mismo?». Si eres consciente de cuáles son las necesidades y los

deseos legítimos a los que no estás atendiendo, y tomas medidas para satisfacerlos en solitario —o pidiendo ayuda a tu pareja si no puedes hacerlo solo—, hallarás el camino hacia la felicidad.

—¿Hay otra? —pregunta.

—Sí. Pero no quiere hablar conmigo.

—¿Es una broma? Estás loco.

—Antes estaba loco —le digo—. Creo que por fin estoy recuperando la cordura.

—¿Puedo dormir aquí, por lo menos? —da un paso adelante e inhalo su mezcla única de cera capilar, sexo y crema hidratante.

9. Nadie puede hacer que sientas algo y tú no haces que alguien se sienta de un modo determinado. Así que no te responsabilices de los sentimientos de tu pareja y no culpes a tu pareja por los tuyos. Lo más cariñoso que puedes hacer cuando esté disgustada es simplemente preguntar si quiere que la escuches, que la aconsejes, que le des espacio o que la consueles con afecto.

—¿Qué? —es increíble. Incluso cuando estableces un límite, la gente sigue queriendo pisotearlo.

Dice:

—No tengo donde dormir. ¿No puedo quedarme en la habitación de invitados, por lo menos, y ya hablaremos cuando estés preparado?

Me obligo a recordar…

Dice:

—He tomado un taxi desde el aeropuerto.

… que Sage no es mi madre y…

Dice:

—Te prometo que cuando hablemos me marcharé.

… que no soy el responsable de su felicidad.

Así que reafirmo el límite.

—No es buena idea que te quedes aquí. Lo siento, pero he adquirido un compromiso conmigo mismo y tengo que cumplirlo.

10. Ámate, hónrate y afírmate. Sean cuales sean tus decisiones, tus acciones, tus sentimientos y tus pensamientos a lo largo del día, y sea cual sea el resultado que arrojen, si tú eres saludable, entonces ellos también son saludables.

Le muda la expresión ante estas palabras y empieza a protestar. Mi antiguo yo querría abrazarla, decirle que podemos hablar más tarde, dejarle pasar la noche, prometerle que seguiremos siendo amigos, cometer toda clase de errores. Pero ahora lo único que se me pasa por la cabeza es una pregunta: ¿esto está entre mis bienes más preciados?

Y nada de todo esto está entre mis bienes más preciados. De manera que me mantengo firme como una roca y ella se derrite como el hielo.

Las lágrimas se mezclan con el rímel y le corren negras por la cara. No son problema mío. Son problema suyo. Y lo superará. O no. Pero lo más compasivo que puedo hacer es dejar que tome sus propias decisiones sobre la base de la verdad. Y la verdad es que yo amo a Ingrid.

Solo espero que Ingrid me ame a mí.

11. Pero, por encima de todo, acuérdate siempre de respirar y estar presente en el momento.

Pero, si no me ama, lo aceptaré.



Estoy en la entrada del garaje sin calefacción donde el padrastro de Ingrid la obligó a vivir sin otro mueble que un viejo asiento de coche desvencijado, mientras su hermano y sus hermanastros dormían en camas calientes dentro de cuartos calientes. Me aseguro de que llevo la chaqueta bien colocada en los hombros, que los puños de la camisa morada asoman ligeramente por debajo de la chaqueta, que la corbata a juego esté ligeramente descentrada y que los bajos de las perneras descansen perfectamente sobre los zapatos. Soy Sage. He venido a suplicar.

Atravieso la cocina, donde el padrastro de Ingrid la obligaba a cocinar y a fregar durante horas todos los días, castigándola si osaba sentarse. No tenía permitido comer hasta que el resto de la familia hubiera terminado. Al fondo de la cocina está la puerta que da al patio trasero, donde el padrastro de Ingrid la obligaba a cortarles la cabeza a los pollos y se reía cuando ella vomitaba por el horror que le producía ese acto. Es mi Cenicienta.

Y espero que en su cuento yo sea la rana a la que ella ha besado para transformarla en un príncipe.

Echo un vistazo buscándola, con la caja que envolví anoche en los brazos. Hay dos mesas grandes decoradas con flores, rodeadas de mujeres con vestido rojo y hombres de traje oscuro. Cuatro de esos hombres son sus hermanastros. Espero que Ingrid les haya estado contando cosas bonitas sobre mí. Aunque, no sé por qué, lo dudo. Me doy una vuelta por el jardín, buscando a Ingrid, con la esperanza de no ver a James Dean y cuidándome de no establecer contacto visual con ninguno de los hermanastros. Pero no la veo por ninguna parte. Estoy fuera de lugar. Debería marcharme.

—¡Eh, hermano! —oigo decir a una voz.

Me vuelvo y veo a Hans cerca del bar, esperando a que empiece la boda. Lo saludo y le doy las gracias por invitarme. Quiero preguntarle por qué me envió la invitación, pero temo que me diga que fue un accidente. Se aprieta con la mano la base de la espalda y se estira como si le doliera. Cuando le pregunto si se encuentra bien, mira alrededor furtivamente para asegurarse de que nadie pueda oírlo. Entonces me cuenta que la noche anterior había ido a un club de *striptease* con sus amigos para celebrar una despedida de soltero sorpresa. Se agarró tal cogorza que se puso a bailar en la barra y a recorrerse el escenario cargando con dos bailarinas. Pero se cayó, soltó a las chicas y se hizo polvo la espalda.

—No se lo cuentes a mi prometida —me advierte.

—¿No lo sabe?

Me sonríe con aire conspirativo.

—Le he dicho que me hice daño en el trabajo.

Y aquí un matrimonio más que nace con una mentira. Es una mentira estupenda: que los maridos y las esposas no tienen ningún interés sexual más que el mutuo. En el fondo sé que no he conquistado el deseo que pueda sentir por otras mujeres —no creo que eso sea posible sin que Hasse Walum me rebaje los niveles de testosterona—, pero he eliminado la parte psicológica: el miedo a amar, el terror a ser amado, la compulsión de la infidelidad, la cobardía de la mentira, la debilidad de mi sentido de la identidad, el acomodamiento patológico y todos los mecanismos de defensa que sostenían este sistema en pie y que me tenían tan ciego como para no verlo siquiera.

Querría preguntarle a Hans dónde está Ingrid, si ella sabe que iba a venir, y si le hace ilusión o está enfadada o nerviosa o si le importa un comino. Pero hoy es su día, su paso a una nueva vida, así que le dejo que se prepare para ello.

Entonces veo a su madre, que abandonó su carrera televisiva en México para convertirse en un ama de casa sumisa en los Estados Unidos. Lo sacrificó todo para huir del primer marido que la engañaba y que intentó asesinarla. Pero su sustituto en raras ocasiones la deja salir de casa, tener amigos, hacer cualquier cosa a excepción de las tareas domésticas y ni tan siquiera hacer de madre para Ingrid y Hans. Está atrapada no en el pasado, sino en el miedo a que su futuro reproduzca su pasado. Así pues, tal vez su exmarido sí que llegó a matarla, en definitiva. Vive en un ataúd en el barrio de Sylmar. Su epitafio reza: Seguridad.

También ella es infiel, aunque no lo vea así. Algunas veces le dice a su marido que sale a visitar a una vecina, pero en lugar de eso se escapa a ver a Ingrid y a Hans, los hijos que tuvo con su primer marido. Los celos son un adversario implacable que sigue controlando la frontera mucho después de haber ganado la guerra.

He vuelto a la realidad de las relaciones personales, donde las parejas «soslayan las normas» y dicen «mentirijillas» para satisfacer sus necesidades. El ideal al que he aspirado con ansia no tiene nada que ver con el modo en que la gente lleva su relación en el mundo real. Quizá, tal y como les prometí a mis amigos de rehabilitación, realmente haya logrado diseñar una nueva clase de relación. Aunque no sea esa que consiste en tirarme a todas las mujeres que quiera, que era lo que yo

esperaba, sino que consiste en vivir en la verdad y sin miedo ni culpa.

Pienso en cómo me escabullí de Ingrid hace tanto tiempo, diciéndole que iba a casa de Marilyn Manson la noche antes de viajar a Chicago, la noche antes de su cumpleaños. Y me doy asco por haber hecho algo semejante. Yo creía que era buena persona, pero ¿cómo una buena persona puede hacer algo tan reprochable?

¿La respuesta? Compartimentación. El acto de meter las actitudes vergonzantes en una caja sellada en el cerebro, donde se quedan ocultas y a salvo, incluso de nuestra propia inteligencia y conciencia.

Espero que su madre no se moleste por mi presencia.

—Felicidades —le digo despacio. No habla inglés (su actual marido no le permitió recibir clases), pero entiende algunas palabras básicas—. Debe de estar muy orgullosa de Hans.

Me sonríe con una delicadeza que me recuerda a Ingrid y me dice dulcemente:

—Ella te necesita.

Son las únicas palabras en inglés que la he oído pronunciar. Me quedo plantado un momento delante de ella como un estúpido, procurando tragarme el arrebato de emoción.

—Nos necesitamos el uno al otro —farfullo.

Me mira asintiendo con ese gesto de sabiduría y bondad que únicamente una madre puede reproducir, una madre que advierte algo que sus hijos carecen de la experiencia necesaria para reconocer.

Y es entonces cuando la veo, saliendo del porche trasero de la casa, toda de blanco y toda rubia, una combinación de colores reservada para ella en toda la boda. Está pálida como un fantasma, pero radiante como una diosa. No solo es más guapa de lo que recordaba, sino más exquisita, imponente, extraterrenal.

Estoy demasiado lejos para ver la expresión de su rostro al entrar en la oscuridad que reina entre las escaleras traseras y la fiesta. Hércules la sigue obediente, con una pajarita roja. Sonrío abiertamente y espero ver mi sonrisa reflejada en su semblante. A medida que se acerca, no detecto ira ni miedo ni decepción ni indignación ni ninguna de las emociones que temía que sintiera. Ella

también está sonriendo.

Qué idiota he sido.

Es ella, me digo. Es la mujer con la que voy a casarme.

Solo espero haber cambiado de veras.

16

Fragmento de la mente de Ingrid

Y allá va, abriéndose paso entre la multitud de una fiesta mexicana. Reconozco la camisa y la corbata. Son las mismas que ha llevado en casi todas las firmas de libros desde que lo conozco. Camisa morada y corbata morada abrazando su cuerpo. Entro corriendo a la casa y paso junto a mi tía, que está esperando para entrar al baño. En cuanto se abre la puerta, me cuelo dentro, apartando a todos a empujones para poder mirarme en el espejo una última vez antes de que me vea. Me retoco el pelo, me recoloco las extensiones, me ajusto el sujetador *push-up* y me debato entre ponerme el pintalabios rosa o dejarme el rojo. El rojo chilla «Tómame, tonto, y bésame con pasión». Y el rosa dice «Estos labios son delicados y suaves, trátalos con cuidado».

Así que elijo el rojo. Salgo del baño y atravieso la cocina. Pero, al verme reflejada en la puerta de acero inoxidable del frigorífico, echo mano de una servilleta y me quito el pintalabios rojo. Después me pongo el rosa y ahora voy hecha un desastre y mis labios dicen «Toma tonto besa trata delicados». Este año ha sido duro para mí. Cuando Neil y yo rompimos, me sentí como si me lo hubieran arrebatado todo. Estaba enfadada y decepcionada porque yo daba y daba y daba, y entonces me quedé sin nada. Me sentía desconectada del mundo. Tenía un vacío en el pecho. No dejaba de pensar en qué tenía yo de malo para que él se viera obligado a hacer algo así.

Estuve saliendo con muchos chicos para olvidar esa sensación. Por despecho, acabé con un barman/modelo de ropa interior. Pero un día, después de acostarnos, se puso a imitar a un gorila, haciendo aletear la nariz y golpeándose el pecho desnudo durante un período de tiempo bochornosamente largo. Cogí la ropa, me marché amablemente y no he vuelto a verlo más.

Después de aquello, conocí a un tío muy majo que escribía discursos para presidentes. Yo solo quería divertirme para no sentir el dolor, pero él quería algo más de mí, y no estaba preparada para dárselo. Así que corté con él, y luego empecé a salir con un mago que conocí en el Magic Castle. Cuando rompí con él me di cuenta de que tal vez lo que necesitaba era tener una relación conmigo misma.

Cuando Neil me escribió desde Machu Picchu, quise echarme en sus brazos a toda prisa. Pero me daba miedo que volviera a engañarme. Y no estaba preparada. Acababa de romper con todo el mundo y me sentía demasiado vulnerable.

Estar sola es lo mejor que he hecho por mí en toda mi vida. Siempre he ido saltando de una relación a otra con la ilusión de que el otro me ayudase a descubrir quién era o que me completase y me hiciera sentir entera. Pero nunca salió como yo esperaba. Cuando el otro no me hacía sentir entera, el vacío que me quedaba por dentro era todavía más grande. El dolor de este último año ha sido imprescindible para darme cuenta de que tenía que dejarme de intentos a medias para encontrar mi otra mitad, y que tenía que ser entera yo sola. He tenido que aprender a quererme. He tenido que aprender a valorarme. Y he tenido que aprender que yo importo.

Todavía no estoy segura de ser entera, pero soy más completa. Así que cuando Hans me pidió ayuda para la lista de invitados a la boda, le sugerí a Neil. Le dije a Neil que si alguna vez me enviaba el mensaje «¡libertaaaad!», yo estaría allí. No le dije cuándo. Yo también tenía que estar preparada. Así que preparé la invitación y se la envié personalmente. Quería verlo una vez más, solo para estar segura de que no estaba cometiendo un error alejándome del amor de mi vida.

Antes de salir de la cocina, me quedo detrás de la ventana y procuro ver a Neil una última vez antes de que se crucen nuestras miradas. Me sudan las manos y noto un pequeño brote de ansiedad. Todavía tengo tiempo de llamar a un taxi y marcharme. O de salir corriendo por la puerta principal y trepar a mi árbol favorito, donde me escondía de mi padrastro siendo una niña.

Me preocupa que esto sea un error. Como decía mi abuela, no puedes cambiar a una persona a menos que lleve pañales.

Aunque otro de sus dichos preferidos era: con paciencia, hasta la hierba se convierte en leche.

Estar con Neil era como tener el pájaro más hermoso del Amazonas, lleno de colores y de vida, pero metido en una jaula demasiado pequeña como para poder abrir las alas. Yo me sentaba junto a la jaula cada mañana y cantaba con él, pero él siempre estaba mirando por la ventana. Cuando nos separamos le dije que era el momento de abrir la jaula y liberar al pájaro. Pero después, cada mañana, miraba por la ventana con la esperanza de vislumbrarlo cuando pasara volando.

De modo que aquí estoy ahora, mirando al jardín por la ventana de la cocina, y veo a Neil volando fuera. Veo sus ojos tiernos y su dulce sonrisa. Se toca la cara, justo debajo del ojo izquierdo, con los dedos índice y corazón, frotando arriba y abajo. Y mientras sonrío acordándome de esos tics nerviosos suyos, abro la mosquitera de la puerta y salgo a volar con él.

Solo espero que haya cambiado.

Me moriré besando tu loca boca fría, abrazando el racimo perdido de tu cuerpo, y buscando la luz de tus ojos cerrados.

Y así cuando la tierra reciba nuestro abrazo iremos confundidos en una sola muerte a vivir para siempre la eternidad de un beso.

—PABLO NERUDA

Cien sonetos de amor



∞

La superviviente reposa en el alfeizar de mi ventana con un vigoroso verde intenso.

A su lado, Ingrid y yo estamos en el sofá, que ha sido sometido a una obsesiva limpieza a fondo para eliminar todos los restos de ADN de comunas, tríadas y relaciones abiertas. Hércules se ha repantingado en el suelo, junto a un perro maltés blanco precioso que también rescató Ingrid.

Encima de la mesa hay una caja envuelta en papel de plata. Lo desenvuelvo, rajo la cinta de embalar con un bolígrafo y abro las solapas de cartón.

Dentro hay cinco regalos envueltos, cada uno marcado con un número distinto. Encima hay un rollo de pergamino quemado.

—Venga, léelo —me apremia Ingrid.

Damas y caballeros:

Sean cordialmente invitados al funeral de nuestro mayor y más importante adorno doméstico, Jacob Goff, el Elefante, de dos años de edad, oriundo de Malibú, California.

Se celebrará una ceremonia por toda una vida de servicio, hoy a las 21 horas en la comunidad en la que vivió sin ser invitado. El señor Goff el Elefante será enterrado con algunos de sus más preciados objetos.

Siempre suyos,

Libertad & Morgue de la Confianza

Al principio no lo entiendo. ¿Por qué estamos enterrando a un elefante?

Posa cálidamente su mano sobre la mía.

—Has trabajado mucho para ganarte de nuevo mi confianza, así que yo he estado trabajando mucho para perdonar.

Es el elefante en la habitación: mi pasado de engaños, de escaqueos y de mentiras.

Y de la misma forma que yo le di un regalo a Ingrid en la boda de su hermano para demostrarle que he cambiado, las cinco cajas envueltas de forma individual que tengo ante mí tres meses más tarde son su manera de decirme que ella también ha cambiado.

Aunque los dibujos animados de Disney y las películas románticas acaban en el momento en que los amantes se reúnen, dejando a los espectadores con la suposición de que vivieron felices para siempre, en la vida real este es el momento en que la historia empieza de verdad.

Es cuando la Bella Durmiente le pregunta al príncipe Felipe: «¿A cuántas princesas has besado mientras yo dormía?».

Es cuando la Sirenita le grita al príncipe Eric: «¿Un encantamiento? Es la peor excusa que he oído en mi vida. ¡Estabas a punto de casarte con esa chica!».

Es cuando la princesa que besó a la rana le pregunta al príncipe resultante: «Sé sincero: durante el tiempo que fuiste rana, ¿te acostaste con alguna rana hembra?».

Sin la intensidad necesaria para mantenerlos ocupados, sin un enemigo común que los mantenga unidos o sin los obstáculos que intensifiquen su anhelo, estos amantes legendarios afrontan ahora su mayor desafío de todos: congeniar (y resolver las diferencias, sean estas grandes o pequeñas, educativas, de valores, de opiniones, de personalidades, de expectativas, de hábitos y de imperfecciones). Sobre todo, cuando las secuelas de cada una de esas aventuras suponen un trauma.

Así las cosas, como era de esperar, Ingrid no depositó en mí su confianza sin pedir nada a cambio. El primer día tras retomar nuestra relación, me amenazó con largarse si no cambiaba el estado en mi red social para que reflejara que estoy «en una relación» (y eso que ya no tengo acceso a la cuenta). El segundo día, amenazó con largarse después de ver fotos de Sage en mi ordenador. El tercer día, amenazó con largarse si no la dejaba registrarme el teléfono. Y el cuarto, me dijo que los recuerdos del pasado eran demasiado dolorosos como para querer volver a estar conmigo.

Ahí fue cuando me di cuenta de que, como evasor del amor que era, había colocado a Ingrid en un pedestal pensando que como ella estaba tan apegada y yo no, de alguna forma a ella el amor se le daría mejor que a mí. Pero en realidad solo estaba en el otro extremo del mismo balancín disfuncional. Al fin y al cabo, ella cometió al menos un fallo fatal en el que ambos estamos de acuerdo: me escogió tal y como yo era entonces.

—Nunca me había dado cuenta, pero está claro que yo también sigo un patrón —se percató cuando estuvimos hablando del tema—. El novio que tuve antes de ti estaba completamente aglutinado con su madre. Lo llamaba constantemente para pedirle que le hiciera favores, y él lo dejaba todo de lado para ir a ocuparse de ella. Estuve con él cinco años, aunque nunca me dejaba usar la palabra *novio* ni decir que estábamos saliendo juntos, ni siquiera quería que nos viéramos más de dos veces a la semana.

Por eso localicé a un antiguo compañero de Lorraine que se llama Vince, me abroché el traje seco hasta bien arriba y me quedé a observar mientras él sentaba a Ingrid en la silla e iniciaba el proceso de sanar las heridas que le dejó el abandono de su padre y que la llevaron a la adicción al amor.

Estando allí sentada, chillándole a su padre con lágrimas corriéndole por la cara, me di cuenta de que nuestros padres eran exactamente iguales: madres aglutinadoras y padres ausentes. Solo que, mientras que mi madre quiere a mi padre muerto, su padre sí que llegó a intentar matar a su madre.

Resulta extraño que las relaciones funcionen así: el amor no es un accidente, es una delicada unión entre dos piezas de rompecabezas complejas y complementarias que han sido creadas inadvertidamente a manos de distintos fabricantes.

Me dijeron: «cuando sientas que es amor a primera vista, sal corriendo en la

dirección opuesta». Y lo intenté. Pero salí corriendo directo hacia ella. Y ahora, sentados el uno junto al otro, iniciando un nuevo camino juntos, desenvuelvo el regalo marcado como «#1». Dentro hay un pequeño ataúd de madera forrado de satén blanco. Las instrucciones manuscritas de Ingrid dicen que hay que dejarlo abierto.

El segundo regalo es un pequeño elefante de plástico. La nota que lo acompaña dice: «Este es el Elefante en la habitación. Ya no estará en la habitación con nosotros, porque descansará en este ataúd. El miedo, la duda y la ira que ha creado ya no nos hará más daño ni se inmiscuirá en el amor que nos tenemos. Te quiero».

Se me hincha el rostro al depositar el elefante de costado en el ataúd. Encaja a la perfección, con las patas y el tronco pegados a los bordes.

El siguiente paquete contiene dos pequeñas jaulas metálicas, cada una con un diminuto pájaro metálico dentro. «Las jaulas simbolizan la contención, la incapacidad de decir lo que se piensa, la incomprensión y la alienación —explica la nota de Ingrid—. Estas dos hermosas aves situadas dentro de dos jaulas, sin un sitio adonde ir, abandonadas y solitarias, nos simbolizan a nosotros de niños, de adolescentes y de adultos. Estamos enterrando esto porque hemos dejado de estar solos y de sentirnos solos. Tenemos la libertad de volar adonde queramos».

Impresionado por su acierto, sensatez y creatividad, coloco los dos pájaros enjaulados en el ataúd: uno a la cabeza del elefante y el otro detrás.

En un plazo tan corto de tiempo y con mucho menos esfuerzo, Ingrid ya se ha embarcado en este viaje conmigo. Y juntos estamos aprendiendo que, parafraseando al escritor Herville Hendrix, el propósito consciente de una relación a largo plazo es poner punto y final a la infancia. O como dice aún más sucintamente el psiquiatra Eric Berne: «El amor es la psicoterapia de la naturaleza».

El siguiente regalo contiene una docena de manos metálicas en miniatura. «Las manos simbolizan el enjuiciamiento, la ausencia de límites y el control. Así es como nos sentíamos de niños, y a veces de adultos. Hoy las estamos enterrando y liberándonos de las personas que nos señalaron con el dedo, de las personas que quisieron controlarnos, de nuestra falta de límites y de la pretensión de controlarnos mutuamente».

Esparzo las manos por encima del elefante, las jaulas, el fondo del ataúd.

El quinto paquete contiene dos llaves metálicas con unas palabras escritas: secretos y recuerdos. «Estas son las llaves malas —explica el pergamino—. La llave de los secretos significa que ya no tenemos por qué guardar los secretos de quienes nos hicieron daño. Cuando esta llave sea enterrada, liberaremos los secretos que nos están haciendo daño por dentro y nunca más nos responsabilizaremos de los problemas de los demás. La llave de los recuerdos es la de nuestros malos recuerdos. Nos estamos liberando de los lazos que nos unen a ellos. Nunca más guardaremos bajo llave, en nuestro interior, esos recuerdos, ni permitiremos que nos gobiernen».

Mientras estoy colocando las llaves alrededor del elefante, alcanzo a entender, por fin, cuál es esa intimidad real de la que Joan nos habló en la rehabilitación: se da cuando las parejas dejan de vivir en el pasado —en su historia traumática— e inician una relación mutua en el momento presente. Resulta que el amor no es algo que se pueda aprender. Es algo que ya tenemos y que debemos desaprender para poder acceder a él.

Después las instrucciones indican: «Tómate un instante o dos antes de cerrar el ataúd. Una vez que lo cierres ya no podrás volver a abrirlo, así que hazle fotos o lo que quieras a lo largo de los próximos minutos u horas. Pero ciérralo antes de que se acabe el día».

Me quedo mirando el ataúd y los hermosos objetos, minuciosamente escogidos, que hay dentro. Contemplo al pequeño elefante, a los pájaros atrapados, las múltiples manos y, finalmente, las llaves, hasta que una única palabra en el ataúd capta toda mi atención: *secretos*.

Y pienso que, si de verdad quiero enterrar todo mi pasado, ahora es el momento de liberarme hasta del último secreto que quede. Es el momento perfecto pero, al igual que todo lo que es perfecto, es frágil.

Le hablo nervioso, incómodo, despacio:

—Quiero que sepas que en el pasado, aparte de Juliet —la mujer con la que le fui infiel—, hubo otras cosas feas. Entonces no sabía que no podía seguir queriéndote al tiempo que me escabullía de ti. No lo entendía. Pero ahora sí que lo entiendo.

Escuchándome, se queda paralizada y tiesa como un gato que reacciona a un ruido inesperado. Miro la llave de los secretos y busco en mi mente todo aquello que sigo ocultando.

—Sé que estuviste con otros durante la separación y quiero que sepas que,

aparte de todo lo que ya hemos hablado, tuve un montón de experiencias más.

—¿Qué clase de experiencias? —pregunta con recelo.

La hermosa solemnidad del ritual se está resquebrajando. Pero esto es lo que significa contar la verdad: es otorgarle a alguien la libertad, permitirle reaccionar, aunque ello te traiga consecuencias negativas, darle la voz que la mentira le ha arrebatado.

En el pasado tuve un don especial para convertir la más mínima manifestación de miedo o crítica por parte de mi pareja en una catástrofe personal. En lugar de eso, utilizo los cuatro ajustes para convertir la vergüenza en consuelo.

La vergüenza tiene que ver con ser malo para alguien; el consuelo tiene que ver con ser bueno contigo mismo.

Y no solo tiene más sentido responder con compasión en lugar de censura, sino que es mucho más fácil para todos los implicados. Tal vez sea la llave para una vida más larga y más feliz.

Le hablo a Ingrid de los poliamorosos y de que aprendí los cuatro ajustes y el concepto de las relaciones basadas en propósitos. Le hablo de los liberales y de que aprendí que mis fantasías sexuales pueden ser un añadido a la relación si incluyo en ellas a mi pareja, en lugar de querer protegerla de ellas. Le hablo del harén y de que aprendí que el amor no es un monstruo terrorífico que me hace exigencias irracionales, sino una amiga preciosa que, de vez en cuando, hace algunas peticiones que yo tengo la opción de aceptar o rechazar. Y le hablo de la relación abierta y de que aprendí no solo a desembarazarme de los celos y del control, sino a explorar mis emociones dolorosas más que a evitarlas como hace un adicto.

Mientras me escucha, Ingrid atraviesa todo un espectro de sentimientos: ira, miedo, tristeza, hasta que al final aterriza en el amor.

—Nunca pensé que lo diría —suspira, deslizándose hacia mí y acariciándome la cabeza—, pero puede que todo eso que hiciste en el fondo no fuera una recaída, sino una parte de tu curación.

—Eso mismo quiero pensar yo.

Tal y como dijo Lorraine una vez, la recuperación no consiste en vivir en una felicidad y una armonía perpetuas, sino en acortar el tiempo que requiere volver allí

cuando la jodes inevitablemente. Y es por ello que me siento agradecido por la oportunidad que nos brinda cada conflicto entre Ingrid y yo para ponerlo en práctica.

—Es tan increíble lo distinto que eres ahora —dice Ingrid después de compartir esto con ella—. Estás más calmado y eres más maduro y paciente y comprensivo. A veces me quedo esperando a que te molestes o te ofendas, pero no sucede. Es mágico. Eres como una mariposa. Has devanado un pequeño capullo y te has transformado. Hasta los ojos los tienes distintos. Puedo verte el corazón a través de ellos.

La mayoría de las historias de amor tratan de dos personas que están hechas la una para la otra, pero hay un obstáculo que se interpone entre ellos: su cultura, su posición social, sus familias, una amante rival, un villano manipulador, una tragedia inesperada. Pero, en la vida real, las historias de amor son más complejas. La gente quiere amor, pero cuando lo ha conseguido, se asusta o se aburre o duda o siente rencor. Y cuando obtiene dolor en lugar de amor, no se marcha. Se aferra a él con más fuerza de lo que se aferraría al placer. De modo que, en la vida, el auténtico obstáculo que separa a dos amantes no es externo. La batalla que hay librar va por dentro.

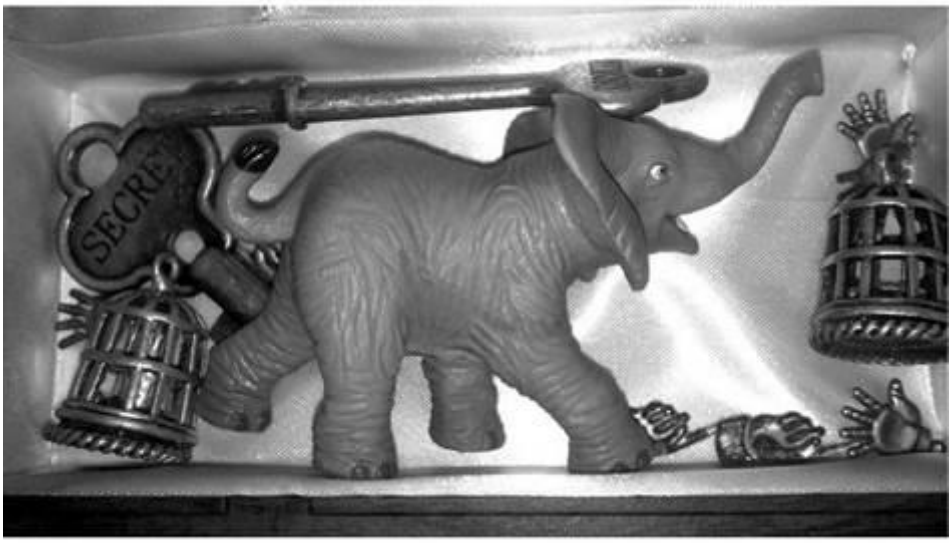
Por eso, pienso mientras asimilo las palabras de Ingrid, al final el amor no va de encontrar a la persona adecuada. Va de convertirte en la persona adecuada.

Pongo la mano en la tapa del ataúd.

—Ya está —le digo—. Estamos diciéndole adiós al pasado. ¿Quieres saber algo más?

—Vamos a cerrarlo —dice.

Antes, le hago una foto:



Después cierro la tapa.

El elefante de la habitación ha desaparecido.

—Hay un último paquete —dice Ingrid.

Me entrega una caja que le cabe en la palma de la mano y que ha mantenido apartada de los demás regalos. Dentro hay una nota y cuatro llaves de distintas formas y tamaños, cada una con una palabra. «Estas son las llaves buenas, las que son para guardar —dice la nota—. La llave del amor es para recordarte que mereces ser amado y que siempre tendrás acceso a mi amor. La llave del corazón abre el corazón más grande de la tierra: el tuyo. La llave de la vida es la que abre nuestras vidas para el otro. Y la llave del viaje es para el camino que nos lleve a la felicidad».

Mientras leo estas bellas palabras advierto una ausencia total de mis sentimientos de antaño: opresión por su amor, inseguridad acerca de la bondad de mi corazón, miedo de abrir nuestra vida al otro, angustia por lo que pueda esperar de mí. En su lugar, cada palabra me suena a verdad. Ni ofuscado por el pasado ni preocupado por el futuro, por fin me siento agradecido por el presente. Al final resulta que las relaciones personales no requieren de sacrificios. Solo requieren de sensatez, además de la habilidad de dejar de aferrarse a las necesidades inmaduras, que son tan tenaces que impiden satisfacer las necesidades maduras.

Encuentro un trozo de cuerda en la cocina, la meto por la anilla de las llaves y me las cuelgo al cuello, de modo que pueda llevarlas cerca del corazón.

—Te confío estas llaves —dice.

—Esta vez seré digno de llevarlas.

Hay una última instrucción en el rollo: enterrar el ataúd. Como no consigo dar con la pala en el garaje, saco de un cajón de la cocina dos cucharas grandes.

En el jardín trasero, sobre un montículo tan pequeño que es poco más que un bache, hay una parcela blanda de tierra rodeada de fragmentos de descartes de pizarra. Nos arrodillamos alrededor y nos ponemos a cavar. La tierra es blanda y cede con facilidad. Excavamos hasta que la fosa tiene veinticinco centímetros de profundidad, lo bastante para que los próximos inquilinos de la casa del árbol no lo descubran. Antiguamente, esto debió de ser un cementerio de los indios chumash. Arrojamos encima del ataúd una cucharada de tierra e Ingrid dice unas palabras:

—Queridos amigos, nos hemos reunido hoy aquí para enterrar a Jacob Goff, el Elefante. Fue un compañero muy leal. Nunca se apartó de nuestro lado. Queríamos deshacernos de él, pero resultó ser lo mejor que nos ha pasado. Sin este elefante no nos tendríamos el uno al otro. Que Dios se apiade de su alma.

Fingimos llorar mientras recogemos la tierra que nos rodea y rellenamos el agujero hasta que el elefante queda oculto y enterrado sin que quede rastro de su existencia sobre la tierra.

Después compartimos un instante de silencio, disfrutando del solaz de la liberación.

Ingrid habla primero:

—¡Ahí va! He enterrado sin querer las llaves de mi coche.

Me echo a reír, la estrecho con fuerza entre mis brazos y la beso entre esos ojos chispeantes y traviesos que tan amargamente he añorado.

—Me encanta hacerte reír —sonríe—. Con esa sonrisa increíble que tienes se te llenan los mofletes. Se me viene siempre a la cabeza una imagen de nosotros dos de viejos, y yo intentando hacer algo para que te rías.

—Yo también me lo imagino.

Y si tuviera que elegir entre reírme y tener distintos cuartetos durante el resto

de mi vida, elegiría siempre la risa.

—Me entran ganas de llamar a Juliet para decirle «gracias por todo» —dice Ingrid mientras regresamos a la casa.

Al tomarla de la mano, soy consciente de que antes de sanar el trauma siempre quería más: más mujeres, más éxito, más dinero, más espacio, más experiencia, más posesiones. Ni una sola vez me paré, como hago ahora, a decir: «Ya tengo bastante».

Vamos en el coche en silencio. Mi padre y yo. Es mi último día de soltero. Espero a que me dé algún consejo, a que me diga algo de mi inminente boda, que me ofrezca algo que haya aprendido a lo largo de sus cincuenta años de matrimonio. Pero no dice nada. Supongo que no debería esperar otra cosa: no me habló de los pájaros ni de las abejas hasta que cumplí los veintidós, y su consejo fue: «Tómate tu tiempo. Ve despacio. Y no te precipites».

Para romper el hielo le pregunto cómo era su padre.

—Era muy tranquilo y no hablaba mucho. Normalmente estaba siempre trabajando.

—¿Qué es lo que más te gusta recordar de él?

—Supongo que cuando fuimos juntos a pescar un día, en silencio.

Pienso en lo solitario que debió de resultar aquello y supongo que, por extensión, en lo solitario que debió de ser para mí.

—¿Y tu madre? ¿Qué es lo que más te gusta recordar de ella?

Hace un esfuerzo por recordar algo de su madre, que era un miembro muy activo de la alta sociedad de Chicago.

—Supongo que no recuerdo nada relevante de ella, ni positivo ni negativo.

En mis viejas conversaciones acerca de mi aglutinamiento familiar hablaríamos de la teoría de que, como la madre de papá estaba tan embebida en sus cosas y su hermana era la favorita de la familia, él tenía la autoestima tan baja y temía tanto a las mujeres que le parecía que las únicas personas sobre las que podía tener algún dominio eran los indefensos, los inválidos. En cierta medida, estaba claro que mi incursión en el mundo de la seducción —para adquirir lo que yo consideraba una ventaja psicológica sobre las mujeres— fue mi intento de hacer lo propio.

—Pero tenía una niñera interna —añade— y creo que con ella había una relación más cercana.

Me sorprende comprobar lo mucho que se parece nuestra infancia: con un padre distante, una madre narcisista, un hermano favorito y una niñera que nos crió. Y pienso en lo similar que ha estado a punto de ser nuestra vida adulta.

Mis parientes suelen contar la anécdota sobre un retrato familiar que dibujé en la guardería. Un boceto hecho con lápices de colores en papel de dibujo, con monigotes que nos representaban a mí, a mi hermano pequeño, a nuestra niñera y a mis padres. Luego hay una larga línea roja que empieza en el punto intermedio entre las dos piernas de mi padre, cae directamente al suelo y se extiende formando un círculo alrededor de la familia. Es el pene de mi padre. Y en aquel entonces, de algún modo sabía que toda nuestra familia estaba subordinada a su influencia, que vivía a la sombra de su enormidad.

Así pues hay una pregunta que me quema por dentro. Hago acopio de las fuerzas suficientes para preguntarle a mi padre y dar por cerrado el tema más de dos décadas después.

«¿Y cómo fue que te obsesionaste con la gente que tiene discapacidades físicas?».

Eso es lo que me gustaría preguntarle, pero no lo hago. Cualquiera que fuese su respuesta, es una conversación que debería tener con él su esposa, y no yo. La parte del asunto que me concierne (la de crecer en medio de un matrimonio corroído por ello) está superada.

Medito acerca de algo que Ingrid me dijo el día que me arrodillé en la arena de una playa desierta de Kauai y le pedí que se casara conmigo:

«No provienes de una familia afectuosa. Yo no provengo de una familia afectuosa. Pero ahora tenemos la oportunidad de formar juntos una familia afectuosa».

Mi padre y yo volvemos a sumirnos en el silencio. No hemos estrechado lazos. Ni siquiera sé si eso es posible. No recuerdo haberlo visto nunca cómodo en una situación de intimidad emocional ni de afecto físico. Si tratara de echar abajo ese muro a cabezazos, lo único que obtendría es una conmoción cerebral. Pero por lo menos he llamado a su puerta por vez primera para ver si quiere dejar entrar a alguien.

Últimamente he empezado a pensar en las cosas que mis padres no hicieron a la perfección como *variables* que me convierten en un individuo más que como *traumas* que me convierten en un paciente. No es sano ir por la vida identificándote como víctima y a los demás como agresores.

—Tu madre quiere hablar contigo —dice mi padre cuando regresamos a la

casa de la playa que Ingrid y yo hemos alquilado para la boda.

Está en una butaca, con los pies levantados y un bastón al lado.

—¿Va a haber fotógrafo en la boda? —pregunta.

—Claro.

Tuerce el gesto a modo de reprobación.

—¿Le has dicho que no me saque fotos?

—Sí.

Es la única de sus peticiones que atiendo. Desde que se enteró del fetiche de mi padre no ha permitido que nadie le tome una sola fotografía.

—Antes me consideraba tan hermosa —suspira—. Pero ahora me siento como un monstruo.

En rehabilitación le dije a mi grupo que antes procuraba convencer a mi madre de lo contrario, decirle que si fuera rubia y mi padre tuviera fijación por las rubias, le parecería estupendo. Pero esta vez dejo que el comentario pase inadvertido, que es lo que ella quiere para sí misma. Y acepto el hecho de que ya es demasiado mayor para cambiar. Un día, pronto, ya no estará.

Entre las notas que recopilé durante la anhedonia acerca del amor, una de las más importantes era no salir con alguien con la esperanza de que cambie. Tal vez pueda aplicar esa lección a mi relación con ella y aceptarla tal y como es, no como me gustaría que fuese, y estar agradecido por haberme querido tanto como supo.

—**M**uchísimas gracias —le digo a Rick cuando viene a visitarme la mañana de la boda—. Sin ti no habría podido ser.

—¡No me eches la culpa!

—Solo yo soy culpable.

—En eso estamos de acuerdo.

Salimos al patio y nos sentamos en las tumbonas que miran al mar.

—En un momento dado estaba dispuesto a tirar la toalla y dejar de discutir contigo todo esto —dice mirando al horizonte del océano—. Es una tragedia. Los seres humanos están marcados con heridas tan profundas que son como robots que se rigen por la programación de su infancia. Y por mucho que aprendan la verdad sobre sí mismos en terapia y rehabilitación, siguen aferrándose a sus falsas creencias y tomando decisiones que no les sirven, una y otra vez —mueve la cabeza ante el absurdo cósmico que ello supone—. Es preciso trabajar duro, consciente y diligentemente para cambiar de verdad.

Me da la sensación de que esto es lo más parecido a una felicitación de boda que le voy a sacar a Rick, así que lo acepto como tal. Ingrid y yo hemos acordado que la recepción debe ser pequeña, para que podamos disponer de tiempo y energía para prestarnos atención el uno al otro. Solo he invitado a los que lo han hecho posible: mi familia más cercana, Rick, los demonios rojos, algunos amigos íntimos, como Melanie, y unos cuantos orientadores y sanadores en materia de relaciones personales. Los primeros me proporcionaron las herramientas para conocer a Ingrid, los últimos, para comprometerme con ella.

En cambio, Lorraine, a quien debo más que a nadie, nunca confirmó asistencia. Hice algunas llamadas para averiguar qué le había pasado. Por lo que pude recabar, fue sancionada por lo que se conoce como *relación dual* (tanto social como terapéutica) con los clientes. Por lo que ahora tiene un cargo más administrativo en el hospital y —tal y como le sucedía a Adam— le asusta demasiado irse y extender las alas en solitario. Aunque espero que algún día pueda volver a hablar con ella y darle las gracias por salvarme la vida, igual que ha salvado otras muchas.

Aparte de ducharme, afeitarme y ponerme el esmoquin, no tengo mucho más que hacer para prepararme para la boda. Así que por la tarde, Adam, Calvin y Troy se pasan por la casa y nos ponemos el bañador.

—¿Cómo te va con eso de la monogamia? —pregunta Troy mientras bajamos todos juntos la cuesta hasta la playa.

—¿Sabes? Creo que saqué un poco las cosas de quicio. Me revienta decir esto, pero Joan tenía razón: no hacía más que interponer barreras intelectuales para evitar ser vulnerable y comprometerme.

En este gran mundo conectado resulta fácil encontrar la suficiente cantidad de gente que comparta el mismo perfil traumático como para que te dé la razón y

sencillamente descarte, ignore o ataque cualquier prueba que demuestre lo contrario.

—¿Y qué pasa con el dilema masculino, toda aquella historia de «el sexo envejece y ella también»? —pregunta Troy.

Me avergüenzo de haber pensado siquiera algo tan superficial y desencaminado.

—Creo que eso solo es cierto si dos personas se consideran la una a la otra como simples objetos o empleados. Si son dos adultos emocionalmente sanos, entonces no hay ningún dilema que resolver. Ni siquiera van a notar que se están haciendo mayores, solo verán que cada día son más felices —me paro a reflexionar sobre todo esto; lo que antes consideraba envejecer no era en el fondo un miedo al declive físico, sino un miedo a ser cada vez más desgraciado, como mis padres; y, desde luego, eso ya no me preocupa—. Una de las cosas que más ilusión me hace ahora mismo en esta vida es envejecer y ser cada día más feliz junto a Ingrid.

Algo extraño sucedió: mientras lidiaba con mis problemas de desorden, dejé de preocuparme tanto por el hecho de querer sexo fuera de la relación. Y mientras Ingrid lidiaba con sus problemas de abandono, dejó de preocuparse tanto por el hecho de perderme si sentía atracción por otra mujer. De hecho, en cuanto vio que yo era completamente feliz y estaba plenamente satisfecho estando solo con ella, ya podía pasar cualquier cosa.

Como resultado, desarrollamos la relación que había estado buscando todo el tiempo sin saber cuál era: una relación sin miedo. Sin miedo a la intimidad, sin miedo a la opresión, sin miedo a la pérdida, sin miedo a decir la verdad, sin miedo a sufrir, sin miedo al aburrimiento, sin miedo al cambio, sin miedo al futuro, sin miedo al conflicto, sin miedo siquiera a los demás.

Lo opuesto al miedo no es la alegría. Es la aceptación. Y con eso es con lo que hemos reemplazado el miedo. Para que el compromiso que adquirimos hoy no sea ni con la monogamia ni con la no monogamia. Esos son los valores y las dicotomías de otros. Nuestro compromiso es únicamente para cultivar, apoyar y honrar a tres entidades importantes de nuestras vidas: ella, yo y la relación. Cueste lo que cueste y por mucho que cambiemos. Llámese relación no dual.

—¿Cómo llevas las tentaciones? —pregunta Calvin.

Sus ojos dirigen mi mirada hacia una mujer de largo pelo negro, auriculares

rosas y bikini de rayas de cebra que pasa corriendo.

—Todavía las tengo, pero tomo la decisión de esperar un poco antes de abrir cualquier puerta o hacer alguna estupidez. La tentación no tarda en desaparecer y soy consciente de que la confianza que tengo con Ingrid, y hasta dónde nos puede llevar, es mucho más poderosa que unos instantes de placer seguidos de toda una vida de deshonra.

Me he dado cuenta de que en una relación no se puede ser lo que se dice *natural*. Toda esa noción de que podemos estudiar el pasado u otras culturas para determinar lo que nos conviene en la actualidad es ridícula. Porque prácticamente todas las sociedades simiescas tienen un relato distinto en lo relativo al apareamiento y a la sexualidad, y todos los puntos de vista se pueden corroborar con pruebas de una u otra tribu o especie. No existe un modo único y apropiado de amar, de relacionarse, de establecer lazos, de tocarse. Cualquier tipo de relación es la adecuada, siempre y cuando la decisión la tome una persona íntegra, y no el pedazo que le pueda faltar.

El camino de la ambivalencia no lleva a ninguna parte.

—Entonces ¿qué harías si la mujer más guapa del mundo te tirara los tejos ahora mismo? —pregunta Troy.

—¿Y qué me dices del porno? —añade Calvin.

—¿Y si Ingrid pierde todo interés por el sexo? —prueba Adam.

Es interesante: todos estos temas, que antes eran tan importantes y desconcertantes en la rehabilitación, ya no importan en realidad. La respuesta a todo eso es que son las preguntas equivocadas.

—Pues lo que hago es lo siguiente —les explico—: soy honesto con todo y ella también. No hay secretos. De manera que nos limitamos a hablar de esas cosas, que es lo que deberíamos haber hecho desde el principio. A decir verdad, precisamente las cosas que más miedo me daba discutir nos han hecho estar más cerca, una vez superada la incomodidad inicial. Principalmente era el hecho de no saber lo que la estaba volviendo loca. Al final se sintió lo bastante segura como para compartir sus fantasías más profundas y resultó que algunas de ellas tampoco eran tan distintas de las mías.

La playa se termina en un acantilado que marca la punta norte de Point Dume.

Justo al otro lado del acantilado hay una playa ancha y vacía, y les pregunto a los chicos si quieren rodear el acantilado a nado hasta el otro lado.

—No quiero que mueras el día de tu boda —responde Adam, y parece hablar en serio.

Nos quitamos la camiseta y nos adentramos en el agua en un punto seguro. Las olas rompen a diez metros de la orilla y nos dejamos caer en la arena unas cuantas veces jugando con ellas.

—¿Cómo te va con tu mujer? —le pregunto a Adam más tarde, cuando nos sentamos en la orilla para secarnos al sol.

—Por fin ha empezado a acostarse conmigo otra vez —me dice.

—¿En serio? Entonces, ¿ha valido la pena la espera?

—Pues no te creas, Neil. En una escala del uno al diez es un tres como mucho.

Troy se echa a reír cruelmente. Hay tantos hombres como Adam que se quejan de que su esposa no quiere acostarse con ellos, pero tan pocos que se quedan contentos si lo hace. Porque el problema de fondo no es el sexo, es la relación entre las personas implicadas.

—Deberíais ver juntos vídeos instructivos —sugiere Calvin—. O emborracharla bien.

—No importa. Tampoco es que pueda hacer que mi mujer cambie. Es como es y tengo que empezar a pensar en qué pasa a partir de ahora.

—¡Vaya! ¿De verdad?

—Ya sabes —dice enterrando los pies en la arena—, hace poco tuve que llevar puesto un Holter porque tenía palpitaciones durante cinco minutos seguidos por las noches. Con lo que o me olvido de este matrimonio o tengo un riesgo elevado de sufrir un ataque al corazón.

—¿Y qué vas a elegir?

—He estado ensayando la conversación que voy a tener con los niños, pero quiero esperar hasta que el pequeño se vaya de casa dentro de un par de años, y

entonces lo haré.

—¿Dos años? —interviene Calvin—. ¡Para entonces podrías estar muerto! Pero ¿qué pasa contigo?

—¿Qué pasa contigo, Calvin? —Troy se alza en defensa de Adam—. En cuanto sientes algo por alguien ya ni siquiera puedes acostarte con ella. ¿Qué haces tú al respecto?

—Más de lo que haces tú con lo tuyo.

Le oigo decir a Calvin que quiere encontrar a su alma gemela y Adam dice que ya amó a aquella otra mujer y Troy dice que el ser humano moderno no está hecho para la monogamia a largo plazo. Sus voces se mezclan con el mar, empañándose, confundiéndose y sonando como música.

Caminando de regreso a la casa para que pueda ponerme mi esmoquin, me asalta la sensación de que esta es la última reunión de los demonios rojos. Hace falta un compromiso para poder cambiar. Pues solo en el compromiso está la libertad. Y ya es hora, por fin, de comprometerse.

Registro emocional: la única emoción de la lista de ocho que nunca registré en la rehabilitación… amor.

Nota especial para Ingrid

Espero que no hicieras caso del mensaje que hay al inicio del libro y que lo hayas leído todo. Eso lo escribí hace años, cuando empecé a trabajar en el libro, cuando sabía tan poco acerca del amor, del sexo, de las relaciones personales y de la intimidad. Pero quiero que conozcas a mi verdadero yo. Al fin y al cabo, vas a tener que soportarme durante mucho tiempo. Diga lo que diga Helen Fisher.



GRATITUD

Hay veces en las que estoy en el baño con Ingrid, preparándome por la mañana y estoy tan contento que me invade lo que he acabado por llamar un *TDA* (un *torrente de amor*). En esos momentos pienso en Rick, intentando convencerme de que me estaba perdiendo una felicidad mayor y en lo cínico que yo me mostraba al respecto. No había manera de que entendiera lo que quería decir hasta que lo experimenté en carne propia. Y ahora no pasa un día sin que me sienta agradecido.

Por eso me gustaría agradecer desde el fondo de mi corazón (ahora que ya sé que lo tengo) a todos los que lo han hecho posible. Y para aquellos que quieran utilizar esta experiencia como punto de partida para sus propias exploraciones, he aquí unos cuantos pasos iniciales para dar mientras encuentran su camino único. Hay que tener en cuenta que no estoy de acuerdo con todas las recomendaciones de estos expertos, de modo que puedes picotear a voluntad entre los que te resulten más útiles en tu caso.

Muchos de los conceptos se pueden encontrar en las obras de Pia Mellody, James Hollis, Virginia Satir, John Bradshaw, Kenneth Adams, Marshall Rosenberg, Marion Solomon, Harville Hendrix, Salvador Minuchin, Peter Levine y otros. También recomiendo pasar el cuestionario de evaluación de estrés postraumático de Patrick Carnes en la red, para poder comprender de qué manera el pasado condiciona nuestra conducta en el presente (utiliza el test de evaluación de TEPT original, no el revisado). Y tal vez quieras escribirle a Barbara McNally (la de Santa Mónica) al correo electrónico para animarla a que publique su propio libro, porque sus enseñanzas y su saber también supusieron una gran influencia.

Si quieres profundizar, escoge bien a los profesionales con los que tratar. Hay una gran parte de lo que pasa por terapia que en realidad no es más que una costosa serie infinita de citas semanales, cuyo fin no es la sanación, sino la seguridad económica o la gratificación personal del psicoterapeuta. Con suerte, darás con alguien como Lorraine, que te ofrezca una especie de terapia de atención primaria y que desarrolle a continuación un plan de tratamiento pensado para sanar un determinado problema básico (que incluya a otros profesionales y métodos). Y recuerda que una vez inicies la sanación será necesario un mantenimiento psicológico, unas herramientas de autocorrección y una autoayuda consistente para evitar las recaídas.

Ten en cuenta que probablemente no haya ningún psicólogo que al leer este libro esté de acuerdo con todo lo que contiene. He seleccionado y transmitido varias

ideas de entre un inmenso canon de obras con un único objetivo en mente: compartir de qué manera me hablaron y me influyeron a mí. Mis adaptaciones, mis ajustes e interpretaciones de estos conceptos no tienen necesariamente relación con el modo en que fueron escritos en origen, ni con la intención con la que fueron ideados. Simplemente son los que yo necesité creer para recomponerme.

Aunque hay infinidad de teorías enfrentadas, sistemas de clasificación y escuelas de pensamiento dedicadas a comprender y a tratar la mente humana (muchas de las cuales se proclaman más nuevas, mejores o más científicas que las demás), lo que importa en definitiva es lo que te funcione a ti. Así que hay que tener la mente abierta y probarlo todo en primera persona antes que aceptar opiniones heredadas, incluyendo la mía.

Actualmente llevo un recuento abierto y creciente de páginas web, talleres y profesionales recomendables en www.neilstrauss.com/thetruth. En esa misma página figura también una detallada lista de lecturas, además de información acerca de talleres para la curación de traumas que ofrecen becas para aquellos que no dispongan de anticipos de libros que gastarse. Y pese a haber intentado encubrir los detalles de la mayoría de los centros de rehabilitación, reuniones y psicoterapeutas para proteger la privacidad de los pacientes, adictos y ciertos profesionales a los que conocí, si contactas conmigo en neil@neilstrauss.com, alguien estará encantado de indicaros la dirección correcta. (Poco a poco he ido eliminando las restricciones al teléfono e internet que creé durante la anhedonia, aunque sigo procurando mantenerme alejado de la red).

Si te interesa hallar tu especie en materia de relaciones y quieres evitar los errores que cometí yo y que están recogidos en estas páginas, cúrate *antes* de explorar los distintos estilos. Probablemente te irá mucho mejor. No obstante, sé consciente de que las escenas *underground* cambian con rapidez (por ejemplo, el club al que acudí en París es a día de hoy, al parecer, una discoteca normal y las fiestas Bliss ya no son lo que eran), de manera que realiza la misma investigación independiente antes de lanzarte. En un borrador preliminar de este libro, cuando creí que iba en otra dirección, elaboré un apéndice de los distintos estilos de relaciones que encontré y que puedes encontrar en www.neilstrauss.com/goodtimes.

Hay mucha gente que me ayudó leyendo, criticando, comprobando datos u opinando de otra forma a lo largo de los años que tardé en escribir este libro. Los que siguen son solo algunos de ellos: Rico Rivera, Joel Stein, Tim Ferriss, Ryan Soave, Michelle Piper, Christopher Ryan, Chris Collins, Jaiya, Rodrigo Umpierrez, Molly

Lindley, Suzanne Noguere, Jared Leto, Paul Hughes, Judith Regan, Michael Wharton, Steven Kotler, Jim Galyan, Chelsey Goodan, John Mills, Alexander Hoyt-Heydon, Jack Sadanowicz, Chris Hurn, Brad Rentfrow, Billy O'Donnell, Aaron Werth, Victor Cheng, Kira Coplin, Elizabeth Hill, Lucy Brown, Thann Clark, Anthony Miller, Jay Stinnett y el personal de Mago, The Society, Mary Ellen Junkins y la difunta y genial Eleanor Starlin.

Una felicitación especial merecen Ben Smolen y la agudísima Phoebe Parros por su labor en la investigación. Y para los colaboradores en el diseño, tanto los nuevos, el clarividente Laurie Griffin, como los viejos, el magnífico Bernard Chang. Finalmente, por supuesto, un inmenso agradecimiento para la gran familia de HarperCollins, en especial para mi extremadamente paciente director desde hace años, Calvert Morgan, y para mi nueva editora, Lynn Grady. Todos los demás a los que debo un reconocimiento ya están en el libro. Me gustaría darles las gracias especialmente por aguantarme mientras yo los volvía tarumbas durante este proceso de crecimiento.

Y para acabar me gustaría darle la bienvenida al mundo a Tenn Strauss. Mientras escribo esto, a él le quedan tres semanas para nacer. Anoche le escribí una carta para que sepa que, ocurra lo que ocurra en el transcurso de su vida, fue concebido y traído al mundo con puro amor y alegría absoluta.

Espero que cuando sea mayor haga a alguien tan feliz como su madre me hace a mí.

Lo mejor que podemos hacer por nuestras relaciones con los demás… es ser más conscientes de nuestra relación con nosotros mismos. No se trata de un acto narcisista. A decir verdad, acaba siendo el mayor acto de amor hacia el Otro. El mayor regalo que podemos hacerles a los demás es nuestro mejor yo. Así, paradójicamente, si queremos hacer un buen servicio a la relación, estamos obligados a afirmar nuestro viaje individual.

—JAMES HOLLIS

The Eden Project



Neil Strauss Darrow (Chicago, EE. UU., 13-10-1973) también conocido por los seudónimos «Style» y «Chris Powles», es un periodista, escritor, *ghostwriter* (escritor fantasma) y artista del ligue estadounidense.

Notas

[1] Se pueden encontrar las fuentes de estos y otros datos en www.neilstrauss.com/thetruth. <<

[2] En español en el original. <<

[3] [n × (n – 1) / 2], donde n equivale al número de amantes en un clan poliamoroso. <<

[4] Adaptación de la letra de *Hungry heart*, de Bruce Springsteen: «Got a wife and kids in Baltimore, Jack / I went out for a ride and I never went back». (*N. de la T.*). <<